John Dos Passos
EL GRAN DINERO
Trilogía USA Nº 3

Continuación de "Paralelo 42" y "1919", “El gran dinero” cierra la Trilogía USA. Si bien de lectura independiente, esta novela cubre un amplísimo espectro temático, geográfico y social y sitúa al lector en las inmediaciones del hundimiento de la Bolsa y de la economía mundial de 1929. De Nueva York a Hollywood, de Chicago a Miami, de los ambientes de las altas finanzas a las luchas sindicales y del glamour de los estudios cinematográficos a las oscuras tabernas de los bajos fondos, los personajes de Dos Passos conducen al lector por todos los ambientes posibles, y muestran cómo actúa en ellos una época de bonanza económica propiciada por los avances técnicos e industriales. John Dos Passos es uno de los grandes innovadores de la literatura universal del siglo XX. Viajero infatigable, corresponsal de guerra, fundador de la revista *New Masses* y comprometido con los problemas sociales de su tiempo, en 1957 recibió la medalla de oro del National Institute of Arts and Letters de manos de William Faulkner.

John Dos Passos

EL GRAN DINERO

ÍNDICE

I. CHARLEY ANDERSON

II. CHARLEY ANDERSON

III. CHARLEY ANDERSON

IV. CHARLEY ANDERSON

V. MARY FRENCH

VI. MARY FRENCH

VII. MARGO DOWLING

VIII. CHARLEY ANDERSON

IX. MARGO DOWLING

X. MARGO DOWLING

XI. CHARLEY ANDERSON

XII. MARGO DOWLING

XIII. CHARLEY ANDERSON

XIV. MARGO DOWLING

XV. MARY FRENCH

XVI. RICHARD ELLSWORTH SAVAGE

XVII. MARY FRENCH

El autor

CHARLEY ANDERSON

Charley Anderson estaba echado en su litera, sumido en un zumbido rojizo y fulgurante. Oh, Titine...! ¡Al diablo con la tonadilla aquella de la noche pasada! Tendido cuan largo era, le escocían los ojos y sentía la lengua caliente, acre y espesa. Sacó los pies de la manta, los descolgó de la litera; unos pies grandes y blancos, con pequeños bultos rosados en los dedos. Pisó la alfombra roja y se arrastró tambaleante hasta el ojo de buey. Asomó la cabeza.

En lugar del muelle, la niebla, las pequeñas olas verdigrises rompiendo contra el costado de la escala. El vapor estaba anclado. Arriba, oculta entre la niebla, gritó una gaviota. Charley sintió un escalofrío y retiró la cabeza.

Se echó agua fría de la jofaina en la cara y el cuello; la piel, donde la salpicaba el frío del agua, se teñía de rosa.

Empezó a sentirse enfermo y aterido; volvió a meterse en la litera y, estirando las mantas aún tibias, se cubrió hasta la barbilla. El hogar... ¡Maldita tonadilla!

Se levantó de un salto. Ahora la cabeza y el estómago le latían al unísono. Sacó el orinal, se inclinó sobre él, sintió las náuseas. Llegó a su boca un poco de bilis verde. No, no quiero vomitar. Se puso la ropa interior y los pantalones de dril del uniforme, y se enjabonó la cara para afeitarse. El afeitado le puso triste. Lo que necesito es un... Hizo sonar el timbre para llamar al camarero.

—Bonjour; m'sieur.

—Oye, Billy, prepárame enseguida un coñac doble.

Se abrochó con cuidado los botones de la camisa y se puso la guerrera; al mirarse en el espejo, reparó en los bordes enrojecidos de sus ojos y en el matiz verdoso de su semblante bajo la tez tostada. De pronto empezó a sentirse enfermo otra vez; sintió la ácida arcada que le subía del estómago a la boca.

¡Dios, estos barcos franceses apestan! Llamaron a la puerta; apareció la sonrisa de rana del camarero.

—Voila, m'sieur—, y el platillo blanco con el pequeño charco ambarino derramado por el vaso.

—¿Cuándo vamos a atracar?

El camarero se encogió de hombros y gruñó:

—La brume.

Cuando subía por la escalera, que olía a linóleo, seguían bailando ante sus ojos pequeños manchones verdes. En cubierta, la húmeda bruma le azotó la cara. Se metió las manos en los bolsillos y se adentró en ella. No había nadie en cubierta; sólo unos cuantos baúles, sillas de tijera plegadas y apiladas. A barlovento estaba todo mojado. Por las ventanas orladas de latón de la sala de fumar se deslizaban gotas. Nada en torno, sino bruma.

Dio otra vuelta por cubierta y se encontró con Joe Askew. Joe tenía buen aspecto. El pequeño bigote bien recortado bajo la nariz fina, los ojos claros.

—¿No es endiablada esta niebla, Charley?

—Odiosa.

—¿Tienes dolor de cabeza?

—Tú pareces estar como nunca, Joe.

—Claro, ¿y por qué no? Antes estuve intranquilo: estoy levantado desde las seis. Maldita niebla. Puede que tengamos que quedarnos aquí todo el día.

—Es una niebla en toda regla.

Dieron un par de vueltas por cubierta.

—¿Te das cuenta de cómo huele el barco, Joe?

—Debe ser que estamos anclados y la niebla nos estimula las narices. ¿Qué tal si desayunamos?

Charley guardó silencio un instante; luego aspiró profundamente y dijo:

—De acuerdo, vamos.

El comedor olía a cebolla y a abrillantador de bronces. Los Johnson estaban ya a la mesa. La señora Johnson tenía un aire pálido y flemático. Llevaba un sombrerito gris que Charley nunca le había visto, lista para desembarcar. Charley dijo «hola», y Paul le dirigió un amago de sonrisa. Charley advirtió que la mano de Paul, al levantar el vaso de naranjada, temblaba. Y que tenía los labios blancos.

—¿Ha visto alguien a Ollie Taylor? —preguntó Charley.

—Apuesto a que el mayor se siente bastante mal —dijo Paul con una risita.

—¿Y usted cómo está, Charley? —preguntó melodiosa y dulcemente la señora Johnson.

—Oh, yo..., yo no puedo estar mejor.

—Embustero —dijo Joe Askew.

—Alguien que yo sé —dijo la señora Johnson— se acostó vestido —y su mirada topó con la de Charley.

Paul cambió de tema:

—Bien, regresamos al país de Dios.

—No consigo imaginar —se lamentó la señora Johnson— cómo vamos a encontrar América.

Charley engullía los bollos con bicarbonato y sorbía el café, que tenía cierto sabor a sentina.

—De lo que me muero de ganas —decía Joe Askew— es de tomarme un verdadero desayuno americano.

—Pomelo —sugirió la señora Johnson.

—Cereales con crema —dijo Joe.

—Tortitas de maíz calientes —aventuró la señora Johnson.

—Huevos frescos con auténtico jamón de Virginia —propuso Joe.

—Pastelillos de trigo con salchichas camperas —sentenció la señora Johnson.

—Buñuelos de harina de maíz con carne picada de cerdo —expuso Joe.

—Buen café con verdadera crema de leche —remató la señora Johnson, riendo.

—Está bien, me rindo —dijo Paul, con una sonrisa forzada, mientras se levantaba y abandonaba la mesa.

Charley apuró el último sorbo de café; luego dijo que pensaba ir a cubierta a ver si habían llegado los oficiales de inmigración. «Vaya, ¿qué es lo que le pasa a Charley?», oyó que decían, riendo, Joe y la señora Johnson mientras él subía apresuradamente las escaleras.

Una vez en cubierta, decidió no volver a sentirse indispuesto. La niebla había despejado un tanto. A popa del Niágara pudo distinguir las sombras de otros vapores anclados y, más allá, una forma redonda que tal vez era tierra. En el aire, sobre su cabeza, chillaban y revoloteaban las gaviotas. A cierta distancia, en alguna parte del agua, una sirena de niebla dejaba oír a intervalos su alarido. Charley avanzó unos pasos y se asomó a la bruma húmeda.

Joe Askew apareció a su espalda fumando un cigarro, y le cogió del brazo.

—Es mejor pasear, Charley —dijo—. ¿No es un gemido infernal? Parece como si la pequeña y vieja Nueva York hubiera sido torpedeada durante esta maldita guerra... No veo absolutamente nada, ¿y tú?

—Me ha parecido ver un trozo de tierra hace un minuto, pero ya se ha esfumado.

—Habrán sido las montañas de la costa atlántica; estamos anclados frente al Hook... Maldita sea, quiero desembarcar de una vez.

—Tu mujer te estará esperando, ¿no, Joe?

—Debería estar... ¿Conoces a alguien en Nueva York, Charley?

Charley negó con la cabeza.

—Me queda todavía un largo camino para llegar a casa... No sé lo que voy a hacer cuando llegue.

—Maldita sea —dijo Joe Askew—. Quizá tengamos que pasarnos aquí todo el santo día.

—Joe —dijo Charley—, ¿qué te parece si tomamos una copa..., la última?

—Han cerrado ya el maldito bar.

Habían hecho las maletas la noche anterior. No tenían nada que hacer. Se pasaron la mañana jugando al rummy' en la sala de fumar. Nadie podía mantener la atención en el juego. A Paul se le caían una y otra vez las cartas de las manos. Jamás sabían quién había hecho la última baza. Charley trataba de mantener los ojos apartados de los de la señora Johnson, de la pequeña curva de su cuello al esconderse bajo la cenefa de piel gris de su vestido.

—No consigo imaginar —dijo de nuevo ella— de qué pudieron ustedes hablar anoche hasta tan tarde... Creí que habíamos hablado ya de todo lo divino y lo humano cuando me fui a la cama.

—Bueno, encontramos temas, pero la mayoría de ellos salieron en forma de canciones —explicó Joe Askew.

—Sé que siempre me pierdo cosas cuando me voy a la cama —dijo ella. Charley advirtió que Paul, a su lado, la miraba con unos ojos mates y enternecidos—. Pero —siguió diciendo, con su sonrisa burlona— es tan aburrido quedarse levantada hasta tan tarde...

Paul se ruborizó; tenía el aire de quien se va a echar a llorar. Charley se preguntó si Paul había pensado lo mismo que él.

—Bien, veamos a quién le toca —dijo Joe Askew, animadamente.

Hacia mediodía entró en la sala de fumar el mayor Taylor.

—Buenos días a todos... Estoy seguro de que nadie se siente peor que yo. El capitán dice que es posible que no entremos en el muelle hasta mañana por la mañana.

Los jugadores dejaron las cartas sin terminar la mano,

—Estupendo —dijo Joe Askew.

—Casi es mejor —dijo Ollie Taylor—. Estoy hecho una ruina. El último de los dipsómanos e infatigables Taylor es una ruina. Soportamos la guerra, pero la paz nos ha vencido.

Charley miró el rostro gris de Ollie Taylor, hundido y fláccido al pálido fulgor de la bruma que penetraba a través de las ventanas de la sala de fumar, y advirtió las vetas blancas que le surcaban el pelo y el bigote. «Cielos —pensó para sí—, voy a dejar la bebida.»

Consiguieron, de un modo u otro, acabar con el almuerzo, y se retiraron a dormir cada uno en su camarote.

Junto al suyo, en el corredor, Charley se encontró con la señora Johnson.

—Bien, señora Johnson, los primeros diez días serán los peores.

—¿Por qué no me llama Eveline, como todo el mundo?

Charley se ruborizó.

—¿Y de qué serviría? Nunca volveremos a vernos.

—¿Por qué no? —dijo ella.

El la miró en los ojos rasgados de color de avellana, cuyas pupilas se dilataron hasta que el castaño se volvió negro.

—Cielos, me encantaría que pudiéramos —tartamudeó él—. No piense ni por un instante que yo...

Pero ella ya lo había rozado delicadamente al pasar y había desaparecido al fondo del pasillo. El entró en su camarote y cerró la puerta de golpe. Su

equipaje estaba hecho. El camarero había retirado la ropa de la cama. Charley se echó boca abajo sobre el cutí rayado del colchón, que olía a tela rancia.

—Maldita mujer —dijo en voz alta.

Lo despertó el rechinar de una cabria; le llegó luego el tañido de la campana de la sala de máquinas. Miró por el ojo de buey y divisó un guardacostas amarillo y blanco, y, más allá, vagos rayos de sol rosados sobre edificios de madera. La niebla se iba alzando; estando ya en la embocadura.

Cuando logró sacudirse de los ojos el lacerante sueño y subir a cubierta a la carrera, el *Niagara* enfilaba ya, despacio, la rutilante y verdigris bahía. La niebla rojiza se plegaba arriba en rizos, como un manojo de cortinas. Ante la proa cruzó un transbordador rojo. A la derecha, una hilera de goletas de cuatro y cinco mástiles ancladas; más allá de ellas, un buque de velas cuadradas y un amasijo de rechonchos vapores de la Junta Marítima, algunos de los cuales conservaban aún las franjas y manchas de la pintura de camuflaje. Delante, a lo lejos, el fluctuante destello luminoso sobre la maraña de altos edificios de Nueva York.

Joe Askew se acercó a él; se había puesto la gabardina y llevaba sus prismáticos alemanes colgados del hombro. Sus ojos azules brillaban.

—¿Ves ya la Estatua de la Libertad, Charley?

—No... Sí, allí está. La recuerdo más grande.

—Y allá se ve el Black Tom, donde ocurrió la explosión.

—Todo parece muy tranquilo.

—Es domingo, eso lo explica.

—Sí, domingo...

Estaban ahora frente a la Battery. Los largos tramos de los puentes de Brooklyn se desvanecieron en una sombra de humo tras los descoloridos rascacielos.

—Bien, Charley, ahí es donde guardan todo el dinero. Tendremos que sacarles algo a esos tipos —dijo Joe Askew, atusándose el bigote.

—Me gustaría saber cómo empezar, Joe.

Bordeaban ahora una larga hilera de diques con techumbre. Joe tendió la mano.

—Charley, escríbeme, muchacho, ¿me oyes? Ha sido una gran guerra.

—Lo haré, Joe.

Dos remolcadores tiraban del *Niagara* hacia el dique contra el fuerte declinar de la marea. Sobre los edificios de los muelles ondeaban banderas estadounidenses y francesas; en los oscuros portones se apiñaba la gente y saludaba con la mano.

—Allí está mi mujer —dijo de pronto Joe Askew. Apretó la mano de Charley. ¡Hasta la vista, muchacho! Estamos en casa.

De lo primero que Charley fue consciente, inopinadamente, fue de que bajaba por la pasarela. El funcionario de fronteras apenas miró sus papeles: en la aduana, mientras le sellaba el equipaje, el vista dijo:

—Bien, teniente, supongo que es estupendo volver a casa.

Pasó inadvertido entre un propagandista cristiano, dos periodistas y el representante del Ayuntamiento. La escasa gente y los baúles dispersos parecían extraviados y solitarios en el inmenso y triste ámbito amarillento del edificio portuario. El mayor Taylor y los Johnson se estrecharon la mano como desconocidos.

Charley se encontró luego siguiendo su pequeño baúl caqui en dirección al taxi. Los Johnson, que habían conseguido el suyo, esperaban una maleta extraviada. Charley se dirigió hacia ellos. No se le ocurría nada que decirles. Paul dijo que no dejara de ir a verlos si se quedaba en Nueva York, pero permaneció ante la puerta del taxi y a Charley le resultó imposible hablar con Eveline. Vio cómo los músculos de la mandíbula de Paul se relajaban cuando el mozo trajo la maleta perdida.

—No deje de venir a vernos —dijo Paul. Saltó dentro del coche y cerró dando un portazo.

Charley volvió a su taxi, llevándose con él una última vislumbre de los ojos rasgados color avellana y de la sonrisa socarrona.

—¿Sabe si en el hotel McAlpin siguen haciendo precio especial a los oficiales? —preguntó al taxista.

—Claro, a los oficiales los tratan de maravilla... Pero los soldados rasos sólo consiguen una patada en el culo —respondió el taxista desde un costado de la boca, mientras metía la marcha bruscamente.

El taxi tomó una calle empedrada, ancha y vacía. Rodaba con mayor ligereza que los taxis de París. Todos los grandes almacenes y mercados estaban cerrados.

—Vaya, por aquí las cosas parecen muy tranquilas —dijo Charley, inclinándose hacia adelante para hablar con el taxista a través del cristal de separación.

—Tranquilísimas... Ya verá cuando empiece a buscar empleo —dijo el taxista.

—Sin embargo, no recuerdo haber visto esta tranquilidad en mi vida.

—Bueno, ¿y por qué no habría de estar todo tranquilo? Hoy es domingo, ¿no?

—Ah, claro. Se me había olvidado que hoy era domingo. —Pues claro que es domingo.

—Ahora recuerdo que es domingo.

Noticiario XLIV

Yankee Doodle, esa melodía *

EL CORONEL HOUSE LLEGA DE EUROPA,

AL PARECER MUY ENFERMO

Yankee Doodle, esa melodía

PARA GANAR TERRENO Y CALIBRAR DISTANCIAS

pero no ha llegado aún la hora de que los propietarios de periódicos se unan en la salutífera campaña para apaciguar las mentes conturbadas, publicando todas las noticias pero sin hacer tanto hincapié en las calamidades en perspectiva

[* Yankee Doodle: Antigua melodía popular norteamericana, que admite numerosas estrofas y versiones, generalmente humorísticas. (N. del T.)]

MIENTRAS EL CONFLICTO SE EXTIENDE,

LA NEGOCIACIÓN SIGUE EN PUNTO MUERTO

han permitido que el Gobierno del Trust del Acero pisotee los derechos democráticos que con tanta frecuencia se ha asegurado que constituye la herencia del pueblo de este país

Los NAVIEROS PIDEN PROTECCIÓN

Yankee Doodle, esa melodía

Yankee Doodle, esa melodía

Hace que me ponga en pie y aplauda

los únicos tripulantes supervivientes de la goleta Onato son encarcelados a su llegada a Filadelfia

EL PRESIDENTE SE REPONE

Y TRABAJA EN SUS HABITACIONES

Estoy llegando a los Estados Unidos

Y diré

POSIBLE MORDAZA A LA PRENSA

Que no hay tierra... más grande

Charles M. Schwab, a su regreso de Europa, fue invitado a almorzar en la Casa Blanca. Manifestó que nuestro país es próspero, aunque no todo lo próspero que debiera ser a causa de las numerosas y enojosas pesquisas que se están llevando a cabo

...que mi tierra, Desde California a la isla de Manhattan

CHARLEY ANDERSON

El botones de cara ratonil dejó en el suelo las maletas, comprobó los grifos del lavabo, abrió un poco la ventana, introdujo la llave en el lado interior de la cerradura, hizo como si se cuadrara y dijo:

—¿Alguna cosa más, teniente?

Así es la vida, pensó Charley, y sacó del bolsillo un cuarto de dólar.

—Gracias, mi teniente —dijo; restregó los pies en el suelo, se aclaró la garganta y añadió—: Ha tenido que ser horrible allá en ultramar, ¿eh, teniente?

Charley se echó a reír.

—Qué va, no estuvo tan mal.

—Me habría gustado poder ir, teniente —dijo el chico, exhibiendo un par de dientes de ratón en una mueca risueña—. Tiene que ser maravilloso ser un héroe —concluyó, y salió del cuarto caminando de espaldas.

Mientras se desabrochaba la guerrera, Charley miró por la ventana. El piso era muy alto. A través de una calle de edificios cuadrados y sórdidos alcanzó a ver los tejados y algunas columnas de la nueva estación de Pensilvania, y más allá, al otro lado del patio de cocheras, un sol borroso que se ponía tras las cumbres de la orilla opuesta del Hudson. Arriba, sobre su cabeza, el cielo era purpúreo y rosa. El traqueteo del tren elevado llenó de estrépito las calles desiertas y nocturnas tic! domingo. El viento que se colaba por la base de la ventana tenía un persistente olor a ceniza de carbón. Charley bajó del todo la ventana y fue a lavarse las manos y la cara. La toalla del hotel era suave y gruesa al tacto, y despedía un tenue olor a cloro. Se plantó ante el espejo y se peinó. ¿Y ahora qué?

Se paseaba de un lado a otro del cuarto, jugueteando nerviosamente con un cigarrillo, mirando cómo se oscurecía el cielo al otro lado de la ventana, cuando lo sobresaltó el timbre del teléfono.

Era la voz ebria y cortés de Ollie Taylor:

—Pensé que quizá no sabría usted dónde conseguir una copa. ¿Le apetece pasar por el club?

—¡Vaya, qué amable, Ollie! Precisamente estaba yo pensando qué puede hacer uno en esta santa ciudad.

—Ya sabe lo horroroso que está todo —siguió la voz de Ollie—, con la ley seca y todo eso. Es peor incluso que lo que la imaginación más desbocada pueda concebir. Pasaré a buscarle en un taxi.

—Perfecto, Ollie. Estaré en el vestíbulo.

Charley se puso la guerrera, se acordó de dejar el cinturón y el correaje Sam Browne, se acicaló de nuevo el pelo áspero y rubio, y bajó al vestíbulo. Se sentó en un sillón frente a las puertas giratorias.

El vestíbulo estaba lleno de gente. De alguna parte a su espalda llegaba una música. Charley se quedó allí sentado, escuchando las melodías de baile, contemplando las medias de seda y los altos tacones, los chaquetones de piel y las hermosas caras de las chicas que entraban con el semblante un tanto aterido por el viento de la calle. En todo aquello había un toque de lujo y distinción. ¡Dios, esto es grande! Las chicas, al pasar, dejaban una tenue estela de perfume y un cálido aroma de pieles. Empezó a contar el dinero que le quedaba. Tenía la orden de pago de los trescientos dólares que había ahorrado de la paga, cuatro amarillentos billetes de veinte que había ganado al póquer en el barco y que guardaba en la cartera del bolsillo interior, dos de diez..., y veamos cuánto suelto. Las monedas, en el bolsillo del pantalón, emitieron un ligero tintineo cuando las palpó con los dedos.

La cara rubicunda de Ollie Taylor, que coronaba un gran abrigo de piel de camello, le estaba saludando.

—Mi querido amigo, Nueva York es una ruina... No hacen más que servir batidos de helado con soda en las barras neoyorquinas.

Al entrar en el taxi, Ollie lanzó a la cara de Charley una vaharada de whisky de centeno de alta graduación alcohólica.

—Charley, he prometido llevarle a cenar conmigo... Iremos luego; es en casa del viejo Nat Benton. No le importa, ¿verdad? Es un buen tipo. Las damas están deseando ver un aviador condecorado, de carne y hueso.

—¿Seguro que no molesto, Ollie?

—Mi querido amigo, no se hable más del asunto.

En el club, todo el mundo parecía conocer a Ollie Taylor. Estuvieron un buen rato bebiendo manhattans en el bar de paneles oscuros, entre un grupo de caballeros provectos de cabellos blancos y avezadas caras de cantina. Todo era «mayor» esto y «mayor» lo otro, y «teniente» lo de más allá cuando se dirigían a ellos. Charley temió que Ollie acabara demasiado cargado pura ir a cenar a casa de nadie cuando llegara el momento.

Dieron por fin las siete y media y, renunciando a la última ronda de combinados y masticando enérgicamente sendos clavos de olor, subieron a otro taxi y enfilaron hacia la zona norte.

—No sé qué decirles —dijo Ollie—. Cuando les digo que han sido los dos años más deliciosos de mi vida, me hacen muecas burlonas. Pero no puedo evitarlo...

En la casa de apartamentos del domicilio del anfitrión había profusión de mármol y porteros uniformados de verde, y las paredes del ascensor exhibían diversos tipos de marquetería. Nat Benton, le susurró Ollie mientras esperaban ante la puerta, era agente de Bolsa en Wall Street.

Los invitados, en traje de etiqueta, les esperaban para cenar en una sala rosada. Podía verse claramente que eran todos ellos viejos amigos de Ollie, pues lo recibieron con gran bullicio y se mostraron muy cordiales con Charley. Sirvieron combinados al instante, y Charley empezó a sentirse como el centro de la fiesta.

Había una chica, la señorita Humphries, que era bonita como una estampa. Tan pronto como posó los ojos en ella, Charley decidió que sería con ella con quien hablaría. Sus ojos y el vaporoso vestido verde pálido y el delicado hueco empolvado entre sus omóplatos le hacían sentir cierto mareo, de forma que no se atrevía a acercarse demasiado a ella.

Al verlos juntos, Ollie se acercó a los dos y pellizcó a la chica en la oreja.

—Doris, te has convertido en una belleza deslumbrante —dijo, henchido de contento y oscilando ligeramente sobre sus cortas piernas—. Ay, sólo los intrépidos merecen la belleza... No todos los días se vuelve de la guerra, ¿eh, Charley, amigo mío?

—¿No es un encanto? —dijo ella cuando Ollie se hubo ido—. Solíamos formar una maravillosa pareja cuando yo tenía seis años y él estudiaba en la universidad.

Cuando se disponían a sentarse a la mesa, Ollie que había sumado a la cuenta un par de cócteles, extendió los brazos y lanzó un discurso:

—Miradlas, ahí las tenéis: adorables, inteligentes, despiertas. Son las mujeres norteamericanas. No hay nada comparable al otro lado del océano, ¿no es cierto, Charley? Existen tres cosas que no se pueden encontrar en ninguna otra parte del mundo: un buen combinado, un desayuno como es debido y una chica americana. ¡Dios bendiga tal trío!

—Oh, es encantador —susurró al oído de Charley la señorita Humphries.

Sobre la mesa había varias hileras de cubiertos de plata; ante cada comensal, un juego de copas de vino, con pie dorado; en el centro, un jarrón chino con rosas. Charley, al comprobar que su asiento estaba al lado del de la señorita Humphries, se sintió aliviado. La chica le estaba sonriendo.

—¡Dios santo! —le dijo Charley con un mohín divertido—. Apenas sé cómo comportarme.

—Será la diferencia..., con aquello. Actúe con naturalidad. Es lo que yo hago.

—Ni hablar; los hombres siempre lo estropean todo cuando se portan con naturalidad.

Ella rió.

—Quizá tenga razón... Pero dígame cómo es aquello en realidad... Nunca me cuentan detalles. —Señaló las palmas de su Cruz de Guerra—. Ah, teniente Anderson, tiene que contarme lo de esa condecoración.

Tomaron vino blanco con el pescado y vino tinto con el rosbif, y un postre totalmente recubierto de nata. Charley se repetía una y otra vez que no debía beber en exceso si quería que su comportamiento fuera correcto en todo momento.

La señorita Humphries se llamaba Doris. Así la había llamado la señora Benton. Había pasado un año en París antes de la guerra, en un convento de monjas, y preguntó a Charley acerca de los lugares que había conocido: la iglesia de la Madeleine, Rumpelmayer, la confitería frente a la Comedia Francesa. Después de la cena, fueron con las tazas de café al mirador situado tras una enorme begonia rosa que se erguía sobre una maceta de bronce, y ella le preguntó si no pensaba que Nueva York era detestable. Se había sentado en el alféizar de la ventana, y Charley, desde su posición elevada y por encima del blanco hombro de la chica, miraba el tráfico de la calle. Había empezado a llover, y los faros de los coches lanzaban largas franjas de luz ondulante sobre el negro pavimento de Park Avenue. El dijo algo acerca de que, en cualquier caso, el hogar le seguía pareciendo hermoso. Se estaba preguntando si sería incorrecto decirle que tenía hombros muy bellos, casi se disponía a hacerlo cuando oyó que Ollie Taylor reclutaba a todo el mundo para ir a un cabaret.

—Ya sé que es una lata —decía—, pero tenéis que recordar, queridos niños, que es mi primera noche en Nueva York y que, por tanto, debéis disculpar mi debilidad y complacerme.

Aguardaron en grupo bajo la marquesina mientras el portero llamaba a los taxis. Doris Humphries, con su larga capa rematada de piel en el bajo, se hallaba tan cerca de Charley que con el hombro le rozaba el brazo. En el lacerante viento de lluvia de la calle, él pudo aspirar el cálido perfume de Doris, y el aroma de sus pieles y de sus cabellos. Se quedaron atrás mientras sus compañeros de más edad subían a los coches. Durante un instante, mientras la ayudaba a entrar en el taxi, Charley sintió la mano de ella, diminuta y fría, en la suya. Tendió medio dólar al portero, que había susurrado «Shanley´s» al taxista, con esmerada y grave voz de lacayo.

El taxi descendía con suave zumbido entre los altos y cuadrados edificios. Charley se sentía un tanto aturdido. No se atrevía a mirarla ni un instante, y se dedicó a contemplar la calle: caras, coches, guardias de tráfico, gente con impermeables, paraguas que al pasar se recortaban contra las cristaleras de los drugstores.

—¿Me dirá ahora cómo obtuvo la condecoración?

—Bah, los franchutes nos las largaban de cuando en cuando para mantenernos contentos.

—¿Cuántos hunos derribó usted?

—¿Para qué hablar de ello?

Doris golpeó con el pie el suelo del taxi.

—¡Oh, nadie quiere contarme nunca nada! No creo siquiera que usted haya estado alguna vez en el frente... Ni ninguno de ustedes.

Charley rió. Tenía la garganta un poco seca.

—Bien, estuve por allí arriba un par de veces.

La chica se volvió hacia él súbitamente. En el interior oscuro del coche, Charley pudo ver puntos de luz en sus ojos,

—Oh, ya entiendo —dijo ella—. Teniente Anderson, pienso que ustedes, los pilotos, son la mejor gente del mundo.

—Y yo pienso, señorita Humphries, que es usted... adorable. Desearía que este taxi no llegara nunca a ese desagradable... lugar al que vamos, cualquiera que sea.

Ella apoyó un instante su hombro en el de Charley. El se dio cuenta de que la estaba cogiendo de la mano.

—Bueno, en realidad me llamo Doris —dijo ella con diminuta voz de niña.

—Doris —dijo él—. Yo me llamo Charley.

—Charley, ¿te gusta bailar? —preguntó ella con la misma voz susurrante de él.

—Claro —dijo Charley, apretando su mano fugazmente.

Y la voz de ella se derritió como un dulce pequeño y delicado:

—A mí también... Oh, me gusta tanto...

La orquesta, cuando entraron, estaba tocando Dardanella. Charley dejó la gabardina y el sombrero en el guardarropa. Las cejas espesas y entrecanas del maître se inclinaron reverentes sobre la pechera blanca. Charley seguía la delgada espalda de Doris —el hueco entre los omóplatos, donde deseaba poner su mano— a través de la alfombra roja, entre las mesas blancas, las almidonadas camisas de los hombres, los hombros de las mujeres, el siseante aroma del champán y las tostadas de queso a la cerveza y los escalfadores calientes, dejando atrás a las parejas que oscilaban en un rincón de la pista, hacia la mesa blanca y redonda donde esperaban, ya acomodados, sus amigos. Tenedores y cuchillos brillaban entre los pliegues almidonados del mantel recién dispuesto.

La señora Benton se estaba quitando los guantes blancos de cabritilla mientras miraba la cara cárdena de Ollie Taylor, que contaba una historia divertida.

—Bailemos —susurró Charley a Doris—. Bailemos sin parar.

Charley temía bailar demasiado apretado a ella, y procuró mantenerla de forma que hubiera cierta distancia entre sus cuerpos. Doris, al parecer, se había acostumbrado a bailar con los ojos cerrados.

—¡Caramba, Doris! Eres una magnífica bailarina.

Cuando cesó la música, las mesas, el humo de los vegueros y la gente parecieron seguir girando unos instantes en torno a sus cabezas. Doris lo estaba mirando de soslayo.

—Apuesto a que echas de menos a las chicas francesas. ¿Qué te parecía la forma de bailar de las francesas, Charley?

—Terrible.

El grupo bebía champán en tazas de desayuno. Ollie había hecho que le enviaran dos botellas desde el club por medio de un mozo. Cuando la música volvió a sonar de nuevo, Charley tuvo que bailar con la señora Benton y con la otra dama, la de los diamantes y el exceso de grasa en la cintura. Sólo en dos ocasiones más pudo bailar con Doris. Charley advirtió que los demás querían irse a casa, pues Ollie empezaba a estar borracho como una cuba. El mayor tenía en el bolsillo una petaca de whisky de centeno y había hecho señas a Charley un par de veces para que le acompañara a tomar un trago en el guardarropa. Charley, en ambas ocasiones, apenas mojó los labios, pues esperaba tener la oportunidad de acompañar a Doris a su casa.

Una vez en el vestíbulo, supo que la chica vivía en la misma manzana que los Benton; Charley merodeó en torno al grupo mientras las damas se enfundaban en sus abrigos antes de salir hacia el taxi, pero no pudo lograr ni una mirada de Doris. Todo se redujo a «Buenas noches, querido Ollie; buenas noches, teniente Anderson», y al golpe brusco con el que cerró el portero la puerta del taxi. Y apenas pudo saber cuál de las manos que había estrechado había sido la de Doris.

Noticiario XLV

Si no fuera por los polvos y la peluca

El hombre a quien yo amo no habría llegado a ninguna parte

si ha de buscarse una explicación simple a su carrera, se encontraría sin duda ante la extraordinaria decisión de renunciar a la vida muelle del empleado de oficina a cambio de la dura labor del operario. Un joven que tan tempranamente en la vida dio muestras de tal fuerza de voluntad y juicio no podía dejar de remontarse por encima del común de los mortales. Se convirtió en persona inseparable de banqueros

La mujer de Saint Louis la de los anillos de diamantes

Hace con ese hombre lo que le viene en gana

Cansado de ir a pie, de montar en bicicleta y en tranvía, es muy probable que se compre un Ford.

UN ATRACO EN PLENO DÍA DISPERSA A LA MULTITUD

En cuanto su mujer descubra que un Ford es siempre intuí a otro Ford y que casi todo el mundo tiene uno, es muy probable que le convenza para que se decida a dar el paso siguiente en el escalafón social, cuyo exponente más notorio sería la posesión de un Dodge.

LUEGO SE LIBRÓ UNA ENCARNIZADA

BATALLA A TIRO LIMPIO

El siguiente paso tiene lugar cuando la hija vuelve de la Universidad y la familia se muda a una nueva casa. El padre quiere hacer economías. La madre anhela una oportunidad para sus hijos; la hija desea prestigio social, el hijo desea viajar, medrar, triunfar.

UN HOMBRE ASESINADO CERCA DEL HOTEL MAJESTIC,

POR TRES ASALTANTES

Detesto ver cómo desciende el sol de la tarde

Detesto ver cómo desciende el sol de la tarde

Porque con él mi niño ha dejado la ciudad

tales hazañas pueden indicar un peligroso nivel de fanfarronería, pero ponen de manifiesto las cualidades que hicieron posible que un muchacho en edad de cursar la enseñanza secundaria se convirtiera en el indiscutido jefe de una banda que deshonra al Estado de

El plan americano

Frederick Winslow Taylor (en el taller le llamaban Tay— lor el Rápido) nació en Germantown, Pensilvania, el mismo año de la elección de Buchanan. Su padre era abogado. Su madre pertenecía a una familia de balleneros de New Bed— ford; era una gran lectora de Emerson y pertenecía a la Iglesia Unitaria y a la Browning Society. Ferviente abolicionista y partidaria convencida de las formas democráticas, era asimismo un ama de casa de viejo cuño, y hacía que todo el mundo estuviera ocupado desde el amanecer hasta el crepúsculo. Dictaba normas de conducta como las siguientes:

dignidad y confianza en uno mismo, autocontrol

y mente viva para los números.

Pero deseaba también que sus hijos apreciaran las cosas nobles, de modo que se los llevó tres años a Europa, les hizo asistir a funciones de ópera y les mostró catedrales, frontispicios romanos y las obras de los viejos maestros, cubiertas por el barniz oscurecido y orladas por marcos de un dorado marchito.

El Fred Taylor de unos años después deploraba aquellos años perdidos y solía abandonar precipitadamente cualquier recinto donde se hablara de «las cosas nobles». Era un muchacho quisquilloso, aficionado a las bromas pesadas y muy diestro en la manipulación de artefactos y artilugios.

En Exeter fue cabecilla de su clase y capitán del equipo de béisbol, y el primer pitcher que lanzaba la pelota desde lo alto. (Cuando los árbitros argumentaban que aquel método de lanzamiento no estaba dentro de las reglas del juego, él respondía que daba resultado.)

De muchacho tenía pesadillas; le resultaba horrible el acostarse. Pensaba que tal vez se debiera a que dormía boca arriba. Se construyó un arnés de cuero con clavijas de madera que se le clavaban en la carne cuando se daba la vuelta. De adulto dormía en una silla o sentado en la cama, con almohadas como respaldo. Y padeció de insomnio durante toda su vida.

Era un tenista de primera. En 1881, con su amigo Clark de pareja, ganó el Campeonato Nacional de Dobles utilizando una raqueta en forma de cuchara que él mismo había diseñado.

En la escuela enfermó por exceso de trabajo; la fatiga hizo que le fallara la vista. El médico le aconsejó trabajo manual, de forma que en lugar de pasar a Harvard entró en el taller de maquinaria de una pequeña fábrica de bombas, propiedad de un amigo de la familia, donde habría de aprender el oficio de moldeador y de mecánico. Aprendió a manejar el torno, y a vestir y maldecir como un obrero.

Fred Taylor jamás fumó ni bebió, ni tomó té ni café; no le cabía en la cabeza que a sus compañeros pudiera gustarles ir de juerga, emborracharse y organizar escándalos los sábados por la noche. Era un hombre de su casa. Cuando no estaba leyendo libros técnicos, se dedicaba a actuar en funciones de teatro para aficionados o se sentaba al piano al anochecer y cantaba con voz de tenor *A Warrior Bold* o *A Spanish Cavalier*.

En su primer año de aprendiz en el taller, trabajó sin recibir un céntimo; cobró un dólar y medio a la semana durante los dos años siguientes; y el cuarto y último, dos dólares.

El hierro y el carbón estaban enriqueciendo a Pensilvania. A los veintidós años, FredTaylor empezó a trabajar en la fundición Midvale. Al principio tuvo que aceptar un puesto de oficinista, pero odiaba aquel trabajo y se puso a trabajar con una pala. Al cabo consiguió que le asignaran un torno. Demostró ser buen mecánico; trabajó diez horas al día y siguió las clases nocturnas de ingeniería en Stevens. En seis años ascendió de ayudante de mecánico a encargado de la sección de herramientas, a jefe de cuadrilla, a capataz, a jefe de mecánicos a cargo de las reparaciones, a jefe de delineantes y director de investigación, y a ingeniero jefe de la fábrica Midvale.

En sus primeros años de taller era un mecánico como los demás; soltaba tacos, bromeaba, trabajaba como los demás, y cuando había que fingirse enfermo o poner en práctica otras picarescas del trabajo lo hacía como cualquiera. Al patrón no había que darle más que el valor del sueldo. Pero cuando llegó a ser capataz se pasó al bando de los dirigentes, *haciendo acopio de sus fuerzas y poniendo al servicio de la gerencia todo el acervo tradicional de conocimientos que había sido en el pasado patrimonio del intelecto, destreza física y buen hacer de los obreros*. No soportaba ver un torno o un hombre ocioso.

La producción se le subió a la cabeza; le mantenía en vilo los nervios insomnes, como si se tratara de alcohol o de mujeres en la noche del sábado. No holgazaneaba jamás, y hubiera preferido que le llevaran los demonios antes que permitir que alguien lo hiciera. La producción era en él como una comedia bajo la piel.

Perdió los amigos del taller, que le llamaban negrero. Era un hombre fornido, irascible y lacónico.

Yo era joven en años, pero entre las preocupaciones, mezquindades y vilezas de todo el maldito asunto, puedo dar mi palabra de que era mucho más viejo que ahora. Para un hombre que no puede mirar a la cara a los obreros sin ver hostilidad en sus semblantes, que tiene la sensación de que todo hombre a su alrededor es un virtual enemigo, la vida resulta espantosa.

Aquello fue el comienzo del sistema Taylor de Administración Científica de Empresas.

A Taylor le molestaban las explicaciones y le tenía sin cuidado quién pudiera resultar perjudicado cuando hacía cumplir las leyes que consideraba inherentes al proceso industrial.

Al iniciar un experimento en cualquier campo es necesario cuestionar todos los puntos, cuestionar hasta los fundamentos mismos sobre los que descansa la disciplina en estudio, cuestionar los hechos más simples, más evidentes, más universalmente aceptados: en suma, ponerlo todo aprueba.

Salvo las normas de conducta del Yanqui Cuáquero dominante (los patronos de barco de New Bedford eran los principales negreros de los mares donde se pescaba la ballena). Taylor se jactaba de que jamás pedía a un obrero nada que él mismo no pudiera hacer.

Inventó un martinete de vapor muy perfeccionado; inició la producción en serie de herramientas y equipos, y atestó el taller de estudiantes universitarios con cronómetros y diagramas encaminados a obtener tablas y métodos. *Existe un modo correcto de hacer las cosas y un modo equivocado, y el correcto es aquel del que se deriva el aumento de la producción, el abaratamiento de los costes, el incremento de los salarios y de los beneficios*; el plan americano.

Disoció la labor del capataz en diferentes funciones: jefes de productividad, jefes de equipo, encargados de racionalizar tiempos y turnos.

En su opinión, los mecánicos cualificados resultaban demasiado testarudos; lo que necesitaba era operarios sin cualificar que hicieran lo que se les pedía.

Pero si tales peones demostraban ser diestros y ejecutaban un trabajo de primera, Taylor era partidario de que percibieran una paga de primera, y ahí fue donde empezó a entrar en colisión con los patronos.

A los treinta y cuatro años se casó, dejó Midvale y dio un salto arriesgado hacia el gran dinero al incorporarse a una fábrica de pasta de papel creada en Maine por ciertos almirantes y amigos políticos de Grover Cleveland;

el pánico del 93 echó por tierra aquella empresa.

Taylor inventó para sí mismo el título de Ingeniero Consultor de Gestión Empresarial, y empezó a atesorar una fortuna mediante cuidadosas inversiones.

Su primera disertación ante la Sociedad Americana de Ingenieros Mecánicos lo fue todo menos un éxito, pues lo tacharon de lunático. «He comprobado —escribía en 1909— que cualquier mejora introducida no sólo encuentra oposición, sino la oposición agresiva y enconada de la mayoría de la gente.»

Fue llamado por Aceros Bethlehem, donde habría de realizar sus famosos experimentos en el proceso de manipulación de los lingotes de hierro. Enseñó a un holandés llamado Schmidt a manejar cuarenta y siete toneladas de lingotes de hierro al día en lugar de doce y media, y consiguió, además, que Schmidt admitiera que no acusaba mayor fatiga que de costumbre al final de la jornada.

Le tenían chiflado las palas: en todo trabajo había de emplearse una pala del peso y tamaño idóneos, y exclusiva para el mismo; en todo trabajo había de emplearse un hombre del peso y talla idóneos, y exclusivo para el mismo. Pero en cuanto empezó a pagar a sus hombres en consonancia con su eficiencia incrementada,

los patronos, una camarilla de holandeses codiciosos y cortos de luces, pusieron el grito en el cielo, y cuando Schwab compró Bethlehem en 1901,

Fred Taylor,

inventor de la eficiencia,

que había duplicado la producción de las máquinas estampadoras al aumentar la velocidad de los ejes principales de las correas de transmisión de noventa y seis a doscientas veinticinco revoluciones por minuto,

fue despedido sin contemplaciones.

Fred Taylor, a partir de aquel momento, diría siempre que no podía permitirse el lujo de trabajar con dinero.

Se aficionó a jugar al golf (con palos diseñados por él mismo) e ideó métodos para trasplantar a su jardín grandes macizos de boj.

En Boxly, su residencia de Germantown, se mantenían las puertas siempre abiertas para ingenieros, directores de fábrica e industriales; escribía artículos,

daba conferencias en la Universidad, compareció ante un comité de congresistas y en todas partes predicaba las excelencias de la gestión científica de las empresas y de la regla de cálculo de Barth, la reducción del despilfarro y de la ociosidad, la sustitución del mecánico cualificado por el simple operario (como Schmidt, el hombre a cargo del manejo de los lingotes de hierro) que actuara al dictado

y trabajara a destajo, lo cual significaba: producción;

más carriles de acero, más bicicletas, más bobinas de hilo, más planchas de blindaje para acorazados, más bandejas para camas de enfermos, más alambre de espino, más agujas, más pararrayos, más cojinetes de bolas, más dólares;

(las viejas familias cuáqueras de Germantown se iban enriqueciendo, los millonarios de Pensilvania acumulaban fabulosas fortunas derivadas del hierro y del carbón)

la producción podría enriquecer a todo ciudadano americano de primera clase que estuviera dispuesto a trabajar a destajo, a no beber ni armar escándalos, ni quedarse pensativo o en babia frente al torno.

Schmidt, el ahorrativo encargado de los lingotes de hierro, podrá invertir su dinero y convertirse en patrono, al igual que Schwab y el resto de los holandeses codiciosos y cortos de luces, y disfrutar con Bach y poseer

centenarios macizos de boj en su jardín de Bethlehem o Germantown, o Chestnut Hill,

y fijar normas de conducta; el plan americano.

Pero Fred Taylor nunca llegó a ver en funcionamiento el plan americano;

en 1915, aquejado de postración física, ingresó en un hospital de Filadelfia.

Se le declaró una neumonía; la enfermera de noche oyó cómo el paciente daba cuerda a su reloj;

en la madrugada del cincuenta y nueve aniversario de su nacimiento, cuando la enfermera pasó a verlo en su habitación a las cuatro y media,

lo encontró muerto con el reloj en la mano.

Noticiario XLVI

éstos son los hombres por quienes los fanáticos sin ley, los elementos anarquistas de la sociedad de este país han estado trabajando desde que se dictó la sentencia, y a ellos se han unido últimamente muchos buenos ciudadanos respetuosos de la ley, engañados por los sutiles argumentos de tales propagandistas

Malos son los tiempos y pobres los jornales

Déjala Johnny déjala

El pan está duro y la carne salada

Es hora ya de dejarla

Los BANQUEROS AGUARDAN CON ENTUSIASMO

UNA ERA DE EXPANSIÓN

SE DA POR SEGURA LA PROSPERIDAD GENERAL

La pasión de los alemanes por el caviar se considera un peligro para la estabilidad de la moneda

Nadie se da cuenta

A nadie le importa si estoy cansado

¡Oh cuán pronto han olvidado Cháteau—Thierry!

SENTIMOS GRAN SIMPATÍA POR LOS USUARIOS

DE MÁQUINAS DE ESCRIBIR DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK

TUMULTO DE PARADOS EN UNA OFICINA DE EMPLEO

Los barcos en el océano

Las rocas en el mar

Me tiene el seso sorbido

Una mujer de pelo rubio

El Ojo de la Cámara (43)

se hace un nudo en la garganta cuando el vapor de chimenea encarnada batiendo la débil oleada de las aguas color pizarra describe con suavidad una ancha curva de veteado verde y deja atrás el fanal rojo del barco faro

el espinazo se pone rígido con el recuerdo del frío de la costa atlántica

y la silueta dentada de las casas de madera al oeste sobre la tierra invisible y la tela de araña de las montañas rusas y las torres de goma de mascar de Coney y los cargueros con las chimeneas destacándose en la popa y la extensión borrosa más allá de Sandy Hook

y la fragancia cálida y viscosa de las marismas

recordadas bahías plateadas calas de embocadura cerrada por armazones de caballete

el puf—puf de una motora que remonta la ensenada al amanecer

los mástiles inclinados de unas embarcaciones cuyos fanales se recortan contra los altos y enhiestos pinos de la playa blanca como concha

de un frío hedor de un barco ostrero en invierno

y el rechinar de las mecedoras en el porche de la casita de campo del aserradero y las voces de los viejos y las historias contadas con semblante

inescrutable y de soslayo por el parlanchín de turno historias (atribuidas a Misuri, que no aceptaba camelos) y el piel roja vestido con piel de búfalo que vendía serpentaria inflamado por su propia oratoria y el ahogo sulfúreo y los bomberos haciendo sonar la campana por la calle de ladrillo rojo mientras colgados de los coches y con semblante adusto se ponen atropelladamente sus capotes de goma

y el crujir de los panecillos de maíz y el café con crema sorbido apresuradamente para tomar a tiempo el tren y las mañanas de los edificios de apartamentos ahogadas en la lectura del periódico y el suave y quebradizo tacto de los billetes de banco nuevos y el golpazo de una porra policial que parte el cráneo a un ciudadano y los semblantes borrosos de unos presos sobre el papel de los diarios

el gemido y el aullido de la sierra circular y el olor embriagador de la madera recién cortada y extraviadas entre escoriales y entre campos de estramonio y entre bosques arrasados las pequeñas poblaciones miserables las pequeñas poblaciones miserables

¿de qué ha servido sepultar aquellos en el viejo cementerio junto a la derruida iglesia de ladrillo aquella mañana de primavera en que las sendas polvorientas recibían la ofrenda de azules charcos y el aire era un aroma de violetas y agujas de pino?

¿de qué ha servido sepultar aquellos años detestables en el hedor a letrina de Brocourt bajo el fulgor de las bengalas luminosas

si hoy el vista de aduanas de cara rufianesca y charla suave y chabacana y erres guturales y con las manos gruesas y el brusco gesto del pulgar de los personajes bufonescos de las viñetas de los diarios

(¿Así que te has traído libros franceses, eh?)

es mi tío

Noticiario XLVII

oportunidad para chico joven que quiera labrarse un porvenir... buenos puestos para personas brillantes... OCASIÓN DE PROGRESAR... aprendiz... chico para recados... chico para oficina

NECESÍTASE HOMBRE JOVEN

Oh dime cuánto tiempo

Tendré que esperar

OPORTUNIDAD

para contable avispado y ambicioso, en banco que recluta a sus dirigentes entre sus propias filas... delineante proyectista con experiencia en reconstrucciones fabriles e industriales de ladrillo, madera y cemento armado... broncista... rotulista... moldeador... pintor de carrocerías... oficial de primera para filetes y remates... joven para calcetería, lencería y mercería... auxiliar para departamento de compras... calígrafo versado en cuentas... operario trabajador y vigoroso para montar troqueles en prensa de piezas metálicas

agente electoral... químico para estandarización de sabores... encargado de montacargas... vendedor a domicilio., agente de seguros... agente de seguros... encargado de facturación... joyero... peón... maquinista... fresador... empleado para naviera... empleado para naviera... empleado para naviera... vendedor de zapatos... rotulista... agente comercial para mercado de pescado al por menor... maestro... cronometrador... matricero para utillaje, calcador, encargado de almacén de herramientas, traductor, mecanógrafo... guarnecedor de ventanas... empaquetador

OPORTUNIDAD PARA

¿Lo tomo ahora mismo

O será mejor que no me decida de inmediato?

joven dispuesto a trabajar duro

joven para oficina

joven para almacén

joven taquígrafo

joven viajante

joven aprendiz

OPORTUNIDAD

Oh dime cuánto tiempo

inspector municipal de luz, agua y macizos de escarchadas en hermosa y próspera ciudad de las tierras altas de Florida... encargado del departamento de lencería en gran firma de ventas por correo... auxiliar para encuesta en ferrocarril... encargado de cuadrilla de unos veinte hombres a cargo de las herramientas, troqueles, instrumentos de medición... contable para almacén... mozo para transportar cargas ligeras... ingeniero de Caminos... tasador de maquinaria y troqueles... tasador de inmuebles... ingeniero para central eléctrica

El Ojo de la Cámara (44)

el forastero sin nombre

(que había colgado de la perilla de la silla del blanco semental sin herrar

una alforja llena

y dejando los rescoldos agonizantes en la cañada de las yermas colinas de Siria donde acampara el Agaíl cuando la afilada luz del alba hubo barrido la noche del desierto salpicado de cerros había cabalgado hacia las pestilentes aldeas y los sembrados de sésamo y los huertos de albaricoques) se afeitó la barba en Damasco

y se sentó a beber café con leche caliente frente al hotel en Beirut contemplando el blanco casco de Líbano hurgando entre las cartas apiladas sobre la mesa y los recortes de prensa dirigidos no a quien no hablaba árabe ni a quien se encaramaba al camello con torpeza para acabar con las nalgas doloridas por la monta

sino a alguien

que

(pero esta noche a la suave temperatura de la costa levantina los amables funcionarios proyectan nuevas mejoras apenas después del baño se sorprende a sí mismo a punto de desempeñar su papel en el reparto ataviado con una corbata blanca que ha anudado cuidadosamente el vicecónsul embutido en una camisa almidonada en un angosto frac en unos enormes pantalones que la gentil esposa del amable funcionario le estrecha por detrás entre risitas con unos imperdibles que se abrirán en cuanto se incline ante la esposa del alto comisario el vestuario defectuoso imposibilita la interpretación del papel de eminente explorador y los zapatos de charol que le oprimían dolorosamente los dedos de los pies se extraviaron bajo la mesa durante el champán y los discursos) que al llegar a Manhattan le espera de nuevo un traje de etiqueta cortado para otro

la oferta de puesto la oportunidad brindada el botón del cuello hundiéndose en la nuez mientras una figura estúpida grazna desde una mesa ante dos hileras de caballeros recién planchados que visten con donaire el impecable corte de sus nombres

embutidos en camisas para dar lugar a millas a años luz del encabezamientos y recortes de papel prensa

Caballeros pido disculpas fue un error se debió a un equívoco el que me encontrara en escena al levantarse el telón el poema que recité en otro idioma no era mío de hecho era otra persona quien hablaba no soy yo el hombre de uniforme de la fotografía se trata de un error lamentable de un equívoco de identidad la hoja de servicio se perdió el caballero del clavel rojo que ocupa la silla giratoria es otro

quienquiera que fuese quien provisto de falsas patillas permanecía en medio de la calle lluviosa y se las arregló para escabullirse inadvertidamente por la boca de una alcantarilla el joven de cara pastosa que esgrime una receta ajena para acometer cierto negocio

puede asegurarse que no es

el titular de cualquiera de los puestos a los que concurrió cumplimentando la solicitud en la agencia de colocaciones

CHARLEY ANDERSON

El tren llegó a Saint Paul con tres horas de retraso. Charley llevaba una hora ya con la chaqueta puesta y la bolsa preparada. Inquieto en el asiento, se entretenía en ponerse y quitarse los guantes nuevos de piel de ante. Deseaba que no hubieran ido todos a recibirlo en la estación. A lo mejor sólo había venido Jim. Quizá no habían recibido el telegrama.

Vino el mozo y lo cepilló; luego tomó su equipaje. Charley no alcanzaba a ver con claridad a través de la vaharada de vapor y del azote de la nieve del exterior. El tren aminoró la marcha, se detuvo en un ancho andén de mercancías cubierto por la nieve y echó de nuevo a andar con una sacudida y una serie de resoplidos provocados por el violento embate de vapor al arrancar la máquina. Los parachoques resonaron con estrépito a todo lo largo del tren. Charley sintió las manos heladas dentro de los guantes. El mozo asomó la cabeza dentro del coche y gritó: «¡Saint Paul!» Ya nada podía hacer sino apearse.

Allí estaban todos ellos. El viejo Vogel y la tía Hartmann, con sus caras rubicundas y sus largas narices, seguían con el aspecto idéntico de siempre, pero Jim y Hedwig habían engordado. Hedwig llevaba un abrigo de visón y el gabán de Jim parecía endiabladamente bueno. Jim le arrebató el equipaje de las manos y Hedwig y la tía Hartmann lo besaron, y el viejo Vogel le dio unas palmadas en la espalda. Todos hablaban a la vez y le hacían todo tipo de preguntas. Cuando preguntó por mamá, Jim frunció el ceño y dijo que estaba en el hospital y que pensaban ir a visitarla por la tarde. Amontonaron su equipaje en un Ford sedán nuevo y se apretujaron todos dentro, en medio de las risitas y grititos de la tía Hartmann.

—Como verás, ahora soy concesionario de la Ford —dijo Jim.

—Para ser sinceros, por aquí todo ha marchado a pedir de boca.

—Espera a ver la casa. La hemos reconstruido toda entera —dijo Hedwig.

—Así que mi chico hizo correr al káiser... En nombre de la comunidad germano—americana de las Twin Cities,* te diré que estamos orgullosos de ti.

[* Twin Cities (Ciudades gemelas): Mineápolis y Saint Paul, en el estado de Minnesota. (N. del T.)]

Habían preparado un gran banquete y Jim le ofreció un trago de whisky y el viejo Vogel no paraba de llenarse el vaso de cerveza y de decirle: «Ahora cuéntanos». Charley, con la cara enrojecida, permaneció todo el tiempo allí sentado, comiendo el pollo estofado y las tortas rellenas, y bebiendo cerveza hasta casi reventar. No se le ocurría nada que decirles, así que cuando le hacían preguntas se limitaba a responder con alguna broma ingeniosa. Al acabar el almuerzo, el viejo Vogel le obsequió con uno de sus mejores cigarros habanos.

Por la tarde, Charley y Jim fueron a ver a su madre al hospital. De camino Jim le dijo que la habían operado un tumor, y que él temía que se tratara de un cáncer, pero ni aun así se hizo una idea Charley de lo enferma que habría de encontrarla. Con la cara contraída y amarilla contra el blanco de la almohada, sus labios le parecieron a Charley delgados y calientes cuando se inclinó para besarla. Su aliento era pestilente.

—Charley, estoy muy contenta de que hayas venido —dijo con voz trémula. Habría sido mejor que hubieras venido antes... No es que no me encuentre bien aquí... Bueno, me alegrará mucho tener a mis chicos conmigo cuando me ponga buena. Dios ha procurado por todos nosotros, Charley, no debemos olvidarnos de Él.

—Bien, mamá, no hay que cansarse ni excitarse —dijo Tim— Lo que conviene hacer es conservar las energías para curarse.

—Ah, pero El ha sido tan misericordioso... —Sacó su pequeña mano, azulada por la delgadez, de debajo de la colcha y se frotó suavemente los ojos con un

pañuelo—. Jim, acércame las gafas. Charley es un buen chico —dijo en un tono más fuerte—. Deja que eche una mirada al hijo pródigo.

Charley, incómodo, no pudo evitar mover nerviosamente los pies mientras ella lo miraba.

—Ya estás hecho todo un hombre y te has labrado un buen nombre allá en aquellas tierras. Mis chicos han resultado mejores de lo que yo esperaba... Charley, tenía miedo de que te convirtieras en un holgazán como tu padre.

Los tres rieron. No sabían qué decir.

Ella se quitó las gafas y trató de alcanzar la mesilla donde estaban ellos, pero las gafas se le cayeron de la mano y se rompieron contra el suelo de hormigón.

—Oh, vaya..., no importa. Me sirven de muy poco aquí.

Charley recogió los trozos y los metió con cuidado en el bolsillo del chaleco.

—Las mandaré arreglar, madre.

La enfermera, de pie junto a la puerta, les hizo señas con un movimiento de cabeza.

—Bueno, adiós, te veremos mañana —dijeron.

Una vez fuera, en el corredor, Charley sintió cómo las lágrimas le caían por las mejillas.

—Así están las cosas —dijo Jim frunciendo el ceño—. La mantienen con drogas la mayor parte del tiempo. Pienso que estaría mucho más cómoda en una habitación individual, pero ya te imaginas lo que cobran en estos malditos hospitales.

—Yo pondré una parte —sugirió Charley—. Tengo algo de dinero ahorrado.

—Bueno, supongo que es lo correcto —dijo Jim.

Charley aspiró profundamente el aire de la tarde fría mientras se detenían unos instantes en la escalinata del hospital, pero no pudo alejar de su cabeza el olor del éter, de las drogas, de la enfermedad. Hacía un viento helado. La

nieve, sobre las calles y tejados, lanzaba destellos rosados al fulgor del crepúsculo.

—Vamos a la tienda a ver cómo van las cosas —propuso Jim—. Le dije al chico que trabaja para mí que llamara a algunos periodistas. Pensé que si se vienen por la tienda a hacerte una entrevista sacaría en limpio un poco de publicidad gratuita.

Jim golpeó a Charley en la espalda, y añadió:

—Devoran ese tipo de historias, héroes que vuelven a casa y todo eso. Sígueles la corriente un poco, ¿de acuerdo, Charley?

Charley no respondió.

—Dios santo, Jim —dijo en voz baja cuando estuvieron dentro del coche—. No voy a saber qué decirles.

Jim apretaba con el pie el arranque automático.

—¿Qué dirías de entrar en el negocio, Charley? Va a ser un gran negocio, te lo puedo asegurar.

—Muy amable por tu parte, Jim. Creo que será mejor que lo piense un poco.

Cuando llegaron a casa, bajaron al nuevo salón de ventas que había construido Jim ampliando el garaje, que en los viejos tiempos había sido una cuadra de caballos de alquiler situada en la trasera de la casa del viejo Vogel. El salón tenía una gran luna con la palabra Ford sesgada en letras azules. En él podía verse un camión nuevo, bruñido y reluciente. Había una alfombra verde, un escritorio con revestimiento de caoba, un teléfono montado sobre un soporte niquelado de acordeón y una palmera artificial en una caprichosa jardinera situada en una esquina.

—Ponte cómodo, Charley —dijo Jim, señalando la silla giratoria y sacando una caja de puros—. Sentémonos y charlemos un rato.

Charley tomó asiento y escogió un cigarro. Jim, apoyado contra el radiador y con los pulgares en las sobaqueras del chaleco, dijo:

—¿Qué te parece esto, chico? Soberbio, ¿no?

—Soberbio, Jim.

Encendieron los cigarros y restregaron los pies contra el suelo varias veces.

—Pero no será suficiente —prosiguió Jim—. Tengo que hacerme con un local amplio y nuevo en el centro. Este era céntrico antes. Ahora queda endiabladamente lejos y está acabado.

Charley emitió una especie de gruñido y siguió chupando su cigarro. Jim se puso a andar de un lado para otro, mirando a Charley fijamente.

—Con tus conexiones en la Legión Americana y en la aviación y en ese tipo de cosas, nos irá todo sobre ruedas. La mitad de los representantes de la Ford del distrito tienen apellido alemán.

—Jim, olvídalo. Me resulta imposible hablar con los periodistas.

Jim enrojeció, frunció el ceño y se sentó en el borde del escritorio.

—Pero tienes que apechugar con lo tuyo... ¿Para qué crees que te ofrezco entrar en el negocio? No lo hago por los bonitos ojos azules de mi hermanito.

Charley se puso en pie.

—Jim, no voy a entrar en el negocio. Me he embarcado ya en un proyecto de avión con mi antiguo comandante.

—Podrás hablarme de aviación dentro de veinticinco años. De momento no es nada productivo.

—Bueno, tenemos un par de cartas en la manga... Apuntamos muy alto.

—No será para tanto. —Jim se levantó. Sus labios se convirtieron en fina línea—. Bien, supongo que no pensarás pasarte todo el invierno haciendo el zángano por mi casa sólo porque eres un héroe de guerra. Si tienes esa idea ya puedes ir pensando en otra cosa.

Charley se echó a reír. Jim se acercó a él y le puso la mano en el hombro zalameramente.

—Venga, los pájaros esos van a llegar dentro de un momento. Sé buen chico y ponte el uniforme y todas esas medallas... Hazme ese favor.

Charley se quedó unos instantes mirando la ceniza de su cigarro.

—¿Y qué tal si el favor me lo haces tú a mí? No llevo en casa ni cinco horas y ya estás atosigándome como cuando trabajaba aquí...

Jim, presa del nerviosismo, empezaba a perder la compostura.

—Bien, ya sabes lo que tienes que hacer entonces —dijo, pronunciando sus palabras de forma brusca y cortante.

Charley sintió deseos de soltarle un buen puñetazo en la delgada mandíbula a su hermano.

—Si no fuera por mamá, no tendrías que preocuparte por mí en absoluto —dijo con calma.

Jim guardó silencio unos instantes. Las arrugas desaparecieron de su frente. Sacudió la cabeza con aire grave.

—Tienes razón, Charley, será mejor que te quedes. Si a ella la hace feliz...

Charley arrojó su cigarro mediado en la escupidera de latón y salió antes de que Jim pudiera detenerlo. Se dirigió a casa, cogió el abrigo y el sombrero y fue a dar un largo paseo por la nieve aguada del atardecer.

Terminaban de cenar cuando Charley volvió. Le habían reservado un plato y un lugar en la mesa. Nadie habló a excepción del viejo Vogel.

—Hemos estado pensando si los aviadores viven también del aire —dijo, y rió con risa asmática.

Nadie rió con él. Jim se levantó y salió del comedor. En cuanto hubo devorado la cena, Charley dijo que tenía sueño y subió a acostarse.

Charley se quedó en la casa; noviembre discurría hacia el Día de Acción de Gracias y la Navidad. Su madre no parecía mejorar. Iba todas las tardes a verla, y se quedaba cinco o diez minutos. Ella estaba siempre alegre. Hablaba acerca de la bondad de Dios y de cómo pronto mejoraría, y a Charley aquella forma de hablar le parecía horrible. El intentaba hacerle hablar de Fargo y de la vieja Lizzie y de los viejos tiempos en la casa de huéspedes, pero ella, a excepción de los sermones que había escuchado en la iglesia, no parecía recordar gran cosa de todo aquello. Charley dejaba siempre el hospital con una sensación de debilidad y aturdimiento. Se pasaba el resto del día consultando libros sobre motores de combustión interna en la biblioteca pública, o hacía ocasionales trabajos para Jim en el garaje, como en los viejos tiempos.

Una noche, después de Año Nuevo, Charley fue con unos conocidos al baile de la Elks Society, en Mineápolis. Hl gran salón, invadido por el ruido, estaba profusamente decorado con farolillos de papel. Charley vagaba por el recinto, abriéndose paso entre los grupos que aguardaban el próximo baile, cuando se encontró mirando un rostro delgado y unos ojos azules que conocía. Era ya demasiado tarde para fingir que no la había visto.

—Hola, Emiscah —dijo tratando de que su voz sonase lo más natural posible.

—Charley..., Dios mío —dijo ella.

Y él, temiendo que la chica fuera a desmayarse, propuso:

—Bailemos.

La sentía como desfallecida en sus brazos. Bailaron durante un rato sin decir ni una palabra. Ella tenía demasiado colorete en las mejillas y un perfume que a Charley le disgustaba. Luego se sentaron en un rincón y se pusieron a charlar. Aún seguía soltera. Trabajaba en unos grandes almacenes. No, ya no vivía en su casa; vivía en un apartamento con una amiga. Tenía que pasar por allí a verla. Sería como en los viejos tiempos. También tenía que darle su número de teléfono. Ella suponía que a él las cosas le resultarían insípidas después de todas aquellas chicas francesas. Imagínate: Charley ascendido a oficial; los Anderson estaban subiendo, no había duda, y ella sospechaba que pronto

olvidarían a los viejos amigos. La voz de Emiscah había adquirido un tono chillón, y a Charley no le gustaba su modo de ponerle la mano en la rodilla.

En cuanto le fue posible, Charley dijo que le dolía la cabeza y que tenía que irse a casa. No esperaría siquiera a que los otros volvieran. De todas formas, la velada se había ido al traste, pensó. Volvió solo en el tranvía interurbano.

Hacía un frío lacerante. Llegó a hacérsele insufrible la atmósfera de aquel maldito coche. Sentía un atroz dolor de cabeza y escalofríos.

A la mañana siguiente se despertó con gripe y tuvo que quedarse en cama. Era casi un alivio. Hedwig le subió montones de novelas policíacas y la tía Hartmann le colmó de atenciones y le preparó ponches de licor y de huevo, y no tuvo que hacer nada sino quedarse acostado y leer.

Lo primero que hizo en cuanto pudo levantarse fue ir al hospital. Su madre se había sometido a una nueva operación y no había salido muy bien de ella. La habitación estaba a oscuras y ella no recordaba cuándo había visto a su hijo la última vez. Parecía creer que se hallaba en la casa de Fargo y que él acababa de volver de aquel viaje al sur. Se agarró con fuerza a su mano y siguió diciendo:

—El hijo que había perdido me ha sido devuelto... Gracias, Dios mío, por mi hijo.

A Charley le falló el ánimo y, una vez en el corredor, nada más dejar a su madre, tuvo que sentarse unos instantes en una silla de mimbre.

Se acercó a él una enfermera y permaneció allí a su lado, jugueteando nerviosamente con un lápiz y un papel. Charley levantó la vista y la miró: tenía mejillas rosadas y unas bonitas pestañas oscuras.

—No se deje abatir —le dijo.

El sonrió.

—Oh, estoy bien... Acabo de pasar la gripe, y eso siempre le quita a uno fuerzas.

—He oído decir que es usted aviador —dijo ella—. Mi hermano estuvo en las Reales Fuerzas Aéreas. Somos canadienses,

—Los de ese cuerpo eran grandes chicos —respondió Charley. Se preguntaba si le sería fácil obtener de ella una cita, pero enseguida pensó en su madre—. Dígame sinceramente lo que piensa de su estado. Por favor.

—Bueno, va contra el reglamento, pero a juzgar por los casos que he visto, las esperanzas son pocas.

—Lo suponía.

Se levantó.

—¿Sabe que es usted preciosa? —dijo.

La cara de la enfermera enrojeció desde la cofia almidonada hasta el cuello blanco del uniforme. Su frente se arrugó y su voz adquirió un tono glacial:

—En estos casos, lo mejor es que el desenlace llegue pronto.

Charley sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Oh, entiendo...

—Bueno, adiós, teniente. Debo volver a mi trabajo.

—Claro, muchísimas gracias —dijo Charley.

Al salir al aire libre siguió pensando en la preciosa cara y en los bonitos labios.

Una mañana fangosa, durante el deshielo de principios de marzo, Charley desmontaba la junta de culata quemada de un Buick cuando se acercó a él el ayudante del garaje y le dijo que le llamaban por teléfono desde el hospital. Una voz fría le comunicó que la señora Anderson estaba agonizando y que convenía que la familia lo supiese. Charley se quitó el mono y fue a avisar a Hedwig. Jim estaba fuera; sacaron uno de los coches del garaje y salieron hacia el hospital. Charley había olvidado lavarse las manos, que estaban negras de grasa y tizne, y Hedwig le tendió un trapo para que pudiera frotárselas.

—Algún día, Hedwig —dijo—, encontraré un trabajo limpio en una oficina de proyectos.

—Pues Jim quería que fueras su vendedor —cortó Hedwig, malhumorado—. No entiendo cómo vas a llegar a ninguna parte si desaprovechas todas las oportunidades.

—Bien, tal vez se me presenten algunas que no voy a desaprovechar.

—Me gustaría saber dónde vas a encontrarlas si no es con nosotros —dijo ella.

Charley no respondió. Ninguno de ellos habló durante el largo trayecto a través de la ciudad. Al llegar al hospital encontraron a la enferma en estado de coma. Dos días después, murió.

En el funeral, mediado el servicio religioso, Charley sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. Salió del recinto, se encerró en el excusado del garaje, se sentó en la taza del retrete y lloró como un niño. Cuando volvieron del cementerio se hallaba en un estado de ánimo tan sombrío que no habría permitido que nadie le dirigiera la palabra. Después de la cena, al encontrar a Jim y a Hedwig con lápiz y papel en la mesa del comedor haciendo cuentas de los gastos de la ceremonia y el entierro, Charley estalló y dijo que pagaría hasta el último maldito centavo y que no se preocupasen más por su estancia en aquella condenada casa. Salió del comedor dando un portazo, subió corriendo a su cuarto y se arrojó sobre la cama. Permaneció allí largo rato, sin quitarse el uniforme, mirando al techo y oyendo voces melosas que hablaban de la difunta, del duelo, del más allá.

Al día siguiente del entierro llamó Emiscah. Dijo que sentía tanto la muerte de su madre y que por qué no pasaba una noche a visitarla. Antes de percatarse bien de lo que hacía, Charley dijo que sí, que iría. Se sentía triste y solo y necesitaba hablar con alguien que no fuese Jim o Hedwig. Aquella noche cogió un coche y fue a verla. Estaba sola en casa. A Charley le disgustó el aire lúgubre y barato del apartamento. La llevó al cine, y ella le preguntó si recordaba aquella vez en que vieron juntos El nacimiento de una nación.

Charley dijo que no, aunque se acordaba perfectamente. Se daba cuenta de que lo que Emiscah quería era empezar con él de nuevo.

Cuando volvían hacia el apartamento, ella apoyó la cabeza sobre su hombro; cuando paró el coche frente a su casa, Charley la miró y vio que estaba llorando.

—Charley, ¿no me vas a dar un besito en recuerdo de los viejos tiempos? —susurró ella.

La besó. Pero cuando ella le pidió que subiera al apartamento, Charley, balbuciente, le dijo que tenía que estar en casa temprano. Ella insistió:

—Oh, venga, Charley, no voy a comerte.

Al final, y aunque era lo último que tenía intención de hacer, Charley subió con ella.

Emiscah preparó dos tazas de chocolate en la cocinilla de gas y le contó lo desdichada que era; era tan agotador pasarse todo el día de pie detrás de un mostrador y eran tan mezquinas con una las dientas; y los jefes de departamento se pasaban el día pellizcándole a una el trasero y pretendiendo refocilarse con una en los probadores. Algún día iba a abrir la espita del gas... Charley, al oírla hablar así, se vio obligado a acariciarla un poco para que dejase de llorar. Luego se excitó y tuvo que hacer el amor con ella. Al marcharse, prometió llamarla la próxima semana.

A la mañana siguiente recibió una carta de ella, que debió de haber escrito en cuanto se despidieron, en la que le decía que jamás había amado a nadie más que a él. Aquella noche, después de la cena, Charley trató de escribirle para decirle que no tenía intención de casarse con nadie, y menos aún con ella, pero no encontró las palabras apropiadas y al final no le escribió. Cuando ella lo llamó al día siguiente, Charley le dijo que estaba muy ocupado y que tenía que ir a Dakota del Norte para hacerse cargo de cierta propiedad que había dejado su madre. Le disgustó el modo en que ella dijo: «Claro, entiendo. Te llamaré cuando vuelvas, querido».

Hedwig empezó a preguntarle quién era aquella mujer que no hacía más que llamarle, y Jim le dijo:

—Ten cuidado con las mujeres, Charley. Si piensan que te ha quedado algo se agarrarán a ti como sanguijuelas.

—Sí, señor —dijo el viejo Vogel—. No es como cuando estás en el ejército y puedes decir: «Adiós, mein schatz* me voy a la guerra». Ahora pueden enterarse de dónde vives.

[* Mein schatz: Cariño mío (en alemán en el original). (N. del T.)]

—No tenéis por qué preocuparos —gruñó Charley—. No me voy a quedar aquí.

El día en que fueron al despacho del abogado para la lectura del testamento de la madre, Jim y Hedwig se vistieron de tiros largos. A Charley le enfureció verlos de aquella guisa, Hedwig con un traje sastre nuevo de color negro con una pequeña orla de encaje en el cuello, y Jim con aire de empresario de pompas fúnebres, enfundado en el traje que había comprado para el entierro. El abogado era un viejo y menudo judío alemán, con el pelo cano cuidadosamente cepillado sobre la gran calva de la parte superior de la cabeza y unos quevedos de montura dorada sobre la fina nariz. Les estaba esperando. Sonriendo ceremoniosamente, se levantó tras su escritorio plagado de documentos encuadernados en azul e hizo una pequeña reverencia. Luego se sentó, les dirigió una sonrisa radiante y, con los codos hundidos entre los papeles, comenzó a frotarse suavemente las yemas de los dedos. Nadie habló en unos instantes. Protegiéndose la boca con la mano, como si estuviera en la iglesia, Jim tosió.

—Bueno, veamos —dijo el señor Goldberg con voz dulce y afable y la dicción ligeramente impostada de un actor—. ¿No debería haber venido algún otro familiar?

Habló Jim:

—Esther y Ruth no han podido venir. Las dos viven en California... Tengo poder para actuar en su nombre. El de Ruth, en caso de que hubiera bienes raíces, está firmado también por el marido.

El señor Goldberg emitió un pequeño chasquido con la lengua.

—¡Qué le vamos a hacer! —dijo—. Habría preferido que estuvieran presentes todas las partes... Pero en este caso no habrá dificultades, así lo espero. El señor James A. Anderson ha sido nombrado único albacea testamentario. No ignorarán, como es natural, que en un caso como éste lo que les conviene a

todos ustedes es evitar que el testamento sea sometido ¿ilegalización. Así se evitan problemas y dinero. Además, no es necesario legalizarlo cuando uno de los legatarios es nombrado albacea... Procederé, pues, a leer el testamento.

La redacción del documento debía de ser obra del propio señor Goldberg, ya que daba la impresión de que disfrutaba leyéndolo. A excepción de un legado de mil dólares a Lizzie Green, que había dirigido la casa de huéspedes en Fargo, todos sus bienes raíces y muebles (los terrenos en Fargo, los bonos Liberty y la cuenta de ahorro de mil quinientos dólares), pasaban indivisamente a los hijos y habrían de ser administrados por James A. Anderson, único albacea testamentario, para dividirse en su día de la forma en que ellos juzgaran conveniente.

—Bien, ¿alguna pregunta o sugerencia? —preguntó afablemente el señor Goldberg.

Charley advirtió el óptimo estado de ánimo de Jim.

—Se ha apuntado la conveniencia —prosiguió la suave voz del señor Goldberg, que se fundía blandamente con los documentos como mantequilla sobre un bollo caliente— de que el señor Charley Anderson, quien según tengo entendido saldrá pronto para el Este, tenga a bien firmar un poder similar a los firmados por sus hermanas... El acuerdo estribaría en que el dinero fuera invertido en un préstamo hipotecario a la Compañía de Ventas de Automóviles Anderson.

Charley sintió que una oleada de frío le invadía todo el cuerpo. Jim y Hedwig le miraban con ansiedad.

—No entiendo la jerga legal —dijo—, pero lo que quiero es conseguir mi parte lo antes posible... Hay un proyecto en el Este en el que quiero invertir algún dinero.

El fino labio inferior de Jim empezó a temblar.

—Será mejor que no hagas locuras, Charley. Sé mucho más de negocios que tú.

—De tus negocios, tal vez, pero no de los míos.

Hedwig, que había estado observando a Charley con mirada asesina, empezó a inmiscuirse:

—Mira, Charley, deja a Jim que haga lo que crea conveniente. Él sólo quiere lo mejor para todos nosotros.

—Tú cierra el pico —dijo Charley.

Jim se levantó de un salto.

—Mira, jovencito, no le hables a mi mujer en ese tono.

—Amigos míos, queridos amigos —tarareó el abogado restregándose los dedos de tal modo que pareció que fueran a despedir chispas—. No debemos perder los estribos, ¿no les parece? No en una ocasión solemne como ésta... Lo que en realidad necesitamos es una conversación tranquila, de las que se tienen junto a la chimenea..., la atmósfera amistosa del hogar...

Charley soltó una sonora carcajada.

—En mi hogar todo ha sido siempre así... —dijo a media voz, y volviéndoles la espalda se dedicó a mirar por la ventana los tejados blancos y las escaleras de incendios adornadas de carámbanos. La nieve, sobre el tejado de tablilla de la casa de madera, despedía el vaho del deshielo bajo el sol de las primeras horas de la tarde. Más allá podía ver negras parcelas de terreno inmersas en la nieve

apilada y un trecho de asfalto limpio por donde rodaban los coches en todas direcciones.

—Mira, Charley, haz el favor de atenderme —la voz de Jim, a su espalda, adquirió un tono monocorde y suplicante—. Ya sabes la propuesta de la Ford a sus agentes... Para mí es cuestión de vida o muerte... Pero como inversión es la oportunidad de la vida... Los coches están ahí... No puedes perder, ni siquiera en caso de que la empresa se vaya al traste.

Charley se volvió.

—Jim —dijo con suavidad—. No quiero discutir. Quiero mi parte del dinero en efectivo que dejó mamá, cuanto antes, en cuanto tú y el señor Goldberg lo tengáis todo arreglado... Tengo entre manos un asunto de motores para aviones que hará que cualquiera de esas viejas agencias de la Ford parezcan calderilla.

—Pero yo quiero poner el dinero de mamá en algo seguro. El coche Ford es la inversión más segura del mundo, ¿no es cierto, señor Goldberg?

—Ciertamente, se ven por todas partes. Tal vez el joven prefiera esperar y pensar un poco en el asunto... Yo puedo ir dando los pasos iniciales...

—Nada de pasos iniciales. Quiero lo que me corresponde enseguida. Si usted no puede hacerlo iré a otro abogado que lo hará encantado.

Charley recogió el sombrero y el abrigo y salió del despacho.

A la mañana siguiente Charley bajó a desayunar, como de costumbre, con el mono de trabajo. Jim le dijo que, sabiendo cómo pensaba al respecto, no quería que siguiera trabajando en su negocio. Charley subió a su habitación y se tendió en la cama. Cuando Hedwig entró a hacer el enano, exclamó al verle:

—¿Pero todavía estás aquí? —y salió dando un portazo.

Luego pudo oírla dando trastazos y zarandeándolo todo mientras arreglaba la casa con la tía Hartmann.

Hacia la mitad de la mañana, Charley fue a ver a Jim y lo encontró en la oficina, sentado en el escritorio y enfrascado en los libros con aire preocupado.

—Jim, quiero hablar contigo.

Jim se quitó las gafas, alzó la vista y lo miró.

—Bien, ¿qué es lo que quieres? —preguntó en el tono cortante propio de él.

Charley dijo que le otorgaría un poder para que actuara en su nombre si él le prestaba de inmediato quinientos dólares. Tal vez más adelante, si el negocio de los aviones se presentaba bien, le dejaría entrar en él. Jim, al oír la propuesta, compuso un mohín hosco.

—De acuerdo —dijo Charley—. Pongamos cuatrocientos. Tengo que salir como sea de este maldito lugar.

Jim se puso en pie, despacio. Estaba tan pálido que Charley pensó que estaba enfermo.

—Bien, si no puedes meterte en la cabeza lo apurado que yo estoy..., pues no puedes y al infierno contigo... Está bien, tú y yo hemos terminado... Hedwig tendrá que pedir un préstamo al banco en su nombre... Yo estoy hasta el cuello.

—Arréglatelas como quieras —dijo Charley—. Yo tengo que salir de aquí.

Por fortuna, el teléfono sonó a tiempo. De otro modo, Jim y Charley habrían llegado a las manos. Contestó Charley. Era Emiscah. Dijo que el día anterior había estado en Saint Paul y que lo había visto en la calle, y que lo único que pretendía él al decirle que estaría fuera de la ciudad era quitársela de encima, y que tenía que ir a verla aquella noche o no respondía de lo que podía hacer. No querría que ella se matase, ¿verdad? Charley, anonadado por el altercado con su hermano y todo lo demás, acabó por decirle que iría. Para cuantío terminó de hablar, Jim había pasado al salón de ventas y charlaba, todo sonrisas, con un cliente.

En el tranvía, Charley decidió decirle a Emiscah que se había casado con una francesa durante la guerra, pero cuando se vio en su apartamento no supo qué decir: estaba tan pálida y delgada... La llevó a un baile, y viéndola tan feliz, como si todo se hubiera arreglado entre ellos, Charley se sintió muy mal. Al despedirse, se citó con ella para la semana siguiente.

Antes del día de la cita salió para Chi.* No se sintió realmente bien hasta que hubo atravesado la ciudad y se vio en el tren de Nueva York. Llevaba en el bolsillo una carta de Joe Askew en la que le decía que se reuniría con él en la ciudad. Tenía lo que le quedaba de los trescientos dólares que Hedwig le había dado, después de deducirle el importe de la pensión completa de todo el invierno, a razón de diez dólares por semana. Pero en el tren de Nueva York dejó de pensar en ello y en Emiscah y en la mezquina temporada que acababa de pasar, y se puso a pensar en Nueva York y en motores para aviones, y en Doris Humphries.

[* Chi: Chicago. (N. del T.)]

Cuando se despertó por la mañana en la litera de abajo, subió la cortina y miró por la ventanilla. El tren atravesaba las colinas de Pensilvania; los campos estaban recién arados; sobre algunos árboles podía verse un tímido verdor. Un tropel de pollos amarillos picoteaba aquí y allá bajo el peral en flor de un corral.

—Dios mío —dijo en voz alta—. Al fin he acabado con el campo.

Noticiario XLVIII

ciertamente la Steel Corporation se destaca como un coloso corporativo tanto física como financieramente

La gente de Georgia se vuelve loca

Con el nuevo ritmo de baile

Llamado Menea bien Eso

COCHERAS EN LLAMAS

GITANO DETENIDO POR DECIR LA VERDAD

Se precipita un casamiento a latigazos

hace tiempo que ese poder, en tanto se aceleraba el proceso de expansión del acero, ha llegado a ser casi un lugar común, pero las dimensiones del mismo han de ser nuevamente evaluadas de tiempo en tiempo, a fin de que puedan apreciarse desde una adecuada perspectiva

ENCANDILADOS POR LOS DEMÓCRATAS DE MAINE,

RECLAMAN DINERO

menea bien eso

La mujer del misterio intenta suicidarse en Park Lake menea bien eso

OLIVE THOMAS MUERE ENVENENADO

LA CARTA LES CONMINABA A SALIR DE WALL STREET

DETECTADO EN JERSEY EL FURGÓN

DE LA BOMBA DE RELOJERÍA

menea bien eso

Llega el autor de las notas de alarma

APARECE UN CADÁVER ATADO A UNA BICICLETA

DESCUBREN UNA BOMBA DE RELOJERÍA

Tin Lizzie

«El señor Ford, el fabricante de automóviles», escribía el articulista en 1900.

«El señor Ford, el fabricante de automóviles, empezó dando a su corcel tres o cuatro sacudidas violentas con la palanca situada en el lado derecho del asiento; es decir, movió bruscamente la palanca hacia arriba y hacia abajo, con el fin —explicó— de mezclar el aire con la gasolina e impulsar la mezcla al interior del cilindro de explosión... El señor Ford accionó la manivela de un pequeño interruptor eléctrico y se oyó un puf, puf, puf..., que al poco rato se hizo más intenso... La máquina se deslizaba a unos diez kilómetros por hora. Había en la carrera profundos baches, pero la máquina marchaba con una suavidad de ensueño. Ni siquiera experimentaba los bandazos comunes a toda máquina de vapor... Había llegado al bulevar, y el señor Ford, haciendo bajar un poco la palanca dejó que la máquina rodara con libertad. Vertiginosamente, con un zumbido ascendente, ganó velocidad, y a medida que avanzaba se oía atrás una suerte de estrépito: el ruido nuevo del automóvil.»

Desde hacía veinte años o más,

cuando dejó la granja de su padre a los dieciséis años para conseguir un empleo en un taller de maquinaria de Detroit, Henry Ford había sido un chiflado de las máquinas. Primero fueron los relojes; después diseñó un tractor a vapor; más tarde construyó un vehículo automóvil con un motor adaptado a partir del motor de gasolina de Otto, sobre el que había leído en *The World of Science*; luego un *buggy* con un motor de un cilindro y cuatro tiempos, capaz de marchar hacia adelante, pero no hacia atrás.

Finalmente, en el año 98, y en la convicción de que había llegado la hora de dejar su empleo en la Detroit Edison Company, donde había ascendido

paulatinamente de bombero nocturno a ingeniero jefe, decidió dedicar todo su tiempo a trabajar en un nuevo motor de gasolina

(a finales de la década de los ochenta conoció a Edison en una convención de empleados del alumbrado eléctrico en Atlantic City. Edison pronunció una conferencia, y al término de la misma Ford se acercó a él y le preguntó si consideraba que la gasolina era un combustible apto para motores. Edison le respondió que sí, y si Edison lo decía no había duda de que así había de ser, pues Edison fue el personaje a quien más admiró Ford en toda su vida)

y a conducir el *buggy* de un lado para otro por el desigual empedrado de las calles de Detroit, airosamente enfundado en una americana ajustada y cuello alto y bombín,

asustando a los enormes caballos de las fábricas de cerveza y a los espigados trotones y a los corceles de garbosas grupas con las violentas explosiones del motor,

buscando personas lo suficientemente atolondradas como para invertir su dinero en una fábrica de automóviles.

Henry era el hijo mayor de un inmigrante irlandés que durante la Guerra Civil se había casado con la hija de un próspero granjero holandés de Pensilvania, y que se había asentado en una granja cercana a Dearborn, en el condado de Wayne (Michigan).

Como numerosos de sus compatriotas, el joven Henry creció aborreciendo el incesante trajinar del campo, empapado de barro, acarreando y esparciendo el estiércol, limpiando las lámparas de petróleo, en medio del tedio y el sudor y la soledad de la granja.

Era un jovencito delgado y activo, buen patinador, diestro con las manos. Lo que le gustaba era cuidar del funcionamiento de las máquinas y que el trabajo pesado lo hicieran otros. Su madre le había aleccionado para que no bebiera, ni fumara, ni jugara, ni contrajera deudas. Y nunca lo hizo.

Cuando tenía poco más de veinte años, su padre trató de atraerlo de nuevo al hogar, de que dejara su empleo como mecánico y especialista en reparaciones

en la Drydock Engine Company de Detroit, que construía motores para embarcaciones de vapor, y le ofreció veinte hectáreas de terreno.

El joven Henry se construyó allí una casa moderna, blanca y cuadrada y de techo a dos aguas, se casó y se instaló en ella.

Pero dejó que fueran los jornaleros los que hicieran el trabajo de la granja;

él se compró una sierra circular, alquiló un motor de emplazamiento fijo y se dedicó a talar los bosques de sus tierras.

Era un joven frugal que jamás bebía ni fumaba ni se daba al juego ni deseaba a la mujer de su prójimo, pero no podía soportar la vida de granjero.

Se mudó a Detroit, y en el cobertizo de ladrillo situado detrás de su casa se dedicó durante años, en sus ratos libres, a trabajar en un *buggy*, automóvil lo suficientemente liviano como para rodar por los arcillosos caminos de carro del condado de Wayne, en Michigan.

Para 1900 disponía ya de un automóvil viable y susceptible de comercializarse.

Y para cuando se constituyó la Ford Motor Company y se inició la producción tenía ya cuarenta años.

El primer objetivo perseguido por los primeros fabricantes de automóviles era la velocidad. Las carreras constituían la primera publicidad de las diferentes marcas.

El propio Henry Ford se alzó con varias marcas de velocidad en la pista de Grosse Pointe y sobre el hielo del lago de Saint Clair. En su modelo 999 cubrió la distancia de una milla en treinta y nueve segundos y ocho décimas.

Pero siempre tuvo por costumbre el emplear a otros para que hicieran el trabajo duro. La velocidad en la que estaba interesado era la velocidad de producción; los récords que perseguía eran los de la productividad. Contrató a Barney Oldfield, un ciclista de exhibición de Salt Lake City, para que corriera por él.

Pero Henry Ford, amén de ideas sobre el diseño de motores, carburadores, magnetos, gálibos y accesorios, punzones y matrices, tenía ideas acerca de la venta;

sabía que el gran dinero estaba en la producción en serie a bajo costo, en el rápido proceso de comercialización, en la existencia de piezas de repuesto estandarizadas, intercambiables y fáciles de instalar.

En 1909, tras años de discusión con sus socios, pudo al fin lanzar al mercado su primer modelo T.

Y Henry Ford tenía razón.

En aquella temporada vendió más de diez mil *tin lizzies*, y diez años más tarde llegaba a vender anualmente casi un millón.

A la sazón el Plan Taylor enardecía el ánimo de fabricantes y directores fabriles a todo lo largo y ancho del país. Eficiencia era la palabra. La misma inventiva que había dado lugar al perfeccionamiento operativo de las máquinas, podía aplicarse al perfeccionamiento operativo de los operarios que producían dichas máquinas.

En 1913 entró en funcionamiento en la Ford la cadena de montaje. El ejercicio arrojó unos beneficios del orden de los veinticinco millones de dólares, pero a los operadores de las máquinas no parecía gustarles el sistema y la empresa tuvo problemas para mantenerlos en sus puestos.

Henry Ford, además de ideas sobre producción, tenía también otras ideas.

Era el mayor fabricante de automóviles del mundo y pagaba altos salarios; si los obreros juiciosos tenían presente que estaban percibiendo cierta participación (por mínima que ésta fuera) en los beneficios, acaso aquellos hombres cualificados vieran en ella un incentivo suficiente para permanecer en sus empleos;

un obrero bien pagado podía ahorrar el dinero necesario para comprar un *tin lizzie*; el día en que Ford anunció que aquellos obreros americanos serios, debidamente casados, que deseasen un empleo tenían la oportunidad de

ganar cinco dólares al día (se descubrió, claro está, que existían condiciones, pues siempre existían condiciones),

se apiñó tal multitud ante las puertas de la fábrica de Highland Park

durante toda la noche del día de enero prefijado que en cuanto se franquearon las puertas se organizó una violentísima algarada; la policía partió cabezas, los buscadores de trabajo arrojaron ladrillos y la fábrica, los dominios del propio Henry Ford, fueron destruidos. Los miembros del servicio de seguridad de la compañía tuvieron que abrir las bocas de incendios y dirigir las mangueras contra la multitud para que se dispersara.

El Plan Americano; la prosperidad automotora que se derramaba desde arriba... Se hizo claro que exigía ciertas condiciones.

Pero aquellos cinco dólares al día pagados a obreros americanos buenos, limpios, que no bebían ni fumaban cigarrillos ni leían ni pensaban, que no cometían adulterio y cuyas esposas no recibían huéspedes, convirtieron a América una vez más en el Yukon de los obreros explotados del mundo;

crearon el reino de los *tin lizzies* y la era automotriz e, incidentalmente,

hicieron de Henry Ford, el hombre del automóvil, el admirador de Edison, el amante de los pájaros, el gran americano de su tiempo.

Pero Henry Ford, además de ideas sobre cadenas de montaje y sobre los hábitos de vida de sus empleados, tenía también otras ideas. Era un hombre lleno de ideas. Un joven campesino que, en lugar de emigrar a la ciudad a hacer fortuna, amasó su fortuna trasplantando a la granja la ciudad. Preservaba impolutos e intocados, como billetes recién impresos en la caja fuerte de un banco, todos los preceptos que había aprendido en el McGuffey's Reader y todos los prejuicios e ideas preconcebidas de su madre.

Deseaba que las gentes conocieran sus ideas, de forma que compró el *Dearborn Independent* y se embarcó en una campaña en contra del tabaco.

Al estallar la guerra en Europa, tuvo asimismo ideas acerca del conflicto. (El recelo respecto al ejército y de los militares, así como el ahorro, el tesón, la morigeración y las prácticas poco escrupulosas en materia de dinero,

formaban parte de la tradición campesina del Medio Oeste.) Cualquier mecánico americano inteligente podía darse cuenta de que si los europeos no fueran un hatajo de extranjeros mal pagados e ignorantes que bebían, fumaban, practicaban una moral laxa en relación con las mujeres y eran ruinosos en sus sistemas de producción, la guerra jamás habría podido tener lugar.

Cuando Rosika Schwimmer se abrió paso a través de la muralla de secretarios y empleados que rodeaban a Henry Ford y le sugirió que él podía detener la guerra,

Ford asintió y prometió fletar un barco para cruzar el oceáno y sacar a los muchachos de las trincheras antes de Navidad.

Alquiló un vapor, el Oscar II, y lo atestó de pacifistas y de asistentes sociales:

explicaría a los pequeños príncipes de Europa que lo que estaban haciendo era estúpido y depravado. Y no fue culpa suya el que el sentido común del común de los mortales no rigiera ya el mundo, ni que la mayoría de los pacifistas fueran una pandilla de mentecatos

que se chiflaban por los titulares de los periódicos. Cuando William Jennings Bryan acudió a Hoboken a despedirlo, alguien entregó a William Jennings Bryan una jaula

con una ardilla. William Jennings Bryan pronunció un discurso con la ardilla bajo el brazo. Henry arrojó sobre la multitud rosas American Beauty. La banda interpretó *I Didn't Raise My Boy to Be a Soldier*. Algunos bromistas soltaron más ardillas. Una pareja de novios fugitivos del hogar se unieron en matrimonio ante un pelotón de clérigos en el salón del barco. Y mister Zero, el filántropo de los albergues de caridad, que había llegado tarde al muelle,

se zambulló en picado en el North River y nadó tras el vapor.

El Oscar II fue descrito como un *Chautauqua* flotante. Henry Ford dijo que aquel vapor era como una aldea del Medio Oeste, mas para cuando arribaron a Christiansand, en Noruega, los periodistas le habían tomado tanto el pelo que habían logrado intimidarle hasta el punto de obligarle a guardar cama. El

mundo, fuera del condado de Wayne, Michigan, era un lugar harto demente. La señora Ford y los dirigentes de la compañía enviaron en su busca a un deán episcopal que lo devolvió al hogar bien arropado,

y los pacifistas tuvieron que prodigar sin él sus peroratas.

Dos años después, la Ford fabricaba municiones y barcos cazasubmarinos; Henry Ford proyectaba la construcción de tanques monoplaza y submarinos tripulados por un solo hombre, similares a los experimentados durante la guerra de la Independencia. Declaró entonces a la prensa que cedería al gobierno sus beneficios de guerra,

pero no existe constancia de que así lo hiciera.

De su viaje se trajo consigo un documento: los Protocolos de los Ancianos de Sión.

Desplegó desde el *Dearborn Independent* una campaña destinada a esclarecer al mundo: los judíos eran los culpables de que el mundo no fuera como el condado de Wayne, Michigan, en los viejos días del caballo y del *buggy*;

los judíos habían comenzado la guerra, el bolchevismo, el darwinismo, el marxismo, las ideas nietzscheanas, la falda corta y el lápiz de labios. Estaban detrás de Wall Street y de los banqueros internacionales, y de la trata de blancas y del cinematógrafo y del Tribunal Supremo y del negocio legal del alcohol.

Henry Ford inculpó a los judíos, se presentó como candidato a senador y demandó al *Chicago Tribune* por injurias, y se convirtió en el hazmerreír de la prensa de las grandes metrópolis,

pero cuando los banqueros de las grandes metrópolis, que mantenían dicha prensa, trataron de inmiscuirse en sus negocios,

él demostró ser harto más sagaz que todos ellos.

En 1918, mediante la firma de pagarés como garantía del préstamo que precisaba, logró deshacerse de sus accionistas minoritarios por la suma baladí de setenta y cinco millones de dólares.

En febrero de 1920 se vio en la necesidad de dinero en efectivo para hacer frente a algunos pagarés, cuyo vencimiento estaba próximo. Parece ser que recibió entonces la visita de un banquero, quien le ofreció todo tipo de ayuda financiera si aceptaba que un representante del banco entrara a formar parte del consejo de administración de la compañía. Henry Ford tendió al banquero su sombrero en señal de despedida

y prosiguió a su manera la búsqueda del dinero de la deuda: expidió a sus agentes, exigiéndoles pago inmediato y efectivo, hasta el último automóvil y pieza de su fábrica. Que los demás fueran quienes pidieran prestado fue siempre para el señor Ford una regla de oro. Detuvo la producción y canceló los pedidos de las firmas de suministros. Muchos concesionarios se arruinaron, numerosas firmas de suministros quebraron, pero cuando el señor Ford decidió la reapertura de su fábrica, era el propietario absoluto de ella,

tal y como quien posee una granja libre de hipotecas y con los impuestos al día.

En 1922 se inició la corriente que postulaba la nominación de Ford para la presidencia (altos salarios, energía hidráulica, industria para las pequeñas ciudades), pero el clamor fue hábilmente sofocado desde las bambalinas por otro filósofo de aldea:

Calvin Coolidge.

En 1922, sin embargo, Henry Ford vendió un millón trescientos treinta y dos mil doscientos nueve *tin lizzies*. Era el hombre más rico del mundo.

Buenas carreteras sustituyeron a los estrechos surcos que dejara en el barro antaño el modelo T. El boom de los vehículos automóviles estaba en su apogeo. En la firma Ford la producción se incrementaba día a día: menos derroche, más detectives internos, más capataces, más soplones (quince minutos para el almuerzo, tres minutos para ir al retrete, la vertiginosa celeridad taylorizada por todas partes: agacharse, ajustar arandela, atornillar

perno, introducir con fuerza pasador de chaveta, agacharse, ajustar arandela, atornillar perno, agachar— seajustaratornillaragacharseajustar..., hasta que el último gramo de vida ha sido succionado para engordar la producción y el obrero se retira a casa al anochecer como una cáscara vacía, trémula y gris).

Ford poseía hasta el más mínimo elemento del proceso: desde la mina de los yacimientos de las colinas hasta el automóvil que, en el extremo de la cadena de montaje, rodaba hacia fuera animado por su fuerza automotriz. La racionalización se llevaba en sus fábricas hasta la última milésima de milímetro, según medición de la escala Johansen.

En 1926, el ciclo de producción, desde la mena de la mina hasta que el automóvil salía movido por su propia fuerza y apto para la venta, se había reducido a ochenta y una horas, pero el modelo T se había quedado anticuado.

La prosperidad de la nueva Era y el Plan Americano (existían ciertas contrapartidas condicionantes, siempre existían ciertas condiciones) habían matado al *tin lizzie*.

Ford no era sino uno entre los muchos fabricantes de automóviles.

Cuando estalló la burbuja de la Bolsa, el señor Ford, el filósofo de aldea, dijo jubiloso:

«Os lo advertí.

Es lo que os pasa por daros al juego y endeudaros.

El país demuestra que está sano.»

Pero cuando el país, con los zapatos rotos, los pantalones deshilachados, los cinturones apretados sobre los estómagos vacíos,

las manos ociosas, resquebrajadas y agrietadas por el frío del día más frío de marzo de 1932,

inició la marcha de Detroit a Dearborn, pidiendo trabajo y pidiendo el Plan Americano, a la Ford se le ocurrió tan sólo emplear las ametralladoras.

El país estaba sano, pero barrieron a tiros a los manifestantes.

Dieron muerte a cuatro de ellos.

En su vejez, Henry Ford es un apasionado anticuario

(vive enclaustrado en la granja de su padre, que está embutida a su vez en una finca de miles de hectáreas millonarias, protegido por un ejército de empleados, secretarios, agentes secretos, detectives bajo las órdenes de un antiguo boxeador profesional inglés,

siempre temeroso de quienes andan con zapatos raídos por los caminos, temeroso de que las bandas organizadas rapten a sus nietos,

de que algún chiflado le pegue un tiro, de que el Cambio y las manos ociosas de los parados derriben puertas y alambradas;

protegido por un ejército privado

frente a la nueva América de los niños hambrientos y de los estómagos vacíos y de los zapatos destrozados golpeando el suelo en las colas de la comida de beneficencia,

esa nueva América que se ha engullido las viejas

y prósperas tierras de labrantío

del condado de Wayne, en Michigan,

de suerte que parece que nunca hubieran existido.)

En su vejez, Henry Ford es un apasionado anticuario.

Reconstruyó la granja de su padre hasta dejarla exactamente como él la recordaba de cuando era niño. Levantó un pueblo de museos de calesas, trineos, carruajes, viejos arados, norias, antiguos modelos de automóviles. Rastreó el país en busca de violinistas que supieran ejecutar anticuadas piezas para bailes de figuras.

Hasta compró antiguas tabernas para restituirles su aspecto original, y adquirió también los primeros laboratorios de Thomas Edison.

Y al comprar la hostería Wayside Inn, cerca de Sudbury (Massachusetts), hizo que la nueva autopista, por donde los nuevos modelos de automóviles se deslizaban silbantes y rugientes (el nuevo ruido del automóvil), fuera desviada de su puerta,

e hizo construir ante ella el viejo camino lleno de surcos,

para que todo volviera a ser como antes,

como en tiempos de los caballos y los carruajes.

Noticiario XLIX

Jota de diamantes jota de diamantes

Me robas la bolsa de plata y oro

MISTERIOSOS TESTIGOS EN LA ENCUESTA

SOBRE CORRUPCIÓN

Vecino de Filadelfia apaleado y muerto en su habitación

esos hombres que hace apenas un año —según se había dicho a los obreros— peleaban por la democracia en los ensangrentados campos de Francia, y a quienes hubo que secundar—según se había instado a los obreros— aportando al proceso productivo hasta las últimas energías..., esos hombres venían ahora a darles a ellos lecciones de democracia, y traían consigo sus instrumentos de muerte, sus fusiles automáticos, sus ametralladoras, sus cañones capaces de barrer en pocos minutos tres kilómetros de calle, sus cascos fabricados por los obreros de Gary

Si no tenemos plátanos

Hoy no tenemos plátanos

LOs PATRONOS DE LOS TRANSPORTES

ECHAN POR TIERRA LA LEY DE AUTOBUSES

Soldados borrachos bailan en los suburbios mientras

las casas arden

LA SUICIDA ERA AMIGA DE OLIVE THOMAS

Pese a la esposa, que enloquece, se quita la vida

INDAGA LAS CAUSAS DE LA AVIDEZ

DE DINERO EN EFECTIVO EN EL ESTE

en gran parte, el asunto consiste en financiar a fabricantes y comerciantes haciendo acopio de pruebas de que sus deudas se derivan de la venta de una gran variedad de productos comercializados de forma natural, tales como automóviles, electrodomésticos, maquinaria

CHARLEY ANDERSON

—¡Señor Anderson, señor Anderson...! ¡Un telegrama para el señor Anderson!

Charley tendió la mano para coger el telegrama y, de pie sobre el pasillo oscilante, leyó las tiras de palabras pegadas sobre el papel: EN CAMA CON GRIPE TELEGRAFÍA DIRECCIÓN TE VERÉ PRÓXIMA SEMANA JOE «Maldito telegrama», mascullaba para sí Charley mientras se deslizaba hacia su asiento entre mujeres que cerraban las maletas, un hombre de pelo gris que se enfundaba en su abrigo, el mozo cargado de equipajes... «Maldito telegrama.» El tren aminoraba ya la marcha y entraba en la estación Grand Central.

Todo estaba en calma en el andén subterráneo y gris cuando descendió del pulman de atmósfera cargada y recuperó su equipaje, con aire de hombre solitario, de manos del mozo. Subió por la rampa sintiendo oscilar en su mano la pesada maleta. El tren le había dado dolor de cabeza. La estación era tan grande que no le causó la impresión de aglomeración que recordaba de Nueva York. A través de los enormes ventanales arqueados de grueso vidrio vio la lluvia que surcaba los edificios del otro lado de la calle. Vagó por la estación, sin saber qué camino tomar, y se encontró mirando la vidriera de un restaurante.

Entró y se sentó. La camarera era una chica pequeña y morena, de cara arisca, con ojeras. El día era húmedo y caluroso; el olor a jabón de la pila de los platos sucios y a grasa caliente de la cocina se hallaba suspendido en estratos en el aire. Cuando la camarera se inclinó para arreglarle la mesa, Charley percibió una vaharada de ropa interior húmeda y de sobaco y polvos de talco. La miró y trató de hacer que le dedicara una sonrisa. Y cuando la chica se volvió para pedir su sopa de tomate, miró cómo sus nalgas rotundas se bamboleaban bajo el vestido negro. Había algo pesado y lascivo en aquel día lluvioso de la costa Este.

Empezó a tomar la sopa sin reparar en su sabor. Antes de terminarla, se levantó y fue a la cabina telefónica. No necesitó buscar el número. Mientras aguardaba la respuesta estaba tan nervioso que el sudor se le deslizaba por detrás de las orejas. Oyó la voz de una mujer, y la suya se le secó en la garganta. Al fin logró decir:

—Deseo hablar con la señorita Humphries, por favor... Dígale que es Charley Anderson... El teniente Anderson.

Se esforzaba aún por aclararse la garganta cuando le llegó la voz de ella en tono íntimo y acariciador. Claro que se acordaba de él —dijo la voz—, era muy delicado de su parte el llamarla por teléfono, claro que tenían que verse a menudo, qué ilusión, le encantaría, pero se iba fuera este fin de semana, sí, un largo fin de semana. Pero ¿por qué no la llamaba la próxima semana, no, mejor a finales de semana? Le encantaría verlo.

Cuando volvió a la mesa encontró a la camarera atareada en torno a ella.

—¿No le ha gustado la sopa? —le preguntó.

—Estaba buena... Tenía que hacer unas llamadas.

—Ah, llamadas —dijo ella en tono zumbón.

Ahora era la camarera quien trataba de arrancarle una sonrisa.

—Tomaré un trozo de tarta y un café —dijo él, con la mirada en el menú.

—Hay un pastel de limón con merengue estupendo —elijo la camarera con una especie de suspiro que hizo reír a Charley,

Alzó la vista y la miró riendo, pues volvía de nuevo a desearla.

—De acuerdo, cielo, que sea pastel de limón con merengue.

Cuando terminó el pastel, pagó la cuenta y volvió al teléfono. Alguna mujer había dejado en la cabina un fuerte olor a perfume. Llamó al Century Club y preguntó si Ollie Tay— lor estaba en la ciudad. Le dijeron que estaba en Europa. Llamó entonces a los Johnson; eran los únicos conocidos que le

quedaban. La voz de Eveline Johnson sonó amortiguada y profunda en el teléfono. Cuando Charley le dijo quién era, ella rió y dijo:

—Vaya, claro que nos gustaría verle.Venga a cenar esta noche; le presentaremos al bebé.

Cuando salió del metro en Astor Place no era aún la hora de la cena. Preguntó al vendedor de periódicos dónde quedaba la Quinta Avenida, y se entretuvo paseando por entre los apacibles edificios de ladrillo rojo. Se sentía entumecido a causa del cinematógrafo donde había estado matando el tiempo aquella tarde. Miró el reloj: eran sólo las seis y media. La invitación en casa de los Johnson no era hasta las siete. Había pasado ya tres veces ante la puerta de la casa cuando se decidió a subir los escalones.Vio sus nombres —Paul Johnson—Eve— line Hutchins— garabateados en una tarjeta sobre el timbre. Pulsó el botón y esperó jugueteando nerviosamente con la corbata. Nadie respondió. Se preguntaba si debía tocar de nuevo cuando vio aparecer a Paul Johnson, que venía a paso ligero de la Quinta Avenida, con el sombrero echado hacia atrás y silbando mientras caminaba.

—Hombre, hola, Anderson, ¿de dónde sale usted? —dijo con voz un tanto embarazada.

Llevaba varias bolsas de comestibles que hubo de apilar sobre el brazo izquierdo para poder estrecharle la mano.

—Creo que debo felicitarle —dijo Charley.

Paul le miró con expresión vacía unos instantes, luego se sonrojó.

—Ah, sí... El hijo y heredero... Ya sabe, como suele decirse, «un rehén que entregamos a la fortuna».

Paul le hizo pasar a una habitación grande, desnuda y anticuada, con largas y holgadas cortinas purpúreas.

—Siéntese un minuto. Voy a ver lo que hace Eveline —dijo; le señaló un sofá de crin y pasó a otra habitación a través de una puerta corredera.

Volvió al instante y cerró la puerta a su espalda con cuidado.

—Estupendo. Me dice Eveline que va a cenar con nosotros. Que acaba de venir de fuera. ¿Cómo están por allí las cosas? Ahora yo no me iría de aquí, aunque me pagaran. En Nueva York se puede vivir divinamente si te mantienes firme... Venga, le diré dónde puede asearse... Eveline ha invitado a cenar a un batallón de gente. Tendré que bajar volando a la carnicería... ¿Quiere lavarse?

En el cuarto de baño había vaho y olía a sales de baño. Alguien se había bañado hacía unos instantes. Habían puesto a secar, colgadas sobre la barra, ropas de bebé. Una pera de goma roja colgada detrás de la puerta, y sobre ella una especie de negligé de encaje amarillo. Aquello hacía que Charley se sintiera extraño en el cuarto de baño. Al secarse las manos y olérselas después, el perfume del jabón le llenó la cabeza.

Al salir se encontró con la señora Johnson, que, apoyada sobre el mármol blanco de la repisa de la chimenea, tenía en la mano una novela francesa de cubiertas amarillas. Llevaba un vestido largo de encaje de amplias mangas y tenía puestas unas gafas de montura de concha. Se quitó las gafas, las metió entre las hojas del libro y extendió la mano sin moverse de su sitio.

—¡Me alegra tanto que haya podido venir! No salgo mucho todavía, y no suelo ver a nadie a menos que vengan a verme.

—Ha sido usted muy amable al invitarme. He estado en el campo. Le aseguro que es muy agradable volver a ver a la gente que has conocido en Europa. Es lo más cercano a París que he visto en mucho tiempo.

Ella rió; él recordaba su risa en el barco. Deseaba besarla de tal modo que no pudo evitar una nerviosa desazón. Encendió un cigarrillo.

—¿Le importaría no fumar? El humo del tabaco, no sé por qué, me produce náuseas desde algún tiempo antes de tener el niño, así que no dejo fumar a nadie. ¿No es odioso por mi parte?

Charley se ruborizó y arrojó el cigarrillo en la chimenea. Empezó a pasearse de un lado a otro de la habitación alta y estrecha.

—¿No estaríamos mejor sentados? —dijo con su lenta e irritante sonrisa—. ¿Que está haciendo en Nueva York?

—Tengo que encontrar trabajo. Tengo planes... Dígame, ¿cómo está el bebé? Me gustaría verlo.

—De acuerdo. Se lo presentaré cuando se despierte. Usted podrá ser otro de sus tíos. Bueno, ahora tengo que ocuparme de la cena. ¿No es extraño que estenios todos en Nueva York?

—Estoy seguro de que es una ciudad difícil.

Ella salió de la habitación por las puertas correderas y pronto comenzó a filtrarse a través de ellas un olor de mantequilla caliente. Charley se detuvo en el preciso instante en que iba a encender otro cigarrillo, reprimió el impulso y se puso a vagar por la habitación, contemplando los muebles antiguos, las tres azucenas en un jarrón, los estantes con libros franceses, hasta que Paul, congestionado y sudoroso, pasó con las bolsas de la compra y dijo que enseguida prepararía unas bebidas.

Charley se sentó en el sofá y estiró las piernas. El recinto, de altos techos, era apacible. Había algo de íntimo y acogedor en el tenue ruido de ajetreo de los Johnson, que se movían de un lado para otro de las puertas correderas, y en el aroma a cocina francesa de la cena que se estaba preparando. Paul volvió con una bandeja llena de vasos y platillos y una pequeña damajuana de vino. Dejó una barra de pan francés, un plato de atún y un queso sobre la mesa de mármol.

—Lo siento, no tengo nada con que hacer un cóctel... Salí tarde de la oficina... Todo lo que hay es este vinillo del Mediterráneo.

—Perfecto... Estoy dejando un poco los combinados últimamente... Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Viene a Nueva York en busca de empleo?

—Voy a entrar en un negocio con un amigo. ¿Recuerda a Joe Askew, el del barco? Lo malo es que el muy chiflado está en cama con gripe y me ha dejado plantado hasta que él llegue.

—Las cosas, ciertamente, están peor de lo que se pensaba... A través de mi padre entré en la oficina de un corredor de cereales en Jersey City..., sólo para

salir del paso. Pero, ¡santo cielo!, no quiero pasarme el resto de mi vida detrás de un escritorio. No me habría metido en ello si no fuera por la llegada del pequeño forastero.

—Bueno, pues nosotros tenemos entre manos algo que puede ser una mina si es que conseguimos la pasta necesaria para ponerlo en marcha.

Eveline descorrió las puertas y entró con un bol de ensalada. Paul, que había empezado a hablar del negocio de los cereales, guardó silencio y esperó a que hablara ella.

—Es curioso —dijo Eveline—. Después de la guerra, Nueva York. Nadie puede evitar volver a la ciudad.

Se oyó entonces en la habitación contigua el débil lloriqueo de un recién nacido.

—Es su berrido para la pitanza —dijo Paul.

—Si de verdad quiere verle —dijo ella—, puede venir ahora mismo, pero pienso que debe de ser muy aburrido mirar a los bebés ajenos.

—Me encantaría hacerlo —dijo Charley—. No tengo ninguno mío a quien mirar.

—¿Tan seguro está de eso? —dijo Eveline con su sonrisa lenta y burlona.

Charley enrojeció y se echó a reír.

Permanecieron en torno a la cuna rosa con el vaso de vino en la mano. Charley se encontró mirando una carita sonrosada y sin dientes y unas manos diminutas y rollizas que trataban de asir el aire.

—Se supone que debo decir que se parece a su padre —dijo.

—El querido pequeñuelo se parece más a nuestro antepasado darwiniano —dijo Eveline con frialdad—. Cuando lo vi por primera vez no paré de llorar. Dios, espero que le crezca la barbilla.

Charley se sorprendió mirando por el rabillo del ojo la barbilla de Paul, que tampoco era demasiado prominente.

—Es un alegre bribonzuelo —dijo.

Eveline trajo el biberón del niño de la pequeña cocina contigua al cuarto de baño; luego pasaron a la otra habitación.

—Todo esto me hace sentir envidia —estaba diciendo Charley cuando captó la mirada de Eveline Johnson. Ella encogió los hombros—. El cuadro de ustedes dos y el niño, instalados cómodamente en una casa y con un vaso de vino y lo demás... Me hace sentir que la guerra ha terminado... Lo que tengo que hacer es decidirme de verdad y ponerme a trabajar.

—No se preocupe —dijo Paul—. Lo podrá hacer enseguida.

—Bueno, tengo ganas de que lleguen ya. La casserole está lista —dijo Eveline—. Viene también Charles Edward Holden... Siempre llega tarde.

—Dijo que a lo mejor venía —dijo Paul—. Aquí está Al; siempre llama así.

Apareció en la entrada un individuo larguirucho y cetrino, al que Paul presentó a Charley como su hermano. El hombre fijó unos instantes en Charley sus ojos grises, con mira» da quisquillosa y penetrante.

—Teniente Anderson... Vaya, usted y yo nos hemos visto en alguna parte.

—¿Estuvo usted en Europa?

El hombre larguirucho movió enérgicamente la cabeza.

—No... Tiene que haber sido en Nueva York... Nunca olvido una cara.

Charley sintió que se ruborizaba.

Un hombre alto y de semblante fatigado y ojeroso llamado Stevens y una chica pequeña y rolliza entraron en aquel momento. Charley no pudo entender el nombre de la chica. El hombre llamado Stevens no hacía caso a nadie salvo a Al Johnson; la chica, de pelo negro, lacio y corto, no hacía caso a nadie salvo a Stevens.

—Bien, Al —dijo Stevens en tono amenazador—, ¿los sucesos recientes no han hecho cambiar de alguna forma tus ideas?

—Tenemos que ir con tiento, Don, tenemos que ir con tiento... No podemos ir arremetiendo contra todo instinto humano digno... Debemos permanecer al lado de la clase obrera.

—Oh, si vais a empezar todos con eso de la clase obrera, será mejor que nos pongamos a cenar sin esperar a Holden —dijo Eveline, levantándose—. Don se pondrá de un humor de perros si discute con el estómago vacío.

—¿A quién te refieres? ¿A Charles Edward Holden? —preguntó Al Johnson, y en su voz había un tono de respeto.

—No le esperéis —dijo Don Stevens—. No es más que un burgués rastreador de escándalos.

Charley y Paul ayudaron a Eveline a traer otra mesa que tenían ya dispuesta en el dormitorio. Charley se las arregló para sentarse al lado de la anfitriona.

—¡Vaya! Esto sí que es una maravilla de comida. Me recuerda al viejo París —dijo de nuevo Charley—. Mi hermano quería que entrara en su agencia Ford allá en las *Twin Cities*, pero ¿cómo hacer que se quede en una granja alguien que ha visto París?

—Pero la capital es ahora Nueva York.

Era burlón y provocativo el modo que tenía ella de inclinarse hacia él al hablarle, el modo con que sus ojos rasgados parecían constantemente conjeturar algo acerca de él.

—Espero que me permita visitarles de vez en cuando —dijo Charley—. Nueva York me va a resultar bastante duro hasta que logré asentarme.

—Oh, yo estoy siempre aquí —dijo ella—. Y seguiré así hasta que podamos permitirnos el tener una niñera de confianza para Jeremy. El pobre Paul, la mitad de las veces, se queda hasta tarde trabajando en la oficina... Oh, me gustaría que todos nosotros pudiéramos hacer muchísimo dinero en un abrir y cerrar de ojos, de repente.

Charley sonrió lúgubremente.

—Denos una oportunidad. Aún no hemos podido quitarnos de encima como es debido la camisa caqui.

Charley acertaba a duras penas a seguir la conversación general, de modo que se echó hacia atrás en el sofá y se dedicó a mirar a Eveline Johnson. Tampoco Paul hablaba demasiado. Trajo café y acto seguido desapareció. Eveline y la chica menuda que se sentaba a la cabecera de la mesa parecían pensar que Stevens era un ser maravilloso, y Al Johnson, que estaba en el sofá al lado de Charley, inclinaba una y otra vez el cuerpo por delante de él para hacer una observación a Eveline y agitar su largo dedo índice. A veces parecía que él y Stevens iban a llegar a las manos. Así, entre la buena comida y el vino y el hecho de no seguir la conversación —después de todo, no estaba aún muy al corriente de las cosas de la ciudad—, Charley empezó a sentirse soñoliento. Y al fin hubo de levantarse para estirar las piernas.

Nadie le hacía ningún caso, de modo que fue hasta la cocina y encontró a Paul fregando los platos.

—Déjeme que le ayude —dijo.

—No, tengo un sistema —dijo Paul—. Eveline, como ve, hace todo lo relativo a la cocina, así que es justo que yo lave los platos.

—Oiga, ¿no van a meterse en líos esos tipos si siguen hablando así? —Charley agitó el pulgar en dirección a la sala.

—Don Stevens es rojo, así que de todos modos está fichado.

—Bueno, no es que yo diga que estén equivocados, pero, ¡qué caray!, tenemos que ganarnos la vida.

—Al trabaja en el World. Allí son muy liberales.

—En mi tierra uno no puede sincerarse y decir lo que piensa sin meterse en un buen lío —dijo Charley, riendo—. No se han enterado de que la guerra ha terminado.

Cuando acabaron con los platos, volvieron a la sala.

Don Stevens avanzó a grandes pasos hacia Charley.

—Eveline dice que es usted aviador —le espetó, frunciendo el ceño—. Díganos qué es lo que piensan los aviadores. ¿Están a favor de la clase explotadora o de la clase obrera?

—Una pregunta peliaguda —replicó Charley arrastrando las palabras—. La mayoría de los compañeros que conozco están intentando entrar en la clase obrera.

Sonó el timbre de la puerta. Eveline alzó la vista, sonriendo,

—Lo más seguro es que sea Charles Edward Holden —dijo Al.

Abrió Paul.

—Hola, Dick —dijo Eveline—.Todo el mundo pensaba que eras Charles Edward Holden.

—Tal vez lo sea —dijo el joven elegante y de ojos azules ligeramente saltones que apareció en el umbral—. Hoy me he sentido un poco raro todo el día.

Eveline presentó al recién llegado de acuerdo con su graduación militar:

—Capitán Savage, el teniente Anderson.

—Bah —exclamó Stevens en un extremo de la sala.

Charley advirtió que Stevens y el recién llegado se miraban en silencio, fijamente. La situación estaba haciéndose harto confusa. Eveline y la chica del pelo corto empezaron a hacerse mutuas observaciones corteses con tono frío. Charley intuyó que había llegado el momento de largarse.

—Debo irme ya, señora Johnson —dijo.

—Oiga, Anderson, espéreme un segundo. Iremos juntos —le sugirió Al Johnson desde el otro lado de la sala.

Charley se encontró de pronto mirando a los ojos de Eveline.

—Lo he pasado muy bien —dijo.

—Venga alguna tarde a tomar el té —invitó ella.

—De acuerdo, lo haré.

Apretó con fuerza su mano. Mientras se despedía de los demás, oyó cómo Eveline y el capitán Savage cambiaban risitas entre ellos.

—Vine sólo a ver cómo vive la otra mitad —estaba diciendo el capitán—. Eveline, esta noche estás exageradamente hermosa.

Charley, en las escalinatas bajo la noche primaveral, se sintió reconfortado. En el aire de la ciudad se percibía el olor fresco y limpio que sigue a la lluvia. Se preguntaba si ella... Bueno, uno nunca puede saberlo si no lo intenta.

Llegó por detrás Al Johnson y le cogió del brazo.

—Oye, dice Paul que acabas de llegar de tu tierra.

—Claro —dijo Charley—. ¿No me ves el forraje en las orejas?

—Dios, cuando a Eveline la visitan a un tiempo dos o más de sus antiguos galanes es una pesadez... Estuvo mortificando hasta lo indecible a esa pobre chica de Don... Oye, ¿por qué no nos vamos a tomar un trago de whisky y nos quitamos el sabor de esa especie de tinta roja que hemos bebido?

—Me parece estupendo —contestó Charley.

Cruzaron la Quinta Avenida y siguieron calle abajo hasta una puerta negra y angosta. Al Johnson tocó el timbre y un hombre en mangas de camisa les hizo pasar a un corredor que olía a retrete. Al final del pasillo había el bar.

—Bueno, esto ya está mejor —dijo Al Johnson—. Al fin y al cabo sólo tengo una noche libre a la semana.

—Es como los viejos y buenos tiempos que nunca fueron —observó Charley.

Se sentaron ante una pequeña mesa redonda que había frente a la barra y pidieron whisky de centeno. Al Johnson, de pronto, agitó su largo dedo índice por encima de la mesa.

—Acabo de recordar cuándo te conocí. Fue el día en que »e declaró la guerra. Estábamos todos borrachos como cubas en el Little Hungary.

Charley lanzó una exclamación de sorpresa. Había conocido a cientos de personas aquella noche.

—Seguro. Fue allí —insistió Al Johnson—. Nunca olvido una cara.

Llamó al camarero y pidió unas jarras de cerveza. Alternaron varios whiskis de centeno con cerveza, a la salud de los viejos tiempos.

—Pues Nueva York —estaba diciendo Charley— es un antro como otro cualquiera. No es más que un pueblo.

—Greenwich Village —puntualizó Al Johnson.

Tomaron varias rondas más en memoria de los buenos y viejos tiempos pasados en el Little Hungary. Cansados de la mesa, pasaron a la barra. Había allí dos hombres jóvenes y pálidos y una chica regordeta con el pelo a mechones y una blusa bordeada al estilo búlgaro. Eran antiguos amigos de Al Johnson.

—Un viejo periodista —decía Al— nunca olvida una cara..., o un nombre. —Se volvió hacia Charley y añadió—: Coronel..., eh... —Charley había extendido la mano e iba ya a decir Anderson cuando Al Johnson dijo—: Charles Edward Holden, le presento a mis amigos artistas...

Y Charley no tuvo ocasión de decir ni una palabra. Los dos jóvenes empezaron a contar la obra que habían visto en el Players de Washington Square. La chica, de nariz respingona y ojos azules con ojeras oscuras, miraba efusivamente a Charley mientras le estrechaba la mano.

—¡No! Oh, siempre he deseado tanto conocerle, señor Holden. Leo todos sus artículos.

—Pero en realidad yo no... —empezó a decir Charley.

—No es en realidad coronel —exclamó la chica.

—Coronel por una noche —intervino Al haciendo un gesto con la mano, y luego pidió unos whiskis para todos.

—Oh, señor Holden —dijo la chica, bebiéndose el whisky de un trago como un soldado veterano—. ¿No es maravilloso que nos hayamos conocido de este modo? Pensaba que era usted mucho mayor..., y no tan bien parecido. Bueno, señor Holden, ahora quiero que me hable largo y tendido de todo lo habido y por haber.

—Llámame Charley.

—Mi nombre es Bobbie... Me va a llamar Bobbie, ¿no?

—De acuerdo —dijo Charley.

Ella lo apartó un poco de la barra.

—Lo estaba pasando horriblemente mal... Son unos chicos estupendos, pero no hablan de otra cosa que de cómo Phil bebió yodo porque Edward dejó de amarlo. Odio las alusiones personales, ¿usted no? Me encanta hablar, ¿a usted no? Odio a la gente que no hace cosas. Quiero decir libros y cosas sobre la situación del mundo y todo eso, ¿usted no?

—Claro —respondió Charley.

Estaban ahora en el extremo de la barra. Al Johnson parecía haber encontrado otra banda de viejos y queridos amigos con quienes celebrar los viejos tiempos.

La chica cogió a Charley de la manga.

—¿Qué le parece si nos vamos a charlar a algún sitio tranquilo? Aquí dentro estoy como aturdida.

—¿Sabe de algún sitio donde podamos bailar? —preguntó Charley.

La chica asintió con la cabeza.

Una vez en la calle, ella le cogió del brazo. El viento» frío y borrascoso, se había desplazado hacia el norte.

—Brinquemos un trecho —dijo la chica—. ¿O es usted demasiado digno para esas cosas, señor Holden?

—Mejor que me llame Charley.

Caminaron hacia el Este, a lo largo de una calle de casas de vecindad atestada de pequeñas tiendas italianas. La chica llamó a la puerta de un sótano. Mientras esperaban, puso la mano sobre el brazo de Charley.

—Tengo algo de dinero... Deje que sea mi fiesta y que lo invite.

—No me agrada la idea.

—De acuerdo, pagaremos a medias. Creo en la igualdad sexual, ¿usted no?

Charley se inclinó y la besó.

—Oh, qué noche más maravillosa... Usted es la celebridad más encantadora que jamás he conocido... La mayoría de ellos son bastante envarados, ¿no cree? No tienen *joie de vivre.*

—Pero —balbució Charley—, yo no soy...

Estaba hablando cuando se abrió la puerta.

—Hola, Jimmy —dijo la chica al joven atildado de traje marrón que había abierto la puerta—. Quiero que conozcas a un amigo... El señor Grady..., el señor Holden.

Los ojos del joven se iluminaron.

—¿No será Charles Edward...? —La chica asintió con la cabeza de forma tan entusiasta que unos mechones de cabello le cayeron sobre un ojo. El joven prosiguió—: Bien, señor, es un verdadero placer el conocerle... Soy un lector empedernido, señor.

Entre reverencias y sonrojos Jimmy les encontró una mesa junto a la pista de baile del pequeño y cargado cabaret, caldeado por los focos y el humo de tabaco y las apiñadas parejas. Pidieron whisky y tostadas con queso fundido. Luego ella cogió de una mano a Charley y le hizo levantarse. Bailaron. La chica empezó a restregarse contra él y Charley pudo sentir sus pequeños pechos redondos a través de la blusa búlgara.

—Vaya... Nuestro hombre sabe bailar —susurró ella—. Olvidémonos de todo, de quienes somos, del día de la semana...

—Yo..., yo me he olvidado hace un par de horas —dijo Charley, apretándola contra su cuerpo.

—Tú eres un sencillo granjero y yo una chica descalza.

—En lo que dices hay más verdad que poesía —dijo Charley entre dientes.

—La poesía... Adoro la poesía, ¿tú no?

Bailaron hasta que cerró el local. Salieron con paso tambaleante a las calles negras y desiertas. Pasaron dando traspiés junto a cubos de basura. Los gatos escapaban a su paso entre sus pies. Se detuvieron y hablaron del amor libre con un policía. Y en cada esquina se paraban para besarse. Mientras buscaba la llave en el bolso, ella dijo con aire pensativo:

—Las gentes que hacen cosas resultan luego los amantes más maravillosos, ¿no crees?

Charley fue el primero en despertarse. El sol entraba a raudales por una ventana sin cortina. La chica estaba dormida, con la cara hundida en la almohada. Tenía la boca abierta y parecía mucho más vieja que la noche pasada. Su piel era pastosa, de cierto tono verdoso, y sus cabellos eran un matojo de mechones

Charley se vistió en silencio. Sobre unos grandes tableros, tapizados de grueso polvo y atestados de caprichosos dibujos de desnudos, encontró un trozo de carboncillo. En el reverso de una hoja de papel amarillo, donde podía leerse un poema a medio escribir, Charley escribió: «Lo he pasado maravillosamente... Adiós... Buena suerte, Charley». Y no se puso los zapatos hasta llegar al final de las crujientes escaleras.

Ya en la calle, en la ventosa y fría mañana primaveral, se sintió maravillosamente. Estalló en sonoras carcajadas. Qué pequeña y vieja gran ciudad. En la esquina de la calle Octava entró en un restaurante y pidió huevos revueltos con beicon, y pastelillos calientes con café. Mientras apuraba el desayuno seguía riéndose. Luego subió hasta la calle Cuarenta y dos en el tren

elevado. Los tejados mugrientos, las lunas de los escaparates, los sucios globos de los anuncios luminosos, las escaleras de incendios, los depósitos de agua de las casas..., y todo le parecía maravilloso a la luz del sol de aquel día de ventisca.

En la estación Grand Central el reloj marcaba las once y media. Los encargados de las puertas gritaban los destinos de trenes que partían hacia el Oeste. Charley retiró su equipaje de la consigna y tomó un taxi en dirección a Chatterton House. Era el lugar donde Askew, según le había escrito, habría de hospedarse; una dirección más aceptable que la Asociación Cristiana de Jóvenes. Decidió tomar un taxi porque el asa de la maleta, repleta de reproducciones de planos y de libros sobre diseños mecánicos, se le clavaba en la mano. Cuando el recepcionista le pidió una referencia, Charley sacó su documentación de oficial de la reserva.

La residencia tenía ascensor, baños y duchas al final de los pasillos mal iluminados y una retahíla de normas detrás de la puerta del cuarto, diminuto como una caja de zapatos. Se echó vestido en el catre. Tenía sueño. Se quedó allí tendido, riendo tontamente y mirando al techo. Una pequeña y vieja gran ciudad.

Resultó que hubo de quedarse una larga temporada en aquel cuarto mal ventilado, empapelado en verde y con desvencijados muebles de institución benéfica. Al principio, empleó unos cuantos días en visitar todas las empresas de aviación que encontró en la guía telefónica, a fin de ver si lograba algún trabajo eventual. Dio con dos personas que había conocido en Europa, pero ninguna de ellas pudo prometerle nada. Si hubiera venido sólo un par de meses antes... Todo el mundo le aseguraba que había escasez de trabajo. Los políticos tenían totalmente maniatada a la aviación comercial y, ¡qué se le iba a hacer!, así estaban las cosas. Había, además, una endiablada cantidad de aviadores buscando empleo aquí y allá.

Al final de la primera semana, cuando volvía de una incursión en una firma de fabricantes de automóviles de Long Island City, donde le prometieron trabajo de delineante para el verano en caso de que consiguieran el contrato que su agente en Washington estaba negociándole esperaba una carta de la señora

Askew: Joe estaba muy enfermo a causa de una pulmonía doble. Tardaría un par de meses en poder desplazarse a la ciudad. Aunque en su opinión su marido no se hallaba en condiciones de preocuparse por cuestiones de negocios, Joe había insistido en que le escribiese y ella había accedido para tranquilizarlo. Joe le reiteraba su deseo de que nadie más viera los planos hasta que obtuviera la patente, y que era mejor que se buscara un trabajo para salir del paso hasta que ambos pudieran iniciar el asunto en las debidas condiciones.

Salir del paso, maldita sea... Charley se sentó en la desvencijada cama y contó su dinero. Cuatro de diez, uno de dos, uno de un dólar, y cincuenta y tres centavos en monedas sueltas. Con la habitación a ocho dólares por semana, sus perspectivas para el verano se presentaban harto oscuras.

Un día consiguió al fin hablar con Doris Humphries por teléfono, y ella le pidió que fuera a verla al día siguiente por la tarde. En el apartamento de los Humphries todo resultó una réplica de la velada de los Benton, cuando los visitó con Ollie Taylor, a excepción de que en lugar de mayordomo había una doncella. Charley se sintió sumamente incómodo, pues en la reunión no había más que mujeres. La madre de Doris, una mujer macilenta y elegantemente vestida, le dirigió una mirada inquisitiva que pareció traspasarle e ir a parar a la cartera de su bolsillo posterior.

Se sirvió té con pastas, y Charley se preguntó sobre la conveniencia de encender o no un cigarrillo. Dijeron que Ollie Taylor había vuelto al extranjero, al sur de Francia, y como Ollie Taylor era el único nexo común que le unía a aquellas gentes, la conversación languideció enseguida. De paisano no era tan fácil hablar con mujeres ricas como vistiendo el uniforme. Doris, sin embargo, le sonreía con simpatía y le hablaba, en tono afable y confidencial, de lo cansada que estaba de la vorágine social y de todo aquello, y de su deseo de salir a la vida y buscar un empleo. No era tan fácil, pensó Charley. Ella se quejó de que nunca encontraba hombres interesantes, y dijo que él y Ollie Taylor —Ollie naturalmente, era un viejo y querido amigo— eran los únicos hombres cuya conversación podía soportar.

—Imagino que es la guerra y el haber estado en Europa lo que ha obrado ese algo en ustedes —dijo, mirándole—. Cuando se han visto cosas como ésas, uno no puede tomarse tan en serio a sí mismo como esos miserables lagartos de salón que me veo obligada a conocer. No son sino perchas para la ropa.

Cuando Charley dejó el gran edificio de apartamentos, la cabeza le daba vueltas de tal forma que al cruzar la calle estuvo a punto de ser arrollado por un taxi. Caminó por la amplia avenida, entre el zumbido del tráfico que anegaba la primera oscuridad. Doris le había prometido acompañarle alguna noche a un espectáculo.

Un día de primeros de mayo, después de que el compromiso se hubiese aplazado semana tras semana —estaba tan terriblemente ocupada, se quejaba siempre Doris por teléfono; le encantaría poder ir, pero estaba tan terriblemente ocupada—, Charley pasó una noche para invitarla a cenar. En la cartera le quedaban tan sólo veinte dólares. La esperó un rato en el salón vacío del apartamento de los Humphries. Tanto el piano como las sillas y las cortinas parecían cubiertos con fundas blancas, y la gran estancia blanca olía a bolas de naftalina. A Charley, todo aquello le dio la impresión de que había llegado demasiado tarde. Doris entró en el salón al fin, tan pálida y dorada y sedosa en su vestido de noche escotado, que Charley se quedó sin aliento.

—Hola, Charley, espero que todavía no se haya muerto de hambre —dijo Doris, con aquel tono de intimidad que siempre le hacía sentir que la conocía desde hacía mucho tiempo—. Ya sabe que nunca tengo noción del tiempo.

—Oh, Doris, está usted maravillosa —exclamó Charley, y advirtió que la mirada de ella reparaba en su traje de calle gris.

—Oh, perdóneme —dijo Doris—. Me cambiaré en un instante. —Una suerte de frialdad había teñido la voz, pero desapareció de inmediato—. Tardaré sólo un minuto.

Charley sintió que enrojecía.

—Supongo que debería haberme puesto traje de etiqueta —dijo—, pero he estado tan ocupado... No he encargado aún que me envíen el baúl de Minnesota...

—Claro, claro. Casi es verano ya. No sé en qué he estado pensando. Otra vez con la cabeza en las nubes.

—¿No podría ir así? Está usted adorable.

—Pero resultaría absurdo ver a una chica ataviada como un caballo de gala en compañía de un hombre en traje de calle. Además, será más divertido... Ya sabe, menos compromiso social... De verdad, tardaré cinco minutos exactos.

Media hora más tarde, Doris apareció con un traje gris perla. La seguía una doncella con una bandeja con coctelera y vasos.

—He pensado que podíamos tomar una copa antes de salir. Así luego sabremos lo que tomamos por ahí.

La llevó a cenar al McAlpin; no conocía ningún otro lugar. Eran ya las ocho, Charley sentía que las entradas para el teatro le quemaban en los bolsillos, pero ella parecía no tener ninguna prisa. Cuando tomaron un taxi en dirección al teatro eran ya las nueve y media. El coche se llenó enseguida del delicioso aroma de su perfume y sus cabellos.

—Doris, déjeme que le diga lo que quiero decirle —rompió a hablar Charley de pronto—. No sé si a usted le gusta alguien especialmente, pero me atrevo a suponer que no, a juzgar por lo que dijo acerca de los tipos que conoce.

—Oh, por favor, no se me declare —dijo ella—. Si supiera cuánto odio las declaraciones, y máxime en un taxi en medio de un embotellamiento...

—No, no quiero decir eso. De todas formas, usted no querría casarse conmigo siendo lo que ahora soy... Ni mucho menos. Antes tengo que ponerme en pie. Pero voy a hacerlo muy pronto... Ya sabe que la aviación es la industria del futuro... Dentro de diez años... Bueno, ahora tengo la oportunidad de empezar a poner los cimientos del éxito... Quiero que me brinde una oportunidad, Doris. Mantenga alejados por un tiempo a los otros tipos.

—¡Esperarle diez años, santo cielo! Una idea muy romántica... Mi abuela la habría calificado de adorable.

—Debí haber supuesto que lo tomaría a broma. Bien, hemos llegado.

Al ayudarla a bajar del taxi, Charley trató de no dejar traslucir su estado de ánimo. Doris, al apoyarse en su mano, se la apretó fugazmente. El sintió que el corazón le latía apresuradamente. Mientras seguían al acomodador hacia el interior oscuro del teatro, desbordante de chicas y de jazz, ella puso muy suavemente sobre el brazo de Charley su menuda mano. El largo cono de los proyectores, sobre sus cabezas, expandía polvo de luz sobre el fulgor de oropel de las tablas, donde bailaba una chica de labios rojos, vestida de organdí. Con el brazo, Charley oprimió contra sus costillas la mano de Doris.

—Muy bien, ha entendido lo que quiero decir... —le susurró—. Piénselo... Ninguna mujer me ha impresionado nunca de este modo, Doris.

Se acomodaron en sus butacas. La gente, a su espalda, empezó a chistar exigiendo silencio. Charley calló .Y no pudo prestar atención alguna al espectáculo.

—Charley, no debes esperar nada, pero pienso que eres un chico formidable —dijo ella cuando, agobiados por el ambiente sofocante y las luces y el gentío del teatro, subieron a un taxi a la salida.

Ella dejó que la besase, pero el taxi, con rapidez vertiginosa, se detuvo frente a la casa de apartamentos. Charley le dijo adiós en el ascensor. Y cuando le preguntó si podía subir, ella negó con la cabeza y sonrió.

Al caminar en medio del bullicio de la salida de los teatros, entre Park Avenue y la calle Cuarenta y dos, sintió que le flaqueaban las piernas. Sentía aún la boca de Doris en la suya, el olor de su cabello rizado y claro, la pequeñez de su mano sobre su pecho cuando apartó su cara de la de él.

A la mañana siguiente se despertó tarde y exhausto, como si acabara de salir de una borrachera de tres días. Compró los periódicos y desayunó una taza de café y una rosquilla en un bar que olía a agua estancada. No miró en esta ocasión en la columna de Oportunidades de Negocio, sino en la de Mecánicos y Operarios Maquinistas. Aquella misma tarde consiguió un empleo en un taller de reparación de automóviles de la Primera Avenida. Le disgustaba volver al mono de trabajo, a la grasa bajo las uñas y a la necesidad de fichar

por las mañanas, pero no le quedaba otro remedio. Al volver a la residencia, encontró una carta de Emiscah que le hizo sentirse peor que nunca.

Nada más leerla, la hizo pedazos. ¡Ni hablar! Ya tenía bastante con volver al esmerilado de válvulas como para empezar de nuevo con aquello. Se sentó en la cama, con los ojos inundados de lágrimas furiosas. Ya era bastante monstruoso el encontrarse infernalmente acorralado de aquel modo, después de haber logrado el despacho de oficial, después del servicio de ambulancias y de la Escuadrilla Lafayette, y de haber tenido a su disposición un mecánico para el avión y para que hiciera el trabajo sucio. Y ahora aquella despreciable y asquerosa suerte... En cuanto se sintió algo más apaciguado, se levantó y escribió a Joe diciéndole que, por el amor de Dios, se pusiera bien cuanto antes, que había rechazado una oferta de trabajo en la Triangle Motors de Long Island City y que trabajaba de mecánico para salir del paso, y que, ¡maldita sea!, estaba harto de aquel empleo y ansiaba, ¡maldita sea!, empezar con el asunto que se traían entre manos.

Llevaba trabajando en el taller de reparaciones un par de semanas cuando descubrió que el capataz, los días de paga y en una oficina desocupada que había en la parte de atrás del edificio, organizaba partidas de póquer. Se unió a los jugadores y empezó a jugar con sumo cuidado. Las primeras dos semanas perdió la mitad de la paga, pero luego empezó a descubrir que, al fin y al cabo, no era tan mal jugador. Nunca perdía el temple y era diestro en averiguar dónde estaban las cartas. Ponía sumo cuidado en no alardear de sus ganancias, de forma que se hizo con más dinero ajeno de lo que los propios perdedores suponían. Al capataz, un irlandés fornido y fanfarrón, no le satisfacía ni mucho menos el hecho de que Charley picoteara en sus ganancias, pues tenía por costumbre despojar él mismo a sus subordinados. Charley, sin embargo, lo mantenía apaciguado invitándole a un trago de cuando en cuando. Además, en cuanto se hizo con el trabajo, era capaz de rendir más que cualquiera de sus compañeros. Cuando salía del taller, antes de ir a casa, se cambiaba siempre y se vestía con buena ropa.

Doris se había ido a pasar el verano a Nueva York Harbor, y Charley no había conseguido verla antes de su partida. A los únicos que conocía, pues, era a los

Johnson. Iba a verlos dos veces por semana. Les hizo unas estanterías para los libros, y un domingo les ayudó a pintar el suelo de la sala de estar.

Otro domingo, por la mañana temprano, les llamó con idea de que fueran todos juntos a la playa de Long Beach. Paul estaba en la cama con dolor de garganta, pero Eveline dio que ella iría. Bien, si lo busca lo va a encontrar, se iba diciendo Charley mientras bajaba hacia el centro a través de la mugre desierta de las calles en la calurosa mañana de domingo. Eveline salió a abrir con una negligé amarilla de seda y encaje tan holgada que dejaba al descubierto el nacimiento de sus pechos blandos. Antes de que pudiera decir nada, Charley la atrajo hacia sí y la besó. Ella cerró los ojos y se dejó estrechar desmayadamente entre sus brazos. Luego la apartó y se llevó un dedo a los labios.

Charley se sonrojó y encendió un cigarrillo.

—¿Le importa? —preguntó con voz temblorosa.

—Supongo que tendré que volver a acostumbrarme a los cigarrillos algún día —dijo ella en voz muy baja.

Charley se dirigió a la ventana con ánimo de serenarse. Ella se acercó a él, cogió su cigarrillo y dio un par de chupadas. Al cabo dijo en voz alta y tranquila:

—Bueno, ahora vaya a saludar a Paul.

Paul, recostado sobre las almohadas, estaba pálido y sudoroso. Al lado de la cama, sobre una mesa había una cafetera, una taza y un platillo floreados y una jarra de leche caliente.

—Hola, Paul, parece que se ha dado usted a la vida apacible que cantó el poeta —se oyó decir Charley, en tono campechano.

—Hay que mimarlos un poco cuando están enfermos —dijo Eveline, con voz arrulladora.

Charley se sorprendió soltando una sonora carcajada.

—Espero que no sea nada serio, campeón.

—No, suelo coger estos malditos dolores de garganta. Nada, chicos, vosotros iros a la playa y divertiros. Ojalá pudiera ir yo también.

—Puede que esté espantosa —apuntó Eveline—. Pero si vemos que no está bien, siempre podemos volvernos.

—Sin prisas —dijo Paul—. Tengo cientos de cosas para leer. Estaré estupendamente.

—Bueno, ahora Jeremy y tú disponéis de vuestro propio pisito de solteros.

Eveline había preparado una cesta con unos bocadillos y un termo lleno de cóctel. Está elegantísima, pensó Charley mientras caminaba a su lado por la calle soleada y polvorienta, con la cesta y el periódico dominical; llevaba un sombre— rito blanco vuelto hacia arriba y un vestido veraniego amarillo pálido.

—Divirtámonos —dijo ella— Hace tanto tiempo que no me divierto...

Cuando se apearon del tren, en Long Beach, un fuerte y sombrío viento soplaba en un mar salpicado de pequeños retazos fríos de niebla. Sobre el paseo de tablas se veía un gran gentío. Se adentraron en la playa.

—¿No crees que deberíamos alejarnos de toda esta gente? —estaba diciendo ella—. Sería más divertido.

Siguieron andando, hundiendo los pies en la arena, y sus voces se ahogaban en el fragor y el siseo de las olas.

—Esto está de maravilla —decía Charley.

Caminaron sin descanso. Charley tenía el traje de baño debajo de la ropa, y antes de que encontraran un sitio de su agrado empezó a darle calor y a producirle picores. Colocaron la cesta en la arena, tras una duna baja, y Eveline se quitó la ropa bajo una enorme toalla. Charley sintió cierta timidez al quitarse la camisa y los pantalones delante de ella, pero al parecer aquello era lo correcto.

—Vaya, tiene un cuerpo muy bello —dijo ella.

Charley, incómodo, se bajó el borde inferior del bañador.

—Estoy muy sano, según creo —dijo. Miró sus manos, enrojecidas y renegridas, los antebrazos de piel blanca, ligeramente pecosos bajo el tenue vello—. Lo que de verdad me gustaría es encontrar un trabajo en el que pudiera conservar las manos limpias.

—Las manos de un hombre deben mostrar su oficio... Allí reside toda la belleza de las manos —dijo Eveline.

Se había deslizado dentro de su bañador y había dejado caer la toalla. Era un traje de baño de una pieza, azul claro y muy ajustado.

—Vaya, qué buen tipo. Fue lo primero en que me fijé cuando la conocí en el barco.

Ella se acercó y le cogió del brazo.

—Venga, vamos a meternos en el agua —dijo—. El oleaje me asusta, pero es tan hermoso... Oh, esto es disfrutar, ¿no cree?

Sentía el brazo de Eveline, sedoso, contra el suyo; el muslo desnudo contra el suyo. Sus pies se tocaban al pasar de la arena caliente y blanda a la arena dura y fría. Desde la orilla avanzó hacia ellos una lengua ancha y espumosa de agua y les mojó hasta las rodillas. Ella soltó su brazo y le cogió de la mano.

Charley no tenía mucha experiencia con el oleaje, y antes de que pudiera darse cuenta, una ola lo derribó y lo engulló por completo. Salió tosiendo y escupiendo, con la boca y los oídos llenos de agua. Ella, de pie y riendo, le tendía la mano para ayudarle a levantarse.

—Venga, vamos más adentro —gritó.

Se zambulleron bajo la siguiente ola y nadaron un trecho. Cuando dejaron a su espalda el lugar donde rompían las olas, avanzaron pedaleando en el agua y meciéndose en la marea.

—No vayamos muy lejos. Hay que tener cuidado con las señoritas acuáticas...

—¿Qué?

—Las corrientes —gritó ella, acercándose a su oreja.

Charley fue engullido por otra ola y reapareció escupiendo y resollando. Ella nadaba de espaldas, con los ojos cerrados y los labios apretados en un mohín severo. El dio dos brazadas hacia ella y besó su cara fría y mojada. Trató de rodear su cuerpo con los brazos, pero volvió a romper sobre sus cabezas una nueva ola.

Cuando emergieron, tosiendo y escupiendo agua, ella lo apartó de un empujón.

—Me has hecho perder el gorro. Mira —dijo.

—Allí está. Voy a cogerlo.

Charley, abriéndose paso entre el oleaje, volvió trabajosamente y cogió el gorro en el preciso instante en que la resaca iba a tragárselo.

—¡Vaya olas! —gritó.

Eveline salió tras él y se quedó a su lado, de pie en la orilla poco profunda y espumosa, con el pelo corto y mojado sobre los ojos.

—Henos aquí —dijo, echándose el pelo hacia atrás con la mano.

Charley miró a ambos lados de la playa. No había nadie a la vista en el fulgor de las primeras horas de la tarde. Trató de rodearla con sus brazos. Ella se escabulló dando un sal— tito.

—Charley, ¿no estás hambriento?

—De ti, Eveline.

—Lo que yo quiero es comer.

Terminado el almuerzo y apurados los cócteles, se sintieron soñolientos y algo ebrios. Se tendieron al sol en la gran toalla, uno al lado del otro. Ella hizo que Charley mantuviera quietas las manos; él cerró los ojos, pero se hallaba demasiado excitado para poder dormir, y antes de que pudiera darse cuenta, estaba hablando por los codos:

—Pues Joe ha estado trabajando en la cuestión de la patente; él sabe cómo manejar a los abogados y a los potentados que tienen la pasta. Yo tengo miedo de entrar solo en el negocio y que algún pájaro se meta en él y me lo birle. Eso es lo que suele suceder cuando alguien inventa algo.

—¿Suelen decirte las mujeres lo atractivo que eres, Charley?

—Allí en Europa no tenía ningún problema... Ya sabes: *aviáter, lietenán, Croix de Guerre, cucher, giii, güi...* Aquello estaba bien, pero en este dichoso país las chicas que te apetecen no te miran a la cara a menos que estés forrado de pasta... De verdad, primero te seducen y luego te vuelven medio loco...

Entonces se acaloró y cometió la locura de contarle todo lo de Doris.

—Pero no todas son así —dijo ella, acariciándole el dorso de la mano—. Hay mujeres que son como es debido.

Luego, Eveline le permitió únicamente que la abrazara un poco bajo la toalla. El sol empezaba a declinar. Al levantarse sintieron frío; estaban llenos de arena y el efecto del sol sobre la piel comenzaba a importunarles. Mientras volvían caminando por la playa, Charley se sentía malhumorado y triste. Ella estaba hablando del anochecer y de las olas y de las gaviotas, y mientras caminaba a su lado, apoyada en su brazo, se lo oprimía con fuerza. Ya en el paseo entablado, entraron en un hotel, y la modesta cena casi apuró los cinco dólares que le quedaban a Charley.

De regreso, en el tren, no se le ocurrió gran cosa de que hablar. Dejó a Eveline en la esquina de su calle, y caminó hasta la parada del elevado de la Tercera Avenida, donde tomó el tren en dirección norte, hacia su casa. El coche estaba lleno de chicos y chicas que volvían de sus excursiones dominicales. Se mantuvo ojo avizor por si le surgía alguna rápida conquista, pero todas las chicas parecían ignorarle. Cuando subió y entró en su pequeño y cargado cuarto empapelado de verde, no pudo soportar quedarse allí encerrado y salió a vagar por la Segunda y Tercera avenidas. Una mujer lo solicitó con insistencia, pero era gorda y vieja. Caminó largo rato al lado de una chica menuda, gordezuela y bonita, pero cuando se decidió a abordarla, ella le amenazó con llamar a un policía, de modo que se volvió a su cuarto, se duchó

con agua caliente y luego con agua fría, y se metió en la cama. No pudo pegar ojo en toda la noche.

Eveline lo llamó tantas veces por teléfono, dejó tantos recados a lo largo de las semanas siguientes, que el empleado de recepción llevó a Charley aparte y le advirtió que aquella residencia estaba destinada únicamente a jóvenes de una vida cristiana e irreprochable.

Empezó a dejar el taller temprano para salir por ahí con Eveline, y hacia finales de julio el capataz lo despidió. El irlandés, después de todo, no había perdonado que Charley siguiera ganando tanto dinero al póquer. Charley dejó Chatterton House y alquiló un cuarto amueblado en el lado Este de la calle Quince. Explicó a la patrona que su mujer trabajaba fuera de la ciudad y que sólo de cuando en cuando podía venir a visitarlo. La patrona le subió dos dólares el alquiler y no preguntó más. Así, en su nueva situación, empezó a pasarse los días sin hacer nada, salvo esperar a Eveline y beber una pésima ginebra que compraba en un restaurante italiano. Le remordía la conciencia al pensar en Paul, pero, al fin y al cabo, Paul no era un gran amigo suyo, y consideraba, además, que si no hubiera sido él habría sido cualquier otro. Eveline hablaba tanto que le aturdía, pero desde luego era una pareja distinguí da, y resultaba espléndida en la cama. Sin embargo, cuando un día empezó a hablar de divorciarse de Paul para casarse con él, la actitud de Charley hacia ella se enfrió un tanto. Era una chica estupenda cuando se trataba de pagar cenas y almuerzos una vez esfumado el dinero que Charley había ahorrado trabajando en el taller, pero él no podía permitir que le pagara también el alquiler, de modo que una mañana de setiembre se levantó temprano, salió de casa sin que le viera la patrona y llevó su equipaje a la estación Grand Central. El mismo día pasó por Chatterton House a recoger la correspondencia y encontró una carta de Emiscah.

En el parque situado detrás de la biblioteca pública, se sentó en un banco, al lado de unos vagabundos, y leyó:

Querido Charley:

Has tenido siempre un corazón de oro tan grande que sé que si conocieras la suerte tan horrible que me ha tocado últimamente,

harías algo para ayudarme. En primer lugar, perdí el empleo, y las cosas han ido tan mal por aquí que no me ha sido posible encontrar otro. Luego me puse enferma y tuve que pagar al médico cincuenta dólares, y desde entonces no me siento lo que se dice bien, así que he estado sacando los ahorros de la cuenta y ya no me queda ni un centavo. Mi familia no me echa ni una mano, porque ha prestado oídos a unas historias horribles y falsas acerca de mí, unas historias tan estúpidas que ni siquiera me he tomado el trabajo de desmentir. Pero ahora necesito diez dólares para pagarle a la patrona, porque si no se los pago me pondrá en la calle y no sé lo que va a ser de mí. Sé que nunca he hecho nada para merecer ser tan infeliz. Oh, desearía que estuvieras aquí y que pudieras estrecharme en tus fuertes brazos como solías hacer. Hubo un tiempo en que amabas a tu pequeña y pobre Emiscah. Por la memoria de tu pobre madre, que en paz descanse, mándame enseguida diez dólares por correo urgente, antes de que sea tarde. A veces pienso que sería mucho mejor que abriera la espita del gas. Las lágrimas me están cayendo por las mejillas y ya no veo el papel. Dios te bendiga.

EMISCAH

Mi compañera tampoco tiene un centavo. Tú ganas tanto dinero que diez dólares no te suponen nada, y te prometo no volver a pedirte más.

Charley, si no puedes mandarme diez, mándame cinco.

Charley frunció el ceño, rompió la carta y se guardó los trozos en el bolsillo. Se sentía disgustado, pero ¿de qué servía tomarse a pecho la carta? Se llegó hasta el Hotel Astor y bajó al servicio de caballeros para asearse. Se miró en uno de los espejos: el traje gris seguía teniendo bastante buen aspecto, el sombrero de paja era nuevo y la camisa estaba limpia. La corbata estaba raída por un costado, pero con la chaqueta cerrada no se notaba. Todo marcharía bien mientras no lloviera, pues había empeñado la trinchera, el otro traje y las botas de oficial. Le quedaban aún dos dólares en calderilla, así que llamó al limpiabotas para que le lustrara los zapatos, luego subió al salón y escribió a

Joe explicándole que estaba sin un céntimo y pidiéndole que, por favor, le enviara un giro urgente de veinticinco dólares y que, por el amor de Dios, viniera de una vez a Nueva York. Echó la carta en el buzón y, paseando lentamente por Broadway, se encaminó hacia el centro.

El único lugar que conocía donde podían invitarle a comer era la casa de los Johnson; al llegar a la calle donde vivían, dejó la Quinta Avenida y se adentró en ella.

Desde la puerta, Paul le tendió la mano.

—Hola, Charley —dijo—. Hace siglos que no le he visto.

—Me he estado mudando —balbució Charley, sintiéndose tan miserable como una sabandija—. Demasiadas chinches en el último tugurio... Bien, he subido un momento para saludarles.

—Venga, pase y le prepararé un trago. Eveline está a punto de llegar.

Charley negó con la cabeza.

—No, sólo pasaba a saludar. ¿Cómo está el crío? Dé recuerdos míos a Eveline. Tengo una cita.

Fue hasta el quiosco de la esquina de la calle Octava y compró todos los periódicos del día. Luego entró en una taberna clandestina que conocía y se entregó a una sesión de consulta de las ofertas de trabajo, con la ayuda de unas cuantas cervezas de alta graduación. Bebía lentamente mientras anotaba las direcciones en una hoja de papel que había cogido en el Hotel Astor. Una de ellas era la de un negocio de coches usados cuyo director, a quien Charley había conocido en Saint Paul, era amigo de Jim.

Se encendieron las luces y se oscurecieron las ventanas en el denso aire de aquella noche de finales de verano. Después de pagar la cerveza, sólo le quedaba en el bolsillo un cuarto de dólar. «Maldita sea —murmuró mientras vagaba por las calles del centro—. Es la última vez que me dejo atrapar en un atolladero como éste.» Estuvo sentado largo rato en Washington Square, pensando en qué tipo de charla comercial podría exhibir ante el director de aquel cuchitril de coches usados.

Empezó a caer una tenue lluvia. A aquella hora, las calles estaban ya desiertas. Se subió el cuello y echó a andar. Sus zapatos tenían rotos en las suelas, y cada vez que daba un paso sentía cómo el agua fría se le colaba entre los dedos de los pies. Bajo una lámpara de arco voltaico se quitó el sombrero de paja y lo miró. Se había reblandecido, y el ala estaba blanda e hinchada.

—Y ahora, santo cielo —se dijo—, ¿cómo voy a ir mañana por ahí a buscar trabajo?

Giró sobre sus talones y caminó calle arriba en dirección norte, hacia la casa de los Johnson. Arreciaba la lluvia. Llamó al timbre situado al pie de la tarjeta (PAUL JOHNSON—EVELINE HUTCHINS) y al cabo apareció Paul, en pijama y con aire soñoliento.

—Oiga, Paul, ¿puedo dormir en el sofá?

—Es bastante duro. Pase... No sé si tendremos sábanas limpias.

—No importa. Sólo es una noche... Me han desplumado en una partida de dados. Mañana me llega un poco de pasta. Pensé en dormir en un banco, pero empezó a caer a cántaros esa maldita lluvia. Debo hacer cosas mañana, así que tengo que mantener el traje en condiciones...

—Claro... Oiga, está empapado... Le dejaré un pijama y un albornoz. Será mejor que se quite esa ropa.

El sofá era un lecho seco y confortable. Paul volvió a su cama, y Charley se quedó allí tendido, enfundado en el albornoz de Paul y mirando al techo. A través de la alta ventana veía la lluvia parpadear frente a las farolas de la calle, y oía su continuo repiqueteo sobre la calzada. El niño se despertó y rompió a llorar; se encendió una luz en el otro cuarto. Oyó las adormiladas voces de Paul y de Eveline, y el ajetreo de ambos al ir y venir de un lado a otro. Luego el niño se calló y se apagó la luz. Se hizo la calma, se oyó de nuevo el batir de la lluvia. Y Charley se durmió.

Levantarse por la mañana y desayunar con ellos no le resultó nada agradable, como tampoco pedir a Paul veinticinco dólares prestados, aunque Charley sabía que en un par de días podría devolvérselos. Cuando Paul salió para la

oficina, se fue con él, sin prestar atención a las miradas jocosas que de soslayo le dirigía Eveline. «Jamás —se decía luego Charley—, volveré a meterme en un atolladero semejante.»

Lo primero que hizo fue entrar en una sastrería. Sentado detrás de una cortina, leyendo el American, esperó mientras le planchaban el traje. Luego se compró un sombrero de paja nuevo, fue a una barbería e hizo que le afeitasen, le cortasen el pelo, le dieran un masaje facial y le hicieran la manicura, y por último buscó un zapatero para que pusiera medias suelas a los zapatos y se los lustrara.

Era ya casi mediodía cuando se dirigía en el metro hacia el negocio de venta de automóviles de segunda mano, situado al norte, más allá de Columbus Circle, y cuyo director era amigo de Jim. Charló con él y se vio embarcado en un empleo como vendedor. Cuando el hombre le preguntó cómo les iban las cosas a los amigos allá en Mineápolis, Charley tuvo que inventar un buen puñado de mentiras. Luego, al anochecer, recogió la ropa de la lavandería china, desempeñó sus cosas y volvió a hospedarse en Chatterton House, donde ahora ocupó un cuarto empapelado en color castaño. Se obsequió con una buena cena y se acostó temprano, muerto de cansancio.

Días más tarde, recibió una carta de Joe Askew con los veinticinco dólares; le decía, además, que ya se levantaba y que pronto llegaría a Nueva York, para ponerse a trabajar. Entretanto, Charley sacaba ya algún dinero en comisiones, si bien ganaba o perdía hasta cien dólares por noche en una timba de póquer de la calle Sesenta y tres, a la que había sido invitado por un compañero de trabajo. Los jugadores eran, en su mayoría, vendedores de automóviles y publicitarios que gastaban con prodigalidad y que a menudo hacían que hubiera sobre la mesa grandes sumas de dinero. Charley envió a Paul por correo los veinticinco dólares que le debía, y cuando Eveline le llamaba por teléfono siempre decía que estaba terriblemente ocupado y que la llamaría pronto. El asunto se acabó; sí, señor. Abrió una cuenta de ahorro, y siempre que ganaba ingresaba en ella la mitad de las ganancias. Acostumbraba a llevar la cartilla en el bolsillo interior, de forma que al palparla siempre tenía la impresión de ser un joven sensato.

Rehuía a Eveline. Le resultaba engorroso desplazarse tan lejos para verla, y de todas formas ya no la necesitaba, pilen uno de los vendedores de la timba le había dado el teléfono de un apartamento, en una especie de hotel del lado oeste, donde cierta señora Darling le proporcionaría citas con mujeres jóvenes y complacientes siempre que se la avisara con la suficiente antelación el día deseado. Cada lance costaba veinticinco dólares, pero las chicas eran jóvenes y limpias y no existía ningún riesgo de secuelas. El hecho de poder conseguir ese dinero para malgastarlo de aquel modo le daba una cierta satisfacción, pero el dispendio suponía una merma de sus ganancias en el juego. Tras una sesión con uno de los números telefónicos de la señora Darling, al volver a su cuarto en Chatterton House se sentía triste y asqueado. Las chicas estaban bien, pero la cosa no resultaba tan placentera como con Eveline, o incluso con Emiscah. Pensaba en Doris y se repetía, maldita sea, que tenía que conseguirse su propia mujer.

Empezó a vender menos automóviles y a jugar más al póquer; transcurrían las semanas, y cuando recibió un telegrama de Joe comunicándole que llegaba a la ciudad al día siguiente, estaba a punto de que le despidieran del trabajo. Sabía, a decir verdad, que sólo el hecho de que el director fuera amigo de Jim había impedido hasta entonces que lo echaran. Atravesó una racha de perdidas y tuvo que sacar de la cartilla todos sus ahorros. C «liando fue a la estación a recibir a Joe, le dolía horriblemente la cabeza y en el bolsillo tenía tan sólo una moneda de diez centavos, pues la noche anterior lo habían desplumado.

Joe, aunque más delgado y con el bigote más largo, tenía el mismo aspecto de siempre.

—Bien, ¿cómo va todo? —inquirió.

Charley cogió una de las maletas de Joe mientras caminaban por el andén.

—Estoy agobiado. Todo son problemas.

—Lo supongo. Oye, te veo desmejorado, Charley. Espero que estés dispuesto a ponerte a trabajar.

—Claro que sí. Todo consiste en dar con el jefe adecuado... Además, ¿no he estado asistiendo a las clases nocturnas día tras día?

—Apuesto a que sí.

—¿Cómo estás tú ahora, Joe?

—Estoy perfectamente. Un poco más y me tienen que internar en un manicomio. Qué verano más infame he pasado... Y tú, ¿qué has estado haciendo, grandísimo gandul?

—Bueno, he estado reuniendo información sobre la teoría de la escalera de color. Y sobre las mujeres... ¿Que si he aprendido algo acerca de ellas? A propósito, ¿cómo están tu mujer y los niños?

—Muy bien... Ya los conocerás. Voy a alquilar un apartamento aquí para el invierno... Bueno, chico, se trata de ponernos inmediatamente manos a la obra. Vamos a entrar en el asunto con Andy Merritt... Lo conocerás este mediodía. ¿Dónde puedo encontrar una habitación?

—Yo estoy en esa especie de loada Asociación Cristiana de Jóvenes que hay en la calle Treinta y ocho.

—Muy bien.

Una vez dentro del taxi, Joe le dio unas palmaditas en la rodilla, se inclinó sobre él y preguntó con sonrisa socarrona:

—¿Cuándo piensas que podrás empezar con la fabricación?

—Mañana por la mañana, a las ocho en punto. El viejo Bigelow acaba de quebrar en Long Island City. He visto su taller. No costará demasiado ponerlo en condiciones.

—Iremos allá esta tarde. Podríamos ofrecerle un puñado de acciones.

Charley negó con la cabeza.

—Esas acciones van a valer mucho dinero, Joe... Dale dinero contante y sonante, o pagarés o lo que sea. Además, es un imbécil. La última vez que estuve allí fue para pedir trabajo de mecánico... Dios, espero que la mala racha

haya pasado... Mi problema, Joe, es que quiero casarme, y para casarme como yo quiero me hace falta *beaucoup* de pasta... Lo creas o no, estoy enamorado.

—Sí, de todas y cada una de las coristas del Follies, supongo... Esa sí que es buena... ¡Tú queriéndote casar!

Se echó a reír a mandíbula batiente.

Joe subió a su cuarto a asearse mientras Charley iba al *drugstore* de la esquina a comprar un bromo seltzer.

Almorzaron con Merritt, un joven de cara gris y mandíbula cuadrada, en el Yale Club. A Charley le seguía doliendo mucho la cabeza, e intuyó confusamente que no estaba causando una impresión muy estimulante. Mantuvo la boca cerrada y dejó que hablara Joe. Joe y Merritt mencionaron Washington y el Ministerio de la Guerra, el Ministerio de Marina y cifras que hicieron que Charley sintiera la tentación de pellizcarse para comprobar que estaba despierto.

Después de comer, Merritt les llevó a Long Island City en un Pierce Arrow descapotable, y una vez en la fábrica, mientras caminaban por las largas naves mirando tornos, motores eléctricos, estampadoras y máquinas para hacer matrices, Charley empezó a sentirse más en su terreno. Sacó una hoja de papel y empezó a tomar notas. En cuanto vio que aquello parecía complacer a Merritt, se dedicó a confeccionar notas con fervor. Luego Joe se puso también a tomar notas, y cuando el propio Merritt sacó una libreta y empezó también él a tomar apuntes, Charley supo que había dado en el clavo.

Cenaron y pasaron la velada con Merritt. La situación resultó harto embarazosa, pues Merritt era uno de esos tipos capaces de catalogar a un hombre al primer golpe de vista, y en aquella ocasión estaba empeñado en catalogar a Charley. Cenaron en un clandestino y caro local francés, y luego permanecieron largo rato sentados, bebiendo coñac con soda. Merritt era magnífico confeccionando listas de ejecutivos y salarios, y usando palabras como capitalización, depreciación y amortización; listas con sus correspondientes cifras de muchos ceros. Todo parecía indicar, en resumidas cuentas, que Charley Anderson iba a ganar doscientos cincuenta dólares a la

semana (pagaderas en acciones preferentes) a partir de la semana siguiente, en calidad de ingeniero supervisor, y que la cuestión del porcentaje de capital social que él y Joe recibirían por sus patentes se decidiría en la reunión del consejo de administración que iba a tener lugar el día siguiente. Charley sentía la parte superior de su cabeza como sumida en una nebulosa. Tenía la boca pastosa a causa del coñac. Todo lo que se le ocurría decir y no cesaba de repetir era: «Chicos, no debemos precipitarnos».

Cuando consiguieron al fin que Merritt volviera en su Pierce Arrow al Yale Club, respiraron profundamente.

—Oye, Joe, ¿el pájaro este es un mago de las finanzas o un chiflado? Habla como si los billetes crecieran en los árboles.

—El hace que crezcan. De verdad... —Joe Askew le cogió del brazo y su voz se hizo un murmullo—. Ese pájaro va a convertirse en el Durant de las finanzas aeronáuticas.

—Pues no parece distinguir entre un motor Liberty y la popa de un dirigible.

—Conoce al secretario del Interior, lo cual es infinitamente más importante.

Charley se echó a reír a carcajadas; parecía que no iba a parar nunca. Se pasó todo el camino de vuelta a Chatterton House tropezándose con la gente que pasaba por la calle. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Reía y reía. Pasaron por recepción a recoger la correspondencia y, al ver la cara larga y pálida del empleado, Charley le dio un codazo a Joe.

—Bien —dijo—. Esta es nuestra última noche en esta funeraria.

Los pasillos que daban a los cuartos olían a gastadas zapatillas de tenis y a duchas y a vestuarios. Charley se echó de nuevo a reír. Sentado en la cama, se pasó un buen rato riéndose a solas. «Bueno, esto ya está mejor. Mejor aún que París.» Cuando Joe se hubo ido a la cama, Charley asomó la cabeza por la puerta de su cuarto y, todavía entre risitas, le gritó:

—¡Pellízcame, Joe! Soy un hombre afortunado.

A la mañana siguiente fueron a desayunar al Belmont. Luego Joe le dijo a Charley que fuera a Knoxs y se comprara un sombrero hongo antes de bajar al centro. El pelo de Charley resultaba demasiado tieso para que el sombrero hongo le sentara bien, pero la cinta interior tenía una cara fragancia de cuero inglés. De camino hacia el centro, en el metro, se quitaba el sombrero para olerlo una y otra vez.

—Oye, Joe, cuando cobre mi primera paga quiero que me lleves a una sastrería buena para encargarme un vestuario completo... A esa chica le gusta la gente que viste bien.

—Si de mí depende —gruñó Joe—, no te vas a quitar el mono de trabajo ni de día ni de noche en seis meses. Tendremos que vivir en la fábrica si queremos que la producción resulte un poco decente. No te engañes al respecto.

—Por supuesto, Joe, por supuesto. Sólo estaba bromeando.

Se habían citado en el despacho de un abogado llamado Lilienthal. Desde el preciso instante en que dieron sus nombres a la elegantemente engalanada rubia de la recepción, Charley pudo captar en el aire la emocionante sensación de una transacción en ciernes. La rubia sonrió y se inclinó sobre el auricular:

—Oh, sí, por supuesto... El señor Anderson y el señor Askew.

El botones del bufete, un chico delgaducho, les hizo pasar al instante a la biblioteca, una habitación larga y oscura, llena de libros de reyes encuadernados en piel de becerro. Antes de que tuvieran tiempo de sentarse apareció el señor Lilienthal en persona por una puerta de cristal esmerilado. Era un hombre ovalado, de tez oscura, cuello muy corto y aire desenvuelto.

—Bien, aquí tenemos a nuestra puntual pareja de ases.

Cuando Joe le presentó a Charley, el abogado le estrechó la mano y la mantuvo unos instantes en la suya, menuda y de palma suave y gruesa.

—Andy Merritt me acaba de alabar sus cualidades, joven; dice que es usted el futuro representante de la empresa.

—Y yo le estaba diciendo que no le dejaría salir de la fábrica en seis meses. El es el tipo que conoce los motores.

—Bueno, tal vez Merritt se refería a ese tipo de representación: la de ustedes los aviadores —dijo el señor Lilienthal, alzando una de sus cejas negras y delgadas.

El abogado les hizo pasar a un gran despacho en cuyo centro había un escritorio de caoba, grande y vacío, y una alfombra china azul. Ante ellos se hallaban Merritt y otros dos hombres; y el trío, de pie en medio del ondulante humo azul de los cigarrillos, con sus trajes oscuros de corte impecable, de espaldas a la luz grisácea que entraba por la ventana, le pareció a Charley un anuncio publicitario de Kuppenheimer. George Hollis era un joven pálido, peinado con raya en medio; el otro, un abogado irlandés larguirucho y de cara morena, se llamaba Burke y —según explicó Joe Askew, de quien era un viejo amigo— se encargaría de tramitar sus patentes en Washington. Todos ellos parecían pensar que Charley era un gran tipo, pero Charley se decía a sí mismo una y otra vez que debía mantener la boca cerrada y dejar que hablara Joe.

Permanecieron toda la mañana sentados en torno al escritorio de caoba del abogado, fumando cigarrillos y cigarros, y emborronando enormes cantidades de papel borrador amarillo, hasta que los cigarrillos Lucky le supieron a Charley amargos y el escritorio llegó a parecer el suelo sucio de una jaula de pájaros. El señor Lilienthal llamaba constantemente a su taquígrafa, una chica de semblante ratonil con grandes ojos grises, para que tomara notas, y luego la volvía a mandar fuera. El teléfono zumbaba de cuando en cuando, e invariablemente contestaba el abogado con su desganada voz:

—Mi querida señorita, ¿no se le ha pasado a usted por la cabeza que podía estar reunido?

La empresa iba a llamarse «Askew—Merritt Company». Se habló largo y tendido acerca del estado en donde se constituiría la sociedad y del modo en que se venderían, cotizarían y dividirían las acciones. Cuando se levantaron para el almuerzo eran ya las dos, y a Charley le daba vueltas la cabeza. Algunos de ellos, cuando se dirigían al ascensor, entraron en el servicio, y Charley se las arregló para entrar con Joe en el urinario y susurrarle:

—Oye, Joe, por el amor de Dios, ¿les estamos estafando nosotros o son ellos los que nos estafan?

Joe guardó silencio. Todo lo que hizo fue torcer el gesto y encogerse de hombros.

Noticiario L

No echéis toda la culpa a Broadway

salvo contadas excepciones, la gestión de nuestro gobierno ha estado y está en manos honradas y competentes: las finanzas son sólidas y están bien administradas, los intereses económicos de la nación —incluidos patronos, ejecutivos y empleados— responden a motivaciones honrosas y patrióticas, y la situación económica actual garantiza el mantenimiento de la confianza y la prosperidad

Podéis culparos a vosotros mismos

No infaméis el buen nombre del viejo y querido Broadway

EL GRAN JURADO INTERROGARÁ A LOS JUGADORES

DE BÉISBOL

NUEVO SISTEMA DE LUBRICACIÓN QUE ASEGURA

EL ENGRASE CONSTANTE Y EFICAZ DE TODAS

LAS SUPERFICIES DE RODAMIENTO

En el fondo del corazón siento nostalgia

De aquella vieja pandilla que el tiempo ha dispersado

los astilleros Dooling Shipbuilding Corporation no han pagado ni han convenido pagar, ni pagarán directa o indirectamente, ninguna suma en concepto de soborno a empleado o representante alguno de la Junta Marítima de EE.UU., de la Emergency Fleet Corporation o de cualquier otro organismo gubernamental

EL MILLONARIO ASESINADO ESTABA ENTERRADO

EN LA BODEGA

No puedo olvidar aquel viejo cuarteto

Que cantaba Adeline la Dulce

Adiós para siempre viejos amigos y amigas

Adiós para siempre viejos novios y camaradas

LAS NUEVAS VELOCIDADES

NO SÓLO PROPORCIONAN MAYOR POTENCIA Y DURACIÓN

SINO TAMBIÉN MAYOR SUAVIDAD

EL NUEVO EMBRAGUE ES UNA PROEZA DE LA INGENIERÍA:

INCREMENTA MARAVILLOSAMENTE

LA EFICACIA DE TRANSMISIÓN, LO QUE HACE

MÁS FÁCIL Y SILENCIOSO EL CAMBIO DE VELOCIDADES

LOS NUEVOS FAROS DE HAZ, PERFECCIONADOS

Y MÁS GRANDES, PROPORCIONAN A LOS VEHÍCULOS

LA MÁS PERFECTA ILUMINACIÓN JAMÁS CONOCIDA

GARY CALIFICA DE ROMÁNTICOS A LOS RESPONSABLES

DE LA JORNADA DE OCHO HORAS

los precios de los productos envasados fueron fruto de leyes puramente económicas. Las cifras oficiales demuestran que si los precios del trigo han de responder a la ley de la oferta y la demanda

BRUSCA RESTRICCIÓN EN LA PRODUCCIÓN

DE HIERRO EN LINGOTES

Y si acaso vas a cenar con una pequeña desconocida Las luces rojas deberían servirte de advertencia ante el peligro No eches toda la culpa a Broadway.

El trago amargo

Veblen,

un hombre de cara gris y paso vacilante, apoyado en su escritorio con la mano en la mejilla, lleno de resentimiento, que masculla en voz baja y sarcástica intrincadas frases, largando sutilmente la soga lógica e ineludible de lo evidente a una sociedad para que con ella se ahorque,

diseccionando el siglo con escalpelo tan afilado, tan cómico y preciso que sólo rara vez es detectado por profesores y estudiantes, que nunca será detectado por los magnates ni los respetados charlatanes ni los aplaudidos altavoces.

Veblen

hacía demasiadas preguntas, padecía una incapacidad congénita para decir sí.

Sócrates hacía preguntas, apuró el trago amargo una noche, cuando cantó el primer gallo,

pero Veblen

lo bebió a pequeños sorbos a lo largo de una larga vida, en el aire cargado de las aulas, en el polvo de las bibliotecas, en el ámbito viciado de apartamentos baratos, tal y como corresponde a los profesores auxiliares pobres. Luchó como debía contra el diablo, contra la pedantería, la rutina, los burócratas contemporizadores, los fideicomisarios, los rectores de universidad, los obesos lacayos de los potentados... Los buenos empleos, para los sí, señor; siempre a falta de dinero, toda esperanza de expandirse frustrada... Veblen bebió como es debido el trago amargo

Los Veblen eran una familia de granjeros propietarios de sus tierras.

Los campesinos propietarios de sus tierras en los angostos valles de Noruega eran gentes obstinadas y trabajadoras; agricultores, lecheros y pescadores enraizados en los campos pedregosos de sus mayores, en las viejas granjas arboladas con sus casas con gabletes tallados, de donde tomaban el nombre familiar, y en los altos pastos donde apacentaban en verano su ganado.

A principios del siglo XIX las ciudades crecieron. Noruega se llenó de hombres sin tierra, de tenderos, jefes de policía, prestamistas, alguaciles, notarios de cuello duro con carteras repletas de ejecuciones de hipotecas bajo el brazo.

Empezaba a introducirse la naciente industria. Los hombres de ciudad empezaron a extraer beneficios del campo, y a despojar a los granjeros, con artimañas, de sus pequeñas propiedades.

Los pusilánimes se sometieron y se convirtieron en colonos y jornaleros, pero los más fuertes se marcharon del país tal como sus mayores se marcharon del país siglos atrás, cuando Harald el Rubio y san Olaf cercenaron la libertad de los hombres del Norte —hasta entonces dueños cada cual de su propio arroyo— para hacerlos cristianos y convertirlos en siervos: sólo que en los viejos tiempos los hombres del Norte habían zarpado hacia el Oeste: Islandia, Groenlandia, Vineland. Ahora lo hacían rumbo a América.

La gente del padre de Thorstein Veblen y la gente de su madre habían perdido ambas sus granjas, y con ellas los nombres que los acreditaban como hombres libres.

Durante un tiempo, Thomas Anderson había intentado ganarse la vida como carpintero y ebanista ambulante, pero en 1847, él y su esposa, Kari Thorsteirisdatter, embarcaron en un ballenero en Bromen y cruzaron el Atlántico para reunirse con los amigos de las colonias escandinavas de los alrededores de Milwaukee.

Un año después, se unió a ellos su hermano Haldor.

Eran trabajadores infatigables. En un año ahorraron el dinero suficiente para adquirir el derecho preferente sobre una concesión de sesenta y cinco hectáreas de tierra virgen en Sheboygan County, Wisconsin. Tan pronto como desbrozaron la tierra, la vendieron y se trasladaron a una colonia exclusivamente noruega en Manitowoc County, próxima a Cato.

Era un lugar llamado Valders, en memoria del valle de donde todos ellos provenían.

Allí, en la casa que Thomas Anderson construyera con sus propias herramientas, nació Thorstein Veblen, el sexto de doce hijos.

Cuando Thorstein tenía ocho años, Thomas Anderson se desplazó de nuevo hacia el Oeste, a las praderas de tierra negra de Minnesota, de donde tan sólo unos años atrás habían sido expulsados los sioux y los búfalos. Y Thomas Anderson, en las escrituras de la nueva granja, volvió a tomar el nombre de la de sus mayores en Noruega: Veblen.

Era un granjero concienzudo; constructor, hábil carpintero, fue el primer hombre que importó ovejas merinas y una segadora agavilladora mecánica. Gozaba de alta estima en aquel grupo de noruegos, granjeros que cultivaban los márgenes de las praderas, que conservaba sus dialectos, la forma de vida de los angostos valles de Noruega, sus pastores luteranos, sus ropas y pan y queso de fabricación casera, su recelo y obstinada antipatía para con los hábitos urbanos.

Las gentes de la ciudad eran, en su mayoría, yanquis, gentes lo suficientemente sagaces como para recolectar dos dólares allí donde antes recolectaron uno: tenderos, intermediarios, especuladores, prestamistas, gente con mente avispada para el politiqueo y las hipotecas, que despreciaba a los agricultores escandinavos a cuya costa vivían y cuyas hijas trabajaban de criadas para sus esposas.

Las gentes noruegas creían, como sus mayores, que para el hombre honrado sólo existían dos caminos: la agricultura o la predicación.

Thorstein creció y llegó a ser un muchacho corpulento, con fama de indolente y de despierto. Aborrecía el tedioso y agotador trabajo cotidiano de la granja. Se sentía feliz leyendo. Le gustaba también la carpintería y el manejo de la maquinaria agrícola. Los pastores luteranos que les visitaban advertían que su mente dúctil se desenvolvía airosamente por los vericuetos de su teología. Sólo a duras penas podía lograrse que trabajara en el campo; tenía una lengua viperina y se hicieron célebres los divertidos nombres con que apodaba a la gente. Su padre, pues, decidió hacer de él un predicador.

A los diecisiete años fueron a buscarlo al campo donde estaba trabajando. Ya habían hecho su equipaje; los caballos estaban enganchados. Lo enviaban a la Carleton Academy, en Northfield, en donde había de prepararse para entrar en el Carleton College y cursar los estudios universitarios.

Como fueran varios los Veblen que allí estudiaban, su padre les construyó una casa en una parcela cercana al campus. Les enviaban la comida y la ropa de la granja. Nunca vieron dinero en efectivo.

Thorstein hablaba inglés con acento. Padecía una incapacidad congénita para decir «sí». Su mente se había formado en las sagas nórdicas y en el sentido práctico y agrícola paterno y en las necesidades precisas de la carpintería y de las máquinas trilladoras.

Jamás pudo interesarse demasiado por la teología, la sociología o la economía impartidas en Carleton College, pues allí la gente se hallaba demasiado ocupada en limar la rigidez dogmática de los viejos comerciantes de Nueva Inglaterra, educados en la Biblia, a fin de elaborar patronos más actualizados que pudieran adornar los muros de las oficinas de los comisionistas.

Los estudios universitarios de Veblen fueron contemporáneos a los años en que las teorías de Darwin acerca del origen y la evolución daban al traste con los moldes del viejo mundo del Arca de Noé,

en que las heroínas de Ibsen desgarraban los cortinajes de los salones Victorianos

y la poderosa máquina de Marx aderezaba la propia lógica de las contadurías para acabar con las contadurías.

Cuando Veblen volvió a casa, le habló a su padre de todas estas cosas; lo seguía de un lado a otro mientras araba, empezaba otro argumento mientras esperaban una nueva carga de trigo para la trilladora. Thomas Anderson había visto Noruega y había visto América; tenía la mente estrecha y testaruda del constructor y del carpintero, el conocimiento de sus herramientas y el saber empírico, atesorado día tras día, del granjero concienzudo:

una piedra de afilar demasiado dura para el fino acero de la inteligencia de su hijo.

En Carleton College el joven Veblen era considerado un excéntrico brillante y chiflado. Nadie podía entender cómo un muchacho con tales conocimientos no se aprestaba a la tarea del momento, que consistía en apuntalar la propiedad y el beneficio con todo lo aprovechable que pudiera hallarse entre los despojos de la ética cristiana y las teorías económicas del siglo XVIII que plagaban las mentes de los profesores del College, y en reforzar el sagrado

edificio, ya tambaleante, con el entramado científico que Herbert Spencer estaba levantando en beneficio de los patronos.

La gente se quejaba de que nunca sabía si Veblen hablaba en serio o en broma.

En 1880, Veblen realizó algunos intentos de ganarse la vida en la docencia. Un año en un instituto superior de Madison, Wisconsin, no podía, sin embargo, considerarse un éxito. Al año siguiente, él y su hermano Andrew se matricularon en la Universidad de Johns Hopkins. Johns Hopkins no le satisfizo, pero la convivencia con ciertas damas arruinadas de la vieja casa de Baltimore donde se hospedaba le proporcionó una visión desdeñosa del viejo ceremonial, apolillado ya pero directamente transmitido, a través del ocio suntuoso de las mansiones de los plantadores propietarios de esclavos, desde la alegre Inglaterra de los caballeros terratenientes.

(Los granjeros de los valles siempre habían despreciado los modales de los extranjeros.)

Se encontró más a sus anchas en Yale, donde en la persona de Noah Porter halló una cabeza redonda de granito de Nueva Inglaterra en clara disonancia con su propia cabeza de granito de Noruega. Allí se doctoró en Filosofía. Existía, sin embargo, la duda de hacia qué parcela del mundo académico debía orientar sus aptitudes para ganarse la vida.

Leyó a Kant y escribió varios ensayos laureados, pero no lograba encontrar un empleo. No conseguía, por mucho que lo intentara, que su boca modulara el «sí» esencial.

Volvió a Minnesota con cierto conocimiento de las formalidades de la enseñanza superior, con las que no transigía. A su ligero acento noruego había incorporado la a abierta.

Vagaba por la granja y se entretenía inventando nueva máquinas y leyendo y charlando de teología y filosofía con su padre. En las colonias escandinavas iban decayendo a un tiempo el precio del trigo y la fe en Dios y en san Olaf. Los granjeros del Noroeste comenzaban su larga y dura batalla contra los negociantes parásitos que les estaban esquilmando. Había una hipoteca sobre

la granja, intereses de deudas que pagar, el eterno fertilizante, la compra de nueva maquinaria que aceleraría la producción y extraería en medio siglo la riqueza de un suelo conformado por un millón de años de pasto de búfalos. Sus hermanos protestaban a causa de aquel sardónico holgazán que no se ganaba su sustento.

Volvió a encontrar allí a Ellen Rolfe, su novia en Carleton College. Ellen era sobrina del rector y en su familia había magnates del ferrocarril y mucho dinero. La gente de Northfield se llevó una gran sorpresa cuando se supo que la chica iba a casarse con aquel noruego inútil de habla cansina, quisquilloso, pedante y mal vestido.

La familia de Ellen maquinó un plan para emplearlo como economista en el Ferrocarril de Santa Fe, pero el tío de la chica perdió el control de la empresa en el momento más inoportuno. La joven pareja se trasladó a Stacyville, donde hizo de todo menos ganarse la vida. Estudiaron latín y griego y herborizaron en los bosques y junto a los cercados, y en la maleza de los bordes de las carreteras. Se paseaban en barca por el río y Veblen empezó a traducir la *Laxdaela saga** Leyeron *Looking Backward** y los artículos de Henry George. Miraban a su mundo desde fuera.

[* *Laxdaela saga*: Saga de los hombres de Laxardal (siglo XIII). (N. del T.)]

[* *Looking Badward*. Obra utópica de Edward Bellamy, traducida al castellano como el año 2000 (N. del T.)]

En 1891 Veblen reunió algún dinero y se trasladó a Cornell, donde se matriculó en un curso para licenciados. Se presentó en el despacho del director del departamento de economía con un gorro de piel de mapache y unos pantalones de pana grises, y con su voz baja, cansina y sarcástica dijo:

—Soy Thorstein Veblen.

Pero no fue sino años más tarde, después de asentarse como docente en la nueva Universidad de Chicago, que había prosperado al amparo de la Feria

Mundial, y de publicar Teoría de la clase ociosa —que saltó al primer plano de la actualidad gracias a la famosa crítica de Howells—, cuando el mundo intelectual supo quién era Thorstein Veblen.

Incluso en Chicago, reconocido ya como un brillante y joven economista, siguió viviendo a la manera de los viejos pioneros. (Los granjeros de los valles habían despreciado siempre los modales de los extranjeros.) Guardaba los libros en cajas de embalaje alineadas contra las paredes. Su único dispendio consistía en fumar cigarrillos rusos y en lucir ocasionalmente un fajín rojo. Era un hombre que no conocía la charla frívola. En las clases, apoyaba la mejilla en una mano y mascullaba sus largas frases en espiral, reiterativas como *eddas**. Su hablar era una mezcla de términos mecánicos, de latinismos científicos, de jerga popular y del diccionario *Thesaurus* de Roget. Sus colegas de la universidad no podían entender por qué las chicas se prendaban tanto de él.

[* *Edda*: Composición poética de la antigua literatura escandinava. (N. del T.)]

Se prendaban de él de tal manera que Ellen Rolfe pensó repetidas veces en dejarle. Veblen solía viajar en verano al extranjero sin su esposa, y en cierto transatlántico hubo un escándalo en torno a Veblen y una chica.

Corrieron las habladurías a tal punto (Veblen era un hombre que jamás explicaba, que era incapaz de que su lengua modulara el «sí» esencial... Los granjeros de los valles habían despreciado siempre los modales de los extranjeros. Y sus opiniones) que Ellen Rolfe le dejó y se fue a vivir sola en una concesión maderera en Idaho. Y el rector de Chicago pidió a Veblen que dimitiera.

Veblen viajó a Idaho en busca de su esposa, a quien pidió que le acompañara a California, donde logró un puesto mejor pagado en la Universidad de Leland Stanford. Pero en Palo Alto se repitió la misma historia de Chicago. Veblen padecía de afición por las mujeres y de incapacidad congénita para decir «sí» y de una antinatural tendencia a sentir con la clase obrera y no con los acumuladores de beneficios. Volvieron a darse las mismas quejas: sus cursos no eran nada constructivos, ni atraían jugosos legados para los fondos de la universidad, ni ayudaban a los alumnos a ganarse bien el pan en el futuro, ni se interesaba por calificaciones y cuadros de honor, ni adulaban a las jerarquías

del vergel académico. Su esposa lo dejó definitivamente. Veblen escribió a un amigo: «El rector desaprueba mis asuntos domésticos; yo también».

En cierta ocasión, hablando acerca de ello, dijo: «¿Qué puede uno hacer si una mujer entra en su vida?».

Veblen volvió a la cabaña de los bosques de Idaho.

Sus amigos intentaron conseguirle un nombramiento que le permitiera realizar estudios en Creta, una cátedra en la Universidad de Pekín... Pero era siempre lo mismo; el diablo, la rutina, los lacayos de los hombres de negocios en todos los despachos universitarios... Para aquel que interroga, el trago amargo.

Su amigo Davenport le consiguió un puesto en la Universidad de Misuri. En Columbia vivió como un eremita en el sótano de la casa de los Davenport, ayudando en las tareas de la casa, e incluso llegó a hacerse una mesa y unas sillas. A la sazón era ya un hombre de edad, desabrido, de cara gris surcada por una urdimbre de finas arrugas, barba a lo Van Dyke y dientes amarillos. Pocos estudiantes eran capaces de seguir sus clases. Las autoridades académicas experimentaban sorpresa y cierta contrariedad cuando los europeos que visitaban la Universidad siempre era a Veblen a quien querían conocer.

Fue en aquellos años cuando escribió la mayor parte de su obra. Ponía a prueba sus ideas contrastándolas con sus alumnos; escribía por la noche, lentamente, con tinta violeta y una pluma que se había fabricado él mismo. Siempre que daba a la imprenta un libro, los editores le exigían un fiador. En Teoría de la empresa económica, *El instinto de producción y Los intereses privados y el hombre común*

trazó el diagrama de una sociedad dominada por el capital monopolista, perfiló irónicamente

el sabotaje de la producción por el negocio,

el sabotaje de la vida por la ciega necesidad del beneficio,

y planteó la existencia de dos alternativas: una sociedad de guerra estrangulada por las burocracias de los monopolios que, forzados por la ley de

la productividad decreciente, oprimen más y más al hombre común en busca del beneficio,

o una nueva sociedad basada en la praxis y el sentido común, orientada hacia las necesidades de los hombres y mujeres que realizan el trabajo; basada en las increíblemente vastas posibilidades de paz, muchas de ellas brindadas por los progresos de la tecnología.

Eran los años de los discursos de Debs,* del desarrollo de los sindicatos obreros, de la IWW** y de su postulación de una democracia industrial, Veblen, entonces, se aferraba aún a la esperanza en la expropiación de la máquina productiva por la clase obrera, antes de que los monopolios sumieran en la oscuridad a las naciones de Occidente.

[* Eugene Debs, socialista y sindicalista norteamericano (N. del T.)]

[** IWW, Industrial Workers of the World (Obreros Industriales del Mundo), sindicato de carácter anarquista. (N. del T.)]

Pero la guerra dio al traste con todo ello, pues al amparo de las inflamadas frases patrióticas del presidente Woodrow Wilson, los monopolios cerraron filas y tomaron enérgicas medidas. La democracia norteamericana fue aplastada.

La guerra, cuando menos, brindó a Veblen la oportunidad de evadirse del invernadero viciado de la vida académica. Le ofrecieron un puesto en la Food Administration* y envió al Ministerio de Marina un dispositivo cazasubmarinos basado en el arrastre de largos y resistentes alambres bajo el agua. (Entretanto, el gobierno consideraba sus libros algo confusos. Mientras en Correos se prohibía la circulación de La Alemania imperial y la Revolución Industrial, las agencias de propaganda la enviaban a los particulares para que aprendieran a odiar a los hunos. Los educadores denunciaban La naturaleza de la paz, mientras los expertos de Washington recortaban frases de la obra para hacer más densa la cortina de humo wilsoniana.)

[Food Administration: Organismo gubernamental norteamericano de control alimentario. (N del T.]

Thorstein Veblen escribió dos informes para la Food Administration: en el primero aconsejaba acceder a las demandas de la I.WW como medida de guerra, e ir a la conciliación con la clase obrera, en lugar de apalear y encarcelar a los líderes obreros honestos; en el segundo señalaba que la Food Administration era un sucio tinglado de los hombres de negocios, y que en nada contribuía a la óptima eficiencia organizativa del país como máquina productiva. Sugería que, para una prosecución debidamente efectiva ele la guerra, el gobierno debía ocupar el lugar del intermediario y subvenir a las necesidades de los agricultores directamente y a cambio de las materias primas.

Pero la supresión de los negocios no era en modo alguno la idea que la Administración tenía de la salvaguardia mundial de la democracia, y consecuentemente Veblen hubo de dimitir de su puesto en la Food Administration.

Cuando el proceso contra los ciento un militantes de la IWW en Chicago, Veblen firmó los escritos de protesta.

Tras el armisticio se trasladó a Nueva York. Pese a la opresión de los años de guerra, la atmósfera allí volvía poco a poco a hacerse respirable. En Rusia había estallado la gran tormenta de la revolución, que parecía extenderse hacia el Occidente. Las gentes, embotadas por la guerra, empezaron de nuevo a abrir los ojos gracias a las fuertes ráfagas que llegaban del nuevo mundo del Este. En Versalles, aliados y enemigos, magnates, generales y políticos serviles cerraban a cal y canto las compuertas ante la tormenta, ante lo nuevo, ante la esperanza. En el curso de un instante se hizo claro, súbitamente, bajo el fulgor tempestuoso del momento, lo que era la guerra y lo que era la paz.

En América, en Europa, ganaron los viejos. Los banqueros, en sus despachos, respiraron aliviados; las viejas damas cargadas de diamantes volvieron a

recortar sus cupones de valores en la refinada quietud de las bóvedas acorazadas de los bancos;

las últimas bocanadas de ozono de la rebelión se agriaron en las discusiones en voz baja de las tabernas clandestinas.

Veblen escribió para el *Dial*,

dio conferencias en el New School for Social Research.

Albergaba aún la esperanza de que los ingenieros, los técnicos, las personas ajenas al beneficio cuyas manos tuvieran bajo su control los paneles de mandos, reanudaran la batalla donde la clase obrera había fracasado. Participó en la formación de la Alianza Técnica. Su última esperanza fue la huelga general inglesa.

¿No existía ningún grupo con audacia suficiente para tomar a su cargo la máquina magnífica, antes de que los especuladores de ojos de puerco y los «sí, señor» de los escritorios la destrozaran irreversiblemente,

y con ella las esperanzas de cuatrocientos años?

Nadie acudía a escuchar a Veblen en la New School. La tirada del Dial disminuía con cada nuevo artículo suyo.

Con la vuelta a la normalidad del presidente Harding comenzaba una nueva era.

Hasta Veblen hizo alguna pequeña operación afortunada en la Bolsa.

Era un hombre viejo y solo.

Su segunda esposa, aquejada de manía persecutoria, estaba internada en un sanatorio.

No había lugar, al parecer, para un hombre sin dueño.

Veblen volvió a Palo Alto,

a vivir en su cabaña de las colinas rojizas, a observar desde fuera cómo las últimas ansias de apropiación del sistema fundado en el beneficio asumían —según sus palabras— las alucinaciones sistematizadas de la demencia precoz.

Allí concluyó la traducción de la *Laxdaela saga*.

Era un hombre viejo. Estaba muy solo. Dejaba que las ratas de los bosques saquearan a su gusto la despensa. Una mofeta de los alrededores llegó a tal grado de docilidad que se restregaba contra su pierna como un gato.

Contó a un amigo que a veces, en la quietud del entorno, oía las voces de su niñez hablando en noruego, tan claras como en la granja de entonces, en Minnesota. Nunca fue tan difícil, según sus amigos, hablar con él; nunca fue tan difícil que se interesase por algo. Estaba ya en la pendiente. Eran los últimos sorbos del trago amargo.

Murió el 3 de agosto de 1929.

Entre sus papeles, escrita a lápiz, se encontró una nota:

> Es asimismo mi deseo, cuando me llegue la muerte, que si puede hacerse de forma conveniente mi cuerpo sea incinerado, con el menor gasto y tan expeditivamente como sea posible, sin ritual ni ceremonia de ningún tipo; que mis cenizas, libres, sean arrojadas al mar o a algún gran río que vaya a dar al mar; que ningún sepulcro, losa, epitafio, efigie, lápida, inscripción o monumento sea erigido en mi memoria o nombre en lugar o tiempo alguno; que ninguna necrológica, conmemoración, retrato o biografía de mi persona, ni las cartas que me dirigieron o que escribí, sean impresas o publicadas, o reproducidas o multiplicadas o divulgadas.

Pero su memoria permanece

engastada en el lenguaje,

prisma acerado y claro de su mente.

Noticiario LI

La luz del sol se apartó de nuestro valle

SE NECESITAN AYUDANTES:

POSIBILIDADES DE PROMOCIÓN

puestos que ofrecen a chicas y mujeres jóvenes despiertas, meticulosas, con experiencia y buenos informes... magníficas posibilidades de promoción

Desde el día en que

Sally se marchó

CHICAS CHICAS CHICAS

escrutador de votos... porteros... cajeros... doncellas... camareras... asistentas... archiveros... damas de compañía... operadores de calculadora... corresponsales recaudadores... cocineros... operadores de dictáfono... damas... operadores de multicopista... operadores de Elliott Fisher... engomadores... agentes compradores de guantes... institutrices... peluqueros... modelos... buena oportunidad para jóvenes damas distinguidas... mujeres jóvenes e inteligentes

Fui al hospital de St. James

Y vi a mi niña

Tendida sobre una mesa

Tan pálida, tan fría, tan bella

Que subí a ver al doctor

TENEMOS CIENTOS DE COLOCACIONES

estamos ansiosos de brindar empleos, ofrecemos buenos salarios, comisiones, primas, gratificaciones, oportunidades de negocio, preparación, promoción, oportunidades de educación, servicio de hospital... aseos y comedor donde el almuerzo es excelente y a precio menor que el de coste

Dejadla ir, dejadla ir, Dios la bendiga

Dondequiera que esté

Y aunque recorra el mundo entero

Jamás encontrará quien la ame como yo

MARY FRENCH

El pobre papá nunca conseguía irse a la cania nada más cenar como a él le gustaba, con la lámpara de lectura sobre el hombro izquierdo y las gafas puestas y un papel en la mano y un buen cigarro puro en la boca, sin que sonara el teléfono o tocaran a la puerta de atrás y mamá mandara a abrir a la pequeña Mary, y que la niña se encontrara con un minero allí de pie, con la cara blanca y las cejas y las pestañas muy negras por el polvo de carbón, diciendo: «El doctor French, por favor... Que venga rápido». Y el pobre papá se levantaba de la cama bostezando, en pijama y bata, se apartaba el desordenado pelo gris de la frente y mandaba a Mary al consultorio a buscar su maletín, y salía anudándose la corbata para pasarse la noche fuera la mitad de las veces.

A la hora de comer era peor. Parecía que nunca pudieran sentarse a la mesa como es debido, los tres juntos, sin que empezara a sonar aquel horrible teléfono. Papá solía irse y Mary y mamá tenían que terminar de comer solas, sentadas y sin decir nada, la pequeña Mary con las piernas rodeando las patas de la silla, mirando el cuadro de los dos patos salvajes muertos en medio del empapelado rojizo, por encima de los cabellos negros y pulcros de mamá. Entonces mamá retiraba los platos y empezaba a moverse de un lado a otro por la casa, murmurando que si el pobre papá se tomase con sus pacientes de pago la mitad de las molestias que se tomaba con aquellos miserables extranjeros y mineros, se habría hecho ya rico y ella no tendría que matarse con las faenas de la casa. Mary odiaba oír hablar así a mamá en contra de papá.

El pobre papá y mamá no se llevaban bien. Mary recordaba apenas un tiempo, cuando ella era todavía muy, muy pequeña, en que todo había sido diferente y vivían en Denver, en una casa soleada con arbustos en flor en el patio. Fue antes de que su hermano muriese y de que papá perdiese aquel

dinero en una mala inversión. Siempre que alguien mencionaba Denver, a Mary le acudía la visión de aquella época iluminada por el sol. Ahora vivían en Trinidad, donde todo era negro como carbón, donde las altas colinas macilentas oscurecían el valle atestado de filas de chabolas ennegrecidas por el hollín; los escoriales, los mineros, la mayoría de ellos inmigrantes y gentes de tez oscura, y las horribles tabernas y el asfixiante humo de la fundición y los pequeños trenes negros... En Denver todo era radiante, y la gente que vivía allí era blanca, auténticos y limpios niños americanos como el hermano que había muerto, y mamá decía que si el pobre papá se hubiera preocupado por su propia carne y sangre tanto como se preocupaba por aquellos miserables extranjeros y mineros, tal vez habría podido salvarse la vida de su hermano. Mamá la había hecho entrar en el salón del velatorio, y ella estaba tan asustada...; pero mamá le había apretado la mano con tanta fuerza que ella sintió un dolor horrible y se echó a llorar, aunque nadie le prestó atención porque pensaban que lloraba por su hermano. Luego mamá le hizo mirar a su hermano en el ataúd, bajo el cristal.

Después del entierro mamá estuvo muy enferma; la cuidaba una enfermera de día y de noche, y a Mary no la dejaban verla y tenía que jugar sola en el patio. Cuando mamá se restableció, ya no volvió a llevarse bien con el pobre papá, y dormían siempre en habitaciones separadas y Mary dormía en un pequeño vestíbulo que había entre ellas. El pobre papá se volvió triste y apesadumbrado, y ya nunca se reía por la casa y luego sucedió lo de la inversión y se mudaron a Trinidad y mamá no dejaba a Mary jugar con los niños de los mineros y cuando Mary volvía de la escuela tenía liendres en el pelo.

Mary tuvo que ponerse gafas y era buena estudiante y a los doce años estaba preparada para entrar en el instituto de enseñanza secundaria. Cuando no estaba estudiando se dedicaba a leer todos los libros que había en casa. «La criatura se va a estropear la vista», solía decirle mamá al pobre papá en la mesa cuando él bajaba a desayunar con los ojos hinchados por la falta de sueño y tenía que comer a toda prisa para salir a atender sus visitas. La primavera en que Mary terminó el octavo grado, con matrículas de honor en francés y en historia americana y en inglés, la señorita Parsons fue

expresamente a visitarlos para decirle a la señora French lo buena estudiante que era la pequeña Mary y el gran consuelo que suponía para los maestros el tenerla a ella entre todos aquellos lamentables e ignorantes extranjeros que tenían que soportar.

—Querida —dijo mama—, no piense que no me hago idea de lo que tiene que ser. —Y de pronto añadió—: Señorita Parsons, no se lo diga a nadie, pero nos vamos a vivir a Colorado Springs el próximo otoño.

La señorita Parsons suspiró.

—Pues bien, señora French, lamentaremos la pérdida, pero ciertamente es lo mejor para la niña. El ambiente escolar es allí mucho mejor.

La señorita Parsons levantó la taza de té mientras mantenía el dedo meñique arqueado, y la volvió a dejar sobre el platito con un chasquido seco.

Mary, sentada al lado de la chimenea en el pequeño taburete tapizado, las miraba.

—Odio tener que admitirlo —siguió diciendo la señorita Parsons—, porque nací y me crié aquí, pero Trinidad no es lugar para educar a una dulce y genuina chiquilla americana.

El abuelo Wilkins había muerto aquella primavera en Denver y mamá era la beneficiarla de su seguro de vida, así que mamá hizo las cosas de forma inflexible. El pobre papá detestaba dejar Trinidad, y era raro que hablaran de ello sin mandar a Mary a leer a la biblioteca mientras ellos discutían con virulencia en la cocina, sobre los platos sucios. Mary se sentaba entonces con un viejo ejemplar de Ivanhoe, de cuero rojo repujado, y escuchaba sus agrias voces antagónicas a través del tabique de madera. «Has arruinado mi vida y no voy a permitir que arruines ahora la de la niña», gritaba mamá con aquella voz mezquina que hacía que Mary se sintiera tan mal, y Mary se quedaba allí sentada, llorando sobre el libro hasta que reanudaba la lectura y al cabo de unas páginas se olvidaba de todo, salvo de los alabarderos de Lincoln Green y los caballeros montados y los castillos. Aquel verano, en lugar de acampar en Yellowstone, como papá había planeado, se mudaron a Colorado Springs.

En Colorado Springs se hospedaron al principio en una casa de huéspedes, y luego, cuando llegaron los muebles, se trasladaron a la casita verde con tejado de tablillas donde habrían de vivir en adelante, situada a cierta distancia del camino de grava roja que surcaba un prado de menudo césped bordeado de altos álamos.

Entre la alta hierba, Mary encontró los restos desconchados de un juego de croquet. Mientras mamá y papá se movían de un lado para otro en torno a los muebles que los hombres bajaban de un furgón, Mary correteaba con un mazo roto golpeando las bolas, tan viejas y agrietadas que apenas conservaban la pintura de sus franjas rojas, verdes, amarillas y azules. Cuando papá salió de la casita con aire fatigado y triste, y el pelo desordenado sobre la frente, ella corrió hasta él agitando el mazo y pidiéndole que jugara con ella al croquet. «No hay tiempo para juegos ahora», dijo él.

Mary se echó a llorar y él la izó sobre sus hombros y la llevó al porche trasero y le enseñó cómo, subiéndose al tejado de la pequeña caseta de las herramientas que había detrás de la puerta de la cocina, podía verse la meseta, y más allá, tras una franja hecha jirones de veloces nubes de fina estopa, las azules elevaciones dentadas que se apilaban y ascendían hacia la suave y elevada masa de montañas donde estaba el Pikes Peak.

—Algún día subiremos allí arriba en el funicular —le dijo muy cerca del oído con su voz cálida y cariñosa. A Mary las montañas le parecieron muy lejanas y la presteza de las nubes le dio vértigo—. Solos tú y yo —siguió papá—; pero no debes llorar nunca... Si lloras, Mary, los chicos se reirán de ti en la escuela.

En setiembre tuvo que ir al instituto de enseñanza secundaria. Era horrible ingresar en una nueva escuela donde no tenía ningún amigo. Las chicas estaban tan bien vestidas y parecían tan engreídas en su primer año de secundaria... Al recorrer los pasillos oyendo a las otras chicas hablar de fiestas y del Country Club y de equipos de tenis y de los hoteles estivales y de automóviles y de amigas en exclusivos colegios privados del Este, Mary, con sus gafas y con el aparato para corregir los dientes que el dentista le había puesto siguiendo las instrucciones de mamá y que le hacía cecear un poco, y las pecas y el pelo que no era rubio ni pelirrojo sino rubio rojizo, se sentía una

mísera extranjera, como los malolientes y vocingleros chicos de los mineros de Trinidad.

Le gustaron más los chicos. Había un chico pelirrojo que le sonreía a veces. Y por lo menos los chicos la dejaban en paz. Le iba bien en las clases y encontraban encantadores a los profesores. En la clase de inglés leyeron Ramona, y un día Mary, muerta de miedo, fue al cementerio a ver la tumba de Helen Hunt Jackson. Aquella tarde de primavera, en el cementerio de Evergreen, era hermosamente triste. Mary decidió que cuando fuera mayor sería como Helen Hunt Jackson.

Había una chica sueca que hacía las faenas de la casa; mamá y papá raras veces estaban en casa cuando ella volvía del instituto. Papá tenía el consultorio en un edificio nuevo del centro, y mamá siempre estaba ocupada ayudando en las tareas parroquiales o en la biblioteca, y preparando charlas para los círculos de mujeres. Mary cenaba sola muchas veces, mientras leía un libro o hacía los deberes. Después se iba a la cocina y ayudaba a Anna a hacer las cosas, e intentaba retenerla para que no se fuese a su casa y la dejase sola. Cuando oía que abrían la puerta principal, corría hacia ella sin aliento. Normalmente era mamá, pero a veces era papá, con su cigarro y su aire cansado y sus ropas oliendo a tabaco y a yodoformo y a ácido fénico, y en ocasiones hasta conseguía que se sentara en su cama antes de dormir y le contara historias de los viejos tiempos, de los mineros y de los buscadores de oro y de la guerra entre ovejeros y ganaderos.

En el instituto, su mejor amiga era Ada Colín, hija de un notorio abogado de Chicago que había tenido que trasladarse a Colorado por motivos de salud. Mamá hacía lo imposible para que no frecuentara la casa de los Cohn, y solía tener mezquinas discusiones con papá, argumentando que era lógico que con un padre tan inútil su única hija anduviera por ahí con judíos y con cualquier pelagatos, y que por qué no se hacía socio del Country Club y que de qué servía el que ella se desviviera por conseguirle una posición entre la gente pudiente, trabajando como una negra en actividades parroquiales y círculos de mujeres y cuestaciones de beneficencia, si él seguía siendo tan sólo un médico de pobres y se le veía callejeando con la escoria, en salas de billares y sitios peores —según tenía entendido—, en lugar de hacerse con una buena

clientela en una ciudad donde había tanta gente rica enferma. ¿No era para acabar con ese tipo de vida por lo que habían dejado Trinidad?

—Pero, Hilda —decía papá—, sé razonable. Los Cohn me han escogido como su médico porque son amigos de Mary. Son gente amable y bondadosa.

Mamá lo miraba fijamente y decía, siseante:

—Ah, si al menos tuvieras una pizca de ambición...

Mary, con los ojos llenos de lágrimas, se marchaba corriendo de la mesa y se echaba en la cama con un libro, y se quedaba escuchando sus voces airadas, y luego oía el pesado y lento paso de papá y el portazo y el arrancar del coche camino de sus visitas. A menudo, sobre la cama, apretaba los dientes y deseaba que mamá muriese y les dejase a ella y a papá vivir en paz. Entonces, al darse cuenta de cuán horribles eran esos pensamientos, sentía un escalofrío por todo el cuerpo, y empezaba a leer, al principio incapaz de ver siquiera las páginas a causa de las lágrimas, y luego, gradualmente, olvidándose de sí misma y sumiéndose en la historia.

En lo que mamá y papá sí estaban de acuerdo era en que Mary fuera a una universidad del Este verdaderamente buena. El año anterior a su graduación en el instituto, en los exámenes de acceso a la universidad, Mary había aprobado todas las asignaturas, excepto geometría del espacio. Estaba entusiasmada con la idea de ir a la universidad.

Salvo unos días de acampada estival con papá, y del mes que en el verano dedicaba a ayudarle en el consultorio atendiendo el teléfono, haciendo las fichas de los pacientes, llevando las cuentas y enviando las facturas, detestaba Colorado Springs. Su único amigo era un chico con un pie contrahecho que se llamaba Joe Denny, hijo del encargado de un bar de Colorado City. Joe se preparaba a conciencia para entrar en el Colorado College. Era un chico desabrido, de hablar lento y pelo amarillo claro y afilada mandíbula, pero un lince para las matemáticas. Odiaba el alcohol y a John D. Rockefeller más que a nada en el mundo. Mary y Joe y Ada, los domingos, solían organizar excursiones al Jardín de los Dioses o a Austin Bluffs o a alguno de los cañones, donde leían poesía. Sus poemas preferidos eran *El sabueso del cielo* y *La*

ciudad de la noche pavorosa. Joe las emocionó un día: se subió a una roca plana, desde donde dominaba el pequeño fuego sobre el que freían el tocino, y se puso a recitar El hombre del azadón. Al principio pensaron que lo había escrito él mismo.

Cuando volvían, tostados por el sol y felices después de un día al aire libre, Mary deseaba con todas sus fuerzas poder llevar a sus amigos a casa, como hacía Ada. Los Cohn eran ale gres y amables y siempre le pedían a todo el mundo que se quedase a comer, a pesar de que el pobre señor Cohn estuviera tan enfermo. Pero Mary no se atrevía a llevar a nadie a su casa por temor a que mamá se mostrara desagradable, o a que estallase una de las acostumbradas disputas entre mamá y papá. El verano anterior a su ingreso en la Universidad de Vassar, mamá y papá no se hablaban a raíz de una terrible discusión que había empezado una noche, durante la cena, cuando papá anunció que en noviembre iba a votar por Eugene V. Debs.

Las chicas que conoció en Vassar vestían mejor que ella y tenían los modales de los colegios exclusivos del Este, pero por primera vez en su vida era popular. Los profesores la apreciaban, porque era pulcra y seria y sincera en todos los órdenes, y las chicas decían que era tan sencilla como una lechuga, pero un encanto.

Sin embargo, al año siguiente, cuando Ada entró en Vassar, todo se echó a perder. Ada era su amiga más antigua y Mary la quería con locura, de modo que cuando se sorprendió deseando que no hubiera venido, se horrorizó. Ada se había vuelto tan exuberante, tan judía y bulliciosa, y sus vestidos eran excesivamente caros y llamativos... Compartían la habitación, y Ada le pagó a Mary la mayoría del vestuario y de los libros, porque la asignación de su amiga era muy exigua. Mary dejó de ser popular, y las compañeras más prestigiosas la rehuían. Mary y Ada eligieron la especialidad de Sociología, y decidieron ser asistentes sociales.

En el penúltimo año de sus estudios, Mary supo que mamá había ido a Reno a divorciarse de papá, alegando contra él intemperancia alcohólica y crueldad mental. A Mary jamás se le había pasado por la cabeza que su padre bebiera. Cuando leyó acerca de ello en un recorte de periódico, marcado con lápiz rojo,

que cierta persona anónima que le quería bien le envió desde Colorado Springs, lloró interminablemente. Quemó el recorte en la chimenea para que Ada no lo viera, y cuando su amiga le preguntó por qué tenía los ojos tan enrojecidos le respondió que acababa de leer cómo morían aquellos pobres soldados en la guerra de Europa. El haber mentido a Ada le hizo sentirse despreciable, y se pasó la noche en vela lamentándose.

El verano siguiente consiguieron trabajo de asistencia social en Chicago, en el centro Hill House. Chicago era espantoso, y la pobre Ada Cohn no pudo soportar aquel empleo y se fue a Michigan, donde sufrió una depresión nerviosa. Era tan horrible cómo vivían los pobres; tan deprimentes los nudillos enrojecidos y agrietados de las mujeres que se ganaban la vida lavando y las cabezas llenas de postillas de los niños y el estrépito y el viento arenoso de South Halstead Street y el hedor de los corrales de ganado. A Mary, sin embargo, le hacía sentirse como años atrás en Trinidad, cuando era una chiquilla, y como cuando trabajaba en el verano en el consultorio de papá.

Cuando volvió a Colorado Springs a pasar las dos semanas que le quedaban hasta la reapertura del curso en Vassar, encontró a mamá viviendo con gran lujo en una pequeña suite del hotel Broadmoor. Había heredado un paquete de acciones de la American Smelting & Refining a la muerte del tío Henry, acaecida en un accidente de tranvía en Denver, y disfrutaba de una renta de veinte mil dólares al año. Se había convertido en una gran jugadora de bridge, y recorría el país disertando en contra del voto femenino en círculos de mujeres. Al referirse a papá, con voz dulce, fría y mordaz decía «tu pobre y querido padre», y le dijo a Mary que debía vestir mejor y dejar de llevar aquellas horribles gafas. Mary no permitía que su madre le diera dinero, pues sostenía que nadie tiene derecho a un dinero no ganado por uno mismo, pero dejó que le comprase un traje sastre de tweed y un sencillo vestido de tarde con cuello y puños de encaje. Se llevaba mejor que antes con su madre, pero siempre había entre ellas una fría sensación de tirantez.

Mamá dijo que no sabía dónde vivía papá, y Mary tuvo que ir a verlo al consultorio. Encontró el consultorio más sórdido que lo recordaba, y lleno de pacientes, en su mayoría paupérrimos, y tuvo que esperar una hora para poder salir con él a almorzar.

Comieron en un pequeño restaurante cercano al consultorio, encaramados en los taburetes de la barra. El pelo de papá se había vuelto casi blanco; tenía la cara terriblemente arrugada y grandes bolsas grises bajo los ojos. A Mary se le hacía un nudo en la garganta cada vez que lo miraba.

—Oh, papá, deberías tomarte un descanso.

—Sí, lo sé... Debería dejar las regiones altas por un tiempo. Mi viejo corazón ya no es tan bueno como antes.

—Papá, ¿por qué no te vienes al Este en Navidades?

—A lo mejor lo hago si reúno el dinero suficiente y encuentro alguien que se ocupe un mes de la consulta.

A Mary le gustaba tanto el timbre bajo y profundo de su voz...

—Te haría muchísimo bien... Hace mucho tiempo que no vamos de viaje juntos.

Era tarde. En el pequeño restaurante ya no quedaba nadie, salvo la camarera que comía calladamente al fondo del comedor. El gran reloj de pared, de esfera cansina, dejaba oír su fuerte tic tac sobre la cafetera en las pausas de la lenta charla de papá.

—Nunca imaginé que iba a descuidar a mi pequeña... Pero ya sabes cómo son las cosas... Al fin, eso es lo que he hecho... ¿Cómo está tu madre?

—Oh, mamá está en el séptimo cielo —dijo Mary con una carcajada que a ella misma le sonó poco convincente.

Se esforzaba por lograr que papá se sintiera cómodo; era como si realizara un acto de caridad.

—Bueno, ahora todo ha terminado... Nunca fui el marido adecuado para ella —dijo papá.

Mary sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Papá, cuando me haya licenciado, ¿me dejarás que me ocupe del consultorio? Esa horrible señorita Hylan es tan descuidada...

—Oh, tendrás cosas mucho mejores que hacer. De cualquier forma, siempre me sorprende ver cómo puede la gente pagar sus facturas... Yo no pago las mías.

—Papá, voy a tener que hacerme cargo de ti.

—Imagino, hija mía, que lo harás... En tu trabajo de asistencia social te instruyen para reformar a los viejos, ¿no?

Mary sintió que enrojecía.

Apenas se había acostumbrado a estar con él cuando papá tuvo que marcharse apresuradamente a atender a una mujer que estaba de parto hacía cinco días y no lograba dar a luz.

A Mary le resultaba odioso volver al Broadmoor y a los botones de chaquetilla corta y a las viejas cotorras vestidas con ostentación que se sentaban en el vestíbulo principal. Aquella noche llamó Joe Dennis para invitarla a dar un paseo en coche. Mamá estaba jugando al bridge; Mary salió furtivamente sin decirle nada y se reunió con él en la entrada del hotel. Llevaba el vestido nuevo; se había quitado las gafas y las había guardado en su pequeño bolso. Joe era tan sólo una figura borrosa, pero ella pudo entrever que su aspecto era bueno y que le iban bien las cosas, pues conducía un pequeño Ford nuevo de dos plazas.

—Vaya, Mary French —dijo—. Hay que ver lo guapa que te has puesto... Supongo que ahora ya no hay esperanzas para un tipo como yo.

Avanzaron despacio durante un rato, bordeando el parque, y luego aparcaron sobre un canal, a la luz de la luna. Más allá de los álamos temblones, tras el pequeño barranco, podían verse las llanuras trémulas y oscuras que se extendían hacia el horizonte iluminado por la luna.

—Es precioso —dijo ella.

Y él volvió su cara seria, de afilada mandíbula, hacia ella y dijo, tartamudeando un poco:

—Mary, tengo que soltarlo... Quiero que nos prometamos... Voy a entrar en Cornell a seguir un curso de ingeniería... Es una beca... Cuando termine, en un par de años podré ganar el dinero suficiente para mantener una esposa... Me haría tremendamente feliz..., si me dijeses que quizá..., si para entonces..., no hubiera ningún otro.

Y su voz se apagó.

Mary, a la luz de la luna, vislumbró las afiladas y adustas líneas de su cara.

—Joe, siempre he creído que éramos amigos del mismo modo que Ada y yo lo somos. Hablar así lo echa todo a perder... Cuando salga de la facultad quiero dedicarme a la asistencia social, y tengo que hacerme cargo de papá... Por favor, no... Este tipo de cosas me hacen sentir muy mal...

Joe tendió su mano robusta y se estrecharon la mano solemnemente sobre el salpicadero.

—De acuerdo, hermana, que sea como tú dices —dijo él, y la llevó al hotel sin pronunciar ni una palabra.

Mary se quedó sentada en el soportal del hotel un largo rato, mirando la claridad lunar de setiembre y sintiéndose enormemente compungida.

Días después, llegado el momento de volver a la universidad, fue Joe quien la llevó a la estación a tomar el tren del Este, ya que mamá tenía una importante reunión del comité y papá debía quedarse en el hospital. Cuando se estrecharon la mano y se dijeron adiós, Joe le golpeó nerviosamente el hombro un par de veces y se comportó como si tuviera seca la garganta, pero no volvió a decir nada acerca de comprometerse. Mary sintió un gran alivio.

En el tren leyó *El puerto*, de Ernest Poole, y releyó La jungla, y se pasó la noche tendida en su litera, demasiado excitada para dormir, escuchando el retumbar de las ruedas sobre los raíles, el estrépito de los pasos a nivel, los lejanos y fantasmales gemidos de la locomotora, y recordando cómo las encopetadas mujeres se daban aires en el tocador de señoras, cómo la apartaban del espejo con el codo, y el semblante abrumado de los hombres de negocios que roncaban en sus literas, pensando en todo el trabajo por hacer

para lograr que el país fuera lo que debía ser, pensando en las condiciones sociales, en los suburbios, en las chabolas con letrinas inmundas y ruinosas, en los niños de los mineros con sucios abrigos demasiado grandes para su talla, en las mujeres abrumadas por el trabajo que se encorvan sobre hornillos de cocina, en los adolescentes que luchan por adquirir una educación en las escuelas nocturnas, en el hambre y el desempleo y la bebida, en los policías y abogados y jueces siempre prestos a desquitarse con los débiles. Si la gente de los coches cama pudiera entender todo aquello; si ella sacrificase su vida, como papá, que cuidaba noche y día a sus pacientes, tal vez ella, como la señorita Addams...*

[* Jane Addams (1860-1935). Reformadora social y pacifista. Premio Nobel de la Paz 1931 (N. del T.)]

Sentía urgencia por empezar. No podía seguir echada en la litera. Se levantó y fue al tocador, donde se sentó y trató de leer La promesa de una vida americana. Sentía una comezón en todo el cuerpo; el tocador estaba vacío. Leyó unas cuantas páginas, pero no lograba penetrar el sentido de las palabras. Los pensamientos se sucedían veloces en su mente como los jirones de nubes que se colaban por el desfiladero y cruzaban la oscura masa de las montañas de Colorado Springs. Sintió frío, empezó a tiritar y se volvió a la litera.

Al cruzar Chicago para el transbordo dijo de pronto al taxista que la llevara a Hull House. Tenía necesidad de decirle a la señorita Addams cómo se sentía. Pero cuando el taxi se acercó al bordillo de la acera en medio de la familiar sordidez de South Halstead Street, y vio a dos chicas a las que conocía hablando en el porche de piedra, perdió repentinamente la presencia de ánimo y ordenó al chófer que la condujera a la estación.

Aquel invierno todo le pareció horrible en Vassar. Ada había empezado a estudiar música; aprendía violín y no pensaba en otra cosa que en ir a Nueva York a escuchar conciertos. Decía que estaba enamorada del doctor Muck, de

la Sinfónica de Boston, y no quería hablar de la guerra o del pacifismo o del trabajo social o de cosas de este tipo. El mundo exterior —la campaña submarina, la guerra, las elecciones— era tan vivido que Mary no podía centrar la atención en las clases o en el parloteo de Ada en torno a las celebridades musicales. Asistía a todas las conferencias sobre las condiciones sociales y los hechos de actualidad.

La conferencia que más le entusiasmó aquel invierno fue la disertación que sobre «La promesa de la paz» ofreció G. H. Barrow. Era un hombre alto y delgado, de cara rubicunda y pelo gris y espeso con nuez prominente y ojos luminosos y un tanto saltones. Hablaba de manera cálida y confidencial, y tartamudeaba ligeramente. Mary lo encontraba tan cabal que, de alguna forma, estaba segura de que había sido obrero. De manos rojas y nudosas y largos dedos, Barrow se paseaba por el recinto con paso enérgico, mientras se quitaba y se ponía una y otra vez las gafas de concha. Después de la conferencia, fueron a casa de la señora Hardwick, donde se sirvió limonada, chocolate y emparedados, y las chicas rodearon al conferenciante y le hicieron preguntas.

G. H. Barrow se mostró más tímido que en el estrado, pero habló maravillosamente de la fe que el movimiento obrero tenía en Wilson y de la exigencia de paz del movimiento obrero y de cómo la Revolución Mexicana (acababa de estar en México, donde había vivido toda suerte de aventuras) era sólo un comienzo. La clase obrera iba a ponerse en pie en todo el mundo e iba a proceder al derribo del viejo orden caótico, pero no violentamente, sino mediante métodos pacíficos. Métodos wilsonianos. Aquella noche, al acostarse, Mary podía sentir aún el temblor tenso, invocador y nervioso que sacudía a veces la voz del señor Barrow. Y sintió una ansiedad extrema por salir de la asfixiante vida universitaria y sumergirse en el mundo. Nunca como en aquel invierno había sentido tan lento el discurrir del tiempo.

Un fangoso día de deshielo de febrero, al volver a su cuarto entre dos clases para cambiarse los chanclos mojados, Mary encontró un telegrama amarillo debajo de la puerta:

CONVENDRÍA VOLVIERAS A CASA POR UN TIEMPO

TU MADRE NO ESTÁ BIEN

Lo firmaba PAPÁ. Aunque enormemente preocupada, Mary sintió cierto alivio al disponer de una excusa para alejarse de Vassar. Se llevó consigo muchos libros, pero no consiguió leer en el tren. Sentada en el sofocante coche tapizado de verde, con un libro sobre las rodillas, miraba los monótonos campos cubiertos de nieve y bordeados por marañas de violáceas desnudas y los carteles publicitarios y las chabolas y los comercios de falsa fachada de ladrillo rojo que flanqueaban las nuevas autopistas de hormigón y las pequeñas ciudades de casas de madera desvencijadas y renegridas por el humo de las fabricas y las casuchas y los graneros y los retretes adosados, que se iban deslizando lentamente mientras el tren horadaba el Medio Oeste... Y no pensaba en nada.

Papá la fue a esperar a la estación. Con la ropa más arrugada que de costumbre y un abrigo al que le faltaba un botón, mostraba ahora al sonreír nuevas y finas arrugas y cercos enrojecidos en los ojos, como si no hubiera dormido en mucho tiempo.

—Todo marcha bien, Mary —dijo—. No debía haberte pedido que vinieras... Sólo egoísmo por mi parte... La soledad de la vejez.

Cogió la maleta al mozo y siguió hablando mientras salían de la estación.

—Tu madre se está recuperando bien... Conseguí sacarla del apuro... Por suerte me enteré de que estaba enferma. Otro día más y el maldito médico del hotel acaba con ella. Esta gripe española es muy traicionera.

—¿Están mal las cosas, papá?

—Muy mal... Quiero que tengas mucho cuidado para evitar el contagio. Sube, te llevaré hasta allí. —Arrancó el herrumbroso descapotable con la manivela y le hizo una seña para que ocupara el asiento delantero—. ¿Tienes idea de lo que tu pobre madre piensa del alcohol? Pues bien, la he mantenido borracha durante cuatro días.

Se sentó al volante y siguió hablando mientras el coche se ponía en movimiento. El intenso frío alivió a Mary después del asfixiante olor a felpa polvorienta del coche cama,

—Nunca la había visto tan guapa —dijo papá—. Válgame Dios, faltó poco para que me volviera a enamorar... Tienes que procurar que no haga demasiadas cosas cuando se levante... Ya sabes cómo es... Lo mortal en estos casos son las recaídas.

Mary se sintió feliz de pronto. Las desnudas ramas de los árboles —rosadas, amarillas, purpúreas— se recortaban contra el azul del cielo en las calles apacibles. Sobre los espacios de hierba se veían retazos de nieve helada. El cielo, increíblemente alto, estaba lleno de luminosidad amarilla. Mary sintió cómo el frío le encrespaba el vello interior de la nariz.

En el Broadmoor, mamá estaba acostada en su impecable y soleada habitación, con una rebeca rosa sobre el camisón y un gorro de encaje sobre el cabello negro pulcramente peinado. Estaba pálida, pero parecía tan joven y bonita y de alguna forma tan alocada, que por un instante Mary tuvo la impresión de que ella y papá eran los adultos y mamá la hija de ambos. Enseguida mamá empezó a hablar alegremente de la guerra y de los hunos y de la campaña submarina y a preguntarse en qué estaba pensando Wilson que no daba una lección a aquellos mexicanos. Decía estar segura de que nada de eso habría pasado si hubiera sido elegido Hughes; de hecho, estaba convencida de que en realidad Hughes había ganado las elecciones y de que los demócratas se las habían arrebatado mediante alguna triquiñuela. Y aquel horroroso Bryan estaba haciendo del país el hazmerreír del mundo.

—Querida, Bryan es un traidor y debería ser fusilado.

Papá le dirigió una mueca risueña a Mary, se encogió de hombros y salió de la habitación diciendo:

—Hilda, limítate a quedarte en la cama, y por favor: ningún exceso alcohólico.

Cuando papá se hubo ido, mamá se puso a llorar de pronto. Mary le preguntó por qué lloraba, pero ella ocultó sus razones.

—Supongo que la gripe me ablanda la cabeza —dijo, y añadió—: Querida, es sólo la misericordia de Dios la que hace que aún esté viva.

A Mary le resultaba insoportable seguir allí sentada todo el día escuchando cómo su madre hacía continuas llamadas a la preparación bélica; le hacía sentirse demasiado hundida. Al día siguiente por la mañana fue al consultorio de papá, esperando conseguir verlo. La sala de espera estaba atestada. Cuando logró asomarse a la consulta, pudo ver al instante que papá no se había acostado en toda la noche. Resultó que la señorita Hylan había caído enferma el día anterior. Mary se ofreció para reemplazarla, pero papá no quiso permitírselo.

—Tonterías —dijo Mary—. Puedo contestar al teléfono diciendo «consulta del doctor» tan bien como pueda hacerlo esa horrible señorita Hylan.

Al fin papá le dio una máscara de gasa y permitió que se quedara.

Cuando acabaron con el último paciente, fueron al restaurante a comer algo. Eran las tres.

—Será mejor que vayas a ver a mamá —dijo papá—. He de hacer mis visitas. La gente se muere de esta gripe con una facilidad pasmosa. Nunca he visto nada parecido.

—Antes voy a ir al consultorio a ordenar el escritorio —explicó Mary con firmeza.

—Si llama alguien, di que si piensan que es la gripe deben acostar enseguida al enfermo y mantenerle los pies calientes con botellas de agua caliente y muchos estimulantes. Que no traten de llevarlo al hospital, pues no queda una cama libre en un radio de cien kilómetros.

Mary volvió al consultorio y se sentó ante el escritorio. Parecía haber gran cantidad de pacientes nuevos; la señorita Hylan se había quedado el último día sin fichas y había escrito sus nombres en un bloc. Eran casos de gripe todos ellos. El teléfono, mientras permaneció allí sentada, no dejó de sonar. Mary tenía los dedos fríos y sentía un temblor por todo el cuerpo al escuchar las voces ansiosas de hombres y mujeres preguntando por el doctor French.

Cuando salió del consultorio eran más de las cinco. Tomó el tranvía en dirección al Broadmoor.

Le causó una fuerte conmoción oír la banda que a la hora del té tocaba en el casino, y ver las luces de colores y sentir la cálida quietud de los pasillos del hotel y el aire de esmerado lujo de la habitación de su madre. Mamá estaba bastante quisquillosa y dijo que de qué servía el que su hija viniera a estar con ella si luego la descuidaba de tal forma.

—He tenido que resolverle unas cosas a papá —fue todo lo que dijo.

Mamá empezó a hablar por los codos de la campaña que estaba llevando a cabo para expulsar a las mujeres alemanas del Club Femenino de los Almuerzos de los Martes, y siguió hablando del tema durante toda la cena. Luego jugaron al *cribbage* hasta que mamá empezó a tener sueño y se dispuso a conciliarlo.

A la mañana siguiente mamá dijo que se sentía perfectamente y que tenía ganas de sentarse en una silla. Mary trató de hablar con papá por teléfono para preguntarle si no había inconveniente, pero nadie respondió en el consultorio. Entonces se acordó de que le había prometido a papá que estaría allí a las nueve, y salió precipitadamente en dirección al centro. Eran ya las once cuando llegó papá; el consultorio estaba atestado de pacientes. Era evidente que venía recién afeitado en la barbería, pero parecía mortalmente cansado.

—Oh, papá, apuesto a que no te has acostado.

—Es cierto, estuve un par de horas en el hospital, en una de las salas que llevan los internos. Hemos perdido un par de casos esta noche.

Mary se pasó toda la semana sentada frente al escritorio de la sala de espera de la consulta de papá, contestando al teléfono sin quitarse la máscara de gasa, diciendo a los enfermos, hombres y mujeres congestionados y asustados que esperaban sentados mientras sentían cómo la fiebre naciente les encendía las mejillas y los dolores comenzaban por la espalda, que no se preocuparan, que el doctor French estaba a punto de llegar. Intentaba a toda costa hacer que papá durmiera una noche entera de cuando en cuando.

—Pero ¿cómo me voy a ir a dormir? McGuthrie está en cama y tengo que hacerme cargo de todos sus pacientes... Esta maldita epidemia no puede durar toda la vida... Cuando remita un poco nos iremos a la costa un par de semanas. ¿Te parece bien?

Tenía una tos seca y surcos grises bajo los ojos, pero insistía en que estaba fuerte y se encontraba bien.

El domingo por la mañana, Mary tuvo que ir con mamá a la iglesia; llegó, pues, tarde al consultorio y encontró a papá encorvado sobre una silla, dormitando. Al entrar vio cómo se incorporaba sobresaltado y con mirada culpable, y reparó en que su cara estaba muy congestionada.

—Habéis estado en la iglesia, ¿no?, tú y tu madre —dijo con voz extraña y áspera—. Bien, tengo que ponerme manos a la obra.

Y mientras salía por la puerta, con el sombrero de fieltro suave hundido sobre los ojos, a Mary le pasó por la cabeza el pensamiento de que tal vez había estado bebiendo.

Aquel domingo el teléfono no parecía sonar con mucha insistencia, y Mary volvió al hotel a tiempo para dar un paseo en coche con su madre al atardecer. La señora French, que se sentía muy bien, habló de que Mary debía preparar para el próximo otoño su puesta de largo.

—Después de todo, querida, es algo que les debes a tus padres: conducirte de acuerdo con su posición social.

Aquel tipo de charlas hacían que Mary sintiese una desazón morbosa en la boca del estómago. De vuelta en el hotel, dijo que estaba cansada y se fue a su habitación, donde se echó en la cama y leyó La teoría de la clase ociosa.

A la mañana siguiente, antes de salir, escribió una carta a la señorita Addams contándole lo de la epidemia de gripe y diciéndole que se sentía incapaz de volver a la universidad: había tanta miseria en el mundo... ¿No podrían darle algún quehacer en Hull House? Tenía necesidad de sentir que estaba haciendo algo real. En el tranvía, camino del centro, se sentía sosegada y feliz de haber tomado al fin una decisión. Al pasar podía ver al fondo de las calles las cadenas

montañosas, blancas como terrones de azúcar, al rutilante sol invernal. En aquel momento habría deseado salir de excursión con Joe Dennis. En cuanto introdujo la llave en la puerta, el tufo de yodoformo y ácido fénico y alcohol del consultorio le llegó a la garganta. El sombrero y el abrigo de papá estaban colgados en el perchero. Era extraño, pues no había visto su coche en la acera. La puerta de cristal esmerilado que daba a la consulta estaba cerrada. Llamó. «Papá», dijo en voz alta. No hubo respuesta. Empujó la puerta y entró. Oh, estaba dormido. Tendido en el canapé, con la manta del coche sobre las rodillas. Un pensamiento cruzó la mente de Mary: cuán horrible sería si estuviera borracho como una cuba. Se acercó de puntillas. Papá tenía la cabeza hundida entre la almohada y la pared. Y la boca abierta. Su cara, áspera a causa de la barba incipiente y gris, aparecía deformada por la asfixia, con los ojos abiertos. Estaba muerto.

Mary se sorprendió a sí misma yendo con calma hacia el teléfono y llamando al departamento de urgencias del hospital para decir que el doctor French había sufrido un colapso. Seguía aún sentada junto al teléfono cuando oyó afuera la sirena de la ambulancia. Entró un interno con una bata blanca. Mary debió de desmayarse, pues lo único que recordaría después era que la llevaban al Broadmoor en un coche grande. Fue directamente a su habitación y se encerró en ella. Se echó sobre la cama y rompió a llorar. En algún momento de la noche llamó a la habitación de su madre por teléfono.

—Por favor, mamá —dijo—. No quiero ver a nadie. No quiero ir al funeral. Quiero volver de inmediato a la universidad.

Mamá armó una horrible escena, pero Mary no la escuchó. Finalmente, por la mañana, le dio cien dólares y la dejó partir. Mary no recordaba si la había besado o no en la despedida. Fue sola a la estación, donde aguardó sentada dos horas en la sala de espera, pues el tren del Este llevaba retraso. No sentía nada. Parecía ver las cosas inusitadamente vividas: el día brillante de invierno, las caras como grabadas al agua fuerte de la gente de la sala de espera, los colores de las revistas del quiosco de periódicos. Vino el mozo para que subiera al tren. Sentada en el coche pulman fue mirando, a través de la ventana, la nieve, la hierba amarilla, los páramos rojizos, las cercas de alambre, los corrales de ganado que a lo largo de la vía férrea destacaban

grises y amarillentos en la nieve, los depósitos de agua, las pequeñas estaciones, los elevadores de grano, los ferroviarios rubicundos con sus orejeras y sus guantes. Por la mañana temprano, mientras cruzaban el distrito industrial anterior a Chicago miró a los hombres, jóvenes y viejos de caras rojizas y semblante ceñudo, con sus fiambreras de hojalata, esperando en el atestado andén el tren que les llevaría al trabajo. Miró sus caras detenidamente, estudiándolas: eran gentes que ella esperaba llegar a conocer, pues se iba a quedar en Chicago en lugar de volver a la universidad.

El Ojo de la Cámara (45)

el cuarto estrecho y amarillo bulle con la conversación bajo el techo de poca altura y los rizados zarcillos de humo de los cigarrillos se trenzan azules y se desvanecen en torno a narices detrás de orejas bajo las alas de los sombreros de las mujeres en miradas maliciosas cambiantes disposiciones de los labios la caída de un flequillo las sabias arrugas (parecen decir «ya lo sé») alrededor de los ojos restregados acariciados recortados raspados todos ellos con la ayuda de lápiz de labios colorete crema y hojas de afeitar hasta constituirse en modelos capaces de simbolizar

esta mujer de voz cálida que se mueve de un lado para otro con risa gutural y la cabeza echada un poco hacia atrás distribuyendo con miradas burlonas los papeles de la obra dramática de las cinco

a cada hombre su casillero

la personalidad debe mantenerse cuidadosamente adaptada al rostro

para hacer reconocible quién es quién nos prende a cada uno un distintivo

el hoy trae consigo el mañana

gracias pero ¿por qué yo? ¿Inhibido? Adiós de verdad el viejo sombrero marrón cayó fiel y pesadamente sobre la silla al lado de la puerta arrebatada

con éxito afuera las cantarinas voces de cóctel encaran incluso en esta casa vieja de ladrillo reformada con pintura verde con velas anaranjadas con un poco de cal coloreada y convertida en Greenwich Village las escaleras suben y bajan

conducen a través de un pasillo flanqueado de timbres nombres que evocan vidas marañas sin clasificar

hasta la lluviosa calle de doble dirección donde los taxis se deslizan los pasos avanzan chapoteando pesadamente las luces

se reflejan trémulas y sesgadas sobre la curva de una mejilla húmeda unos labios recién pintados un cuello protegido contra el frío una mano nudosa y sucia unos ojos de anciano inyectados en sangre

la calle de doble dirección que va a dar a la esquina de la avenida fragorosa donde al son de la lluvia y al estrépito circundante las cuatro direcciones

(el océano salado que hay dentro de todos nosotros el protoplasma que palpita entre las células que crecen que se dividen que brotan y dan lugar a una multiplicidad de miles de millones aún sin clasificar aún sin nombre, deslizándose siempre entre los dedos las vidas multitudinarias y cambiantes) describen vertiginosamente todos los puntos de la brújula

MARY FRENCH

Hacía varias semanas que cierta conferencia programada captaba la atención de Mary siempre que consultaba apresuradamente el tablón de anuncios de Hull House: «15 de mayo —G. H. Barrow— Europa: Problemas de la Reconstrucción en la Posguerra». El nombre pugnaba por abrirse paso en su memoria, pero fue al verlo entrar en la sala de conferencias cuando de hecho recordó que se trataba del conferenciante amable, rubicundo y enjuto que aquel invierno en Vassar había disertado acerca de cómo la clase obrera era la que iba a mantener al país al margen de la guerra. Reconoció la voz sincera y vacilante, con el ocasional tartamudeo leve al principio de las frases, el modo informal y airoso de recorrer de un lado a otro la sala y de sentarse sobre la mesa, al lado de la jarra de agua, con las piernas cruzadas. En la recepción que siguió a la conferencia, Mary no mencionó haberlo conocido antes. Cuando fueron presentados, se alegró de poder ofrecerle cierta información que deseaba sobre las posibilidades que tenían los ex combatientes de encontrar trabajo en el área de Chicago. A la mañana siguiente, Mary French se sintió hecha un manojo de nervios cuando, al contestar a una llamada telefónica que pregunta por ella, oyó la voz del señor Barrow preguntándole si podía dedicarle un rato aquella tarde, pues había sido requerido por Washington para que facilitase cierta información extraoficial que precisaba determinado departamento.

—Verá, he pensado que usted podría proporcionarme la verdadera realidad, ya que está en contacto diario con la gente en cuestión.

Mary dijo que lo haría encantada, y él preguntó si le parecía bien que se encontrasen a las cinco en el vestíbulo del Auditorio.

A las cuatro, Mary estaba en su cuarto rizándose el pelo, preguntándose qué vestido ponerse, tratando de decidir si debía ir con gafas o sin ellas. El señor Barrow era tan encantador...

Tuvieron una conversación muy interesante sobre la situación del empleo —un cuadro nada halagüeño—, y cuando el señor Barrow le pidió que fuera a cenar con él a un pequeño restaurante italiano que conocía en el Loop, Mary se vio aceptando sin vacilación, pese al hecho de no haber salido a cenar con ningún hombre desde que dejó Colorado Springs a la muerte de su padre, hacía tres años. De alguna manera, sentía que conocía al señor Barrow desde hacía mucho tiempo.

Sin embargo, se vio un tanto sorprendida ante el lugar tosco, con serrín en el suelo, adonde la llevó a cenar, y ante el hecho de que vendieran alcohol y de que el señor Barrow esperara incluso que ella tomara un cóctel. El, por su parte, tomó varios, y pidió vino tinto. Mary declinó el ofrecimiento de los cócteles, pero aceptó beber un poco de vino para no parecer demasiado anticuada.

—Admito —dijo él— que estoy llegando a una edad en que necesito tomar un trago para aclarar las ideas y relajarme un poco... Eso era lo estupendo de Europa... Beber vino en las comidas. Allí entienden de verdad el arte de la vida.

Tras el *spumone*, el señor Barrow pidió brandy: ella bebió el café negro y amargo, y siguieron sentados en el ruidoso y cargado restaurante, que olía a ajo y a vino agriado y a salsa de tomate y a serrín, y se olvidaron del tiempo y hablaron. Mary dijo que había elegido la asistencia social para estar en contacto con algo real, pero que ahora estaba empezando a sentirse enjaulada, y tan encorsetada en una institución de caridad que a veces se preguntaba si no habría sido mejor trabajar para la Cruz Roja en el extranjero, o para el Frente Cuáquero para la Reconstrucción, como tantas compañeras estaban haciendo, pero que ella odiaba tanto la guerra que no quería ayudar en absoluto, ni aun en la forma más pacífica, y que si hubiera sido hombre —estaba segura— habría sido objetar de conciencia.

[Spumone: Postre italiano. (N. del T.)]

El señor Barrow frunció el ceño y se aclaró la garganta.

—Supongo, por supuesto, que los objetores fueron sinceros, pero estaban muy equivocados y probablemente merecieron lo que se les vino encima.

—¿Sigue pensando así?

—Sí, querida mía, así lo pienso... Ahora podemos pedir cualquier cosa; nadie puede negarnos nada: salarios, contratación sólo de los sindicados, jornada de ocho horas. Pero fue muy duro disentir de tantos viejos amigos... Mi actitud fue muy mal interpretada en ciertos medios.

—Pero no pensará que son justas esas horribles sentencias de cárcel...

—Son tan sólo para asustar a los demás... Ya verá cómo los ponen en la calle en cuanto las cosas se calmen. El indulto de Debs llegará de un momento a otro.

—Eso espero —dijo Mary.

—Pobre Debs —dijo el señor Barrow—. Un error ha echado por tierra el trabajo de toda una vida. Pero tiene un gran corazón, el corazón más grande del mundo.

Entonces empezó a contarle cómo él mismo, en los viejos tiempos, había trabajado en el ferrocarril como agente de transporte de mercancías en la zona sur de Chicago. Lo habían nombrado agente de negocios del ferrocarril local, había trabajado para la Hermandad, había bregado duramente para forjarse una educación y un buen día, de pronto, con más de treinta años y viviendo en Nueva York, donde escribía una serie de artículos para el *Evening Globe*, había caído en la cuenta de que en su vida no había ninguna mujer, de que nada sabía del arte de la vida y de ese tipo de cosas que parecían tan naturales en Europa y recientemente en México. Se había casado insensatamente y había tenido problemas con una corista; una mujer había hecho de su vida un infierno durante cinco años, pero ahora, después de haber roto con todo aquello, se encontraba solo, envejeciendo, deseando algo más sustancial que los pequeños enredos de faldas de un hombre que viaja con determinadas misiones a México y Francia e Italia e Inglaterra —«pequeños incidentes internacionales», los llamó con una sonrisa de labios delgados—, que estuvieron bien en su tiempo pero que eran ahora polvo y cenizas. No

creía, naturalmente, en la moralidad burguesa, pero buscaba comprensión y amistad apasionada en una mujer.

Al hablar dejaba entrever a veces la punta de la lengua asomando por el ancho espacio que separaba sus incisivos superiores. Mary podía ver en sus ojos cuánto había sufrido.

—Yo tampoco creo, por supuesto, en el matrimonio convencional —dijo Mary.

Y entonces él empezó a decir que era tan fresca, tan joven, tan vehemente, tan encantadora, tan todo lo que él necesitaba en la vida... Su habla se iba haciendo cada vez más torpe y Mary pensó que era ya hora de volver a Hull House, pues tenía que levantarse muy temprano a la mañana siguiente. Cuando la llevaba a casa en el taxi, Mary tuvo buen cuidado de sentarse en el extremo opuesto del asiento, pero él se comportó como un caballero, aunque pareció titubear un poco cuando se despedían.

A partir de aquella cena, el trabajo en Hull House le resultaba más arduo cada día, en especial porque George Barrow, que efectuaba una gira de conferencias por todo el país en defensa de la política presidencial, le escribía varias veces a la semana. Mary le contestaba en tono humorístico, bromeando acerca de las viejas doncellas de Hull House y diciendo que tenía la impresión de que pronto se licenciaría de aquel sitio, tal y como lo había hecho en Vassar. Sus amigas de Hull House empezaron a apreciar cuánto más agraciada parecía ahora que se rizaba el pelo.

Cuando llegó junio, Mary, que había estado planeando pasar las vacaciones en Michigan con los Cohn, decidió que lo que debía hacer en realidad era concederse una tregua, de modo que tomó el *Northland* en dirección a Cleveland, donde consiguió un empleo de camarera en el autoservicio Eureka de Lakeside Avenue, cerca de la estación.

El trabajo era muy duro. El encargado era un griego gordo que pellizcaba el trasero de las camareras cuando se paseaba por detrás de la barra, a sus espaldas. Las chicas usaban colorete y lápiz de labios, eran mezquinas con Mary y parloteaban en los rincones entre risitas acerca de sus citas, o hacían

chistes sucios con los camareros. Por las noches Mary sentía punzadas en los empeines de tanto estar de pie, y la cabeza le daba vueltas de tanta boca apremiante, de tantos ojos penetrantes brincando compulsivamente ante ella en las horas punta como cuentas en el bramante de un collar. Acostada en la temblorosa cama de latón, en la pensión de ladrillos amarillos que le había recomendado una chica con la que habló en el barco, no conseguía dormir ni liberar su olfato del olor a grasa fría y a pila de fregar. Se quedaba allí tendida, asustada y sola, escuchando a través de los delgados tabiques la agitación de los otros huéspedes, los pesados pasos en dirección al baño, los portazos en el pasillo.

Después de dos semanas en la cafetería, Mary decidió que no podía soportar aquello ni un minuto más; dejó el empleo y consiguió una habitación en la Asociación Cristiana de Jóvenes Mujeres de la zona residencial de la ciudad, donde la trataron con gran deferencia al saber que venía de Hull House, y le mostraron una lista de trabajos sociales que quizás ella quisiera intentar, pero Mary dijo que no: tenía que realizar, una vez siquiera, algún trabajo auténtico en la industria. Tomó, pues, el tren para Pittsburgh, donde conocía a una chica que trabajaba como ayudante de bibliotecario en el Instituto Carnegie.

Llegó a Pittsburgh un día de verano, al atardecer. Al cruzar el puente vislumbró el sol encendido sobre la línea del horizonte, como una floración rosa y naranja, destacándose entre la mañana de humos de coloración metálica que se proyectaban desde una urdimbre de chimeneas alineadas en torno a las gigantescas estructuras de vigas y chapa ondulada que flanqueaban la ribera. Luego, casi inmediatamente, se apeó del tren y descendió a la oscura y pardusca penumbra de la estación, con el asa de la maleta lastimándole la mano. Llamó a su amiga desde una sucia cabina telefónica que olía a humo de cigarro.

—¡Mary French, qué maravilla! —le llegó como un borboteó la voz divertida de Lois Speyer—. Te conseguiré un cuarto aquí mismo, en casa de la señora Gansemeyer. Ven a cenar, Esto es una pensión; espera a que la veas... Pero, la verdad, no me imagino a nadie viniendo a Pittsburgh a pasar las vacaciones.

Mary, en la cabina, sintió que se ponía nerviosa y que se ruborizaba.

—Quería ver algo diferente desde la perspectiva del asistente social.

—Bueno, me resulta tan agradable la idea de tener alguien con quien hablar que espero que no hayas perdido la cabeza... Ya sabes que no dan trabajo a licenciados de Vassar en los hornos de hogar abierto.

—Yo no soy una licenciada en Vassar —gritó Mary French en el teléfono, mientras sentía que la proximidad de las lágrimas le laceraba los ojos—. Soy como cualquier otra obrera... Deberías haberme visto trabajando en aquella cafetería de Cleveland...

—Bien, ven enseguida, querida Mary. Te guardaré algo para cenar.

El viaje en tranvía fue largo. Pittsburgh era ciertamente sórdido.

Al día siguiente, Mary visitó la oficina de empleo de varias compañías del acero. Cuando decía que había sido asistente social, la miraban con aire estupefacto. No había nada que hacer; de momento —le decían— no necesitaban secretarias ni personal de oficina. Se pasó varios días contestando a los anuncios clasificados de los periódicos.

Lois se rió de veras, con aquella risa suya sarcástica y contrariada, cuando Mary hubo de aceptar un empleo de reportera que la propia Lois, gracias a su amistad con la chica que redactaba la columna de sociedad en el *Times Sentinel*, le había conseguido.

Mientras el verano de Pittsburgh se adentraba en agosto, caluroso y asfixiante a causa del gas de hulla y de los humos de los altos hornos, naves de desbaste, trenes de laminación que obstruían la humosa Y donde confluían las estrechas cuencas de los valles, se empezó a hablar en la oficina de redacción de la penetración de agitadores rojos en las fábricas. A cierto señor Gorman, de quien se decía era uno de los jefes de investigación del Servicio Sherman, se le veía a menudo, con un veguero en la boca, en la oficina del gerente de ediciones. El diario comenzó a dar cabida a numerosas noticias de disturbios extranjeros y de los bolcheviques rusos y de la nacionalización de las mujeres y de la derrota de Lenin y Trotski.

Una tarde, a comienzos de setiembre, el señor Healy llamó a Mary French a su despacho privado y le indicó que se sentara. Mary, al verle ir hacia la puerta y cerrarla con cuidado, pensó por un instante que iba a hacerle proposiciones deshonestas; sin embargo, le oyó decir en su tono más paternal y cansino:

—Pues bien, señorita French, tengo un encargo para usted que no quiero que acepte a menos que realmente quiera hacerlo, Tengo una hija también, y espero que cuando crezca llegue a ser una chica agradable, sencilla y bien educada como usted. De modo que, si yo pensara sinceramente que iba a ser un asunto poco digno para usted, no le pediría que lo hiciera… puede estar segura. Somos, estrictamente, el periódico de la familia…, Dejamos que sean los demás colegas quienes lidien con los asuntos escabrosos... Ya sabe que jamás un artículo pana por mi mesa sin que piense en mi mujer y en mis hijos, en cómo me sentiría yo si ellas lo leyesen.

Ted Healy era un hombre grande y redondo, de pelo negro, con ojos inquietos y grises como los de un bacalao.

—¿De qué se trata, señor Healy? —preguntó Mary con viveza.

Estaba ya casi segura de que era algo relacionado con la trata de blancas.

—Bien, esos condenados agitadores; sabrá que están tratando de organizar una huelga... Bien, han abierto una oficina de propaganda en el centro de la ciudad. Tengo miedo de mandar allí a alguno de los muchachos..., podría tener problemas con esos gorilas... No quiero ningún reportero muerto en primera página... Pero si la mando a usted... Ya sabe, no trabaja para un periódico, es una asistente social, quiere conocer ambos lados del problema... Una chica dulce y de aspecto inocente difícilmente puede salir dañada... Bien, quiero el expediente personal de la gente que trabaja allí... En qué parte de Rusia nacieron, y en especial cómo entraron en el país... De dónde procede el dinero... Antecedentes penales, ya sabe... Reúna toda la información posible. Será una magnífica crónica dominical.

—Estoy sumamente interesada en el tema de las relaciones industriales... Es un magnífico encargo... Pero, señor Healy, ¿no son bastante malas las condiciones en las fábricas?

El señor Healy se puso en pie de un salto y empezó a recorrer a grandes zancadas el despacho.

—Tengo toda la información al respecto... Esos malditos inmigrantes están ganando más dinero del que han visto en toda su vida; compran acciones, lavadoras y medias de seda para sus mujeres, y mandan dinero a los viejos que se quedaron en su tierra. Mientras nuestros muchachos arriesgaban la vida en las trincheras, ellos se quedaban con los mejores empleos, y, por si fuera poco, la mayoría de ellos proceden de países enemigos. Esos inmigrantes viven de perlas, no lo olvide. Lo que no pueden comprar es cerebro, y así es como los pescan los agitadores: hablan su lengua y los atiborran de ideas, diciéndoles que lo que tienen que hacer es dejar de trabajar, que pueden hacerse con el país que nosotros hemos convertido en el más grande de la Tierra... Yo no me meto contra esos pobres diablos de emigrantes; no son más que ignorantes. Pero esos rojos que aceptan la hospitalidad de nuestro país y luego van expandiendo por todas partes su demoníaca propaganda... Dios mío, si fueran sinceros se les podría perdonar, pero están en el asunto por dinero, como todo el mundo. Tenemos pruebas concluyentes de que están a sueldo de los rusos rojos, que les pagan con dinero y joyas que robaron allí. No contentos con eso, no paran de sacarles los cuartos a esos pobres e ignorantes inmigrantes... Bien, todo lo que puedo decir es que el fusilamiento es poco para ellos.

Ted Healy tenía el rostro congestionado. Un chico con visera verde entró de pronto en el despacho con un grueso manojo de copias de papel cebolla.

Mary French se levantó.

—Me pondré manos a la obra, señor Healy —dijo.

Se apeó del coche en una esquina equivocada, y subió dando traspiés por la calzada desigual de una ancha y empinada calle de adoquines flanqueada de tiendas de baratijas, salas de billares, barberías y baratos restaurantes italianos. El viento borrascoso levantaba espirales de polvo, virutas de embalaje y papeles viejos. Junto a una puerta sin pintar, unos hombres de aspecto extranjero hablaban en voz baja y en grupos de tres o cuatro. Antes de reunir la necesaria presencia de ánimo para subir las largas, empinadas, sucias y estrechas escaleras, se quedó unos instantes frente a la vitrina anexa de un

fotógrafo, mirando las ampliaciones coloreadas de bebés con mejillas demasiado sonrosadas, de grupos familiares y de parejas de recién casados tiesos como husos. Una vez arriba, se detuvo en el desaliñado pasillo. De las oficinas a ambos lados le llegó el ruido de las máquinas de escribir y de voces que discutían.

En la oscuridad tropezó con un hombre joven.

—Hola —dijo el joven con una voz ronca que a Mary le gustó—. ¿Es usted la señora de Nueva York?

—No exactamente. Soy de Colorado.

—Estamos esperando a una señora que viene de Nueva York a ayudarnos con cierta propaganda. Pensé que tal vez era usted.

—Pues yo vine a eso precisamente.

—Entre, soy Gus Moscowski. Soy algo así como un recadero.

Abrió una de las puertas y la hizo pasar a una pequeña oficina polvorienta, atestada de papeles apilados y ocupada casi en su totalidad por una mesa grande, cubierta de recortes de prensa, en la que trabajaban dos jóvenes con gafas y en mangas de camisa.

—Estos son los titulares.

Mary, mientras hablaba con ellos, no pudo apartar los ojos de Gus. Era un hombre de pelo rubio muy corto y ojos muy azules, y aire de osezno grande con su traje de sarga barata, con brillo en los codos y en las rodillas. Los dos jóvenes contestaron a sus preguntas tan amablemente que Mary no pudo evitar el confesarles que se trataba de un reportaje para el *Times—Sentinel*. Se rieron a mandíbula batiente.

—Pero el señor Healy dijo que quería algo aquilatado y justo. Piensa que se está engañando a los obreros para que vayan a la huelga —dijo Mary, y se sorprendió riendo también.

—Gus —dijo el mayor de ellos—, acompaña a esta joven dama a dar una vuelta por ahí. Muéstrale el panorama... En fin, puede que Ted Healy haya

perdido la razón. Para empezar, aquí tiene lo que los amigos de Ted Healy le hicieron a Fanny Sellers.

Mary no se atrevió a mirar la fotografía que el hombre le colocó debajo de la nariz.

—¿Qué había hecho?

—Trató de organizar a la clase obrera; es el peor crimen que se puede cometer en este país.

Fue un alivio para ella encontrarse de nuevo en la calle, apresurándose al lado de Gus Moscowski, que avanzaba arrastrando los pies mientras sonreía.

—Bien, creo que será mejor que te lleve primero a ver cómo vive la gente con cuarenta y dos centavos a la hora. Qué pena que no hables polaco. Yo soy polaco.

—Pero debes de haber nacido en este país.

—Claro, tengo el diploma de secundaria. Si pudiera conseguir algo de pasta, me gustaría estudiar ingeniería en el Instituto Tecnológico de Carnegie. No sé por qué sigo tan apegado a esos condenados polacos.

La miraba de frente y, al decirlo, sonreía.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Yo entiendo por qué —le dijo.

Al doblar una esquina, Gus hizo un gesto con el codo en dirección a un grupo de chiquillos andrajosos que hacían pasteles de barro. Eran chiquillos entecos, pálidos y mugrientos, con bolsas bajo los ojos. Mary apartó la mirada, pero los había visto, como había visto a la mujer muerta, con la cabeza hundida, de la fotografía.

—Eche una buena ojeada a este callejón, a esta sentina de la Tierra de las oportunidades —dijo Gus Moscowski, con voz gutural.

Aquella noche, cuando bajó del tranvía en la esquina más cercana a la pensión de la señora Gansemeyer, le temblaban las piernas y le dolía la región

lumbar. Subió directamente a su cuarto y se metió precipitadamente en la cama. Estaba demasiado cansada para cenar o para sentarse a escuchar el habitual cotilleo sarcástico de Lois Speyer. No podía dormir. Se quedó allí echada sobre la cama hundida, escuchando las voces de los huéspedes, que conversaban en sus mecedoras en el porche de abajo; escuchando el ulular de los motores y el ruido metálico de los vagones de mercancías que cambiaban de vía allá en el valle; viendo de nuevo los zapatos rotos y deformes y las gastadas manos cruzadas sobre delantales sucios y la acerada y ansiosa mirada de las mujeres de ojos de abalorio; sintiendo bajo los pies el temblor de las escaleras desvencijadas que zigzagueaban, ascendían y descendían por las colinas negras y desnudas como montones de escoria, donde vivían los obreros del acero en amasijos de chabolas y en enormes hileras negras de casas de tablas corroídas por el humo; aspirando el hedor de los destartalados retretes, de las cocinas con repollo en el fuego y ropas en agua hirviendo y niños sin cambiar y pañales tendidos. Logró dormir a trompicones, y se despertaba a intervalos con la voz cálida y bronca de Gus Moscowski en la cabeza, y un hormigueo le recorría todo el cuerpo cuando sentía su rudo y velludo tacto de osezno al rozar con su brazo el de ella, o cuando le tendía una mano grande para sostenerla y ponerla a salvo al quebrarse el tramo de tablas y empezar ella a deslizarse entre la madera laminar y suelta bajo sus pies. Una vez dormida profundamente, siguió soñando con él, y por la mañana se despertó temprano y feliz porque iba a verlo inmediatamente después del desayuno.

Por la tarde volvió a la redacción a escribir el reportaje. Tal como le había indicado Ted Healy, expuso en él todo lo que pudo averiguar sobre los encargados de la oficina de propaganda. La procedencia más cercana a Rusia de cualquiera de ellos era Canarsie, Long Island. Trató de contemplar el asunto desde ambas perspectivas, e incluso llegó a calificar de «posiblemente desencaminados» a los propagandistas.

Unos instantes después de enviar el trabajo al editor del dominical, fue llamada a la sección de local. Ted Healy, con visera verde, estaba inclinado sobre un desordenado montón de galeradas. Mary alcanzó a ver su reportaje sobre los papeles apilados bajo el codo del señor Healy. Alguien había

garabateado en la parte superior, con lápiz rojo «¿Cómo me hacen esto a mí?».

—Bien, joven dama —dijo Healy, sin levantar la vista—, ha escrito usted un trabajo propagandístico de primera, digno del *Nation* o de cualquiera de esas gacetillas «rojillas» de Nueva York, pero ¿qué diablos piensa que podemos hacer con él? Esto es Pittsburgh. —Se levantó y le tendió la mano—. Adiós, señorita French. Me habría gustado poder disponer de usted, pues es una chica verdaderamente inteligente..., y las reporteras inteligentes escasean... He enviado ya instrucciones al cajero.

Antes de que pudiera recobrar el aliento, Mary French se encontró en la calle con una semana más de sueldo en la cartera, lo que después de todo era una gentileza del viejo Ted Healy.

Aquella noche Lois Speyer recibió con espanto la noticia de que su amiga había sido despedida, pero cuando Mary le contó que había ido al centro y había conseguido un empleo en la oficina de propaganda de los Amalgamados*, Lois rompió a llorar.

[* Amalgamated Clothing Workers of America, sindicato textil fundado en 1914 (N. del T.)]

—Cuando dije que habías perdido la razón estaba en lo cierto... Una de las dos tendrá que dejar esta pensión... Y no voy a poder salir contigo como antes.

—Qué cosa más ridícula, Lois.

—Querida, tú no conoces Pittsburgh. Me tienen sin cuidado esos míseros huelguistas, yo tengo absoluta necesidad de conservar mi empleo... Ya sabes que tengo que mandar dinero a casa... Oh, estábamos empezando a pasarlo tan bien y tú vas y lo echas todo a perder...

—Si hubieras visto lo que yo he visto, no hablarías así —dijo Mary French con frialdad.

Después de aquello, jamás volverían a ser las amigas íntimas de siempre.

Gus Moscowski le encontró una habitación con pesadas cortinas de encaje en casa de un tendero polaco que era primo de su padre. Por las noches, cuando trabajaban hasta tarde —lo cual sucedía siempre—, Gus la acompañaba solemnemente a casa a la salida.

Mary French no había trabajado tanto en toda su vida. Redactó comunicados, reunió datos estadísticos sobre la tuberculosis, la desnutrición en los niños, las condiciones sanitarias y el crimen, viajó en tranvías interurbanos, y lentos trenes locales a Rankin y Braddock y Hornestead y Bessemer, y llegó incluso hasta Youngstown y Steubenville y Gary, tomó notas de discursos de Foster y Fitzpatrick, vio mítines truncados, vio cómo la policía, a caballo y de uniforme gris oscuro, avanzaba en fila por los callejones sin pavimentar de los terrenos de las fábricas, golpeando a hombres y mujeres con sus porras, apartando a patadas a los niños, ahuyentando a los viejos de las entradas principales.

—Y pensar —dijo Gus refiriéndose a los policías— que la mayoría de esos hijos de perra son también cochinos polacos... Algo muy propio de los polacos, justo es decirlo.

Mary entrevistó a la prensa metropolitana, dedicó horas enteras a tratar de engatusar a los periodistas de la Associated Press y de la United Press para que enviaran crónicas sinceras, cuidó de la corrección gramatical de los folletos de propaganda en lengua inglesa. El otoño transcurrió sin que apenas se diera cuenta. Los Amalgamados no podían pagarle sino sus gastos más perentorios, su ropa se hallaba en un estado lamentable, desaparecieron los rizos de su pelo y por la noche no podía dormir con el recuerdo de las cosas que había visto: los encarcelamientos, las cabezas sangrantes, la destrucción de una sala familiar —el sofá abierto a cuchilladas, las sillas aplastadas, el armario de la porcelana hecho trizas con un hacha— por la policía, que buscaba «literatura subversiva». Cuando se vestía precipitadamente por la mañana, Mary apenas lograba reconocerse en el espejo de manchas verdosas y marco dorado que había sobre el lavabo. Tenía un aspecto macilento y desesperado; empezaba a parecer una huelguista.

Se reconocía a duras penas, asimismo, cuando la voz de Gus le producía escalofríos, o cuando el que se sintiera bien o mal un día cualquiera dependía

de la frecuencia con que Gus, al dirigirse a ella, le había sonreído. No era en absoluto propio de ella el modo en que, en cuanto tenía la mente libre unos instantes, empezaba a imaginar que Gus se acercaba a ella, que la rodeaba con sus brazos, e imaginaba sus labios, sus manos grandes y rudas. Cuando esto sucedía, Mary tenía que cerrar los ojos y se sentía toda ella invadida por el vértigo. Luego abría los ojos con esfuerzo y se volcaba sobre la máquina de escribir, y al cabo de unos instantes se serenaba y recobraba la compostura.

El día en que por primera vez Mary French tuvo que reconocer para sí que los obreros bien pagados la verían pronto fracasada, apenas se atrevió a mirar a Gus a la cara cuando pasó a buscarla para acompañarla a casa. Era una noche de bochorno y de llovizna, impropia de noviembre. Caminaban por la calle, en silencio, y la niebla enrojeció súbitamente sobre la lí nea de las fábricas.

—Allí van —dijo Gus. El resplandor crecía más y más: primero, rosa; luego, naranja. Mary asintió con la cabeza, y guardó silencio—. ¿Qué puede uno hacer cuando la clase obrera no está unida? Todo maldito extranjero piensa de los de su misma condición que son unos gandules, y los americanos piensan que unos y otros, salvo unos pocos, son unos gandules. No hace tanto tiempo que todo el mundo era extranjero en este santo país. Cristo, no sé por qué sigo al lado de la gente en esto.

—Gus, ¿qué harás si sale mal la huelga? Quiero decir tú, personalmente.

—Estaré en la lista negra, naturalmente. Lo cual significa que no voy a poder conseguir otro empleo en la rama del metal... Y eso aunque fuera el único disponible sobre la capa terrestre... Maldita sea, no sé. Cambiar de nombre y enrolarme en la Marina, supongo. Dicen que la gente puede conseguirse una educación realmente buena en la Marina.

—Pienso que no deberíamos hablar de eso... En cuanto a mí, no tengo ni idea de lo que haré.

—Tú puedes ir a cualquier parte y conseguir un empleo en un periódico, como antes... Me gustaría tener tu educación... Apuesto a que te alegrarás de haberte librado de toda esa partida de inmigrantes.

—Ellos son la clase obrera, Gus.

—Es cierto. Si al menos pudiéramos inculcar más sensatez en nuestras malditas cabezas... Ya sabes que tengo a mi propio hermano entre los esquiroles.

—Probablemente estará preocupado por su mujer y sus hijos.

—Más se preocuparía si le pusiese las manos encima... Un obrero no tiene derecho a tener mujer e hijos.

—Puede tener una chica... —La voz de Mary se apagó.

Sintió que el corazón le latió con tanta violencia, mientras caminaba a su lado por el asfalto desigual, que tuvo miedo de que él lo hubiera oído.

—Chicas a montones —rió Gus—. Libres y fáciles; las polacas lo son. Al menos eso está bien.

—Desearía... —se oyó decir Mary.

—Bien, buenas noches. Que descanses, pareces rendida.

Se había vuelto, después de darle una palmada en el hombro, y se había alejado con su andar largo y desmañado, Mary se quedó en la puerta de la casa. Una vez en su cuarto, se echó sobre la cama y rompió a llorar.

Algunas semanas después, Gus Moscowski fue detenido cuando distribuía octavillas en Braddock. Mary vio cómo lo llevaban ante el juez, en el sucio tribunal atestado de los grises uniformes de la policía del estado, y lo condenaban a cinco años. Tenía un brazo en cabestrillo, y en el pelo corto, como de estopa, de la parte posterior de su cabeza podía verse una costra de sangre coagulada. Sus ojos azules se encontraron con los de ella en medio del gentío, y entonces él sonrió y le dirigió un amplio y vivaz saludo con su mano grande.

—Así que ésas tenemos, ¿eh? —oyó Mary que alguien gruñía a su lado— Pues bien, va a ser la última vez que ves el careto de ese tipo.

A cada lado de ella había sendos y fornidos policías de gris, que la sacaron a empujones de la sala y la hicieron caminar hasta la parada del tranvía interurbano. Mary no dijo nada, pero no pudo evitar que le saltasen las

lágrimas. Jamás habría imaginado que unos hombres pudieran hablar de aquella forma a una mujer: «Venga ya, déjate de remilgos. Aquí Steve y yo somos dos veces más hombres... Deberías tener más sentido común y no andar abriéndote de piernas para ese tipo de gentuza».

Al fin llegó el tranvía de Pittsburgh y la hicieron subir y le advirtieron que si la volvían a ver por allí la detendrían por buscona. Al reanudar la marcha el tranvía, les vio darse la vuelta y palmearse mutuamente la espalda mientras reían. Se quedó en el fondo del coche, encorvada sobre el asiento, con el estómago revuelto y la cara rígida. De vuelta en la oficina, se limitó a contar que los cosacos la habían expulsado del palacio de justicia.

Cuando supo que George Barrow estaba en la ciudad con la Comisión Investigadora del Senado, fue a verlo de inmediato. Esperó en el vestíbulo del hotel Schenley. La inmóvil noche de invierno era un bloque compacto de intenso frío negro. Mary tiritaba en su delgado abrigo. Estaba exhausta. Tenía la impresión de que llevaba semanas sin dormir. En el vestíbulo del hotel, grande y apacible, la atmósfera era cálida, y Mary podía sentir a través de las suelas de sus zapatos, delgadas como papel, el grueso tejido de la alfombra. Debía de haber habido una reunión de bridge en alguna de las salas del hotel, pues por el vestíbulo desfilaban constantemente grupos de señoras elegantes de mediana edad que le recordaban a su madre. Se dejó caer en una honda butaca, junto a un radiador, y al instante se sumió en una ligera somnolencia.

—Pobre criatura, cuánto has debido de trabajar. Apuesto a que esto es bastante diferente de la asistencia social...

Mary abrió los ojos, George llevaba un abrigo con forro y cuello de piel del que emergía cómicamente, cual cabeza de marabú o de cigüeña, su delgado cuello y su cara larga y nudosa.

—Oh, señor Barrow..., quiero decir George —dijo Mary, levantándose. El, con la mano izquierda, la tomó de la mano, y con la derecha se la acarició suavemente—. Ahora ya sé cómo son las trincheras de primera línea —añadió Mary, riéndose del aspecto cómico y amable de su amigo.

—Te ríes de mi abrigo de piel... ¿Serviría de algo a los Amalgamados el que pescara una pulmonía? ¿Por qué no tienes tú un abrigo que te arrope como es debido? La pequeña y dulce Mary French... Exactamente la persona que yo quería ver... ¿Te importa que subamos a la habitación? No me gusta hablar aquí..., demasiada gente indiscreta.

Arriba, en su ordenado y cálido cuarto de cortinas y luces rosadas, la ayudó a quitarse el abrigo. Se quedó unos instantes sopesándolo en la mano y frunciendo el ceño.

—Necesitas una prenda que te abrigue —dijo.

Luego, después de pedir té para Mary al camarero, dejó abierta, con ademán grandilocuente, la puerta que daba al corredor. Se acomodaron a ambos lados de una mesita que había al pie de la cama, atestada de periódicos y de hojas mecanografiadas.

—Bien, bien, bien —dijo él—. ¡Qué gran placer para un viejo solitario como yo! ¿Qué te parecería si cenáramos con el senador? Sólo para ver cómo viven los pudientes.

Hablaron sin cesar. El señor Barrow, de cuando en cuando, deslizaba un poco de whisky en el té de Mary. Fue muy amable, dijo que estaba seguro de que podría conseguir la libertad de todos los detenidos tan pronto como la huelga remitiese y las cosas se arreglasen, lo cual casi había sucedido ya. Acababa de estar en Youngstown hablando con Fitzpatrick, a quien, en su opinión, casi había convencido de que lo único que cabía hacer era conseguir que los obreros volvieran al trabajo. Tenía, por otra parte, el testimonio del propio juez Gary, quien aseguraba que nadie sería discriminado y que los expertos ya estaba estudiando el problema de la jornada de ocho horas. Tan pronto como las dificultades técnicas pudieran superarse, el marco vital de los obreros del acero mejoraría radicalmente. Y dicho esto, en aquel mismo momento, George Barrow ofreció a Mary French entrar en nómina en calidad de secretaria personal suya. Explicó que su experiencia real en el terreno de las condiciones laborales sería preciosa para influir en la legislación. El gran esfuerzo de los obreros del acero de bajo salario habría de ser incorporado a la legislación, pues de otro modo se malograría. El núcleo de la lucha se estaba desplazando

a Washington. En su opinión, había llegado el momento de que se dirimiera en el Senado, Mary dijo que su puesto se hallaba, en primer lugar, junto al comité de huelga.

—Pero mi dulce y querida niña —dijo George Barrow acariciándole suavemente el dorso de la mano—, dentro de unos días no habrá ningún comité de huelga.

El senador era un hombre del Sur, de pelo entrecano y polainas cortas blancas, y al entrar en el cuarto miró a Mary como temiendo que fuera a colocarle una bomba bajo la oronda prominencia de su chaleco crema; sus modales paternales, respetuosos, delicados, de persona acostumbrada al trato con las damas, eran, sin embargo, tranquilizadores. Pidieron que se les sirviera la cena en la habitación. El senador, en tono pesado y ampuloso, hacía bromas a George acerca de sus peligrosos amigos bolcheviques. Ambos apuraron gran cantidad de whisky de centeno, y la habitación rebosaba de humo y olía generosamente a alcohol. Cuando Mary se despidió para volver a la oficina, los dejó hablando acerca de terminar la velada en un espectáculo de variedades.

El grupo, en la oficina, tenía un aire huraño y ojeroso. Cuando Mary les refirió la oferta de G. H. Barrow, le dijeron que se aferrase a ella de inmediato, pues sin duda sería maravilloso tenerla trabajando para ellos en Washington; ya no iba a ser posible, por otra parte, seguir pagándole siquiera sus gastos más primarios. Mary acabó de redactar su informe y dio las buenas noches sombríamente. Aquella noche durmió como no lo había hecho en mucho tiempo: en el camino a casa, sin embargo, la persiguieron constantemente los ojos azules de Gus Moscowski, la visión de su cabeza rubia con sangre coagulada y de la viva sonrisa que le dirigió cuando sus ojos se encontraron en el tribunal. Mary había decidido que la mejor manera de hacer que los detenidos salieran de la cárcel era ir a Washington con George.

A la mañana siguiente, George la llamó a la oficina nada más levantarse y le preguntó qué había decidido acerca del empleo; Mary respondió que aceptaba. El añadió que qué le parecían cincuenta dólares a la semana; que acaso podrían ser setenta y cinco después de un tiempo. Ella respondió que jamás había ganado tanto en toda su vida. El dijo que la necesitaba

inmediatamente en el hotel Schenley, pues tenía algo importante para ella. Al llegar Mary al hotel, George la esperaba en el vestíbulo con un billete de cien dólares.

—Lo primero que quiero que hagas, querida chica, es que vayas a comprarte un abrigo confortable. Aquí tienes dos semanas de adelanto... De poco me servirás como secretaria si te mueres de una pulmonía el primer día.

En el coche salón, camino de Washington, George le tendió dos maletas negras, grandes y cuadradas llenas de declaraciones y testimonios.

—Ni por un momento pienses que en este empleo no hay que trabajar duro —dijo, sacando uno tras otro sobres de papel manila llenos de papel cebolla de apretada mecanografía—. El otro trabajo era más romántico —añadió mientras sacaba punta a un lápiz —, pero éste resulta más útil a la larga.

—Lo dudo —dijo Mary.

—Mary, querida, eres muy joven..., y muy dulce.

Se echó hacia atrás en el sillón de felpa verde y se quedó mirándola largo rato con sus ojos saltones, mientras las colinas nevadas, con las franjas verdes del liquen de las rocas y el negro encaje de las ramas desnudas de los árboles, desfilaban afuera. Al cabo, bruscamente, le preguntó si no sería estupendo que ellos dos se casaran cuando llegaran a Washington. Mary negó con la cabeza y volvió al problema de la defensa de los huelguistas, pero no pudo evitar sonreírle cuando le dijo que por el momento no quería casarse. Pero había sido tan amable... Sentía que era un amigo verdadero.

En Washington, Mary se instaló en un pequeño apartamento, situado en una casa de la calle H que solían subarrendar a bajo precio funcionarios demócratas que abandonaban la ciudad. A menudo cocinaba allí para George. Salvo en excursiones y acampadas, nunca había cocinado antes, pero George era todo un experto y sabía cómo hacer espaguetis, carne con chile, ostras a la crema y genuina bullabesa francesa. Solía conseguir vino en la embajada rumana, y organizaban placenteras comidas íntimas después de largas jornadas de trabajo en la oficina. El hablaba sin cesar acerca del amor y de la importancia que para hombres y mujeres tenía el llevar una vida sexual sana,

de modo que al fin Mary accedió a sus deseos. Era tan tierno y tan gentil que ella llegó a pensar durante cierto tiempo que tal vez lo amaba de verdad. George lo sabía todo sobre anticonceptivos, y hablaba de ellos con delicadeza y humorismo. En cuanto a Mary, el dormir con un hombre no trastocaba tanto su vida como ella habría esperado.

Al día siguiente de la investidura de Harding, dos hombres de aspecto desharrapado y con gorras grises y deformes se acercaron de improviso a Mary en el vestíbulo del pequeño edificio de la calle G donde George tenía la oficina. Uno de ellos era Gus Moscowski. Tenía las mejillas hundidas y un aire fatigado y sucio.

—Hola, señorita French —dijo—. Este es mi hermano menor... No el esquirol; éste es como es debido... Tienes un aspecto estupendo.

—Oh, Gus, te han soltado...

Gus asintió con la cabeza.

—Hubo un nuevo juicio; nos absolvieron... Pero te aseguro que no es nada divertido estar en chirona.

Mary los invitó a subir a la oficina de George.

—Estoy segura de que el señor Barrow querrá tener noticias de primera mano de los obreros del acero.

—No somos obreros del acero, somos vagabundos... Tus amigos los senadores nos han vendido lindamente. Todo hijo de madre que haya sido visto con un huelguista está en la lista negra. Mi viejo ha conseguido volver a su trabajo, pero a cincuenta centavos en lugar de a dólar diez, y eso después de que el cura le hiciera besar los Evangelios y prometer que no se afiliaría al sindicato... Hay montones de gente que están volviendo a su patria. Mi hermano y yo salimos de la ciudad y nos fuimos a Baltimore a conseguir trabajo en algún barco, pero los marineros se amontonan como sardinas en el muelle... Así que pensamos que nos daba igual venirnos por aquí a ver la investidura y a echar una ojeada a los peces gordos.

Mary intentó hacer que aceptaran algo de dinero, pero ellos sacudieron la cabeza y dijeron:

—No necesitamos limosna. Podemos trabajar.

Se disponían a salir cuando entró George. No pareció en absoluto complacido al verlos, y comenzó a sermonearles acerca de la violencia: si los huelguistas no hubieran amenazado con la violencia y no se hubieran dejado embaucar por una partida de agitadores bolcheviques, los hombres que negociaban realmente un acuerdo desde dentro habrían podido conseguir unas salidas mucho más aceptables al conflicto.

—No voy a discutir con usted, señor Barrow. Supongo que usted piensa que el padre Kazinski era rojo y que fue Fanny Sellers la que le partió la cabeza al policía. Y luego dirá que está de parte de la clase obrera...

—Oye, George —terció Mary—, hasta el comité del Senado admitió que la violencia la ejercieron los delegados y la policía... En cualquier caso, yo misma pude verlo.

—Por supuesto, muchachos... Sé muy bien contra quién lucháis... Yo no defiendo al trust del acero... Pero mira, Mary, lo que quiero inculcar a estos muchachos es que los obreros, en estos asuntos, son con frecuencia los peores enemigos de sí mismos.

—A los obreros se la juegan de mala manera siempre, lo mires por donde lo mires —dijo Gus—; y no sé cuándo es peor, si cuando lo hacen sus enemigos o cuando lo hacen sus propios amigos... Bien, tenemos que darnos prisa.

—Muchachos, lamento tener asuntos urgentes que atender. Me gustaría poder escuchar vuestras experiencias... Quizás en alguna otra ocasión —dijo George, acomodándose en su escritorio.

Mary los siguió hasta la puerta y le susurró a Gus:

—¿Y qué hay del Instituto Tecnológico Carnegie?

Ahora, después de la cárcel, los ojos de Gus no parecían tan azules.

—Sí, ¿qué hay de eso? —replicó Gus sin mirarla; luego cerró suavemente a su espalda la puerta de cristal esmerilado.

Aquella noche, mientras cenaban, Mary se levantó de improviso de la mesa y dijo:

—George, somos tan responsables como el que más de traicionar a los obreros del acero.

—Tonterías, Mary; la culpa es de los líderes, que eligieron un mal momento para la huelga y luego dejaron que los ideólogos les endosaran una sarta de disparatadas ideas revolucionarías. Los movimientos sindicales se resienten siempre que se mezclan en política. Gompers lo sabe. Y nosotros hicimos lo que pudimos por los huelguistas.

Mary French comenzó a caminar de un lado a otro por el cuarto. De repente se veía invadida por una cólera amarga, incontrolable.

—Así es como solían hablar en Colorado Springs. A lo mejor lo que debería hacer es volver a vivir con mamá y dedicarme a hacer obras de caridad. Sería mejor que vivir a costa de la clase obrera.

Seguía paseándose de un lado para otro. George, entretanto, continuaba sentado a la mesa, cuidadosamente dispuesta por Mary con flores y mantel blanco, bebiendo pequeños sorbos de vino y untando un poco de mantequilla en la esquina de una galletita salada, añadiendo sobre ella un trozo de roquefort, mordiendo aquel extremo y volviendo a untar con mantequilla y a añadir roquefort y a morder el nuevo extremo, masticando siempre lentamente; Mary podía sentir cómo sus ojos saltones exploraban de arriba abajo su cuerpo.

—Somos simplemente unos farsantes del sindicalismo —le gritó a la cara, y entró corriendo en el dormitorio.

El, inclinado sobre ella, masticando aún el queso y las galle— titas, le acariciaba nerviosamente la parte alta de la espalda.

—Qué cosa más odiosa acabas de decir... Niña mía, no debes ser tan histérica... No es la primera huelga que sale mal... Incluso en ésta se ha ganado

algo. La gente ecuánime de todo el país se ha horrorizado ante la implacable violencia de los magnates del acero. Y ello va a influir en la legislación... Siéntate y toma un vaso de vino... Oye, Mary, ¿por qué no nos casamos? Es estúpido vivir así. Tengo algunas pequeñas inversiones. Precisamente el otro día vi una preciosa casita en venta en Georgetown. Y ahora que los precios están bajando y que hay una reducción de personal en la administración, es el momento apropiado para comprar una casa. Después de todo, he llegado a una edad en la que debo pensar en asentarme, en tener mujer e hijos... No quiero esperar a que sea demasiado tarde.

Mary se incorporó y se sentó lloriqueando como una niña.

—Oh, George, tienes mucho tiempo por delante. No sé por qué me horroriza casarme... Me horroriza todo esta noche.

—Pobre pequeña; seguramente te va a venir la regla —dijo George, y la besó en la frente; luego salió para su hotel.

Una vez sola, Mary decidió volver a Colorado Springs a visitar a su madre durante un tiempo. Luego trataría de encontrar un empleo en algún periódico.

Antes de que le fuera posible partir para el Oeste, cayó en la cuenta de que había transcurrido más de un mes desde su último período. El temor a un embarazo empezó a obsesionarla. No quería decirle nada a George, pues sabía que iba a insistir en que se casaran. Pero no podía esperar. No conocía a ningún médico a quien acudir. Una noche, muy tarde, fue a la cocina decidida a meter la cabeza en el horno y abrir la espita de gas, pero la operación, de alguna forma, le pareció tan engorrosa y sintió tan fríos los pies sobre el linóleo que se volvió a la cama.

Al día siguiente recibió una carta de Ada Cohn, en la que le refería detalladamente la maravillosa vida que llevaba en

Nueva York, donde tenía el apartamento más encantador que pudiera imaginarse. Trabajaba intensamente con el violín, y tenía la esperanza de que en la próxima temporada podría dar un concierto en el Carnegie Hall. Mary French, sin terminar siquiera de leer la carta, se puso a hacer el equipaje. Llegó

a la estación a tiempo para coger el tren de las diez a Nueva York. Desde la estación envió a George un telegrama:

AMIGA ENFERMA. SALGO PARA NUEVA YORK, ESCRIBIRÉ

Había telegrafiado también a Ada, y Ada fue a recibirla a la estación Pensilvania. Estaba sumamente guapa y elegante. En el taxi, Mary le pidió dinero para abortar. Ada tuvo un acceso de llanto y dijo que, por supuesto, le prestaría el dinero necesario, pero que a quién diablos iba a acudir para que se lo practicara. Ella, a decir verdad, no se atrevía a pedírselo al doctor Kirstein, pues era tan amigo de su padre y de su madre que se molestaría enormemente.

—No voy a tener el niño. No voy a tener el niño —repetía Mary entre dientes.

Ada tenía un bonito apartamento de tres habitaciones en la parte posterior de un edificio situado en Madison Avenue, alfombrado de castaño claro, con un enorme piano de cola y multitud de plantas en macetas y flores en jarrones. Después de cenar, se pasaron la velada paseándose de un lado a otro de la sala, tratando de pensar. Ada se sentó al piano y tocó unos preludios de Bach para serenarse —según dijo—, pero estaba tan nerviosa y trastornada que no atinaba a seguir la melodía. Mary, finalmente, escribió a George una carta urgente preguntándole qué hacer. Al día siguiente, al anochecer, recibió la respuesta. George estaba desconsolado, pero incluía en ella la dirección de un médico.

Mary le tendió la carta a Ada para que la leyera.

—¡Qué carta más deliciosa! No lo culpo en absoluto. Parece una persona sensible, delicada, hermosa.

—Lo odio —dijo Mary, clavándose las uñas en las palmas de las manos—. Lo odio.

A la mañana siguiente fue sola a la consulta del médico. Después de la operación, volvió a casa en un taxi y dejó que Ada la acostara. Ada le crispaba los nervios: entraba y salía de su cuarto de puntillas y con el semblante

encogido. Al cabo de una semana, Mary French dejó de guardar cama. Parecía estar recuperada, y empezó a buscar trabajo en Nueva York.

El Ojo de la Cámara (46)

caminas por las calles y caminas por las calles interrogando a los carteles de Coca—Cola los anuncios de Lucky Strike los precios de los escaparates los retazos de conversaciones oídas al pasar los jirones dispersos de papel de periódico los titulares de la prensa de ayer que asoman de los cubos de basura

por una serie de números una norma de acción una dirección que no sabes con exactitud has olvidado el número la calle tal vez pertenezca a Brooklyn un tren que parte hacia

alguna parte el silbido de un vapor que te taladra los oídos una oferta de empleo anunciada en la fachada de una agencia para hacer para realizar hay más vidas que la de caminar desesperado por las calles apresúrate mísero realiza haz un discurso que inste a la acción en el recinto atestado tras los aplausos las palmaditas y sonrisas de los otros que están en el estrado el rechinar de las sillas el silencio expectante las toses últimas durante el primer intento balbuciente de hablar con claridad el tenso transcurrir del hallazgo de un eslogan al que el público presta oídos y luego la fácil ascensión eslogan tras eslogan hacia la ovación (si alguien dentro de tu cabeza no te llamara embustero y en Union Square

aquella vez te inclinaste desde la tribuna improvisada sobre las caras de la gente ávidos jóvenes viejos testarudos personas de mediana edad entumecidas por el exceso de trabajo ojos nublados por la lectura de los diarios tratando de decirles la verdad desnuda hazles reír diles lo que están deseando oír enarbola una bandera te susurra el agitador loco por triunfar que llevas dentro)

vacilas de pronto avergonzado te ruborizas comienzas a sudar ¿por qué no decir a estos hombres que patean al viento que estamos sobre arenas movedizas? que la duda es la piedra de afilar del entendimiento es algo muy duro duele en lugar de instar montadle piquetes a John D. Rockefeller el bastardo si los polis os parten la cabeza todo es por el progreso de la raza humana mientras vuelvo a casa después de tomar una copa y una cena caliente y leo (con cierta dificultad en la traducción de la Loeb Library) los epigramas de Marcial y reflexiono sobre el curso de la historia y sobre cuál podría ser la palanca capaz de desalojar del poder a los patronos y de devolvernos (yo también Walt Whitman) la democracia de nuestros libros de cuentos

y en mi bolsillo todo el tiempo aquella carta del compañero del colegio pidiéndome que le explique por qué teniendo razón lo cual admite los radicales son tales mierdas en su vida privada

échate en la cama mísero (pelando la cebolla de la duda) con el libro sin leer en la mano y mécete en el columpio acaso después de todo acaso triunfador haz

dinero ya entiendes lo que quería decir aquel viejo de la barba blanca al lado del tintero de cristal sentado en el escritorio barnizado y despejado de la oficina de nogal en cuya voz resonaban todos los curas de la infancia y vibraban estridentes los hosannas de los desafinados coros femeninos Todo lo que dice es cierto pero existen cosas tales como las ventas Y yo tengo hijas estoy seguro de que acabará pensando de modo diferente haz

dinero en Nueva York (con lápiz de labios de los labios de una chica elegante fragante iba a las cinco en un taxi que se escora y baja por Park Avenue al final de las calles que confluyen en las principales avenidas al oeste se inflama de oro y de oleadas de humo blanco de las chimeneas de los vapores que dejan el puerto y el cielo está tapizado de billetes de banco las remachadoras guardan silencio los camiones de los fabricantes están varados en las avenidas marginales las ganancias cantan en cada rincón de las calles crepitan en los encendidos de los coches silban suavemente en los cojinetes de bolas centellean en las luces que siguen iluminando los escaparates graznan en los

cláxones suenan musicalmente en las bocinas de las limusinas de los coches importados de los millonarios

los dólares son sedosos en ese pelo femenino suaves en su vestido delicados brotes en los pétalos artificiales que tú besas se hacen picantes y crujientes en la cena en el bar clandestino laceran con sabor punzante en las bebidas

elevan el tono del espectáculo de chicas y música ponen en marcha las risas ebrias de la juerga en el cabaret caldean la cadencia lenta de la orquesta de baile chasquean con sonido agudo en las buenas noches de la chica de sombrero a cuadros)

y si no ¿por qué no? pasear por las calles dar vueltas en la cama el escozor de los ojos de pelar la cebolla de la especulación si alguien dentro de tu cabeza ¿triunfador? ¿mísero? no te llamara (en Union Square) mentiroso

Noticiario LII

congregados en un oficio en memoria de los difuntos queridos, la última media hora de devoción y rememoración de las obras realizadas y de lo que quedó sin hacer; rememoración de la amistad y del amor; de lo que fue y de lo que podía haber sido. ¿Por qué no emplear bien esta media hora última? ¿Por qué no hacer que este último oficio sea tan bello como los organizados por Frank E. Campbell en la iglesia funeraria (no sectaria)?

APARECE FLOTANDO UN CADÁVER

DENTRO DE UNA BOLSA

Barrio chino mi barrio chino donde las luces son tenues

Donde los corazones que no conocen otro Entorno vagan a la deriva

MUERE DE APOPLEJÍA MIENTRAS SU MUJER LE LEE

la señora Harding le leía en voz baja y dulce. Se tenía la esperanza de que bajo tal influjo lograra conciliar el sueño

DAUGHERTY, PROCESADO

Solo

Junto al teléfono

Esperando una llamada

Dos cuerpos de mujer en el equipaje del asesino

LOS OBREROS MARCHAN EN MANIFESTACIÓN EN LA CIUDAD

DE REICHSTAG A OSCURAS

FRACASA LA PRECIPITADA CARRERA EN TAXI PARA IMPEDIR

UN SUICIDIO EN EL HOTEL BELMONT

PERSHING BAILA EL TANGO EN EL ARGENTINO

EL TREN DE HARDING AVANZA CINCUENTA MILLAS ENTRE

LAS MULTITUDES AGOLPADAS DE CHICAGO

Una chica sin trabajo muere envenenada

A COOLIDGE LO VEN MUCHOS, PERO POCOS LO OYEN

Si conocieras a Susie

Como yo conozco a Susie

Oh oh oh qué chica

El arte de Isadora

En San Francisco, en 1878, Isadora O'Gorman Duncan, dama animosa a quien le gustaba mucho el piano, inició los trámites para divorciarse de su esposo, el distinguido señor Duncan, cuyo comportamiento —según todos los indicios— había sido en extremo indelicado. El asunto le afectó los nervios de tal modo que llegó a manifestar a sus hijos que su estómago era incapaz de retener otra cosa que ostras acompañadas de un poco de champán. Así en medio de la amargura y las recriminaciones del escándalo familiar,

a un mundo de casas de huéspedes alumbradas con gas y regentadas por arruinadas beldades del Sur y de magnates del ferrocarril y de puertas de batiente y de hombres patilludos que mascaban clavo de olor para ocultar el tufo del whisky del aliento y de escupideras de latón y de carruajes de cuatro ruedas y de chaquetas ceñidas y de polisones y de largas faldas fruncidas y con cola (mundo en el cual las salas de conferencias y los salones de conciertos,

bajo el imperio de las damas cultas, constituían los centros vitales de quien tenía aspiraciones),

dio a luz una hija a quien puso el nombre de Isadora.

La ruptura y el descubrimiento de la duplicidad de su marido convirtieron en feminista fanática y atea a la señora Duncan, apasionada seguidora de las conferencias y escritos de Bob Ingersoll. Allí donde diga Dios, léase Naturaleza; donde deber, belleza, y sólo el hombre es vil.

La señora Duncan tuvo que luchar denodadamente para educar a sus hijos, en el amor a la belleza y en el odio a

los corsés y a las convenciones y a las leyes de los hombres. Dio clases de piano, hizo bordados y bufandas y mitones de punto.

Los Duncan siempre tenían deudas.

Debían siempre el alquiler.

Los recuerdos más tempranos de Isadora se referían a zalamerías para engatusar a tenderos y carniceros y caseros, y a ventas de puerta en puerta de cosas que su madre había hecho,

siempre ayudando a descolgar el equipaje por las ventanas traseras para burlar, una tras otra, las facturas de las casas de huéspedes desvencijadas y distinguidas de las afueras de San Francisco y Oakland.

Los pequeños Duncan y su madre constituían un clan; los Duncan contra un mundo sórdido y duro. Los Duncan no eran ya católicos; ni presbiterianos ni cuáqueros ni baptistas; eran artistas.

Desde muy temprana edad, los hijos de la señora Duncan se las arreglaban para despertar el interés del vecindario organizando representaciones teatrales en un granero. Elizabeth, la mayor de las chicas, daba clases de bailes de sociedad. Eran oriundas del Oeste, y su particular fiebre del oro tenía como destino el propio mundo. No se sentían avergonzados por ser objeto de las miradas públicas. Isadora tenía ojos verdes y cabello rojizo y cuello y brazos

hermosos. Como no podía costearse clases de danza convencional, inventó sus propias danzas.

La familia se mudó a Chicago. Isadora consiguió bailar para el Washington Post en el Masonic Temple Roof Garden,

por cincuenta dólares a la semana. Bailaba asimismo en clubs. Fue a visitar a Augustin Daly y le comunicó que había descubierto la Danza,

y en Nueva York apareció de hada vestida de estopilla, junto a Ada Rehan, en El sueño de una noche de verano.

La familia la siguió a Nueva York. Alquilaron una espaciosa habitación en Carnegie Hall, colocaron colchones en los rincones, adornaron las paredes con colgaduras e inventaron así el primer estudio de Greenwich Village.

Siempre tenían tras los talones al chérif; siempre estaban engatusando a los comerciantes a causa de las facturas, dando la cara ante la casera a causa del alquiler, consiguiendo con zalamerías donativos de los filisteos ricos.

Isadora organizó recitales con Ethelbert Nevin, bailó ilustrando la lectura de poemas de Ornar Khayyam para las damas de sociedad de Newport. Cuando se quemó en un incendio el hotel Windsor, los Duncan perdieron todos sus baúles y la larga cuenta que adeudaban, y se embarcaron con destino a Londres en un barco de transporte de ganado

a fin de huir del materialismo de su patria.

En el Museo Británico de Londres

descubrieron a los griegos:

la Danza era griega.

Bajo las humosas chimeneas de Londres, en las plazas cubiertas de hollín, bailaron con túnicas de muselina, copiaron poses de las vasijas griegas, fueron a conferencias, a galerías de arte, a conciertos, al teatro; se empaparon, en un invierno, de cincuenta años de cultura victoriana.

Vuelta a los griegos.

Siempre que los echaban de los alojamientos por impago del alquiler, Isadora los instalaba en el mejor hotel, en una suite, y enviaba a los camareros a la carrera en busca de langosta y de champán y de frutas que no eran de temporada. Nada era demasiado bueno para los Artistas, los Duncan, los Griegos. Y en el Londres de los años noventa gustó su descaro.

En Kensington, incluso en Mayfair, bailaba en fiestas privadas;

los británicos, del príncipe Eduardo para abajo, se sentían arrebatados por su belleza prerrafaelita, por su lozana inocencia americana, por su acento de California.

Después de Londres, el París de la magna exposición de 1900. Isadora bailó con Loie Fuller. A la sazón era todavía una virgen demasiado tímida para corresponder a los requerimientos de Rodin, el gran maestro, que se sentía absolutamente desconcertado ante la extraordinaria conducta del círculo de bellezas chifladas e invertidas de Loie Fuller. Los Duncan eran vegetarianos, y recelaban de la vulgaridad y de los hombres y del materialismo. Raymond hizo sandalias para cada miembro de la familia.

Isadora, su madre y su hermano Raymond viajaron por Europa con sus túnicas griegas, sus cintas para el pelo y sus sandalias,

alojándose en los mejores hoteles, llevando la vida griega y natural en medio de un revoloteo de cuentas sin pagar.

El primer solo de danza de Isadora tuvo lugar en un teatro de Budapest;

después, se convirtió en la diva, tuvo un lance amoroso con un primer actor. En Munich, los estudiantes desengancharon los caballos de su carruaje. Todo eran flores y aplausos y cenas con champán. En Berlín hizo furor.

Con el dinero que reunió en su gira por Alemania llevó a todos los Duncan a Grecia. Llegaron en un barco de pesca de la isla de Itaca. Posaron para los fotógrafos en el Partenón y bailaron en el Teatro de Dionisos y enseñaron a

una muchedumbre de chiquillos a cantar el antiguo coro de Las suplicantes y mandaron construir un templo —con intención de hacer de él su residencia— sobre una colina desde donde se dominaban las ruinas de la antigua Atenas, pero en la colina no había agua y el dinero se agotó antes de que el templo estuviera terminado.

Así, hubieron de hospedarse en el Hotel d'Angleterre, donde fueron dejando que la cuenta engrosara día a día. Cuando el crédito acabó, volvieron a Berlín llevándose consigo el coro, y montaron allí Las suplicantes en clave de Grecia antigua. Al tropezar con Isadora, que con su peplo avanzaba por el Tiergarten al frente de la formación de muchachos griegos ataviados con túnicas, el caballo de la mujer del káiser se encabritó

y derribó a su alteza.

Isadora estaba de moda.

Llegó a San Petersburgo a tiempo para ver el funeral nocturno de los manifestantes abatidos frente al Palacio de Invierno, en 1905. Aquello le dolió. Era una americana; era como Walt Whitman. Los gobernantes homicidas del mundo no eran su gente; los manifestantes de la marcha eran su gente; ella era una americana ataviada con una túnica griega; ella estaba con el pueblo.

En San Petersburgo, bajo el hechizo aún del ballet del siglo XVIII de la corte del rey Sol,

su danza se consideró peligrosa por parte de las autoridades.

En Alemania, con la ayuda de su hermana Elizabeth, que tomó a su cargo las tareas de organización, fundó una escuela, y tuvo un hijo de Gordon Craig.

Volvió triunfal a América, como siempre había planeado, y asoló a los filisteos de su patria con una gira. Sus seguidores eran continuamente detenidos por vestir túnicas griegas. Isadora halló que no existía libertad para el Arte en América.

En París, a su regreso, fue la apoteosis: Arte significaba Isadora. En el funeral del príncipe de Polignac conoció al millonario mítico (el rey de las máquinas de

coser) que había de ser su mecenas y financiar su escuela. Se embarcó con él en su yate (cualquier cosa que hiciera Isadora era Arte)

para bailar en el templo de Paestum

sólo para él,

pero llovió y los músicos se calaron hasta los huesos, así que optaron por coger una soberbia borrachera.

Arte era la vida millonada. Arte era cualquier cosa que Isa— dora hiciera. En su segunda gira americana, y para gran escándalo de las viejas damas de los clubs femeninos y de las solteronas amantes del arte, llevaba ya en su seno un hijo del millonario.

Dio en beber con exceso y en avanzar hacia el proscenio para increpar a grandes voces al público de los palcos.

Se hallaba en la cúspide de la gloria y del escándalo y del poder y de la riqueza; su escuela progresaba, su millonario planeaba construirse un teatro en París, los Duncan eran los sacerdotes del nuevo culto (Arte era cualquier cosa que Isadora hiciera).

Y entonces, al coche que desde el otro extremo de París llevaba a casa a sus dos hijos se le paró el motor sobre uno de los puentes del Sena. Sin advertir que el vehículo estaba desfrenado, el chófer se apeó para arrancar. El coche inició la marcha, derribó al chófer y cayó a las aguas del Sena.

Los dos niños y la niñera perecieron ahogados.

El resto de su vida discurrió desenfrenadamente en medio del estrépito de las lenguas escandalizadas, de las caras burlonas de los periodistas, de las amenazas de los alguaciles, de las protestas de los directores de hotel que presentaban cuentas atrasadas.

Isadora bebía en exceso, era incapaz de mantener alejadas las manos de los jóvenes hermosos, se teñía el pelo de diversas tonalidades de rojo encendido, jamás se tomaba la molestia de maquillarse adecuadamente, era descuidada

en el vestir, no se preocupaba por mantener la línea, nunca sabía cuál era su situación financiera,

pero una gran sensación de salud inundaba la sala

cuando su figura de pera con grandes y hermosos brazos avanzaba lentamente desde el fondo del escenario.

No tenía miedo a nada; era una gran danzarina.

En San Francisco, su ciudad natal, los políticos no le permitieron bailar en el Teatro Griego que bajo el influjo de su arte habían construido. Dondequiera que fuera, Isadora escandalizaba a los filisteos. Cuando estalló la guerra bailó La Marsellesa, lo cual fue tachado de un tanto irrespetuoso; y volvió a escandalizar el hecho de que se negara a renunciar a Wagner o a mostrar los debidos y respetables sentimientos

de satisfacción ante la matanza bélica.

En su gira por América del Sur tomó a los hombres por doquiera

—un pintor español, un par de boxeadores profesionales, un fogonero en un barco, un poeta brasileño—,

protagonizó pendencias en los salones de tango, llamó a los argentinos negros desde las candilejas, triunfó apoteósica— mente en Montevideo y en Brasil. Pero cuando tenía dinero no podía evitar gastarlo escandalosamente en bailarines de tango, en donativos, en cenas tras la función... El gesto generoso: «no, todo a mi cuenta»... Sus representantes la estafaban. No tenía miedo a nada; jamás la avergonzaba su dimensión pública ni el fragor de las lenguas escandalizadas ni los titulares de los periódicos de la tarde.

Cuando la Revolución de Octubre partió la cáscara del viejo mundo, Isadora recordó San Petersburgo, los ataúdes dando bandazos al avanzar por las calles silenciosas, las caras blancas, los puños apretados de aquella noche, y bailó la Marcha Eslava,

e hizo ondear un paño rojo en el Symphony Hall, bajo las narices de las viejas damas de Boston;

pero cuando fue a Rusia rebosante de esperanza en la creación de una escuela y en el trabajo y en una nueva vida en libertad, halló que todo era demasiado descomunal, demasiado difícil: frío, vodka, piojos, hoteles sin personal de servicio, lo viejo y lo nuevo aún confusamente mezclados, nueva semilla y montones de desechos... Carecía de la paciencia necesaria, su vida había sido demasiado fácil.

Eligió a un poeta de pelo amarillo y se lo llevó consigo a Europa y a los grandes hoteles.

Yessenin destrozó un piso completo del Adion, en Berlín, durante una fiesta alcohólica, y deshizo una suite en el Continental de París. Cuando volvió a Rusia se suicidó. Todo era demasiado descomunal, demasiado difícil.

Y cuando le resultó ya imposible recaudar más dinero para el Arte, para que sus multitudinarios grupos comieran y bebieran en las suites de los hoteles, para el alquiler de los Rolls— Royce, para la nómina de sus pupilos y discípulos,

Isadora se trasladó a la Riviera a escribir sus memorias, con el fin de sacarles algún dinero a aquellos americanos que después de la guerra habían abierto los ojos a la tosquedad del

materialismo, y a los griegos y a los escándalos y al Arte, y que aún disponían de dólares para gastar.

Alquiló un estudio en Niza cuya renta jamás pudo pagar. Había reñido con su millonario. Sus joyas, su famosa esmeralda, su manto de armiño, las obras de arte que le habían obsequiado los artistas habían ido a parar a la casa de empeños o a manos de los hoteleros. Conservaba tan sólo las viejas colgaduras azules que habían sido testigos de sus grandes triunfos, un bolso de piel roja y un viejo abrigo de piel desgarrado por la espalda.

Era incapaz de dejar de beber o de dejar de echar los brazos al cuello del joven más cercano; cuando tenía algún dinero organizaba una fiesta o se limitaba a regalarlo.

En cierta ocasión intentó ahogarse, pero un oficial de la marina inglesa la rescató de las aguas bañadas por la luna del Mediterráneo.

Un día, en un pequeño restaurante de Golfo Juan, trabó amistad con un guapo joven italiano que regentaba un taller de reparaciones de automóviles y conducía un Bugatti de carreras.

Aduciendo que tal vez comprara el coche, hizo que el joven fuera a su estudio para que la llevara a dar un paseo en él y ver cómo funcionaba:

sus amigos le desaconsejaron que lo hiciera; se trataba sólo de un mecánico; ella insistió, había bebido algunas copas (nada le importaba ya en el mundo salvo unas cuantas copas y un joven bien parecido);

tomó asiento a su lado y,

con aquel movimiento amplio del brazo tan suyo, se rodeó el cuello con la larga bufanda, de profusos flecos, se volvió y dijo,

con el fuerte acento de California que su francés nunca perdió:

—*Adieu, mes amis, je vais a la gloire*.

El mecánico embragó y el coche se puso en marcha.

La larga y gruesa bufanda se enredó en una rueda, se tensó al límite, tiró de la cabeza de Isadora, que quedó torcida contra un costado del Bugatti. El coche se paró inmediatamente. El cuello estaba roto; la nariz, partida; Isadora, muerta.

Noticiario LIII

Adiós, mirlo

¿Es USTED LA JOVEN TAQUIGRAFIA MÁS HERMOSA

DE NUEVA YORK?

Nadie aquí es capaz de amarme ni comprenderme

Oh cuán aciagas historias me cuenta todo el mundo

GRAN BRETAÑA DECIDE OBRAR POR SU CUENTA

usted también puede aprender rápidamente a bailar; sin música, sin pareja, en su propia casa..., se logran los mismos resultados que con un experimentado masajista, sólo que es más rápido, más fácil y más barato. Recuerden que sólo los hombres casaderos en posesión cabal de una fuerza física fuera de lo común serán aceptados como Apolos Gráficos

Prepárame la cama y enciende las luces

Llegaré tarde esta noche

DISPARAN CONTRA UNA MUJER RESIDENTE

AL CONFUNDIRLA CON UN LADRÓN

El gran duque viaja a nuestro país dispuesto a divertirse

EL ECLIPSE SE RETRASA CUATRO SEGUNDOS

Las gentes del centro de la ciudad contemplan la corona solar

otros, fabricados con ricas sedas de otomán, satenes gruesos, *crêpe* de seda o *côte de cheval* acaso con ornatos de avestruz, son más elegantes

UN PERRO RABIOSO CAUSA EL PÁNICO

EN LA ESTACIÓN DE PENSILVANIA

UNA ESPOSA DESDICHADA TRATA

DE PONER FIN A SU VIDA

la belleza espléndidamente armonizada del acabado, tanto interior como exterior, no puede darse sino merced a la mano de un artista que trabaja con una idea como meta. Sustituye la grasa que deforma la figura por tejido sano, normal y firme. Toca todos los puntos de la brújula de las necesidades humanas. Tal vez parezca ridículo al verlo en letra impresa, pero él puede mostrarle cómo incrementar la inteligencia. Si es usted víctima de alguna dolencia física, él puede liberarle del dolor. Puede enseñarle a resolver sus problemas maritales o de pareja. Es un experto en materia sexual

LOS RASCACIELOS PARPADEAN

EN LAS CALLES DESIERTAS

era una Peggyjoyce muy lánguida, muy rosada y muy blanca, en el recinto muy rosado y muy blanco de su boudoir, quien tendía una mano pequeña y blanca.

MARGO DOWLING

Cuando Margie tuvo edad suficiente solía ir a la estación con un farol a esperar a Fred, que en las oscuras noches de invierno acostumbraba volver de la ciudad en el tren de las nueve y catorce. Margie era muy pequeña para su edad, según solía decir Agnes, pero de cualquier forma su abrigo rojo de paño fino con el cuello de lana que le hacía cosquillas en las orejas le quedaba demasiado pequeño, y dejaba al descubierto sus muñecas agrietadas cuando el viento nocturno de aguanieve azotaba al doblar la esquina de la estación y el asa de alambre del pesado farol se le clavaba fríamente en la mano. Iba siempre con un escalofrío reptándole por la espalda, por las manos y los pies, ante el temor de que Fred no fuera él mismo y anduviera tropezando y dando tumbos, como ocurría a veces, con la cara tan enrojecida y hablando de aquella manera tan horrible. El señor Bemis, el jefe de la estación, con sus hombros encorvados, solía bromear acerca de ello con el grandullón Joe Hines, el ferroviario subalterno que a menudo haraganeaba por la estación a la llegada de los trenes, y Margie se quedaba fuera para no oír lo que decían: «Bien, apuesto a que Fred Dowling vuelve apestando esta noche». Era cuando estaba así cuando necesitaba a Margie y el farol, pues el puentecillo de tablas que conducía a la casa era muy estrecho y resbaladizo. Cuando era una chiquilla de corta edad, Margie solía pensar que el hecho de que Fred anduviera de forma tan extraña al apearse del tren era debido al excesivo cansancio del duro trabajo en la ciudad, pero cuando cumplió los ocho o nueve años Agnes le dijo que emborracharse era algo que los hombres hacían y que no debían hacer. Así, noche tras noche tenía la misma horrible sensación al ver las luces del tren aproximándose hacia ella por el largo viaducto que atravesaba Ozone Park.

Había veces en que Fred no venía, y Margie volvía a casa llorando; pero otras veces, las buenas, saltaba ágilmente del tren, con su figura corpulenta embutida en el gran abrigo que olía a tabaco de pipa, se inclinaba rápidamente

sobre ella y la levantaba con farol y todo: «¿Cómo está la niñita de papá?». Entonces la besaba, y ella se sentía orgullosamente feliz yendo en volandas con él y mirando al mezquino señor Bernis desde allí arriba y oyendo la voz profunda de Fred, que desde el fondo de su ancho pecho mascullaba a través de la bufanda: «Buenas noches, jefe», y contemplando cómo echaban a andar las ventanillas de luz amarillenta del tren y cómo los rojos ojos de oruga de la cola se hacían más y más pequeños y llegaban a fundirse cuando el tren se perdía por el viaducto en dirección a Hammels. Margie brincaba sobre sus hombros y sentía los músculos de su brazo, duros como remos, apretados contra ella cuando Fred corría por el puentecillo de tablas mientras le gritaba a Agnes: «¿Queda algo de cena, chiquilla?», y Agnes salía a la puerta sonriendo y secándose las manos en el delantal, y la gran cazuela de sopa humeaba sobre el hornillo, y la cocina estaba tan cálida y acogedora y limpia, y le dejaban a Margie quedarse allí sentada hasta que empezaba a dar cabezadas y le pesaban los ojos y aparecía por la puerta el hombre del sueño, y escuchaban a Fred hablar del billar americano y de los juegos de lotería y de carreras de caballos y de peleas terribles en la ciudad. Entonces Agnes la llevaba a la cama, la acostaba en el cuarto frío y Fred se quedaba con ella fumando su pipa y contándole historias de naufragios en Fire Island cuando trabajaba en el servicio de guardacostas, hasta que las rendijas de luz que a través de la puerta llegaban desde la cocina se volvían más y más borrosas, y luego, a pesar de los denodados esfuerzos de Margie por mantenerse despierta (era tan feliz escuchando la voz gutural de Fred), el hombre del sueño, que ella había tratado de convencerse de que no llegaría porque había perdido el tren, aparecía detrás de Fred y ella se quedaba dormida.

A medida que Margie iba haciéndose mayor y cursaba la enseñanza primaria en Rockaway Park, las llegadas de Fred sobrio fueron espaciándose. Se apeaba del tren borracho cada vez con más frecuencia, y en muchas ocasiones no volvía. Entonces era Agnes quien le contaba historias de los viejos tiempos y de lo bien que lo pasaban, y a veces en la mitad de la historia se callaba y se ponía a llorar. Le contaba lo amigas que habían sido la madre de Margie y ella; cómo habían trabajado juntas de vendedoras en Siegel Coopers, en la sección de flores artificiales; cómo solían ir los domingos a Manhattan Beach, que era

mucho más refinado que Coney, pero no al Oriental Hotel, naturalmente, pues era carísimo, sino a una playita cercana donde Fred trabajaba de bañero.

—Deberías haberle visto entonces, con el cuerpo fuerte y bronceado; era el hombre más guapo del mundo.

—Pero sigue siendo guapo, ¿no, Agnes? —preguntaba Margie ansiosamente.

—Claro que sí, cariño, pero tenías que haberle visto en aquel tiempo.

Y Agnes seguía hablando de la suerte que tenía entonces Fred en las carreras y de la cantidad de gente que había salvado de morir ahogada y de cómo los concesionarios aportaban un tanto para darle una gratificación todos los años y del buen dinero que siempre tenía en el bolsillo y de su maravillosa risa y de lo alegre que era en aquel tiempo. «Esa fue su perdición —decía Agnes—. No sabía decir no.» Y Agnes le contaba luego acerca de la boda y de las flores de azahar y de la tarta y de cómo su madre, Margery, había muerto al nacer ella. «Dio su vida por la tuya, no lo olvides nunca», le decía Agnes, y al oír esto Margie experimentaba una horrible sensación, como la de no ser ella misma.

Y un buen día, al salir Agnes del trabajo, allí estaba Fred en la acera, con sombrero hongo y vestido de negro de pies a cabeza, para pedirle que se casara con él, ya que ella había sido la mejor amiga de Margery Ryan, su esposa. Y se casaron pero Fred nunca se recuperó y nunca sabía decir que no y ésa era la razón por la que empezó a beber y por la que le despidieron de Holland´s; luego nadie quería darle trabajo en ninguna de las playas a causa de sus peleas y sus borracheras, de modo que tuvieron que mudarse a Broad Channel, pero con la venta de cebo y las barcas de alquiler y algún ocasional menú de mariscos que servían no tenían suficiente, así que Fred consiguió un empleo en una taberna de Jamaica, pues tenía una sonrisa encantadora y era tan bien parecido que le caía tan bien a todo el mundo... Pero aquello fue su perdición más que ninguna otra cosa.

—Pero no hay en el mundo hombre mejor que Fred Dowling cuando es él mismo... Nunca lo olvides, Margie —decía Agnes.

Y ambas se echaban a llorar, y Agnes le preguntaba a Margie si la quería como si fuera su verdadera madre y Margie, llorando, respondía: «Sí, Agnes,

querida». Y Agnes decía: «Tienes que quererme siempre, porque parece que Dios no quiere que yo tenga ningún niñito mío».

Margie tenía que tomar el tren todos los días para ir al colegio en Rockaway Park. En la escuela primaria las cosas le iban bien. Le gustaban los profesores y los libros y los cánticos, pero los niños se burlaban de ella porque sus ropas eran caseras y raras y porque era irlandesa y católica y vivía en una casa sobre pilotes. Después de interpretar el papel de Ricitos de Oro en una función escolar de Navidad, la situación cambió y Margie empezó a sentirse mejor en el colegio que en su propia casa.

En casa había siempre tantas tareas domésticas que hacer... Agnes estaba siempre lavando y planchando y fregando, pues Fred apenas traía ya dinero a casa. Solía entrar borracho, dando tumbos, sucio y apestando a cerveza rancia y a whisky, y maldecía y gruñía a causa de la comida, preguntando por qué Agnes no le ponía nunca un buen bistec como solía hacer cuando él volvía de la ciudad, y entonces Agnes se derrumbaba y empezaba a lloriquear. «¿Y qué es lo que voy a utilizar como dinero?» Fred comenzaba a insultarla, y Margie corría a su cuarto, cerraba la puerta de golpe —a veces llegaba incluso a poner la cómoda contra la puerta— y se metía en la cama temblando. En ocasiones, cuando ponía en la mesa el desayuno, siempre nerviosa por miedo a que Margie perdiera el tren para el colegio, Agnes tenía la cara tumefacta por los golpes que Fred le había dado, y una expresión sumisa, como de compasión hacia sí misma, que a Margie le resultaba odiosa. Y mientras contemplaba cómo se calentaba sobre el hornillo el cacao con leche condensada, murmuraba continuamente: «Dios sabe que he hecho siempre lo que he podido, que me he matado trabajando para él... Por todos los santos del cielo, esto no puede seguir así».

Los sueños de Margie apuntaban únicamente a huir de allí.

En el verano había veces en que se habrían divertido de verdad si no fuera por el temor constante a que Fred bebiera demasiado. Fred, en el primer día soleado de la primavera, solía sacar los botes de remos del cobertizo y se ponía a trabajar como un demonio, calafateándolos y pintándolos de un verde vivo silbando mientras lo hacía, o se levantaba antes del amanecer a buscar

almejas o a pescar con el esparavel peces para carnada, y entonces había dinero en casa y podían verse grandes cazuelas de sopa de pescado al estilo de Long Island y de Nueva Inglaterra hirviendo a fuego lento a un lado del hornillo, y Agnes se sentía feliz y cantaba y siempre estaba atareada preparando comidas a base de pescado y bocadillos para los pescadores, y Margie salía también a veces a pescar, y Fred le enseñaba a nadar en el claro canal que discurría bajo el puente del ferrocarril, y la llevaba a buscar almejas y crustáceos de caparazón blando, los dos descalzos por las orillas fangosas, y muchas veces los deportistas de chalecos estrafalarios que bajaban a alquilar un bote para ir de pesca le regalaban monedas de un cuarto. Los períodos estivales en que Fred se mantenía sobrio eran adorables: el cálido aroma de las yerbas de las marismas, la frescura de las mareas que les llegaba desde la ensenada, la picazón del agua salada y de la quemazón del sol... Pero tan pronto como Fred reunía un poco de dinero volvía a darse a la bebida, y los ojos de Agnes volvían a estar continuamente enrojecidos y el negocio se iba a pique. A Margie le resultaba odioso ver cómo la cara de Agnes enrojecía y se afeaba cuando lloraba, y se decía a sí misma que, cuando fuera mayor, pasara lo que pasara, nunca lloraría.

De cuando en cuando, en los buenos tiempos, Fred decía que iba a invitar a la familia, y entonces se vestían todos de fiesta y, en compañía del viejo Hiñes, que tenía una pata de palo y largas y espesas patillas blancas y que era el padre de Joe Hiñes, se iban en el tren a la playa y se acercaban por el paseo de tablas hasta el parque de atracciones de Hollands.

En la playa había un auténtico gentío y Margie tenía miedo de que se le manchara su bonito vestido, y era tal el fulgor y había tantos hombres y mujeres de brazos y piernas bronceados y de pelo desordenado echados bajo el penetrante sol y con arena sobre el cuerpo... Y Agnes y Fred, en traje de baño, retozaban aquí y allá como todo el mundo. A Margie le asustaban las grandes y espumosas olas que rompían en lo alto, e incluso tenía miedo cuando la sostenía en brazos Fred, y era terrible también cuando Fred se alejaba tanto nadando.

Luego, llenos de picazón por todo el cuerpo, se vestían y caminaban por el paseo de tablas, internándose en el bullicio de los carritos de cacahuetes y el

olor de las palomitas de maíz y de la melcocha hecha con agua salada y de los perritos calientes y de la mostaza y de la cerveza, todo mezclado con el ruido de las rompientes y con el fragor metálico de las montañas rusas y la algarabía del órgano a vapor montado sobre una carroza del recinto de los tiovivos, y de toda aquella gente odiosa que empujaba y daba codazos y pisotones. Margie era demasiado pequeña para ver por encima de aquel gentío, y le encantaba que Fred la alzara sobre sus hombros. Pero a pesar de que era menuda para su edad, era ya demasiado mayor para cabalgar sobre los hombros de su padre, y tenía que ir tirando continuamente de su bonito vestido azul pálido para evitar que se le subiera por encima de las rodillas.

Lo que le gustaba a Margie de veras era un juego que consistía en echar a rodar una pequeña bola sobre su estrecho tablado limpio y barnizado y hacer que entrara en unos agujeros numerados: en esta barraca había un japonés con pulcra y almidonada chaqueta blanca y estantes y estantes de los más deliciosos premios; teteras, hombrecitos de porcelana que movían la cabeza, jarrones para flores, hileras e hileras de preciosas muñecas japonesas, algunas de ellas con auténticas pestañas, y tarros y jarras y cántaros. En cierta ocasión, Margie ganó una tetera en forma de elefante que conservó durante años. Fred y Agnes no parecían prestar mayor atención al japonés que entregaba los premios, pero Margie pensaba que era encantador, con aquella cara tan suave y aquella vocecita tan graciosa y los labios y los párpados tan marcados como los de sus muñecas, y las largas y negras pestañas.

Margie solía pensar que le gustaría que el japonés fuera suyo, para meterlo con ella en la cama como una muñeca. Al oírselo decir, Fred y Agnes se rieron de tal forma que Margie se sintió terriblemente avergonzada.

Pero lo que más le gustaba en Holland´s Beach era el teatro de variedades. Entraban, y en cuanto se cerraban a sus espaldas las grandes puertas acolchadas la gente se callaba y desaparecían las risas y el bullicio. Solían estar proyectando una película, y aquello a Margie no le gustaba demasiado; lo que más le gustaba en todo el mundo eran las canciones ilustradas que venían a continuación, aquellas fotografías de damas y caballeros encantadores, coloreados como flores pintadas y con preciosos trajes y grandes sombreros, y las leyendas al pie, rodeadas de pensamientos y nomeolvides, y la dama o el

caballero que las cantaba hacia el recinto a oscuras del teatro. Había siempre barcas sobre rizadas corrientes y damas con preciosos vestidos a quienes se ayudaba a bajar de ellas; pero no era como en Broad Channel, donde todo era tan brillante, donde no había sino marismas y pilotes que olían a cieno, donde el amarradero quedaba sobre el légamo cuando se retiraba la marea, sino que había ríos de rizadas aguas azules y orillas deliciosamente verdes sobre las que pendían los sauces llorones. Después venían las variedades. Había acróbatas y focas amaestradas y hombres con sombrero de paja que contaban graciosos chistes y damas que bailaban. Una vez vio a las Viudillas Alegres, con sus grandes sombreros negros tan maravillosamente ladeados y sus vestidos ceñidísimos con colas azules y verdes y purpúreas y amarillas y anaranjadas y rojas, y a un apuesto joven con frac que bailaba el vals sucesivamente con todas ellas.

El problema de las excursiones a Holland s Beach era que Fred se encontraba allí con amigos y desaparecía una y otra vez tras las puertas de batiente de los bares y volvía con los ojos brillantes y con olor a whisky y a cebollas en vinagre en el aliento, y así, en la mitad de la alegre jornada, Margie veía dibujarse en la cara de Agnes aquella expresión preocupada y sumisa, y entonces comprendía que la diversión se había terminado por aquel día. La última vez que fueron todos juntos a la playa perdieron de vista a Fred, y aunque lo buscaron por todas partes no pudieron encontrarlo y tuvieron que volver sin él a casa. En el tren, Agnes lloraba de forma tan ruidosa que todo el mundo la miraba, y Ed Otis, el revisor, que era amigo de Fred, se acercó a ella y trató de consolarla diciéndole que no se lo tomara tan a pecho, pero sólo consiguió que llorara aún más amargamente. Margie se sentía tan avergonzada que decidió escaparse de casa o quitarse la vida en cuanto llegaran, pues no se atrevía a enfrentarse de nuevo con la gente que había presenciado el espectáculo en el tren.

En aquella ocasión, Fred no apareció al día siguiente, como solía hacer otras veces. Joe Hiñes fue a casa a decir que un tipo le había dicho que había visto a Fred en una juerga en Brooklyn, y que en su opinión no iba a volver en algún tiempo. Agnes mandó a Margie a acostarse, y desde la cama Margie pudo oírles hablar durante horas en voz baja en la cocina. Margie se despertó

sobresaltada y vio que Agnes, en camisón, se estaba metiendo dentro de su cama.

Tenía las mejillas ardientes, y decía:

—Fíjate qué caradura... Hecho un miserable vagabundo. Margie, no podemos soportar más esta vida, ¿no te parece, pequeña?

—Apuesto a que encima viene protestando. Siempre la misma horrible cantinela —dijo Margie.

—Algo así... Oh, es espantoso, no puedo soportarlo más. Dios sabe que me he matado trabajando.

Margie, de pronto, tuvo una ocurrencia:

—Bien, cuando el gato está fuera del hogar, los ratones se ponen a jugar —dijo, y se quedó sorprendida de la larga risa de Agnes, que al mismo tiempo lloraba.

En setiembre, cuando Agnes estaba arreglando los vestidos de Margie para el comienzo de curso, el cobrador de la renta vino a cobrar el alquiler trimestral. La única noticia de Fred había sido una carta en la que mandaba un billete de cinco dólares y decía que había tenido una pelea, que había sido detenido y que había pasado dos semanas en la cárcel, pero que había encontrado un empleo y volvería a casa tan pronto como se arreglasen un poco las cosas. Margie sabía, sin embargo, que debían aquellos cinco dólares y doce dólares más en la tienda de comestibles. Cuando Agnes volvió de la cocina de hablar con el cobrador, con una cara horrible

y surcada por el llanto, le dijo a Margie que se iban a vivir a la ciudad.

—Siempre le dije a Fred Dowling que llegaría el día en que no podría aguantar más. A partir de ahora tendrá que arreglarse solo.

Fue espantoso el día en que, con ayuda de Joe Hiñes, que solía hacer pequeños trabajos para Agnes cuando Fred estaba fuera, llevaron sus dos bolsas y el decrépito y horrible baúl comido de humedades hasta la estación, donde tomaron el tren en dirección a Brooklyn. A la llegada fueron a casa de

los padres de Agnes, que vivían en la trastienda de un pequeño comercio de papeles pintados en Fulton Street, bajo las vías del ferrocarril elevado. El viejo señor Fisher era empapelador y enyesador, y la casa entera olía a engrudo, a trementina y a yeso. Era un hombre pequeño y gris, y, salvo por los bigotes grises y caídos, idéntico a la señora Fisher. A Margie le pusieron un catre en la sala, pero ella advirtió enseguida que la consideraban un fastidio. Tampoco ellos le gustaban a ella, y Brooklyn le resultaba odioso.

Fue un alivio, pues, cuando una noche Agnes, al volver a casa antes de la cena —muy elegante, según pensó Margie, con su ropa de ciudad—, les comunicó que había encontrado una colocación de cocinera en una casa particular de Brooklyn Heights, y que iba a mandar a Margie con las monjas aquel invierno.

Margie, desde el instante en que franqueó la puerta del zaguán de piedra gris con una figura de mármol blanco en el centro, se habría de sentir siempre un tanto asustada en el convento. Nunca había recibido demasiada instrucción religiosa, y las hermanas se le antojaban pavorosas con sus largos hábitos negros, con las caras y las manos tan pálidas y siempre orladas de un blanco almidonado; y luego estaban la enorme y oscura iglesia, llena de cirios, y las clases de catecismo y la confesión y el sonar de la campanilla en la misa, para que todo el mundo cerrara los ojos cuando el Salvador descendía sobre el altar entre ángeles y palomas y en medio de un resplandor ambarino. Era extraño, después de que Agnes le había dejado siempre andar completamente desnuda por la casa, que la hermana, en el baño semanal, la obligara a envolverse en una sábana y a meterse así en la tina, e incluso a enjabonarse bajo la tela.

El invierno fue una lenta y larga ascensión hacia la Navidad, que para Margie, después de oír hablar tanto a las chicas de lo que harían en las fiestas, fue horrible: una cena tardía y sombría en compañía de Agnes y sus padres, y algún que otro regalo. Agnes estaba pálida, mortalmente cansada por la preparación de la cena de Navidad para la familia de sus patrones. Le trajo una media de malla llena de golosinas y una muñeca de cabellos dorados que abría y cerraba los ojos, pero Margie sintió ganas de llorar. Ni siquiera un simple árbol. Ya en la mesa, se puso a maquinar las invenciones que habría de contar a las otras chicas.

Agnes estaba besándola y dándole las buenas noches mientras se ponía la estrecha y ajada chaqueta de piel para volver a Brooklyn Heights, cuando apareció de pronto Fred completamente borracho e insistiendo en llevarles a todos ellos a una fiesta. Naturalmente, se negaron, y Fred se fue furioso y Agnes se fue llorando, y Margie, tendida en el catre que le habían preparado en la sala de los viejos, se pasó la mitad de la noche en vela, pensando en lo horrible que era ser pobre y tener un padre como el suyo.

Era triste, también, andar vagando de un lado a otro en la casa de los viejos todas las santas vacaciones. No había sitio donde jugar; los Fisher la reñían por cualquier nimiedad. Era estupendo volver al convento, donde había un gimnasio y podía jugar al baloncesto y reír con las otras chicas en el recreo. Tras el trimestre invernal, el tiempo discurría veloz hacia Semana Santa, y poco antes Margie hizo la primera comunión, Agnes le hizo el vestido blanco, y todas las hermanas ponían los ojos en blanco y comentaban lo preciosa y pura que estaba, con sus bucles dorados y sus ojos azules, como un ángel, y Minette Hardy, una chica algo mayor y de nariz respingona, estaba loca por ella, y cuando jugaban en el patio solía pasarle sus chocolates de menta envueltos en trozos de papel sobre los que garabateaba breves mensajes: «A Goldilocks con amor de su querida Minette», y cosas parecidas.

La ceremonia de entrega de diplomas le resultó odiosa, y no tenía planes estivales que contar a sus compañeras. Aquel verano creció mucho, y le empezaron a despuntar los pechos. El tiempo, caluroso y cargado y polvoriento, se hacía interminable en casa de los Fisher. Era espantoso sentirse recluida en compañía de los viejos. La vieja señora Fisher no le permitía olvidar ni por un momento que en realidad no era hija de Agnes, y que en su opinión era estúpido que su hija mantuviera a la hija de un don nadie como Fred. El matrimonio trataba de que se costeara su manutención realizando las tareas de la casa, y todo eran continuas reprimendas y rabietas y lágrimas.

Margie se sintió realmente feliz cuando un día llegó Agnes y dijo que había encontrado un nuevo empleo y que las dos se iban a vivir a Nueva York. Margie se puso a dar saltos de alegría y a gritar:

—¡Qué bien, qué bien...! Oh, Agnes, vamos a hacernos ricas.

—Eso ni soñarlo —dijo Agnes—, pero al menos será mejor que trabajar de sirvienta.

Entregaron sus baúles y sus bolsas a una agencia de transportes de urgencia y se fueron a Nueva York en el ferrocarril elevado. Allí tomaron el metro. A Margie, las calles de la parte alta del lado Oeste le parecieron sorprendentemente grandes y soleadas y espaciosas. Iban a vivir en el pequeño apartamento de los Francini, situado en una esquina de la manzana de Amsterdam Avenue donde tenían la panadería en la que Agnes trabajaría. Les habían reservado un cuarto pequeño, pero con plantas en las ventanas y un canario en una jaula. Los Francini eran gordos y alegres, y servían postre de pastel con escarchado en todas las comidas. La señora Francini era hermana de la señora Fisher.

A Margie no le dejaban jugar con los otros niños de la manzana; los Francini decían que no era un lugar seguro para las chiquillas. Salía sólo una vez a la semana, el domingo al anochecer, en que invariablemente habían de ir todos ellos a visitar la Tumba de Grant. Ascendían por la pendiente y volvían a bajar, y a Margie le dolían las piernas de caminar a paso lento, como acostumbraban los Francini, por las calles atestadas. Se pasó el verano anhelando tener unos patines, pero le daba miedo salir a andar sola por las calles, pues tenía bien presente el modo en que los Francini —y las hermanas antes— hablaban de lo arriesgado que era hacerlo. No sabía a ciencia cierta, sin embargo, qué era lo que le producía tanto temor. Le gustaba mucho, en cambio, ayudar a Agnes y a los Francini en la panadería.

Cuando llegó el otoño volvió al convento. Una tarde, poco después de volver de las vacaciones de Navidad, Agnes fue a visitarla. Nada más entrar por la puerta de la sala de visitas, Margie vio que Agnes tenía los ojos enrojecidos y le preguntó qué le pasaba. Las cosas habían cambiado dramáticamente en la panadería. El pobre señor Francini había caído muerto de un ataque fulminante mientras trabajaba, y la señora Francini se iba a vivir al campo con el tío Joe Fisher.

—Y aún hay algo más —dijo Agnes, y sonrió y se ruborizó—. Pero por ahora no puedo decírtelo. No debes pensar que la pobre Agnes es mala y perversa, pero no podía soportar el sentirme tan sola.

Margie se puso a saltar.

—Oh, fantástico. Fred ha vuelto.

—No, cariño, no es eso —dijo Agnes, y la besó.

Y acto seguido se marchó.

Aquella Semana Santa, Margie tuvo que pasar las vacaciones en el convento. Agnes le había escrito diciéndole que de momento no tenía ningún lugar donde alojarla. Se quedaron también otras chicas, y entre todas se divirtieron bastante. Un día vino Agnes a recogerla para salir con ella, y trajo en una caja recién comprada un vestido azul oscuro y un pequeño sombrero de paja con flores rosas. Era maravilloso el crujido del papel de seda cuando deshacía el paquete. Margie subió corriendo al dormitorio, y se puso el vestido mientras le latía con fuerza el corazón. Era el vestido más bonito y de chica mayor que había tenido en su vida. Margie tenía sólo doce años, pero por lo poco que pudo ver de sí misma en los pequeños espejos que las hermanas les permitían tener en el convento, el vestido le daba el aire de una adulta. Bajó corriendo las escaleras desiertas de piedra gris, dio un traspié y cayó en brazos de la hermana Elizabeth.

—¿A qué vienen esas prisas?

—Ha venido mi madre a llevarme con mi padre a una fiesta, y éste es mi vestido nuevo.

—Es muy bonito —dijo la hermana Elizabeth—; aun así, no debes...

Pero Margie desaparecía ya por el pasillo que daba a la sala y brincaba delante de Agnes, abrazándola y besándola.

—Es el vestido más bonito que he tenido en mi vida.

En el ferrocarril elevado, camino de Nueva York, Margie no fue capaz de hablar sino de su vestido.

Agnes dijo que iban a comer en un restaurante frecuentado por gente del teatro.

—¡Qué maravilla! Nunca he comido en un auténtico restaurante... Debe de haber ganado mucho dinero y de haberse hecho rico.

—Gana montones de dinero —dijo Agnes, tartamudeando de un modo un tanto extraño, mientras caminaban por la calle Treinta y ocho hacia el Oeste.

Fue un hombre alto y moreno, de nariz larga y recta y modales solemnes, quien, en lugar de Fred, se levantó de la mesa para saludarlas.

—Margie —dijo Agnes—, éste es Frank Mandeville.

Margie jamás habría de admitir no haber sabido que las cosas fueran a ser así.

El actor le estrechó la mano y se inclinó en una pequeña reverencia, como si Margie fuera una joven dama.

—Aggie nunca me dijo que se tratara de tal belleza. ¡Qué ojos! ¡Qué pelo! —dijo con voz solemne.

Comieron maravillosamente y después fueron a Keith's, donde se instalaron en el patio de butacas. Margie estaba emocionada y sin aliento, pues se hallaba en compañía de un auténtico actor. Frank Mandeville le había dicho que al día siguiente salía para una gira de doce semanas con un espectáculo de canto y piano, y que Agnes lo acompañaría.

—Y a la vuelta vamos a formar un hogar para mi pequeña —dijo Agnes.

Margie estaba tan entusiasmada que no fue sino en el convento, y acostada en el vacío dormitorio, cuando cayó en la cuenta de que aquello suponía quedarse todo el verano con las monjas.

Al otoño siguiente dejó definitivamente el convento y fue a vivir con el señor y la señora Mandeville, como ahora se llamaban a sí mismos, en las dos habitaciones exteriores que habían subarrendado a un quiropráctico. Era una casa grande y vieja de parda piedra arenisca, con escalinata que daba a un alto pórtico, situada en el lado oeste de la calle Setenta y nueve. A Margie le

encantaba aquel lugar, y se llevaba muy bien con la gente de teatro, tan bien vestida y con aire tan urbano, que vivía en los apartamentos de arriba. Agnes le decía que debía tener mucho cuidado para no echarse a perder, pues todo el mundo se fijaba en sus ojos azules y en sus bucles al estilo Mary Pickford y en el impávido desenfado con que contaba sus ocurrencias.

Frank Mandeville dormía siempre hasta las doce del mediodía, y Agnes y Margie solían desayunar solas bastante temprano, mientras hablaban en voz muy baja para no despertarlo y miraban por la ventana los camiones y los taxis y los furgones de mudanzas que pasaban por la calle, y Agnes le contaba cosas del teatro de variedades y de las representaciones únicas y de lo feliz que era y de la vida tan desahogada que ahora llevaba, tan diferente del bregar cotidiano en Broad Channel, y de cómo había conocido a Frani Mandeville cuando se hallaba sumido en la miseria y la melancolía, casi dispuesto a abrir la espita del gas. Frank, le contó Agnes, acostumbraba aparecer en la panadería a las dos de la tarde a tomar el desayuno, cuando todos los clientes ya se habían ido. Vivía a la vuelta de la esquina, en la calle Ciento cuatro. Cuando estaba sin un centavo, Agnes le fiaba las consumiciones y se sentía muy apenada ante la caballerosidad con que él sobrellevaba su situación de desempleo. Luego enfermó de pleuresía y estuvo a un paso de contraer tuberculosis, y ella se sentía tan sola y desdichada que, sin importarle las habladurías, se había ido a vivir con él para cuidarle. Vivían juntos desde entonces, y para todo el mundo eran el señor y la señora Mandeville. Ahora, con su espectáculo Los Mandeville Musicales, estaba ganando mucho dinero. Margie le preguntaba por los socios de Frank: Florida Schwartz, una mujer de gran tamaño, voz dura y pelo rojizo —«Pues claro que se lo tiñe», decía Agnes. «Se da henna»—, y su hijo, un horrible joven de cintura de avispa que tenía dieciocho años y no prestaba la mínima atención a Margie. El quiropráctico que vivía abajo, a quien todo el mundo llamaba «Indio», era gran amigo de Florida, y ésa era la razón por la que habían ido todos ellos a vivir a aquella casa. «La gente de teatro es rara —solía decir Agnes—, pero tiene un corazón de oro.»

Los Mandeville Musicales ensayaban por las tardes en la habitación exterior del piano. Tocaban toda suerte de instrumentos y cantaban, y Mannie, cuyo nombre artístico era Eddy Keller, ejecutaba una danza excéntrica y hacía una

imitación de Hazel Dawn. A Margie todo aquello le parecía maravilloso, y creyó morir de emoción cuando una noche, mientras daban cuenta todos ellos de una cena que habían encargado en un *delicatessen*, Frank Mandeville dijo de pronto que la chica debía empezar a recibir clases de canto y baile.

—Tirarás tu dinero, Frank —dijo Mannie, sin dejar de roer un hueso de pollo.

—Mannie, nadie te ha pedido tu opinión —le espetó Florida.

—Su padre, cantando y bailando, era algo grande en sus tiempos —terció Agnes, con su habitual voz desmayada y tímida.

Una carrera era algo que todo el mundo tenía en Nueva York, y Margie decidió que ella también la tendría. Caminaba todos los días por Broadway hasta el estudio donde recibía las clases, situado en el mismo edificio del Lincoln Square Theatre, donde en octubre Los Mandeville Musicales estuvieron dos semanas en cartel. Agnes, casi todos los días, iba a buscarla después de la clase; tomaban un bocadillo y un vaso de leche en una lechería y entraban en el teatro a ver la función. Margie jamás salía de su sorpresa al ver cuán joven y bonita le parecía la señora Schwartz tras las candilejas y lo solemne y triste que le parecía Frank cuando salía a escena con su capa operística.

Aquel invierno Agnes consiguió un empleo de encargada en un salón de té frecuentado por artistas y situado muy cerca de Broadway, en la calle Setenta y dos. La señorita Franklyn, dama de pelo rojo que profesaba la teosofía, era quien ponía el capital. Trabajaban tanto todos ellos que sólo se veían al anochecer, cuando Frank y Florida y Mannie tomaban allí un bocado apresuradamente antes del teatro.

La noche en que Margie salió por primera vez a escena, *Los Mandeville Musicales* actuaban en Newark. Su papel consistía en aparecer haciendo rodar un aro, en la mitad de un número en que participaba activamente el público, con un vestido de muselina azul —que no le gustaba en absoluto, ya que pensaba que para salir a escena tenía que parecer mayor, y aquel vestido le daba el aspecto de una chiquilla de seis años—, dar unos cuantos pasos de ragtime, hacer una reverencia como le habían enseñado en el convento y

desaparecer de escena sin dejar de hacer rodar el aro. Frank le había hecho ensayar el número una y otra vez. A veces, en la mitad de los ensayos, Margie se había echado a llorar a causa de los mezquinos comentarios que a su costa hacía Mannie.

En los instantes que precedieron a su entrada en escena, el corazón le latió con fuerza y se sintió mortalmente asustada pero antes de que pudiera darse cuenta su actuación había terminado. Había pasado precipitadamente de los mugrientos bastidores al centelleo rutilante y cálido de las tablas. Le habían dicho que no mirase al público, y sólo en una ocasión había dirigido una mirada furtiva a aquella cueva borrosa y espolvoreada de luz y atestada de caras blancas en hileras. Olvidó parte de su canción, omitió parte del papel y lloró en su camerino cuando todo hubo terminado, pero Agnes la siguió hasta allí, y le dijo que había estado encantadora, y Frank sonrió e incluso Mannie fue incapaz de argüir ninguno de sus mezquinos comentarios. De suerte que cuando hubo de salir de nuevo a escena al día siguiente, el corazón no le latió con tanta fuerza. El público, desde la vaga caverna de caras, respondía a la más mínima cosa que ella hacía. Transcurrida una semana, Margie arrancaba tales aplausos a los espectadores que Frank decidió que el número de la niña precediera al cuadro final.

Florida Schwartz argumentó que Margery era un nombre demasiado vulgar para una artista, así que acordaron llamarla Pequeña Margo.

De gira por los teatros de la cadena Keith, agotaron todo el invierno y la temporada de verano; dormían en coches pulirían y en todo tipo de hoteles, y actuaron en Chicago y en Milwaukee y en Kansas y en multitud de ciudades cuyos nombres Margie no podía recordar. Agnes los acompañaba como encargada del vestuario, se cuidaba del transporte y hacía los encargos y recados de la compañía. Se pasaba el día lavando y planchando y calentando sopa en lata sobre el hornillo de alcohol. A Margie le avergonzaba el pobre aspecto de Agnes cuando caminaban por la calle al lado de Florida Schwartz. Siempre que se encontraba con otros niños de la farándula y le preguntaban quién era en su opinión el más grande ídolo de la escena, Margie respondía invariablemente que Frank Mandeville.

Al estallar la guerra, Los Mandeville Musicales se encontraban de vuelta en Nueva York en busca de nuevos contratos. Una noche en que Frank explicaba su plan de hacer del espectáculo cabeza de cartel mediante su transformación en una opereta de bolsillo, se entabló entre él y los Schwartz una disputa a causa de la guerra. Frank dijo que los Mandeville descendían de una larga línea de la nobleza francesa, y que los alemanes eran un hatajo de puercos bárbaros sin la más mínima idea de lo que era el arte. Los Schwartz, a su vez, armaron un escándalo y dijeron que los franceses eran unos degenerados y que no eran de fiar en cuestiones de dinero, pues Frank les estaba estafando cierto dinero de las recaudaciones. Organizaron entonces tal trifulca que los otros inquilinos empezaron a golpear en las paredes y una señora con cara de camello, embutida en una bata salpicada de amapolas rojas y azules y con papillotes en el pelo, subió desde el sótano a decirles que no alborotaran. Agnes lloraba y Frank, con voz atronadora, ordenó a los Schwartz que abandonaran el cuarto y que no volvieran a poner los pies en él. Margie sufrió un terrible ataque de risa, y cuanto más la reñía Agnes más reía. Y sólo pudo calmarse cuando Frank, que vestía un elegante traje a cuadros, la tomó en sus brazos y le acarició el pelo y la frente. Aquella noche Margie se acostó sintiendo aún la falta de resuello y la extrañeza suscitada en su interior por las vaharadas de ron de laurel y de loción perfumada y de cigarrillos egipcios que le habían cosquilleado la nariz cuando se recostó sobre su pecho.

En el otoño volvieron los malos tiempos: los contratos de variedades escaseaban y Frank no tenía ya con quien interpretar sus números. Agnes volvió al salón de té de la señorita Franklyn y Margie hubo de abandonar sus clases de canto y baile. Se mudaron a una sola habitación, y acondicionaron en ella un pequeño cubículo separado por cortinas donde pudiera dormir Margie.

Aquel año, el mes de octubre fue muy cálido. Margie se sentía desdichada al vagar por la casa todo el día; la calefacción de vapor no cerraba totalmente, y la temperatura era excesiva incluso con las ventanas abiertas. Margie se sentía cansada todo el tiempo. La casa olía a pelo chamuscado por los rulos y a cremas de belleza y a jabón de afeitar. Las habitaciones estaban todas ellas alquiladas a gente de teatro, y no había hora del día en que al subir al baño Margie no se tropezase en la escalera con alguien de ojos cargados en

quimono o albornoz. En la forma en que los hombres la miraban cuando se cruzaba con ellos en los pasillos había algo caliente y viscoso que a Margie le hacía sentirse terriblemente extraña.

A quien más quería era a Frank. Agnes estaba siempre malhumorada, siempre con prisas para llegar a tiempo al trabajo o agotada cuando volvía de él, pero Frank le hablaba siempre con seriedad, como si Margie fuera ya una joven dama. Y en las raras tardes en que se quedaba en casa le enseñaba declamación y le contaba cosas de cuando había ido de gira con Richard Mansfield. Le daba fragmentos de guiones que ella había de recitarle cuando él volvía a casa. Cuando no se los sabía, Frank adoptaba un aire frío y se paseaba a grandes zancadas y decía:

—Bien, haz lo que quieras, querida, pero si quieres labrarte una carrera habrás de trabajar para conseguirla... Dios te ha dotado del talento natural..., pero el talento, sin el esfuerzo necesario, no vale nada... Por lo visto quieres trabajar toda tu vida en un salón de té, como la pobre Agnes.

Y entonces Margie corría hacia él y le echaba los brazos al cuello y lo besaba y decía:

—De verdad, Frank, trabajaré todo lo que pueda.

Y él se ponía terriblemente nervioso o se desordenaba el pelo con la mano, y decía:

—Y ahora, chiquilla, nada de libertades.

Y proponía dar un paseo por Broadway.

A veces, cuando tenía algo de dinero, iban a patinar a la pista de Saint Nicholas. Siempre que hablaban de Agnes, la llamaban «pobre Agnes», como si se tratara de una persona un poco lela. Ciertamente, había algo de pueblerino en Agnes.

Pero la mayor parte del tiempo Margie se limitaba a holgazanear o a leer revistas en el cuarto o a estar tendida en la cama mientras el tiempo discurría con exasperante lentitud. Soñaba entonces en chicos que la invitaban al teatro o a restaurantes, en el tipo de casa en que viviría cuando llegara a ser una gran

actriz, en las joyas que tendría; o bien recordaba cómo Indio, el quiropráctico, le había dado un masaje en la espalda cuando tuvo la jaqueca. Fuerte y moreno y musculoso, en mangas de camisa, trabajándole la espalda con sus manos de grandes nudillos. Sólo sus ojos le hacían sentirse extraña: ojos de indio que de improviso la miraba cuando iba caminando por Broadway. Ella se apresuraba, sin osar volverse para comprobar si sus ojos la seguían, y llegaba a casa sin aliento y asustada.

Una cálida tarde de finales del otoño, Margie tendida en su cama, leía un número de *Smart Set* que Frank había comprado y que Agnes le había hecho prometer que no leería. Oyó el ruido de un zapato, se incorporó de un salto y escondió la revista debajo de la almohada.

Frank, desde el umbral, la miraba. A Margie no le hizo falta observarle con detenimiento para saber que había estado bebiendo. Lo advirtió en su mirada, en las mejillas encendidas de su semblante habitualmente pálido.

—Ah, ah, te pillé, pequeña Margo —dijo.

—Apuesto a que piensas que no me sé el papel que me mandaste —replicó Margie.

—Me gustaría no saberme el mío —dijo él—. Acabo de firmar el contrato más hediondo de mi vida... El mundo verá pronto a Frank Mandeville sobre las sucias tablas de un teatro de farsa y mujeres.

Se sentó en la cama, sin quitarse el sombrero de fieltro, y se cubrió los ojos con una mano.

—Dios, estoy cansado... —Alzó la vista hacia ella y la miró fijamente con ojos enrojecidos— Pequeña Margo, no sabes lo que es enfrentarse con el mundo.

Margie, con una tenue risita, dijo que sabía muchas cosas, y se sentó a su lado en la cama y le quitó el sombrero y le apartó suavemente el pelo sudoroso de la frente. Algo en su interior sentía miedo al hacer lo que estaba haciendo, pero no podía evitarlo.

—Vámonos a patinar, Frank. Es tan horrible quedarse encerrada en casa todo el día...

—Todo es horrible —dijo él, y repentinamente la atrajo hacia sí y la besó en los labios. El olor a ron de laurel y a cigarrillos y a whisky y a clavo de olor y a sobaco que emanaba de Frank la hizo desfallecer. Se apartó de él.

—No, Frank, no.

Pero él la había asido con fuerza. Margie podía sentir sus manos temblorosas, el violento latir de su corazón bajo el chaleco. Tiraba de ella hacia él con una mano, y del vestido con la otra. Su voz no era en absoluto la de Frank.

—No voy a hacerte daño. No voy a hacerte daño, niña. Déjame hacer. No es nada. No puedo aguantar más.

Y la voz seguía gimoteando sin cesar en sus oídos: «Por favor, por favor...».

Margie no se atrevía a gritar por temor a que acudiera la gente de la casa. Apretaba los dientes, golpeaba y arañaba la enorme cara de labios mojados que se apretaba contra la suya. Se sintió débil, como en un sueño. La rodilla de Frank le separaba las piernas.

Cuando todo hubo pasado, Margie no lloraba. No se atrevía. El recorría de un lado a otro la habitación. Y sollozaba. Ella se levantó y se arregló el vestido.

El se acercó y la sacudió por los hombros.

—Si alguna vez se te ocurre contárselo a alguien, te mato, maldita mocosa... ¿Estás sangrando?

Ella negó con la cabeza.

El se acercó al lavabo y se lavó la cara.

—No he podido evitarlo... No soy un santo... He estado soportando una terrible tensión.

Llegaba Agnes. Margie oyó el ruido de sus pasos en las escaleras, su respiración jadeante mientras manipulaba torpemente el pomo de la puerta.

—Eh..., ¿qué diablos pasa? —dijo al entrar en el cuarto sin aliento.

—He tenido que reñir a tu niña, Agnes —estaba diciendo Frank con su tono de tragedia—. Llego a casa muerto de cansancio y la encuentro leyendo esa sucia revista... No voy a permitirlo... Al menos mientras esté bajo mi tutela.

—Oh, Margie, me prometiste que no lo harías... ¿Pero qué te ha pasado en la cara, Frank?

Frank se adelantó hasta el centro del cuarto; se daba ligeros toques en la cara con la toalla.

—Agnes, he de confesarte algo... He tenido un altercado ahí abajo, en el centro. Ha sido un día muy difícil para mí. Tengo los nervios deshechos. ¿Qué vas a pensar de mí cuando te diga que he firmado un contrato en un teatro de farsa y mujeres?

—Pues que has hecho muy bien —dijo Agnes—. Necesitamos dinero... ¿Cuánto vas a ganar?

—Es vergonzoso... Veinte a la semana.

—Me has quitado un peso de encima... Creí que había sucedido algo terrible. Quizás ahora Margie pueda volver a sus clases.

—Siempre que sea buena chica y no pierda el tiempo leyendo revistas puercas.

Margie temblaba en su interior como si fuera gelatina. Sintió que la invadía un sudor frío. Subió corriendo al baño, echó dos vueltas a la llave, fue tambaleándose hasta la taza del retrete y vomitó. Luego permaneció largo rato sentada sobre el borde de la bañera. No podía pensar más que en huir de aquella casa.

No podía imaginarse, sin embargo, llevando a cabo con éxito la fuga. En Navidad unos amigos de Frank le consiguieron trabajo en una obra dramática infantil. Ganaba veinticinco dólares por función y se convirtió en la niña mimada de las damas de sociedad. Se sentía, pues, importante y adoptaba actitudes presuntuosas. En cierta ocasión, en la oscuridad del teatro durante un ensayo, faltó poco para que la sorprendieran haciendo el amor detrás de unos viejos decorados con el chico que interpretaba el papel de caballero.

Le resultaba insoportable vivir con Frank y Agnes en el mismo cuarto. Ahora odiaba a ambos. Por la noche, tendida en el agobiante cubículo, solía quedarse despierta y con los ojos ardientes, expectante. Sabía que trataban de no hacer ruido, que no querían que los oyera, pero no podía evitar el aguzar el oído y contener la respiración cuando, rítmica y débilmente, los muelles de la vieja y desvencijada cama de hierro donde dormían empezaban a crujir. A la mañana siguiente se levantaba muy tarde, tras un horrible y profundo sueño del que no habría querido despertar jamás. Empezó a ser insolente y malévola con Agnes, y nunca hacía lo que le decía. Era muy fácil hacer llorar a Agnes.

—¡Vaya con la niña! —decía, enjugándose las lágrimas—. No puedo hacer carrera con ella. Lo que pasa es que el pequeño éxito se le ha subido a la cabeza.

Aquel invierno, cuando pasaba junto a la puerta de la consulta quiropráctica, solía tropezar con Indio, quien, moreno y nervudo y con bata blanca en el umbral, trataba siempre de entablar conversación o de enseñarle alguna fotografía o cualquier otra cosa. Llegaba a ofrecerle incluso tratamiento gratis, pero Margie le miraba a los ojos de frente —aquellos extraños ojos azules— negros de Indio— y le tomaba el pelo. Y un buen día en que Indio estaba solo entró en la consulta y, sin decir ni una palabra, se sentó en sus rodillas.

Pero el chico que más le gustaba en aquella casa era Tony Garrido, un cubano que tocaba la guitarra para dos sudamericanos que bailaban la machicha en un cabaret de Broadway. Solía cruzarse con él en las escaleras y estaba al tanto de su vida; mucho antes de que llegaran siquiera a hablarse Margie decidió que estaba loca por él. Parecía tan joven con sus grandes ojos castaños, con el óvalo suave de la cara, de color café muy tenue y mejillas ligeramente encendidas bajo los pómulos altos y pronunciados. De modales tímidos y corteses, tenía una voz adulta y grave. La primera vez que Garrido le habló, una noche de primavera en que Margie estaba en el pórtico preguntándose desesperadamente qué hacer para no subir al cuarto, supo que el cubano se enamoraría de ella. Margie empezó a tomarle el pelo y a preguntarle qué era lo que se daba en las pestañas para tenerlas tan negras. El dijo que lo mismo que hacía que el pelo de ella fuera tan precioso y dorado, y la invitó a tomar un batido de helado y soda.

Luego dieron un paseo por el Drive, Garrido hablaba un inglés correcto, con un ligero acento que Margie juzgó muy distinguido. Pronto dejaron de bromear y él empezó a contarle la nostalgia que sentía de La Habana, sus deseos locos de abandonar Nueva York, y ella le contó la vida horrible que llevaba; cómo los hombres de la casa estaban siempre pellizcándola y tropezando con ella en las escaleras, cómo acabaría por tirarse al río si tenía que seguir viviendo en la misma habitación que Agnes y Frank Mandeville. En cuanto a aquel tipo,

Indio, ella no permitiría que la tocase aunque fuera el último hombre que quedara en el mundo.

Margie no volvió a casa hasta que Tony tuvo que ir a trabajar al cabaret. En lugar de cenar, tomaron unos cuantos batidos de helado con soda. Margie se fue a casa tan feliz como una alondra. Cuando salían del drugstore, oyó que una mujer decía a su acompañante: «Oh, mira qué joven pareja más hermosa...».

Frank y Agnes, como era de esperar, armaron un escándalo. Agnes lloraba y Frank, hecho una furia, dijo que le partiría la cabeza al maldito forastero si se atrevía a poner tan sólo un dedo en aquella bonita y pura chica americana. Margie dijo a gritos que haría su santa voluntad y soltó cuantas invectivas le vinieron a la cabeza. Había decidido que lo que tenía que hacer era casarse con Tony e irse a vivir con él a Cuba.

A Tony la idea de casarse no parecía agradarle mucho, pero Margie, en cuanto Frank salía al mediodía de casa, subía al pequeño cuarto del cubano y le despertaba y se deshacía en caricias íntimas. El deseaba entonces hacer el amor con ella, pero Margie no se lo permitía. La primera vez que lo rechazó, Tony se derrumbó y empezó a llorar y a decir que aquello era un insulto y que en Cuba ningún hombre permitía que las mujeres actuaran de aquel modo. «Es la primera vez en mi vida que una mujer ha rechazado mi amor.»

Margie replicó que le tenía sin cuidado, que no cedería hasta que estuvieran casados y lejos de aquel lugar horrible. Una tarde, finalmente, Margie lo caldeó hasta tal punto que Tony acabó accediendo. Entonces Margie se recogió el pelo en un moño alto, se puso el vestido de apariencia más adulta y

se fue con Tony en el metro a la oficina del registro civil. Muertos de miedo, se acercaron al funcionario; él tenía veintiún años; Margie dijo tener diecinueve, y la creyeron. Había robado el dinero para la licencia del monedero de Agnes.

Las semanas de espera hasta el término del contrato de Tony le parecieron eternas, y la impaciencia le hizo casi enloquecer. Por fin, un día de mayo, cuando llamó a su puerta, Tony abrió y le enseñó doscientos dólares en billetes —sus ahorros — y le dijo: «Nos casamos hoy... Y mañana zarpamos para La Habana. Allí podemos ganar mucho dinero. Tú te pondrás a bailar y yo cantaré y tocaré la guitarra».

Y esbozó el gesto de tocar la guitarra con los dedos finos y puntiagudos de su pequeña mano. Margie sintió que su corazón comenzaba a latir con fuerza. Corrió escaleras abajo, Frank ya había salido. En el cartón de una camisa almidonada de Frank que habían enviado de la lavandería, Margie garabateó una nota para Agnes:

> Agnes, querida:
>
> No te enfades. Tony y yo nos hemos casado hoy, y nos vamos a vivir a La Habana, Cuba. Díselo a papá si aparece por aquí. Os escribiré montones de cartas. Mi cariño a Frank.
>
> Tu agradecida hija,
>
> MARGERY

Metió todas sus cosas en una maleta de piel de cerdo inglesa de Frank, recién recuperada de la casa de empeños, y bajó precipitadamente, de tres en tres, las escaleras. Tony la esperaba en el pórtico, pálido y tembloroso, con la guitarra en su estuche y una maleta.

—El dinero no me importa. Vamos a tomar un taxi —dijo.

En el taxi Margie le cogió la mano: estaba helada. En el Ayuntamiento, él estaba tan turbado que olvidó todo el inglés que sabía, y ella hubo de hacerlo todo. El juez de paz les prestó un anillo. La ceremonia duró sólo un instante, y

subieron de nuevo al taxi en dirección a un hotel de la parte alta de la ciudad. Margie no podría luego recordar qué hotel había sido; recordaría tan sólo que se mostraron tan azorados que el empleado no creyó que estuvieran casados hasta que Tony le enseñó la licencia de matrimonio, una gran hoja de papel orlado de nomeolvides. Una vez en el cuarto, se besaron apresuradamente y, después de lavarse, salieron con intención de ir a ver un espectáculo. Cenaron primero en Shanley´s. Tony pidió una botella cara de champán que hizo que al poco tiempo ambos rieran sin parar.

Tony le decía constantemente que La Habana era una ciudad muy rica, que allí los artistas eran auténticamente apreciados y que la gente rica le pagaría cincuenta, cien dólares por noche para que tocara en sus fiestas.

—Y contigo, Margo, cariño, ganaremos dos, tres, seis veces más... Y alquilaremos una estupenda casa en el Vedado, una zona muy exclusiva... Allí los criados son muy baratos, y estarás como una reina. Verás la cantidad de amigos que tengo allí; hay mucha gente rica que me tiene mucho aprecio.

Y Margie, recostada hacia atrás en su silla, miraba el restaurante y a las elegantes damas y a los elegantes caballeros y a los camareros, tan deferentes, y las fuentes de plata donde servían todos los platos y las largas pestañas de Tony, que rozaban sus rosadas mejillas mientras hablaba de lo cálida que era su tierra, de la fresca brisa que llegaba del mar, de las palmeras y las rosas y los loros y los pájaros cantores en sus jaulas, y de la prodigalidad con que la gente gastaba el dinero en La Habana. Todo ello le hizo sentir a Margie que estaba disfrutando del único día feliz que había tenido en su vida.

Al día siguiente, cuando tomaron el barco, a Tony le quedaba tan sólo el dinero necesario para comprar pasajes de segunda clase. Habían cogido el elevado hasta Brooklyn para ahorrarse el taxi. Margie hubo de cargar el equipaje de ambos hasta coronar la escalerilla, pues Tony dijo que tenía dolor de cabeza y que temía que se le fuera a caer el estuche con la guitarra.

Noticiario LIV

nada de importancia tuvo lugar en la mañana en cuanto a transacciones comerciales. En la primera hora se dio curso a las compras y ventas generales para nivelar las cuentas, pero los precios, poco después de las once, fluctuaron menos y se estabilizaron gradualmente

DEJAN A MEDIO AFEITAR A SUS PARROQUIANOS

EN TIMES SQUARE

Permitirán que la cosecha se pudra en manos

de los productores

a menos que los precios bajen

SE SUICIDA EN MIAMI UNA BARONESA RUSA

...el tipo de chica que los hombres olvidan Sólo un juguete del que se disfruta un tiempo

Coolidge pronostica la prosperidad de la nación

bajo su política

BATIDA DE LOS BOSQUES DE JERSEY

PARA DAR CAZA AL LEOPARDO ERRANTE

LA PORQUERA PRESENCIÓ EL ASESINATO

Había que hacerlo y lo hice, dice la señorita Ederle

CUARENTA Y DOS PROCESADOS

EN EL CASO DE LO NEGOCIOS DE FLORIDA

El nuevo testigo declara haber visto a una mujer que se

parecía a la señora Hall amonestando a una pareja cerca del

lugar del crimen

varios centenares de tiendas y otros frágiles cobijos levantados por los excursionistas sobre una colina que domina el puerto de Hempstead, al sur de Front Street, fueron abatidos por el tornado, hilera tras hilera, como hierba ante la guadaña

Cuando toquen «Aquí viene la novia»

Tú permanecerás afuera

TRES MIL AMERICANOS SIN UN CÉNTIMO EN PARÍS

Soy una pobre chica

La fortuna me deparó una triste suerte

Siempre fui cortejada

Por el chico del carretero

NUEVE AHOGADOS EN LAS INUNDACIONES

DEL NORTE DEL ESTADO

LA VIDA DEL JEQUE SE ACABA

Rodolfo Valentino, famosa estrella de la pantalla, sufrió ayer un colapso repentino en su apartamento del hotel Ambassador. Horas después fue sometido a

El bailarín de adagios

El hijo de diecinueve años de un veterinario de Castellaneta, población del sur de Italia, fue embarcado rumbo a los Estados Unidos por sus padres, al igual que muchos otros jóvenes italianos cuyos progenitores renunciaban a hacer carrera de ellos y los hacían emigrar a fin de que se hundieran o salieran adelante, y con el tiempo enviaran acaso al hogar un puñado de liras por giro postal internacional. La familia había terminado con él, pero Rodolfo Guglielmi quería prosperar.

Consiguió un empleo de ayudante de jardinero en Central Park, pero aquel tipo de trabajo distaba mucho de lo que él deseaba hacer; lo que deseaba realmente era triunfar en el mundo del espectáculo; el dinero le quemaba en los bolsillos.

Vagó por los cabarets haciendo pequeños trabajos: barría los suelos por cuenta de los camareros, lavaba coches... Era indolente, esbelto, guapo, bien formado, de buen carácter, vanidoso. Había nacido para bailarín de tango.

Las mujeres ávidas de amor lo encontraban encantador. Empezó a conseguir contratos para bailar el tango en cabarets y salas de baile. Durante una gira de un espectáculo de variedades, formó pareja con una chica que se llamaba Jean Acker y adoptó el nombre de Rodolfo Valentino.

Hallándose desorientado y ocioso en la costa Oeste, marchó a Hollywood, donde trabajó como extra durante mucho tiempo por cinco dólares diarios. Los directores empezaron a reparar en su buena fotogenia.

Encontró su oportunidad en Los cuatro jinetes y se convirtió en el gigolo soñado por todas las mujeres.

Valentino se pasó la vida bajo el resplandor descolorido de las lámparas de klieg, en villas de estuco atestadas de objetos curiosos y alfombras orientales y pieles de tigre, en suites nupciales de hotel, en batas de seda, en coches privados. Siempre subiendo a limusinas o apeándose de ellas o acariciando el cuello de hermosos caballos. Dondequiera que fuera iba siempre precedido por el ulular de las sirenas de los motoristas de la policía,

se encendían los fogonazos de las cámaras fotográficas, las calles hervían de semblantes histéricos de manos que se agitaban a lo alto, de ojos delirantes; las gentes tendían sus álbumes de autógrafos, arrancaban a tirones los botones del ídolo, le cortaban los faldones del admirablemente cortado traje de etiqueta, le arrebataban el sombrero y tiraban de su corbata, sus criados tenían que sacar de debajo de su cama a las jovencitas; en los clubs nocturnos y en los cabarets, actrices ávidas del estrellato le dirigían en el curso de la velada incesantes miradas ovinas a través de las pestañas cargadas de rímel.

Valentino deseaba triunfar bajo el fulgor millonario de los reflectores

de Eldorado:

el Jeque, el hijo del Jeque,

las apariciones en público.

Se casó con su antigua pareja en el espectáculo de variedades, se divorció de ella; se casó con la hija adoptiva de un millonario, se embarcó en pleitos con productores que estaban dañando al séptimo arte, gastó un millón de dólares en un viaje por Europa.

Deseaba triunfar en el mundo del espectáculo.

Cuando el *Tribune* de Chicago le llamó «borla rosada para polvos»

y la gente empezó a menear la cabeza ante la esclava que llevaba en la muñeca —se la había regalado su mujer, según decía— y ante su afición a los versos sensibleros —publicó un puñado de ellos en un pequeño volumen titulado Sueños diurnos—, y arreciaron los rumores acerca de las declaraciones en el juicio de divorcio en el sentido de que jamás él y su mujer habían dormido juntos, se le desgarró el corazón.

Trató de retar a duelo al *Tribune*; deseaba triunfar

en la América viril, ruda, domadora de potros cerriles, jugadora de póquer, malabarista fullera en la bolsa de valores.

(Era un buen boxeador y un buen jinete; amaba, como los jeques, el desierto; tenía el cuerpo bronceado por el sol de Palm Springs.) Se derrumbó en su suite del hotel Ambassador de Nueva York: úlcera gástrica.

Al abrir su apuesto cuerpo los médicos comprobaron que se había declarado en él una peritonitis; la cavidad abdominal contenía gran cantidad de líquido y de partículas de comida; las vísceras aparecían recubiertas por una película gris verdosa; se descubrió una perforación de un centímetro de diámetro en la pared anterior del estómago; el tejido estomacal que se extendía un centímetro y medio en torno a la llaga presentaba necrosis; el apéndice se hallaba inflamado y retorcido contra el intestino delgado.

Al volver en sí de la anestesia, lo primero que dijo fue: «Y bien, ¿me he portado como una “borla rosada para polvos”?».

Su cuerpo de actor trabajado por caros masajes luchó contra la peritonitis durante seis días.

La centralita del hospital se vio invadida por las llamadas telefónicas, los pasillos estaban atesados de flores, el gentío anegaba las calles circundantes, tomaban el tren hacia Nueva York estrellas de la pantalla que proclamaban ser sus prometidas.

Avanzada la tarde una limusina se detuvo ante la puerta del hospital (donde periodistas y fotógrafos de dedos sucios deambulaban aburridos, cansados, con los ojos ardientes, fumando cajetilla tras cajetilla, haciendo escapadas hasta el bar clandestino más cercano, intercambiando chascarrillos y soplos fidedignos para las carreras de caballos, aguardando a que el ídolo muriera a tiempo para dar cabida a la noticia en los diarios de la tarde); *descendió de ella una mujer; que dijo ser la doncella de la primera mujer de Valentino, cierta bailarina. Entregó al encargado un sobre en el que se veía escrito: «De Jean», y un paquete. El paquete contenía una colcha blanca con ribetes de encaje y con la palabra «Rudy» bordada en las cuatro esquinas. Acompañaba a la colcha un perfumado cojín de seda azul con su funda a juego.*

Rodolfo Valentino tenía al morir tan sólo treinta y un años.

Sus representantes planearon convertir su funeral, profusamente anunciado, en un acontecimiento, pero en las calles la gente se hallaba demasiado enfervorizada.

Mientras el ídolo, de cuerpo presente, yacía en un ataúd cubierto por un paño de oro, miles y miles de hombres, mujeres y niños se agolpaban en las calles adyacentes. Cientos de personas fueron pisoteadas y vieron magullados sus pies por los caballos de la policía. Bajo la cálida lluvia, la policía perdió el control. La multitud apiñada echó a correr en desbandada bajo las porras de los guardias y los cascos de los caballos encabritados. La capilla del funeral fue arrasada: hombres y mujeres peleaban por conseguir una flor, un trozo de empapelado, un pedazo de vidrio del roto ventanal. Se hicieron añicos

escaparates, se volcaron y destrozaron automóviles aparcados. Cuando finalmente la policía montada, tras repetidas cargas, logró despejar Broadway, cuyo tráfico se vio inmovilizado durante dos horas, recogió del suelo veintiocho zapatos desparejados y una legión de paraguas, documentaciones, sombreros y mangas desgarradas para cuya retirada se hizo necesario el empleo de un camión. Todas las ambulancias de aquella zona de la ciudad trasladaron sin descanso a mujeres que habían sufrido desmayos y a jovencitas que habían sido pisoteadas. Los epilépticos sufrieron ataques; la policía reunió pequeños grupos de niños abandonados.

Los fascistas enviaron una guardia de honor y los antifascistas la expulsaron: más disturbios, más cráneos partidos, más pies pisoteados. Cuando se prohibió al público la entrada a los salones funerarios, cientos de mujeres sedientas de publicidad consiguieron entrar en el recinto para contemplar el cadáver

alegando ser antiguas parejas de baile, viejas compañeras de juegos, parientes del país de origen, estrellas cinematográficas... Cada escasos minutos se desvanecía ante el féretro alguna chica, para revivir al instante por obra de los periodistas, que tomaban su nombre, dirección y pretensión de aparecer en la letra impresa de los diarios. Los empleados de pompas fúnebres y los portadores de féretros de la empresa Frank E. Campbell, solemnes hilvanadores de crespones con traje de popelín negro, estaban al borde de la crisis nerviosa. La publicidad, en aquella ocasión, fue excesiva hasta para el propietario.

La policía tardó dos días en despejar debidamente las calles para que los ramos de flores que llegaron de Hollywood pudieran hacer su entrada en el recinto y ser descritos en los periódicos de la tarde.

El oficio religioso resultó un éxito apoteósico. El responsable municipal de la policía prohibió el acceso al público en cuatro manzanas a la redonda.

Estuvieron presentes muchos famosos.

La Novia de América,* con un pequeño sombrero de paja negro con banda negra y lazo negro en la parte posterior, y negra georgette sobre el negro del vestido de cuello y puños de encaje blanco, sollozaba amargamente tras el

féretro cubierto por un manto de rosas de color rosa, enviadas por una estrella de la pantalla que apareció en el funeral enmascarada tras profusos velos y que se desmayó y hubo de ser trasladada hasta su suite en el hotel Ambassador, después de mostrar a los reporteros un mensaje —pretendidamente escrito por uno de los médicos— en el que se declaraba que Rodolfo Valentino, en los instantes últimos, había hablado de ella como de su prometida.

[* La actriz Mary Pickford (N. del T.)]

Una joven se quitó la vida en Londres.

Los parientes llegados de Europa fueron recibidos por unidades de la policía desplazadas al efecto y por banderas italianas con colgaduras de crespón. El ex campeón de boxeo Jim Jeffries dijo: «Bien, el muchacho triunfó», y el campeón permitió que citaran sus palabras en el sentido de que Valentino era aficionado al boxeo y gran admirador suyo.

El tren fúnebre partió para Hollywood.

En Chicago resultaron heridas algunas personas más al tratar de ver el féretro, pero el incidente mereció tan sólo las páginas interiores de los diarios.

Y la llegada a Hollywood del tren fue reseñada en la página veintitrés del New York Times.

Noticiario LV

MULTITUDES EN LAS CALLES

UN LUNÁTICO HACE VOLAR UN BANCO EN PITTSBURGH

Krishnamurti, de visita en la ciudad, dice que su mensaje es la felicidad mundial

Cierra las puertas

Están entrando

Por las ventanas

LOS MARINES NORTEAMERICANOS

DESEMBARCAN EN NICARAGUA PARA

PROTEGER A LOS EXTRANJEROS

PÁNGALOS, DETENIDO Y ENCARCELADO EN ATENAS

Cierra las ventanas

Están entrando por las puertas

Vio a la porquera. Dice el otro testigo, pero tampoco puede identificar a los acusados

SE ACUMULAN EN NUEVA YORK LOS FONDOS MONETARIOS

el deseo de conseguir beneficios y más beneficios ha venido incrementándose, y la búsqueda de dinero fácil se ha convertido en práctica

casi universal. Ello implica una tentativa de apropiación de las pertenencias ajenas sin ofrecer contrapartidas

Se descubre que un «médico» que desempeñó un papel

relevante en el funeral de Valentino es un antiguo convicto

NUNCA LO VI, DECLARA EL DIRECTOR

Cierra las puertas están entrando por las ventanas Dios mío están entrando por el suelo

El Ojo de la Cámara (47)

las sirenas afloran en la niebla que cubre el puerto cuernos de todos los colores silbatos de las formas más diversas llegan desde el río y el batir de las hélices y el latido de los motores campanas

el susurro a intervalos quebrado de las olas cortadas por las proas de lo oculto agitándose desordenadamente a través de la ventana se alargan trémulos tentáculos

para liberar el resorte

ponte en camino esta noche zarpa hacia alguna parte alístate firma en la línea de puntos enrólate y conviértete en uno de empeña el viejo impermeable de la incertidumbre (en el que solitario te encoges a partir de formas colores palabras recordadas luces y sombras filtradas se va formando esforzadamente la imagen invertida sobre la retina

para reconstruir el ayer para recortar figuras de papel que estimulen su desarrollo transforma papel de periódico en rostros que se ablandan y retuercen en las diversas y apenas percibidas velocidades del tiempo)

ahora esta noche la habitación se anega del alboroto y la trepidación de la partida el explorador reúne unas cuantas cosas de primera necesidad se alecciona a sí mismo para volver a empezar

mejor las calles primero una vuelta hacia el centro de la ciudad hacia la zona norte bordeando los muelles vagando por debajo del elevado escudriñando los rostros de los taxis espiando a los conductores de camiones a los viejos que mastican en las casas de comidas a vagabundos borrachos que vomitan en callejones ¿qué está leyendo el vendedor de periódicos? ¿qué ha murmurado el viejo emigrante latino que vende castañas a la mujer gorda que está detrás de los tarros de encurtidos? ¿adónde va esa chica anodina del sombrero rojo que sube apresuradamente las escaleras del metro; adonde el policía que bromea con su colega en la acera de enfrente? y el chasquido de un beso entre dos sombras bajo el pórtico de la casa de piedra arenisca parda y las caras malhumoradas que en la esquina se encolerizan súbitamente y enrojecen con los gritos al ruido sordo de un golpe al sonido de un silbato pies que huyen ¿ha tenido lugar el suceso? esta noche ahora

pero en lugar de ello te encuentras a ti mismo (si es que uno mismo es el compañero que simula dolor de estómago y que tan a menudo te acompaña en los paseos sin rumbo) que has olvidado la búsqueda de empleo que has ignorado el tablón de anuncios donde están garabateados con tiza los futuros

entre chinos que mascan en Talía

con los oídos aturdidos por el estruendo de gongs extranjeros las risotadas de matracas el son de incomprensibles flautas la cadencia y el graznido de charlas ininteligibles música chanzas posturas atuendos de otro mundo un extranjero no identificado con destino desconocido

con el sombrero inclinado sobre el ¿tiene alguno? Rostro

CHARLEY ANDERSON

Un día brillante y metálico de enero, Charley se dirigió a la parte baja de Manhattan a almorzar con Nat Benton. Llegó algo temprano a la oficina del agente de Bolsa, y se sentó a esperar en un despacho vacío. Miró a través de los amplios ventanales enmarcados en acero el North River y la Estatua de la Libertad y la bahía, más allá, de un verde rutilante y rizado por el viento del noroeste, salpicada por las pinceladas blancas de humo de los remolcadores, veteada por las ondas y surcada por las estelas trémulas de los cargueros que bregaban contra el viento, cuadriculada por las chalanas, barcazas, transbordadores de automóviles, falúas y el ferry rojo y recortado por un extremo del transporte de pasajeros. Una goleta de velas grises se deslizaba veloz a favor del viento.

Charley, sentado en el escritorio de Nat Benton, fumaba un cigarrillo y ponía sumo cuidado en depositar las cenizas dentro del cenicero de latón bruñido que había al lado del escritorio. Sonó el teléfono; era la chica de la centralita.

—Señor Anderson... El señor Benton le ruega que tenga la amabilidad de esperarle unos minutos más. Está en la Bolsa. Terminará enseguida.

Al poco asomó por la puerta entreabierta la cara delgada y pálida de Benton que coronaba su largo cuello de pollo, saludando a Charley y diciendo que volvería al cabo de un instante. Charley tuvo tiempo de fumar otro cigarrillo antes de su regreso.

—Apuesto a que estás muerto de hambre —dijo Benton.

—No te preocupes, Nat. He estado disfrutando de la vista.

—¿Vista?... Ah, bueno... Creo que no miro hace semanas por esa ventana... Y sin embargo, fue en uno de esos condenados ferries rojos donde empezó el

viejo Vanderbilt... Supongo que todo me iría mejor si de vez en cuando levantara la nariz del teletipo... Venga, vamos a comer algo.

Mientras bajaban en el ascensor, Benton siguió hablando.

—Vaya, eres lo que se dice un cliente difícil de atrapar.

—Es la primera vez en un año que me quito el mono de trabajo —dijo Charley, riendo.

En cuanto salieron de la puerta giratoria, el frío les hirió.

—¿Sabes, Charley? Se ha hablado largo y tendido de vosotros por aquí... La Askew—Merritt subió ayer cinco puntos. El otro día había un tipo de Detroit (un tipo de primera..., ya conoces al grupo Tern...) buscándote por todas partes. Comeremos todos juntos la próxima vez que venga a la ciudad.

Cuando llegaron a la esquina bajo el elevado, un golpe helado de viento les azotó en la cara e hizo que les saltaran las lágrimas. La calle estaba atestada: hombres, chicos de los recados, bonitas taquígrafas..., todos ellos con el aire preocupado y la crispación de labios del propio Benton.

—Qué frío hace hoy —dijo Benton. Respiraba con dificultad y se subía el cuello del abrigo—. Estas oficinas con calefacción a vapor lo ablandan a uno.

Entraron en un edificio y bajaron al restaurante del sótano, donde reinaba un aroma de panecillos calientes. El frío estremecía aún sus caras cuando una vez sentados estudiaban el menú.

—¿Sabes, Charley? —dijo Benton—. Tengo la impresión de que estáis en camino de hacer dinero con lo vuestro.

—Lo cierto es que nos ha costado buen trabajo hacer que marche —dijo Charley mientras metía la cuchara en el puré de guisantes. Estaba hambriento—. En cuanto te das la vuelta, algo se rompe y todo se va al garete. Pero ahora tengo un magnífico capataz. Es alemán; trabajó para el grupo Fokker.

Nat Benton comía emparedados de rosbif frío y bebía leche desnatada.

—Mis digestiones son tan malas como las de...

—Como las de John D. Rockefeller —intervino Charley, y ambos rieron.

Benton siguió hablando:

—Como te iba diciendo, no tengo la más ligera idea del proceso productivo, pero siempre he pensado que el secreto para hacer dinero en ese campo es dar con los individuos apropiados y contratarlos para que trabajen para ti. O trabajan para ti o tú trabajas para ellos. Así de simple es la cuestión. Después de todo, vosotros fabricáis el producto allí en Long Island City, pero si queréis ganar dinero tendréis que bajar por aquí a hacer los negocios... ¿No te parece?

Charley alzó la vista del jugoso solomillo que estaba a punto de cortar. Rompió a reír.

—Imagino que sí —dijo—. El hombre que no levanta la nariz del tablero de dibujo en toda su vida es un maldito imbécil.

Hablaron de golf un rato; luego, cuando tomaban el café, Nat Benton cambió de tema.

—Charley, quería decirte algo que te interesa..., en honor de tu amistad con el viejo Ollie y con los Humphries... No vendáis ninguna de vuestras acciones. Si estuviera en tu lugar, reuniría todo el dinero en metálico que me fuera posible y compraría todas las acciones que salgan a la venta. Pronto tendrás tu oportunidad.

—¿Piensas que van a seguir subiendo?

—Mira, espero que seas discreto al respecto... Merritt y su gente están preocupados. Están vendiendo, así que las acciones van a bajar. Y eso es lo que está esperando el grupo Tern de Detroit para meterse en vuestro negocio desembolsando poco dinero. Verás, el caso es que las perspectivas de vuestra empresa les parecen estupendas... Piensan que tu motor es de primera... Si te parece bien, yo podría llevar tus operaciones de Bolsa. Ya sabes, todo sea por los viejos tiempos.

Charley se echó a reír.

—Cielos, nunca me había imaginado que algún día tendría una cuenta de valores... Pero, qué diablos, puede que tengas razón.

—No me gustaría que un día, al levantarte, te encontraras en la calle, a la intemperie, ¿entiendes, Charley?

Cuando acabaron de almorzar, Nat Benton preguntó a Charley si había visto alguna vez la Lonja de la Bolsa en plena actividad.

—Para alguien que no ha estado nunca, es realmente interesante —dijo, y condujo a Charley a través de Broadway, donde el azote del viento hería la piel.

Siguieron por una calle estrecha flanqueada por altos edificios y entraron en un vestíbulo abarrotado de gente.

—Este frío te hiela las orejas —dijo Benton.

—Tendrías que ver el que hace en mi tierra —replicó Charley.

Tomaron el ascensor y subieron hasta una pequeña antesala donde unos viejos empleados de uniforme saludaron a Benton con gran respeto. Benton firmó en un libro y, a través de una pequeña puerta, pasaron a la galería de visitantes. Permanecieron unos instantes mirando desde lo alto la gran sala verdosa, parecida a una estación de ferrocarril, donde un tropel de cabezas hervía lentamente en torno a los puestos de contratación. La muchedumbre de hombres, unos con uniforme y otros con un distintivo blanco, se agrupaba apretadamente ora en un puesto, ora en otro. El aire estaba lleno de un ajetreo de pasos y un tenue tecleo de máquinas que ahogaban el sonido de las voces.

—No parece gran cosa —dijo Nat—, pero aquí es donde todo cambia de manos.

Señaló con la mano los puestos donde se negociaban las diferentes clases de valores.

—Adivino que no prestan mucha atención a las acciones de aviación —murmuró Charley.

—No, el asunto es el acero, el petróleo y las industrias de automóviles —repuso Nat.

—Bien, verán dentro de unos años... Eh, ¿qué dices tú, Nat? —preguntó con vehemencia Charley.

Charley tomó el elevado de la Segunda Avenida rumbo a la parte alta de la ciudad; tras cruzar el puente de Queensboro, se apeó en Queens Plaza y fue andando hasta el garaje donde guardaba su automóvil, un Stutz de dos plazas que había comprado de segunda mano. El tráfico era intenso, y antes de llegar a la fábrica se sintió cansado y malhumorado. El cielo estaba encapotado y el viento arrastraba polvo de nieve. Enfiló hacia la fábrica y dio un frenazo sobre las crujientes cenizas del patio, al pie de la oficina. Se quitó el casco acolchado de aviador, apagó el motor y se quedó sentado dentro del coche unos instantes, escuchando el estrépito y el zumbido de la fábrica.

—Esos hijos de perra están aflojando el ritmo —dijo para sí entre dientes.

Asomó un momento la cabeza en la oficina de Joe, pero Joe estaba hablando con un hombre con abrigo de mapa— che que tenía aspecto de vendedor de bonos. Bajó apresuradamente a su despacho; al entrar dijo:

—Hola, Ella, dígale al señor Stauch que venga.

Se sentó en su escritorio, cubierto de hojas azules y amarillas con notas. «Tiene que ser repugnante —pensó— pasarse la vida pegado a una mesa.»

La cara seria, cuadrada y pálida de Stauch, coronada por un manojo de pelo descolorido que le brotaba desde la visera verde, se inclinaba sobre Charley.

—Siéntese, Julius —dijo—. ¿Cómo va todo? ¿Marcha bien el taller de bruñido?

—Sí, pero se nos han roto dos máquinas de estampar en un día.

—Maldita sea... Vamos a verlas.

Cuando Charley volvió a su despacho, con una mancha de grasa en la nariz, llevaba aún en la mano un micrómetro grasiento. Eran las seis. Llamó a Joe.

—Hola, Joe, ¿te vas a casa?

—Claro; te estaba esperando. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Que he estado revoleándome en la grasa, como de costumbre.

Charley se lavó las manos y la cara en el lavabo, y bajó por las escaleras revestidas de goma a la carrera.

Joe le esperaba en la entrada.

—Mi mujer se ha llevado mi coche, Charley. Vayamos en el tuyo —dijo Joe.

—Nos va a dar mucho el viento, Joe.

—Lo aguantaremos.

—Buenas noches, señor Askew; buenas noches, señor Ander— son —les despidió el viejo guarda de la gorra azul con orejeras al cerrar la puerta detrás de ellos.

—Oye, Charley —dijo Joe cuando llegaron al final del callejón y se internaron en el tráfico—, ¿por qué no dejas que Stauch se ocupe en mayor medida del trabajo rutinario? Parece muy eficiente.

—Sabe bastante más que yo —dijo Charley, tratando de ver a través del parabrisas helado.

Los faros de los coches que venían en dirección contraria hacían aparecer grandes y centelleantes floraciones de luz en la copiosa nevada. En el puente, las vigas aparecían surcadas nítidamente por franjas blancas. Tanto el río como la ciudad eran ahora tan sólo un vago remolino alternativamente oscuro y rutilante. Charley hizo todo lo que estaba en su mano para evitar el patinar en los tramos helados del puente.

—Perfecto, Charley —dijo Joe mientras descendían por la rampa describiendo una curva y se internaban en una calle principal llena de luces doradas.

Por la calle Cincuenta y nueve tuvieron que rodar a paso de tortuga. Tenían los miembros rígidos por el frío, y eran ya más de las siete y media cuando

llegaron a la puerta de la casa de apartamentos de Riverside Drive donde Charley había estado viviendo todo el invierno con los Askew. La señora Askew y dos chiquillas de pelo amarillo les recibieron en la puerta.

Grace Askew era una mujer descolorida, con el pelo muy claro, con tenues arrugas en las comisuras de los párpados y a ambos lados del cuello que le daban un aire dulce, marchito y quejumbroso.

—Estaba preocupada —dijo—. Con esta ventisca y tú sin coche.

Jean, la mayor de las niñas, cantaba mientras brincaba:

—Nevadas, nevadas, nevadas... Va a haber nevadas.

—Charley —dijo Grace con voz burlona cuando entraron en el salón, donde flotaba el cálido olor de la cena que se estaba haciendo, y se acercaron a los falsos leños de la estufa de gas de la chimenea para calentarse las manos—, si esa mujer no ha llamado veinte veces no ha llamado ninguna. Debe de pensar que trato de apartarla de ti.

—¿Quién... Doris?

Grace frunció los labios y asintió.

—Pero mejor que te quedes a cenar, Charley. Tengo una maravillosa pierna de cordero con patatas. Ya sabes que nuestras cenas te gustan mucho más que todas esas florituras que te sirven por ahí.

Pero Charley estaba ya al teléfono.

—Oh, Charley —le llegó el dulce ceceo de Doris—, temía que te hubieras quedado atrapado en la nieve allí en Long Island. Te llamé a la fábrica, pero no respondió nadie. Tengo un sitio libre en la mesa... Viene a cenar una gente que te encantará conocer... Hay uno que fue ingeniero en la Rusia del zar. Todos estamos esperándote.

—Pero, sinceramente, Doris, estoy rendido.

—Hoy será distinto. Mamá se ha ido al sur y tendremos la casa para nosotros. Te esperamos...

—Otra vez esos piojosos rusos —susurró Charley mientras se iba deprisa a su habitación a embutirse en su traje de etiqueta.

—Eh, mirad a ese lagarto de salón —bromeó Joe desde el butacón, donde leía el periódico de la tarde con las piernas extendidas hacia la estufa de falsos leños.

—Papá, ¿qué es un lagarto de salón? —preguntó Jean con tono cantarín.

—Grace, ¿te importaría...? —Charley se acercó ruboroso, a la señora Askew con los dos extremos de la corbata negra de pajarita colgándole del cuello.

—Bueno, a esto le llamo yo devoción —dijo Grace, levantándose de su asiento. Al hacerle el lazo, tuvo que sacar la punta de la lengua por un costado de la boca—. En una noche como ésta.

—Yo, si se me pregunta, lo llamaría demencia —dijo Joe.

—Papá, ¿qué es demencia? —preguntó, como un eco, Jean.

Pero Charley se estaba poniendo ya el abrigo mientras esperaba el ascensor en el rellano de falso mármol, lleno de un muestrario aromático completo de las distintas cenas de los apartamentos de la planta.

Al subir al coche se enfundó los guantes de lana. En el parque la nieve siseaba bajo las ruedas. Al doblar la calzada de salida para tomar la calle Cincuenta y nueve, el coche patinó; Charley logró enderezarlo, pero patinó de nuevo. Las ruedas se agarraron al asfalto justo al lado de un policía que, en la esquina, se golpeaba el pecho con los brazos. El policía, airado, le miró. Charley se llevó la mano a la frente en un saludo rápido y jovial. El policía rió.

—Travieso, travieso —dijo, y siguió azotándose el pecho.

La puerta del apartamento de los Humphries se abrió, y los pies de Charley se hundieron al instante en la tupida alfombra de Beluchistán. Salió Doris a recibirle.

—Oh, qué encantador de tu parte el haber venido con este tiempo horrible —le dijo, arrulladora.

El la besó. Habría deseado que sus labios no hubieran tenido tal cantidad de lápiz graso. La abrazó; la sintió delgada y grácil en su traje de noche verde pálido.

—Tú eres la encantadora —le susurró.

Oyó voces en el salón, acentos extranjeros, el tintineo del hielo en la coctelera.

—Me habría gustado que pudiéramos estar solos —dijo Charley con voz ronca.

—Lo sé, Charley, pero se trata de gente a la que tenía que invitar. A lo mejor se van pronto.

Le enderezó la pajarita, le alisó el pelo y, haciendo que la precediese, lo empujó dentro del salón.

Cuando el último de los invitados se hubo ido, se quedaron en el vestíbulo mirándose. Charley exhaló un profundo suspiro. Había bebido muchos combinados y champán. Se sentía locamente enamorado.

—Dios, Doris, qué gente más pesada...

—Ha sido un gran detalle que vinieras, Charley.

Charley sintió que se inflamaba en su interior una amarga y latente ira.

—Escúchame, Doris: vamos a hablar.

—Ah, ahora quieres que nos pongamos serios... —dijo ella, y haciendo una mueca se dejó caer en el sofá.

—Escucha, Doris... Estoy loco por ti, y tú lo sabes.

—Oh, por favor, Charley, nos hemos divertido tanto juntos... No vamos a estropearlo ahora... Sabes que el matrimonio no es siempre divertido... La mayoría de mis amistades que se han casado se lo han pasado francamente mal.

—Es una cuestión de pasta, no te preocupes. Nuestro negocio va a ser algo grande... A ti jamás te mentiría. Pregúntale a Nat Benton. Precisamente esta misma tarde me ha estado explicando cómo puedo empezar a ganar dinero inmediatamente.

Doris se levantó, se acercó a él y lo besó.

—Sí, y el pobre viejo ha hecho una tontería... Pensarás que soy una pequeña zorra materialista y horrible. Aunque no veo por qué querrías casarte conmigo si pensaras de esa forma. Sinceramente, Charley, lo que más desearía en el mundo es salir y ganarme la vida a mi manera. Odio esta existencia que llevo de caballo de lujo.

El la atrajo hacia sí. Ella lo apartó.

—Es por el vestido, querido, que ha costado su dinero; no es por mí... Ahora vete a casa y métete en la cama como un I buen chico. Pareces muerto de cansancio.

Una vez en la calle, se encontró con que la nieve había entrado en el coche y había cubierto los asientos. Difícilmente podría poner en marcha el motor. Trató de hacerlo y no lo consiguió. Llamó por teléfono a su garaje para que enviaran a alguien capaz de hacer que el vehículo arrancara. Ya que estaba en la cabina telefónica, ¿por qué no telefonear a la señora Darling?

—Qué noche más horrible, querido. Bien, ya que se trata de usted, señor Charley, veremos qué se puede hacer para concertarle una cita, pero es terriblemente apresurado, sin nada de antelación y encima en fin de semana... Bien..., dentro de una hora, aproximadamente.

Charley se paseó arriba y abajo sobre la nieve, esperando frente a la casa de apartamentos a que llegara alguien del garaje. La ciega y agria iracundia seguía agolpándose en su interior. Cuando por fin llegó el mecánico y consiguió poner en marcha el coche, Charley le indicó que lo llevara al garaje. Y se fue a un bar clandestino que conocía.

Las calles estaban desiertas. Al bajar las escaleras hacia la puerta del sótano la nieve compacta le azotó la cara. El bar estaba lleno de hombres y de chicas

medio borrachas que chillaban y se reían con risitas solapadas. Charley sintió deseos de retorcerles el pescuezo. Se bebió de un trago, uno tras otro, cuatro whiskis y salió para la casa de la señora Darling. Mientras subía en el ascensor empezó a sentirse ebrio. Le dio al ascensorista un dólar; vio el gesto de feliz sorpresa del chico negro al meterse el billete en el bolsillo. Una vez dentro de la casa, lanzó un ruidoso ¡hurra!

—Oiga, señor Charley —dijo la doncella negra con cofia y delantal almidonados que había abierto la puerta—, ya sabe que a la señora no le gustan los ruidos... Además, es usted un joven caballero tan cortés...

—Hola, querida —dijo Charley, sin mirarla apenas, a la chica de su cita—. Apaga la luz. Recuerda que te llamas Doris. Vete al cuarto de baño, quítate la ropa y no te olvides de darte barra de labios, mucha barra de labios.

Charley apagó la luz y se empezó a quitar la ropa torpemente. En la oscuridad le resultaba difícil soltarse los botones de la camisa almidonada. Agarró la camisa con las dos manos y desgarró los ojales de un tirón.

—Ahora ven aquí, condenada. Te amo, Doris, puta.

La chica estaba temblando y, cuando él la cogió y la atrajo hacia sí, se echó a llorar.

Charley tuvo que ir a buscar un poco de licor para hacer que la chica se animara, y ello hizo que empezara a beber de nuevo él también. A la mañana siguiente se sentía tan mal que decidió no ir a la fábrica. Tampoco tenía ganas de salir; lo único que le apetecía era beber. Anduvo todo el día vagando por la sala agobiantemente engalanada de la señora Darling y bebiendo ginebra con licor de hierbas amargas. A la tarde llegó la señora Darling y jugó con Charley a la banca rusa y le contó cómo había arruinado su vida una cantante de ópera y le sugirió que se pasara a la cerveza. Al anochecer consiguió que su anfitriona llamara a la misma chica del día anterior. Cuando llegó la chica, Charley trató de explicarle que no estaba chiflado. Y a la mañana siguiente, al despertar solo en la cama, se sintió sobrio y asqueado.

Cuando llegó a casa de los Askew, el domingo por la mañana, la familia estaba desayunando. Las dos niñas, echadas en el suelo, leían las historietas de los suplementos dominicales. Sobre las sillas se veían los diarios del domingo.

Joe, en albornoz, estaba sentado fumando un cigarro puro sobre la última taza de café.

—Llegas justo a tiempo para tomar una buena taza de café recién hecho —dijo.

—Ha tenido que ser toda una cena —dijo Grace entre risitas.

—Me metí en una pequeña partida de póquer —rezongó Charley.

Al sentarse, se le entreabrió el abrigo y todos pudieron ver la pechera desgarrada de la camisa.

—Yo diría que ha sido toda una partida —dijo Joe.

—Fue todo asqueroso —dijo Charley—. Voy a lavarme la cara.

Cuando volvió a la sala, en bata y zapatillas, empezó a sentirse mejor.

Grace le sirvió unas salchichas camperas y pan de maíz.

—Bien, había oído hablar de esas fiestas de Park Avenue, pero nunca de ninguna que durara dos días.

—Oh, ya está bien, Grace...

—Oye, Charley —dijo Joe—, ¿leíste en la sección financiera del *Evening Post* de ayer tarde el artículo que hablaba de un alza de las acciones aeronáuticas?

—No, pero estuve charlando con Nat Benton, el agente de bolsa de quien te hablé, el amigo de Ollie Taylor... Pues bien, me dijo que...

Grace se levantó.

—Ya sabéis que si empezáis a hablar de negocios en domingo me voy de la habitación.

Joe agarró por el brazo a su mujer y, suavemente, la hizo volver a sentarse.

—Déjame decir sólo una cosa más y enseguida nos callamos. Charley, espero que podamos evitar el control de los especuladores al menos durante cinco años. Lamento que nuestro maldito asunto se cotice en bolsa. Me gustaría confiar en Merritt y su gente tanto como confío en ti y en mí.

—Ya hablaremos de eso —dijo Charley.

Joe le tendió un cigarro.

—Y bien, Grace —preguntó—, ¿qué tal si ponemos algo en la gramola?

Durante todo el invierno, Charley había estado planeando llevar a Doris a Washington cuando tuviera que pilotar uno de los prototipos de avión a fin de mostrar algunas de sus patentes a los expertos de la Secretaría de Defensa pero, una semana antes de su viaje a Washington, Doris y su madre habían zarpado para Europa. Así, sin nada que hacer en la noche primaveral del sábado, víspera del viaje, se le ocurrió llamar a los Johnson. Se había encontrado con Paul un día de invierno en el metro, y Paul le había preguntado con tono dolido por qué ya no les visitaba. Charley le respondió con sinceridad que prácticamente no había salido de la fábrica durante meses. Y ahora se sentía extraño al marcar el número, al aguardar escuchando la señal y al oír al fin la voz de Eveline, en la que siempre parecía haber una ligera burla.

—¡Esto sí que es bueno! —exclamó Eveline, y le dijo que tenía que ir a verles inmediatamente y que se quedaría a cenar. Había invitado a un grupo de gente muy divertida.

Abrió Paul. Su cara tenía un aspecto seboso que Charley nunca le había notado antes.

—Bienvenido, forastero —dijo con tono de jovialidad forzada, y le dio un par de palmadas en la espalda mientras entraban en la sala llena de gente. Había algunas chicas muy guapas, hombres jóvenes de todos los aspectos y tamaños, copas de cóctel, bandejas de canapés, humo de cigarrillos. Todos ellos hablaban, alborotaban y gritaban como un equipo de tornos en un taller.

Eveline, al fondo de la habitación, sentada sobre una mesa de mármol, alta y delgada y hermosa, hablaba con un hombre pequeño de nariz larga y amarilla y con bolsas bajo los ojos.

—Oh, Charley, qué aspecto tan boyante tienes... Te presento a Charley Edward Holden... Holdy, éste es Charley Anderson; se dedica a los aeroplanos. Vaya, Charley, pareces podrido de dinero.

—Aún no —dijo Charley, que trataba de contener la risa.

—Bien, ¿y qué es lo que te pone tan risueño? Aquí, esta tarde todo el mundo parece excesivamente mustio.

—Yo no estoy mustio —dijo Holden—. Así que no me digas que estoy mustio.

—Claro, Holdy, tú nunca estás mustio; sólo que tus observaciones tienden por lo general a tocar el tema del asesinato y el suicidio.

Todo el mundo rió con ganas la agudeza. Charley se vio alejado de Eveline a empellones por quienes querían escuchar lo que decía Charles Edward Holden. Al poco se encontró charlando con una sencilla joven que llevaba un reluciente sombrero gris con una gran hebilla parecida a un faro de automóvil.

—Dígame: ¿qué es lo que hace usted? —preguntó la chica.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, quiero decir que aquí todo el mundo hace algo como escribir o pintar o algo así.

—¿Yo? No, yo no hago nada de eso... Me dedico a motores de aviación.

—¿Aviador? Oh, caramba, qué emocionante... Me encantan las fiestas de Eveline. Nunca sabes a quién puedes conocer... La última vez, cuando llegué se acababa de ir Houdini. Eveline es una maravilla en materia de celebridades. Pero pienso que todo esto es duro para Paul, ¿no crees? Paul es tan encantador y bueno... Y lo de Eveline y Holden..., tan del dominio público. Holden escribe constantemente acerca de ella en su columna... Oh, claro, ya sé que estoy demasiado chapada a la antigua. La mayoría de la gente no parece concederle demasiada importancia al asunto... Naturalmente, la sinceridad en

estos casos es una gran cosa... Desde luego, Holden es una celebridad de tal calibre... Pienso, ciertamente, que la gente debería ser sincera en su vida sexual, ¿no cree? Así se evitarían todos esos horribles complejos y cosas parecidas... Pero es muy duro para Paul, un chico tan amable y decente...

Cuando el número de invitados disminuyó un tanto, una criada negra que hablaba francés sirvió la cena, que consistió en arroz al curry con infinidad de pequeñas guarniciones. El señor Holden y Eveline monopolizaron la conversación, que giró en torno a gentes de las que Charley no había oído hablar en su vida. En una ocasión, sin embargo, trató de intervenir contando cómo le habían tomado por Charles Edward Holden en un bar hacía tiempo, pero nadie le escuchó. Al fin y al cabo, pensó, daba lo mismo. Los comensales se disponían a dar cuenta de un plato de ensalada cuando Holden se levantó y dijo:

—Queridos, mi única norma moral consiste en no llegar jamás con retraso al teatro. Hemos de apresurarnos.

Salieron precipitadamente Holden y Eveline, dejando a Paul y a Charley en la obligación de dar conversación a un belicoso matrimonio de mediana edad que a Charley ni siquiera le había sido presentado. Las tentativas de entablar conversación, sin embargo, tampoco resultaron un gran éxito, pues el hombre en cuestión estaba demasiado borracho para prestar atención a nada ni a nadie, y la mujer se hallaba dirimiendo con su esposo alguna suerte de pendencia privada que le acaparaba totalmente la atención. Una vez que la pareja se hubo ido dando tumbos, quedaron solos Paul y Charley. Decidieron irse a un cinematógrafo para pasar el rato, pero la película resultó detestable y Charley, después de despedirse, se fue a casa taciturno y se metió en la cama.

A la mañana siguiente, Charley pasó por el Yale Club temprano para recoger a Andy Merritt, que desayunaba en un gran comedor de aspecto aséptico.

—¿Tendremos turbulencias? —preguntó Merritt nada más sentarse Charley.

—El parte meteorológico de ayer fue tranquilizador.

—¿Qué dice Joe?

—Que nos limitemos a apretarnos los cinturones y dejemos que sean los otros quienes hablen.

Merritt bebía a pequeños sorbos su última taza de café.

—Ya sabes que Joe es excesivamente precavido algunas veces —explicó—. Lo que quiere es manejar él solo su fábrica de mala muerte y después dejársela a sus nietos. Eso estaba bien allá en la parte alta del estado de Nueva York y en los viejos tiempos... Pero actualmente si un negocio no se expande acaba en la papelera.

—Nuestra expansión está en marcha —dijo Charley, levantándose para seguir las anchas espaldas del traje de tweed de Merritt hasta la puerta del comedor—. Si no estuviéramos creciendo, ya no existiríamos.

Mientras se lavaban las manos en los aseos, Merritt preguntó a Charley qué ropa iba a llevar, Charley se echó a reír

y dijo que probablemente tendría en alguna parte una camisa limpia y un cepillo de dientes.

Merritt volvió su cara cuadrada y lo miró con gravedad.

—Pero es que quizá tengamos que salir por ahí con ellos... He reservado para los dos una pequeña suite en el Waldman Park. Ya sabes que esas cosas cuentan muchísimo en Washington.

—Bueno, si las cosas se ponen demasiado feas alquilaré un esmoquin.

Mientras el mozo colocaba la gran maleta de piel de cerdo y la sombrera de Merritt en el asiento trasero del coche, éste preguntó a Charley si el peso no sería excesivo.

—En absoluto. Podríamos cargar doce veces más de peso —dijo Charley, y puso el pie sobre el arranque.

Rodaron a buena marcha por las calles desiertas y cruzaron el puente y avanzaron por las amplias avenidas flanqueadas de casas bajas y baratas en dirección a Jamaica Bay. Bill Cermak había realizado la puesta a punto del avión y lo había sacado del hangar.

Charley puso la mano sobre el hombre del grasiento chaleco de cuero de Bill.

—Siempre en la brecha, Bill —dijo—. Te presento al señor Merritt. Eh, Andy —continuó, dirigiéndose a Merritt—, Bill viene con nosotros, si no te importa... Es capaz de arreglar este motor con una horquilla vieja y goma de mascar si algo va mal.

Bill izaba ya la maleta de Merritt para colocarla en la cola, y Merritt se estaba poniendo un chaquetón de cuero y unos anteojos como los que Charley había visto en los escaparates de Abercrombie Se Fitch.

—¿Crees que va a haber turbulencias? —preguntó Merritt de nuevo.

Charley le aupó hasta la cabina.

—Quizá tengamos alguna sobre Pensilvania... Pero tenemos que llegar a tiempo para almorzar como es debido... Bien, caballeros, ésta es la primera vez en mi vida que visito la capital de la nación.

—Y yo —dijo Bill.

—Bill jamás ha salido de Brooklyn —dijo Charley, riendo.

Subió a la cabina y experimentó una grata sensación al sentarse ante los mandos. Se colocó los anteojos y gritó a Merritt, que se sentaba a su espalda.

—Ocupas el asiento de observación, Andy.

El arranque Askew—Merritt funcionó de maravilla. El motor emitía un sonido tan suave y discreto como el de una máquina de coser.

—¿Qué te parece, Bill? —siguió gritando Charley al mecánico, que ocupaba el asiento trasero contiguo al de Merritt.

Rodó con suavidad por la blanda pista bajo el sol de principios de primavera, dio un par de brincos, se elevó en el aire y se ladeó al describir una curva y alejarse sobrevolando los bloques de edificios color pizarra de Brooklyn. El tenue viento del noroeste dibujaba infinitos surcos en el opaco verde de la bahía. Más allá de las rojizas marismas, Jersey se extendía en vastos

cuadriláteros planos de color amarillo o rojo o empañados por el verde de las nuevas cosechas.

Más allá de Delaware se veían hileras de grandes cúmulos blancos iluminados por el sol. Atravesaron unas ligeras turbulencias y Charley se elevó a siete mil pies, donde el aire era frío y claro y soplaba un viento de cincuenta millas desde el noroeste. Cuando descendió a la altitud normal era mediodía y el Susquehanna se erguía brillante y azul en medio de un claro entre nubes. Incluso a dos mil pies podía sentir el cálido vapor primaveral de la tierra arada. Al volar a baja altitud sobre las granjas podía ver el blanco esponjamiento de los huertos en flor. Hubo de avanzar más de lo debido en dirección sur, a fin de orillar una racha tormentosa que se cernía sobre la cumbre del Chesapeake, y siguió el Potomac en dirección norte hacia la centelleante cúpula blanca del Capitolio y la astilla rutilante del Washington Monument. No había humo sobre Washington. Charley voló en círculo durante media hora antes de localizar el campo de aviación: todo era tan verde abajo que resultó difícil identificar cuál era el campo.

—Bien, Andy —dijo Charley mientras estiraban las piernas sobre el césped—, cuando esos expertos vean este arranque se les van a salir los ojos de las órbitas.

Merritt tenía pálido el semblante y se tambaleaba un poco al andar.

—No oigo nada —gritó—. Necesito ir a orinar.

Charley le siguió hasta el hangar; Bill, entretanto, revisaba el motor. Merritt estaba llamando por teléfono para conseguir un taxi.

—¡Cristo, tengo un hambre de lobo! —bramó Charley.

Merritt hizo una mueca de malestar.

—Antes tengo que tomar un trago para sentar el estómago.

Una vez en el taxi, sentados con los pies sobre la enorme maleta de piel de cerdo, Merritt dijo:

—Voy a decirte una cosa, Charley. Tenemos que formar una sociedad nueva para ese motor... Quizá necesitemos una fábrica distinta y todo eso... Standard Airparts sería un buen nombre para la inscripción.

En el hotel, un edificio grande y de construcción reciente, tenían reservada una suite con dos cuartos y un gran salón con sillones de color rosa. Desde las ventanas podía verse el verde fresco del Rock Creek Park. Merritt husmeó en torno con visible satisfacción.

—Me gusta llegar a los sitios en domingo —dijo—. Así tienes la posibilidad de acomodarte bien antes de empezar a trabajar.

Añadió que, al ser domingo, no creía que fuera a encontrarse con ningún conocido en el comedor; resultó, sin embargo, que una vez en el comedor tardaron un buen rato en llegar hasta su mesa. Charley fue presentado a un senador, a un abogado de una sociedad, al miembro más joven de la Cámara de Representantes, y a un sobrino del secretario de Marina.

—Ya ves —explicó Merritt—. Mi padre fue senador en su tiempo.

Después del almuerzo, Charley volvió al campo de aviación a echar una ojeada al aparato. Bill Cermak lo tenía todo limpio y reluciente como la vitrina de un joyero. Charley invitó a Bill al hotel a tomar una copa. En el corredor, frente a la suite, había camareros, y a través de la puerta abierta brotaba humo de cigarro y un bullicio social de voces. Bill se apretó la nariz ganchuda con uno de sus gruesos dedos y dijo que tal vez sería mejor que se esfumara.

—Vaya, esto tiene todo el aspecto de una recepción de alto copete. Ven, quédate en mi cuarto y te traeré un trago en un segundo.

—Por mí perfecto, jefe.

Charley se lavó las manos y se arregló la corbata y entró en el salón a la carrera, como quien se arroja de cabeza a un estanque de agua fría.

Andy Merritt había organizado un cóctel aderezado con martini seco, ensalada de pollo, emparedados, un bol de caviar, lonchas de pescado ahumado, dos caballeros de sienes plateadas, tres beldades sureñas de voz ronca y maquillaje excesivo, un senador obeso y otro muy delgado y con

camisa de cuello alto, unos cuantos jóvenes pálidos con acento de Harvard y un hombre cetrino con un diente de oro que escribía una columna titulada «Trivialidades del Capitolio» para una cadena de periódicos. Había también un joven publicista llamado Savage a quien Charley había conocido en casa de Eveline. Charley fue presentado a unos y a otros, capeó como pudo la situación y por fin logró escabullirse hasta su cuarto con dos vasos mediados de rye y un plato de emparedados.

—Cielos, qué ambiente más horrible... Ni me he atrevido a abrir la boca por miedo a meter la pata.

Mientras comían los emparedados sentados en la cama, Charley y Bill escuchaban el rumor cantarín de la cháchara que tenía lugar al otro lado. Una vez apurado el whisky, Bill se levantó, se secó la boca con el dorso de la mano y preguntó a Charley a qué hora debía presentarse al día siguiente.

—A las nueve estará bien. ¿Estás seguro de que no quieres quedarte un rato más? No tengo la menor idea de qué hablar con esos pájaros de ahí al lado... A lo mejor conseguiríamos emparejarte con alguna de esas bellezas sureñas.

Bill dijo que él era un apacible padre de familia y que se buscaría un alojamiento y se iría a la cama. A Charley, cuando se quedó solo, le llegó el momento de volver a la fiesta.

Una vez dentro de la sala, advirtió que los ojos negros del senador obeso, enmarcados entre los elegantes sombreros oscilantes de dos guapas señoritas, estaban fijos en él. Charley se sorprendió diciendo adiós a las dos beldades. La de los ojos castaños tenía el pelo rubio, y muy negro la de los ojos azules. Un penetrante olor a perfume y a guantes de cabritilla quedó flotando en el aire tras su partida.

—Bien, ¿quién diría usted, joven, que era la más bonita?

El senador obeso, a su lado, le miraba sonriendo con familiaridad excesiva.

Charley, sin saber por qué, sintió que se le formaba un tenso nudo en la garganta.

—Eran un par de bellezas —contestó.

—Le dejan a uno como a aquel asno que tenía que elegir entre dos montones de heno —dijo el senador obeso, con un risueño y blando cloqueo que afloraba y se perdía entre los pliegues de su papada.

—El asno de Buridán murió de ansiedad, senador —dijo el senador delgado, volviendo a meter en su bolsillo el sobre en el que Merritt y él habían esbozado ciertas cifras.

—Lo mismo que yo, senador —dijo el obeso, apartándose un mechón de pelo negro con un temblor de sus papadas fláccidas—. Y muero diariamente... Senador, ¿cenará conmigo y estos jóvenes? Creo que el viejo Horace nos está preparando una pequeña tortuga marina.

Puso una mano pequeña y rolliza sobre el hombro del senador delgado y otra sobre el de Charley.

—Lo siento, senador, pero mi mujer ha invitado a unos amigos a cenar en el Chevy Chase Club.

—En tal caso me temo que estos mozalbetes tendrán que soportar una cena con dos viejos carcamales. Había esperado que usted sirviera de puente entre ambas generaciones... También vendrá el general Hicks.

Charley advirtió la expresión casi imperceptible de felicidad que adoptó el semblante serio y cortés de Andy Merritt. El senador obeso prosiguió con su mesurada y suave voz de magistrado:

—Tal vez debamos ir para allá enseguida... La cita es a las siete y esos viejos guerreros tienen tendencia a ser puntuales.

Un gran Lincoln negro se detenía silenciosamente ante la puerta del hotel en el preciso instante en que los cuatro hombres (Charley, Andy Merritt, Savage y el senador) salían a la noche de Washington, que olía a gasolina sobre el asfalto y a gases de escape y a hojas tiernas y a glicinas en flor. La casa del senador era una extensión de su automóvil: grande y oscura y silenciosa y de un tenue resplandor. Se arrellanaron en grandes butacones de cuero negro, y un viejo mulato de pelo blanco trajo manhattans en una bandeja de plata labrada.

El senador condujo a cada uno por separado para mostrarles dónde podían asearse. A Charley no le agradaron demasiado las palmaditas de las pequeñas y acolchadas manos del senador cuando era conducido al cuarto de baño, grande y anticuado y con una bañera de mármol empotrada. Cuando volvió de lavarse las manos, la puerta de varias hojas que daba al comedor estaba abierta, y un viejo caballero de aspecto saludable, con un mostacho blanco y una ligera cojera, se paseaba de un lado a otro, con impaciencia, ante los otros invitados.

—Ya huelo esa tortuga, Bowie —estaba diciendo—. El viejo Horace sigue haciendo honor a su buena mano.

Con la sopa y el jerez, el general empezó a hablar desde la cabecera de la mesa:

—No hay duda de que todo ese trabajo con aeroplanos es sumamente interesante para el progreso de la ciencia... ¿Sabes lo que te digo, Bowie? Que eres uno de los pocos que quedan en la ciudad que saben aderezar decentemente una mesa... Acaso posibilite vastas perspectivas en un futuro distante... Pero hablando como militar, caballeros, no se les oculta que hay miembros de la milicia que no consideran probada su utilidad... La tortuga está admirable, Bowie... Quiero decir que no tenemos la misma confianza en los aviones que la que parecen tener en la Secretaría de Marina... Una buena copa de borgoña, Bowie..., no hay cosa que me agrade más... La experimentación es algo magnífico, caballeros, y no niego que tal vez en un lejano futuro...

—En un lejano futuro —repetía Savage, riéndose, mientras en compañía de Merritt y Charley dejaba el pórtico de piedra de la casa del senador Planet.

Un taxi lo esperaba.

—¿Dónde puedo dejarles, caballeros? El problema es que ya estamos en ese futuro lejano y aún no lo sabemos.

—En Washington, ciertamente, no lo saben —dijo Merritt al subir al taxi.

Savage se echó a reír tontamente.

—El senador y el general han estado de lo más arcaicos... Como piezas arqueológicas... Pero no se preocupen por el general... En cuanto se da cuenta de que trata con..., ya saben..., gente como es debido, se vuelve tan suave como Santa Claus... Cree en un gobierno de caballeros, por y para caballeros.

—¿Y no lo somos todos? —inquirió Merritt, con severidad.

Savage soltó una risotada.

—¿Caballeros natos...? Hace muchos años que busco uno —dijo, y volvió hacia Charley sus saltones ojos de alcohólico y su risueña cara de arcilla—. El senador piensa que en este asunto el favorito... Me ha pedido que lo lleve a visitarlo... El senador es muy susceptible, ¿sabe?

Soltó otra risotada y Charley pensó que aquel tipo debía de estar bastante ebrio. También él se sentía un poco embotado por el coñac Napoleón en panzudas copas con que habían dado broche a la cena. Savage los dejó en el Waldman Park y siguió en el taxi.

—Oye, ¿quién es ese tipo, Andy?

—Es un exaltado —dijo Merritt—. Uno de los brillantes jovencitos de Moorehouse. Un tipo muy inteligente, es cierto, pero no me gustan las cosas que cuentan de él. Quiere el contrato con la Askew—Merritt, pero no estamos en esa tesitura todavía. Esos tipos de la publicidad te dejarían tranquilamente sin casa y sin un céntimo.

Mientras subían en el ascensor, Charley dijo, bostezando:

—¿Sabes? Me habría gustado que aquellas chicas preciosas hubieran estado en la cena.

—El senador Planet nunca invita a cenar a mujeres... Tiene una reputación un tanto extraña... En esta ciudad hay bastante gente extraña.

—Imagino que sí —dijo Charley.

Estaba rendido; se desvistió a duras penas y se quedó dormido.

A finales de semana, Charley y Bill volvieron en el avión a Nueva York. Merritt se quedó en Washington negociando los contratos con los expertos del gobierno. Una vez el avión en el hangar, Charley le dijo a Bill que le llevaría hasta Jamaica Bay, donde vivía, en su automóvil. Se pararon en una cervecería alemana a tomar una cerveza. Pidieron sopa de fideos y chuletas de ternera, Charley vio que tenían una imitación de vino del Rin, y encargó una botella. Bebieron y pidieron otras chuletas de ternera. Charley estaba contando a Bill que Merritt tenía la seguridad de que los contratos con el gobierno llegarían a firmarse, que Andy Merritt tenía siempre razón y que él, Charley, pensaba que capitalizar la producción sobre una base amplia no era sino un deber patriótico.

—Bill, por todos los diablos, vamos a ganar dinero a espuertas. ¿Qué tal otra botella? Mi buen Bill, un piloto no es nada sin su mecánico; un empresario no es nada sin la producción... Tú y yo, Bill, estamos en la producción, y Dios sabe que voy a tratar de no salir perdiendo. Si intentan timarnos, lucharemos... He tenido ya ofertas, grandes ofertas, de Detroit... Dentro de cinco años estaremos dentro del mundo del dinero, y voy a cuidar de que tú también lo estés.

Tomaron tarta de manzana; el propietario sacó una botella de *kümmel* y Charley la compró entera.

—Más barato que pagar copa tras copa, ¿no te parece, Bill?

Bill empezó a decir que era un padre de familia y que sería mejor que se fuera a casa.

—Yo —dijo Charley sirviéndose *kümmel* en un vaso— no tengo un hogar adonde volver... Si ella quisiera tendría un hogar. Yo le habría dado un hogar maravilloso.

Charley cayó en la cuenta de que Bill Cermak se había ido, y que estaba diciendo todo esto a una robusta dama rubia, de edad indeterminada y marcado acento alemán. La llamaba tía Hartmann y le decía que si algún día tenía un hogar ella sería el ama de llaves. Acabaron la botella de *kümmel* y empezaron a beber cerveza. Ella le acariciaba el pelo y lo llamaba «mi joven

errante». Había una orquesta con atuendo bávaro y un hombre de voluminoso cuello que cantaba. Charley quería cantar a la tirolesa para los presentes, pero la mujer hizo que se sentara de nuevo a la mesa. Era muy fuerte, y apartó a Charley con sus grandes brazos rubicundos cuando trató de ponerse cariñoso; pero cuando Charley le pellizcó el trasero, ella hundió la mirada en su cerveza y empezó a soltar risitas. Aquello era como volver al hogar, a los viejos tiempos, le decía Charley, sólo que más ruidoso y divertido. Todo fue terriblemente divertido; luego, sentados en el coche, ella le llamaba chatz* y apoyó la cabeza sobre su hombro y los largos rizos de su cabello desordenado caían sobre el volante. Charley se las arregló como pudo para conducir.

[* Chatz: Tesoro. En alemán en el original. (N. deI T.)]

A la mañana siguiente se despertó en un hotel de mala muerte de Coney Island. Eran las nueve. Le dolía espantosamente la cabeza. Sonrosada, ancha y de generosas carnes, la tía Hartmann estaba sentada en la cama y pedía *kaffee und Schlagsahne*. La llevó a desayunar a una panadería vienesa, donde la tía Hartmann comió copiosamente, lloró copiosamente y le dijo que no debía pensar que era una mala mujer, pues sólo era una pobre chica sin trabajo que había sentido pena por él, un pobre chico sin hogar. El dijo que, en efecto, si no volvía a la oficina pronto se convertiría en un pobre chico sin hogar. Le dio el dinero suelto que tenía en el bolsillo, así como una dirección falsa, y la dejó llorando sobre el tercer café en la panadería vienesa. A la altura de Ozone Park, camino de Long Island City, tuvo que parar en la cuneta de la carretera para vomitar. Al entrar en el patio de la fábrica había agotado hasta la última gota de gasolina. Se deslizó en su despacho; eran las doce menos diez.

Su escritorio estaba lleno de notas y de cartas unidas con clips, y de papeles azules con la anotación «Atención inmediata». Le daba miedo que la señorita Robinson o Joe Askew descubrieran que había vuelto. Entonces recordó que en el cajón del escritorio tenía una petaca con viejo bourbon, que Doris le había regalado la noche anterior a su partida («para que puedas olvidarme», le

había dicho bromeando). Había echado hacia atrás la cabeza para tomar un trago cuando descubrió a Joe Askew de pie al otro lado del escritorio.

Joe, con las piernas separadas y el semblante severo y fatigado, lo miraba.

—Bien, por el amor de Dios, ¿dónde te has metido? Hemos estado enormemente preocupados por ti... Grace estuvo esperando una hora para servir la cena.

—¿Por qué no llamaste al hangar?

—Se había ido a casa todo el mundo... Stauch está enfermo, lo tenemos todo paralizado.

—¿Has tenido noticias de Merritt?

—Sí... Y eso significa que tendremos que reorganizar la producción... Con franqueza, Charley, estás dando un pésimo ejemplo a los empleados... Bebiendo en la oficina... La última vez me callé, pero sabe Dios que...

Charley fue hasta la máquina del agua y se sirvió dos vasos de agua fría.

—Anoche fui a celebrar mi viaje a Washington... Después de todo, Joe, esos contratos nos pondrán en órbita... ¿Qué tal si nos tomamos un traguito?

Joe frunció el ceño.

—Tú parece que te has tomado ya bastantes... ¿Y qué tal si te afeitases antes de venir a la oficina? Queremos que nuestros empleados lo hagan, luego también nosotros debemos hacerlo... Por todos los diablos, Charley, recuerda que la guerra ha terminado...

Joe dio media vuelta y volvió a su despacho.

Charley dio un largo sorbo de la petaca. Estaba enfurecido. «No voy a permitirlo —murmuró para sí—. Ni a él ni a ningún otro.» Sonó el teléfono. El capataz del taller de montaje apareció en la puerta.

—Por favor, señor Anderson —dijo.

Aquello fue el comienzo. A partir de aquel momento se armó el caos para Charley. A las ocho de la noche no se había afeitado todavía; comía un bocadillo y tomaba café en un vaso de cartón con los mecánicos del equipo de reparaciones, junto a una máquina averiada. Era ya medianoche cuando, agotado, llegó al apartamento. Tenía la intención de hacerle saber a Joe lo que pensaba del incidente del mediodía, pero no vio a ninguno de los Askew.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Grace servía el café con las cejas enarcadas.

—Que me cuelguen si esto no es el batallón perdido —dijo.

Joe Askew se aclaró la garganta.

—Charley —dijo, nervioso—, no tenía ningún derecho a llamarte la atención como lo hice... Será que me estoy volviendo quisquilloso con la edad. La fábrica ha sido un desastre infernal durante toda la semana.

Las dos niñas empezaron a reírse.

—Bah, déjalo —dijo Charley.

—¡Estos pequeños diablillos! —exclamó Grace, dando unos golpes en la mesas para llamar al orden a las niñas—. Creo que todos necesitamos un descanso. Este verano, Joe, te tomarás unas vacaciones. Yo misma necesito unas vacaciones como el comer, y en especial después de atender a esos memos que me traes a casa. No he tenido con quien hablar desde que te fuiste, Charley, y eso que la casa ha estado llena de memos.

—Se refiere a unos tipos a los que he estado intentando encontrar trabajo. Grace piensa que no valen gran cosa porque no saben mucho de cotilleos sociales.

—No es que lo piense, es que sé que son memos —dijo Círacc.

Las chiquillas empezaron con sus risitas de nuevo.

Charley se levantó y apartó hacia atrás la silla.

—¿Vienes Joe? —dijo—. Debo volver con mi equipo de reparaciones.

Salvo para dormir, Charley no salió de la fábrica en dos semanas. Transcurrido ese tiempo volvió Stauch, con sus maneras apacibles y pesarosas, análogas a las de un médico ayudante en la sala de operaciones de un hospital, y las cosas empezaron a encauzarse. El día en que, finalmente, Stauch llegó a la puerta del despacho de Charley diciendo: «La producción ha vuelto a marchar con fluidez, señor Anderson», Charley decidió dar por terminada su jornada al mediodía. Llamó a Nat Benton y le pidió que le esperara para el almuerzo, y se escabulló por la puerta de los empleados para no toparse con Joe en la entrada principal.

En la oficina de Nat, tomaron un par de copas antes de salir para almorzar; ya en el restaurante, después de elegir y pedir los platos, Charley dijo:

—Bien, Nat, ¿cómo va el servicio de inteligencia?

—¿Cuántas acciones tienes?

—Quinientas.

—¿Y otros valores, algo que pueda servir de cobertura?

—Poca cosa... Unos dos mil dólares en metálico.

—Dinero en metálico... —dijo Nat con desprecio—. Para un apuro... ¡tonterías! ¿Por qué no pones el dinero a producir?

—De eso estoy hablando.

—Supongamos que haces la prueba de invertir algo en la Auburn para ir entrando en materia.

—¿Y qué me dices de la Merritt?

—Un momento, para el carro... Lo que quiero es conseguirte un pequeño capital, de forma que puedas enfrentarte a esos pájaros en igualdad de condiciones... Si no lo haces, se desharán de ti... Tan cierto como que te estoy viendo.

—Joe nunca lo haría —dijo Charley.

—No lo conozco personalmente, pero conozco a los pobres, y son muy pocos los que no miran por sí mismos antes que nada.

—Ya. Si pueden, todos te timan.

—Yo no diría eso taxativamente, Charley. En el mundo de los negocios existen algunos ejemplares humanos de probidad americana.

Aquella noche Charley se emborrachó sin compañía en un bar clandestino de la calle Cincuenta y tantos.

Cuando Doris volvió de Europa en el otoño, Charley había realizado ya dos buenas operaciones con la Auburn y estaba comprando todas las acciones de la Askew—Merritt que podía conseguir. Al mismo tiempo descubrió que tenía crédito: compró un automóvil nuevo, encargó unos trajes en Brooks Brothers y comía a cuenta en los bares clandestinos. El coche era un Packard deportivo y descapotable, con larga y baja carrocería hecha de encargo y tapicería de cuero rojo. Fue en él al muelle a recibir a Doris y a su madre, que llegaban en el Leviathan. Cuando entró en Hoboken, el barco había atracado ya. Charley aparcó el coche y, abriéndose paso entre el grupo de indumentaria modesta de los pasajeros de tercera clase, corrió hacia el revuelo de gente elegantemente vestida, que en el centro del edificio portuario charlaba en torno a montañas de maletas de piel de cerdo, charoladas cajas de sombreros y baúles roperos con etiqueta de la cadena Ritz. Bajo la H del rótulo identificó a la anciana señora Humphries, cuyo rostro, asentado sobre el gran cuello de pieles, parecía una ajada edición facsímil del de su hija (Charley nunca había reparado en tan asombrosa semejanza).

La dama, al principio, no le reconoció.

—Caramba, si es Charley Anderson, qué agradable sorpresa —exclamó luego, tendiéndole la mano sin sonreír—. Qué enojoso contratiempo; Doris, naturalmente, ha tenido que olvidar su joyero en el camarote... Ha venido usted a recibir a alguien, supongo.

Charley se sonrojó.

—Pensé que tal vez permitirían que las llevase a casa. Ahora tengo un coche grande. Pensé que su equipaje iría mejor en mi coche que en un taxi.

La señora Humphries no le prestaba mucha atención.

—Aquí viene... —Agitó una mano enguantada que sostenía un bolso de caimán—. Estoy aquí...

Doris llegó corriendo entre el gentío. Tenía el rostro encendido y los labios muy rojos. Su pequeño sombrero y su piel eran del color exacto de su pelo.

—Ya lo tengo, mamá... ¡Qué tonta soy!

—Siempre que tengo que pasar por algo de esto —suspiró la señora Humphries—, decido no viajar al extranjero nunca más.

Doris se inclinó para meter un objeto amarillo en una bolsa que había abierto.

—Está aquí el señor Anderson, Doris —dijo la señora Humphries.

Doris se volvió de un salto, corrió hacia él, le echó los brazos al cuello y lo besó en la mejilla.

—Has venido, eres un encanto —dijo, y acto seguido le presentó a un rubicundo joven inglés con abrigo de cuadros que llevaba una gran bolsa de palos de golf—. Sé que vais a simpatizar.

—¿Es su primera visita a nuestro país? —le preguntó Charley.

—Nada menos cierto —dijo el inglés, exhibiendo al sonreír sus dientes amarillos—. Nací en Wyoming.

Hacía frío en el muelle. La señora Humphries fue a sentarse en la caldeada sala de espera.

Cuando el joven de los palos de golf se alejó para atender su propio equipaje, Doris preguntó:

—¿Qué te parece George Duquesne? Nació aquí y se educó en Inglaterra. Su madre desciende de gente que aparece en el *Doomsday Book*. Fui a pasar un

tiempo con ellos en la más hermosa de las viejas abadías... Me lo he pasado maravillosamente en Inglaterra. George es un cielo. Los Duquesne tienen intereses en el cobre. Son algo así como los Guggenheim, sólo que, naturalmente, no son judíos. Oye, Charley, creo que estás celoso... Tonto... George y yo somos como hermanos, de verdad... No es en absoluto nada como lo nuestro... Pero George es tan divertido...

[**Doomsday Book.* Libro del juicio final. Censo de finales del XVI donde se relacionan los terratenientes de Inglaterra]

Doris y su madre tardaron dos horas en cumplimentar los trámites aduaneros. Traían gran cantidad de maletas y bolsas, y Doris tuvo que pagar derechos de aduana por algunos vestidos. Cuando la señora Humphries supo que la iban a llevar en un descapotable con la capota bajada, hizo un mohín de disgusto, y el hecho de que el coche fuera un elegante y estilizado Packard no pareció ahuyentar sus reservas.

—Pero si es como uno de esos autobuses para turistas, mamá... Ya verás qué divertido... Charley nos irá mostrando todos los edificios altos.

La señora Humphries, sentada en el asiento trasero y rodeada del equipaje de mano, rezongaba:

—A tu querido padre, Doris, jamás le gustó ver a una dama en un carruaje abierto, y mucho menos en una máquina abierta.

Cuando dejó a las dos mujeres en casa, Charley no volvió a la fábrica; se pasó el resto del día, hasta el final de la jornada, en el apartamento de los Askew, hablando con la oficina de Benton. Desde la cotización en bolsa de la Standard Airparts, las acciones de la Askew—Merritt habían bajado considerablemente. Estaba empeñando todas sus pertenencias y aguardando a que las acciones de la Askew—Merritt descendieran hasta la cotización más baja para empezar a comprar. Llamaba a Benton de cuando en cuando y le preguntaba:

—¿Cómo lo ves, Nat?

A última hora de aquella tarde, Nat no tenía aún ninguna información confidencial, de modo que Charley echó una moneda al aire para que fuera la suerte la que decidiera. Salió cara. Llamó a la oficina de Benton y ordenó que empezaran a comprar al día siguiente al precio de la cotización de apertura. Luego se cambió de ropa y desapareció antes de que llegaran Grace y las niñas del colegio. En el curso de aquellos días apenas habló con los Askew. Estaba harto de la fábrica y sabía que Joe lo consideraba un holgazán.

Al cambiar la billetera de una chaqueta a otra, la abrió y contó el dinero que tenía. Le quedaban cuatro billetes de cien dólares y unos cuantos más pequeños. Eran billetes nuevos y crujientes, recién sacados del banco. Se los llevó a la nariz y aspiró el olor fresco, punzante y dulce de la tinta. Antes de saber lo que estaba haciendo, los besó. Rió ruidosamente y volvió a meterlos en la billetera. Se sentía estupendamente. Su nuevo traje azul le sentaba a las mil maravillas. Sus zapatos resplandecían. Se había puesto calcetines limpios. Sentía firme el estómago bajo el cinturón. Mientras esperaba el ascensor se puso a silbar.

George Duquesne, en casa de Doris, comentaba cuán formidables se alzaban en la Quinta Avenida los nuevos edificios.

—Oh, Charley, espera a probar los cócteles Alexander que prepara George, son fantásticos —dijo Doris—. Aprendió a hacerlos en Constantinopla, después de la guerra... Estuvo en el ejército británico, ¿sabes? George, ¿sabes que Charley fue uno de nuestros ases del aire?

Charley invitó a Doris y a George a cenar al Plaza, y luego a un espectáculo y a un club nocturno. Servía copa tras copa de licores fuertes a George con la esperanza de que llegara a emborracharse, pero lo único que consiguió fue que enrojeciera más y más y que se volviera más y más silencioso por momentos. El propio Charley, al principio, estuvo algo lacónico. Eran ya las tres de la madrugada cuando logró dejar a George en el Saint Regis, donde se alojaba, y Charley empezó a sentirse, asimismo, un tanto ebrio y somnoliento.

—¿Qué hacemos ahora?

—Pero, querido, tengo que ir a casa.

—No he tenido ocasión de hablar contigo... Caray, ni siquiera he tenido ocasión de darte un abrazo como es debido desde que desembarcaste.

Acabaron yendo al Columbus Circle Childs, donde comieron huevos revueltos y beicon.

Doris estaba diciendo que debían existir bellos lugares donde la gente enamorada pudiera encontrar intimidad y lecho, y alrededores hermosos. Charley dijo que conocía multitud de sitios, pero que distaban de ser hermosos.

—Iría, Charley, de verdad. Pero tengo miedo de que resulte un lugar sórdido y lo eche todo a perder.

Charley le apretó la mano con fuerza.

—Y yo no tendría derecho a pedírtelo, chiquilla. No, hasta que estuviéramos casados.

Mientras caminaban hacia donde tenían aparcado el coche, Doris dejó que su cabeza descansara sobre el hombro de Charley.

—¿Me deseas, Charley? —preguntó con un hilo de voz—. Yo también te deseo..., pero tengo que volver a casa o mamá organizará una escena mañana por la mañana.

Charley se pasó la tarde del sábado siguiente buscando un apartamento amueblado en una casa sin ascensor. Finalmente, alquiló un estudio con sala, cocina pequeña y cuarto de baño pintados de gris a un artista de cierta edad, con vestido de batik de mucho vuelo y pelo teñido con *henna*, que explicó que se iba a Capri a pasar seis meses de belleza sin mácula. Llamó a una agencia y pidió que le enviaran un muchacho japonés para que se hiciera cargo de la casa, y al día siguiente, en el desayuno, dijo a los Askew que se mudaba.

Joe, al principio, guardó silencio, pero una vez que hubo tomado la última taza de café se levantó y deambuló de un lado a otro de la sala con el ceño fruncido. Luego fue hacia la ventana y dijo con voz pausada:

—Ven aquí, Charley. Quiero enseñarte algo. —Puso una mano sobre el brazo de Charley— Oye, muchacho, no lo harás porque me porto continuamente como un cascarrabias, ¿eh? Sabes que estoy preocupado por el maldito negocio... Creo que el trabajo nos desborda y nos agobia... Pero bien sabes que Grace y yo tenemos una opinión inmejorable de ti... Sólo que tenía la impresión de que estabas dedicando demasiado tiempo a jugar a la bolsa... Supongo que no es de mi maldita incumbencia... La cuestión es que nosotros, los compañeros del viejo equipo, debemos permanecer unidos.

—Claro, Joe, claro que sí... No, de verdad, el que quiera ese maldito apartamento no tiene nada que ver con eso... Eres un hombre casado y con hijos y ciertas cosas no te afectan... Pero a mí... Tengo problemas de faldas.

Joe se echó a reír a carcajadas.

—¡El viejo camarada de Europa...! Pero por todos los demonios, ¿por qué no te casas?

—Maldita sea, precisamente eso es lo que quiero —dijo Charley.

Empezó a reír y al punto Joe rió también.

—Bien, ¿cuál es el chiste tan gracioso? —preguntó Grace, detrás de la cafetera.

—Son chistes picantes —contestó Charley, haciendo un movimiento de cabeza en dirección a las niñas.

—Sois unos depravados —manifestó Grace.

Una tarde de nieve antes de Navidad, dos semanas después de que Charley se hubiera mudado al apartamento, volvió de la fábrica temprano y acudió a su cita con Doris en el Biltmore.

—Vamos a algún sitio a tomar una copa —dijo ella.

Pero Charley dijo que tenía las copas preparadas en su apartamento, y que subiera a ver los pequeños y extraños emparedados que hacía Traki, todos ellos de colores diferentes. Doris preguntó si el japonés estaba arriba. Charley

se rió y negó con la cabeza. Tardaron sólo un par de minutos en llegar en taxi a la casa reformada de piedra arenisca.

—Vaya, qué acogedor es esto —dijo Doris, jadeando un poco por el esfuerzo de las escaleras y desabrochándose el abrigo de piel—. Ahora me siento pérfida de verdad.

—Pero no es lo mismo que si estuvieras con un desconocido —dijo Charley—, o con alguien por quien no sintieras cariño.

Ella le dejó que la besara. Luego se quitó el abrigo y el sombrero y se dejó caer junto a él sobre el sofá que había bajo la ventana, al calor de la estufa.

—Nadie conoce la dirección, nadie sabe el número de teléfono —dijo Charley.

Cuando rodeó con el brazo sus delgados hombros y la atrajo hacia sí, ella cedió con un leve y extraño estremecimiento y permitió que la sentara sobre sus rodillas. Se besaron largamente, y al cabo ella logró zafarse de su abrazo y dijo:

—Charley, querido, me invitaste a tomar una copa.

En la cocinita tenía listos los ingredientes necesarios para los oldfashioned y un plato de emparedados. Llevó todo a la salita y lo colocó sobre la mesa redonda de mimbre.

Doris mordisqueó varios emparedados antes de decidir cuál prefería.

—Caray, tu japonés parece ser todo un artista, Charley —opinó.

—Son gente pequeña e inteligente —dijo Charley.

—Todo está a la perfección, Charley, menos esa luz que me hace daño en los ojos.

Cuando Charley apagó la luz, la ventana se volvió brillante y azul. Las luces y sombras de los taxis que circulaban por la calle nevada y el resplandor de los escaparates de las tiendas de la otra acera proyectaban formas oblongas de color naranja sobre el techo.

—Oh, es una maravilla —dijo Doris—. Mira qué aire antiguo tienen las calles con todos esos surcos sobre la nieve.

Charley, de cuando en cuando, añadía whisky a los oldfashioned. Logró que Doris se quitara el vestido.

—Fuiste tú quien me dijiste que los vestidos costaban dinero...

—Oh, grandísimo tonto... Charley, ¿de verdad te gusto un poco?

—¿Qué sentido tiene que te lo vuelva a repetir? Estoy loco de remate por ti... Sabes que quiero que estemos siempre juntos. Quiero que nos case...

—No lo estropees. Es todo tan bonito... Nunca soñé nada tan hermoso... Charley, vas a tomar precauciones, ¿verdad?

—Claro que sí —contestó Charley con los dientes apretados, y fue al escritorio a buscar un preservativo.

A las siete, Doris se vistió apresuradamente: tenía un compromiso para una cena e iba a llegar terriblemente tarde. Charley la acompañó hasta la calle y la ayudó a subir a un taxi.

—Ahora, cariño —murmuró—, no hablaremos más de lo que te he dicho. Lo haremos, simplemente.

Y mientras subía las crujientes escaleras seguía gustando su boca y su pelo, y sentía que su perfume le llenaba la cabeza. Se fue apoderando de él una sensación amarga y gélida, como un mareo del mar.

—¡Dios mío! —dijo en voz alta, y se arrojó boca abajo sobre el sofá.

El apartamento y Taki y el alcohol ilegal y los plazos del coche y las flores que mandaba a Doris todos los días suponían al cabo del mes mucho más dinero del que tenía previsto. Tan pronto como hacía un ingreso en el banco, volvía a él para sacarlo. Poseía muchas acciones, pero por el momento no pagaban dividendos. Por Navidad pidió a Joe Askew quinientos dólares prestados para comprarle un regalo a Doris. Doris le había dicho que no le regalase joyas de ningún tipo, así que le preguntó a Taki qué regalo sería el adecuado para una joven rica y hermosa, y Taki le respondió que un quimono sería algo muy

acertado, de modo que Charley le compró un lujoso ropaje de estilo mandarín. Cuando lo vio, Doris hizo un mohín de extrañeza, pero le dio un leve y veloz beso junto a la comisura de la boca —estaban en casa de su madre—, y dijo en tono cantarín:

—Oh, qué encantador...

La señora Humphries le había invitado al almuerzo de Navidad. La casa olía a hojas verdes y a oropel, y sobre las sillas podía verse gran cantidad de envoltorios y de papel de seda. Los cócteles eran suaves y los invitados —Nat Benton y su esposa Sally; ciertos sobrinos y sobrinas de la señora Humphries; su hermana Eliza, sorda como una tapia; George Duquesne, que no hablaba sino de deportes de invierno— permanecían en la sala a la espera de sentarse a la mesa para el almuerzo de media tarde. Parecían todos ellos malhumorados y sin saber qué hacer, salvo Ollie Taylor, que acababa de regresar de Italia pletórico de espíritu navideño. Ollie se pasó la mayor parte del tiempo en la despensa, en mangas de camisa, preparando lo que él llamó «un antiguo ponche de Navidad». Estaba tan absorto en su tarea que costó trabajo hacer que se sentara a la mesa. Charley hubo de cuidar constantemente de él, y no pudo cruzar palabra con Doris en toda la tarde. Después del almuerzo y del ponche de Navidad, acompañó a Ollie a su club. Ollie, completamente borracho, hinchado y con el semblante blanco, se acurrucó en el taxi farfullando «condenadas y hermosas Navidades» una y otra vez.

Una vez hubo puesto a Ollie en manos del portero, Charley estaba indeciso entre volver a casa de los Humphries, donde con toda seguridad encontraría a Doris y a George con las cabezas juntas sobre algún estúpido juego de uno u otro tipo, o subir a ver a los Askew como había prometido; Bill Cermak, además, le había invitado a su casa para que se hiciese una idea de cómo vivían los emigrantes centroeuropeos en Jamaica Bay, pero había añadido que se daba cuenta de que el pan no era muy atractivo. Charley había asegurado que iría, que deseaba ir a algún lugar donde pudiera mantenerse alejado de la gente presuntuosa. En la estación Pensilvania envió un telegrama a los Askew deseándoles unas felices Navidades. Los Askew, estaba seguro, comprenderían su deseo de pasar la Navidad con Doris. En el tren vacío, camino de Jamaica

Bay, empezó a pensar con precaución en Doris. Tal vez no debía haberla dejado con aquel tipo.

Bill Cerak, su mujer, sus ancianos parientes políticos y sus amigos se sintieron halagados y un tanto azorados por la aparición de Charley. La casa era de madera, con tejado verde de delgadas tejas, situada en una manzana de pequeñas casas idénticas cuyos tejados alternaban los colores rojo y verde. La señora Cermak era una mujer rubia y robusta, y estaba algo achispada por la comilona y el vino, que había hecho aflorar manchas brillantes a sus mejillas. Porfió y logró que Charley comiera algo del pavo y del pudín de pasas que acababa de retirar de la mesa. Luego prepararon vino caliente con clavo de olor, y Bill tocó el acordeón mientras bailaba todo el mundo y los chiquillos chillaban y aporreaban los tambores y estorbaban a unos y a otros.

Cuando por fin Charley dijo que tenía que irse, Bill salió con él y lo acompañó a la estación.

—Oiga, jefe, apreciamos de verdad que haya venido —empezó a decir Bill.

—Diablos, yo no soy jefe de nada —dijo Charley—. Pertenezco al grupo de los mecánicos... ¿No es cierto, Bill? Tú y yo, Bill: los mecánicos contra el mundo... Y cuando me case vas a venir a tocar ese condenado acordeón tuyo en la boda... Créeme, Bill... Es posible que sea pronto.

Bill torció el semblante y se frotó la larga nariz ganchuda.

—Las mujeres están bien cuando uno consigue amarrarlas como es debido; si no, son un martirio.

—A ésta la tengo bien amarrada; tan bien que va a casarse conmigo y va a hacer de mí un hombre de provecho.

—Así se habla —dijo Bill Cermak.

Y estuvieron riendo y despidiéndose con apretones de manos sobre la estación azotada por el viento hasta que llegó el tren de Manhattan.

Estaba teniendo lugar la exposición automovilística cuando un día Nat llamó a Charley para anunciarle que Farrell, el dirigente del grupo Tern, estaba en la

ciudad y quería verle. Charley dijo a Nat que lo invitara a su apartamento a tomar un cóctel aquella tarde, y pidió a Taki que se quedara para encargarse del servicio.

James Yardly Farrell era un hombre de cara redonda, pelo rubio grisáceo y cabeza redondeada y coronada por una calva. Tan pronto como entró por la puerta, empezó a decir a gritos:

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

—Aquí está —dijo Nat Benton, riendo.

Farrell sacudió arriba y abajo la mano de Charley.

—Así que éste es el muchacho que maneja la cuestión técnica, ¿no es cierto? He estado meses tratando de echarle la mano encima... Pregúntele a Nat si no le he vuelto loco al respecto... Mire, ¿qué le parecería si se viniera a Detroit? Long Island City no es un lugar digno de usted. Necesitamos sus conocimientos allí... Y estamos en disposición de pagar por lo que queremos.

Charley se ruborizó.

—Estoy perfectamente donde estoy, señor Farrell.

—¿Cuánto gana?

—Oh, lo suficiente para un tipo joven como yo.

—Ya hablaremos de eso... Pero no olvide que en una industria como la nuestra la situación cambia muy rápido... Hay que tener los ojos muy abiertos para no quedarse rezagados... Bien, dejemos el asunto por ahora..., pero permítame que le diga una cosa, Anderson: no voy a quedarme con los brazos cruzados viendo cómo esta industria se va al traste al desmenuzarse en pequeños núcleos que se degüellan mutuamente. ¿No le parece que sería mejor para todos si nos sentáramos alrededor de una mesa y partiéramos el pastel en un clima de amistad y servicio mutuo? Y yo le aseguro, joven, que el pastel será del tamaño de una ballena.

El señor Farrell, al terminar su parlamento, dejó que su voz concluyera en un susurro.

Taki, con su cara amarilla iluminada por una tenue y diplomática sonrisa, entró con una bandeja de cócteles de ron.

—No, gracias, no bebo —dijo Farrell—. ¿Es usted soltero, señor Anderson?

—Bueno, algo así... Creo que no permaneceré mucho tiempo en este estado.

—Le gustaría Detroit, créame... Benton me dijo que era usted de Minnesota.

—Nací en Dakota del Norte. —Charley habló por encima del hombro al chico japonés—. Taki, el señor Benton desea otra copa.

—Allí tenemos una gente muy sociable y agradable —dijo Farrell.

Cuando los dos hombres se fueron, Charley llamó a Doris y le preguntó si le gustaría ir a vivir a Detroit cuando se casaran. Doris lanzó un ligero chillido al otro lado de la línea.

—¡Pero qué idea más horrible! ¿Quién ha mencionado tan horrible..., estado o lo que sea...? No me gusta ni oír ese horrible nombre... ¿No crees que lo hemos pasado divinamente este invierno en Nueva York?

—Claro que sí —respondió Charley—. Supongo que estaría contento aquí si... las cosas fueran diferentes... Pensé que tal vez te gustaría cambiar de ambiente, eso es todo... He recibido una oferta de un grupo de allí.

—Y ahora, Charley, tienes que prometerme no mencionar nada tan tonto otra vez.

—Está bien... A condición de que vengas a cenar conmigo mañana por la noche.

—Querido, mañana no puedo.

—¿Qué tal el sábado, entonces?

—De acuerdo, dejaré otro compromiso. Quizá puedas pasar a recogerme al Carnegie Hall después del concierto.

—Sería capaz hasta de ir al maldito concierto si me lo pidieras.

—Oh, no. Mamá ha invitado a un montón de venerables damas. —Doris hablaba con rapidez; su voz vibraba en el auricular—. No habrá sitio en el palco. Espérame en el saloncito de té, ese sitio ruso donde me esperaste tan enfadado la otra vez.

—De acuerdo, donde tú quieras... Oye, no sabes cuánto te echo de menos cuando no estás conmigo...

—¿Sí? Oh, Charley, eres un encanto —dijo Doris, y colgó.

Charley colgó el auricular y se echó hacia atrás en la silla. No podía evitar un estremecimiento intenso cada vez que hablaba con Doris por teléfono.

—Oye, Taki, tráeme esa botella de whisky escocés... Dime, Taki —continuó, sirviéndose un trago generoso—: ¿en tu país es tan endiabladamente difícil que un tipo se case?

El japonés sonrió y esbozó una ligera inclinación.

—En mi país todo es mucho más difícil.

Al día siguiente, al volver de la fábrica, Charley encontró un telegrama de Doris diciéndole que le era absolutamente imposible cenar con él el sábado.

—Maldita zorra —dijo en voz alta.

Se pasó toda la noche llamando por teléfono y dejando recados, pero Doris no estaba nunca en casa. Acabó odiando el contacto del maldito micro contra su boca. Tampoco el sábado logró tener noticias de ella. El domingo por la mañana consiguió que la señora Humphries se pusiera al aparato. La voz fría y estridente de la anciana le informó a gritos de que Doris se había ido a Southampton de improviso a pasar el fin de semana.

—Estoy segura de que volverá con un terrible resfriado —añadió—. Salir de fin de semana con este tiempo...

—Bueno, adiós, señora Humphries —dijo Charley, y colgó.

El lunes por la mañana, Taki le trajo una carta en cuyo sobre Charley reconoció la letra de Doris. En el mismo instante en que abría el sobre grande

y azul, del que emanaba su perfume, Charley supo de antemano cuál iba a ser su contenido.

Charley querido:

Eres tan encantador y te tengo tanto cariño y quiero tanto que seas mi amigo [subrayado] .Ya sabes la vida estúpida que llevo; ahora mismo estoy pasando el más absurdo de los fines de semana, y he dicho a todo el mundo que tengo una terrible jaqueca y he subido a acostarme sólo para escribirte. Pero, por favor, Charley, olvídate de bodas y cosas de ese tipo. La sola idea me pone literalmente enferma; además, he prometido a George que me casaré con él en junio, y los Duquesne tienen un consejero de relaciones públicas —qué tonto, ¿no te parece?— que se encarga de que la familia sea popular ante la gente, y ya ha dado toda la historia a la prensa: cómo me cortejó en los páramos de Escocia, y en las abadías medievales y todo eso... Y ésa es la razón por la que te escribo tan apresuradamente, Charley querido, porque tú eres el mejor amigo [subrayado dos veces] que tengo y el único que vive en el mundo real de los negocios y la producción y el trabajo y cosas por el estilo (un mundo al que tanto me gustaría pertenecer), y quería que fueras el primero en saberlo. Oh, Charley querido, por favor no pienses cosas horribles de mí.

Tu entrañable amiga [subrayado tres veces]
Sé buen chico y quema esta carta. ¿Lo harás?

Repicaba el timbre. Era el chico del garaje con su coche. Charley se puso el sombrero y el abrigo, bajó a la calle y subió en el coche. Llegó a Long Island City, subió las escaleras revestidas de goma, entró en su despacho, se sentó ante el escritorio, hizo crujir papeles, habló con Stauch por teléfono, comió en el comedor de empleados con Joe Askew, dictó cartas a la nueva taquígrafa de pelo rubio claro y, súbitamente, vio que eran las seis y que se hallaba bregando en medio del tráfico camino de la ciudad.

Mientras cruzaba el puente sintió el impulso de girar bruscamente el volante y pisar a fondo el acelerador, pero cayó en la cuenta de que, después de todo, el maldito coche no iba a poder rebasar el pretil del puente, y que lo único que conseguiría era un enojoso montón informe de coches y camiones.

No quería volver a casa, ni ir al bar clandestino donde había cenado con Doris varias veces a la semana durante el invierno, así que tomó la Tercera Avenida. Quizás encontrara a alguien en Julius´s. No le apetecía especialmente beber, como no le apetecía especialmente hacer nada concreto. De pie en la barra, tomó unos cuantos tragos de rye sin agua y se sintió mucho mejor. Al infierno con ella. No había nada como unos buenos tragos. Era un hombre solo, con dinero en el bolsillo: podía hacer cualquier maldita cosa que le viniera en gana.

En la barra, a su lado, había dos mujeres regordetas y vulgarmente vestidas. Estaban con un hombre de cara roja y con mucho alcohol dentro del cuerpo. Las mujeres hablaban de ropa y el hombre decía algo acerca de Belleau Wood. El hombre descubrió como por ensalmo que ambos eran viejos cama— radas de las Fuerzas Expedicionarias Norteamericanas.

—Mi nombre es DeVries. Profesión... *bonvivant* —dijo, y tiró de las mujeres para que se volvieran y dieran la cara a Charley. Luego las rodeó con el brazo ampulosamente y gritó—: Te presento a mi esposa.

Brindaron por Belleau Wood, por la campaña de Argonne, por el frente de Saint Mihiel y por la batalla de París. Las mujeres dijeron que, ¡santo cielo!, se morían de ganas de ir a la cervecería alemana de Hoboken. Charley se ofreció a llevarles en su coche. Se despejaron todos un tanto y durante la travesía en el ferry estuvieron muy comedidos y apacibles. En el restaurante, situado en una calle oscura y fría de Hoboken, no pudieron conseguir más que cerveza. Después de la cena, de Vries dijo que conocía un sitio donde podían tomar unos auténticos tragos de algo fuerte. Bordearon manzanas y manzanas y acabaron en un tugurio en Union City. Una vez lo suficientemente borrachos como para bailar en grupo, las mujeres preguntaron si no les parecía maravilloso darse una vuelta por Harlem. La travesía en el ferry no les sirvió ahora para despejarse, pues llevaban consigo una botella de scotch. En Harlem fueron expulsados de una sala de baile y, finalmente, dieron con sus huesos en

un night club. El bonvivant cayó rodando por las escaleras de moqueta roja, y Charley se pasó un buen rato afeándole la conducta a su amigo ante los encargados. Comieron pollo frito y bebieron una ginebra horrible que el camarero negro mandó a buscar. Y bailaron. Charley estuvo continuamente pensando en lo maravillosamente que bailaba. No podía entender por qué no conseguía atraer a ninguna de aquellas chicas.

A la mañana siguiente se despertó en un cuarto de hotel. Miró en torno. No, no había ninguna mujer en su cama. Tenía dolor de cabeza y las orejas le ardían, pero a pesar de ello se sentía bien. Su estómago estaba en perfectas condiciones. Por un instante pensó que acababa de llegar de Francia. Entonces se acordó del Packard: ¿dónde diablos lo había dejado? Alcanzó el teléfono.

—Oiga, ¿qué hotel es éste?

Dijeron que el McAlpin y le dieron los buenos días. Entonces recordó el número de Joe Turbino y le telefoneó para preguntarle qué era lo mejor para la resaca. Cuando terminó de hablar por teléfono empezó a sentirse mal. La boca le sabía a diablos. Se echó de nuevo y se durmió. Lo despertó el teléfono.

—Un caballero desea verle.

Entonces recordó lo de Doris.

Turbino había enviado un recadero con una botella de scotch. Charley bebió de la botella; luego bebió largos tragos de agua helada, tomó un baño y pidió que le subieran el desayuno. Pero era ya la hora del almuerzo. Se metió la botella de whisky en el bolsillo del abrigo y pasó por Frank & Joes para tomar un cóctel.

Por la noche cogió un taxi y se fue a Harlem. Fue de club nocturno en club nocturno y bailó con las asiduas de la noche. En un local donde servían desayunos se metió en una pelea. Era ya de día cuando se vio en un taxi camino de la casa de la señora Darling. No tenía dinero para pagar la carrera, y el taxista se empeñó en subir con él en el ascensor y acompañarle hasta la puerta. En el apartamento no había nadie salvo la doncella negra, quien hubo de prestarle cinco dólares para saldar la deuda. La chica trató de convencerle para que se acostara, pero Charley insistió en firmarle un cheque. Claro que

podía escribir su nombre... Lo que no lograba era escribirlo sobre el cheque. La doncella trató de que tomara un baño y se metiera en la cama, y le hizo reparar en que tenía manchada de sangre toda la camisa.

Limpio y aseado, de nuevo en forma y habiendo dormido en la barbería mientras le afeitaban y ponían una bolsa de hielo sobre el ojo negro, se fue de nuevo a Frank & Joes a tomar un trago. Al poco rato apareció por allí el bueno de Nat Benton, quien, preocupado, se interesó por su ojo negro; Charley le mostró cómo se había abierto los nudillos al golpear a aquel tipo, pero Nat no dejaba de hablar de negocios y de la Askew—Merritt y de la Standard Airparts, y le dijo a Charley que, si no fuera por él, se encontraría ahora en la calle. Tomaron unas copas, pero Nat seguía hablando de las excelencias de la leche desnatada y quería a toda costa que fuera a ver a Farrell a su hotel. Farrell —insistía— pensaba que Charley era el mejor tipo del mundo; Farrell era el hombre del futuro en aquella industria; uno podía apostarse el resto en Farrell. Entonces apareció Farrell, y al punto Charley le estaba enseñando los nudillos y contándole cómo había tumbado a aquel tipo en aquella apestosa partida de póquer, y cómo habría acabado con todos ellos si alguien no le hubiera golpeado en la parte de atrás de la oreja con una media llena de arena. ¿A Detroit? Claro; estaba dispuesto a ir a Detroit cuando fuera necesario. A Detroit o a cualquier otra parte. Maldita sea, a cualquiera le disgusta quedarse en la ciudad donde le han desplumado. Aquella maldita zorra de anoche le había birlado la cartera con todas las direcciones. ¿Papeles? ¡Claro! Firmaré lo que usted quiera, todo lo que diga Nat.

¿Acciones? ¡Claro! Las canjearé todas sin excepción. ¿Para qué diablos quiere un tipo acciones de una fábrica en una ciudad donde le han desplumado en un antro de ladrones? ¿Detroit? Por supuesto, inmediatamente. Nat, llama a un taxi, nos vamos a Detroit.

Y volvieron al apartamento, y Taki hablaba y Nat se ocupó de todo y Farrell decía: «No me gustaría ver la cara de su socio», y Charley, esta vez, podía firmar perfectamente. La primera vez firmó sobre la misma mesa, pero luego consiguió hacerlo sobre el papel del contrato. Nat dejó arreglado lo del canje de las acciones de la Askew—Merritt por acciones de la Tern,y Nat y Farrell dijeron que Charley debía de estar muy cansado y soñoliento, y Taki no paraba

de anunciar a grititos que lo que su patrón necesitaba era tomar inmediatamente un baño caliente.

A la mañana siguiente, Charley despertó sobrio y tan exangüe como un cadáver en manos del enterrador. Taki le trajo zumo de naranja, pero Charley vomitó nada más tomarlo. Se dejó caer de nuevo sobre la almohada. Luego dijo a Taki que no le permitiera la entrada a nadie, pero allí estaba Joe Askew, al pie de la cama. Joe parecía más pálido que nunca, fruncía el ceño con preocupación, como en la oficina, y se tiraba del rubio bigote. No sonreía.

—¿Cómo te encuentras? —dijo.

—Así, así —respondió Charley.

—Se trata del grupo Tern, ¿no es cierto?

—Joe, ya no puedo quedarme en Nueva York. He terminado con esta ciudad.

—Y con muchas otras cosas, según veo.

—Joe, de verdad, no lo habría hecho si no hubiera sentido la necesidad de salir de esta ciudad... Y puse en el asunto tanto como tú, y hay quien dice que un poco más.

Joe tenía los delgados labios fuertemente apretados. Empezó a decir algo, pero calló y salió con paso rígido de la habitación.

—Taki —llamó Charley—, exprímeme medio pomelo, ¿quieres?

Noticiario LVI

lo primero que hizo fue tomar un tren rápido con destino a Miami para comprobar si los constructores que realizaban obras financiadas por su sociedad trabajaban al ritmo de su capacidad y echar una ojeada general a las cosas

Temprano en la mañana nacarada

LOS LUTERANOS ABANDONAN LA IDEA DE INFIERNO

EN FAVOR DE LA DE HADES

Oh alegría

Siente cómo el barco se mece

Oh muchacho

Mira cómo esos negros se agrupan

¿Qué está diciendo el silbato?

¡Pasajeros a bordo! Pico pill...

SE CULPA AL RECHAZO AÉREO DEL DESASTRE

DEL BUQUE DE GUERRA

Estás en Kentucky tan cierto como que has nacido

TRASATLÁNTICO EN LLAMAS

UN PELOTÓN DE LA POLICÍA CERCA A LOS LADRONES

DEL CORREO AÉREO

Allá junto al mar estival

En las playas de Miami

Alguien en soledad me espera

En las playas de Miami

DESDE AYER A ESTA MISMA HORA, CASI DOS MIL PERSONAS

SE HAN CAMBIADO A CHESTERFIELD

LAS BELLEZAS HUYERON CON UN MÍNIMO DE ROPA

Vi un capullo en una tienda

Y me voy adonde pueda encontrar más

Adiós, tristeza

las tres personas blancas que vienen con él tienen aspecto de pertenecer a alguna primitiva raza nórdica. Físicamente, son criaturas espléndidas. Tienen el pelo suave y rubio, ojos verdiazules y piel blanca. Los varones están cubiertos de un tenue vello

Dejad que me tienda a dormir en Carolina

Con una plácida almohada bajo mi cabeza pesada

Para un canto rodado como yo no hay nada

mejor

Oh Señor qué emoción

Oír el canto de la chotacabras

En Carolina

El Ojo de la Cámara (48)

hacia el oeste desde Santander a La Habana Puerto México Galveston (el cristalino estuario la sensación de colinas que enmarcan la húmeda noche una estrella ocasional que se desprende fría del cielo lluvioso una hilera de luces revela la embozada orilla) retumban las dos hélices

hacia el oeste al fin lejos de las solteronas jubiladas entendidas en acuarelas de los viejos de ojos de cocodrilo que esconden sus garras ensangrentadas bajo guantes de hilo de Escocia de paisajes corroídos por la literatura hacia el oeste

para ser un hombre viejo es viejo

para ser un hombre viejo es gris

pero el corazón de un hombre joven está lleno de amor

aléjate viejo aléjate

a la mesa rumbo al oeste en el salón comedor bien iluminado *la bella cubana* de generosos pechos y radiante sonrisa y vestido amarillo muy escotado apunta maliciosamente con la afilada y rosada uña del dedo meñique

a los jóvenes machos de pelo rizado oriundos de Bilbao (más ruidosos y divertidos) con sus trajes color de helado de talle ajustado sus camisas de seda sus corbatas de rayas (hacia el oeste rumbo a La Habana para el gran negocio del azúcar) el rico tiene un anillo de diamantes ojos fúlgidos miran cómo el dedo meñique de ella señala

pero el corazón de un hombre joven está lleno de amor

ella susurra Él salió del camarote de ella cuando yo iba hacia el baño ¿Por qué esas risitas de ella en el camarote sesenta y seis? el rico de Bilbao pide champán

para hacer eco a los corchos que como saludo artillero saltan de la larga mesa donde se sienta el general mexicano alto de semblante solemne y negro bigote en compañía de sus cinco hijos altos de semblante solemne y mandíbulas azules y el mayordomo gordo y un ramillete de damas gallináceas de cara inexpresiva que se levantan en medio de un revuelo de seda negra y salen apresuradamente con los pañuelos sobre la boca en cuento doblamos el cabo donde está emplazado el faro rumbo al oeste (de lo viejo a lo nuevo lo desmesurado nuevo lo desmesurado nuevo lo indescifrado nuevo) travesía meridional en el estío (hacia los acontecimientos) el fragor en los oídos la honda crecida azul el ardiente sol sobre el dorso de tu mano el tacto de sal húmeda sobre los pasamanos el olor a lustre de los bronces el vapor de alta presión el deslumbramiento multitudinario de la luz centelleante

y una y otra vez al mediodía comemos entremeses en exceso bebemos vino en exceso mientras la bella haciendo girar los ojos entre risitas apunta con el meñique afilado como un alfiler para mostrar quién durmió con quién

la juerga

ay, el joven macho de Bilbao el del anillo de diamantes recibe en el centro del barco (rumbo al oeste las antiguas Furias siguen el rastro de nuestra estela) un puntapié del peligroso pie de Venus se retira al lecho tomamos el café en su camarote en lugar de tomarlo en el salón de fumar las damas se interesan por su estado

se invita a dos gallegos de cuello de rana deslenguados errabundos a que suban de tercera clase para cantar a la guitarra (agua de Vichy y canciones con voz profunda *argyrol* rima con *rusiñol*)

si quieres qu'el carro cante

mójele y déjele en río

que después de buen moja'o

canta com'un silbí'o

e historias curiosas y las mil y una noches de La Habana y la danza de los millones las bellas cubanas *a ellas les gustan los negros*

pero al salir a cubierta para aspirar una bocanada de la tarde salobre hay más cosas que ver que aquel carguero herrumbroso perdiéndose en el indigo *el rubio* el macho de Bilbao no el del anillo de diamantes es acosado por cubanos vociferantes *la bella* lleva la voz cantante sus pechos ascienden y descienden enfrentan con el rubio a un hombrecillo de patillas grises lo empujan por detrás escándalo

alternativamente los contrincantes discuten con sus amigos que les retienen se zafan se lanzan uno contra otro blandiendo el brazo vuelven a sujetarles les separan intervienen los oficiales del barco

pálidos y trémulos los campeones son alejados el de las patillas al salón de las señoras el rubio a popa al salón de fumar

Allí todo son insultos ¿pero cuál ha sido el motivo? *no señor no el rubio agarra una hoja* de la Compagnie GénéraleTransatlantique pero sus dedos se niegan a sujetar la pluma mientras se enreda los dedos en el pelo largo y rizado un observador no autorizado que se ha visto envuelto en la pendencia escribe con soltura y faltas de ortografía al dictado de *el rubio* un desafío

y lo traslada con impávido semblante a los reunidos en la sala de las señoras *coño*

entonces hacemos que *el rubio* pasee de arriba abajo por la palpitante popa discutimos la conveniencia de espadines pistolas duelo de esgrima

ahora sólo el observador con destino al oeste acude al comedor para los almuerzos el rubio se lamenta a un extremo de la litera del amigo con purgaciones y se prepara para su perdición el barco hierve con las charlas acerca del duelo hasta que *mon commandant* un bretón de cara rubicunda visita a las partes implicadas y explica que ese tipo de tonterías está expresamente prohibido en el reglamento de la Compagnie Genérale Transatlantique y que los gallegos musicales debían volver a tercera clase de donde provenían, desesperación

entra con paso marcial mi general experto —dice— en lances de honor *un militar coño* vamos acaso pueda conciliar a las partes

todos a la sala de fumar donde esperan cuatro botellas de champán agradablemente dispuestas en la champañera helada coño se sirven emparedados *mi general* aclara el malentendido; algo acerca de los negros y las cubanas que alcanzaron a oír en el camarote de los machos de Bilbao *vamos* lo oyeron escuchando por el tubo de la ventilación hubo muchas cosas que no se habían de haber dicho pero en cualquier caso el honor separado por el aislamiento del sistema de ventilación quedaba intacto los campeones cautelosamente se dan la mano *coño palmas sombreros música a mi general* se le concede la oreja

en tercera clase los gallegos rasguean la guitarra y cantan *el rubio* me confía en el bar que fue la bella del dedo rosa y señalador y delicado oído en los

tubos de la ventilación quien le había pegado al del anillo de diamantes *aquello*

y que hasta él tenía miedo de *coño una puta indecente*.

llegada a La Habana un marido vestido con opulencia y con sombrero panamá recibe a *la bella* los jóvenes machos de Bilbao se van al Sevilla Biltmore y yo

la danza de los millones o la no—falta—de—dinero ha levantado su habitual cabeza inevitable como un visado

en el torbellino de los precios del auge del azúcar al sol ulcerante de agosto yo suyo sinceramente vago por la ciudad las azucaradas noches con veinte quince ocho con cincuenta dólares siempre menguantes en el pantalón tejano en busca de lucrativos

y de cómo llegar a México

o a cualquier parte

MARGO DOWLING

Margo Dowling tenía dieciséis años cuando se casó con Tony. Le encantó el viaje en barco a La Habana. La travesía fue movida, pero ella no se mareó en lo más mínimo; Tony, sin embargo, sí. Se puso muy amarillo y se quedó echado en su litera todo el tiempo, y gruñó únicamente cuando ella trató de que saliera a cubierta para aspirar el aire puro. La isla estuvo a la vista antes de que ella lograra ponerle la ropa encima. Tony estaba tan débil que ella tuvo que vestirle como a un niño. Permaneció tendido en la litera, con los ojos cerrados y las mejillas hundidas, mientras ella le ataba los cordones de los zapatos. Luego ella subió corriendo a cubierta a ver La Habana, Cuba. La mar seguía gruesa. Las olas levantaban columnas de espuma sobre las grandes rocas que había al pie del faro. El tercer oficial, un joven de rostro delgado que se había portado con suma amabilidad durante todo el viaje, le mostró el castillo del Morro, situado detrás del faro, y los pequeños barcos de pesca con diminutas figuras negras o pardas que oscilaban sobre el fuerte oleaje. Al otro lado, como enhiestas en medio de las enormes olas, se alzaban unas casas claras y ella preguntó por Vedado y él le respondió señalando más allá, hacia la neblina que se extendía sobre las rompientes.

—Es la zona residencial —dijo.

El día era soleado y el cielo estaba lleno de nubes grandes y blancas.

Se encontraban ya en las aguas plácidas del puerto; pasaron ante una hilera de grandes goletas ancladas frente a una escarpada colina, bajo los fuertes y castillos bañados por el sol, y ella hubo de bajar al aire de sentina de su camarote para levantar a Tony y cerrar el equipaje. Tony, aún muy débil, decía que la cabeza le daba vueltas. Ella tuvo que ayudarle a bajar por la pasarela.

El destartalado muelle estaba lleno de gentes de ojos abiertos como platos, con trajes blancos y de color café, que se movían de un lado para otro

hablando atropelladamente. Al parecer todos venían a recibir a Tony. Había viejas damas con chales y jovencitos con espinillas y sombrero de paja y un viejo caballero de patillas blancas y tupidas y sombrero panamá. Había niños con oscuras ojeras que mariposeaban de un lado para otro estorbando a todo el mundo. Todos tenían la piel amarillenta o de color café y los ojos negros, y había una anciana negra con pelo blanco y vestido rosa. Todo el mundo gritaba y abrazaba y besaba y echaba los brazos al cuello de Tony, y pasó largo rato antes de que alguien se fijara en Margo. Entonces las viejas mujeres se apiñaron alrededor de ella y la besaron y se quedaron mirándola y profiriendo exclamaciones en español acerca de su pelo y de sus ojos, y Margo se sintió terriblemente estúpida allí de pie, sin comprender una palabra y preguntando constantemente a Tony quién era su madre, pero Tony había olvidado hablar inglés. Cuando por fin vio que Tony señalaba a una mujer vieja y robusta con un chal y dijo la mamá, se sintió tremendamente aliviada al saber que no era la negra.

«Si ésta es la zona residencial —se dijo Margo, cuando, tras un largo trayecto a través de gimientes calles de casas de piedra, llenas de polvo y de aceitosos olores y de carros y carretas de muías, se apearon todos juntos del tranvía y se adentraron en un camino adoquinado bajo un sol de justicia—, yo soy la heredera de un millón de dólares.»

Entraron por una puerta alta, abierta en un muro mugriento y desconchado de estuco rosado, con estrechas ventanas de barrotes que descendían hasta el suelo, en un zaguán maloliente en el que había plantas y sillas de mimbre. Un loro alborotaba en una jaula, un perrito blanco y gordo como un lechón ladró a Margo, y la anciana que Tony había dicho que era su madre se acercó a ella, le rodeó el hombro con el brazo y empezó a decir cosas en español. Margo se mantuvo allí de pie, capeando la situación del mejor modo que pudo. En el umbral se apiñaban los vecinos, que la miraban fijamente con ojos de simio.

—Oye, Tony, al menos podrías decirme lo que dice tu madre —gimoteó, malhumorada, Margo.

—Mamá te está diciendo que estás en tu casa y que seas bienvenida y cosas por el estilo. Y tú tienes que contestarle: «Muchas gracias, mamá».

Pero Margo no lograba decir nada. Se le hizo un nudo en la garganta y se echó a llorar.

Y siguió llorando cuando vio su habitación, un nicho grande y oscuro con ajadas cortinas de encaje y una enorme cama de hierro, cubierta por una colcha amarilla y mugrienta, que ocupaba casi todo el cuarto. Dejó de llorar, sin embargo, y se echó a reír estúpidamente al reparar en el gran orinal resquebrajado y decorado con rosas que sobresalía por debajo de la cama.

Tony se sintió dolido.

—Bueno, debes portarte como es debido —dijo—. Mi familia dice que eres una chica muy guapa, pero no muy bien educada.

—Oh, vete a la porra —replicó Margo.

A partir de entonces, su vida en La Habana transcurrió siempre en aquel hueco, al abrigo tan sólo de la mampara que había frente a la puerta de cristal que daba al patio. Tony y los chicos estaban siempre fuera. Jamás la llevaban a ninguna parte. Pero lo peor de todo vino cuando supo que iba a tener un hijo. Se pasaba el día sola, echada en la cama, mirando el agrietado techo de yeso blanco, escuchando el estridente charloteo de las mujeres en el zaguán y en el patio, y el alboroto del loro y los ladridos del perrito blanco, que se llamaba Kiki. Las cucarachas subían y bajaban por las paredes, y roían y agujereaban la ropa que no se guardaba en los armarios.

Tarde tras tarde, un cuadrilátero de sol se abría paso a través del techo de cristal del patio y avanzaba por el borde de la cama, inundando el piso de baldosas y caldeando la alcoba hasta hacerla sofocante.

La familia de Tony no le permitía salir nunca, a menos que la acompañara alguna de las viejas, que por lo general se limitaban a ir al mercado o a la iglesia. Odiaba ir al mercado, que era inmundo y olía a rancio y estaba plagado de sudorosos negros que se abrían paso a empujones y de chinos que vociferaban sobre jaulas de pollos y viscosos puestos de pescado. A la mamá y a la tía Feliciana y a la Carná —la vieja negra—, sin embargo, parecía entusiasmarles. Prefería la iglesia; la gente, al menos, llevaba mejor ropa y los altares de oropel a menudo estaban llenos de flores, de modo que solía ir a

confesarse con regularidad, aunque el cura no entendía las pocas palabras de español que ella empezaba a hilar ni ella entendía sus respuestas. Sí, en cualquier caso la iglesia era mejor que pasarse el día sentada en el calor del cuarto y en el olor a rancio del zaguán, tratando de hablar con las viejas que jamás hacían otra cosa que parlotear y abanicarse, mientras el perrito blanco dormía sobre un sucio cojín en una silla dorada y reventada, y de cuando en cuando lanzaba algún mordisco a alguna mosca.

Tony ya no volvió a hacerle ningún caso, y ella apenas se lo reprochaba, pues debía de estar muy fea con los ojos enrojecidos e hinchados de tanto llorar. Tony andaba siempre con un hombre maduro y gordo de cara aniñada, con traje blanco y una enorme leontina doble de oro que le descansaba sobre la barriga, de quien todo el mundo hablaba con respeto y lo llamaba el señor Manfredo. Era un agente azucarero e iba a enviar a Tony a París a estudiar música. A veces iba a casa de visita, y se sentaba en una de las sillas de mimbre del zaguán con su bastón de empuñadura de oro entre las adiposas rodillas. Margo siempre tenía la impresión de que algo extraño había en el señor Manfredo, pero se mostraba con él tan amable como podía. Tampoco él le prestaba atención alguna; jamás apartaba la vista de las pestañas largas y negras de Tony.

En cierta ocasión, desesperada, Margo escapó sola al Parque Central, a un drugstore americano que descubrió una noche en que había ido al parque con las viejas a oír a la banda militar. Todos los hombres con quienes se cruzaba se quedaban mirándola. Llegó al drugstore a la carrera, y una vez dentro compró toda la quinina y el aceite de ricino que pudo con el dinero que llevaba. Cuando volvía a casa no consiguió andar una manzana sin que algún hombre la siguiera y tratara de cogerla del brazo. «Vete al infierno», les decía en inglés, y apretaba el paso. Se perdió, fue casi atropellada por un coche y finalmente logró llegar a casa sin aliento. Las viejas habían vuelto y armaron un escándalo.

Al volver Tony a casa las viejas le contaron la escapada, y Tony armó una escena y trató de pegarle, pero Margo era más fuerte que él y le puso un ojo negro. Entonces él se echó llorando en la cama y ella le puso compresas frías en el ojo para bajarle la hinchazón y luego le acarició y fueron felices en su intimidad por primera vez desde que llegaron a La Habana. El problema fue

que las viejas averiguaron cómo le había puesto un ojo negro, y le tomaban el pelo a costa de ello. Al parecer, toda la calle lo sabía, y todo el mundo decía que Tony era un mariquita. La mamá jamás perdonaría aquello a Margo, y a raíz del incidente fue mezquina y malévola con ella.

Si al menos no estuviese embarazada, pensaba Margo, huiría de esta casa. Lo único que consiguió con el aceite de ricino fue un terrible cólico, y la quinina hizo que le zumbaran los oídos. Robó de la cocina un afilado cuchillo con intención de matarse, pero le faltó valor para clavárselo. Pensó entonces en colgarse por el cuello con la sábana de su cama, pero tampoco se atrevió. Escondió el cuchillo debajo del colchón y volvió a pasarse todo el santo día echada, soñando en lo que haría si algún día conseguía volver a Estados Unidos y pensando en Agnes y en Frank y en los espectáculos de variedades en la cadena Keith y en la pista de patinaje de Saint Nicholas. A veces llegaba a convencerse de que sólo se trataba de una pesadilla, y de que llegaría el momento en que despertaría en la cama del cuarto alquilado en la casa de Indio.

Escribía a Agnes todas las semanas, y Agnes le enviaba a veces unos dólares en sus cartas. Había conseguido ahorrar ya quince dólares, que guardaba en un pequeño bolso de piel de caimán que Tony le había regalado recién llegados a La Habana, pero un día Tony, por azar, descubrió allí el dinero y, embolsándoselo, se fue a gastárselo en una fiesta. Margo se sentía demasiado hundida para echárselo en cara a gritos cuando volvió a casa, ojeroso, tras una noche de rumba. En realidad, aquellos días se sentía demasiado enferma para gritar a nadie.

Cuando empezaron los dolores, nadie hizo ademán siquiera de llevarla al hospital. Las viejas decían que sabían muy bien lo que tenían que hacer, y dos hermanas de la Caridad con grandes tocas blancas de mariposas empezaron a entrar y salir del cuarto a todas horas con palanganas y barreños de agua caliente. El parto duró un día y una noche y parte del día siguiente. Margo estaba segura de que iba a morir. En los últimos momentos dio tales gritos pidiendo un médico que salieron de la casa y trajeron a un viejo de manos amarillas y nudosas por el reumatismo y barba manchada de tabaco. El hombre —que según dijeron era médico— llevaba unas antiparras con

montura de oro y sujetas por un cordón que se le caían continuamente de la nariz larga y torcida. Examinó a Margo y dijo que todo discurría con normalidad, y las viejas, apiñadas a su espalda, asentían entre risas. Luego volvieron los dolores, y Margo no pudo darse cuenta de nada salvo del dolor.

Cuando todo hubo pasado permaneció tendida en el lecho, y se sentía tan débil que pensó que tal vez estaba muerta. Le trajeron a su hijo para que lo viera, pero Margo no quiso mirarlo. Al día siguiente, al despertar, oyó un tenue lloriqueo a su lado, pero no imaginó a qué podría ser debido. Se sentía demasiado mal para volver la cabeza. Las viejas miraban algo y movían la cabeza, pero a Margo le tenía sin cuidado todo aquello. Tampoco le importó lo más mínimo cuando le dijeron que no podría amamantarlo y que tendría que criarse a biberón.

La mortal debilidad le duró dos días. Después empezó a beber un poco de zumo de naranja y a tomar leche caliente, y fue capaz de alzar la cabeza por encima del hombro para mirar a su hijo cuando se lo traían. Parecía terriblemente pequeño: era una niña. Tenía la carita arrugada y decrépita, como la de un mono. Y algún problema en los ojos.

Mandó a las viejas en busca del anciano doctor, que al llegar se sentó en el borde de la cama con aire solemne y empezó a limpiar una y otra vez sus antiparras con un gran pañuelo de seda limpio. La llamaba pobre y pequeña niña, y finalmente le hizo entender que el bebé era ciego y que su marido tenía una enfermedad secreta y que ella, tan pronto como mejorase, tendría que ir a una clínica para seguir un tratamiento. Margo no lloró ni dijo nada. Se quedó allí mirando al viejo, con los ojos ardientes y las manos y los pies helados. Lo único que alcanzó a pensar era que no quería que el médico se fuera. Hizo que le explicara los pormenores de la enfermedad y el tratamiento, y fingió entender menos español del que realmente entendía sólo para que el viejo no se marchara.

Unos días después las viejas se pusieron sus mejores chales de seda negra y llevaron al bebé a la iglesia para bautizarlo. Lo engalanaron de tal modo que su carita, en medio de todo aquel encaje, tenía un aspecto horriblemente azul. Por la noche estaba casi negro, y a la mañana siguiente había muerto. Tony

lloró y las viejas hicieron una escena. Luego gastaron una gran suma en un pequeño ataúd blanco con asas plateadas y en el alquiler del coche fúnebre y en los servicios del cura para el funeral. Luego vinieron las hermanas de la Caridad y rezaron al lado de su cama, y vino el cura y habló a las viejas con voz trágica y hermosa, semejante a la de Frank cuando vestía de chaqué, pero Margo, postrada en el lecho con los ojos cerrados y los labios apretados, pensaba que ojalá muriera ella también. Dijeran lo que le dijeran, no respondía a nadie y se negaba a abrir los ojos.

Cuando mejoró y pudo ya sentarse, no quiso ir a la clínica a la que acudía Tony. Se negaba a hablar con él y con las viejas. Fingía no entender lo que le hablaban. La mamá solía mirarla a la cara con expresión rencorosa, mover de un lado a otro la cabeza y exclamar: «Loca».

Margo escribía desesperadas cartas a Agnes. «Por el amor de Dios —suplicaba—, vende algo y mándame cincuenta dólares para que pueda volver a casa.» Se conformaba con llegar a Florida: encontraría un empleo allí. Era capaz de cualquier cosa con tal de volver a su bendito país. Le contaba únicamente que Tony era un haragán y que ella detestaba La Habana, pero jamás dijo una palabra acerca de su hija o de su estado de salud.

Un día, por fin, tuvo una idea: era una ciudadana norteamericana, ¿sí o no? Iría a ver al cónsul y vería si la podían enviar de regreso a su país. Pasaron varias semanas antes de que pudiera salir sin que la acompañara alguna de las viejas. Un día aprovechó la ocasión, se puso el único vestido decente que tenía y se acercó hasta el consulado, pero lo encontró cerrado. Volvió una mañana en que las viejas estaban de compras en el mercado, y consiguió hablar con un joven funcionario, que resultó ser un universitario norteamericano de pelo muy claro. Santo cielo, era estupendo hablar de nuevo en inglés.

Advirtió enseguida que el universitario la consideraba muy atractiva. A ella también le gustó el chico, pero no permitió que él lo notara. Explicó que estaba enferma, que tenía que volver a Estados Unidos y que la habían traído a Cuba so pretexto de un contrato en La Alhambra que resultó ser falso.

—¿La Alhambra? —dijo el funcionario—. Cielos, no parece usted ese tipo de chica.

—No lo soy —dijo ella.

El joven se llamaba George. Le explicó que si se había casado con un cubano no había nada que hacer, pues al contraer matrimonio con un extranjero se perdía la nacionalidad estadounidense. Ella le dijo que supusiera que no estaba casada realmente. El contestó que pensaba haberle oído decir que no era de ese tipo de chicas. Ella empezó a lloriquear y dijo que le importaba muy poco el tipo de chica que fuese, que lo que quería era regresar a casa. El dijo que volviera al día siguiente y que vería lo que el consulado podía hacer al respecto, y que de cualquier forma por qué no tomaba el té con él en el Miami aquella tarde.

Ella dijo que de acuerdo, y volvió precipitadamente a casa con la sensación de sentirse mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo. En cuanto estuvo sola en la alcoba, sacó de la bolsa la licencia de matrimonio, la rompió en pedazos mínimos y la arrojó en la hedionda taza amarillenta del viejo retrete que había al fondo del patio. Aquella vez, al menos, la cadena de la cisterna funcionó como es debido, y despareció en el albañal hasta el último trozo del papel orlado de nomeolvides.

Aquella tarde recibió una carta de Agnes con una orden de pago de cincuenta dólares contra el National City Bank. La emoción fue tan grande que casi le dejó de latir el corazón. Tony estaba fuera callejeando con el agente azucarero. Le escribió una nota diciéndole que no se molestase en buscar— a, pues se había embarcado rumbo a casa, y la prendió en la parte de abajo de la almohada. Luego esperó a que las viejas se sumieran en el sueño de la siesta, y abandonó la casa apresuradamente.

Ya no habría de volver. En la bolsa se llevó tan sólo algunas baratijas de bisutería que Tony le había regalado en los primeros tiempos de su matrimonio, y por todo vestuario la ropa que llevaba puesta. Fue al Miami y pidió un batido de helado con soda en inglés, para que todo el mundo supiera que era norteamericana, y se quedó esperando la llegada de George.

Estaba tan asustada que a cada instante pensaba que iba a desplomarse. Supongamos —pensaba— que George no aparezca. Pero George apareció, y le alegró de verdad ver la orden de pago, pues dijo que el consulado no disponía

de fondos para hacer frente a casos como el suyo. Dijo también que conseguiría hacer efectivo el documento al día siguiente por la mañana, y que la ayudaría a comprar el billete para el barco. Ella le dijo que era un verdadero caballero, y entonces, de improviso, se inclinó hacia delante, puso una mano enfundada en el blanco guante de cabritilla sobre su brazo y, mirándole a los ojos, que eran azules como los suyos, le susurró:

—George, tienes que hacerme otro favor. Tienes que ayudarme a esconderme... Me asusta tanto ese cubano... Ya sabes lo terribles que son cuando están celosos.

George enrojeció y vaciló un instante, pero Margo empezó a contarle lo que había sucedido el otro día en su misma Calle, cuando un hombre, un oficial del ejército, había vuelto a casa y había encontrado, en fin..., a su novia con otro hombre... En fin, sería mejor que contase la historia tal como sucedió, pues no creía que George se escandalizara fácilmente: los encontró en la cama juntos, y el oficial vació el tambor de su revólver sobre el cuerpo del rival, y luego persiguió a la mujer con un cuchillo de trinchar por toda la calle, y cuando le dio caza la apuñaló cinco veces seguidas en la plaza pública. Al llegar a este punto, Margo soltó unas risitas; George se echó a reír.

—Sé que te suena divertido... Pero no fue tan divertido para la mujer. Murió allí mismo, desnuda y delante de todo el mundo.

—Bien, veo que tendremos que hacer algo —dijo George—. Habrá que salvarte de ese cuchillo de trinchar.

Lo que hicieron fue trasladarse a Matanzas en el tren eléctrico y encontrar alojamiento en un hotel. Cenaron juntos en el comedor del hotel, y bebieron gran cantidad de ginfizzes. George, que en principio había dicho que se iría para volver al día siguiente a tiempo para acompañarla al barco, se puso romántico a causa de los ginfizzes y la luz de la luna y el ladrido de los perros y el canto de los gallos. Pasearon por las apacibles calles de tonalidad caliza a la luz de la luna, cogidos de la cintura, hasta que George perdió el último tren para La Habana. Lo único que le importaba a Margo era no quedarse sola en aquel detestable y desierto hotel de muros blancos, bajo una luna tan brillante. Además, George le gustaba.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, George dijo que le permitiera prestarle cincuenta dólares para que pudiera volver en primera clase, y Margo le respondió que se los devolvería sin falta, de verdad, en cuanto encontrara un empleo en Nueva York, y que debía escribirle todos los días.

George se fue en el primer tren para llegar a tiempo al consulado, y Margo volvió más tarde, sola, a través del luminoso verde de un campo lleno de insectos bulliciosos, y después de bajar del ferry tomó un taxi que la condujo directamente al barco. George la esperaba en el muelle, con el billete y un ramillete de orquídeas, las primeras que recibía Margo en su vida, y un fajo de billetes de banco que ella metió en su cartera sin contarlo. Los empleados a cargo del pasaje se mostraron muy sorprendidos de que Margo no llevara nada de equipaje, y ella hizo que George les explicara que había tenido que salir precipitadamente porque le acababan de notificar que su padre, un hombre adinerado, estaba enfermo en Nueva York. Bajaron al camarote. George estaba muy apenado por su marcha, y dijo que era la chica más encantadora que había conocido en su vida y que le escribiría todos los días, pero Margo estaba tan asustada ante la posibilidad de que Tony subiera al barco a buscarla que no prestó atención a George.

Sonó por fin el gong de la partida, y George la besó fuerte y apasionadamente y bajó a tierra. Margo no se atrevió a subir a cubierta hasta que oyó las campanas de la sala de máquinas y sintió las sacudidas del barco al apartarse del muelle. Por el ojo de buey, a medida que se alejaban, alcanzó a ver cómo un hombre apuesto y moreno con traje blanco, que bien podía ser Tony, rompía el cordón policial y corría hasta el final del muelle gritando y agitando los brazos.

Tal vez fuera por las orquídeas o por su aspecto o por la historia del padre enfermo, pero el capitán la invitó a su mesa y los oficiales la colmaron de agasajos, y Margo tuvo la travesía más maravillosa de su vida. El único inconveniente estribaba en que sólo podía subir a cubierta por la tarde, ya que el único vestuario de que disponía era el vestido que llevaba puesto.

Había encargado a George que mandara un cablegrama a Nueva York, de modo que a su llegada Agnes la esperaba en el muelle. Estaban ya a finales del

otoño y Margo, que no llevaba encima más que un ligero vestido de verano, le dijo a Agnes que la invitaba a ir a casa en taxi. Sólo cuando estuvieron dentro del taxi cayó en la cuenta de que Agnes iba vestida de negro. Al preguntar por qué, Agnes le respondió que Fred había muerto en Bellevue hacía dos semanas. Lo habían recogido en la calle Veintitrés, con una monstruosa borrachera, y había muerto sin recobrar el conocimiento.

—Oh, Agnes, lo sabía... Tuve una premonición en el barco —dijo entre sollozos Margo.

Después de enjugar sus lágrimas, se volvió hacia Agnes, la miró y dijo:

—Agnes querida, qué buen aspecto tienes... Qué traje más bonito. ¿Consiguió Frank un empleo?

—Oh, no —dijo Agnes—. El salón de té de la señorita Franklyn marcha a las mil maravillas. Está abriendo sucursales, y me ha nombrado gerente de la que ha montado en la calle Treinta y cuatro. Gano setenta y cinco dólares a la semana. Espera a ver el nuevo apartamento... Justo frente al Drive... Oh, Margie, has debido de pasártelo terriblemente mal.

—Bueno —admitió Margo—. Bastante mal. La familia de Tony es rica e importante y todo eso, pero es difícil acostumbrarse a su forma de vida. Tony es un tarambana, y le odio más que a nada en el mundo. Pero al fin y al cabo ha sido toda una experiencia... Y está bien que haya pasado por ella.

Frank salió a recibirlas a la puerta del apartamento. Había engordado desde la última vez que Margo le había visto; tenía retazos de pelo plateado a ambos lados de las sienes, lo cual le daba un aire distinguido como de embajador o de ministro.

—Pequeña Margo... Bienvenida a casa, mi niña... Te has convertido en una mujercita preciosa.

Cuando la levantó en brazos y la besó en la frente, Margo percibió de nuevo el aroma a loción y a ron de laurel que recordaba en él.

—¿Te ha contado ya Agnes que vuelvo a los caminos con la señora Fiske? Mi querida Minnie Maddern y yo crecimos juntos.

El apartamento era un poco oscuro, pero tenía salón, comedor y dos habitaciones, además de un cuarto de baño grande y hermoso y una cocina.

—Lo primero que voy a hacer —dijo Margo— es tomar un baño caliente... Creo que no me he bañado con agua caliente desde que marché de Nueva York.

Agnes, que no había ido al salón de té y se había tomado la tarde libre, salió a hacer unas compras para la cena; Margo entró en su pequeño pulcro dormitorio, decorado con cortinas de algodón de zaraza, se quitó el frío y arrugado vestido de verano y se puso la bata acolchada de Agnes. Volvió al salón, se sentó en el confortable sillón Morris y le siguió la corriente a Frank cuando éste le empezó a hacer preguntas acerca de su vida en La Habana.

Frank, poco a poco y subrepticiamente, fue deslizándose hacia el brazo del sillón, sin dejar de decirle a Margo lo atractiva que se había puesto desde que no la veía. Luego, de pronto, trató de asirla. Ella lo había estado esperando y se levantó como un resorte al tiempo que le propinaba una sonora bofetada. Pero al ver cómo Frank avanzaba hacia ella jadeando, sintió que se desataba en ella un acceso de histerismo.

—Apártate de mí, viejo buitre —gritó—. Apártate de mí o se lo contaré todo a Agnes y entre las dos te echaremos a patadas de esta casa. —Quería callarse, pero no podía dejar de gritar—: ¡Apártate de mí! Contraje una enfermedad en Cuba, y si no te mantienes lejos te contagiarás también tú.

Frank estaba tan impresionado que comenzó a temblar de pies a cabeza. Se dejó caer en el sillón Morris y se pasó un largo dedo por el untuoso pelo plateado. Margo entró en su dormitorio, dio un portazo y cerró la puerta con llave. Sentada sobre la cama, una vez sola, empezó a pensar en que jamás volvería a ver a Fred. ¿No habría sido una premonición cuando dijo en el barco que su padre estaba enfermo? Las lágrimas acudieron a sus ojos. La calefacción de vapor emitió un siseo confortable e íntimo. Se dejó caer hacia atrás sobre la cama, tan cómoda con sus almohadas limpias y el edredón sedoso, y se durmió mientras lloraba.

Noticiario LVII

el médium, antes de iniciar la sesión espiritista en Harvard, se quitó toda la ropa. Antorchas eléctricas, campanas, grandes megáfonos, cestos... —todo ello iluminado por pintura fosforescente— integraban el utillaje del médium

Llega mi hermano

con unas piñas

Mira empieza el circo

ANSÍA ENFRENTARSE A LOS INVESTIGADORES

los pies del médium no estaban próximos a los del profesor cuando el pantalón de éste sufrió un tirón en una pierna. La bombilla del techo se encendía y se apagaba incesantemente. Los timbres comenzaron a sonar. Un brazo teleplasmático comenzó a asir objetos que había sobre la mesa, y tiró del cabello del doctor B. El doctor B introdujo la nariz en la rosquilla y dijo a Walter que se la estirase con la mayor fuerza posible. La nariz sufrió un tirón violento.

Aunque ambos convinimos en separarnos

La separación dejó tristeza en mi corazón

UNA ESPOSA DESDICHADA TRATA DE PONER FINA SU VIDA

EL DENTISTA DEL JEQUE SE RECONCILIA

El único problema es la financiación

Pensé que me las arreglaría

y ahora

Veo que en cierta manera

estaba equivocado

Las damas de sociedad tratan en vano de conseguir

el puesto de camarera de la reina

UNA MONA CONTRAERÁ MATRIMONIO CON UN MARINERO

Tengo el corazón destrozado

LA REINA RINDE HONORES AL SOLDADO DESCONOCIDO

La policía salvaguarda a la reina entre la muchedumbre

Bajo una luna china de ensueño

Donde el amor es como una obsesiva melodía

UN PROFESOR TORTURA A SU RIVAL

LA REINA DUERME MIENTRAS EL TREN PARTE

Se fragua el conflicto social

COOLIDGE INSTA AL FOMENTO DE LA PUBLICIDAD

La encontré bajo el sol poniente Cuando el día se hubo ido

Un policía alimenta al canario con los quinientos dólares

legados por la novia rica

Mientras el crepúsculo caminaba hacia la noche

Allá arriba en el cielo

Le dije a mi amor

En la vieeeeja Manilaaaa

EL APOLO ABANDONADO CONFÍA AÚN EN QUE LA NOVIA

RICA VUELVA

MARGO DOWLING

Agnes era un encanto. Se las arregló para conseguir dinero a través del Plan Morris para la operación de Margo —el doctor Dennison había dicho que era absolutamente necesaria si se quería evitar que su salud quedara seriamente dañada—, y la cuidaba como cuando tenía el sarampión siendo niña. Cuando le dijeron que jamás volvería a tener un hijo, a Margo no le importó demasiado, pero Agnes lloró desconsoladamente.

Cuando empezó a mejorar y a pensar incluso en buscar un empleo, Margo tenía la sensación de que ella y Agnes habían vivido juntas siempre. La Old Southern Waffle Shop marchaba a las mil maravillas y Agnes tenía un sueldo de setenta y cinco dólares a la semana. Tenían suerte de que así fuera, pues Frank Mandeville parecía incapaz ya de conseguir contrato alguno. «Desde la guerra no hay demanda de auténticos espectáculos», solía decir Frank. A raíz de su matrimonio con Agnes —ceremonia que tuvo lugar en la Pequeña Iglesia de la Vuelta de la Esquina, como suele decirse—, se había vuelto triste y respetable, y se pasaba la mayor parte del tiempo jugando al bridge en el Lambs Club y hablando de los viejos tiempos, cuando salía de gira con Richard Mansfield. Una vez recuperada, Margo se pasó todo un sombrío invierno visitando agencias de contratación para espectáculos musicales, hasta que por casualidad Flo Ziegfeld la vio una tarde haciendo cola con otras chicas en la antesala de su oficina. Sus miradas se cruzaron por azar cuando él pasaba, y Margo esbozó una débil mueca graciosa; él se detuvo y le echó un vistazo de arriba abajo. Al día siguiente, el señor Herman la eligió para trabajar en primera línea del coro en el nuevo espectáculo. Los ensayos resultaron ser el trabajo más duro que había realizado en su vida.

Agnes dijo ya desde el comienzo que se iba a encargar de que Margo no se echase a perder en compañía de aquel tropel de coristas de tres al cuarto, y, a pesar de que tenía que entrar a trabajar a las nueve en punto de la mañana

todos los días, después de los ensayos nocturnos o de la función de noche iba siempre a recoger a Margo para llevarla a casa. Sólo después de que Margo conociera a Tad Whittlesea, un medio del equipo de Yale que pasaba los fines de semana en Nueva York cuando finalizaba la temporada, descuidó en parte tal obligación. Las noches en que Tad salía con Margo, Agnes se quedaba en casa. Estudió detenidamente a Tad, lo invitó a un almuerzo dominical y decidió que para ser hijo de millonario era bastante formal, y que le sentaría bien sentir cierta responsabilidad respecto a Margo.

Las noches en que tenía cita con Tad, Margo se daba apresuradamente el último toque a los rubios bucles que sobresalían bajo su gorro azul de terciopelo y se ponía su capa de piel —no era de zorro plateado, pero a cierta distancia lo parecía— y abandonaba el vestuario sofocante y polvoriento y el olor a tenacillas de rizar y a manteca de cacao y a sobaco femenino y a decorado para bajar a la carrera el tramo de escaleras de cemento —castigadas por las corrientes de aire— y pasar frente al viejo y ceniciento Luke, que en su pequeña garita de cristal se echaba el gabán encima para marcharse él también a casa. Al salir al viento frío de la calle, solía aspirar profundamente el aire fresco. Jamás permitía que Tad la esperase en el teatro, en la salida de artistas, donde forzosamente habría de mezclarse con los galanes de sus compañeras. Prefería verlo esperando entre gente de etiqueta en el vestíbulo del Astor, con los zapatos marrones y lustrosos bien separados el uno del otro, con el abrigo de mapache entreabierto, con la corbata a rayas y la camisa suave y arrugada.

Tad era un muchacho sencillo y de cara rubicunda, que nunca tenía mucho que decir. Desde el momento en que la ayudaba a subir al taxi para ir a un club nocturno, siempre era Margo la que llevaba el peso de la conversación. Le hacía reír constantemente con anécdotas de las otras chicas y de la encargada del vestuario y de los hombres del coro. A veces Tad le hacía repetir tal o cual historia a fin de poder retenerla bien en la memoria y contarla después a los compañeros de facultad. El episodio de cómo los hombres del coro, en su mayoría maricas, habían lanzado la maldición de la perra a un tipo joven que era novio de Maisie De Mar y lo habían convertido en marica, asustó de veras a Tad.

—Seguro que suceden muchas cosas de las que la gente no tiene ni idea —dijo.

—Y tú no sabes ni la mitad, querido —remachó Margo, arrugando la nariz.

—Pero lo que me cuentas debe de ser sólo algo que se cuenta.

—Ni mucho menos. De verdad, Tad, sucedió tal como te lo cuento... Oímos cómo aullaban y hacían «uuuuuhhh» de esa forma suya tan particular en el vestuario de los hombres. Se pusieron todos en círculo y le lanzaron la maldición.

Te aseguro que pasamos miedo.

Aquella noche fueron al Columbus Circle Childs a tomar huevos con jamón.

—Oye, Margo —dijo Tad con la boca llena mientras terminaba su segunda ración de pastelillos de manteca—, no creo que la vida que llevas sea la adecuada para ti... Eres la chica más inteligente que he conocido en mi vida. Y también la más refinada.

—No te preocupes, Tad, la pequeña Margo no va a pasarse toda la vida en el coro.

En el taxi, camino de casa, Tad intentó algunos acercamientos amorosos. Margo se sintió vivamente sorprendida, pues Tad era un muchacho de probada candidez; tampoco estaba borracho, pues había bebido tan sólo una botella de cerveza canadiense.

—Oye, Margo, eres maravillosa... No sólo no bebes, sino que tampoco te gusta que te soben.

Margo le besó inocentemente en la mejilla.

—Tienes que comprender, Tad —dijo—. Debo concentrar mi atención en el trabajo.

—Imagino que piensas que soy un tipo torpe y mentecato.

—Eres un tipo estupendo, Tad, pero te prefiero con las manos en los bolsillos.

—Oh, eres maravillosa —suspiró Tad, que desde el otro extremo del asiento la miraba con ojos muy abiertos y semihundidos en el tupido cuello levantado del abrigo.

—Soy tan sólo una mujer que los hombres olvidan —dijo ella.

El invitar a Tad al almuerzo dominical llegó a ser una costumbre. Solía llegar temprano para ayudar a Agnes a poner la mesa, y después de comer se quitaba la chaqueta y se remangaba la camisa para ayudarla a fregar los platos. Luego, en la sobremesa, solían jugar los cuatro a los corazones mientras tomaban una copa de vino tónico que conseguían en el drugstore. Margo odiaba aquellas tardes dominicales, pero a Frank y a Agnes parecían encantarles, y el propio Tad se quedaba hasta instantes antes de la hora en que debía reunirse con su padre en el Metropolitan Club. Salía entonces apresuradamente, asegurando que jamás en su vida se había divertido tanto.

Era una tarde de domingo. Nevaba afuera. Margo se había retirado de la mesa de juego alegando una jaqueca. Tendida sobre la cama, vio transcurrir la tarde escuchando el siseo de la calefacción de gas y consumiéndose de aburrimiento e impaciencia. Casi sentía ganas de llorar. Una vez que Tad se hubo despedido, Agnes entró en su cuarto en negligé, con los ojos brillantes y diciendo:

—Margo, tienes que casarte con él. Es el chico más encantador que puedas encontrar. Nos ha estado diciendo que éste es el primer sitio donde ha sentido verdadero calor de hogar. Ha crecido entre criados y profesores de equitación y gente por el estilo... Nunca me había imaginado que un millonario pudiera ser tan agradable. Creo que es sencillamente encantador.

—No es millonario —dijo Margo, haciendo una mueca.

—Su padre tiene una plaza en la bolsa —gritó Frank desde la sala—. Y eso no se compra con cupones de cigarrillos, ¿no es cierto, querida?

—Bien —dijo Margo mientras se estiraba y bostezaba—. Al menos no tendré un marido manirroto. —Luego, incorporándose, agitó el dedo en dirección a Agnes y dijo—: Voy a decirte ahora mismo por qué le gusta venir aquí los domingos: come gratis y no se gasta un céntimo en toda la tarde.

Jerry Herman, el apergaminado y calvo y menudo y amarillento director de reparto, era un hombre a quien todas las chicas temían mortalmente. Cuando Regina Riggs contó que había visto a Margo y al señor Herman cenando juntos un sábado, entre funciones, en el Keene´s Chophouse, las chicas no hablaron de otra cosa. Margo empezó a oír risitas y susurros a su espalda en el vestuario, y al caer en la cuenta de que iban dirigidos a ella, se sintió muy dolida y llegó a sentir una profunda desazón en la boca del estómago.

Regina Riggs, una chica de Oklahoma de cara ancha cuyo nombre verdadero era Queenie y que trabajaba en los coros de Ziegfeld desde los tiempos en que circulaban coches de caballos por Broadway, cogió del brazo a Margo un día cuando bajaban las escaleras después de un ensayo matinal.

—Oye, chiquita —le dijo—, quiero decirte algo acerca de ese tipo, ¿sabes? Tú me conoces: las he pasado moradas en la vida y la gente me importa un bledo... Pero déjame decirte una cosa: ninguna chica ha conseguido nunca una frase en una obra por acostarse con ese fanfarrón. Muchas lo han intentado. Quizá también yo misma lo intenté. De ese tipo no puede sacarse nada en limpio; un cuerpo blanco y hermoso es una de las cosas más baratas que hay en esta ciudad... Tienes un aire sano e inocente y he creído que debía advertirte.

Margo abrió los ojos azules.

—Pero qué idea... ¿Qué te ha hecho pensar que yo...? —empezó a tartamudear como una colegiala.

—De acuerdo, niña, olvídalo... Ya veo que tú vas a llegar intacta al lecho nupcial —dijo Regina, y ambas rieron.

Desde aquel día fueron siempre buenas amigas.

Pero ni siquiera Queenie había de saber que un sábado, después de una agotadora sesión nocturna en la que se ensayaba un nuevo número que se estrenaría el lunes, Margo subió al dos plazas de Jerry Herman. Jerry le había dicho que la llevaría a casa, pero al llegar a Columbus Circle le preguntó qué le parecería ir a su granja en Connecticut y disfrutar allí de un auténtico descanso. Margo entró en un drugstore, telefoneó a Agnes y le dijo que iba a

haber ensayos todo el domingo y que se quedaba en casa de Queenie Riggs, que estaba más cerca del teatro.

Ya en la carretera, Jerry siguió preguntándole cosas acerca de sí misma.

—Hay algo diferente en ti, pequeña —dijo—. Apuesto a que no dices todo lo que sabes... Tienes misterio.

Y Margo, durante el viaje, fue contándole cosas de su niñez en una plantación de azúcar en Cuba, de la gran mansión de su padre en el Vedado, de la música y de las danzas cubanas, de cómo su padre se había arruinado a causa del trust del azúcar y ella había tenido que mantener a la familia actuando en representaciones navideñas en Inglaterra, de su temprano y desdichado matrimonio con un noble español, y de cómo aquella vida había terminado para siempre y ahora lo único que le importaba era su trabajo.

—Bueno, esa historia sería una magnífica publicidad —dijo Jerry Herman por todo comentario.

Llegaron a una casa de campo iluminada, bajo los altos árboles, y se quedaron en el coche unos instantes. De algún arroyo cercano llegaba una neblina helada que les hizo estremecerse. El se volvió hacia Margo y pareció buscar su cara en la oscuridad.

—¿Sabes lo de los tres monos, querida?

—Claro —dijo Margo—. No ver, no oír, no hablar.

—Exacto —dijo él, y entonces Margo dejó que la besase.

En la casa, que a Margo le pareció magnífica, había un fuego espléndido y dos hombres con camisas de cuadros al estilo leñador y dos mujeres con ropa parisiense y acento de Park Avenue que resultaron ser decoradoras. Los hombres eran escenógrafos. Jerry preparó huevos con jamón para todos ellos y bebieron sidra y se divirtieron de lo lindo, pese a que Margo no sabía muy bien cómo comportarse. Descolgó de la pared, por hacer algo, una guitarra y se puso a tocar Siboney y otras canciones cubanas que Tony le había enseñado.

Cuando una de las mujeres le dijo que merecía tener a su Cargo un número cubano, a Margo casi le dejó de latir el corazón. Cuando por la ventana entraba ya la luz azul del día, que se abría paso a través de la niebla, se fueron a la cama. Tomaron un buen desayuno campero, en bata, entre bromas y risitas, y el domingo por la tarde Jerry la llevó a la ciudad y la dejó en el Drive, cerca de la calle Setenta y nueve.

Al llegar a casa encontró a Agnes y a Frank sumamente nerviosos y enfadados. Tad había estado telefoneando todo el día. Había estado en el teatro y había averiguado que el domingo no hubo ensayo alguno. Margo dijo con hostilidad que había estado ensayando un pequeño número especial, y que si cualquier jovenzuelo universitario pensaba que podía interferir en su carrera artística estaba muy equivocado. Cuando Tad llamó el siguiente fin de semana, Margo se negó a verlo.

Sin embargo, una semana después, al salir de su habitación lucia las dos de la tarde para incorporarse al gran almuerzo dominical que solía preparar Agnes, vio a Tad sentado a la mesa, con la cabeza baja y balanceando entre las rodillas sus gruesas manos. En cuanto vio sobre la silla que había a su lado la caja verde de floristería, supo que eran rosas American Beauty.

Tad se levantó precipitadamente.

—Oh, Margo..., no me guardes rencor. La verdad es que no logro pasármelo bien en ningún sitio si no estoy contigo.

—No te guardo rencor, Tad —dijo Margo—. Lo único que quiero es que la gente entienda que no voy a dejar que mi vida privada interfiera en mi trabajo.

—Claro, claro que lo entiendo —dijo Tad.

Agnes se acercó, todo sonrisas, y puso las rosas en agua.

—Vaya, se me olvidaba —dijo Tad, y sacó del bolsillo un estuche de cuero rojo. Tartamudeaba—: Mira, papá me dio unas acciones para que pasara un poco el rato, y la otra semana hice una buena operación y compré esto... Sólo que no podremos usarlas si no vamos juntos a alguna parte, ¿no?

Era un collar de perlas, pequeñas y no muy bien emparejadas, pero perlas al fin.

—¿Y quién podría llevarme a algún sitio donde pueda lucirlas sino tú, tonto? —dijo Margo ruborizándose—. ¿Y no son de imitación?

Tad negó con la cabeza. Margo le echó los brazos al cuello y lo besó.

—Vaya, te han gustado de verdad —dijo atropelladamente Tad— Bueno, otra cosa... Papá me va a dejar el Antoinette (nuestro barco, ya sabes) para que haga un crucero de dos semanas este verano con la gente que yo quiera. Quiero que vengáis tú y la señora Mandeville. Le pediría también que viniera al señor Mandeville, pero...

—Tonterías —dijo Agnes—. Seguro que en el crucero habrá la suficiente buena compañía como para que no haya necesidad de que yo vaya de carabina... No haría más que marearme... Era horrible cuando el pobre Fred me llevaba con él a pescar.

—Mi padre —explicó Margo—. Le encantaba el mar..., salir en yate..., ese tipo de cosas... Imagino que por eso he salido yo tan buena marinera.

—Estupendo —dijo Tad.

En aquel momento llegó de su paseo dominical Frank Mandeville, con su chaqué y su bastón de puño de plata, y Agnes corrió a la cocina a dar el último toque al asado de ternera rellena con verduras y a la tarta de fresas, cuyos cálidos y sazonados aromas habían estado anegando el aire del pequeño apartamento durante cierto tiempo.

—Vaya, cómo me gusta esto —dijo Tad, acomodándose hacia atrás en su silla cuando todos se sentaron a la mesa.

A partir de entonces, y durante el resto de la primavera, Margo tuvo harto trabajo cuidando de que Tad y Jerry no tropezaran el uno con el otro. Jamás veía a Jerry en el teatro; en los primeros tiempos de su aventura le había dicho que no tenía intención de que su vida privada interfiriera en su carrera artística, y él la había mirado penetrantemente con sus sagaces ojos y había dicho:

—Ja... Ya me gustaría que algunas más de nuestras damitas pensaran como tú... No hago más que quitármelas de encima continuamente.

—Qué le vamos a hacer... —dijo Margo—, si eres el Valentino de los encargados del reparto.

Le gustaba mucho Jerry Herman. Era un tipo que estaba al tanto de todo lo relativo al mundo del espectáculo. El único problema llegó cuando, una vez que intimaron lo bastante, empezó a hacer que Margo pagara su parte en la cuenta de los restaurantes y a mostrarle fotografías de su mujer e hijos, que vivían en New Rochelle. Margo, entretanto, trabajaba con tesón en las canciones cubanas, pero seguían sin adjudicarle ningún número especial.

En mayo el espectáculo salía de gira. Margo estuvo largo tiempo indecisa entre salir ella también o quedarse en Nueva York. Queenie Riggs se negó rotundamente a que saliera. La gira por provincias estaba bien para ella, a quien no le quedaba ya ambición ninguna, salvo quizá pescar algún viajante en alguna ciudad de mala muerte y casarse con él antes de que al buen hombre se le pasara la borrachera, pero no para Margo Dowling, que tenía toda una carrera por delante. Y no había más que hablar. Era mejor que se pasara todo el verano sin trabajo que ir de corista por esos mundos de Dios.

Jerry Herman se puso hecho un basilisco cuando Margo se negó a firmar el contrato de la gira. Estalló ante todo el mundo, ante las chicas que hacían cola y el personal de la oficina:

—Está bien, lo veía venir... El asunto se le ha subido a la cabeza y ahora piensa que es Peggy Joyce... Muy bien, hemos terminado.

Margo le miró a los ojos fijamente.

—Usted debe de confundirme con otra persona, señor Herman —dijo—. Yo nunca empecé con usted nada que ahora pueda usted dar por terminado.

Las chicas, al dejar Margo la oficina, rieron con disimulo, y Jerry Herman la vio partir mirándola como si quisiera estrangularla. Aquello significaba que no habría trabajo para ella en ninguna compañía donde él hiciera el reparto.

Margo vio transcurrir el caluroso verano en la ciudad, matando el tiempo en el apartamento de Agnes, rehuyendo constantemente a Frank, cuyas tenaces tentativas de acercamiento amoroso la obligaban a cerrar su cuarto con llave siempre que quería acostarse. Se pasaba el día echada en aquel horrible y bochornoso cuartito, empapelado de un verde afelpado y con una sucia ventana desde donde se divisaban los patios cenicientos y un par de árboles ailantos y eterna ropa tendida. Tad, nada más terminado el curso, se había ido a Canadá. Transcurrían los días entre lecturas de revistas y cambios incesantes de peinado y manicuras y sueños en torno a qué podría hacer para liberarse de aquella vida mísera y sórdida. La palabra sórdido, que acababa de aprender, estaba siempre presente en su cabeza: sórdido, sórdido, sórdido... Y decidió que estaba loca por Tad Whittlesea.

En agosto escribió Tad desde Newport diciendo que su madre estaba enferma y que el crucero quedaba pospuesto hasta el invierno. Agnes, al leer la carta que le mostraba Margo, se echó a llorar.

—Bueno, hay más peces en el mar —dijo Margo.

En compañía de Queenie, que se había despedido de la gira a causa de un altercado con el regidor, volvió a visitar las oficinas de reparto en busca de algún trabajo. Las contrataron para un espectáculo que, tras cuatro semanas de ensayos, fracasó estrepitosamente la noche del estreno. Luego consiguieron emplearse en el espectáculo de revista de Greenwich Village Follies. El director brindó a Margo la oportunidad de hacer el número cubano; lo tenía ya todo preparado —hasta un vestido confeccionado especialmente para ella— cuando, en el ensayo general, decidieron que el espectáculo era demasiado largo y suprimieron su número cubano.

Margo se habría sentido morir si después del día de Acción de Gracias no hubiera aparecido Tad para invitarla a salir todos los sábados por la noche. Tad hablaba largo y tendido del crucero del que iban a disfrutar durante sus vacaciones de mediados de invierno (dependía todo —según dijo— de la fecha de los exámenes).

Después de Navidades, Margo se encontró de nuevo sin trabajo. Frank había enfermado del riñón, y Margo, en la obligación de cuidar de él y de hacer las

tareas de la casa, pues Agnes muchas veces no llegaba del trabajo hasta pasadas las diez o las once de la noche, deseaba con todas sus fuerzas salir de aquel sofocante apartamento. Frank, postrado en cama y con el semblante arrugado y amarillo y malhumorado, precisaba de atención constantemente. Agnes nunca se quejaba, pero Margo estaba tan harta de andar perdiendo el tiempo en Nueva York que firmó un contrato de animadora en un cabaret de Miami, pese a las airadas protestas de Agnes y Queenie, convencidas de que con ello arruinaría su carrera.

Margo no había zanjado aún la controversia con el agente artístico en torno a quién habría de pagar el viaje al Sur cuando una mañana de febrero Agnes entró en su habitación. En cuanto despertó, Margo pudo ver en la radiante cara de Agnes que se trataba de algo realmente importante: Tad la esperaba al teléfono. Acababa de pasar una bronquitis —le explicó—, y se iba a tomar un mes de vacaciones en las Antillas en el yate de su padre. Hasta la llegada del tutor que habría de darle clases durante su ausencia de la universidad, podía invitar a quien quisiera a un crucero de corta duración. El yate estaba ahora anclado en Jacksonville. ¿Quería Margo venir acompañada de alguna amiga? De una amiga no demasiado bulliciosa. Al principio había pensado en Agnes —explicó—, pero al no ser ello posible por la enfermedad del señor Mandeville, ¿se le ocurría alguien a quien invitar? Margo estaba tan emocionada que sólo a duras penas podía respirar.

—Tad, es maravilloso —dijo—. Precisamente tenía planeado viajar al Sur esta semana. Es como si leyeras el pensamiento.

Margo decidió que quien la acompañara fuera Queenie Riggs. Su amiga aceptó encantada, aunque dijo que nunca en su vida había embarcado en un yate y que temía que no fuera a comportarse del modo más correcto.

—Bueno, de niña me he pasado mucho tiempo en botes de remos —dijo Margo—. Esto tiene que ser muy parecido.

Cuando se apearon del taxi en la estación Pensilvania, Tad y un muchacho menudo, enjuto y de pelo lacio y brillante las estaban esperando. Los cuatro se mostraron muy excitados, y Tad y su amigo despedían al hablar un fuerte tufo a ginebra.

—Vosotras, chicas, comprad vuestros billetes —dijo Tad, cogiendo a Margo por el brazo y metiéndole unos dólares en el bolsillo del abrigo de piel—. Las reservas están a vuestro nombre. Tendréis vuestro compartimento, y nosotros el nuestro.

—Un par de sabihondos —le susurró Queenie a Margo al oído mientras hacían cola ante el despacho de billetes.

El amigo de Tad se llamaba Dick Rogers. Margo advirtió inmediatamente que Queenie le había parecido demasiado vieja y poco refinada. Reparó con disgusto, asimismo, en el aspecto de su equipaje: las bolsas de ellas parecían horriblemente baratas al lado de las maletas de piel de cerdo de Tad y de su amigo. Cuando el tren salió de la estación, se sintió muy contrariada: «lo que estoy haciendo es, más que nada —pensó—, meter la pata». Queenie, echando la cabeza hacia atrás en el asiento y exhibiendo su diente de oro, gritaba y lanzaba alaridos como si estuviera en una fiesta campestre.

Una vez los cuatro en el compartimento de ellas, con la pequeña mesa en medio para poder tomar unos tragos de ginebra, todos empezaron a sentirse más relajados. Cuando el tren salió del túnel y las luces comenzaron a pasar veloces y centelleantes en la oscuridad del exterior, Queenie bajó la cortina de la ventanilla.

—Caramba, ahora sí que está íntimo esto —dijo.

—Bueno, lo que me preocupa en primer lugar —dijo Tad— es cómo me las voy a arreglar para subiros a bordo. A papá no le importará si piensa que os he conocido en Jacksonville, pero si se entera de que os hemos traído desde Nueva York me va a armar un escándalo de todos los demonios.

—Creo que en Jacksonville nos espera una carabina de mucho cuidado —dijo Rogers—. Es una maravilla de mujer: ciega y sorda y no habla inglés.

—Me habría gustado que hubiera venido Agnes —dijo Tad—. Es la madrastra de Margo... Una persona estupenda.

—Bueno, chicas —dijo el joven Rogers, empinando ruidosamente la botella de ginebra—, ¿cuándo empezamos a meternos mano?

Después de cenar en el coche restaurante, volvieron tambaleándose al compartimento. Siguieron bebiendo ginebra y el joven Rogers sugirió jugar al strip póquer, pero Margo se negó.

—Oh, sé buena chica —dijo entre risitas Queenie, que estaba ya bastante ebria.

Margo se puso el abrigo de piel.

—Quiero que Tad se acueste temprano —dijo—. Acaba de dejar la cama.

Agarró a Tad de la mano y salieron al pasillo.

—Venga —dijo—, dejémosles solos un rato... Lo malo de vosotros, los universitarios, es que en cuanto os encontráis con una chica poco convencional pensáis que es presa fácil.

—Oh, Margo... —dijo Tad, abrazándola al salir al aire frío y estridente del vagón descubierto—. Eres magnífica.

Aquella noche, cuando ella y Queenie se habían ya desvestido, el joven Rogers entró en bata y dijo que había alguien en el otro compartimento que preguntaba por Margo.

Margo durmió en el compartimento de Tad, aunque no le permitió que se metiera con ella en la litera.

—Sinceramente, Tad, me gustas mucho —dijo, asomando la cabeza por encima de las mantas de la litera de arriba—, pero ya sabes... Si una chica trabajadora no se protege a sí misma, el cielo tampoco la protegerá... En mi familia, además, solemos casarnos antes de hacer el amor, y no después.

En la litera de abajo, Tad, con la cara vuelta contra la pared, lanzó un suspiro.

—Sí, diantre... Ya he estado pensando acerca de eso.

Margo apagó la luz.

—Oye, Tad, ¿pero es que no vas a darme siquiera el beso de suenas noches?

En la mitad de la noche llamaron a la puerta. El joven Logers entró con aire consumido.

—Es hora de cambiar —dijo—. Tengo miedo de que nos pille d revisor.

—El revisor tendrá que ocuparse de sus malditos asuntos —rezongó Tad, pero ya Margo se había deslizado fuera de su itera y había vuelto a su compartimento.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban en el coche restaurante, Margo bromeó constantemente acerca de los círculos oscuros que sus dos amigos exhibían bajo los ojos. El joven Logers pidió un plato de ostras; las risitas de sus compañeras prosiguieron con obstinación. Antes de llegar a Jacksonville, Tad llevó de nuevo a Margo al coche panorámico descubierto y le preguntó por qué diablos no se casaban de una vez: era blanco, libre y tenía veintiún años... ¿Existía, pues, alguna razón para no hacerlo? Margo empezó a llorar y a sonreírle a través de las lágrimas y a decirle que sospechaba que existían miles de razones que hacían inviable su posible matrimonio.

—Qué diablos —dijo Tad cuando se apearon del tren en la estación inundada por el sol—. De todas formas, vamos a comprarnos un anillo de compromiso.

Lo primero que hicieron camino del hotel fue hacer que el taxi se detuviera en una joyería, donde Tad le compró a Margo un solitario montado en platino, que pagó con un talón.

—Cielos, su padre debe de ser millonario —le susurró Queenie a Margo en el oído con el tono reverente de un feligrés en una iglesia.

Después de la joyería, los chicos las llevaron en taxi al Mayflower Hotel; allí las alojaron en una habitación donde pudieran asearse y aguardar a que vinieran a buscarlas. Margo y Queenie tomaron un baño caliente, lavaron su ropa interior y extendieron sus vestidos sobre la cama.

—Si quieres saber mi opinión —dijo Queenie mientras ayudaba a su amiga a lavarse la cabeza—, te diré que esos dos caballeretes tan rumbosos empiezan a estar muertos de miedo... Toda mi vida he deseado hacer un crucero en yate,

pero me parece que no vamos a llegar ni a la vuelta de la esquina... Oh, Margo, espero no haber sido yo quien lo ha estropeado todo...

—Tad hará lo que yo le diga —aseguró Margo, irritada.

—Ya veremos —dijo Queenie—. Pero míranos: aquí estamos discutiendo en lugar de divertirnos... ¿No es ésta la habitación más formidable del hotel más formidable de Jacksonville, en el estado de Florida?

Margo no pudo evitar una carcajada.

—Bien, ¿y de quién es la culpa de que estemos discutiendo?

—Está bien —dijo Queenie, saliendo malhumorada del baño inundado de vapor y de aroma de champú donde se estaban lavando la cabeza y cerrando la puerta de un portazo—. Quédate con la última palabra.

A la una, los chicos vinieron a buscarlas, e hicieron que prepararan su equipaje y pagaran el hotel. Luego fueron hasta el muelle en un Lincoln que Tad había alquilado. Era un día hermoso y soleado. El Antoinette estaba anclado en el río St. Johns, y tuvieron que tomar una motora para llegar hasta él.

El marinero de la lancha, un joven bien parecido y vestido todo de blanco, se tocó la gorra en señal de saludo y ayudó a las chicas a montar en ella. Margo, al apoyarse en su brazo, pudo sentir los fuertes músculos bajo la manga de dril blanco y vio cómo el sol reverberaba sobre el vello dorado de sus manos morenas. Sentada en la blanda almohadilla azul marino, alzó la vista hacia Tad, que tendía el equipaje al marinero. Tad estaba pálido por su reciente enfermedad; su complexión era robusta, y su cara ancha tenía una graciosa expresión sencilla y campechana. A Margo le entraron ganas de abrazarlo.

Tad se puso al timón y la motora surcó el agua tan veloz que las chicas, sin aliento, temieron que la fuerte espuma echara a perder sus recién estrenados vestidos deportivos.

—Oh, qué maravilla —suspiraron ambas al ver el Antoinette, blanco y enorme, con camareta alta de caoba y ancha chimenea amarilla.

—No sabía que fuera un yate de vapor —exclamó Queenie con voz cantarina—. Dios mío, con esto se puede cruzar el océano.

—Es un diesel —dijo Tad.

—¿Y nosotros no? —preguntó Margo.

Tad iba tan rápido que la lancha chocó contra la pequeña pasarela de caoba tendida para que subieran a bordo, la cual crujió y rechinó unos instantes como si fuera a quebrarse, pero los marineros del yate lograron sujetarla.

—Para ya, Tritón —gritó entre risitas el joven Rogers.

—Maldita sea —dijo Tad, que al subir al yate parecía muy dolido por el incidente.

Las chicas se sentían encantadas de estar a bordo del hermoso yate y de haber dejado la pequeña y agitada lancha motora que había amenazado con echar a perder sus vestidos deportivos.

En el yate, al mando de apuestos oficiales con blancos uniformes, vieron una mesa servida para el almuerzo bajo un toldo de cubierta, y a un mayordomo filipino en pie junto a ella, con una bandeja de cócteles y pequeños emparedados de formas caprichosas. Los chicos dijeron que estaban muertos de hambre, e inmediatamente se sentaron todos a la mesa. Comieron langosta de Florida a la parrilla con salsa rosada y pollo frío y ensalada, y bebieron champán. Margo no se había sentido tan feliz en toda su vida.

Mientras comían, el yate inició la marcha lentamente río abajo, dejando atrás los desvencijados muelles y los viejos y mugrientos barcos de vapor, y entraron en los tramos anchos y cobrizos del río, salpicado de verdes retazos flotantes de jacintos acuáticos. De la maraña de árboles que ocultaban las orillas, llegaba con el viento un extraño olor húmedo y pantanoso. Una pequeña bandada de grandes pájaros blancos de largo cuello cruzó el cielo, y Tad dijo que eran garcetas.

—Apuesto a que son pájaros costosos —dijo Queenie.

—Están protegidos por el gobierno federal —explicó el joven Rogers.

Con el café tomaron brandy en pequeños vasos, y cuando se levantaron de la mesa estaban todos bastante achispados. Margo había decidido que Tad era el tipo más estupendo que había conocido en su vida, y que, pasara lo que pasara, no volvería a mantenerlo a raya.

Después del almuerzo, Tad les enseñó el barco. El comedor era maravilloso, con paredes de espejos enmarcados en blanco y oro, y los camarotes eran íntimos y confortables. El de las chicas estaba decorado como un saloncito a la antigua. Mientras almorzaban, todas sus cosas habían sido ordenadas y colgadas en los armarios.

Queenie y el joven Rogers desaparecieron en algún momento de su recorrido por el barco, y para cuando se quiso darse cuenta Margo se encontró a solas con Tad en un camarote, contemplando una fotografía del velero con el cual el padre de Tad había ganado la regata de las Bermudas. Mientras miraba la fotografía, Margo sintió que la mejilla de Tad rozaba la suya: instantes después se estaban besando.

—Ah, eres genial —dijo Tad—. Yo en esto soy un torpe... Falta de experiencia, ya sabes.

Margo se apretó contra él.

—Apuesto a que tienes mucha —contestó. Tad, con su mano libre, echaba el pestillo a la puerta—. ¿Harás lo que dice el anillo, Tad?

Luego, cuando subieron a cubierta, Tad empezó a actuar de un modo extraño: no la miraba a los ojos y hablaba siempre con el joven Rogers. Queenie estaba sofocada y descompuesta, como si hubiera pasado por una máquina de escurrir, y se tambaleaba al andar. Margo la hizo arreglarse un poco y peinarse. En aquel instante deseaba vivamente no haber traído a Queenie. Ella, sin embargo, estaba fresca como una rosa, según dictaminó al mirarse en el gran espejo del salón de la cubierta superior.

El yate se había parado. La cara de Tad, cuando volvió después de hablar con el capitán, parecía una nube tormentosa.

—Tenemos que regresar a Jacksonville; se ha quemado un cojinete de la bomba de aceite —dijo—. ¡Vaya panorama!

—Estupendo —aprobó el joven Rogers—. Así podremos echar una ojeada a la vida nocturna local.

—Lo que yo quiero saber, chicos —dijo Queenie—, es dónde está esa carabina de la que hablasteis.

—¡Cielos! —exclamó Tad—. Nos hemos olvidado por completo de la señora Vinton... Apuesto a que ha estado esperando en el muelle todo el día.

—Demasiado tarde ya para los herbicidas —dijo Margo, y rieron todos salvo Tad, que parecía sumamente disgustado.

Cuando llegaron a Jacksonville había anochecido. Antes de desembarcar hubieron de hacer de nuevo el equipaje. Mientras se cambiaban de ropa, Queenie había estado diciendo un sinfín de estupideces:

—Oye bien lo que te digo, Margo: ese chico quiere casarse contigo.

—Mejor que no hablemos de eso —dijo Margo repetidas veces.

—Le tratas como si el chico fuera una basura.

Margo oyó su propia voz malévola y quejumbrosa.

—¿Y a ti qué te importa?

Queenie enrojeció y siguió haciendo su equipaje. Margo vio que estaba dolida.

Cenaron los cuatro de mal humor en el hotel. Después de la cena, el joven Rogers hizo que fueran a un bar clandestino que había descubierto. Margo no tenía ganas de ir, y dijo que tenía dolor de cabeza, pero los demás insistieron diciéndole que fuera buena chica, y finalmente accedió. Era un tugurio de baja estofa, con manteles de hule en las mesas y serrín en el suelo. Había algunos extranjeros: latinos o cubanos o inmigrantes de otras latitudes, acodados en la barra de un apartado contiguo. Queenie dijo que en su opinión aquél no era el tipo de sitio en donde convendría que vieran a una niña de mamá.

—¿Quién diablos puede vernos? —exclamó Tad, malhumorado aún.

—¿No pretendemos ver la vida? —dijo Rogers, tratando de animar a todo el mundo.

Entonces Margo perdió noción de la conversación. Miraba a través de la puerta, fijamente, el interior del apartado anexo: uno de los extranjeros de la barra era Tony. Parecía más viejo y tenía la cara como hinchada, pero no había duda de que era Tony. Su aspecto era deplorable. Llevaba un arrugado traje blanco, con las vueltas del pantalón deshilachadas, y al hablar movía las caderas con un contoneo de mujer. Lo primero que se le ocurrió pensar a Margo fue cómo diablos le había podido gustar alguna vez aquel marica. Por el rabillo del ojo podía ver el semblante ceñudo de Tad, su bonito pelo suave y desordenado, y el aire fresco, de universitario, con que sabía llevar la ropa. Tenía que actuar con rapidez. Abría ya la boca para decir que, sinceramente, tenía que volver al hotel inmediatamente cuando su mirada se cruzó con los grandes y negros ojos de pestañas oscuras de Tony. Lo vio venir hacia la mesa con su andar remilgado, extendiendo ambas manos.

—Querida mía... ¿Cómo tú aquí?

Margo lo presentó como Antonio de Garrido, su pareja en un número de danza cubana en la cadena Keith, pero él echó por tierra inmediatamente el engaño llamándola «mi querida esposa». Margo advirtió el respingo de Tad al oír aquello. Luego vio cómo de pronto empezaba a mostrar grandes deferencias con Tony y a pedir para él copa tras copa. Y cómo intercambiaba con Rogers susurros y risitas acerca de algo que no pudo captar. Luego Tad invitó a Tony a unirse a ellos en el crucero.

Margo advirtió que Tad simulaba una borrachera mayor de la que realmente tenía. El que él y Rogers se levantaran de la mesa para irse no le causó ninguna sorpresa. Tad tenía la cara roja como una remolacha.

—Tenemos que ir a ver al capitán y enterarnos de qué pasa con esa avería —dijo—. A lo mejor al señor de Garrido no le importa acompañaros al hotel... Bien, espero que os portéis como es debido.

—Os veré mañana por la mañana, preciosas —apostilló el joven Rogers.

En cuanto se hubieron ido, Margo se puso en pie.

—Bueno, no vamos a quedarnos en este antro... Has metido bien la pata, Tony.

A Tony se le saltaron entonces las lágrimas.

—Me ha ido todo muy mal —dijo—. Pensé que quizá mi pequeña Margo recordara..., sabes que en un tiempo nos quisimos mucho. Don Manfredo, mi protector, ¿recuerdas?, tuvo que marcharse de La Habana de repente. Yo esperaba que me llevara a París, pero me trajo a Miami. Ya no somos amigos. Hemos tenido muy mala suerte en la ruleta... Ahora sólo le queda dinero para él.

—¿Por qué no buscas un empleo?

—¿Con estas ropas...? Me da vergüenza presentarme así, con esta cara... A lo mejor tus amigos...

—A ellos déjalos en paz, ¿has oído? —estalló Margo.

Queenie empezó a gimotear:

—Deberías haber comprado billetes de vuelta a Nueva York. Acuérdate de eso la próxima vez: no se debe dejar el refugio sin billete de vuelta.

Tony las acompañó al hotel en taxi, e insistió en pagar la carrera. En el momento de la despedida, armó una escena patética:

—Pequeña Margo, si no vuelves a verme recuerda que te amé... Voy a matarme.

Mientras subían en el ascensor, vieron que seguía inmóvil en la acera.

Por la mañana las despertó un botones con un sobre en una bandeja de plata. Era una carta de Tad para Margo. Su letra era una sucesión de horribles garabatos, los cuales se limitaban a explicar que el crucero había sido cancelado, pues el tutor había llegado ya y tenían que salir para Palm Beach a recoger a papá. En el sobre se incluían cinco billetes de veinte dólares.

—Oh, qué bien, qué bien —gritó Queenie, incorporándose en la cama en cuanto los vio—. Habríamos tenido que andar mucho hasta llegar a casa... Oye, de verdad, ese chico es un príncipe.

—Un maldito paleto —dijo Margo—. Toma: cincuenta para ti y cincuenta para mí... Es una suerte que me espere ese contrato en Miami.

Le resultó un alivio que Queenie dijera que iba a tomar el primer tren de vuelta al pequeño y viejo Nueva York. Margo no quería volver a ver al trío de los últimos días en su vida.

No habían terminado aún de hacer el equipaje cuando apareció Tony en la puerta. Parecía enfermo de verdad. Margo, nerviosa en extremo, no pudo evitar gritarle:

—¿Quién diablos te ha dejado entrar?

Tony se dejó caer en una silla y echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. Queenie cerró su bolsa de viaje y se acercó hasta él para mirarle.

—Eh, el hombre parece medio muerto de hambre. Será mejor que me dejes pedir café o algo... ¿Fue realmente tu marido, como dijo?

Margo asintió.

—Bueno, pues debes hacer algo. Pobre muchacho, tiene pinta de estar sin un céntimo.

—Creo que tienes razón —dijo Margo, mirando a ambos con ojos secos y ardientes.

Aquel día no salió para Miami; Tony, enfermo, vomitaba cuanto comía. Averiguaron que no había comido en una semana, y que había estado bebiendo sin descanso.

—Apuesto a que se droga —le susurró al oído Queenie a Margo.

Ambos lloraron cuando llegó el momento de que Queenie se fuera a la estación.

—Tengo que darte las gracias por estos días maravillosos —le dijo al despedirse.

Cuando Queenie se fue, Margo acostó a Tony. En recepción pusieron objeciones, pero ella dijo que era su esposo. Le exigieron que se registraran ambos, ahora como matrimonio, y Margo experimentó una horrible sensación al escribir «señor y señora de Garrido». Una vez escrita, sin embargo, la frase no tenía tan mal aspecto.

Transcurrieron tres días antes de que Tony pudiera levantarse. El médico a quien había avisado Margo recetó al enfermo bromuro y leche caliente. La habitación costaba al día siete dólares y medio, lo cual, unido a las comidas que subían al cuarto y a la factura del médico y a las medicinas, supuso al cabo de los días mucho dinero. Margo llegó a temer incluso verse obligada a empeñar el anillo que Tad le había regalado.

El volver a vivir con Tony le producía la sensación de estar representando un papel en una obra dramática. Después de todo, le tenía cierto aprecio, pero aquello no era ciertamente lo que tenía planeado. En cuanto empezó a mejorar, Tony se puso a hablar con gran convicción del número magnífico que podrían interpretar juntos. Tal vez hasta lo aceptaran en el cabaret de Miami que la había contratado. Y Tony, al fin y al cabo, era un chico tan afable...

El problema, empero, residía en que cada vez que Margo salía para rizarse el pelo o para cualquier otra cosa, al volver se encontraba invariablemente en la habitación a un botones de aspecto grasiento y de pelo negro, un tanto afeminado, en compañía de Tony. Cuando preguntaba qué era lo que sucedía, Tony reía y se limitaba a decir:

—No pasa nada. Charlamos en español, eso es todo. Ha sido muy atento conmigo.

—Ya, ya —decía Margo.

Se sentía tan asqueada y miserable que todo le daba igual.

Una mañana, al despertar, vio que Tony se había ido. El fajo de billetes que guardaba en el bolso había desaparecido, lo mismo que sus joyas.

Afortunadamente, conservaba en el dedo el solitario. Llamó a recepción y preguntó si su marido había pagado la cuenta, pero le dijeron que lo único que había dejado encargado era que despertaran a su esposa a las doce. Nadie le había visto salir del hotel. También el botones había desaparecido.

Ahora tenía tan sólo su abrigo de piel y quince centavos. No preguntó por la cuenta, pero sabía que debía ascender a unos cincuenta o sesenta dólares. Se vistió con aire pensativo, cuidadosamente, y decidió salir a tomar un café, único desayuno que con el dinero que le quedaba podía permitirse.

Hacía un día primaveral. El sol brillaba sobre las hileras de coches aparcados. Calles, tiendas y puestos de periódicos aparecían frescos y soleados, y Margo se paseó de un lado a otro por la calle principal de Jacksonville, con una sensación de vacío en la boca del estómago. Miró los escaparates de las Camiserías y de las joyerías y de las casas de empeños, y leyó detenidamente las listas de las películas que exhibirían próximamente en los cinematógrafos. Se encontró de pronto frente a una estación de autobuses. Leyó las tarifas y horarios de los que a partir de aquella hora saldrían para Miami y Nueva Orleans y Tallahassee y Orlando y Tampa y Atlanta —en Georgia—. En la estación había una cafetería; entró a gastar sus últimos quince centavos. Sin la opresiva sensación de vacío en el estómago —pensó mientras se sentaba en la barra de la cafetería—, se las arreglaría para sacar más por el anillo en la casa de empeños. Pidió una taza de café y un sándwich.

Noticiario LVIII

En sueños siempre creo oír

Que me llamas suavemente

¡Valencia!

Lugar donde los naranjos prestan

Su eterno perfume a la brisa del mar

lo cual tipifica por sí mismo el gran drama del Miami de nuestros días. A la sazón, hace veinte años tan sólo, cuando el emplazamiento del Bay of Biscayne Bank no era sino el patio de enganche de caballerías de una granja y el del First National Bank un prado donde se organizaban asados campestres, el terreno donde se alza este hotel ultramoderno era un bosque aislado y virgen. Mi padre y yo plantábamos pequeñas huertas en los alrededores y yo vendía verduras en un puesto frente al hotel Royal Palm, un magnífico hotel que marcaba entonces la frontera entre lo urbano y lo rústico. Y hace sólo ocho años yo cultivaba tomates

¡Valencia!

EL JEFE DE LOS ATRACADORES ERA UNA MUJER

Río que discurres perezosamente

Hacia las tierras del sur

Por las que yo suspiro

LAS VÍCTIMAS DEL RADIO HUMEDECÍAN

LOS PINCELES CON LA BOCA

esta península ha sido siempre blanca, aunque ha habido algunas temporadas en que West Florida ha sido descrita como clara tan sólo

LAS CHICAS EVANGELISTAS AGUARDAN

A CRISTO EN NUEVA YORK

Cuando el rojo pelirrojo

Revolotea revolotea arriba y abajo

Deseamos que Usted Utilice Nuestro Sistema de Crédito para su Máximo Provecho. Sólo habrá de Pagar una Pequeña Suma al Contado, y el Resto en Pequeñas Cantidades Según su Propia Conveniencia.

No habrá más llanto

Cuando él empiece a vibrar

INSTA A QUE LAS HUELGAS SEAN CALIFICADAS

DE DELITOS GRAVES

Cuando él empiece a vibrar

Con su canto dulce y viejo

Cuando el rojo petirrojo

en la mañana luminosa y temprana no daba muestras de fatiga o indicio alguno de que acabara de concluir un largo viaje. No se apreciaba ni una arruga en su hermoso traje de tejido sedoso, cuya trama y textura y color eran tan apropiados para los días estivales del trópico. Su corbata, con su alfiler ornado de pedrería, y su anillo constituían detalles perfectamente acordes con su inmaculado atuendo. Aunque pequeño de estatura y de modales sencillos, dispuso la inversión de veinte millones de dólares en negocios de construcción con la misma naturalidad y falta de ostentación con que un pasajero entrega cinco centavos al cobrador del tranvía.

De acampada en Kitty Hawk

El diecisiete de diciembre de 1903, el obispo Wright, de los Hermanos Unidos, en un tiempo director del Religious Telescope, recibió en su casa de madera de Hawthor Street, en Dayton (Ohio), un telegrama de sus hijos Wilbur y Orville, a quienes se les había metido en la cabeza pasar las vacaciones en un pequeño campamento levantado sobre las dunas de la costa de Carolina del Norte, en el que le relataban ciertas experiencias en relación con un planeador que ellos mismos habían armado en casa para entretenerse. El telegrama decía así:

ÉXITO CUATRO VUELOS JUEVES MAÑANA CONTRA VIENTO DE VEINTIUNA MILLAS DESPEGUE SUELO SÓLO CON MOTOR VELOCIDAD MEDIA EN VUELO TREINTA Y UNA MILLAS VUELO MAYOR DURACIÓN CINCUENTA Y SIETE SEGUNDOS INFORMA PRENSA VOLVEREMOS NAVIDAD

En las cifras había ciertos errores, pues el operador de telégrafos leyó mal el texto garabateado a lápiz y apresuradamente por Orville,

pero el hecho incuestionable

era que un par de jóvenes mecánicos de bicicletas de Dayton, Ohio,

habían diseñado, construido y hecho volar

el primer aeroplano de la historia.

Después de hacer funcionar el motor unos minutos a fin de calentarlo, solté el alambre que sujetaba el aparato a la pista y éste inició la marcha contra el viento. Wilbur corría al lado del aparato sosteniendo una de las alas para que mantuviera la estabilidad sobre la pista. Contrariamente al día catorce, en que el despegue se hizo en tiempo calmo, el aparato debió afrontar un viento de veintisiete millas y su marcha fue muy lenta... Wilbur pudo acompañarlo hasta el despegue, que tuvo lugar después de una carrera de cuarenta pies sobre la pista. Uno de los hombres del servicio de salvamento sacó una fotografía, siguiendo nuestras instrucciones, en el momento en que el aparato se había levantado unos dos pies y se hallaba ya al final de la pista... El curso de vuelo fue ascendente y descendente, e irregular en extremo, en parte debido a la inestabilidad del aire y en parte a la falta de experiencia en el manejo del aparato. Un súbito y rápido movimiento del aparato a unos ciento veinte pies del punto de despegue acabó con el vuelo... Este vuelo duró tan sólo doce segundos, pero era la primera vez en la historia del mundo en que un aparato con un hombre a bordo se alzaba del suelo por sí mismo en vuelo real, avanzaba en el aire sin reducir la velocidad y, finalmente, tomaba tierra en un punto situado al mismo nivel que el punto de partida.

Poco después, en el mismo día, el aparato fue atrapado en una ráfaga de viento, que lo hizo volcar y estrellarse, matando casi al hombre del servicio de guardacostas que trataba de sujetarlo.

Fue una pésima suerte,

pero los hermanos Wright estaban demasiado contentos para preocuparse:

habían probado que aquel maldito ingenio volaba.

Constatados definitivamente tales puntos, recogimos nuestras cosas y nos volvimos a casa, con la convicción de que la era de las máquinas voladoras había comenzado por fin.

Llegaron para Navidad a Dayton, en Ohio, donde habían nacido en la década de los setenta en el seno de una familia establecida al oeste de los Alleghenies desde 1814. En Dayton (Ohio) habían ido a la escuela primaria y luego a la secundaria y se habían unido a la iglesia de su padre y habían jugado al béisbol y a hockey y practicado con tesón en las paralelas y el trapecio gimnástico y vendido periódicos y construido una prensa de imprimir con desechos del vertedero y lanzado cometas al viento y jugado con artilugios mecánicos y recorrido el lugar haciendo pequeños trabajos para ganarse honradamente unos centavos.

La gente de Dayton sostenía que fue el hecho de que el obispo llevara un día a casa un helicóptero, un juguete mecánico de cincuenta centavos supuestamente capaz de mantenerse en el aire merced a dos paletas accionadas por gomas elásticas, lo que despertó en los chicos la obsesiva idea de volar, de forma que, en lugar de casarse como sus compañeros, se quedaban en casa todo el día ensimismados en sus cosas y ganándose la vida con trabajos de imprenta y reparación de bicicletas,

y quedándose hasta altas horas de la noche leyendo libros de aerodinámica.

Eran, con todo, piadosos feligreses; su negocio de reparación de bicicletas marchaba viento en popa; la gente podía confiar en su palabra. Y gozaban de una merecida popularidad en Dayton.

Las máquinas voladoras, en aquellos días, eran el hazmerreír de los ramplones filósofos de cantina. Las tentativas infructuosas de Langley y Chanute habían sido jaleadas con un «ya os lo dije» burlón de costa a costa. El gran problema de los Wright estribaba, pues, en el hallazgo de un lugar lo suficientemente aislado para poder llevar adelante sus experimentos sin suscitar la risa burlona de los lugareños. En aquel tiempo, además, no disponían de dinero;

eran mecánicos empíricos; cuando necesitaban algo, lo construían ellos mismos.

Y al fin dieron con Kitty Hawk,

con las grandes dunas y bancos arenosos que se extienden al sur en dirección a Hatteras, sobre la orilla de Albemarle Sound,

un vasto trecho de playas,

desierto a excepción del puesto de guardacostas, de algunas cabañas de pescadores, de los enjambres de mosquitos y de las niguas y garrapatas de las hierbas salvajes que crecían tras las dunas,

y de las gaviotas, arriba, y de las golondrinas de mar con su veloz vuelo en picado, y de los pigargos y las grullas que aleteaban al anochecer en las marismas, y de las ocasionales águilas

cuyo alto vuelo seguían con la mirada los hermanos Wright,

como siglos antes hiciera Leonardo,

aguzando los ojos para aprehender

las leyes del vuelo.

A seis kilómetros de blanda playa de las escasas cabañas de pescadores, los Wright levantaron un campamento y un cobertizo para sus planeadores. Era mucha distancia para recorrer cargando las provisiones, las herramientas y todo lo que pudieran necesitar; el estío era ardiente; los mosquitos, agobiantes;

pero allí estaban solos,

y no imaginaban lugar más mullido sobre el que caer que la blanda arena.

Y allí, con un planeador de dos planos y una cola sobre el que se echaban boca abajo y al que controlaban, a fin de evitar el ladeamiento de los planos, mediante movimientos oscilantes de caderas; despegando una y otra vez durante todo el día desde una gran duna llamada Kill Devil Hill, aprendieron a volar.

Una vez que lograron planear unos segundos y de cuando en cuando elevarse ligeramente merced a una corriente de aire,

decidieron que había llegado el momento de poner un motor a su biplano.

De vuelta en su taller de Dayton, construyeron un túnel aerodinámico —su primera gran contribución a la ciencia de la aviación— y experimentaron en él sus prototipos.

No lograron interesar a ningún fabricante de motores de gasolina, y tuvieron que construirse su propio motor. Funcionaba.

Desde aquellas Navidades de 1903, los Wright no volvieron a trabajar por mera afición o entretenimiento. Dejaron el negocio de bicicletas, consiguieron el permiso de uso de una pradera donde pastaban las vacas, propiedad del banquero local, para sus prácticas de vuelo y emplearon el tiempo que les dejaba libre su máquina en tareas de promoción, batallando en torno a patentes, infracciones legales y espionaje industrial, esforzándose por interesar a los funcionarios del gobierno y por penetrar el sentido de las observaciones suaves, intrincadas y descorazonadoras de los abobados.

Y al cabo de dos años disponían de un aeroplano capaz de cubrir cuarenta kilómetros sin interrupción en torno a la pradera de las vacas.

Los pasajeros del transporte interurbano solían asomar la cabeza por las ventanillas al pasar por el límite de la pradera de pruebas, sobresaltados ante el estrepitoso pof-pof del viejo motor de los Wright y la contemplación de un blanco biplano parecido a un par de tablas de planchar superpuestas, que resoplaba en el aire a unos buenos veinte metros de altitud. Las vacas, sin embargo, se habituaron pronto al espectáculo.

Cuando los vuelos ganaron en duración, los Wright encontraron patrocinadores financieros, se vieron envueltos en pleitos legales, pasaban las noches en vela oyendo el zumbido de hipotéticos millones... Peor, sin duda, que el zumbido de los mosquitos en Kitty Hawk.

En 1907 fueron a París,

accedieron a vestirse de etiqueta y a usar sombrero de copa, aprendieron a dar propina a los camareros, conversaron con expertos del gobierno, se acostumbraron a los galones dorados y a los aplazamientos y a las perillas y a las profusas palmadas de los políticos. Y, por divertirse,

jugaron al diábolo en los jardines de las Tullerías. Realizaron vuelos ampliamente divulgados por la prensa en Fort Myers, donde tuvieron su primer accidente grave —murió uno de sus colaboradores—, en San Petersburgo, París y Berlín. En Pau fue tal el furor que despertaron que el hotelero no quiso cobrarles la estancia.

El rey Alfonso de España les estrechó la mano y se hizo fotografiar sentado en el aparato:

El rey Eduardo de Inglaterra presenció un vuelo y el príncipe heredero insistió en volar al lado de ellos. La lluvia de medallas había comenzado.

Fueron felicitados por el zar

y por el rey de Italia y por los amantes de los deportistas y por los trepadores sociales y por los títulos de la nobleza vaticana,

y condecorados por una sociedad para la paz universal.

La aeronáutica se convirtió en el deporte de moda.

Los Wright, sin embargo, no parecían excesivamente impresionados por las decoraciones ostentosas ni los galones ni las doradas medallas ni los desfiles de caballos lujosamente ataviados;

seguían siendo unos mecánicos que insistían en hacer ellos mismos el trabajo, y que llegaban incluso a llenar ellos mismos el tanque de la gasolina.

En 1911 volvieron a las dunas

de Kitty Hawk con un nuevo planeador.

Orville se mantuvo en el aire nueve minutos y medio, hazaña que durante mucho tiempo constituiría todo un récord en vuelo sin motor.

El mismo año, Wilbur murió en Dayton de fiebre tifoidea.

Así, en la rápida sucesión de nuevos nombres: Farman, Blériot, Curtiss, Ferber, Esnault—Peltrie, Delagrange;

en el mortífero zumbido de las bombas y el martilleo gimiente de la metralla y el brusco tableteo de las ametralladoras una vez que dejamos de oír los motores sobre nuestras cabezas,

y nos pegamos contra el barro

y nos empequeñecimos agachándonos en las esquinas de muros derruidos,

los Wright fueron desplazados de los titulares de los periódicos,

pero ni los titulares de los periódicos ni el acre tizne del papel impreso ni la asfixia de las cortinas de humo o de gas ni la cháchara de los agentes en la bolsa ni el ladrido de los millones ilusorios ni la oratoria de los oficiales de Estado Mayor al depositar coronas de flores al pie de nuevos monumentos

podrán enturbiar la memoria

de un frío día de diciembre

en que dos trémulos mecánicos de bicicletas de Dayton (Ohio)

vieron por vez primera cómo su artilugio casero,

fabricado con maderos de nogal

unidos con pegamento Arnstein para bicicletas

y tensados con muselina cosida con la máquina de coser de su hermana en el patio de su casa de Hawthorn Street, en Dayton (Ohio),

se remontaba en el aire,

por encima de las dunas y de la ancha playa

de Kitty Hawk.

Noticiario LIX

el viajero que llega por primera vez a Detroit, en caso de estar interesado en el atareado lado económico de la vida moderna, encontrará una maravillosa colmena industrial. Si es amante de la naturaleza, reparará en un escenario ya eternamente célebre merced a las aguas de ese noble pasaje acuático que ha dado nombre a la ciudad. Si es estudioso de la fabulación y la historia, descubrirá leyendas y crónicas tan amenas e instructivas como las mejores que el continente pueda suministrar

Tengo nostalgia de Omaha mi ciudad

Deseo volver allí para quedarme

DETROIT VA A LA CABEZA DE LA FABRICACIÓN MUNDIAL

DE AUTOMÓVILES

Quiero ver a papá

Quiero ver a mamá

Quiero volver a la vieja y querida Omaha

DETROIT ES LÍDER

EN PRODUCTOS FARMACÉUTICOS,

ESTUFAS,

COCINAS,

HORNOS,

MÁQUINAS CALCULADORAS,

PINTURAS Y BARNICES,

MOTORES MARÍTIMOS,

MONOS DE TRABAJO,

SOSA Y PRODUCTOS DE LA SAL,

CALZADO DEPORTIVO,

TALADROS,

VITRINAS,

CORSÉS,

LINTERNAS DE GASOLINA,

CAMIONES

Señor de la radio, ¿no hará usted lo que puede hacer por mí Sabiendo que estoy tan solo?

Dígale a mamá que vuelva a casa Señor de la radio

DETROIT LA DINÁMICA OCUPA UN PUESTO DESTACADO

EN FUNDICIÓN Y MÁQUINAS HERRAMIENTAS

EN LATÓN Y PRODUCTOS DE LATÓN,

EN TABACO Y CIGARROS PUROS,

EN MOLDES DE ALUMINIO,

EN HIERRO Y ACERO,

EN APARATOS DE LUBRICACIÓN,

EN HIERRO MALEABLE,

EN ARMAZONES DE METAL

De vuelta en la tierra que me dio la vida El lugar más grande del verde mundo de Dios ¡California! Ésa es mi tierra

«DETROIT, LA CIUDAD DONDE

MERECE LA PENA VIVIR»

CHARLEY ANDERSON

Lo primero que oyó Charley al bajar de los controles fue la voz de Farrell que gritaba:

—Charley Anderson, el muchacho que tiene la técnica en este negocio. Bienvenido al viejo Detroit. —Y a continuación vio acercarse por la hierba verde del campo de aterrizaje su cara redonda con la boca abierta—. Ha estado movido, ¿eh?

—Hacía un frío del demonio —dijo Charley—. ¿A esto le llaman un campo de aterrizaje?

—Estamos poniendo verde a la Cámara de Comercio sobre ese particular. Usted también podría echarles un rapapolvo, ¿qué le parece?

—He estado girando como una peonza en ese lodazal —dijo Charley—. Dios, salí de allí con tanta prisa que no me he traído siquiera un cepillo de dientes.

Charley se quitó los guantes, grasientos a causa de una fuga de aceite que le había dado quebraderos de cabeza durante las turbulencias sobre las colinas. Le dolía la espalda. Era una suerte que lo acompañara Bill Cermak, pues podría encargarse de meter el avión en el hangar.

—Está bien, podemos irnos —dijo.

—Buen chico —bramó Farrell, y le puso una mano sobre el hombro—. Pasaremos por casa a ver si encuentro alguna ropa que le sirva.

En aquel momento se internó en el campo un taxi, y se apeó de él Taxi. El joven japonés se acercó corriendo y alcanzó el coche de Farrell. Traía la maleta de Charley.

—Espero que haya tenido un buen viaje, señor —dijo.

—Perfecto —dijo Charley—. ¿Me conseguiste el piso de que hablamos?

—Un bonito apartamento con ascensor, nada caro, frente al Museum of Municipal Art —dijo Taki, jadeante, con voz chillona.

—Bien, eso sí que es un servicio eficiente —aprobó Farrell, poniendo el pie sobre el arranque de su Lincoln tipo limusina color crema.

El motor emitió un blando zumbido.

Taki puso la maleta en el portaequipajes trasero y Charley brincó al asiento delantero junto a Farrell.

—Taki piensa que nos falta cultura —dijo riendo, y Farrell guiñó un ojo.

Resultaba reconfortante desplomarse en el asiento al lado de una persona bien vestida como Farrell, detrás del blando ronroneo del motor, permitiendo que le invadiese un ligero sopor mientras avanzaban por los anchos y rectos bulevares donde, aquí y allí, podían verse nuevas construcciones que ofrecían al pasar un olor a ladrillos nuevos y a listones de abeto crudo y a cemento fresco. De los campos y parcelas traseras de las casas llegaba, con un viento vivo en el que había ráfagas de calidez pantanosa, un aroma a primavera temprana.

——Aquí tiene nuestra pequeña choza —dijo Farrell; se desvió, enfiló la curva en declive de una calzada de acceso y pisó el freno al final de una casa alargada de piedra gris, con ventanas ojivales y estrechas y pináculos góticos, parecida a una catedral. Se apearon del coche y, tras cruzar una terraza, Charley siguió a Farrell por una avenida de macetas de boj y entraron por una puerta cristalera a una sala de billar con techo profusamente artesonado.

—Mi cuarto de juegos —dijo Farrell—Al fin y al cabo, un hombre tiene que tener un sitio donde jugar... Ahí tiene un baño donde se puede cambiar. Volveré dentro de diez minutos.

Era un gran cuarto de baño verde jade con un sofá, un sillón, una lámpara de pie y un juego de pesas simples y mazas de gimnasia en un rincón. Charley se desvistió, tomó una ducha caliente y se cambió de ropa.

Estaba poniéndose su corbata a rayas más elegante cuando oyó la voz de Farrell a través de la puerta.

—¿Todo bien?

—Perfecto —contestó Charley, saliendo ya—. Me siento como nuevo.

Farrell le miró a los ojos de un modo extraño y se echó a reír.

—Eso. *¿Por qué no?** —dijo.

[* Juego de palabras intraducible. Charley dice literalmente: Ifeel like a million dollars (Me Miento como un millón de dólares), expresión coloquial cuya traducción castellana, naturalmente, no es otra que «me siento estupendamente o a las mil maravillas o como nuevo...». La expresión inglesa, harto común y con el significado único apuntado, da lugar a la respuesta de Farrell, quien la toma literalmente y alude al dinero futuro que Charley ganará en Detroit. (N. del T.)]

La oficina estaba en un edificio de oficinas a medio construir que formaba parte de un anillo de edificios de oficinas, también a medio construir, en torno a Grand Circus Park.

—¿No le importará si pasamos primero por el departamento de publicidad, eh, Charley? —dijo Farrell—. Eddy Sawyer es un gran chico. Luego nos reuniremos todos en mi oficina e iremos a comer algo.

—Perfecto —dijo Charley.

—Oiga, Eddy, aquí tiene a su aviador —gritó Farrell, empujando a Charley a una oficina grande y clara con cortinas anaranjadas— Señor Sawyer, le presento al señor Anderson... Charley Anderson, nuestro nuevo ingeniero consultor... Denos un telefonazo cuando acaben de charlar.

Farrell salió precipitadamente, dejando a Charley a solas con un hombre de cara amarillenta y cabeza grande y de color de estopa, con el hablar y los

modales de un alumno de secundaria con el vicio del tabaco. Eddy Sawyer, tras un imponente apretón de manos, le preguntó qué le parecían las nuevas oficinas, explicó que el anaranjado insuflaba optimismo, inquirió si alguna vez se mareaba en vuelo, declaró que él siempre, y terriblemente, y se lamentó de su maldita mala suerte —¡marearse en los aviones trabajando en aquel negocio!— y sacó de un cajón de su escritorio una botella de whisky.

—Apuesto a que J.Y. no le ha ofrecido ni un trago... Ese hombre vive del aire, es una auténtica salamandra.

Charley dijo que tomaría un trago y Eddy Sawyer saco dos vasos con hielo y un sifón.

—Usted dirá cuánto —dijo sirviendo el whisky.

Charley dijo «basta» y Eddy, después de apurar su trago, se recostó hacia atrás en su silla giratoria.

—Bien, señor Anderson —dijo—, ahora, si no le importa, cuénteme su vida, o aquellas partes de su vida que considere aptas para publicarse... No se preocupe; no es que vayamos a usarlo enseguida, pero nos gusta disponer de la información para estar en disposición de darla a la luz en el momento oportuno.

Charley enrojeció.

—Bien —dijo—, no hay mucho que contar...

—Buen chico —asintió Eddy Sawyer, sirviendo dos nuevos tragos y guardando la botella—. Así es como empiezan las mejores historias.

Pulsó entonces un timbre y entró una taquígrafa con el pelo rizado y una bonita cara rosada de muñeca, que se sentó al otro lado del escritorio con su libreta de notas.

A medida que hilaba torpemente su relato, Charley se repetía a sí mismo íntimamente: «Bueno, ahora no vayas a hacer el asno ya desde el primer día». No había dado término a su reseña autobiográfica cuando asomó por la puerta

la cara de Farrell pidiéndoles que salieran ya, pues la gente había llegado y esperaba.

—Bien, ¿dejaron ya el asunto listo? Charley, le presento a nuestro jefe de ventas: Joe Stone; Charley Anderson. Charley, éstos son los señores Frank y O'Brien, nuestro sesudo dúo legal; y el señor Bledsoe, que está al cargo de la producción..., que es su departamento, Charley.

Charley estrechó la mano de varias personas: había una cabeza de pelo negro y liso, peinado con raya en medio, un par de cabezas calvas y una cabeza gris metálica, con pelo erizado como un cepillo de zapatos, unos quevedos sueltos, unas gafas de concha y un pequeño bigote.

—Claro que sí, por Dios —estaba diciendo con tartamudeo nervioso Eddy Sawyer— Tengo la suficiente información sobre él como para retirarme cuando quiera después de hacerle chantaje.

—Es un arranque verdaderamente muy bueno, muchacho —le decía a Charley, con voz ronca, Cyrus Bledsoe, el hombre del pelo gris—. Y confío en que tenga usted algunas ideas más en reserva.

—Muy cierto —dijo Charley.

A excepción de Bledsoe, que explicó con un gruñido que no almorzaba jamás, salieron todos hacia el Athletic Club, donde les tenían reservado un comedor privado en el que estaban preparados ya los cócteles. Cuando subían en el ascensor, Charley oyó que decían a su espalda:

—¿Cómo te va, Charley?

Al volverse, Charley se encontró cara a cara con Andy Merritt. El traje gris oscuro parecía sentarle mejor que nunca; su acre sonrisa era inusitadamente delgada.

—Pero ¿qué estás haciendo tú aquí? —exclamó Charley.

—Detroit —dijo Andy Merritt— es una ciudad que siempre me ha interesado en extremo.

—Oye, ¿cómo le van las cosas a Joe?

La pregunta pareció apenar a Merritt, y Charley comprendió que debía haber mantenido la boca cerrada.

—Joe gozaba de excelente salud la última vez que lo vi —contestó Andy, el cual, como Charley vería luego, también comía con ellos.

Los comensales daban cuenta del *jilet mignon* cuando Farrell se levantó y pronunció un discurso: aquel almuerzo era el inicio de un nuevo espíritu en el negocio de fabricación de motores y piezas aeronáuticas; había llegado el tiempo en que el aeroplano debía dejar las faldas del negocio automovilístico, pues los aviones iban a hacer que los magnates del automóvil se convirtieran en un hatajo de fabricantes de bicicletas en un abrir y cerrar de ojos. Los negocios de millones de dólares debían manejarse a lo grande. Entonces los comensales gritaron y aplaudieron, y Farrell alzó la mano y empezó a describir la trayectoria vital de Charley Anderson, primero como as de guerra en la aviación y luego como inventor, y dijo que aquél era un día muy feliz, un día que él había estado esperando durante mucho tiempo: el día en que podía darle la bienvenida al grupo Tern. Entonces Eddy Sawyer lanzó un «hurra» por Charley, quien tuvo que levantarse y decir cuán contento estaba de haber llegado allí, de volver a los grandes espacios abiertos, al auténtico centro industrial del país, y al decir centro industrial del país quería decir centro industrial del condenado mundo entero. Eddy Sawyer lanzó otro «hurra», y a continuación los comensales volvieron a ocuparse del *peach melba*.

Recogían los sombreros en el guardarropa de la planta baja cuando Andy Merritt le dio una palmada en el hombro a Charley y le dijo:

—Un discurso muy bueno... Ya sabes que llevaba un tiempo pensando en la conveniencia de que diéramos un golpe de timón... No se puede llevar un negocio importante con ideas pueblerinas.Y eso es lo que le pasa al pobre Joe, que es un tipo fenomenal, dicho sea de paso... Ideas pueblerinas...

Charley fue a ver su apartamento. Taki lo había dispuesto todo con mucho gusto, desde las flores en los jarrones al más mínimo detalle.

—Esto está magnífico —dijo Charley—. ¿Qué te parece Detroit?

—Muy interesante —contestó Taki—. El señor Ford permite que la gente visite Highland Park.

—Vaya, tú no pierdes el tiempo... En vuestro país no tenéis ninguna cadena de montaje parecida, ¿eh?

Taki asintió riendo.

—Muy interesante —dijo, ahora con más énfasis.

Charley se quitó el abrigo y los zapatos y se tumbó en el diván de la salita para descabezar un sueño, pero le pareció que apenas había cerrado los ojos cuando vio que Taki, sonriendo y esbozando una leve inclinación en el umbral de la puerta, lo llamaba:

—Lo siento mucho, señor. Se trata de una conferencia; el señor Benton.

—Muy bien —dijo Charley.

Taki le había dejado las zapatillas al pie del diván y había colocado discretamente la bata sobre una silla. Al coger el teléfono, Charley advirtió que estaba anocheciendo y que empezaban a encenderse las farolas de las calles.

—Hola, Nat.

—Hola, Charley, ¿cómo te va?

—Estupendamente —respondió Charley.

—Escucha: te llamo para decirte que Andy Merritt y tú vais a ser nombrados vicepresidentes en la próxima junta de accionistas de la Tern.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, y oyó la risa de Nat—. Supongo que el servicio de inteligencia, ¿no?

—Eso es: estamos para servir —dijo Nat—. Oye, Charley, Vamos a hacer un pequeño negocio aquí... También yo voy I meterme, y pensé que te gustaría participar... No puedo aplicarte los detalles por teléfono, pero te he escrito una carta esta misma tarde.

—No tengo ni un centavo en metálico.

—Podrías poner diez mil dólares en acciones para garantizar tu parte. No quedarán inmovilizados durante mucho tiempo.

—De acuerdo —dijo Charley—. Adelante con el negocio... este es mi año de suerte.

La fábrica era magnífica. Charley llegó a ella en un Buick sedán nuevo que compró la mañana siguiente a su llegada a Detroit. El dueño de la agencia parecía saber perfectamente quién era Charley, y no aceptó siquiera un pago inicial. «Será un placer abrirle una cuenta de crédito, señor Anderson», dijo.

El viejo Bledsoe, que al parecer lo esperaba para ponerse a su entera disposición, lo acompañó a visitar la fábrica. La Iluminación era en todas partes a base de claraboyas y no se veía ni una sola correa de transmisión en todo el recinto; cada máquina tenía su propio motor.

—Farrell piensa que soy un viejo ultraconservador porque no hablo continuamente de altas finanzas —explicó Bledsoe—, pero, maldita sea, si alguien es capaz de encontrar una fábrica más moderna que ésta, me como una dinamo...

—Vaya, creí que estábamos bien equipados allá en Long Island City... Pero esto supera con creces todas mis previsiones.

—Eso era exactamente lo que se pretendía —gruñó Bledsoe.

Luego Bledsoe le presentó al equipo de ingeniería, y finalmente lo acompañó a la que habría de ser su oficina, situada frente a la sala de proyectos. Cerraron la puerta de cristal esmerilado y se sentaron, uno frente a otro, bajo la plateada luz de la claraboya. Bledsoe sacó un largo cigarro puro y ofreció otro a Charley.

—¿Ha probado alguna vez estos cigarros? Ayudan a despejar la cabeza.

Charley dijo que probaba siempre lo que le ofrecían. Encendieron los cigarros y Bledsoe empezó a hablar entre agresivas bocanadas de un acre humo azul.

—Mire, Anderson: espero que haya venido usted a trabajar y no a hacer juegos malabares con su maldito paquete de acciones... Ya sé que es usted un

héroe de guerra y todo eso, y que esperan que desempeñe un papel decorativo, pero algo me dice que aparte de eso tiene usted ideas en la cabeza... Se lo digo una vez y no se lo volveré a repetir... Si va a trabajar con nosotros, dedíquese a trabajar con nosotros; y si no, vuélvase junto a su corredor de bolsa.

—Pero, señor Bledsoe... Si ésta es la oportunidad que he estado esperando... —tartamudeó Charley—. Diablos, soy un mecánico... Eso es lo que soy, lo sé muy bien...

—Bien, así lo espero... Si de verdad lo es, y no un maldito vendedor de valores, sabrá que nuestro motor es deplorable, tan deplorable como los aviones que lo llevan y que el mundo nos lleva diez años de ventaja en aeronáutica. Tenemos, pues, que darnos prisa y ponernos al día. Una vez que tengamos los diseños, disponemos de la infraestructura de producción necesaria para ponernos en cabeza. Bien, ahora quiero que se vaya a casa, que se emborrache o que se vaya de putas o que haga lo que suele hacer cuando está preocupado..., y que piense en este maldito asunto.

—No voy a hacer nada de eso de ahora en adelante —dijo Charley—. Ya hice bastantes tonterías en Nueva York, y estoy harto.

Bledsoe se puso en pie como un resorte, y la ceniza del cigarro le cayó sobre el chaleco de alpaca.

—Bien, entonces será mejor que se case.

—También pensé en hacerlo... Pero no encuentro el otro nombre que hay que poner en la licencia de matrimonio —dijo Charley, riendo.

Bledsoe sonrió.

—Usted diséñeme un buen motor de dieciséis cilindros, ligero y seguro y refrigerado por aire, y yo haré que mi hija le presente a todas las chicas guapas de Detroit. Las conoce a todas... Y si es dinero lo que busca, le diré que nadan en dinero.

Sonó el teléfono. Bledsoe respondió, murmuró algo entre dientes y salió apresuradamente de la oficina.

A mediodía Farrell pasó a recoger a Charley para almorzar.

—¿Ya le echó un rapapolvo el viejo Bledsoe? —le preguntó Farrell. Charley asintió con la cabeza—. Bien, no se deje impresionar: ladra más que muerde. No lo tendríamos aquí si no fuera el mejor director de fábrica del país.

Fue en un baile del Country Club, al que había ido con Farrell y su esposa, una rubia algo entrada en años, delgada y macilenta y picajosa, con un enorme collar de diamantes, donde Charley conoció a Anne, la hija del viejo Bledsoe. Era una chica de anchas espaldas, vestida de rosa, con boca grande de sonrisa agradable y firme apretón de manos. A Charley le gustó al instante. Bailaron *Just a Girl That Men Forget*, y ella habló de lo mucho que le gustaba volar y explicó que tenía ya cinco horas de vuelo para obtener el carnet de piloto. Charley dijo que estaría encantado de llevarla a volar con él si no le importaba hacerlo en un humilde Curtiss—Robin. Ella le respondió que sería mejor que no le hiciera promesas si no pensaba cumplirlas, pues ella siempre cumplía lo que prometía. Luego empezó a hablar de golf, y Charley no dijo en ningún momento que no había tenido un palo de golf en la mano en toda su vida.

Llegado el momento de la cena, Charley volvió con dos platos de ensalada de pollo y encontró a Anne sentada ante una mesa redonda, bajo un farolillo japonés, en compañía de un joven de tez pálida, que resultó ser su hermano Harry, y de una chica de hermoso pelo rubio ceniza, con leve acento de Alabama, cuyo nombre era Gladys Wheatley. Al parecer estaba prometida a Harry Bledsoe, quien la cogía de la mano y la llamaba Glad mientras vertía una y otra vez ginebra de una petaca de plata en la ponchera. Eran todos ellos más jóvenes que Charley, a quien colmaron de deferencias y explicaron reiteradamente lo horrible que era Detroit. En cuanto tuvo dentro del cuerpo una cantidad considerable de ginebra, Charley se vio contando historias bélicas por primera vez en su vida.

Llevó en coche a casa a Anne. Bledsoe salió a la puerta con un número del *Engineering Journal* en la mano, y dijo:

—Así que ya os habéis conocido, ¿eh?

—Oh, sí. Somos ya viejos amigos —dijo Anne—. Papá, Charley me va a enseñar a volar.

—Bah —dijo Bledsoe, y cerró la puerta en las narices de Charley mientras gruñía— ¡Váyase a casa y preocúpese de ese motor.

La creencia general aquel verano fue que Charley y Anne estaban prometidos. En las tardes tranquilas, Charley dejaba la fábrica una o dos horas, se iba al campo de aviación y salía al aire con Anne a fin de que ella sumara horas de vuelo. Y los domingos jugaban al golf; se levantaba pronto por la mañana y se reunía con el profesor de golf en el Sunnyside Club, donde no conocía a nadie. Los sábados por la noche solía cenar en casa de los Bledsoe, y luego iba con Anne a bailar al Country Club. A menudo los acompañaban Harry y Gladys Wheatley, y la juventud del club los tenía por un cuarteto. El viejo Bledsoe parecía complacido de que hubiera hecho tanta amistad con sus hijos, y empezó a tratarlo como a alguien de la familia. Charley se sentía feliz; disfrutaba con su trabajo y, tras los años pasados en Nueva York, en Detroit se sentía como en casa. Nat y él consiguieron unas cuantas buenas operaciones en la bolsa. Como vicepresidente e ingeniero consultor de la Tern Company, tenía un sueldo de veinticinco mil dólares anuales.

El viejo Bledsoe acostumbraba a rezongar diciendo que tales emolumentos eran excesivos para un joven ingeniero, pero veía con complacencia el que Charley empleara la mayor parte de ese dinero en un pequeño taller experimental donde trabajaba con Bill Cermak en la construcción de un nuevo motor de su invención. Bill había traído a su familia de Long Island y tenía multitud de ideas respecto a perfeccionamientos mecánicos. Charley estaba tan ocupado que no tenía tiempo para pensar en mujeres, y sólo de cuando en cuando tomaba alguna copa en algún encuentro social. Pensaba que Anne era una preciosidad y disfrutaba de su compañía, pero jamás la tomó como alguien con quien pudiera acostarse algún día.

El fin de semana largo que coincidió con el Día del Trabajo, los Farrell invitaron a los hermanos Bledsoe y a Gladys Wheatley a un crucero. Cuando lo invitaron a él también, Charley pensó que al fin entraba en el gran mundo y ofreció llevar a Taki para que preparara los cócteles y actuara como

mayordomo. Recogió a los Bledsoe y fueron todos en el *Buick* hacia el club náutico.

Anne no podía entender por qué Charley se encontraba tan eufórico.

—No habrá nada que hacer en tres días más que estar sentados en un barco viejo y sofocante y dejar que nos devoren los mosquitos —se quejaba con el mismo tono de su padre—. Tiene razón papá cuando dice que no le importa trabajar cuando hay que trabajar, pero que le llevan los demonios si no puede disfrutar de su tiempo de ocio.

—Pero al menos fíjate en la gente que nos acompañará en el sufrimiento, Annie —dijo Charley, y le pasó un brazo por encima del hombro unos instantes.

Harry, que iba solo en el asiento trasero, soltó una risita.

—No seas tan gracioso, pollito —dijo Anne sin volverse—. Ya sabemos que tú y Gladys os sobáis en público de forma escandalosa.

—El severo aviador se está ablandando —dijo Harry.

Charley enrojeció.

—Tienes razón —admitió.

Habían llegado al club. Dos jóvenes con traje de marinero sacaban las maletas del portaequipajes trasero.

El yate de Farrell era una sólida embarcación de veinte metros de eslora, con un comedor en cubierta, sillas de mimbre y profusión de caoba recién barnizada y de bruñido latón. Farrell, con gorra de patrón de yate, se movía con aire preocupado por la estrecha cubierta mientras el yate enfilaba hacia la brisa tenue y bochornosa. El río, en la tarde avanzada, olía a muelle y a maleza pantanosa.

—Me siento bien cuando me hago a la mar. ¿Usted no, Charley? Es el único lugar donde nadie puede dar contigo —dijo Farrell.

La señora Farrell se disculpaba ante las chicas por lo exiguo de los camarotes.

—Estoy tratando de que Yardly compre un barco espacioso, pero siempre que compra uno, a mí me parece más raquítico que el anterior.

Charley había estado atendiendo al tintineo que llegaba desde la despensa, y cuando Taki apareció con una bandeja de manhattans lo recibió todo el mundo con muestras de gran júbilo. Mientras observaba cómo Taki se inclinaba ante ella con la bandeja de los cócteles, Charley pensó cuán maravillosa estaba Gladys, toda de blanco y con el pelo abundante y claro recogido con un pañuelo de seda blanca.

Anne, a su lado, sonreía, con el pelo castaño cayéndole sobre los ojos a causa del viento que levantaba la marcha veloz del yate. La máquina hacía tanto ruido y las hélices batían el agua de tal modo que Charley, al hablar con Anne, no podía evitar que lo oyeran los demás.

—Annie —dijo de pronto—, he estado pensando que ya es hora de que me case...

—Vaya, Charley, si aún eres un mozalbete...

Charley sintió que le invadía una oleada de calor. En aquel preciso instante, de improviso, deseaba ardientemente una mujer. Le resultaba difícil incluso controlar la voz.

—Bien, creo que tú y yo ya somos mayorcitos para saber lo que nos conviene... ¿Qué pensarías de mi proposición? Por lo que respecta al dinero, este año he sido ciertamente afortunado.

Anne sorbió su cóctel, mirándole y riendo mientras el pelo le golpeaba la cara.

—¿Y qué quieres que haga yo? ¿Que pida un informe de tu cuenta bancaria?

—Pero me estoy refiriendo a ti.

—De acuerdo —dijo Anne.

Farrell, en aquel momento, les gritó:

—¿Qué tal si jugamos un poco al póquer de centavo antes de cenar? Está empezando a hacer viento aquí afuera. Estaremos mejor en el salón.

—Sí, sí, capitán —dijo Anne.

Antes de la cena, jugaron un rato al póquer de centavo y bebieron manhattans; después de la cena, los Farrell y los hermanos Bledsoe organizaron una partida de bridge. Gladys dijo que tenía dolor de cabeza, y Charley, después de observar un rato el juego, salió a cubierta con intención de expulsar de sus pulmones el humo del cigarro que acababa de fumar.

El yate estaba anclado en una pequeña bahía, cerca de un muelle iluminado que sobresalía de la orilla. La media luna se ocultaba tras una masa rocosa en la que un alto pino coronaba la oscura maraña de ramas de unos trémulos abedules blancos. Al fondo del muelle podía verse una edificación con apariencia de club cuyos ventanales expandían ondas de luz y vibraciones de música de baile que iban a morir sobre las aguas. Charley se sentó en la proa. Los marineros del yate se habían acostado, y Charley podía oír sus voces bajas y percibir el olor del tabaco que salía por la diminuta escotilla situada ante la cabina del piloto. Se asomó por la borda para mirar las pequeñas olas grises que rompían contra la proa. «Dios, esto sí que es vida», se dijo para sus adentros.

Al volverse vio que Gladys estaba a su lado.

—Creí que te habías ido a la cama, jovencita —dijo.

—¿Pensaste que te habías librado de mí por esta noche?

Gladys no sonreía.

Él le cogió la mano: estaba trémula y helada.

—No querrás coger un resfriado, ¿eh, Gladys? —dijo.

Ella le clavó en la mano sus largas uñas.

—¿Vas a casarte con Anne?

—Tal vez... ¿Por qué? ¿No vas a casarte tú con Harry?

—No me casaría con él por nada del mundo.

Charley la rodeó con sus brazos.

—Pobre chiquilla, tienes frío. Deberías estar en la cama.

Ella recostó la cabeza en el pecho de Charley y comenzó a llorar. El sintió sus lágrimas cálidas a través de la camisa. No sabía qué decir. Se quedó allí abrazándola, sintiendo junto a las ventanas de la nariz el perfume de su pelo, embriagador como el de Doris.

—Desearía que estuviéramos fuera de este maldito barco —le susurró, y vio cómo la cara de ella, muy blanca y redonda, se alzaba hasta la suya.

Cuando la besó en los labios, ella le besó también. La abrazó con fuerza contra su cuerpo, y sintió en el pecho sus senos pequeños. Ella le permitió un instante que le introdujera su lengua entre los labios, y luego lo apartó de sí.

—Charley, no deberíamos estar haciendo esto, pero antes, de pronto, me sentí tan sola...

Charley sintió que la voz le sonaba ronca en la garganta.

—No dejaré que vuelvas a sentirte así jamás... Jamás, de veras... Jamás...

—Oh, mi querido Charley —dijo ella, y lo besó de nuevo resuelta y fugazmente; luego se apartó de él y se alejó por la cubierta.

Charley, otra vez solo, se paseó de un lado a otro. No sabía qué hacer. Ahora deseaba apasionadamente a Gladys. No se sentía capaz de volver y enfrentarse a los demás. Tampoco se sentía capaz de irse a la cama. Se deslizó por la escotilla de proa, bajó hasta la cocina, donde Taki, fresco como una lechuga con su chaquetilla blanca, leía un grueso libro, entró en el camarote donde tenía su litera y se puso el traje de baño. Subió de nuevo a cubierta y se zambulló en el agua desde un costado del yate. A la luz de la luna nadó en torno durante un rato. El agua no estaba tan fría como él había supuesto, pero al subir por la escalerilla de mano de la popa sintió que se le ponía la carne de gallina. Farrell, con un cigarro entre los dientes, se inclinó sobre la borda, le agarró de la mano y lo aupó sobre cubierta.

—Vaya, vaya, el hombre de hierro —gritó—. Las damas nos han ganado dos juegos y se han ido a la cama con las ganancias. ¿Qué tal si se pone el albornoz, se toma una copa y jugamos media hora a algún juego de cartas divertido antes de meternos en la cama?

—Perfecto —dijo Charley mientras brincaba sobre cubierta para sacudirse de encima el agua.

Mientras se frotaba vigorosamente con la toalla, Charley oyó en el camarote contiguo la charla y las risitas de las chicas. Al sentarse al lado de Harry, que estaba algo achispado y torpe, se sentía tan turbado que se bebió de un trago medio vaso de whisky de centeno y perdió ochenta dólares en un abrir y cerrar de ojos. Le alegró, sin embargo, que fuera Harry el ganador. «Afortunado en el juego, desafortunado en el amor», se decía una y otra vez en su litera.

Una semana más tarde, después de tomar el té en el apartamento de Charley ante la sonrisa vigilante y la cabeza negra y reverente de Taki, Gladys llevó a Charley a su casa para que conociera a sus padres. Horton B. Wheatley —una auténtica autoridad en la Security Trust Company, según decía Farrell— era un hombre de cara rubicunda, pelo entrecano y pequeño bigote plateado. La señora Wheatley era una dama encorvada, de cara desvaída y marchita y arrugada como un globo gastado, que hablaba con un delicioso acento de Alabama.

Antes de que Gladys hubiera acabado con las presentaciones, el señor Wheatley empezó a hablar.

—Bien, señor mío, hace tiempo que esperábamos algo como esto. Es aún muy pronto, naturalmente, para que tomemos una decisión; pero no puedo evitar decirle, muchacho, que me complacería mucho más ver a mi hija casada con un hombre como usted, que se ha ido abriendo camino en la vida (aunque ciertamente no sabemos todavía gran cosa sobre usted), que con un joven como Harry, un buen chico a su manera, pero que jamás hizo nada en la vida más que seguir los estudios pagados por su padre. Amigo mío, mi mujer y yo estamos sumamente orgullosos de conocerle, y de saber que usted y nuestra hijita... Ella es lo único que tenemos..., nuestro bien más preciado...

—Sus padres están... tengo entendido que murieron, señor Anderson —dijo la señora Wheatley. Charley asintió—. Oh, lo siento muchísimo... Eran de Saint Paul, me ha dicho Gladys...

Volvió a hablar el señor Wheatley:

—El señor Anderson, mamá, ha sido uno de nuestros más destacados héroes de guerra. Dio muestras de su talla luchando por nuestra bandera, mamá, y en mi opinión toda su trayectoria es un ejemplo... Ahora voy a hacer que se ruborice, amigo mío..., diciéndole que es así como funciona la democracia norteamericana: catapultando hacia el éxito a los más dotados e inteligentes y barriendo a los más débiles... Señor Anderson, hay una cosa que voy a pedirle ahora mismo: que venga con nosotros a la iglesia el domingo que viene y que hable ante la clase que tengo a mi cargo en la escuela dominical. Estoy seguro de que no tendrá inconveniente en dirigir unas palabras de aliento y guía a los adolescentes que acuden a ella.

Charley asintió, ruborizándose.

—¡Oh, papá! —suplicó Gladys con voz cantarina mientras ponía las manos alrededor del cuello de ambos—. No le hagas hacer eso. El pobre Charley sólo tiene los domingos para jugar un poco al golf... Además, ya sabes que siempre he dicho que nunca me casaría con un maestro de escuela dominical.

El señor Wheatley rió y la señora Wheatley entornó los ojos y suspiró.

—No le causará muchas molestias hacerlo una sola vez, ¿verdad, Charley?

—Por supuesto que no —se oyó decir Charley— Será algo muy instructivo.

Al día siguiente, Charley y el señor Wheatley almorzaron juntos en el University Club.

—Bien, hijo, parece que la suerte está echada —dijo el señor Wheatley a Charley al encontrarse con él en el vestíbulo—. Las damas Wheatley se han puesto de acuerdo y lo han decidido. Nada podemos hacer más que aceptar sus designios. Hijo, os deseo a los dos toda suerte de bendiciones...

En el curso del almuerzo, el señor Wheatley habló de la banca y de los negocios de la Tern y de su fusión con la Askew— Merritt, que iba a duplicar ampliamente el capital de la nueva Tern Aviation Company.

—A usted le sorprenderá que esté al corriente de todas estas cosas, Charley... Es lo que he estado pensando: ese muchacho es un genio de la mecánica, pero pierde de vista el aspecto financiero..., ni se da cuenta de lo que los valores que posee en tal empresa representan para él mismo y para el mundo financiero.

—Bueno, tengo unos buenos amigos que me pasan información confidencial en ese sentido —dijo Charley.

—Estupendo, estupendo —aprobó el señor Wheatley—. Pero ahora que la cosa está en familia, tal vez mis consejos, fruto de veinte años de experiencia bancaria, primero allá en el Birmingham natal y luego aquí, en esta nueva y grande y deslumbrante Detroit...

—Bueno, los aceptaré encantado, señor Wheatley —balbució Charley.

El señor Wheatley, a continuación, empezó a hablar de una parcela ribereña en Círosse Pointe, con derecho al disfrute de las playas, que tenía intención de cederles como regalo de bodas, y de cómo debían construir inmediatamente en ella, aunque sólo fuera como inversión, pues era la zona residencial más exclusiva de toda América.

—Sí, hijo —prosiguió—. Y si vienes después de que acabemos de comer a mi oficina, verás los planos de la casita inglesa antigua más bonita que puedas imaginar. Podréis construirla sobre la parcela. Los planos los están haciendo en Ordway & Ordway... Era una sorpresa para mamá y para Gladys. Tudor con entramado de madera, le llaman al estilo... Iba a resultar demasiado grande para mamá y para mí, ahora que Gladys se casa, así que decidí traspasaros la parcela y los planos; yo pongo la parcela y tú pones la casa, y lo ponemos todo a nombre de Gladys por si acaso vienen niños.

Terminaron de comer. Al levantarse de la mesa, el señor Wheatley estrechó la mano a Charley.

—Y espero sinceramente que vengan niños, hijo. Y rezo por ello.

Inmediatamente después del Día de Acción de Gracias, las páginas de sociedad de todos los periódicos de Detroit comentaron de forma exhaustiva la fiesta ofrecida por el señor Horton B. Wheatley y señora con motivo del anuncio de la próxima boda de su hija Gladys con el señor Charley Anderson, inventor, héroe de guerra y director del departamento de investigación de la gran Tern Airplane Plant.

El viejo Bledsoe, tras el anuncio del compromiso matrimonial, no volvió a dirigir la palabra a Charley. Anne, sin embargo, se acercó a Charley y a Gladys en el baile que el Country Club organizó la víspera de Todos los Santos y les dijo que lo entendía perfectamente y que les deseaba toda suerte de aventuras.

Días antes de la boda, Taki anunció su despedida.

—Pero si yo creía que ibas a quedarte... —dijo Charley—. Estoy seguro de que a mi mujer le gustaría. A lo mejor podemos incluso subirte el sueldo.

Taki sonrió y esbozó una pequeña reverencia.

—Es una lástima —dijo— que sólo tome a mi cargo casas de solteros... Pero, en cualquier caso, le deseo todo lo mejor a partir de este momento.

Lo que más le dolió a Charley, sin embargo, fue que al escribir a Joe Askew pidiéndole que fuera su padrino de boda, Joe le telegrafiase su respuesta con una sola palabra: «No».

La boda se celebró en la Emmanuel Baptist Church. Charley vestía de frac, y los zapatos negros nuevos le oprimían los dedos de los pies. Trataba continuamente de recordar que no debía llevarse la mano a la pajarita. Nat, que había venido desde Nueva York para ser su padrino, resultó de gran ayuda. Mientras esperaban en la sacristía, sacó del bolsillo del pantalón una petaca e insistió en que Charley tomara un trago.

—Tienes mala cara, Charley.

Charley negó con la cabeza e hizo un gesto con el pulgar en dirección al recinto de donde provenía la música de órgano.Y preguntó:

—¿Estás seguro de que tienes el anillo? —Nat sonrió y tomó un trago de la petaca; luego se aclaró la garganta—: Bien, Charley, deberías felicitarme por haberte catalogado siempre como un ganador... Si tuviera el mismo ojo para la bolsa que el que tengo con la gente que va a triunfar, ya me habría hecho millonario.

Charley, sumamente nervioso, dijo tartamudeando:

—Esto... No te preocupes, Nat... Yo cuidaré de ti.

Ambos rieron y se sintieron mejor. Un auxiliar de sacristía les hacía enérgicas y nerviosas señas desde la puerta.

Gladys, perdida entre volantes de satén blanco y velos de encaje y flores de azahar, seguida de un niño vestido de satén blanco que sostenía la cola, le pareció a Charly una desconocida. Ambos dijeron «sí» en voz alta y sin mirarse. En la recepción que siguió a la ceremonia no hubo licor en el ponche por consideración a los Wheatley. Charley se sentía medio asfixiado a causa del olor de las flores y de las pieles de las mujeres y del esfuerzo por comentar algo a todas y cada una de las viejas damas suntuosamente vestidas que le eran presentadas, las cuales hacían todas el mismo comentario acerca de cuán hermosa había sido la boda. Acababa de conseguir librarse de todo aquello y se dirigía al piso superior a cambiarse de ropa cuando vio cómo Ollie Taylor, muy ebrio, tropezaba en el vestíbulo con una alfombra persa y caía de bruces cuan largo era a los pies de la señora Wheatley, quien, pálida y llorosa y entre orquídeas y efluvios de lavanda, salía en aquel momento del salón de la recepción. Charley siguió su camino apresuradamente.

Pese al carácter abstemio de la boda, era obvio que Farrell y Nat habían tomado alcohol, pues al entrar en la habitación donde Charley se ponía un terno marrón para el viaje les brillaban los ojos y tenían húmedos los labios.

—Afortunados bastardos —les reprendió—. ¿Dónde lo habéis conseguido? Maldita sea, podíais haber procurado que Ollie no bebiera...

—Se ha ido —contestó Nat, y ambos añadieron a coro—: Nosotros nos ocupamos de todo.

—Dios mío —dijo Charley—. Estaba pensando que menos mal que mandé tarde las invitaciones para mi hermano y la gente de Mineápolis... Me imagino al viejo tío Vogel paseándose por aquí y pellizcándoles el trasero a las viejas y lanzando animados gritos de brindis...

—Es una pena lo de Ollie —comentó Nat—. Es uno de los tipos con mejor corazón que hay en el mundo.

—Pobre Ollie —dijo Charley—. Ha perdido las riendas.

Llamaron a la puerta. Era Gladys, rubia y hermosa y pálida, arropada en una enorme estola de chinchilla.

—Charley, tenemos que irnos. Eres muy malo: creo que ni siquiera has mirado los regalos todavía.

Los condujo a una salita en el piso de arriba, atestada de juegos de cristalería y de plata de mesa y de flores y de conjuntos de aseo y de artículos de fumar y de cocteleras. Parecía una tienda de regalos.

—¿No es encantador? —preguntó Gladys.

—No he visto nada parecido en mi vida —replicó Charley.

Entonces vieron que por la otra puerta entraban algunos invitados, y Charley se escabulló apresuradamente al vestíbulo trasero.

—¿Cuántos detectives han contratado? —preguntó.

—Cuatro —respondió Gladys.

—Bueno —dijo Charley—, larguémonos.

—Bien, es hora de que nos retiremos —manifestó Farrell, y Nat, de pronto, se echó a reír ruidosamente y dijo—: ¿O podemos besar a la novia?

—De acuerdo —accedió Charley—. Dadles las gracias a los auxiliares de sacristía de mi parte.

Gladys hizo un gesto con la mano.

—Sois un encanto —dijo—. Pero ahora podéis iros...

Charley trató de abrazarla, pero ella lo apartó.

—Papá ha hecho que sacaran el equipaje por la puerta de la cocina... Venga, date prisa... Estoy ya medio loca...

Bajaron precipitadamente por las escaleras traseras y subieron a un taxi con el equipaje. La maleta de Charley era de piel de cerdo; la de ella, negra y reluciente. Ambas despedían un olor a artículo nuevo y costoso. Charley vio a Nat y a Farrell salir de entre las columnas del gran porche colonial, pero antes de que pudieran arrojarles el confeti el taxista pisó el acelerador y el coche inició la marcha.

En la estación estaban sólo los Wheatley: la señora Wheatley llorando, enfundada en su holgado abrigo de visón; el señor Wheatley perorando, lo escucharan o no, acerca de la patria americana. Cuando el tren partió Gladys lloraba también, y Charley, sentado frente a ella, se sentía muy triste y no labia cómo empezar la conversación.

—Me habría gustado salir en avión.

—Sabes que con este tiempo no hubiéramos podido —dijo Gladys, y rompió a llorar de nuevo.

Charley, por hacer algo, encargó una cena del coche restaurante y mandó al mozo negro a buscar un cubo de hielo para el champán.

—Oh, mis nervios —gimió Gladys, apretando contra sus ojos las manos enguantadas.

—Al fin y al cabo, niña, no hay nadie extraño aquí... Sólo estamos tú y yo —dijo Charley, suavemente.

Ella empezó a reírse con pudor.

—Creo que soy un poco tonta.

El mozo, con sonrisa respetuosa y comprensiva, abrió la botella, y Gladys mojó apenas sus labios con champán. Charley bebió su copa de un trago y volvió a llenarla.

—Aquí tienes —dijo—. Esto es vida.

Una vez que el mozo se hubo ido, le preguntó a Gladys por qué no bebía.

—En el Country Club solías ser una borrachina.

—Tampoco quiero que tú bebas.

—¿Por qué?

Gladys se ruborizó.

—Mamá dice que si los padres se emborrachan los niños salen idiotas.

—Oh, pobre chiquilla —dijo Charley, y las lágrimas afloraron a sus ojos.

Se quedaron sentados largo rato frente a frente, mirándose, mientras el champán de las copas perdía el burbujeo y se derramaba sobre la mesa con las sacudidas del tren. Cuando trajeron el pollo asado a la parrilla, Gladys no pudo probar bocado. Charley comió ambas raciones y bebió todo el champán y sintió que estaba actuando como un puerco.

Gladys entró en el lavabo para ponerse el camisón. Charley se puso el pijama y se sentó a esperar. La tardanza exagerada de Gladys le hizo sentirse loco de impaciencia. Por la rendija de la ventanilla entraba un viento helado y arenoso, y empezaron a castañetearle los dientes. Al cabo se levantó y llamó a la puerta del lavabo.

—¿Sucede algo, Glad? ¿Algún problema, cariño?

Gladys salió al fin con un vaporoso negligé de encaje. Se había maquillado profusamente. Bajo el graso lápiz, los labios, le temblaban.

—Oh, Charley, esta noche en el tren no... Así sería tan horrible...

Charley sintió una furia súbita e incontrolable.

—Pero eres mi mujer. Y yo soy tu marido, maldita sea...

Apagó la luz. Sintió las manos de Gladys heladas en las suyas. Al asirla y atraerla hacia sí, sintió cómo los músculos de sus brazos se henchían con fuerza contra la espalda delgada de ella. Era dulce sentir cómo el encaje y la seda se desgarraban bajo sus manos.

Luego, Gladys le hizo salir de la cama y acostarse sobre el sofá arropado en una manta. Había sangrado mucho. Ninguno de los dos durmió aquella noche. Al día siguiente, Gladys estaba muy pálida; la hemorragia no había cesado y temieron tener que bajar del tren en alguna parte para llamar a un médico. Al anochecer, Gladys se sintió mejor, pero seguía sin comer nada. Se pasó toda la tarde echada en el sofá, medio dormida, mientras Charley, sentado a su lado con un montón de revistas sin leer sobre las rodillas, le cogía la mano.

Cuando bajaron del tren en Palm Beach y vieron la hierba verde y las palmeras y los macizos de hibiscus en flor, fue como si abandonaran una celda. Y cuando Gladys vio las grandes habitaciones de la suite en chaflán del hotel Royal Poinciana —al que había insistido en ir por ser el hotel donde sus padres habían pasado la luna de miel—, y el saloncito lleno de flores enviadas por los amigos, echó los brazos al cuello de Charley y lo besó antes incluso de que hubiera salido el último botones.

—Oh, Charley, perdóname por haberme portado tan horriblemente...

A la mañana siguiente, después del desayuno, se quedaron en la cama, felices, mirando por la ventana el mar que se extendía más allá de las palmeras y aspirando la frescura de la marea y escuchando cómo las olas rompían sobre la playa.

—Oh, Charley —dijo Gladys—, ojalá logremos que todo sea siempre así...

Su primer hijo nació en diciembre. Era un varón. Lo llamaron Wheatley. Gladys, al salir de la clínica, en lugar de ir al apartamento fue directamente a la nueva casa de Grosse Pointe, que olía aún a pintura y yeso frescos. Con los gastos de Navidad y la cuenta de la clínica y la factura de los muebles, Charley se vio obligado a pedir un préstamo de veinte mil dólares al banco. Hablaba más que nunca por teléfono con la oficina de Nat Benton en Nueva York. Gladys se compró un vestuario nuevo completo, y llenaba constantemente la

casa con delicados jarrones de narcisos y otras flores costosas. Las flores inundaban incluso el tocador de su cuarto de baño. La señora Wheatley decía que el amor a las flores le venía a Gladys de su abuela Randolph, porque los Wheatley nunca habían sido capaces de distinguir una flor de otra. El segundo hijo fue una niña. Tendida en la cama de la clínica, con la cara demacrada y amarilla sobre las blancas almohadas, al lado del enorme ramo de blancas y resplandecientes orquídeas que había encargado Charley —a cinco dólares cada una— en la floristería, Gladys dijo que desearía poder llamar a su hija Orquídea. Al final convinieron en llamarla Marguerite, que era el nombre de pila de la abuela Randolph.

Gladys, después del parto de su hija, hubo de sufrir varias pequeñas operaciones y tardó tres meses en recuperarse. Cuando dejó la cama, hizo que decorasen de blanco y oro la gran habitación contigua a los cuartos de la niñera y de los niños, y la convirtió en su dormitorio. Charley protestó airadamente contra esta decisión, pues su habitación quedaba ahora en el ala opuesta de la casa. Siempre que iba en bata hasta el dormitorio de Gladys antes de acostarse y trataba de meterse en su cama, ella lo mantenía apartado con una fría sonrisa, y cuando Charley insistía, ella le daba unos besitos veloces y le pedía que no hiciera ruido porque iba a despertar a los niños. A veces acudían lágrimas de exasperación a los ojos de Charley.

—Dios mío, Glad, ¿es que no me quieres en absoluto?

Y ella replicaba que si en verdad la amara habría venido a casa la noche en que había invitado a los Smyth Perkins a cenar, en lugar de telefonear en el último momento para decir que tenía que quedarse en la oficina.

—Pero, Dios mío, Glad, si no ganara dinero ¿cómo podría pagar las facturas?

—Si me amaras serías más considerado, eso es todo —replicaba ella, y se dibujaban en su cara dos líneas curvas, desde las ventanas de la nariz hasta las comisuras de los labios, idénticas a las de su madre, y entonces Charley la besaba con ternura y la llamaba «pobre niña» y volvía a su habitación sintiéndose miserable como un piojo.

En ocasiones Gladys le dejaba quedarse en su lecho, y permanecía tan rígida y fría y hablaba de tal manera del daño que le hacía que Charley volvía a la cama con dosel de su enorme dormitorio, nervioso y alterado, y necesitaba varios tragos generosos de whisky para poder conciliar el sueño.

Una noche Charley llevó a Bill Cermak, ahora capataz de la fábrica de Flint, a un parador de carretera situado al otro lado de Windsor para hablar de los problemas que estaban teniendo con los moldeadores y matriceros, y después de un par de copas se vio interrogando a Bill acerca de la vida marital.

—Oye, Bill, ¿tienes alguna vez problemas con tu mujer?

—Por supuesto, jefe —dijo Bill, riendo—. Y muchos. Pero la vieja es buena, ya la conoce. Chicos sanos, buena cocina... Y no para de perseguirme para que vaya a la iglesia.

—Oye, Bill, ¿cuándo se te ocurrió la idea de llamarme jefe? Deja de llamarme así.

—Es usted demasiado rico —replicó Bill.

—Maldita sea, tomemos otra copa —Charley apuró la suya—. Y mezclemos con cerveza, como en los viejos tiempos... ¿Te acuerdas de aquellas Navidades en Long Island City; y de aquella rubia de la cervecería? Caray, entonces solía pensar que era una especie de galán irresistible para las mujeres... Pero mi mujer parece no pensar lo mismo en absoluto...

—Ya tiene dos preciosos chicos. Qué diablos, a lo mejor es usted demasiado ambicioso.

—No me creerías si te dijera... Sólo una vez desde que nació la pequeña.

—La mayoría de las mujeres se vuelven más calientes con el paso del tiempo... Después de llevar casadas una temporada... A propósito, por eso los obreros están tan enfurecidos con su maldito experto en eficiencia.

—¿Con Stauch? Stauch es un genio de la producción.

—Tal vez, pero no les deja a los muchachos ni una oportunidad para la reproducción —saltó Bill, y se echó a reír mientras se limpiaba la cerveza de los labios.

—Eres estupendo, Bill —dijo Charley—. Me las tendré que arreglar para meterte en el consejo de administración.

Bill dejó de reír.

—Hablando en serio: esa cabeza cuadrada hace trabajar a los muchachos de tal forma que cuando van a la cama no pueden funcionar, y lógicamente sus mujeres les arman unos escándalos de mil demonios. Soy el capataz y piensan que también soy un hijo de perra, pero tienen mucha razón.

Charley seguía riendo.

—También tú eres un cabeza cuadrada, Bill. Y no creo que yo pueda hacer nada en ese sentido; también yo soy un empleado en la compañía... Tenemos que ser eficientes en la producción o nos barrerán del negocio. La Ford ya está fabricando aviones.

—Perderán ustedes a los mejores hombres... El trabajo esclavizado puede que dé resultado en la fabricación de automóviles, pero construir motores de aviones es una labor especializada.

—Cristo, me gustaría poder seguir enredando con ese maldito motor y no tener que estar todo el tiempo preocupándome por cuestiones de dinero... Bill, estoy sin un centavo... Vamos a tomar otra copa.

—Será mejor que comamos algo.

—Muy bien, pide un filete..., lo que quieras. Vamos a mear; por eso no cobran... Oye, Bill, ¿no crees que estoy empezando a tener tripa? Sin un centavo y barrigudo, mi mujer no quiere acostarse conmigo... A veces pienso en abandonarlo todo de una puñetera vez. Jamás me salían las cosas tan mal cuando bebía.

—¿Qué diablos está diciendo? No, señor; un tipo joven e inteligente como usted... De los más inteligentes. Un as aterrizando y jugando al póquer... ¡Dios santo!

—¿Y de qué vale todo eso si tu mujer no quiere acostarse contigo?

Charley no probó bocado. Bill se comió los dos filetes mientras Charley seguía bebiendo whisky de una botella que guardaba debajo de la mesa y que alternaba con cerveza.

—Pero dime... —prosiguió—. ¿Tu mujer te deja hacerlo siempre que quieres? ¿Y qué me dices de los muchachos del taller? Sus mujeres no les dejan nunca en paz, ¿no?

También Bill estaba un poco borracho.

—Mi mujer hace lo que yo le digo.

La conversación llegó a su fin y Bill tuvo que conducir el nuevo Packard de Charley hasta el ferry. Una vez en Detroit, Bill le hizo beber varias botellas de soda en un drugstore, pero cuando volvieron al coche Charley se desplomó sobre el volante y Bill tuvo que llevarle hasta la casa de Grosse Pointe. Bill hubo de discutir con los guardas de la zona residencial, pues todos ellos se negaban a dejarle pasar hasta que veían al señor Anderson tumbado en el asiento trasero. A Charley, sin embargo, le tenía todo sin cuidado, e incluso le pareció tan divertido que comenzó a reírse estúpidamente. Pero lo que encontró más regocijante fue que el criado tuvo que ayudar a Bill a subirle hasta el dormitorio.

—El patrón está un poco indispuesto; exceso de trabajo —repetía Bill, y se daba unos golpecitos en la cabeza—. Demasiado trabajo cerebral.

Una vez en su habitación, Charley se recuperó un tanto y pudo articular torpemente:

—Bill, eres un príncipe... George, llama a un taxi para que lleve a casa al señor Cermak... El afortunado bastardo vuelve al hogar con su mujer.

Y echándose en la cama cuan largo era, con un pie calzado y otro descalzo, se sumió en el sueño apaciblemente.

Tiempo después, a la vuelta de un viaje a Nueva York y a Washington, llamó a Bill a la fábrica.

—Eh, Bill, ¿cómo estás? ¿Tu mujer sigue haciendo lo que tú dices? Ja, ja... Yo estoy como nunca. Ha sido un viaje de negocios agotador, ya me entiendes... No he bebido tanto en toda mi vida, ni he estado con tal cantidad de facinerosos juntos... Oye, Bill, no te preocupes si te despiden, estás en mi nómina privada, ¿entiendes? Vamos a despedir a todo el mundo... Si no les gusta trabajar para nosotros, qué diablos, que vayan a ver si les gusta trabajar para otra gente... Este es un país libre. No quiero retener a nadie contra su voluntad... Oye, ¿cuánto tiempo te llevará poner a punto el modelo Moth pequeño? Ya sabes, el número dieciséis, tu auténtico Mosquito... Perfecto. Bien, si pudiéramos prepararlo a tiempo para que lo empleen como prototipo..., ya sabes, en sus estipulaciones... Dios, Bill, si lo lográramos... Íbamos a darnos la gran vida... No tendrás que preocuparte más de si los chicos pueden ir o no al colegio... Maldita sea, ¡hasta tú y tu mujer podréis ir al colegio si queréis...! Muy bien, perfecto.

Charley dejó el auricular sobre la mesa. Su secretaria, la señorita Finnegan, estaba de pie en el umbral de la puerta. Era pelirroja, de hermoso cutis con pecas alrededor de la nariz pequeña y afilada. Vestía con elegancia. Miraba a Charley con sus ojos grandes y húmedos mientras él dictaba su ley por el teléfono. Charley sintió que se le esponjaba un tanto el pecho; metió cuanto pudo la barriga. «Caray —oyó en alguna parte de la mente—. A lo mejor puedo tumbarme a Elsie Finnegan.»

Alguien había puesto una maceta de jacintos azules sobre su escritorio; emanaba de ellos un aroma de primavera que le hizo recordar de pronto Bar—le—Duc y las excursiones trucheras por el río Red.

También era una mañana con aroma de primavera cuando salió de la fábrica en su coche para efectuar el vuelo de prueba en el Mosquito Anderson. Había logrado dar el primer beso a Elsie Finnegan, y la había dejado agazapada y trémula en su mesa. Bill Cermak le había dicho por teléfono que la pequeña

nave estaba a punto y en buena forma. Charley había estado un par de horas atareado e inquieto en la oficina, tratando de ponerse en comunicación con la oficina de Nat Benton, para recabar información sobre una operación bursátil que había ordenado y de la que esperaba obtener buenos beneficios. Después de haberla besado, pidió a Elsie Finnegan que le pasara la comunicación de Nueva York al campo de aviación donde tendría lugar la prueba. Era agradable avanzar a través de la ciudad a medio construir, de las avenidas atestadas de camiones con materiales de construcción, conduciendo su coche en medio del tráfico, experimentando una sensación de fulgor y de fuerza ante el perfecto funcionamiento del embrague y la suave respuesta de las velocidades. El portero del campo de aviación le informó de que le esperaba la llamada de Nueva York. La audición era perfecta. Nat le había ingresado en el banco trece mil dólares. «Pobre pequeña Elsie —pensó mientras colgaba—. Tendré que comprarle algo verdaderamente bonito.»

—Un día maravilloso, ¿eh, Joe? —comentó ante el portero.

Bill lo esperaba junto al nuevo avión a la entrada del hangar, limpiándose la grasa de los dedos con un manojo de guata.

Charley le dio unas palmaditas en la espalda.

—Viejo Bill... ¿No te parece un gran día para la raza?

Bill mordió el anzuelo.

—¿Qué carrera, jefe?

—La raza humana, so bobo... Oye, Bill —prosiguió mientras se quitaba los guantes y el elegante abrigo de entretiempo—, no tengo ningún inconveniente en decirte que hoy me siento maravillosamente... Ayer gané trece de los grandes en la bolsa. Tan fácil como hacer rodar un tronco cuesta abajo.

Mientras Charley se ponía el mono, los mecánicos sacaron el avión hasta la hierba para que Bill realizara la última inspección.

—Cristo, qué bonito es...

La menuda nave de aluminio brillaba al sol sobre la hierba verde como un objeto precioso en la vitrina de un joyero. Entre la hierba había tréboles y dientes de león, y al acercarse Bill a Charley y detenerse a su lado se alzó desde sus negros zapatones un revuelo de pequeñas mariposas blancas.

Charley hizo un guiño a Bill, que de pie junto a él, con su mono azul, se miraba imperturbable la punta de los pies.

—Sonríe, hijo de perra —le dijo—. ¿El buen tiempo no te hace sentir a gusto?

Bill volvió hacia Charley su cara cuadrada de emigrante centroeuropeo.

—Escúcheme, señor Anderson: usted siempre me ha tratado bien..., desde los tiempos de Long Island City. Usted me conoce. Trabajo, me voy a casa, mantengo la boca cerrada.

—¿Qué es lo que estás pensando, Bill? ¿Quieres que te consiga otro aumento de sueldo? De acuerdo.

Bill sacudió la cabeza pesada y cuadrada y se frotó la nariz con un dedo índice negro.

—La Tern Company era un buen sitio de trabajo: buen trabajo, buena paga. Usted me conoce, señor Anderson, no soy un bolchevique... Pero tampoco soy un soplón.

—Pero maldita sea... Bill, ¿por qué no puedes decir a esos tipos que tengan un poco de paciencia...? Estamos elaborando un plan de participación obrera en los beneficios. También yo trabajé en el torno... He trabajado de mecánico por todo el condenado país... Sé perfectamente contra qué luchan los muchachos, pero también sé contra qué tienen que luchar los empresarios. Dios, este negocio está en pañales todavía; seguimos invirtiendo capital continuamente... Tenemos una responsabilidad ante los inversionistas. ¿Adonde piensas que va a parar el dinero que gané ayer, sino al negocio? El taller de los viejos tiempos era maravilloso: todo el mundo bromeaba, fumaba y contaba chistes verdes, pero el apremio de las circunstancias es muy grande hoy día. Si los departamentos no funcionan todos ellos como un reloj, nos vamos al traste. Si los muchachos quieren un sindicato, les daremos un

sindicato. Organiza un mitin y háblales de cómo pensamos, pero diles también que debemos tener algo de patriotismo. Explícales que nuestra industria está en primera línea de la defensa nacional. Mandaremos a Eddy Sawyer para que les hable..., para que les haga entender nuestros problemas.

Bill Cermak sacudió la cabeza.

—Hay muchos otros tipos que se encargan de eso.

Charley frunció el ceño.

—Bueno, veamos cómo va el avión —cortó con impaciencia—. Caray, es una maravilla.

El bramido del motor les obligó a guardar silencio. El mecánico bajó de la cabina y Charley se encaramó y se sentó ante los controles. Bill se sentó detrás. El avión rodó a gran velocidad a través del campo verde. Charley le hizo encarar el viento y apretó a fondo el acelerador. Al primer salto en el aire hubo una brusca sacudida. Y al inclinarse hacia adelante, Charley cortó el contacto.

Lo llevaban por el campo sobre una camilla. A cada paso de los hombres que la transportaban sentía que dos partes astilladas de su pierna crujían una contra otra en su interior. Trató de decir a los camilleros que sentía algo clavado en un costado, pero su voz era muy débil y ronca. En la penumbra del hangar intentó incorporarse sobre un codo.

—¿Qué diablos ha pasado? ¿Está bien Bill?

Los hombres sacudieron la cabeza, y al punto Charley perdió de nuevo el sentido, como un automóvil que se apaga al agotarse la gasolina.

En la ambulancia trató de preguntar al hombre de la chaqueta blanca qué había sido de Bill Cermak, y de recordar exactamente lo que había sucedido, pero la pierna acaparó todas sus fuerzas en su afán de no gritar.

—Oiga, doctor —consiguió rezongar al fin—, ¿puede sacarme estas astillas de aluminio del costado? El maldito aparato ha debido de volcar. Quizá no ha podido alzar el vuelo, de acuerdo, pero ya es hora de que me quiten el motor de encima. Eh, doctor, ¿es que no pueden darse prisa?

Cuando percibió la primera vaharada de hospital, se movían en torno a él varios grupitos de hombres de bata blanca. En el hospital había un fuerte olor a éter. Pero el problema residía en que no podía respirar. Alguien ha debido de soltar ese maldito éter. No, sobre mi cara no... El motor rugió. Habré estado viendo visiones. El rugido del motor se convirtió en un monótono sonsonete. Por supuesto, el aparato se ha alzado perfectamente, tan seguro y estable como uno de esos grandes y viejos bombarderos. Cuando despertó, la enfermera le ayudaba a vomitar en una palangana.

Cuando volvió a despertar —¡no, por el amor de Dios, no más éter! No, eran flores—, Gladys estaba a su lado con un gran ramo de guisantes de olor. Su cara tenía un aire fatigado.

—Hola, Glad, ¿cómo estás?

—Oh, Charley, he estado tan preocupada... ¿Cómo te sientes? Oh, Charley, un hombre de tu posición arriesgando la vida en vuelos de prueba... ¿Por qué no dejar que lo hagan los que se dedican a ello, me pregunto?

Había algo que Charley quería preguntar, pero algo había también que le infundía un gran temor.

—Oye, ¿qué tal están los niños?

—Wheatley se ha hecho una herida en la rodilla, y me temo que la niña tiene algo de fiebre. He telefoneado al doctor Thompson, pero creo que no es nada.

—¿Cómo está Bill Cermak?

A Gladys le temblaron los labios.

—Oh, bien —dijo, cortando bruscamente ambas palabras—. Bien, supongo que tendremos que suspender la fiesta... Había invitado a los Edsel Ford.

—Qué diablos, no ¿por qué? Aquí tu seguro servidor podrá asistir en una silla de ruedas. Oye, lo que me han puesto es una auténtica camisa de fuerza... Imagino que me he hecho polvo algunas costillas.

Gladys asintió con la cabeza; su boca empezó a hacerse más pequeña y delgada, y de pronto echó a llorar.

La enfermera se acercó y dijo en tono de reproche:

—Oh, señora Anderson...

A Charley no le importó que Gladys se fuera y lo dejara solo con la enfermera.

—Oiga, enfermera, ¿puede decirle al doctor que venga? Dígale que me encuentro bien y que quiero saber cuál es mi estado.

—Usted, señor Anderson, ahora no debe preocuparse por nada.

—Lo sé, pero dígale a la señora Anderson que quiero ponerme en contacto con la oficina.

—Hoy es domingo, señor Anderson. Ha venido a verlo mucha gente, pero no creo que el doctor les permita subir por el momento.

La enfermera era una chica de semblante fresco, con un ligero acento parecido al escocés.

—Apuesto a que es usted canadiense —dijo Charley.

—Acertó —dijo ella.

—Una vez conocí a una enfermera canadiense maravillosa. Si hubiera tenido el menor sentido común, me habría casado con ella.

El médico interno era un hombre de cara redonda, con los modales suaves y joviales de un maître en un gran hotel.

—Oiga, doctor, ¿es normal que la pierna me duela tan endiabladamente?

—Ya ve que aún no se la hemos arreglado por completo. Parece que hizo usted todo lo posible por perforarse un pulmón, pero por lo visto no lo consiguió. Tuvimos que quitarle varias pequeñas astillas de costilla.

—Pero no del pulmón...

—Afortunadamente, no.

—Pero ¿por qué diablos no me ajustaron la pierna al mismo tiempo?

—Bueno, estamos esperando a que el doctor Roberts llegue de Nueva York... La señora Anderson insistió en que fuera él. A nosotros, naturalmente, nos complace que sea él, pues es uno de los hombres más eminentes en su profesión... Será necesaria otra pequeña operación.

Fue cuando volvió en sí de la segunda operación cuando le dijeron que Bill Cermak había muerto por fractura de cráneo.

Hubo de permanecer en el hospital tres meses con la pierna escayolada y suspendida de una polea. Las costillas fracturadas curaban con rapidez, pero seguía respirando con dificultad. Gladys se ocupaba de las facturas de la casa y acudía al hospital unos minutos todas las tardes. Tenía siempre mucha prisa y se mostraba siempre terriblemente compungida. Charley tuvo que otorgar un poder a Moe Frank, su abogado, para que se ocupara de todos los asuntos. Moe Frank lo visitaba dos veces a la semana para charlar acerca de ellos. Charley hablaba poco; el dolor era tal que se sentía incapaz de comunicárselo a nadie.

Lo que más le agradaba era que Gladys enviara a Wheatley a visitarlo. El niño tenía entonces tres años y el hospital le parecía algo fantástico. Le encantaba contemplar cómo la enfermera manejaba las pequeñas pesas y aparejos del aparato donde suspendía Charley la pierna.

—Papá está viviendo en un avión —era el comentario que hacía siempre.

Tenía el pelo rubio claro y la nariz empezaba a adoptar una forma respingada. Charley pensaba que se parecía a él.

Marguerite era aún muy pequeña para que Charley disfrutara gran cosa con ella. Gladys la mandó una vez con la institutriz, y la niña berreó tanto ante el pavoroso aspecto de las poleas de su padre que hubo que llevarla inmediatamente a casa. Su madre no permitió que volviera. Charley y Gladys mantuvieron una violenta discusión acerca de la conveniencia o no de que Wheatley fuera a visitarlo, pues Gladys sostenía que no era bueno que el niño recordara a su padre postrado en el hospital.

—Pero, Gladys, el niño tendrá tiempo de sobra para olvidarlo; olvidará este maldito espectáculo bastante antes que yo.

Gladys hizo un mohín con los labios y guardó silencio. Cuando se fue, Charley la odió y se preguntó cómo había sido capaz un día de tener hijos con ella.

Empezaba ya a ver claramente que todo el mundo esperaba que se quedara cojo para el resto de su vida, cuando la pierna experimentó una franca mejoría. Hubo de esperar al invierno, sin embargo, para poder volver a casa con ayuda de unas muletas. Seguía padeciendo de cuando en cuando una suerte de dificultad nerviosa para respirar. La casa, mientras se arrastraba de un lado para otro, le parecía ahora extraña. Durante su ausencia, Gladys había cambiado la decoración de todas las habitaciones y hasta los criados eran diferentes. Charley no sentía ya que aquella casa fuera su hogar. Lo que más le complacía eran los masajes que recibía tres veces a la semana. Se pasaba el tiempo jugando con los niños y charlando con la institutriz, una estricta y anciana señora inglesa. Cuantió los niños se acostaban, se quedaba en su salita bebiendo whisky escocés con soda y sintiéndose nervioso y falto de aliento. Maldita sea, estoy engordando. Gladys, a la sazón, se mostraba más fría que nunca. Incluso cuando Charley tenía accesos de ira y la maldecía, Gladys, perfectamente maquillada, se quedaba contemplándolo con una expresión fría y disgustada. Gladys seguía recibiendo invitados con asiduidad, pero había explicado con perfecta claridad a los criados que el señor no se encontraba aún en condiciones de bajar y participar en las reuniones sociales. Charley empezó a sentirse como un pariente pobre en su propia casa. Una noche en que los Farrell venían a cenar, Charley se puso el esmoquin y bajó al salón cojeando y con la ayuda de las muletas. No había cubiertos para él en la mesa, y todos lo miraron como si vieran a un fantasma.

—¡Buen muchacho! —gritó Farrell con su peculiar voz estridente—. Tenía intención de subir después de la cena a charlar un rato contigo.

El asunto del que quería hablar con él Farrell, como comprobó Charley enseguida, era el siguiente: algún maldito picapleitos había persuadido a la tozuda de Cermak para que interpusiera una demanda contra la compañía, en la que exigía una indemnización de quinientos mil dólares, Farrell pensaba que si Charley iba a verla y hablaba con ella lograría convencerla para que se conformara con una pequeña pensión vitalicia. Charley replicó que no haría aquello por nada del mundo. Luego, en el curso de la cena, se emborrachó, tiró

las tazas de café de la sobremesa con una muleta y subió a acostarse hecho una furia.

Lo que más le divertía, además de jugar con los niños, era comprar y vender acciones y hablar por teléfono con Nat Benton. Nat solía decirle que estaba empezando a tener mano para la bolsa. Solía advertirle, asimismo, que estaba perdiendo influencia en la Tern y que si no hacía algo pronto acabarían por deshacerse de él. Pero Charley se encontraba demasiado mal como para participar en las reuniones del consejo de administración. Lo que sí hizo, sin embargo, fue vender aproximadamente la mitad de sus acciones en pequeños lotes. Nat le dijo que si actuaba con rapidez aún podría hacerse con el control del negocio, antes de que Andy Merritt pusiera en marcha la nueva reorganización, pero se encontraba tan nervioso y deprimido que se sentía incapaz de hacer el esfuerzo necesario. Al parecer lo único que era capaz de hacer era refunfuñar y llamar a Julius Stauch y armar escándalos por nimiedades. Stauch se había hecho cargo de su trabajo en el nuevo monoplano, y había obtenido un pequeño avión que había superado con éxito todas las pruebas. Cuando colgó el auricular tras su conversación con Stauch, Charley se sirvió un scotch, volvió a recostarse sobre el sofá, junto a la ventana, y murmuró para sí mismo: «Esta vez te han derrotado».

Una noche llegó Farrell y conversó con él durante largo rato, y al cabo dijo que lo que Charley necesitaba era una excursión de pesca, y que jamás se pondría bien si seguía por aquel camino. Añadió que había estado hablando con el doctor Thompson, quien aconsejaba también que se tomase tres meses de vacaciones e hiciera mucho ejercicio si quería volver a andar un día sin muletas.

Gladys no pudo acompañarle, pues la vieja señora Wheatley estaba enferma. Charley se acomodó en la parte trasera del Lincoln tipo limusina y salió con su chófer rumbo a Miami, con un juego de mantas y una petaca de whisky y un termo de café.

En Cincinnati se sintió tan desganado que se pasó un día entero en cama en el hotel. Mandó al chófer por unos folletos publicitarios de Florida a una agencia de viajes, y finalmente telefoneó a Nat Henton para pedirle que pasara

con él una semana en un campamento para pescadores en Cayo Largo. A la mañana siguiente salieron temprano. Había dormido bien, se sentía mejor y empezaba a disfrutar del viaje, pero el que lo llevaran en coche arropado en mantas como a una vieja le hacía sentirse como un maldito imbécil. Además, se sentía muy solo. El chófer no era precisamente el tipo de persona con quien se pudiera conversar. Era un canadiense de habla francesa y con cara agria, a quien Gladys había contratado porque consideraba enormemente distinguido darle órdenes en francés a través del tubo acústico del coche. Charley estaba seguro de que el muy bastardo le timaba en la gasolina y el aceite y las reparaciones en carretera, pues al parecer el condenado Lincoln se estaba convirtiendo en un pozo sin fondo en lo relativo a la gasolina y el aceite.

El sol brillaba en Jacksonville. Charley se permitió el placer de despedir al chófer en cuanto llegaron a la puerta del hotel; se fue enseguida a la cama con una pinta de whisky de pésima calidad que le vendió el botones, y se durmió como un bendito.

Por la mañana se despertó tarde y sediento, pero con buen ánimo. Después del desayuno, pagó la cuenta del hotel y se fue a dar un paseo en coche por la ciudad. Resultaba agradable hacerse él mismo la maleta, sentarse frente al volante y conducir su propio coche.

La ciudad tenía un aire desvencijado a la luz del sol, bajo un cielo azul constelado de nubes grandes y blancas. Charley se detuvo a tomar un trago en el restaurante contiguo a la estación de autobuses. Se sentía tan bien que salió del coche sin las muletas y avanzó cojeando por la calzada caliente. El viento agitaba las revistas y las hojas rosadas y verdes claras de los periódicos frente a la vidriera del restaurante. Cuando alcanzó la barra y se sentó en un taburete, estaba sin aliento.

—Déme un zumo de lima; sin azúcar, por favor —dijo a un camarero de cara ratonil.

El camarero no le hizo ningún caso: miraba hacia el otro lado, Charley sintió que su carne enrojecía; su primer pensamiento fue hacer que lo despidieran, pero luego miró hacia donde miraba el chico. En el otro extremo de la barra había una joven rubia comiendo un bocadillo. Era muy guapa. Vestía un traje

gris azulado con ribetes de encaje blanco en el cuello y los puños, y un pequeño sombrero negro. Tenía una expresión de asombro en el semblante, como si acabara de oír algo extraordinariamente gracioso. Haciendo caso omiso de su pierna, Charley se deslizó unos cuantos taburetes más allá y se acercó a ella.

—Eh, ¿qué pasa con esa lima? —le gritó jovialmente al camarero de cara ratonil.

La joven miraba a Charley. Sus ojos eran de un azul perfecto y claro.

—Quizás usted sepa decirme cuánto se tarda para llegar en autobús a Miami, señor —dijo la chica dirigiéndose a Charley—. El jovencito se cree muy ingenioso y no hay manera de que suelte ninguna información.

—¿Qué le parece si vamos hasta allí y lo comprobamos? —propuso Charley.

—Vaya, sí que son graciosos en Florida... Otro humorista.

—No, lo digo en serio. Permítame que la lleve a Miami en mi coche; le hará un gran favor a un hombre enfermo.

—¿Y seguro que no correré un albur peor que la muerte?

—Estará usted perfectamente a salvo conmigo, joven dama. Soy casi un tullido. Le enseñaré las muletas en el coche.

—¿Qué le pasó?

—Un accidente de aviación.

—¿Es usted piloto?

Charley asintió.

—No parece demasiado esbelto para ser un Lindbergh —dijo ella, mirándole de arriba abajo.

Charley enrojeció.

—He engordado un poco. He estado enjaulado a causa de esta maldita pierna.

—Bien, me parece que aceptaré. Si subo a su coche y me despierto en Buenos Aires, será culpa otra vez de mi mala suerte.

Charley trató de pagarle el café y el bocadillo, pero la joven se negó. Había algo en aquella chica que a Charley le hacía reír continuamente.

Se levantaron, y cuando ella vio cómo cojeaba hizo un mohín con los labios.

—Oiga, la cosa es seria... —dijo.

Y cuando vio el coche de Charley, se detuvo en seco y exclamó:

—¡Cielos! Resulta que somos millonarios...

Subieron riendo al coche. A Charley le hacía reír el modo de hablar de la chica, que se negó a decir cómo se llamaba.

—Llámeme madame X —dijo.

—Entonces tendrá que llamarme a mí míster A —replicó Charley.

Bromearon y rieron durante todo el trayecto hasta Daytona Beach, donde se apearon del coche y fueron a darse un chapuzón. Charley se sentía avergonzado de su barriga, de su piel pálida y de su cojera, mientras paseaba a su lado por la playa. Morena y esbelta en su traje de baño azul, la joven tenía muy buen tipo, aunque sus caderas eran un poco grandes en proporción a su figura.

—En cualquier caso, podía haber sido peor si hubiera salido del accidente con una pierna más corta que la otra. El doctor dice que me quedará perfectamente bien si hago ejercicio con ella como es debido.

—Claro que sí. Estará cómo nuevo en poco tiempo. Y pensar que en el restaurante creí que era usted uno de esos viejos que buscan una amiguita...

—Yo creo que es usted una maravilla, madame X.

—Tenga cuidado de no poner nada por escrito, míster A.

La pierna le dolía insoportablemente cuando salió del agua, pero ello no impidió que sintiera un apetito enorme por primera vez en mucho tiempo.

Tras una copiosa comida de pescado, reanudaron el viaje. La chica apoyó la pulcra cabecita sobre su hombro y se durmió. Charley se sentía feliz conduciendo por la tersa y recta autopista de cemento; estaba, sin embargo, fatigado. Por la noche llegaron a Miami, y ella hizo que la llevara hasta un pequeño hotel situado al otro lado de las vías del tren, donde se despidió sin permitirle que entrara con ella.

—Pero, por Dios, ¿no podríamos volver a vernos?

—Claro que sí. Puede venir a verme cuando quiera al Palms. Trabajo allí, en el espectáculo.

—Sinceramente... Ya había notado que tenía talante artístico, pero no imaginaba que fuera usted profesional.

—Me ha hecho un gran favor, míster A. Ahora puedo decírselo... Cuando nos conocimos, tenía exactamente el dinero justo para pagar el bocadillo de jamón, y si no llega usted a traerme habría perdido la oportunidad de trabajar aquí... Ya se lo recordaré algún día...

—Dígame su nombre. Me gustaría llamarla por teléfono.

—Dígame el suyo.

—Charley Anderson. Me alojaré, muerto de aburrimiento, en el Miami—Biltmore.

—¿Así que es realmente el señor A? Bien, adiós, señor A. Y un millón de gracias —dijo, y entró corriendo en el hotel.

Charley estaba ya loco por ella. Se sentía tan cansado que alcanzó apenas a llegar hasta el hotel. Subió a su habitación, cayó rendido en la cama y, por primera vez en muchos meses, se durmió sin necesidad de emborracharse.

Una semana más tarde, llegó Nat Benton. Le sorprendió sobremanera encontrar a Charley en tan buena forma.

—No hay nada como cambiar de aires —dijo Charley, riendo.

Fueron juntos en coche hasta los cayos de Florida. Charley llevaba en el bolsillo la foto de Margo Dowling. Era una fotografía profesional en la que aparecía ataviada de española para su número. Charley había ido al Palms todas las noches, pero aún no había conseguido que la chica saliera con él. Siempre que sugería algo al respecto, la chica movía la cabeza, hacía una mueca y decía:

—Algún día se lo contaré todo.

La última noche, sin embargo, había accedido a darle un número telefónico donde podría llamarla.

Nat trataba una y otra vez de hablar de la bolsa y de la gran reorganización de la Tern & Askew—Merritt que Andy Merritt estaba perfilando, pero Charley le hacía callar diciendo:

—Oh, maldita sea, hablemos de otra cosa...

El campamento, dejando a un lado los fieros mosquitos, era un lugar aceptable. Pasaron una jornada pescando barracudas y meros a lo largo de la costa. Habían llevado una jarra de ron cubano en la motora, y vieron pasar el día pescando y bebiendo y comiendo bocadillos. Charley contó a Nat los detalles del accidente.

—Con sinceridad, no creo que la culpa fuera mía. Fue una de esas cosas endiabladas que no se pueden evitar... Y ahora me siento como si hubiera perdido al último amigo que me quedaba. De verdad, habría dado todo lo que tengo en el mundo con tal de que no le hubiera pasado eso a Bill.

—Bueno —dijo Nat—, después de todo no era más que un mecánico.

Un día, cuando volvían al hotel después de la jornada de pesca, borrachos y con las manos y los pantalones oliendo a pescado, bronceados por la deslumbrante luz del sol y algo mareados por el ruido y el tufo del motor y por el balanceo de la lancha, les esperaba un telegrama de la oficina de Nat.

DESCONOCIDO VENDE MASIVAMENTE

ACCIONES TERN STOP BAJAN CUATRO PUNTOS

Y MEDIO STOP TELEGRAFÍE INSTRUCCIONES

—¿Instrucciones?... Maldita sea —dijo Benton, metiendo apresuradamente sus cosas en la maleta—. Iremos a ver lo que pasa. ¿Qué te parece si alquilamos un avión aquí, en Miami?

—Tú vete en avión —dijo Charley con frialdad—. Yo iré en tren.

Charley, en Nueva York, se pasaba el día sentado en el cuarto posterior de la oficina de Nat Benton, fumando cigarro tras cigarro, atento al teletipo, nervioso e irritado, y se movía en taxi por la ciudad, de un lado para otro, recabando información confidencial de oscuros amigos de Nat y de Moe Frank. Al final de la semana había perdido cuatrocientos mil dólares y se había deshecho de cuantas acciones aeronáuticas tenía en su poder.

Mientras permanecía sentado en la oficina de Benton representando la gran función de los negocios, contaba —como cuando era niño en la escuela— los minutos que faltaban para el cierre de la bolsa, ansioso por ir a un bar clandestino de la calle Cincuenta y dos a reunirse con una chica de pelo teñido con *henna*, llamada Sally Hogan y a la que había conocido con Nat en el Club Dover. Era la primera chica con la que había entablado relación desde su llegada a Nueva York. Sally Hogan le traía sin cuidado, pero necesitaba la compañía de una chica. Ambos estaban registrados en el hotel como el señor y la señora Smith.

Una mañana, mientras desayunaban en la cama, oyeron unos golpecitos en la puerta.

—Adelante —gritó Charley, pensando que era el camarero.

Entraron precipitadamente en la habitación dos individuos de aspecto astroso, seguidos por O'Higgins, un picapleitos con quien se había encontrado

un par de veces en Detroit. Sally lanzó un chillido y se cubrió la cara con una almohada.

—¿Qué hay, Charley? —dijo O'Higgins—. Lamento tener que hacer esto, pero sólo cumplo con mi deber. No niega que es usted Charley Anderson, ¿verdad? Bien, preferí que lo oyera de mis labios en lugar de que tuviera que leerlo en términos legales. La señora Anderson le ha planteado una demanda de divorcio en Michigan... Ya es suficiente, muchachos.

Los dos hombres se inclinaron dócilmente y salieron de espaldas por la puerta.

—Maldita sea, qué jugarreta más asquerosa...

—La señora Anderson mandó detectives sobre su pista desde que despidió usted al chófer en Jacksonville —explicó O'Higgins.

Charley tenía tal dolor de cabeza y se sentía tan débil a causa de la resaca que fue incapaz de incorporarse. Habría querido levantarse y dar un puñetazo al hijo de perra de O'Higgins, pero hubo de quedarse allí acostado y aguantar el temporal.

—Ella jamás me ha dicho nada de esto en sus cartas... Y me ha estado escribiendo a menudo. Jamás ha habido ningún problema entre nosotros.

O'Higgins sacudió su cabeza de pelo rizado.

—Qué lástima —dijo—. Tal vez si puede usted hablar con ella y arreglarlo en privado... Verá, mi consejo en estos casos suele ser que las partes traten de arreglar las cosas fuera de los tribunales. Bueno, lo siento de corazón, amigo; lamento haberles causado a usted y a su encantadora amiga todas estas molestias... Nada de resentimientos, espero, Charley, viejo... Pensé que todo sería menos violento, más abierto y leal, si venía yo en persona, si usted veía una cara conocida y afable, por así decirlo. Estoy seguro de que el asunto puede arreglarse amistosamente.

Se quedó allí unos instantes, frotándose las manos y moviendo la cabeza, y luego se volvió y fue de puntillas hasta la puerta. Se detuvo en el umbral, con una mano en el pomo, y agitó la otra garra en dirección a la cama.

—Bien, hasta pronto, Sally... Supongo que te veré en la oficina.

Y cerró la puerta a su espalda. Sally había saltado de la cama y corría hacia la puerta con una expresión horrorizada en el semblante. Charley, pese a su fuerte dolor de cabeza, »e echó a reír.

—Oh, no te preocupes, chiquilla... —dijo—. Me está bien empleado por ser tan incauto... Todos tenemos que ganarnos la vida... Vamos, vuelve a la cama.

Noticiario LX

¿Se podía culpar a Céline? Al joven Scotty el matrimonio no le parecía sino una aventura traviesa, un tiempo de desenfreno que había que gozar en buena posición económica. Pero cuando le empezó a pedir dinero y cosas de lujo cuyo precio excesivo él no podía pagar, ¿trató Céline de llegar a un acuerdo? ¿O se negó a ver el sentido sagrado de la palabra esposa?

EL RUFIÁN EXCLUIDO EN EL REPARTO

DE LOS BENEFICIOS DENUNCIA

LA CONSPIRACIÓN ASESINA

LA DECISIÓN SOBRE LAS TUBERÍAS

DE HIERRO COLADO ES REVOCABLE

Sucedió en una noche como ésta

En una pequeña población española

el ánimo especulador se vio alentado a comienzos de semana gracias a las más favorables perspectivas. El buen tiempo contribuyó en gran manera a disipar los signos de vacilación de que últimamente dieron muestra ciertas transacciones comerciales

Vuelvo a estar enamorado

Y llega

La primavera

Vuelvo a estar enamorado

Escucha cómo vibran

Las cuerdas de mi corazón

LA COMEZÓN DESAPARECIÓ EN UNA NOCHE

miles de mujeres prósperas y felices empezaron a ganar el doble y el triple de sus salarios anteriores, y a veces aún más C inmediatamente

Sí señor, ésta es mi chica

¡Esta es mi chica ahora!

EL CABEZA DE TURCO DEL PROCESO DEL SIMIO SE REUNIRÁ

CON SUS ABOGADOS

El misterioso señor Y llamado a testificar

una exquisita réplica diminuta de una soleada casa de campo francesa de las orillas del Ródano, construida atrevidamente sobre la cima de Sunset Ridge. Domina la más bella región lacustre de Nueva Jersey, donde cada ventana se abre a paisajes de sorprendente belleza

Y la melodía que estoy entonando

No volveré a irme a vagabundear como un chiquillo

Me quedaré en casa y volveré a ser un chiquillo

LOS VECINOS PROHÍBEN LA ALGARABÍA NOCTURNA

EN LOS BAÑOS TURCOS

TODA LA POLICÍA DE LA CIUDAD A LA CAZA DEL BANDIDO

EN LA APERTURA DE LA JORNADA DESTACA

LA BAJA DE LA CONGOLEUM

por sexta semana consecutiva, el transporte de mercancías supera en este país la barrera del millón de dólares, lo que demuestra que la prosperidad es general y que los récords se alcanzan y se baten por doquier

Adiós Este y adiós Oeste,

Adiós Norte y adiós todo lo demás

Hola Swan hola

MARGO DOWLING

Cuando Margo volvió a la ciudad después de su temporada primaveral en Miami, todo el mundo elogió vivamente lo hermosa que estaba con su bronceado y sus ojos azules y su pelo decolorado por el sol de Florida. Pero se encontró, desde luego, con novedades importantes. Los Mandeville se hallaban en una situación pésima. A Frank, que había estado internado en un hospital durante tres meses, le habían extirpado un riñón. Y seguía tan enfermo que Agnes había tenido que despedirse del salón de té para quedarse en casa a cuidarle. Se habían convertido en adeptos de la Ciencia Cristiana* y rechazaban la medicina convencional. Hablaban constantemente de la necesidad de pensar rectamente y de cómo Frank había sido salvado por la señorita Jenkins, una sanadora de la Ciencia Cristiana que Agnes había conocido en el salón de té. Debían quinientos dólares de los gastos de médico y hospital, y se pasaban el día hablando de Dios. Era una gran suerte que el señor Anderson, el nuevo acompañante de Margo, fuera un hombre adinerado.

[* Secta religiosa fundada por Mary Baker Eddy en 1866 que rechaza la medicina convencional. (N. del T.)]

El señor A, como Margo le llamaba, insistía en alquilarle un apartamento en Park Avenue, pero Margo respondía siempre que se olvidara del asunto, que quién se había creído que era, ¿una mantenida? Permitía que jugara un poco a la bolsa de su parte, que le comprara ropa y joyas y que la llevara los fines de semana a Atlantic City y a Long Beach. El señor A había sido piloto y recibido condecoraciones durante la guerra, y poseía grandes inversiones en compañías aeronáuticas. Bebía en exceso; era un tipo fornido y rubicundo que aparentaba

ser más viejo de lo que era; era también muy parlanchín y difícil de manejar cuando había bebido, pero era generoso y le gustaba reír y hacer bromas cuando se sentía bien. Margo pensaba que era una persona excelente.

—¿Y qué vas a hacer con un tipo que coge el teléfono y te consigue mil dólares? —decía Margo cuando quería tomarle el pelo a Agnes.

—Margie, querida, no debes hablar de ese modo —respondía Agnes—. Suena a tan interesado.

Agnes, aquellos días, hablaba sin cesar de amor y de pensamientos rectos y de sinceridad y de bondad. Margo prefería escuchar al señor Anderson jactarse de sus éxitos en la bolsa y de los aviones que había diseñado, y de que planeaba organizar una red de líneas de aviación al lado de la cual la Pensilvania Railroad parecería una línea suburbana de autobuses.

Noche tras noche, se sentaba con él en los bares clandestinos de los alrededores de la calle Cincuenta, bebiendo whisky y oyéndole hablar de sus negocios y de cómo estaba decidido a acabar con aquella camarilla de Detroit que intentaba descolgarle de la Standard Airparts y de su divorcio y de la enorme cantidad de dinero que estaba costándole. Una noche en el Stork Club, mientras le enseñaba fotografías de sus hijos, se derrumbó de pronto y se puso a gimotear. Los tribunales acababan de concederle a su esposa la custodia de los niños.

El señor A sobrellevaba sus problemas con dignidad. Uno de los peores era el de una pelirroja con quien le habían sorprendido en un hotel los detectives de su mujer y que le hacía continuamente chantaje bajo amenazas de demandarlo por incumplimiento de promesa de matrimonio y de airear toda la historia en los periódicos de la cadena Hearst.

—Oh, qué horrible —solía decir Agnes cuando Margo le contaba todas estas cosas mientras tomaban una taza de café al mediodía—. Si al menos pusiera en práctica el pensar rectamente... Debes hablarle y hacer que lo intente y que compruebe los resultados... Si lograra entender..., estoy segura de que todo sería diferente... Un hombre de éxito como él debería estar lleno de pensamientos rectos.

—Está anegado en Canadian Club, ése es el problema... Tendrías que ver el trabajo que me cuesta llevarlo a casa por las noches.

—Eres la única amiga que tiene —decía Agnes poniendo los ojos en blanco—. Creo que es noble de tu parte que te mantengas a su lado.

Margo estaba pagando todas las facturas domésticas atrasadas^ abrió una pequeña cuenta en el Howery Savings Bank para sentirse más segura. Tenía la impresión de que empezaba a «cogerle el truco» al juego de la bolsa. El no trabajar, sin embargo, le hacía sentirse inútil, y la llevaban los demonios al andar vagando por el apartamento las tardes de verano sin hacer nada, oyendo a Agnes leerle a Frank Science and Health con voz monótona. Hastiada de la situación, empezó a recorrer las tiendas de modas en busca de un empleo de modelo.

—Quiero aprender sobre la ropa —le explicaba a Agnes—. La mía siempre parece como si estuviera hecha de sacos de harina.

—¿Estás segura de que al señor Anderson no le importará?

—Si no le gusta, tendrá que aguantarse —dijo Margo, echando hacia atrás la cabeza.

En el otoño, finalmente, la contrataron en la nueva boutique francesa de Piquot, en la calle Cincuenta y siete. Era un trabajo pesado, pero le dejaba las noches libres; Margo confió a Agnes su certeza de que si le ocurría perderle de vista una sola noche, el señor Anderson caería en manos de alguna mujerzuela.

Agnes estaba encantada de que Margo hubiera dejado el mundo del espectáculo.

—Nunca pensé que fuera bueno para ti hacer ese tipo de trabajo, y ahora presiento que puedes llegar a ser una gran fuerza bienhechora para el pobre señor Anderson.

Siempre que Margo les contaba que el señor Anderson había realizado una nueva operación cuantiosa y arriesgada en la bolsa, Agnes y Frank concentraban en él su pensamiento y le deseaban éxito con todas sus fuerzas.

Jules Piquot era un francés de mediana edad y cara redonda, con un cómico contoneo en su andar de pato y que estaba convencido de que todas las chicas estaban locas por él. Tomó gran afecto a Margo, o tal vez sólo se tratara de que había averiguado de algún modo que su protector —como él lo llamaba— era millonario. Acostumbraba a decirle que debía conservar siempre aquel dorado y hermoso bronceado, y la obligaba a llevar el pelo suelto y liso, en lugar de los rizos con que se peinaba desde sus tiempos de corista.

—¿De qué sirve confeccionar bellos vestidos para las mujeres americanas si se empeñan en conservar un saludable aspecto de lecheras? —decía—. Donde tenéis que hacer interesante un vestido es aquí —exclamaba, golpeándose la pechera de su camisa plisada de seda con un puño rollizo y ensortijado—. Es dramático... En América lo único que importa es un perfecto treinta y seis de cintura.

—Oh, ya veo que usted piensa que somos muy poco retinados —respondía Margo.

—Si tuviera algo de capital —decía Piquot, con voz quejumbrosa mientras volvía a su oficina en el entresuelo, toda de cristal y blanco cáscara de huevo y mobiliario de aluminio—, haría de Nueva York la ciudad más elegante del mundo.

Margo disfrutaba exhibiendo los modelos de París y las provocativas creaciones del propio Piquot mientras se paseaba airosa sobre las tupidas alfombras de color crema. Era bastante mejor que menear el trasero en el escenario. No tenía que bajar a pasar modelos hasta tarde. Las salas donde se pasaban los modelos eran cálidas e inmaculadas; flotaba en el aire un tenue y acre olor a materiales nuevos y a tintas y a bolas de naftalina, mezclado con un aroma de cigarrillos egipcios perfumados. Las modelos disponían de un cuarto al fondo de las salas donde se sentaban a leer revistas y a charlar de tratamientos de belleza y de funciones de teatro y de la temporada de fútbol cuando no había clientes. Habitualmente había tan sólo otras dos modelos, aunque tampoco eran muchas las clientes. Las chicas solían decir que Piquot estaba al borde de la quiebra.

Cuando llegaron las rebajas, después de Navidad, Margo convenció a Agnes para que fuera a la tienda un lunes por la mañana y se comprara tres magníficos trajes largos de treinta dólares cada uno; le indicó cuáles debía elegir, y simuló no conocerla cuando salió contoneándose a la sala a exhibir los nuevos modelos de primavera.

Ya no había ninguna duda de que Piquot se estaba arruinando. Los acreedores se arremolinaban en su oficina del entresuelo; se adeudaban tres semanas de salario a las empleadas y la cara de luna del señor Piquot se marchitaba y se llenaba de hondas y finas arrugas. Margo empezó a pensar en la conveniencia de buscarse un nuevo empleo, sobre todo teniendo en cuenta que los hábitos etílicos del señor A se hacían cada día más difíciles de manejar. Estudiaba todas las mañanas los informes bursátiles. Ya no tenía la fe inicial en el olfato del señor A, pues había comprado Sinclairs por indicación suya y había tenido que cubrir su imagen por valor de trescientos dólares, que ahora debía a su agente.

Un sábado se armó un gran revuelo en la boutique de Piquot. El propio Piquot entraba y salía en tromba de su oficina agitando los cortos brazos, ora refunfuñando, ora riendo, y cloqueando, y arrollando a las vendedoras y a las modelos como un gallo nuevo en un gallinero. Alguien iba a venir a sacar fotografías para la revista *Vogue*. El fotógrafo resultó ser un joven judío de tez pálida y grandes ojeras. Traía una gran cámara profesional y numerosas bombillas de fogonazo instantáneo, con ondulaciones plateadas en su interior, que Piquot no paraba de manosear cautelosamente mientras exclamaba:

—Maravilloso invento... Antes nunca había permitido que tomaran fotografías, pues detesto las explosiones y el consiguiente peligro de incendio.

Era un cálido día de febrero y en las salas de los pases de modelos hacía un calor sofocante a causa de la calefacción de vapor. El joven fotógrafo estaba empapado de sudor cuando reapareció bajo el paño negro. Piquot no lo dejaba en paz ni un instante; exigía ser retratado en diferentes poses: Piquot en su oficina, Piquot sobre el tablero de dibujo, Piquot entre modelos... Las chicas temían que nunca llegara su turno, el fotógrafo, acosado, repetía:

—Déjeme en paz, señor Piquot... Deseo pensar alguna toma Artística.

Las chicas empezaron a reírse tontamente. Al fin Piquot, presa de una rabieta, fue a encerrarse en su oficina. Podían verle a través de la mampara de cristal, sentado en su escritorio con la cabeza entre las manos. Luego las cosas se calmaron. El fotógrafo y Margo se entendían a las mil maravillas. El joven judío le susurraba que hiciera lo posible por mantener a aquel viejo caballero lejos de la cámara. Y cuando se despidió para subir al piso donde estaba el taller de confección, le tendió su tarjeta y le preguntó si no le importaría pasar por su estudio algún domingo para que la fotografiara. Para él podría suponer mucho, y a ella no le costaría nada. Estaba seguro de que podía lograr algo cabalmente artístico. Margo aceptó la tarjeta y dijo que pasaría por su estudio al día siguiente por la tarde. La tarjeta rezaba: MARGOLIES, FOTÓGRAFO DE ARTE.

Aquel domingo el señor A la llevó a almorzar al hotel Pensilvania, y luego Margo se las arregló para hacer que la llevara al estudio de Margolies. Imaginaba que el joven judío no era precisamente un hombre acomodado, y pensaba hacer que el señor A le pagara la serie de fotografías. El señor A estaba dolido, pues había sacado el coche grande con intención de llevarla a una pequeña excursión siguiendo el curso del Hudson, pero al final accedió. El estudio de Margolies era muy curioso. Todo él estaba cubierto con colgaduras de terciopelo negro; había biombos de diferentes tamaños y colores —blancos y negros y amarillos y verdes y plateados— por todo el recinto, bajo las mugrientas claraboyas. También el joven judío actuaba de una manera extraña, como si le hubiera sorprendido sobremanera la visita.

—Yo ya no trabajo en esto —dijo—. Este es el estudio de mi hermano Lee, y estoy atendiendo a su clientela mientras está de viaje... A mí lo que me interesa es el arte del futuro.

—¿A qué arte se refiere? —preguntó malhumorado el señor A, cortando la punta de un cigarro y mirando a su alrededor en busca de un lugar para sentarse.

—Al cine. Me llamo Sam Margolies... Oirán hablar de mí, si es que no lo han hecho ya.

El señor A, ceñudo e impaciente, se sentó en un estrado de terciopelo polvoriento.

—Bueno, apresúrese... Queremos salir a dar una vuelta en coche.

A Sam Margolies parecía irritarle el que Margo hubiera venido vestida de calle. La miró durante un buen rato con sus petulantes ojos grises.

—Tal vez no pueda hacer nada... No puedo crear si estoy con prisas..., la había imaginado vestida de española, con un majestuoso traje negro.

Margo se echó a reír.

—No soy exactamente el tipo.

—Una pequeña infanta de Velázquez —dijo Margolies.

Tenía un marcado acento extranjero cuando hablaba con vehemencia.

—Bueno, estuve casada con un español en una ocasión... Quedé harta de grandes de España y ese tipo de cosas...

—Un momento, un momento... —la interrumpió Sam Margolies, paseándose una y otra vez en torno a ella—. Ya está: primero en traje de calle y luego... —Salió precipitadamente de la sala y volvió con un chal negro de encaje de infanta en la antigua corte de España.

—No sabe lo que es estar casada con uno de esos aristócratas —dijo Margo. Y vivir en una mansión llena de parientes nobles y amanerados.

Mientras Sam Margolies la preparaba para posar en traje de calle, el señor A se movía de un lado para otro jugueteando nerviosamente con su cigarro. Parecía que el cielo se estaba encapotando, porque la claraboya se oscurecía por momentos. Cuando el fotógrafo encendió los focos e iluminó a Margo, la claraboya se volvió azul, como si estuvieran sobre un escenario. Luego, cuando llegó el momento de posar de española y hubo de desnudarse de cintura para arriba, dejando caer al suelo ropa interior y cubriéndose sólo con el chal, Margo observó que el señor A dejaba de fumar y miraba la escena fijamente. El reflejo de los focos hacía centellear sus pupilas.

Una vez finalizada la sesión, mientras bajaban las polvorientas escaleras de madera, el señor A dijo:

—No me gusta ese tipo... Me recuerda a los alcahuetes.

—Oh, no, es que es un artista —protestó Margo—. ¿Cuánto dijo que costaban las fotografías?

—Mucho —contestó el señor A.

En el portal en penumbra que olía a repollo cocinándose, él la atrajo hacia sí y la besó. Margo pudo ver, a través de la puerta de cristal, el agitado parpadeo de la nieve que caía sobre la calle desierta e iluminada por las farolas.

—Al infierno con él —dijo el señor A, extendiendo los dedos en torno a ella y abarcando su cintura—. Eres una gran chiquilla, ¿sabes? Oye, me gusta esta casa. Me recuerda los viejos tiempos.

Margo movió la cabeza y parpadeó.

—Nuestro paseo se va al traste —dijo—. Está nevando.

—¿Paseo? ¡Al diablo! —exclamó el señor A—. Hagamos como si estuviéramos enamorados al menos esta noche... Primero iremos al Meadowbrook a tomar unas copas... Cristo, me gustaría haberte conocido antes de hacer dinero, cuando vivía en callejuelas y en cuartos llenos de chinches...

Ella dejó descansar la cabeza sobre su pecho unos instantes.

—Charley, eres fenomenal —le susurró.

Aquella noche, Charley hizo que Margo le prometiera ir a vivir con él cuando Agnes llevara a Frank a casa de su hermana en Nueva Jersey; Agnes pensaba que el aire puro del campo le sentaría bien a Frank.

—Si supieras lo asqueado que estoy de esta maldita vida que llevo... —dijo Charley.

Ella lo miró a los ojos, fijamente.

—¿Tú crees que a mí me gusta, señor A?

Aquella noche sentía cariño por el señor Anderson.

A partir de aquel domingo, Sam Margolies llamó a Margo casi todos los días al apartamento y a la tienda de Piquot. Le envió también las fotografías, enmarcadas y listas para colgar, pero Margo no quiso verlo. Tenía muchas cosas en qué pensar: estaba sola en el apartamento, pues Agnes había llevado por fin a Frank al campo con ayuda de un senador y de muchas horas de lectura de *Science and Health*, y tenía que pagar muchas facturas y recibía diariamente cartas de Tony, que había averiguado su dirección, diciéndole que estaba enfermo y mendigando dinero y permiso para pasar por el apartamento a visitarla.

Un lunes por la mañana, Margo llegó tarde a la tienda de Piquot y encontró a las chicas arremolinadas ante la puerta cerrada. Al pobre Piquot lo habían encontrado muerto en la bañera; había ingerido cianuro potásico. Las chicas protestaban ruidosamente, pues ya nadie pagaría sus salarios atrasados.

La muerte de Piquot impresionó vivamente a Margo, que no se atrevió a volver a la soledad del apartamento. Fue a Altman's e hizo algunas compras; luego, al mediodía, llamó al señor A a la oficina para contarle lo de Piquot y pedirle que almorzara con ella. Esfumado su empleo con la muerte de Piquot, no podía hacer otra cosa que pedir un préstamo al señor A. Dos mil dólares serían suficientes para sacarla del apuro, y podría además desempeñar el solitario que le había regalado Tad. A lo mejor, si le picaba en el amor propio, lograba sacarle alguna información que le permitiese realizar una buena operación en la bolsa. En la oficina le dijeron que el señor Anderson no llegaría hasta las tres. Fue a Schrafft s y, sola en medio del tropel de cloqueantes compradoras, almorzó empanadillas de pollo.

Aquella noche tenía una cita con el señor A en un bar clandestino francés de la calle Cincuenta y dos, donde a menudo cenaban. Cuando volvió al apartamento, después de lavarse y ondularse el pelo en la peluquería, era aún temprano para vestirse, y se entretuvo ojeando la ropa y pensando qué ponerse. El apartamento vacío le producía una sensación de soledad apacible. Pasó largo rato arreglándose las uñas, y luego empezó a probarse, uno tras

otro, los vestidos. Amontonados y arrugados sobre la cama, creyó descubrir alguna mancha en todos ellos. Se hallaba ya al borde de las lágrimas cuando finalmente, después de decidirse por un traje de noche verde claro de la boutique de Piquot —sobre el que no se sentía muy segura—, se puso el abrigo de piel y salió del apartamento. Bajó al portal maloliente en el ascensor desvencijado, y mandó al ascensorista en busca de un taxi.

En el vestíbulo de la anticuada y lujosa mansión convertida en restaurante, había columnas blancas y un cálido y rosado fulgor de luz indirecta. Al entrar en el comedor y pisar la tupida alfombra, la invadió por primera vez aquel día una agradable sensación de bienestar. El maître la acompañó cortésmente hasta una mesa, donde, mientras sorbía un cóctel old—fashioned, notó la mirada de los hombres y se sonrió al pensar en lo que dirían las modelos de Piquot de una dama que llegaba antes que su galán al lugar de la cita. Deseó que el señor A llegara pronto, para contarle la historia y dejar de imaginarse al pobre Piquot, víctima del cianuro, encogido y muerto en la bañera.

Tenía el relato en la punta de la lengua cuando, en lugar del señor A, se inclinó sobre su mesa un joven de cara enjuta y cabeza alargada de pelo rubio. Margo se irguió en su silla para fulminarle con la mirada, pero al oír sus palabras sonrió.

—Señorita Dowling..., discúlpeme —dijo el joven con voz confidencial y cierto acento de Brooklyn— Soy el secretario del señor Anderson. Mi jefe ha tenido que tomar apresuradamente un avión para Detroit, por asuntos de negocios. Sabía bien cuánto deseaba usted ir al estreno en el Music Box, y me mandó a comprar las entradas. Aquí las tiene; por poco tengo que pegarme con un tipo para conseguirlas. El jefe dijo que quizá le gustaría invitar a la señora Mandeville.

Había hablado apresuradamente, como si temiera que Margo fuera a hacerle callar; al cabo, aspiró profundamente y sonrió.

Margo cogió las dos entradas verdes y dio con ellas unos malhumorados golpecitos sobre el mantel.

—Qué fastidio... No sé a quién avisar para que me acompañe: es demasiado tarde. La señora Mandeville está en el campo.

—Qué lástima... Supongo que no querrá usted que vaya yo en lugar del jefe...

—Vaya caradura... —empezó a decir Margo, pero de pronto calló y se echó a reír—. Pero si no está vestido adecuadamente...

—No se preocupe, señorita Dowling... Cene tranquilamente; volveré vestido de etiqueta para llevarla a esa función.

A las ocho en punto, el joven volvía con el pelo bien alisado y un esmoquin raído cuyas mangas le quedaban cortas. Cuando entraron en el taxi, Margo le preguntó si había secuestrado a algún camarero para quitarle la ropa.

—No diga ni una palabra, señorita Dowling..., —dijo el joven, poniéndose un dedo sobre los labios—. Es alquilado.

En el entreacto, el joven le fue indicando a todos los famosos que descubría entre los espectadores, y al cabo se incluyó a sí mismo. Le explicó que se llamaba Clifton Wegman y que todo el mundo le llamaba Cliff y que tenía veintitrés años y que tocaba la mandolina y que era un fenómeno jugando al billar americano.

—Bien, Cliff, eres un joven prometedor —dijo Margo.

—¿Quieres decir que triunfaré?

—Haré correr la voz.

—Un simpático graduado en la New York School of Business..., busca oportunidad.

Se divirtieron enormemente juntos. Después de la función, Cliff dijo que estaba hambriento, pues con la expedición para buscar las entradas y la caza del esmoquin, no había tenido tiempo de cenar, y Margo le llevó al Club Dover a tomar un bocado. Cliff demostró tener auténtico apetito. Era una delicia verle devorar el bistec con champiñones. Tomaron unas cuantas copas y se rieron de lo lindo con el espectáculo, y, cuando él trató de propasarse en el

taxi, ella le dio una bofetada, aunque no muy fuerte. El muchacho sabía salir airoso de cualquier situación comprometida.

Cuando llegaron a la puerta de la casa de apartamentos, él le preguntó si podía subir, y ella antes de que supiera lo que estaba diciendo le respondió que subiera, pero con la condición de que se portara como un caballero. El dijo que no resultaba fácil con una chica como ella, pero que lo intentaría. Así, riendo y peleando entre ellos en broma, a Margo se le cayó la llave al suelo, frente a su puerta, y se agacharon ambos a recogerla. Cuando se puso en pie, ruborizándose por el beso que él le había dado, Margo vio a un hombre encogido sobre la escalera, junto al ascensor, y reconoció en él a Tony.

—Bien, buenas noches, Cliff. Gracias por acompañar a casa a una pobre chica trabajadora —dijo alegremente.

Tony se puso en pie y avanzó tambaleándose hacia la puerta abierta del apartamento. Tenía una palidez verdosa en el semblante, y, a juzgar por sus ropas, parecía haberse pasado la noche en la cuneta.

—Este es Tony —dijo Margo—. Es... un pariente... Y en no muy buenas condiciones.

Cliff miró a uno y a otra, dejó escapar un tenue silbido y empezó a bajar las escaleras.

—Bien, ahora vas a decirme qué haces rondando por mi casa... Me dan ganas de hacer que te detengan por ladrón.

Tony apenas podía hablar. Sus labios estaban ensangrentados y tumefactos.

—No tengo adonde ir —dijo—. Unos tipos me han dado una paliza.

Apenas podía tenerse en pie; Margo tuvo que agarrarle por la manga del mugriento abrigo para evitar que se desplomara.

—Oh, Tony —dijo—. Estás hecho una piltrafa. Venga, entra en casa. Pero si me juegas una mala pasada, como la última vez..., te juro por Dios que no te dejaré ni un hueso sano.

Pasaron al dormitorio y lo metió en la cama. A la mañana siguiente lo vio tan tembloroso y asustado que llamó a un médico. El matasanos dictaminó inanición y abuso de drogas, y aconsejó una cura en un sanatorio. Tony yacía en la cama, trémulo y blanco como el papel. Lloraba desconsoladamente, pero asintió, dócil como un cordero, y dijo que haría lo que el médico ordenara. Cogió de la mano a Margo, se la besó

y le suplicó que le perdonara por haberle robado aquel dinero, añadiendo que si lo hacía podría morir en paz.

—No vas a morirte —dijo Margo, apartándole suavemente de la frente el pelo negro y erizado con la otra mano—. ¿Morirte tú? No tendremos esa suerte.

Luego salió a dar un corto paseo por el Drive para decidir lo que iba a hacer. El persistente y turbador olor del paraldehído que el médico había administrado a Tony como sedante le había hecho sentir náuseas.

A finales de semana, cuando volvió de Detroit y se reunió con Margo para la cena en el local de la calle Cincuenta y dos, Charley Anderson estaba ojeroso y preocupado. Margo le explicó su precaria situación, pero a Charley la historia no le hizo mucha gracia. Dijo que se encontraba apurado de dinero en metálico, que su mujer lo tenía bien cogido y que había perdido grandes cantidades en la bolsa. Podría, en todo caso, prestarle cuatrocientos dólares, y para hacerlo tendría que pignorar algunos valores. Entonces Margo dijo que, tal como estaban las cosas, tendría que volver a su antiguo empleo en el cabaret de Miami, y Charley respondió que estupendo, y que si se descuidaba pronto lo vería a él en Miami pidiéndole que lo mantuviera.

—No entiendo por qué todo el mundo piensa que soy un asqueroso millonario. Lo único que quiero es apartarme del negocio con dinero suficiente para dedicarme a los motores. Si no fuera por ese maldito divorcio, lo habría hecho ya hace tiempo. Espero ganar un buen pellizco este invierno y retirarme. Después de todo, no soy más que un estúpido mecánico.

—Tú quieres apartarte y yo quiero meterme hasta las cejas —dijo Margo, mirándole a los ojos, y ambos rieron.

—Oh, vámonos a tu casa —dijo él—. Aprovechemos ahora que están fuera. Estoy cansado de estos bares apestosos.

Ella, riendo aún, negó con la cabeza.

—Está atestada de parientes españoles —dijo— No podemos ir allí.

Recogieron una bolsa de mano en el hotel de Charley y fueron en taxi a un hotel en Brooklyn donde eran bien conocidos como el señor y la señora Dowling. En el trayecto, Margo se las arregló para hacer que el préstamo ascendiera a mil dólares.

Al día siguiente llevó a Tony a un sanatorio en las montañas de Catskills. Tony hacía todo lo que se le ordenaba como un niño, y hablaba de conseguir un empleo cuando se recuperara, y de honor y de hombría. De vuelta en Nueva York, Margo llamó a la oficina de Charley, donde le dijeron que el señor Anderson había tenido que viajar de nuevo a Detroit, pero que había dejado instrucciones a su secretario para que adquiriese el billete y reservase un compartimento y se ocupase de los pormenores de su viaje a Miami. Margo clausuró el apartamento, dejando al cuidado de la agencia el embalaje de los objetos y el envío del mobiliario a un guardamuebles.

Se dirigía hacia el tren cuando vio a Cliff, que la esperaba con su sonrisa de sabelotodo y el sombrero echado hacia atrás sobre su larga y delgada cabeza.

—Vaya, qué tierno de su parte —dijo Margo, prendiéndose en el abrigo de piel unos lirios del valle del ramo que le había ofrecido Cliff, mientras dos mozos se apresuraban a cogerle el equipaje.

—¿Tierno de parte de quién? —susurró Cliff—. ¿Del jefe o mía?

En el compartimento había rosas; Cliff, además, le había comprado un buen manojo de revistas: *Theatre y Variety y Zit´s Weekly y Town Topics y Shadowland.*

—Cielos, qué maravilla —dijo Margo.

Cliff le guiñó un ojo.

—El jefe dijo que había que hacerte el viaje lo más confortable posible —dijo, y sacó del bolsillo de su abrigo una botella—. Aquí tienes: es Teacher's Highland Cream... Bien, hasta la vista.

Le hizo una pequeña reverencia y se alejó por el pasillo.

Margo se acomodó en el compartimento y deseó casi que Cliff no se hubiera ido tan pronto. Al menos podía haberse quedado un rato para despedirse debidamente. Qué individuo más fresco, pensó Margo. Apenas había echado a andar el tren cuando apareció de nuevo Cliff, con las manos en los bolsillos del pantalón, con aire inquieto y mascando chiclé ávidamente.

—Bien —dijo Margo, frunciendo el ceño—. ¿Y ahora qué?

—Saqué un billete para Richmond... No viajo mucho... Necesito librarme un poco de los quehaceres de la oficina.

—Te van a despedir.

—No, qué va... Hoy es sábado. Estaré de vuelta, radiante, el lunes por la mañana temprano.

—Pero él se enterará.

Cliff se quitó el abrigo, lo dobló cuidadosamente y lo dejó sobre la rejilla; luego se sentó delante de Margo y cerró la puerta del compartimento.

—Si tú no se lo dices, no.

Ella hizo ademán de levantarse.

—Habráse visto frescura...

El prosiguió en el mismo tono:

—Y tú no se lo dirás... Así yo no le diré tampoco lo de...

—Pero, condenado imbécil, si era mi ex marido.

—Bueno, y yo me muero por ser tu ex novio... No, en serio, sé que voy a gustarte... Gusto a todo el mundo... —Se inclinó para cogerle la mano. La suya

estaba helada—. En serio, Margo, ¿por qué ahora va a ser distinto de la otra noche? Nadie sabrá nada. Tú déjame a mí...

Margo empezó a reírse.

—Oye, Cliff, deberías llevar encima un letrero.

—¿Diciendo qué?

—RECIÉN PINTADO: FRESCO.

Se levantó y fue a sentarse junto a él. Sobre el trémulo retumbar del tren sintió el temblor de Cliff.

—Eres un chiquillo muy divertido —dijo—. Has estado muerto de miedo todo el tiempo.

Noticiario LXI

Allá a lo alto alto alto

En lo alto de las colinas

Viendo pasar las nubes

el genio, el trabajo duro, los vastos recursos, y la fuerza y la voluntad de lograr algo distinto, algo más bello, algo más atractivo para la sensibilidad y el buen juicio de las gentes mejores, algo mejor que lo que ha dado lugar a Coral Gables de hoy, algo que mañana puede ser aún más grande y mejor, algo más irresistiblemente bello

Allá a lo alto alto alto en lo alto de las colinas

UN DIRIGIBLE GIGANTE SE PARTE

EN DOS EN PLENO VUELO

jóvenes y viejos se reunirán aquí para recrearse en la fresca y tonificante agua salada, o para intercambiar ociosos chismes en los pórticos que dominan la resplandeciente piscina,

y al llegar la noche el son de la música tentará a las gentes a bailar incesantemente

Estrechando la mano al cielo

Será el inversor de primera hora quien participará en máximo grado del alza rápida y sustancial de los valores a que dará lugar un desarrollo tan característico y enérgico

¿Quién es ese gran hombre con dentadura de oro?

¿De dónde procede? Procede del Sur

SE VENDE EL SOLAR

PARA LA CIUDAD DE JÚPITER

POR DIEZ MILLONES DE DÓLARES

como Aladino y la lámpara maravillosa, el capitalista, el inversor y el constructor han convertido lo que en un tiempo fue pantano en una maravillosa ciudad surcada por una red de resplandecientes bulevares

Cabeza soñolienta cabeza soñolienta

Abre los ojos

El sol está ya en el cielo

Deja de bostezar

Ha llegado la mañana

ACRES DE TERRENO AURÍFERO

CERCA DE TAMPA

como un magnífico chal de zafiro y jade, tachonado de una miríada de gemas multicolores, las irisadas aguas de las zonas bajas del Atlántico tejen una urdimbre de duradero hechizo. El lugar garantiza plenamente la alegría y felicidad futuras, y pasar de largo ante él es orillar la oportunidad de vuestra vida

EL MARIDO, TRAS ARROJARSE SU ESPOSA POR LA VENTANA,

SIGUE SU EJEMPLO

SE PRESENTA BATALLA A LOS ASESINOS ENLOQUECIDOS

POR LAS DROGAS

Lulu siempre quiere hacer

Lo que los chicos no quieren que haga

Abría la marcha un destacamento de policía motorizada, que despejaba el camino a las columnas vestidas de blanco. Tras él venía A. P. Schneider, jefe de policía de la ciudad. A continuación marchaba la banda de música del señor Sparrow y los miembros del sindicato de pintores. Tras ellos, los operadores cinematográficos, los cigarreros, los cristaleros, los músicos, los pintores de

carteles y los miembros de la Brocherhood of Railway Trainmen, en el orden citado.

El segundo cuerpo estaba integrado por más de tres mil quinientos carpinteros. El tercer cuerpo estaba encabezado por la Banda de Payasos y agrupaba a electricistas, herreros, enlucidores, impresores, trabajadores de prensa, constructores de ascensores, empleados de correos, fontaneros y montadores de calderas de vapor.

El cuarto cuerpo lo integraban siderúrgicos, albañiles, miembros de la Brotherhood of Locomotive Engineers, peritos de máquinas de vapor, sindicalistas de la Typographical Union, torneros, techadores, laminadores, sastres y maquinistas

No traigáis a Lulu

Yo mismo la traeré

CHARLEY ANDERSON

—Atiende, Cliff... Vamos a hacer que suban por los aires, más alto que una cometa —dijo Charley a su secretario, mientras salían del atestado ascensor y se sumían en el apagado zumbido del vestíbulo del edificio Woolworth.

—Sí, señor —asintió prudentemente Cliff.

Tenía la cara larga, de piel fina y apergaminada y tensa bajo el sombrero marrón de fieltro, con altos pómulos y nariz delgada. La boca sin labios nunca se abría mucho sobre la delicada mandíbula.

—Sí, señor —repitió hablando desde un extremo de la boca—. Más alto que una cometa.

Atravesaron la puerta giratoria y salieron al gentío de las cinco de la tarde, que atestaba hasta los bordillos las aceras de la parte baja de Broadway bajo la llovizna crepuscular de un frío día de febrero.

Charley sacó un montón de abultados sobres de los bolsillos de su gabardina inglesa y se los tendió a Cliff.

—Súbelos a la oficina y asegúrate de que los guarden en la caja fuerte privada de Nat Benton. Y que los lleven al banco por la mañana... Luego puedes irte. Llámame a las nueve, ¿de acuerdo? Ayer llegaste algo tarde... No voy a preocuparme por nada hasta mañana.

—Sí, señor. Espero que descanse bien esta noche, señor —dijo Cliff, y desapareció entre la gente.

Charley paró un taxi, subió y se dejó caer en el asiento. La pierna le seguía doliendo en días húmedos. Reprimió un suspiro. ¿Cuál era el número?

—Suba hacia Park Avenue —le gritó al taxista. No lograba acordarse del número del maldito sitio—. A la calle Cincuenta y dos. Ya le diré dónde es.

Se recostó hacia atrás en el mullido asiento. «Cristo, qué cansado estoy», se dijo en un susurro. El cinturón, con las sacudidas del taxi al parar y al arrancar en las señales de tráfico, se le clavaba en el vientre. Lo aflojó un poco y se sintió mejor; sacó un cigarro del bolsillo del chaleco y mordió la punta.

Tardó un buen rato en encenderlo. Cuando tenía la cerilla lista para darse lumbre, el coche se paraba o arrancaba. Y cuando por fin logró encenderlo, le supo mal.

—Diablos, hoy he fumado demasiado... Lo que necesito es una copa —se dijo en voz alta.

El taxi avanzaba con dificultad hacia el norte de la ciudad. Charley, de vez en cuando, captaba por el rabillo del ojo las siluetas grises de hombres que ocupaban otros taxis y automóviles particulares. Tan pronto como empezaba a observar con nitidez uno de aquellos grupos humanos, la escena cambiaba y otras figuras ocupaban su lugar. En la calle Lafayette el tráfico era más fluido. La riada torrencial de metal, vidrio, tapicería, gabanes, trajes y camisas, carne y sangre avanzaba también hacia el norte de la ciudad. Los coches se paraban, echaban a andar, cambiaban las marchas al unísono como si obedecieran la señal de una campana. Charley, hundido hacía atrás en el asiento, sentía la opresión de las capas de grasa de su vientre contra los pantalones, de la papada contra el cuello duro. ¿Por qué diablos no lograba recordar aquel número?

—*Bonjour, monsieur* —le saludó el portero, que no vestía de uniforme.

—¿Cómo está usted, *mon capitaine*? —le saludó Freddy, el propietario de dientes ratoniles, inclinando la cabeza de pelo negro y lustroso—. ¿*Monsieur* cenará con *Mademoiselle*?

Charley negó con la cabeza.

—Un tipo vendrá a cenar conmigo a las siete.

—Bien, *monsieur*.

—Mientras espero tomaré un whisky con soda, pero asegúrate de que no traten de encajarme otra vez el matarratas de ayer.

Freddy ensayó una sonrisa compungida.

—Fue un error, señor Anderson. Tenemos la auténtica botella irrellenable. Fíjese en la etiqueta: está húmeda aún del viaje por mar.

Charley gruñó y se dejó caer en un sillón al fondo de la barra.

Bebió de un trago el whisky y luego sorbió la soda.

—Eh, Maurice, tráeme otro —llamó al camarero suizo de pelo gris y cara arrugada—. Tráeme otro y que sea doble... En vaso de whisky alto, con soda y hielo. Esta noche estoy cansado.

El whisky le dio calor al estómago y Charley se incorporó un poco en el sillón. Sonrió al camarero.

—Bien, Maurice, aún no me has dicho tu opinión de hoy sobre la bolsa.

—No estoy seguro, señor... Pero usted sabe de eso más que yo. Y si quisiera, podría informarme.

Charley estiró las piernas y lanzó una carcajada.

—Van a subir más alto que una cometa... Diablos, los negocios son una pesadez. Quiero olvidarme de ellos.

Cuando al fin vio cómo se acercaba Eddy Sawyer, abriéndose paso a través de los trajes de negocios y las caras y las manos que sostenían vasos frente a la barra, Charley se sentía con un ánimo excelente.

Se levantó para saludarlo.

—¿Cómo estás, Eddy? ¿Cómo van las cosas en Detroit? Allí todo el mundo debe de estar pensando que soy un gran hijo de perra, ¿no? Venga, suelta la carroña, Eddy.

Eddy suspiró y se hundió a su lado en el sillón.

—Bueno, es una larga historia, Charley.

—¿Qué te parece si te pido un ron Bacardi con una pizca de absenta? ¿Sí? Bien, que sean dos, Maurice.

La cara de Eddy estaba amarillenta y arrugada, como una manzana que ha permanecido demasiado tiempo en el árbol bajo el sol del estío. Al sonreír, unas hondas arrugas que partían de las comisuras de la boca y de los ojos le surcaban las mejillas.

—Bien, Charley, viejo amigo, me alegro de verte. ¿Sabes que te llaman el joven mago financiero de la aviación?

—¿Y eso es todo lo que me llaman? —Charley dio unos golpecitos con el cigarro apagando contra el borde de latón del cenicero—. He oído cosas peores...

Después del tercer cóctel, Charley se lanzó a hablar sin freno.

—Bien, puedes decirle a J.Y. de mi parte que en cierta ocasión pude ponerle en la calle con una buena patada en el culo y no lo hice. ¿Y por qué no lo hice? Porque me importaba todo un bledo. Yo era el verdadero propietario de mis acciones. Ellos tuvieron que empeñarse hasta las cejas y aun así no llegaban a cubrirse... Entonces pensaba, maldita sea, que eran amigos míos. El bueno de J. Y... Maldita sea, cuando Nat Ben— ton me aconsejó que me hiciera con todo, que era el momento oportuno, yo le dije: «Nat, son amigos míos... Déjales que sigan con nosotros». Y ahora míralos, conspirando contra mí con Gladys. ¿Sabes cuánto ha conseguido Gladys de pensión alimenticia? Cuatro mil dólares mensuales. El juez es amigo de su padre... Probablemente sacará una comisión. Y haberme quitado a mis niños... Me han despojado de todo lo que tenía... ¿Bonito, no? Quitarle a un hombre sus hijos... Ya sé que tú no tienes nada que ver en esto, Eddy, pero cuando vuelvas a Detroit y veas a esos cobardes y bastardos que tienen que esconderse bajo las faldas de una mujer porque no pueden vencerme de otra manera... diles que les voy a dejar en cueros a todos ellos... Sólo estoy empezando a cogerle el truquillo a ese juego... Ya he dado algunos pasos decisivos... El joven mago, ¿eh? Bien, diles que no han visto nada todavía. Piensan que sólo soy un inventor mentecato y estúpido... Sólo un pobre mecánico como el pobre Bill Cermak... Maldita sea, vamos a comer.

El camarero, una vez sentados a la mesa, empezó a servir entremeses de todos los colores en el plato de Charley.

—Lléveselos... Comeré un bistec, nada más.

Eddy, que había estado concentrado en la comida, alzó la vista hacia Charley y arrugó la cara ante la observación jocosa que se le acababa de ocurrir:

—Supongo que éste es otro de esos casos en los que la mujer paga el pato.

Charley no rió.

—Gladys no ha pagado nada en toda su vida. Sabes tan bien como yo cómo ha sido siempre Gladys. Todos los Wheatley son unos tacaños. Y ella sale al padre... Bueno, aprendí la lección... No más zorras ricas... Ni una maldita puta habría actuado como esa perra... Bien, cuando vuelvas a Detroit puedes decirles a tus patronos...Ya sé para qué te han mandado... Para ver si el tipo aún es capaz de aguantar todo lo que bebe... La bebida lo está destrozando..., ésa es la historia, ¿no? Pues bien, sigo siendo capaz de beber contigo hasta que acabes debajo de la mesa, viejo Eddy, ¿no es así? Ya puedes decirles que estoy como nunca, sólo que bastante más sabio que antes... Se creían que me tenían atrapado después del divorcio, ¿verdad? Bien, pues diles que esperen y verán... Y dile a Gladys que al primer paso en falso que dé..., sólo uno... Que no vaya a pensar que no tengo a mis sabuesos controlándola... Dile que estoy decidido a recuperar a los niños, y a hacer que me devuelva todo lo que me ha sacado. Que se quede en la calle... Me importa un comino.

Eddy le estaba dando unas palmadas en la espalda.

—Bueno, viejo amigo... Tengo que irme... Me alegro de verte tan animado, tan elegante y con tantos planes...

—Más alto que una cometa... —gritó Charley, echándose a reír.

Eddy se había ido. El viejo Maurice trataba de hacerle comer el bistec, que volvía a servir después de haberlo llevado a la cocina para que lo calentaran. Charley no podía comer.

—Llévatelo a casa para la mujer y los niños —le dijo a Maurice.

El restaurante se iba quedando vacío a medida que se acercaba la hora de los teatros.

—Tráeme una botella de champán, viejo Maurice; a lo mejor con ella logro hacer pasar este bistec. Así es como lo hacen en tu país, ¿no? No me digas que ya he bebido demasiado... Ya lo sé... Cuando todos aquellos en quienes tenías confianza, del primero al último, te traicionan, ya todo te da igual, ¿no es cierto, Maurice?

Un hombre de pelo muy corto y negro y bigotillo negro cuidadosamente tomando un cóctel, mira atentamente a Charley

—Digo que todo te da igual... —le gritó Charley al hombre cuando se percató de que lo miraba—. ¿No le parece?

—¿Pero qué diablos dice usted? —exclamó el hombre, haciendo ademán de ir hacia Charley con ánimo violento.

—Maurice, trae una copa para este caballero —dijo Charley, levantándose y haciendo una cortés reverencia mientras se tambaleaba ante la mesa. El hombre a cargo de los posibles alborotadores, que había salido por una puertecilla del fondo del local secándose las manos rojas con el delantal, dio media vuelta y desapareció—. Me llamo Anderson... Encantado de conocerle, señor...

—Budkiewitz —contestó el hombre de pelo negro, frunciendo el ceño y dando ligeros tumbos mientras avanzaba hacia la mesa.

Charley le indicó una silla.

—Estoy borracho..., *beaucoup* de agua achampañada... Tómese una copa.

—Con mucho gusto, si me la ofrece así... Siempre es mejor beber que pelearse... Brindo por los viejos tiempos de la Rainbow División.

—¿Estuvo en ella?

—Claro que sí. Choca esos cinco, camarada.

—Aquellos sí que eran buenos tiempos...

—Y ahora, de vuelta, aquí no encuentra uno más que una pandilla de bastardos y traidores.

—Hombres de negocios... Al infierno con ellos... Bastardos y traidores, como yo les llamo....

El señor Budkiewitz se levantó y volvió a fruncir el ceño.

—¿A qué tipo de negocios se refiere usted?

—A los de nadie en particular... Tranquilo, camarada.

El señor Budkiewitz volvió a sentarse.

—Oh, diablos, trae otra botella, Maurice. Y que esté muy fría —dijo Charley. —¿Ha bebido alguna vez vino de Saumur, señor Budkibbitzer?

—¿Que si he bebido vino de Saumur? ¿Cómo no había de beberlo? Estuve allí tres meses de instrucción.

—Eso es lo que me dije antes. Ese muchacho ha estado en Europa —dijo Charley.

—Vaya si he estado...

—¿A qué se dedica usted, señor Buchanan?

—Soy inventor.

—Hablando del rey de Roma... ¿Ha oído hablar del arranque Askew—Merritt?

El señor Budkiewitz no había oído hablar en su vida del arranque Askew—Merritt; tampoco Charley había oído hablar en su vida de la máquina de lavar Autorinse. Pronto, sin embargo, se llamaban mutuamente Charley y Paul. También Paul había tenido problemas con su mujer, y declaró que dejaría que le metieran en la cárcel antes de pagarle a su mujer una pensión alimenticia. Charley, por su parte, dijo que iría también a la cárcel.

Pero en lugar de ir a la cárcel, fueron a un club donde conocieron a dos encantadoras jovencitas. Charley empezó a contarles a las encantadoras jovencitas cómo iba a iniciar a Paul, al bueno de Paul, su viejo amigo, en el negocio de las máquinas de lavar. Fueron todos juntos en taxi a ciertos locales nocturnos situados bajo el elevado. Luego fueron a un cabaret en el Village.

Charley iba a conseguir a todas las chicas, a las pequeñas y dulces jovencitas, trabajo de coristas. Explicó cómo iba a dejar en cueros a todos aquellos bastardos de Detroit. Colocaría a todas las chicas en el coro para que así pudieran ponerse también en cueros. Fue todo muy divertido.

Charley, con la luz del alba, se vio sentado en un local de persianas desvencijadas. El bueno de Paul, su viejo amigo, se había ido y las chicas se habían ido y él estaba sentado ante una mesa llena de colillas y de manchas de vino tinto barato, contemplando la hiriente claridad que penetraba por las roturas de las persianas. El lugar no era un hotel ni una casa de citas; era una especie de antro con mesas, que apestaba a humo de tabaco rancio y a espaguetis de la noche pasada y a vino tinto barato y a salsa de tomate.

Alguien lo estaba sacudiendo.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Un italiano gordo y un italiano joven de pelo lustroso, ambos en mangas de camisa, lo estaban zarandeando.

—Es hora de pagar y de marcharse. Aquí tiene la cuenta.

Le mostraron un cartón con numerosas cifras garabateadas. Charley alcanzó sólo a leer cerrando un ojo. Eran setenta y cinco dólares. Los italianos lo miraban con aire amenazador.

—Nos dijo que les diéramos a las chicas veinticinco dólares a cada una y que se lo cargáramos en la cuenta.

Charley buscó su fajo de billetes. Le quedaba sólo un dólar. ¿Dónde diablos estaba la cartera? El italiano joven jugueteaba con una pequeña porra de cuero que se había sacado del bolsillo trasero.

—Cien dólares no es mucho por todo lo que consumió, contando las chicas y todo... Si hubiera andado por ahí jodiendo le habría costado mucho más. Tiene su reloj, ¿no? Esto no es un cabaret lujoso.

—¿Qué hora es?

—Déjenme llamar a mi oficina. Le diré a mi secretario que venga.

—¿Cuál es el número? ¿Cuál es su nombre?

El italiano joven lanzó la porra al aire y la cogió al caer.

—Yo hablaré con él —dijo—. Le dejaremos salir de ésta sin que la cosa le salga cara. No queremos que haya rencores.

Una vez que hubieron llamado a la oficina y dejado el recado de que el señor Anderson se hallaba indispuesto y de que vinieran inmediatamente, le sirvieron café con ron. Charley, tras beber el brebaje, se sintió peor que nunca. Al cabo de un rato vio a Cliff, bien afeitado y aseado, de pie frente a la mesa.

—Bien, Cliff, ya no soy el bebedor que fui...

En el taxi, desfallecido y helado, perdió el conocimiento.

Cuando abrió los ojos se encontró en la cama del hotel.

—Me han debido de poner un narcótico en el café —le dijo a Cliff, que leía el periódico sentado junto a la ventana.

—Bien, señor Anderson, nos ha tenido verdaderamente preocupados. Por lo menos ha habido suerte, pues aquellos tipos no sabían a quién tenían entre manos. Si lo hubieran sabido, nos habría costado diez de los grandes sacarle de allí.

—Cliff, eres un gran chico. Te voy a subir el sueldo.

—Me parece que ya he oído esa historia antes, señor Anderson.

—¿Se enteró Benton?

—Le tuve que decir algo. Le dije que había comido usted pescado en malas condiciones y que se intoxicó con tomaina.

—No está mal inventado para lo joven que eres, Dios mío, me pregunto si me estoy convirtiendo en un borracho... ¿Cómo están las cosas por la oficina?

—Horrorosas. El señor Benton casi se volvió loco intentando encontrarle a usted ayer.

—Cristo, qué dolor de cabeza... Oye, Cliff, no pensarás que me estoy convirtiendo en un borracho, ¿verdad?

—Si quiere puede tomar esto que dejó el médico.

—¿Qué día de la semana es hoy?

—Sábado.

—Dios santo, pensaba que era viernes.

Sonó el teléfono. Cliff se acercó al aparato.

—Es el masajista.

—Dile que suba... Oye, ¿Benton está en la ciudad?

—Claro que está en la ciudad, señor Anderson. Trata de encontrar a Merritt y ver si puede detener la carnicería... Merritt...

—Oh, maldita sea, déjalo... Pronto me enteraré de todo. Dile al masajista que entre.

Después del masaje, que resultó una auténtica agonía —en especial a causa de los comentarios que sobre el tiempo y la temporada hípica aventuraba con acento alemán el fornido masajista sueco de pelo rizado y aspecto de portero—, Charley se sintió lo suficientemente bien como para entrar en el baño a vomitar bilis verdosa. Luego se duchó con agua fría y volvió a la cama y llamó a gritos a Cliff, que escribía a máquina unas cartas en la salita, para que dijera al botones que le trajera una bolsa de hielo para la cabeza.

Se acostó sobre las almohadas y empezó a sentirse mejor.

—Eh, Cliff, ¿qué tal si dejas que entre un poco de luz matinal? ¿Qué hora es?

—Alrededor de mediodía.

—Cristo... Oye, Cliff, ¿ha llamado alguna mujer? —Cliff negó con la cabeza—. Gracias a Dios.

—Llamó un tipo diciendo que era taxista. Dijo que usted le prometió buscarle un empleo en una fábrica de aviones... Le dije que se había ido usted a Miami.

Charley, que mejoraba por momentos, se acomodó en el blando y confortable lecho, sobre las almohadas recién lavadas y planchadas, y contempló la habitación amplia y limpia. Estaba situada en un piso alto. Por el ancho ventanal entraba una luz viva y plateada. A través de la A que formaban las cortinas sobre el cristal de la ventana podía ver un retazo de cielo rutilante y esponjoso como seda algo borrosa. Charley comenzaba a sentir una vaga sensación de consumación, como la de alguien que ha dado término a un largo viaje o ha culminado una montaña y empieza a dejar atrás la fatiga.

—Oye, Cliff, ¿qué tal si me pides un poco de ginebra con licor de hierbas y con mucho hielo...? Creo que me dejará como nuevo.

—Señor Anderson, el médico dijo que cuando tuviese ganas de tomar una copa se aguantara y tomara un poco de esa medicina.

—Cada vez que la tomo me hace vomitar. ¿Qué se ha creído que soy? ¿Un drogadicto?

—De acuerdo, señor Anderson, usted es el jefe —dijo Cliff, apretando los labios delgados.

—Buen chico, Cliff... Luego intentaré tomar un zumo de pomelo, y si no lo echo fuera desayunaré como es debido y al diablo con todo... ¿Por qué no has traído los periódicos?

—Aquí están los periódicos, señor Anderson... Los he abierto todos por las páginas financieras.

Charley oyó los informes de comercio. Sus ojos no lograban enfocar correctamente todavía. Seguía leyendo mejor con un ojo cerrado. Un párrafo en la sección «Noticias y comentarios» le hizo incorporarse.

—Oye, Cliff—gritó—. ¿Has visto esto?

—Sí —dijo Cliff—. Ya le dije que las cosas andaban mal.

—Si Merritt y Farrell siguen adelante, quiere decir que han conseguido ya los poderes.

Cliff ladeó la cabeza en señal de complicidad.

—¿Dónde diablos está Benton?

—Acaba de telefonear, señor Anderson. Está en camino y enseguida llegará.

—Pues entonces dame esa copa antes de que llegue. Luego retíralo todo y pídeme el desayuno.

Tras la bandeja del desayuno entró Benton. Llevaba un traje marrón y un sombrero hongo. Pese a su atuendo elegante, su cara se asemejaba a un viejo trapo de cocina.

Charley habló primero.

—¿Qué, Benton, estoy en la calle?

Benton, cuidadosa y lentamente, se quitó los guantes y el sombrero y el abrigo y los colocó sobre la mesa de caoba que había junto a la ventana.

—Las aceras están mullidas, no te preocupes —dijo.

—Muy bien, Cliff... ¿Te importa terminar con la correspondencia? —Cliff cerró la puerta a su espalda suavemente—. ¿Nos ha ganado por la mano Merritt?

—Él y Farrell están actuando unidos como una piña. Lo único que puedes hacer es aguantar la paliza y esperar al próximo asalto.

—Pero maldita sea, Benton...

Benton se levantó, fue hasta el pie de la cama y empezó a pasearse de un lado a otro del cuarto.

—No empieces a maldecir... El que hoy va a maldecir soy yo. ¿Qué puede pensarse de un individuo que se va de borrachera en un momento crítico como éste? Que es un cobarde; yo lo llamaría así... Te mereces lo que te ha pasado... Yo me las he visto y me las he deseado para salvar mi propio pellejo, te lo aseguro. Bien, yo dije siempre que eras un ganador, Anderson, y todavía sigo pensando que si te dejas de tonterías podrás hacerte de oro en diez años. Y ahora déjame decirte algo, jovencito. Has llegado todo lo lejos que se puede llegar a expensas de tu historial en Europa, y ten en cuenta que has llegado

mucho más lejos que la mayoría. Y en cuanto al camelo de los inventos, sabes tan bien como yo que no te darán dinero a menos que tengas el talento suficiente para promocionarlos. Tuviste un éxito inicial y te creíste el joven mago capaz de conseguir todo lo que se te antojase.

—Oye, Nat, por el amor de Dios, ¿crees que no tengo cabeza suficiente para saber que es cierto lo que dices? Ese maldito divorcio y el tiempo que he estado encerrado en el hospital me han trastornado, eso es todo.

—Excusas.

—¿Qué crees que debería hacer?

—Deberías salir de la ciudad durante un tiempo... ¿Qué te parece pasar una temporada en el negocio de tu hermano en Minnesota?

—Volver al campo a vender utilitarios... Un futuro muy halagüeño.

—¿Y de dónde crees que sacó Henry Ford el dinero?

—Ya lo sé. Pero a sus agentes los tiene sin un céntimo... Lo que yo necesito es volver a estar en forma físicamente. En Florida suelo ponerme como nuevo. Podría ir allí y tumbarme al sol durante un mes.

—De acuerdo, siempre que te mantengas al margen del boom inmobiliario.

—Claro, Nat. Ni siquiera jugaré al póquer... Iré para descansar. A recuperarme de la pierna. Y luego, cuando vuelva, armaremos la de Dios es Cristo. Después de todo, todavía me quedan las acciones de la Standard Airparts.

—Ya no se cotizan.

—Perfecto...

—Bueno, optimista, mi mujer me está esperando para almorzar. Que tengas buen viaje.

Benton salió de la habitación.

—Eh, Cliff —gritó Charley a través de la puerta—. Llama para que se lleven esta maldita bandeja. No me ha sentado tan bien como esperaba. Y telefonea a Parker para que tenga el coche en condiciones. Asegúrate de que los neumáticos estén como es debido. Salgo para Florida el lunes.

Cliff asomó al instante la cabeza por la puerta. Su cara estaba roja.

—¿Va a...? ¿Me necesitará en Florida, señor?

—No, necesitaré que te quedes para que vigiles a la gente de la oficina... He de tener aquí alguien en quien confiar... Verás lo que vas a hacer. Vete a Trenton, recoge a la señorita Dowling y acompáñala hasta Norfolk. Me reuniré con ella allí. Está en Trenton visitando a su familia. Su padre acaba de morir o algo así... En cuanto puedas te pones en camino, ¿de acuerdo? El viajecito te servirá de distracción.

Charley observaba la cara de Cliff. El joven secretario apretaba los labios jadeando un extremo de la boca y se inclinaba como un mayordomo.

—Muy bien, señor —dijo.

Charley volvió a recostarse sobre las almohadas. Sentía punzadas en la cabeza y el estómago revuelto. Cuando cerró los ojos, vertiginosas luces rojas surgieron ante ellos. Empezó a pensar en Jim, en cómo Jim jamás le había pagado la parte del dinero de su madre que él había puesto en el negocio. Qué importaba: Jim no tenía un avión, dos coches, una suite en el Biltmore, un secretario que hacía como Margo. Trató de recordar cómo era la cara de Margo, su manera cómica de abrir, asombrada, los ojos como platos cuando se disponía a soltar una ocurrencia particularmente divertida. Pero no lograba recordar nada de eso; sólo era capaz de sentir el malestar en todo el cuerpo, los globos rojos que se materializaban ante sus ojos. Al rato se quedó dormido.

En el momento de la partida, se sentía aún tan quebrantado que ordenó a Parker que condujera el automóvil. Sombrío, taciturno, enfundado en su nuevo abrigo de pelo de camello, con las manos entre las rodillas, mirando fijamente hacia adelante en el fragor ciego de Holland Tunnel, pensando en Margo y en Bill Edwards —el abogado especializado en patentes que tenía que ver en Washington a propósito de un pleito—, recordando las facturas

amontonadas en un cajón del escritorio de Cliff y preguntándose de dónde sacaría el dinero necesario para pleitear por la patente contra la Askew—Merritt, Charley tanteó en el bolsillo el fajo de mil dólares y, pese a todo, se sintió más seguro. «Dios, el dinero es algo formidable», se dijo a sí mismo.

Al salir del túnel les esperaba la lluviosa y gris mañana y el estrépito de los camiones que avanzaban a trompicones hacia Jersey City. Al poco rato, el tráfico fue espaciándose gradualmente, y atravesaron las llanas tierras de labrantío de Nueva Jersey, rojizas y bermejas por el invierno. En Filadelfia, Charley ordenó a Parker que le llevara a Broad Street.

—No tengo paciencia para ir en coche. Cogeré el tren de la tarde. Cuando llegue a Washington vaya al Waldman Park.

Tomó un compartimento en el coche salón y en cuanto entró en él se echó y trató de dormir. El tren rugía de tal forma y daba tales bandazos, y el cielo gris y los campos de espliego y los pastos amarillos y las ramas de los árboles, que empezaban a dar floraciones verdes y rojas y amarillas como anticipo de la primavera, le pusieron tan triste, tan como un perro sin dueño que aúlla, que se sintió hastiado de estar encerrado en el maldito compartimento y salió al salón a fumar un cigarro.

Hundido en el asiento de cuero, buscaba torpemente el cortador de los cigarros en el bolsillo del chaleco cuando el hombre corpulento que ocupaba el sillón contiguo alzó la vista del legajo de papeles jurídicos con pastas azules que estudiaba atentamente. Charley miró de frente aquellos ojos negros, la blanda cara de papada azulada, la cabeza calva cubierta aún por un parche de cabello negro en forma de ala de pájaro, pero no identificó a la persona de inmediato.

—Pero, Charley, amigo mío, debe de estar usted enamorado.

Charley se incorporó y extendió la mano.

—Hola, senador —dijo, tartamudeando un poco como solía hacer en otros tiempos—. ¿Camino de la capital de la nación?

—Tal es mi sino infortunado —contestó el senador Planet, mientras sus ojos examinaban detenidamente a Charley—. Charley, oí que tuvo usted un accidente.

—He tenido unos cuantos —dijo Charley, ruborizándose.

El senador Planet movió la cabeza con ademán comprensivo y emitió un chasquido con la lengua.

—Qué lástima..., qué lastima... Bien, señor, ha corrido mucha agua bajo el puente desde aquella noche en Washington en que usted y el joven Merritt cenaron en mi casa... Bien, ninguno de nosotros se está haciendo más joven.

Charley tuvo la impresión de que los ojos negros del senador se complacían sobremanera en la exploración de los fláccidos pliegues de su cuello y del abombamiento de su vientre bajo el chaleco.

—Bien, ninguno de nosotros se está haciendo más joven que la última vez que lo vi.

El senador sonrió.

—Espero que me perdone usted la observación al respecto... Pero la suya ha sido una de las carreras más sensacionales que he tenido la suerte de presenciar en mis muchos años de vida pública.

—Ya sabe, se trata de una industria nueva. Las cosas suceden con rapidez.

—Incomparablemente —admitió el senador—. Vivimos una era de progreso sin par en la historia... y en todas partes excepto en Washington... Debería venir usted a nuestro pueblecito más a menudo... Tiene muchos amigos allí. Leo en los periódicos, como solía decir el señor Dooley, que ha habido grandes reorganizaciones en sus negocios allá en Detroit. Lo que necesitan es una base de capital más amplia, según creo.

—Hay muchos a quienes se les ha puesto de patitas en la calle sobre las amplias bases de sus posaderas —dijo Charley.

El senador se echó a reír y pareció que no iba a parar nunca. Sacó un gran pañuelo de seda con sus iniciales bordadas, se enjugó las lágrimas y apoyó una mano rechoncha sobre la rodilla de Charley.

—Válgame Dios, esa salida merece un trago.

El senador pidió vasos con hielo al mozo y, haciendo aparecer como por arte de magia una botella de su bolsa de viaje, sirvió dos generosas raciones de buen whisky de centeno. Charley empezó a sentirse mejor. El senador estaba diciendo que pronto se verían cosas muy interesantes en el desarrollo de sus líneas aéreas. La necesidad de subvenciones era algo generalmente admitido si se deseaba que el país subsanara su retraso en el transporte aéreo. La cuestión residía, naturalmente, en cuáles serían las empresas que, entre las varias que competían en el negocio, iban a gozar de la confianza de la administración. En el asunto de las líneas aéreas existían más implicaciones que las que jamás había habido en el suministro de buques y equipo para el transporte marítimo.

—Es una cuestión de confianza en la administración, amigo mío —dijo el senador, y sus ojos negros brillaron al pronunciar la palabra confianza—. Por eso, amigo mío, me alegro tanto de verlo por aquí, manténgase siempre cerca de nuestra pequeña aldea sobre el Potomac, amigo mío.

—Lo haré —aseguró Charley.

—Cuando llegue a Miami, vaya a ver a mi viejo amigo Homer Cassidy... Tiene un bonito barco... Le llevará a pescar. Le escribiré acerca de usted, Charley. Es posible que, si puedo escapar de mis asuntos, vaya yo mismo a Miami a pasar una semana el mes que viene. Hay un imperio económico que se está levantando allí ahora mismo.

—Haré lo que dice, senador. Es usted muy amable, senador.

Cuando llegaron a la Union Station, Charley y el senador estaban exultantes. Hablaban animadamente de líneas principales y de enlace, de aeropuertos y de terrenos. Charley no lograba ver claro si era él quien estaba contratando al senador para que utilizara sus influencias, o era el senador quien lo contrataba a él para que empleara las suyas. Se despidieron con efusión al pie del taxi.

A la tarde siguiente, con Parker al volante, atravesaban los campos de Virginia. Era una tarde soleada y espléndida. En las ramas de los ciclamores apuntaban las floraciones carmesí al abrigo de las laderas. Charley llevaba las dos botellas de buen whisky de centeno que el senador Planet le había enviado al hotel. A medida que avanzaban, empezó a sentirse molesto con Parker. Todos aquellos chóferes bastardos se sacaban un buen pellizco en los recambios y la gasolina y el aceite. Parker llevaba ya anotados ocho neumáticos nuevos en un mes: ¿qué diablos hacía con ellos? ¿Se los comía? Cuando cruzaban el puente de peaje camino de Norfolk, Charley estaba hecho un basilisco contra Parker. Tuvo que reprimirse para no darle un puñetazo en la cetrina quijada y partirle la suave cara de lacayo. Frente a la puerta del hotel, Charley estalló.

—Parker, está despedido. Aquí tiene el mes de paga y el importe de su billete de vuelta a Nueva York. Si mañana sigo viéndole la cara por la ciudad, haré que le encierren por robo. Sabe tan bien como yo a qué me refiero. Ustedes los malditos chóferes se creen muy listos. Conozco el paño..., ¿sabe? Yo tengo que ganarme el pan exactamente igual que usted. Y para que así sea, voy a conducir yo mismo de ahora en adelante.

Charley odió la cara suave e impasible de Parker.

—Muy bien, señor —replicó Parker, fríamente—. ¿He de devolverle el uniforme?

—Puede quedarse con él y metérselo por el... —Charley dejó la frase a medias. Se paseaba frente a la entrada del hotel pisando el suelo con fuerza, rojo de cólera, en medio de un grupo de botones negros que presenciaban riéndose la escena—. A ver, chico, mete dentro mis maletas y haz que se lleven el coche al garaje... Muy bien, Parker, ya sabe lo que tiene que hacer.

Entró a grandes zancadas en el hotel y pidió la suite doble más grande que tuvieran. Se registró con su nombre verdadero.

—La señora Anderson va a llegar de inmediato —dijo en recepción; luego empezó a llamar por teléfono a los hoteles de la ciudad a fin de averiguar dónde diablos se hospedaba Margo.

—Hola, chiquilla —dijo cuando al fin dio con ella—. Vente por aquí enseguida. Eres la señora Anderson, y no hagas preguntas. Al diablo con todo el mundo. Nadie va a decirme lo que tengo que hacer o a quién quiero ver o en qué me gasto mi dinero. Se acabó. Date prisa. Estoy loco por verte...

Cuando la vio entrar, seguida del botones con sus maletas, Charley la encontró más hermosa que nunca.

—¡Oye, Charley! —exclamó Margo cuando el botones se hubo ido—. Esto es fantástico... Has debido de encontrar petróleo.

Después de inspeccionar todas las habitaciones de la suite, se acercó a él y se acurrucó en sus brazos.

—Apuesto a que has dado un buen golpe en la bolsa —dijo.

—Han intentado timarme, pero les ha salido mal, créeme... Toma una copa, Margo... Caray, tenía miedo de que no vinieras.

Margo se estaba maquillando ante el espejo.

—¿Sí? ¿Por qué? Soy una persona fácil de convencer —aseveró en el tono grave y ronco que hacía estremecerse a Charley de pies a cabeza.

—Oye, ¿dónde está Cliff? —preguntó éste.

—¿Quién? ¿El jovencito de cara afilada que tuvo la amabilidad de traerme hasta mi maestro y señor? Se fue en el tren de las seis.

—Maldita sea. Tenía que haberle dado ciertas instrucciones.

—Dijo que querías que estuviera en la oficina el martes por la mañana, y que así lo haría aunque tuviera que salir volando. Cielos, Charley, como él sea un ejemplo de tus empleados..., se diría que besan el suelo que pisas. No paraba de hablar de lo estupendo que eras...

—Bueno, saben que soy un tipo cabal, que he trabajado en la fábrica... Que comprendo sus puntos de vista. No hace mucho tiempo aún trabajaba en el torno.

Charley se sentía animado. Volvió a servir las copas. Margo cogió la suya y vertió la mitad de su contenido en la botella.

—No quiero emborracharme demasiado, señor A —dijo en un tono nuevo, grave y acariciador.

Charley la atrajo hacia sí y la besó en la boca con fuerza.

—Oye, si supieras cuánto he deseado tener una mujer espléndida para mí solo... He tenido algunas zorras horribles... Y Gladys, Dios mío, qué gran zorra... Ha estado a punto de destruirme... Ha tratado de quitarme hasta el último centavo que me quedaba en este mundo... Ha conspirado contra mí en complicidad con unos tipos a los que yo creía mis amigos... Pero atiende, chiquilla, les voy a demostrar quién soy. En cinco años... vendrán arrastrándose hasta mí. No sé qué es, pero hay algo en mí, como el sentido del dinero a lo grande... Nat Benton dice que tengo ese sentido... Y yo sé que lo tengo. Puedo fiarme de mis corazonadas, ¿entiendes? Esos bastardos tenían todos dinero cuando empezaron.

Mientras esperaban a que les subieran la cena tomaron otro trago, y Margo sacó del bolso unas facturas.

—Sí, me ocuparé de ellas enseguida —dijo Charley, y se las metió en el bolsillo sin mirarlas.

—¿Sabes, señor A? No tendría que molestarte con estas cosas si tuviera una cuenta propia.

—¿Qué te parecen diez de los grandes en el First National Bank cuando lleguemos a Miami?

—Como quieras, Charley... Ya sabes que en mi vida he manejado más dinero que el de mi sueldo semanal. Lo mismo que todo artista de variedades que se precie. Me quedé sin un centavo después de atender a los viejos y pagar todos sus gastos. Verdaderamente, en este santo país cuesta mucho dinero morirse.

Charley se enterneció.

—¿Era tu padre verdadero, Margery?

Ella hizo un mohín.

—Oh, no. Mi padre estiró la pata de tanto beber cuando yo no era más que una niña tonta con el pelo hasta la cintura... Este era el segundo marido de mi madrastra. Aunque no te lo creas, quiero a mi madrastra... Ha sido la única amiga que he tenido en el mundo. Ya te contaré cosas de ella algún día. Ya verás qué historia...

—¿Cuánto costó todo? Me ocuparé de ello.

—Margo negó con la cabeza.

—Nunca he permitido que mis parientes cargaran sobre las espaldas de ningún hombre —dijo ella.

Cuando entró un camarero con una bandeja llena de fuentes de plata, seguido por otro camarero que empujaba una mesa preparada para el servicio, Margery le apartó de Charley.

—Bueno, esto es vida —susurró de un modo que hizo reír a Charley.

El viaje en coche resultó una auténtica fiesta. El tiempo era bueno. A medida que avanzaban hacia el sur empezaron a ver brotar en los bosques el vello verde de primavera. En las tierras áridas abiertas de pinos había flores. Los pájaros cantaban. El coche se deslizaba con la suavidad de un delfín. Charley lo mantenía a noventa kilómetros por hora sobre las carreteras de cemento conduciendo con cuidado, disfrutando de la conducción, del buen funcionamiento de los frenos en las cuatro ruedas y del zumbido del motor bajo el capó. Margo era una chica inteligente, estaba loca por él y no paraba de hacer comentarios divertidos. Bebieron lo suficiente como para mantenerse animados. Llegaron a Savannah avanzada ya la noche; se sentían tan bien que se emborracharon a conciencia, al punto de que el director del viejo y gran hotel les amenazó con ponerles de patitas en la calle. Fue en aquella ocasión cuando Margo arrojó un cenicero por el tragaluz.

Estaban demasiado borrachos para poder gozar en la cama, y a la mañana siguiente despertaron con un sabor de cobre en el paladar y un horrible dolor de cabeza. Antes de bañarse, Margo tenía un aire demacrado y verdoso y

grandes ojeras hundidas bajo los ojos. Charley le preparó una «ostra de la pradera», un ponche a base de huevo crudo con que solían desayunarse los aviadores ingleses allá en Europa, y Margo, nada más tomarlo, lo vomitó sin romper siquiera la yema. Hizo que Charley viniera y mirara dentro de la taza antes de tirar de la cadena. Allí estaba la yema cruda, tal y como había salido de la cáscara, mirándoles desde el fondo de la taza. A pesar del dolor de cabeza, no pudieron contenerse y se echaron a reír.

Cuando salieron eran ya las once. Charley conducía sin prisa por la serpeante carretera que atravesaba la zona boscosa de Georgia, hendida por pequeñas ensenadas y marismas donde alzaban el vuelo las grullas y, al menos en una ocasión, una blanca bandada de garcetas. Cuando llegaron a Jacksonville estaban agotados. Ninguno de ellos tenía hambre, y comieron tan sólo una chuleta de cordero acompañada de una horrible ginebra que el botones negro, que aseguraba que se trataba de la mejor ginebra inglesa recién importada de Nassau la noche anterior, les vendió por ocho dólares el cuarto. Apuraron la ginebra, combinada con licor de hierbas amargas, y se fueron a la cama.

Durante el viaje de Jax* a Miami, el sol fue abrasador. Charley quiso bajar la capota para que el aire entrara a raudales en el coche, pero Margo se negó rotundamente. Y le hizo reír al respecto.

[* Jacksonville (N. del T.)

—Una chica es capaz de sacrificar cualquier cosa por un hombre, excepto su cutis —explicó.

En el curso del viaje no probaron bocado, pero Charley siguió bebiendo ginebra. Una vez en Miami, fueron directamente al Palms, antiguo lugar de trabajo de Margo, donde recibieron una ovación de Joe Kantor y Eddy Palermo y los muchachos de la banda. Todos dijeron que los recién llegados parecían de luna de miel, y bromeando se empeñaron en ver la licencia de matrimonio.

—Es sólo una amistad por azar... —decía Margo—. Alguien que pesqué en la estación de autobuses de Jax.

Charley pidió los mejores platos de la casa y copas para todos y champán, y a pesar de la pierna tullida bailó con Margo toda la noche. Acabó por quedarse dormido, y lo subieron a la habitación del señor y la señora Kantor. Cuando despertó vio a Margo, completamente vestida y fresca como una margarita, sentada en el borde de la cama. Era cerca de mediodía. La propia Margo le subió el desayuno en una bandeja.

—Mira, señor A —dijo—. Has venido a Miami a descansar, así que vas a pasarte una temporada sin clubs nocturnos. He alquilado un pequeño bungalow de la playa; te inscribiremos en el hotel para evitar rumores. El chalet te va a gustar. Lo que necesitamos es el calor de un hogar... Y tú y yo, señor A, vamos a ser abstemios por un tiempo.

El bungalow era una pequeña construcción de estilo colonial español; el alquiler era muy caro, pero su estancia en Miami resultó muy divertida, apostaban a las carreras de galgos y a la ruleta, y Charley empezó a frecuentar una partida de póquer nocturna que organizaban unos conocidos de Homer Cassidy, el amigo del senador Planet. Cassidy era un sureño corpulento y de pelo blanco, sonriente y alto, que vestía un holgado traje de hilo y solía visitar a Charley en el hotel. Después de largas conversaciones acerca de lo divino y de lo humano, Cassidy le explicó que estaba comprando opciones de propiedad sobre el nuevo aeropuerto, y que, en virtud de las buenas relaciones de Charley, le dejaría entrar en la operación siempre que dispusiera de dinero contante y sonante. Charley estaba teniendo una magnífica suerte al póquer; siempre ganaba lo suficiente para llevar encima un buen fajo de billetes, pero el asunto de su cuenta corriente era harina de otro costal. Empezó a inundar de telegramas la oficina de Nat Benton en Nueva York.

Margo se esforzaba por mantenerlo apartado de la bebida, y Charley sólo lograba emborracharse a sus anchas cuando salía a pescar con Cassidy. Margo no quería ir a pescar; decía que no le gustaba cómo la miraban los peces al salir del agua contra su voluntad. Un día, cuando bajó al muelle para salir de pesca con Cassidy, Charley se encontró con que el viento del norte azotaba

con fuerza y la partida de pesca había sido cancelada. Se retiraba ya del muelle cuando llegó hasta él en bicicleta un mensajero de la Western Union. El viento soplaba con mayor violencia por momentos, y levantaba un polvo helado que le azotó la cara mientras leía el telegrama que le había enviado el senador:

ADMINISTRACIÓN PREPARA AVENA PARA PEGASO

Tan pronto como volvió a la playa pidió una conferencia con Benton. Al día siguiente saltó al aire la noticia de la existencia de un proyecto de ley encaminado a subvencionar las líneas aéreas. Las acciones aeronáuticas subieron como la espuma. Charley, cuando alcanzaron el máximo de su cotización, vendió todas las que poseía, cubrió los márgenes de las que había comprado a crédito y se sentó a esperar el resultado del golpe de mano mientras los periódicos de la tarde censuraban la noticia.

Una semana después, empezó a comprar dichas acciones a una cotización veinte puntos más baja. Ahora dispondría del dinero en metálico suficiente para volver a financiar sus compras a crédito y para entrar con Cassidy en el negocio de las opciones. Cuando comunicó a Cassidy que estaba en situación de hacerlo, decidieron salir en el barco para discutir los pormenores. Mientras un muchacho negro les servía julepes de whisky con menta, se sentaron en la popa con las cañas de pescar, sombreros de paja para proteger sus ojos del sol y una mesa a sus espaldas donde reposaban las bebidas. En cuanto alcanzaron el mar abierto se aprestaron a la pesca del pez vela.

Era un día de cielo azul, con grandes y blandas nubes de un blanco rosado y tonalidad lavanda en la base, que se desplazaban en un ámbito inundado de sol. Soplaba el viento contra la corriente del golfo y levantaba un mar picado de afiladas olas, verdes en la cresta rompiente y azules y purpúreas en su seno. Siguieron las largas hileras de algas color de mostaza, pero no vieron ningún pez vela. Cassidy pescó una dorada y Charley estuvo a punto de atrapar otra. El barco cabeceaba de tal forma que Charley tuvo que hacer continuo honor a los julepes para lograr que su estómago se mantuviera en calma.

La mayor parte de la mañana la pasaron navegando a derecha y a izquierda frente a la embocadura del río Miami. Más allá de las altas olas oscuras podían ver las quietas y soleadas aguas marrones de la bahía, y, recortándose contra el horizonte, el blanco fulgurante de los nuevos edificios en medio de una maraña rojiza de edificios en construcción.

—Construcciones: eso es lo que me gusta ver —dijo Homer Cassidy, señalando la ciudad con una mano surcada de venas y adornada con un gran pelo de oro viejo—. Y eso es sólo el principio... Ah, muchacho, me acuerdo de cuando Miami no era más que un lugar remoto, un pequeño grupo de cabañas desvencijadas entre el ferrocarril y el río... Puedo asegurarle que los mosquitos eran terribles... había unos cuantos pobre — tones que se dedicaban a cultivar tomates tempranos y se pasaban la mitad del tiempo en la cama con fiebre intermitente... Y ahora mire... Y pensar que en Nueva York están intentando convencernos de que el boom de aquí no es sólido...

Charley asentía en silencio. Mantenía una batalla con un pez que había picado en su caña. Tenía la mano agarrotada de recoger el sedal enrollando sin prisa el carrete, y la sangre le encendía las mejillas.

—No es más que un bonito pequeño —dijo Cassidy—. Hasta tratan de decir que la pesca aquí no es buena... No es sino propaganda en favor de la Costa Oeste... Muchacho, debo admitir que veo venir la prosperidad desde hace muchos años, desde los tiempos en que trabajaba con el viejo Flagler. Aquél sí que era un hombre con visión... Yo fui con él en el primer tren que circuló por encima del mar hasta Cayo Oeste. A la sazón yo era abogado de la empresa ferroviaria. Unos colegiales arrojaron rosas a sus pies durante todo el trecho que recorrió desde su coche hasta el vagón... Antes de dar por terminada la línea, perdimos cerca de mil hombres, se los llevaron los huracanes... Y aquí tiene el nuevo Miami... Y Miami Beach. ¿Qué piensa de Miami Beach? Es el sueño de Flagler hecho realidad.

—Bien, a mí lo que me gustaría hacer... —empezó Charley, y se calló para dar un sorbo al julepe que le acababa de ofrecer el mozo negro.

La amenaza de mareo había pasado, y empezaba a sentirse a las mil maravillas. El guía de pesca de Cassidy sostenía ahora su caña para cambiarle

de anzuelo, de modo que Charley se quedó sentado allá en la popa, sintiendo cómo el sol mordía su espalda y cómo se secaban en su cara las salpicaduras de salitre, sin nada que hacer sino sorber su julepe y disfrutar de la ausencia de preocupaciones en su cabeza.

—Cassidy, esto sí que es vida... ¿Por qué la gente no puede hacer lo que quiere con su vida? Iba a decir antes que lo que yo quiero es apartarme de ese mundo podrido..., de las inversiones y de toda esa mierda... Me gustaría retirarme con un buen montón de pasta y comprarme una casa y asentarme y pasar el tiempo enredando con motores y diseños de aviones y ese tipo de cosas... Siempre he acariciado la idea de retirarme con la pasta suficiente para construirme un túnel aerodinámico... Ya sabe, es un túnel donde se prueban los prototipos de aviones.

—Claro —dijo Cassidy—. Es la aviación la que va a transformar Miami... Imagínese: dieciocho, catorce, diez horas desde Nueva York... No necesito decirle más... Y usted y yo y el senador... vamos a estar entre los fundadores con el asunto del aeropuerto... Sí, señor, he estado esperando toda mi vida una gran ocasión como ésta... Me he pasado la vida al servicio de otros... En la Magistratura, como abogado del ferrocarril, todo tipo de cosas... Me parece que ya es hora de que me haga con mi propia fortuna.

—Suponga que eligen otro sitio para instalar el aeropuerto... Nos veríamos en un buen aprieto. Después de todo, este tipo de cosas ya han sucedido otras veces...

—No pueden hacerlo, muchacho. Usted mismo puede ver que es el emplazamiento ideal, y... Bueno, no debería decírselo, pero al fin y al cabo va a saberlo muy pronto... Usted conoce a nuestro amigo de Washington; bien, pues es uno de los hombres con más visión de futuro del país... El dinero que voy a poner en el negocio no sale de la cuenta de Homer Cassidy, porque Homer Cassidy está sin un centavo. Y eso es precisamente lo que me preocupa en este mismo momento. Soy tan sólo su agente. Y le juro por mi vida que en todos los años que llevo asociado con el senador Planet aún no le he visto poner un solo centavo en algo que no fuera seguro.

Charley se echó a reír.

—Vaya, el viejo hijo de perra...

Cassidy rió también.

—Ya sabe que a buen entendedor pocas palabras bastan... ¿Qué le parece si tomamos un bocadillo de jamón de Virginia?

Con los bocadillos tomaron otra copa. Charley empezó a sentirse locuaz. El día era espléndido. Cassidy era un gran tipo. Se estaba divirtiendo de verdad.

—Es curioso —dijo Charley—. La primera vez que vi Miami fue desde el agua, como ahora... Nunca llegué a imaginar que iba a estar un día aquí nadando en la abundancia...Tampoco estaban entonces todos esos grandes edificios. Íbamos a Nueva York en un barco de cabotaje. Yo era un chaval; volví de pasar el Carnaval en Nueva Orleans, y puedo asegurarle que no me quedaba ni un centavo. Me desembarqué para Nueva York. En la travesía me hice amigo de uno de esos blancos pobres de Florida... Era un tipo divertido... Fuimos juntos hasta Nueva York. El decía que lo que había que hacer era irse a ver la guerra, así que fuimos y como un par de imbéciles nos alistamos en uno de esos servicios de ambulancias. Después me cambié a la aviación. Y así es como empecé en el negocio. Miami, entonces, no significaba nada para mí.

—Pues a mí fue Flagler el que me dio el empujón —dijo Cassidy—. Y no me avergüenza el admitirlo... Me encargué de comprar en Florida los derechos de paso para la Costa Este. Flagler me empujó a mí y empujó a Florida...

Al anochecer, cuando volvieron de su jornada de pesca en la Corriente del Golfo, bronceados y algo borrachos, guardaron cuidadosamente todas las opciones en la caja fuerte de la oficina del juez Cassidy y fueron al Palms a divertirse y a olvidar los asuntos de negocios. Margo llevaba su vestido plateado y estaba deslumbrante. Había una chica delgada y morena, de aspecto irlandés, que parecía conocer de antiguo al juez Cassidy. Se llamaba Eileen. Cenaron los cuatro juntos. Cassidy, de inmejorable humor y borracho como una cuba, empezó a hablar por los codos acerca del gran aeropuerto que se iba a construir, y prometió a Margo y Eileen que les dejaría entrar en la operación con unas cuantas parcelas. Charley estaba borracho, pero no tanto como para no darse cuenta de que Cassidy debía cerrar el pico. Cuando bailó

con Eileen, le dijo con franqueza al oído que debía intentar que su amigo mantuviera la boca cerrada hasta que el asunto se hiciera público en el momento oportuno. Margo, que los vio con las caras juntas, tuvo un acceso de celos y empezó a coquetear con Cassidy para desquitarse. Charley, después de mucho insistir, logró que bailara con él, pero Margo se hacía la muda y se negaba a responder cuando él le hablaba.

La acompañó hasta la mesa y se fue a la barra a tomar unas copas. Al poco empezó a discutir violentamente con un individuo enjuto con aire de pobre diablo. Eddy Palermo, con una suntuosa sonrisa en su cara de color y forma de aceituna, llegó corriendo y se interpuso entre ellos.

—No puede pelearse con este caballero, señor Anderson: es el fiscal del distrito... Estoy seguro, caballeros, de que van a hacerse amigos... Señor Pappy, el señor Anderson fue uno de nuestros más importantes héroes de guerra.

Ambos bajaron los puños y se quedaron mirándose fijamente, mientras el pequeño italiano inclinaba la cabeza y sonreía en medio de ellos. Charley extendió la mano.

—De acuerdo, choque esos cinco, amigo —dijo.

El fiscal le dirigió una mirada despectiva y se metió las manos en los bolsillos.

—Fiscal del distrito... Y una mierda... —dijo Charley.

La cabeza le daba vueltas. Tuvo que apoyar la mano en la pared para mantenerse en pie. Luego dio media vuelta y salió del recinto. Afuera encontró a Eileen, que acababa de salir del tocador de señoras y se arreglaba el pelo lacio ante el espejo que había al lado del guardarropa. El whisky y el humo de tabaco y el monótono zumbido de la orquesta y el arrastrar de los pies sobre la pista le habían producido una sensación de asfixia. Tenía necesidad de salir al exterior.

—Venga, chiquilla —dijo—. Vamos a darnos una vuelta en coche; a respirar un poco de aire puro.

Antes de que la chica pudiera darse cuenta, Charley la había hecho ir con él hasta el aparcamiento.

—Oh, pienso que no deberíamos dejar a los otros —decía ella una y otra vez.

—Están demasiado borrachos para darse cuenta. Volveremos dentro de cinco minutos. El aire fresco le sienta bien a las chiquillas, en especial a las chiquillas guapas como tú.

La caja de cambios aulló: no había pisado el embrague. El coche se caló; cuando arrancó de nuevo, Charley pisó el acelerador a fondo. El motor pareció fallar, pero fue sólo un instante y el coche pronto empezó a ganar velocidad.

—Ya ves —dijo Charley— que esto no es un autobús.

Mientras conducía, hablaba a Eileen de soslayo.

—Esta es la última vez que voy a ese tugurio —siguió Charley—. Esos políticos de mala muerte que acaban de salir de los campos de pinos no pueden tomarme el pelo. Puedo comprarlos y venderlos como si se trataran de una bolsa de cacahuetes. Como ese bastardo de Farrell... Le voy a arreglar las cuentas pronto. Tú no le conoces, pero lo único que necesitas saber es que es un rufián, uno de los peores rufianes de todo el país; y pensaba, como pensaban también todos los demás, que se iban a librar de mí como se libraron del pobre Joe Askew. Pero al hombre que tiene el conocimiento técnico, el tipo que idea los artilugios, a ése no le pueden arrinconar. Además, puedo vencerles en su propio juego. Aquí tenemos entre manos algo mucho más grande de lo que ellos han podido soñar. Y con la administración de nuestra parte. Esto va a ser grande, pequeña, la cosa más grande que hayas podido ver en tu vida, y voy a dejarte entrar en el negocio. De ahora en adelante vamos a vivir como señores .Y cuando viváis a lo grande no os acordaréis del pobre y viejo Charley Anderson, el tipo que os abrió los ojos.

—Oh, hace un frío terrible... —gimió Eileen—Volvamos. Estoy temblando.

Charley se inclinó hacia un lado y le pasó un brazo por el hombro. Mientras se volvía, el coche inició un viraje, pero pudo enderezarlo y volver a la carretera de cemento.

—Oh, por favor, señor Anderson, tenga cuidado... Vamos a ciento veinte... Oh, no me asuste, por favor...

Charley reía.

—Pero qué dulce chiquilla... Mira, ahora ya vamos a sesenta; nos deslizamos tranquilamente por la carretera a sesenta por hora. Ahora daremos la vuelta y volveremos, ya es hora de que los pollitos se vayan a la cama. Pero nunca debes tener miedo cuando vayas en coche y yo conduzca. Otra cosa no sabré, pero conducir un coche... Pero no me gusta conducir automóviles. Ah, si tuviera mi avión aquí... ¿Qué te parecería un bonito paseo en avión? Si no hubiera sido por el accidente lo tendría aquí conmigo, pero tuve que empeñarlo para pagar las reparaciones... Tuvieron que ponerle un motor nuevo. Pero ahora estoy nadando en la abundancia y voy a hacer que me lo traigan a Miami. Y nos divertiremos de lo lindo. Tú y yo y Margo. La vieja Margo es una chica estupenda, pero tiene un genio del demonio. Es algo que sé hacer: sé elegir a las mujeres.

Dieron la vuelta y camino de Miami vieron la larga franja del alba, que asomaba tras las vastas tierras estériles salpicadas de pinos muertos y de casas de estuco a medio construir y de gasolineras cerradas y de puestos de salchichas.

—Ahora el viento está a nuestra espalda. Habrás llegado antes de poder decir amén.

Avanzaban junto a la vía férrea. En aquel momento se acercaban velozmente hacia dos luces rojas.

—Me pregunto si será el tren de Nueva York —dijo Charley.

Dieron alcance al tren; rebasaron el vagón panorámico, que estaba iluminado, rebasaron los coches cama, a oscuras todos ellos con excepción de la luz que se filtraba a través de las ventanillas de cristal esmerilado de los saloncitos del fondo de los coches, se acercaban ya al vagón de los equipajes y los vagones del correo y a la máquina, alta y enorme y negra, sobre la que se proyectaba el fulgor de los faros de Charley en la oscuridad. El tren había invadido la franja roja del alba.

—Diablos, va lento como una tortuga.

Al rebasar la cabina, la locomotora lanzó un silbido.

—Diablos, apuesto a que llego al cruce antes que ellos.

Divisaron a lo lejos las luces del paso a nivel y un largo haz de luz de los faros del tren, que alejaban y hacían palidecer la línea roja y amarilla del sol que orlaba las nubes en el horizonte. La barrera estaba echada en el paso a nivel: Charley pisó a fondo el acelerador. Al estrellarse contra la barrera, los faros se hicieron pedazos. El coche se desvió hacia un costado. El resplandor de los faros de la locomotora les cegó, y les ensordeció el aullido del silbato.

—¡No tengas miedo, hemos pasado! —le gritó Charley a la chica.

El coche viró, dio un coletazo sobre las vías y se caló.

Charley pisaba con fuerza el arranque. Apenas sintieron el choque.

Cuando volvió en sí, supo al instante que estaba en un hospital. Lo primero que hizo fue preguntarse si iba a tener resaca. No podía moverse. Todo era oscuridad. Como desde lo hondo de un pozo podía ver el techo. Luego vislumbró la parte superior de una cofia de enfermera, y luego a una enfermera que se inclinaba sobre él. Se dio cuenta de que estaba hablando todo el tiempo; no podía dejar de hablar.

—Bueno, creí que no lo contábamos... Dígame, enfermera, ¿dónde nos estrellamos? ¿En el aeropuerto? Me sentiría mejor si pudiera recordar. La cosa fue así, enfermera; llevé a esa chiquilla a que viese cómo funciona el nuevo Boeing... Ya sabe, ese condenado aparato... Yo estaba furioso contra alguien; creo que contra mi mujer, la pobre Gladys... ¿Por qué tendría que traicionarme de un modo tan sucio? Pero ahora, con la operación del aeropuerto, podré comprar y vender a esa pandilla de bastardos. Oiga, enfermera, ¿qué es lo que sucedió? Fue en el aeropuerto, ¿no?

La tez y el pelo de la enfermera, ambos amarillos, resaltaban bajo la blanca cofia. Tenía una cara delgada, sin labios, y unas finas manos que pasaron ante los ojos de Charley hacia la barbilla: estaba arreglándole el embozo de la sábana.

—Debe tratar de descansar —dijo—. De lo contrario, tendré que darle otra inyección.

—Oiga, enfermera, ¿es usted canadiense? Apuesto a que es canadiense.

—No, soy de Tennessee... ¿Por qué?

—Me equivoqué. Verá, siempre que he estado en un hospital, las enfermeras resultaron canadienses. ¿No está esto muy oscuro? Me gustaría poder contarle cómo fue. ¿Han llamado a mi oficina? Tal vez es que bebo demasiado... A partir de hoy, me dedicaré exclusivamente a los negocios. Ha de saber que en este juego uno ha de tener los ojos abiertos. Oiga, ¿puede darme un vaso de agua?

—Soy la enfermera de noche. Aún no es de día. Intente dormir.

—Imagino que ya han llamado a la oficina. Me gustaría que Stauch echase un vistazo al aparato antes de que nadie lo tocara. Es curioso, enfermera, siento mucho dolor. Pero me siento tan mal...

—Son las inyecciones —le llegó la voz grave y viva de la enfermera—. Ahora descanse tranquilamente y mañana se encontrará mucho mejor. Lo único que puede hacer es enjuagarse la boca con esto.

—Muy bien.

Charley no podía dejar de hablar.

—Verá, fue así: tuve una especie de pelea con un tipo. ¿Me está escuchando, enfermera? Creo que me ha quedado dentro cierto resentimiento desde que conspiró contra mí toda aquella gente. Antes, en los viejos tiempos, solía pensar que todo el mundo era amigo mío, ¿sabe? Y ahora sé que todos son unos rufianes... Hasta Gladys, que resultó la peor de todos... Imagino que es la resaca lo que hace que tenga tanta sed.

La enfermera estaba de nuevo a su lado, mirándole.

—Me temo que tendremos que darle algún somnífero, hermano... Ahora relájese... Piense en algo agradable. Buen chico.

Charley sintió unos golpecitos en el brazo con algo frío y húmedo. Luego notó la aguja en la carne. La dura cama donde estaba tendido se iba desmoronando gradualmente bajo su cuerpo. Y él se iba hundiendo; sin la dulzura del sueño que se acerca, se fue hundiendo en la oscuridad.

Ahora era una mujer robusta y almidonada la que se inclinaba sobre él. Era de día. Las sombras eran ahora diferentes. La mujer almidonada le alargó unos papeles hasta la nariz. Su voz era enérgica y jovial:

—Buenos días, señor Anderson, ¿puedo hacer algo por usted?

Charley seguía aún en un profundo pozo. La habitación, la robusta mujer almidonada, los papeles..., se hallaban muy lejos, en alguna parte por encima de su cabeza. Los párpados le ardían.

—Oiga, no tengo la cabeza muy bien, enfermera.

—Soy la supervisora. Hay ciertas formalidades... Si no tiene inconveniente..., si se siente con fuerzas.

—¿Ha sentido usted alguna vez como si las cosas ya le hubieran sucedido antes...? Oiga, ¿dónde..., quiero decir en qué ciudad...? Déjelo, no importa, no me diga nada: ahora lo recuerdo todo.

—Soy la supervisora. Si no le importa, la administración desearía que hiciera usted un cheque por importe de una semana anticipada... Hay, además, algunos otros gastos.

—No se preocupe. Tengo dinero... Por el amor de Dios, deme algo de beber.

—Lo siento, es el reglamento.

—Debe de haber un talonario en mi abrigo... O póngase en contacto con Cliff... El señor Wegman, mi secretario... El extenderá un cheque de mi parte.

—No tiene que preocuparse por nada, señor Anderson... La administración ha preparado un talón en blanco. Pondré en él el nombre del banco. Usted sólo tiene que firmarlo. Serán doscientos cincuenta dólares, que quedarán a cuenta.

—El Banker’s Trust, de Nueva York... Dios, si apenas puedo firmar...

—No se preocupe; el cuestionario lo rellenará luego la enfermera... Es para el archivo. Bueno, adiós, señor Anderson. Le deseo una feliz estancia entre nosotros y una pronta recuperación.

Y la robusta mujer almidonada desapareció de su vista.

—Oiga, enfermera —llamó Charley. Había sentido miedo repentinamente—. ¿Qué antro es éste? ¿Dónde estoy? Oiga, enfermera, enfermera... —gritó tan fuerte como pudo.

Empezó a brotarle sudor por toda la cara y el cuello, y a deslizarse sobre sus ojos y orejas. Podía mover la cabeza y los brazos, pero no sentía en absoluto la boca del estómago. Tampoco sentía las piernas. Su boca estaba seca y sedienta.

Una nueva enfermera, guapa y rosada, se inclinaba ahora sobre él.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —preguntó, secándole la cara y mostrándole la campanilla que tenía al alcance de la mano.

—Enfermera, estoy terriblemente sediento —dijo Charley, con voz débil.

—Ahora sólo debe enjuagarse la boca. El doctor no quiere que coma ni beba nada hasta que le haya colocado el tubo de drenaje.

—¿Dónde está el doctor?... ¿Por qué no está aquí ya?... ¿Por qué no ha estado aquí todo el tiempo? Si no pone más cuidado, lo despido y busco otro.

—Aquí viene el doctor Snyder —dijo la enfermera en un susurro reverente.

—Bien, Anderson, se ha salvado usted por los pelos. Seguramente pensaba que iba en un avión... Es curioso, jamás conocí a ningún piloto que supiera conducir un coche. Me llamo Snyder. Doctor Ridgely Snyder, de Nueva York. El doctor Booth, médico residente en este hospital, requirió mis servicios como especialista. Tal vez tengamos que ponerle unos cuantos parches dentro. Cuando lo recogieron, según tengo entendido, buena parte de la carrocería del coche estaba encima de usted, sobre el abdomen... Fue realmente una suerte que no lo matara allí mismo... Me entiende usted, ¿no?

El doctor Snyder era un hombre grande, de mejillas planas y bien afeitadas y manos cuadradas que terminaban en uñas también cuadradas. Al mirar al doctor, grande y cuadrado y panzudo y enfundado en su bata blanca, por la confusa mente de Charley cruzó velozmente una canción que el viejo Vogel solía cantar. En efecto, el doctor se parecía al kaiser Guillermo, el carnicero, pero ninguno de ellos conocía al otro.

—Supongo que serán las drogas, pero no me funciona muy bien la cabeza..., usted haga lo que pueda doctor... Y no repare en gastos. Acabo de hacer esa operación que va a hacer que a esos tipos les zumben las orejas... Oiga, doctor, ¿qué le sucedió a la chica? ¿No iba una jovencita conmigo en el coche?

—Oh, no se preocupe por ella. Está perfectamente. Salió despedida lejos del coche: una ligera conmoción cerebral, algunas contusiones... Está recuperándose espléndidamente.

—Me daba miedo preguntarlo.

—Tendremos que hacerle una pequeña operación, una sutura de intestino. Se trata de un problema muy interesante. Bueno, ahora quiero que no piense en nada, señor Anderson... Una puntada por aquí, otra por allá... Eso es todo. Veremos lo que podemos hacer. Se supone que yo debería estar de vacaciones, pero, naturalmente, vine con mucho gusto tratándose de una emergencia.

—Bien, gracias por todo, doctor..., y por lo que pueda hacer de ahora en adelante. Ya sé que no debería beber tanto... Oiga, ¿por qué no me dejan beber un vaso de agua? Es curioso, cuando recobré el conocimiento creí que estaba en alguno de esos clubs nocturnos del infierno... Ah, Doris... A ella no le gustaría oírme hablar así... Mala gramática, conducta impropia de un oficial y caballero... Pero usted ya entiende, doctor, cuando uno llega donde yo he llegado puede permitirse el lujo de vender y comprar a esos tipos como si fueran una bolsa vieja de cacahuetes, una birriosa bolsa de cacahuetes rancios, y sin preocuparse uno por lo que dirán... ¿Sabe, doctor?, a lo mejor el tener que estar en la cama un tiempo me viene como anillo al dedo. Tendré ocasión de dejar la bebida, de pensar acerca de las cosas... ¿Ha pensado usted alguna vez sobre las cosas, doctor?

—Lo que estoy pensando ahora mismo, señor Anderson, es que desearía que se quedase absolutamente quieto y tranquilo.

—De acuerdo, usted vaya a hacer sus cosas, doctor... Mándeme a esa enfermera tan guapa y déjeme que hable con ella... Quiero hablar de Bill Cermak... Era el único tipo honesto que he conocido; él y Joe Askew... Me pregunto qué sentiría cuando murió... ¿Sabe? La última vez que fui... digamos físicamente dañado, él y yo nos estrellamos en un avión... En el nuevo Mosquito... Se han invertido millones en él ahora..., pero los muy bastardos me han quitado las acciones... Oiga, doctor, usted no se ha muerto nunca, ¿no?

Pero nunca había ya ante sus ojos sino el techo blanco, iluminado más intensamente en los espacios bañados por la luz que entraba por la ventana. Charley recordó la campanilla que había al lado de la cabecera. Llamó una y otra vez. Nadie acudió. Entonces estiró del cordón de tal manera que sintió que lo había desgarrado por alguna parte. La cara guapa y rosada de la enfermera apareció sobre la suya, muy cerca, como en un primer plano cinematográfico. Y movía los labios, unos labios que muy rara vez habrían besado. Podía oír que emitían como una especie de cloqueo, pero un sonido muy lejano en el interior de sus oídos le impedía entender lo que decían. Sólo cuando él hablaba no se sentía asustado.

—Mire, joven... —se oyó decir. Le gustaba oír sus propias palabras—. Pago mi estancia en este hospital y quiero que las cosas se hagan a mi gusto... Quiero que se siente aquí y escuche lo que digo. Veamos, ¿qué le estaba diciendo yo al tipo ese? Puede que sea médico, pero para mí es idéntico al káiser Guillermo, el carnicero. Usted es demasiado joven para conocer esa canción.

—Tiene visita, señor Anderson. ¿Quiere que le refresque un poco la cara?

Charley volvió la mirada. Habían descorrido las cortinas. Vio a Margo en el marco oblongo y gris de la puerta. Llevaba un vestido amarillo. Y lo miraba con los ojos muy abiertos.

—No estás enfadada, ¿verdad, Margo?

—Estoy peor que enfadada; estoy preocupada.

—Todo se va a arreglar, Margo. Se ocupa de mí un matasanos estupendo que ha venido de Nueva York. El me compondrá como es debido. Si quitamos el bigote, es igual que el káiser Guillermo, el carnicero. ¿Qué sabes tú de eso? Yo no me acuerdo ya del bigote..., no me mires con esa cara. Estoy bien, ¿sabes? Sólo que me siento mejor cuando hablo, ¿sabes? Apuesto a que soy el paciente más hablador que han tenido en este hospital... Margo, sabes muy bien que si hubiera seguido bebiendo a este ritmo habría acabado siendo un borracho despreciable. Casi es mejor que haya sucedido esto: así podré cortar por lo sano.

—Oye, Charley, ¿estás lo suficientemente bien como para firmar un cheque? Necesito algo de dinero. Recuerda que me ibas a dar una comisión sobre esa operación del aeropuerto. Y además, tengo que contratar un abogado para ti. La familia de Eileen te ha demandado. Y aquel fiscal del distrito ha cursado la orden de procesamiento. Te he traído un talonario de tu banco en Nueva York.

—Santo Dios, Margo, he ganado cierta pasta, es cierto, pero no soy el Banco de Inglaterra.

—Pero, Charley... Me dijiste que ibas a abrirme una cuenta...

—Deja que primero salga del hospital.

—Oh, Charley, pobre y desdichado señor A... No creas que me agrada preocuparte en una situación como ésta..., pero tengo que comer como todo el mundo... Además, si tuviera dinero podría llegar a un acuerdo con ese fiscal... e impedir que llegara a los periódicos toda la historia... Ya te imaginas la clase de historia que pueden montar sobre esto..., pero necesito dinero enseguida.

—De acuerdo, haz un talón por cinco mil... Tienes suerte de que no me rompiera el brazo.

La enfermera guapa y rosada había vuelto. Su voz sonó fría y cortante y gélida:

—Me temo que ha pasado la hora.

Margo se inclinó sobre él y le besó en la frente. Charley tuvo la sensación de hallarse dentro de una urna de cristal. Allí estaban el tacto de sus labios, el olor de su vestido y de su pelo, el perfume que siempre usaba..., pero nada de ello pudo percibir. Como en un plano cinematográfico la vio dirigirse hacia la puerta: el balanceo de sus caderas bajo el vestido prieto, el ademán nervioso con que agitaba el cheque bajo su barbilla para que la tinta se secase...

—Oiga, enfermera, esto parece una carrera en desbandada para sacar fondos de un banco... Parece que la vieja institución no está todo lo sana que debiera y la gente no se fía... Le voy a dar instrucciones; diga ahí abajo, en recepción, que no permita subir a nadie. No más visitas... Usted y yo y el káiser Guillermo, y basta.

—De cualquier forma, ahora va a emprender usted un pequeño viaje por los pasillos —dijo la enfermera guapa y rosada en tono alegre, como si se tratara de ir a un espectáculo o a un partido de béisbol.

Entró un enfermero. La habitación empezó a apartarse velozmente de la cama; también el pasillo gris se movía, pero el movimiento levantaba en él espasmos ciegos de dolor que le recorrían las piernas. Volvió a hundirse en una amarga y mareante negrura. Cuando se hizo la luz de nuevo, la sentía inmensamente lejos. La lengua seca, la boca tan sedienta... Una neblina rojiza cubría todas las cosas. Estaba hablando, pero en algún lugar muy lejano. Podía sentir cómo las palabras brotaban de su garganta, pero no podía oírlas. Oyó, sin embargo, que el doctor decía «peritonitis» de un modo muy festivo, como quien dice «Feliz Navidad». Había también otras voces... Seguramente estaba delirando. Allí sentado estaba Jim, con el semblante perplejo y sombrío y triste, como lo recordaba de chico, en las tardes de domingo, inclinado sobre los libros escolares.

—¿Eres tú, Jim? ¿Cómo has llegado aquí?

—Vinimos en avión —respondió Jim. Charley se sorprendió de que pudieran oírle. Sentía su voz tan lejana... —Todo va bien, Charley. No debes hacer esfuerzos de ningún tipo. Yo me ocuparé de todo.

—¿Puedes oírme, Jim? A mí me parece como si estuviera hablando por conferencia y lo oyera todo pésimamente.

—No te preocupes, Charley... Nos ocuparemos de todo. Tú tranquilo y descansa. Oye una cosa, Charley; sólo a modo de precaución, quiero preguntarte una cosa: ¿has hecho testamento?

—¿Fue peritonitis lo que oí que alguien decía? Eso es grave, ¿no?

Jim tenía la cara taciturna y blanca.

—Es... es sólo una pequeña operación. He pensado que sería mejor que me otorgaras un poder que revoque todos los demás, y así no tendrías ninguna preocupación en la cabeza... Lo tengo todo preparado. Tengo aquí conmigo al juez Grey, que servirá de testigo, y Hedwig está a punto de llegar... Dime, ¿estás casado con esta mujer?

—¿Yo, casado? No volveré a casarme en mi vida. El bueno de Jim, siempre queriendo que la gente firme cosas... Qué pena que no me rompiera también el brazo... Bien, ¿qué piensas ahora sobre la aviación, Jim? Aún no es nada práctica, ¿no? Aunque lo suficientemente práctica como para hacer más dinero que el que tú has hecho en toda tu vida vendiendo utilitarios... No te ofendas, Jim... Oye, asegúrate de que consigues un montón de buenos médicos... Estoy muy enfermo, ¿te has dado cuenta?... Y se pone uno tan ronco... Haz que me dejen beber un vaso de agua, Jim. No ahorres en médicos... Me gustaría hablar como cuando íbamos a pescar río arriba por el río Red, ¿te acuerdas?, y no había pesca... Iremos de pesca aquí... Hay una magnífica pesca frente a la costa de Miami... Tengo la sensación de que voy a desmayarme otra vez... Haz que el médico me dé algo. Así, buen pinchazo. Gracias, enfermera, me siento mucho mejor, lo veo todo mucho más claro... Pues sí, Jim, hay rumores flotando en el ambiente..., subvenciones de Correos..., aeropuertos..., todas esas nuevas líneas aéreas... Vamos a ser los padres fundadores de todo ello... Pensaban que me iban a dejar en cueros en la calle, pero les he tomado el pelo... Cristo, Jim, me gustaría poder dejar de hablar y dormirme. Pero este desvanecimiento que se acerca no es como el sueño, es como... como algo falso.

No podía evitar seguir hablando, pero de nada le servía. Estaba demasiado ronco. Su voz era como un vago graznido. Y estaba tan sediento. No podían oírle. Tenía que hacer que le oyeran. Se sentía tan débil. Estaba cayendo, cayendo en barrena, siendo engullido por

Noticiario LXII

LOS ASTROS AUGURAN MALOS PRESAGIOS PARA COOLIDGE

Si no puedes decir al mundo

Que ella es una chiquilla buena

Es mejor que no digas nada

el viejo Way había estado varios años tratando de conseguir y lanzar al mercado cierto producto con el cual rociar el apio. La investigación de los cargos de agresión contra su persona reveló que Way había sido advertido de que no siguiera escribiendo cartas, pero también puso de manifiesto que los principales cultivadores de apio utilizaban un producto que contenía un veneno mortal

Y puesto que ella lo lamenta

Necesita comprensión

LOS MINEROS RELATAN LOS HORRORES

DEL POZO DE LA MUERTE

en vista de que los bancos atraviesan actualmente una situación problemática en Florida, los cheques no pueden hacerse efectivos con la necesaria rapidez. Para evitar retrasos, envíen por favor giros postales urgentes en lugar de cheques certificados

Como una mariposa sorprendida por la lluvia

Suspira por las flores

Añora las horas

Pasadas en el sendero besado por el sol

UNOS TURISTAS ATRACAN UNA GASOLINERA

LA REDUCCIÓN DEL BENEFICIO NO LOGRA FRENAR

EL ALZA DE LOS VALORES

el clima alimenta el optimismo y será difícil que el pesimismo logre sofocar el sol radiante y las brisas balsámicas que soplan del Atlántico y del Golfo

Oh no va a volver la lluvia

UN HURACÁN ARRASA EL SUR DE FLORIDA

EL SUR DE FLORIDA, DEVASTADO:

MIL MUERTOS, TREINTA Y OCHO MIL PERSONAS SIN HOGAR

UNA BELLEZA DE BROADWAY APALEADA

El zorro tiene una cola tupida

La zarigüeya la tiene pelada

El conejo no tiene ninguna

Tiene tan sólo una borla peluda

EL FONDO DE SOCORRO

PARA FLORIDA RESULTA MUY INSUFICIENTE

SE PERFILA LA AMENAZA DE LA LEY MARCIAL

No va a volver la lluvia

según la policía, el grupo pasó la noche del domingo en Hillside Park, lugar de recreo en Belleville, y al filo de medianoche fueron al bungalow. Las chicas Bagley se acostaron —como relataron a la policía—, y cuando los hombres entraron en la habitación una de ellas saltó por la ventana

¿Pero cómo diablos pueden decir los viejos Que no va a llover más?

MARGO DOWLING

Agnes se apeó del coche cama vestida de crespón negro de pies a cabeza. Había engordado, y su cara tenía un aire ajado y gris que Margo no le había visto nunca. Margo apoyó la cabeza sobre el hombro de Agnes y rompió a llorar allí mismo, en medio de la soleada estación de Miami, atestada de gente. Subieron al Buick y se dirigieron hacia la playa. Después no reparó en el coche ni en el chófer uniformado. No prestaba atención a nada. Cogió de la mano a Margo y permanecieron sentadas sin mirarse, con la vista puesta en las calles soleadas y llenas de gente con ropa ligera que se movía lentamente. Margo se frotaba los ojos con un pañuelo de encaje.

—¿No deberías ir de luto? —dijo Agnes—. ¿No te sentirías mejor si te vistieras de negro?

Hasta que el Buick azul no se detuvo ante la puerta del bungalow y Raymond, el chófer mulato de cara delgada, se apeó de un salto y fue a coger las maletas sonriendo respetuosamente, Agnes no empezó a caer en la cuenta de todo aquello. Lanzó un gritito.

—Oh, qué coche más bonito...

Margo le mostró el interior del bungalow y el porche con mosquitero de tela metálica, bajo las palmeras, que daba al mar azul purpúreo, y a las aguas verdes de la orilla y a las enormes olas blancas.

—Oh, es precioso —dijo Agnes, y se dejó caer, suspirando, en una hamaca Gloucester—. Oh, estoy tan cansada...

Empezó de nuevo a llorar.

Margo fue a arreglarse el maquillaje en el largo espejo del vestíbulo.

—Bien —dijo al volver, empolvada y sonrosada—, ¿qué te parece la casita? Una cabañita, ¿verdad?

—Ahora no podremos quedarnos... ¿Qué vamos a hacer ahora? —lloriqueaba Agnes—. Ya sé que no es más que la perversa irrealidad de la materia, pero... Oh, si él hubiera seguido el pensamiento recto...

—Bueno, la renta del mes que viene está pagada —dijo Margo.

—Sí, pero los gastos... —gimió Agnes.

Margo miraba a través de la puerta de tela metálica un petrolero grande y negro que surcaba el horizonte. Volvió la cabeza y habló, malhumorada, por encima del hombro:

—Bien, no hay nada que me impida vender unas cuantas opciones, ¿no? ¿Sabes lo que te digo? Que lo de aquí es un auténtico boom. A lo mejor podemos hacer algún dinero. Conozco a todos los que son alguien en la ciudad. Tú espera y verás...

Eliza, la doncella negra, trajo una cafetera de plata y unas tazas y un plato de tostadas sobre una bandeja de plata cubierta por un tapete de encaje. Agnes se retiró el velo, bebió un poco de café en pequeños sorbos y empezó a mordisquear una tostada.

—Ponle un poco de mermelada encima —dijo Margo mientras encendía un cigarrillo—. No sabía que tú y Frank creyeseis en el luto.

—No me sentí capaz de hacer otra cosa. Me hizo sentirme mejor. Oh, Margo, ¿has pensado alguna vez que si no fuera por nuestra horrible incredulidad quizás estarían aún entre nosotros? —Se secó las lágrimas y volvió al café y a las tostadas—. ¿Cuándo es el entierro?

—Va a ser en Minnesota. Su familia se ha hecho cargo de todo. Piensan que soy el diablo en persona.

“Pobre señor Anderson... Debes de estar desolada, mi pobre niña...

—Tenías que haberles visto... Su hermano Jim sería capaz de quitarle los dientes de oro a un muerto. Me amenaza con llevarme ajuicio para conseguir

que le devuelva unos valores que según él eran de Charley. Bueno, que me demande si quiere. Mi abogado es Homer Cassidy, y lo que él dice va a misa en esta ciudad... Agnes, tienes que quitarte todos esos ropajes de viuda enlutada y portarte normalmente. ¿Qué pensaría Frank si estuviera aquí?

—Está aquí —gritó Agnes desmadejándose y poniéndose a gimotear de nuevo—. Nos está mirando en este mismo instante. ¡Lo sé! —Se secó los ojos y trató de calmarse aspirando el aire por la nariz—. Oh, Margie, mientras venía en el tren he estado pensando que quizá tú y el señor Anderson os casasteis en secreto. Ha debido dejar una enorme fortuna.

—La mayor parte está invertida... Pero Charley se portó estupendamente, cuidó de mí y mientras estuvimos juntos procuró ir sacándome adelante.

—Oh, Margo, fíjate; dos desgracias tan horribles en un mismo invierno...

—Agnes —dijo Margo, levantándose—, si sigues hablando así voy a mandarte ahora mismo a Nueva York... ¿No comprendes que he pasado un tiempo terriblemente deprimida...? Tienes la nariz toda roja. Es horrible... Mira, ponte cómoda, como si estuvieras en tu casa. Yo tengo que salir a resolver unos asuntos.

—Oh, no me dejes aquí sola... Todo esto es tan extraño para mí... —lloriqueó Agnes.

—Bien, si te quitas ese horrible velo puedes acompañarme. Date prisa, tengo una cita.

Hizo que Agnes se arreglara el pelo y se pusiera la blusa blanca. El vestido negro le sentaba realmente bien. La obligó también a que se maquillara un poco.

—Así, muy bien. Estás encantadora —le dijo, y la besó.

—¿De verdad es tuyo el coche? —preguntó Agnes suspirando, mientras se acomodaba en el asiento trasero del Buick sedán azul—. No puedo creerlo.

—¿Quieres ver la documentación? —dijo Margo—. Adelante, Raymond, ya sabe dónde está la oficina del agente de bolsa.

—Naturalmente, señorita —contestó Raymond, tocándose ligeramente la visera reluciente de la gorra mientras el motor se ponía en marcha bajo el capó de pintura inmaculada.

En la oficina del agente de bolsa, los bancos estaban llenos del público habitual, gente de edad elegantemente vestida con ropa deportiva: hombres con sombreros jipijapa sobre las rodillas de los trajes de algodón y mohair y los bombachos de hilo; mujeres con animados vestidos rosas y verdes y cremas y blancos. A Margo aquel ambiente le imponía un poco, tenía la impresión de encontrarse en una iglesia, con los susurros, las maneras deferentes, los mozalbetes que se movían rápida y atentamente ante las pizarras llenas de columnas de símbolos, el tecleo del telégrafo, la voz firme que leía las cotizaciones que llegaban al teletipo situado sobre un escritorio del fondo de la sala. Agnes, al entrar, le susurró a Margo al oído, con tono reverente, si no sería mejor que esperara sentada en el coche mientras ella resolvía sus asuntos.

—No, quédate aquí —dijo Margo—. Esos chicos que ves ahí van apuntando con tiza en la pizarra todas las operaciones de bolsa, una por una. Estoy empezando a ponerme al corriente en este asunto.

Dos ancianos caballeros, de pelo blanco y narices judías de bordes anchos, sonrieron y les hicieron sitio en un banco situado al fondo de la sala. Varias personas se volvieron y miraron atentamente a Margo, que oyó la voz de una mujer que siseaba algo acerca de Anderson a un hombre que había a su lado. En el recinto se alzó un murmullo y un revuelo de codazos. A Margo, que se sentía bien vestida, le tuvo sin cuidado.

—Bien, mi querida jovencita —oyó a su espalda la voz melosa del juez Cassidy—, ¿hoy compra o vende?

Margo volvió la cabeza. Vio el destello de un diente de oro en la sonrisa de aquella cara ancha y rubicunda, coronada por una mata de pelo plateado; el traje de hilo, de color plateado idéntico, cerrado por el destello también dorado de la leontina de doble vuelta que le surcaba el chaleco generosamente en el abdomen. Margo negó con la cabeza.

—Hoy no voy a hacer gran cosa —dijo.

El juez Cassidy sacudió la cabeza y se dirigió hacia la puerta. Margo se levantó y lo siguió, arrastrando tras ella a Agnes. Afuera, en la brisa soleada de la pequeña calle que conducía a la playa, Margo se presentó a Agnes como su ángel de la guarda.

—Espero que hoy no nos desilusione como ayer, mi querida jovencita —empezó a decir el juez Cassidy—. Tal vez podamos persuadir a la señora Mandeville...

—Me temo que no —le interrumpió Margo—. Como verá, la pobre está tan cansada... Acaba de llegar de Nueva York...

Verás, Agnes, querida, vamos a ver unas parcelas. Raymond te llevará a casa. Encargué ya la comida para ti. No tienes que preocuparte por nada... Lo único que tienes que hacer es descansar.

—Oh, por supuesto, necesito un buen descanso —dijo Agnes, sonrojándose.

Margo la ayudó a subir al Buick, que Raymond había traído desde el apartamento, la besó y se fue caminando con el juez hacia su coche, un Pierce Arrow descapotable que se erguía reluciente bajo el sol del mediodía.

El juez conducía él mismo. Tan pronto como se puso en marcha el motor, Margo, que ocupaba a su lado el otro asiento delantero, dijo:

—Bien, ¿qué sucede con el cheque?

—Bueno, mi querida jovencita, mucho me temo que cuando no hay fondos, no hay fondos... Tengo la esperanza de que pueda cobrarse de la herencia...

—Sí, justo a tiempo para pagar el primer plazo de mi sepultura.

—Bueno, esas cosas llevan tiempo... El pobre muchacho parece que ha dejado sus asuntos en un estado de enorme confusión.

—Pobre hombre —dijo Margo, mirando a través de dos hileras de palmeras los retazos pardos de la bahía de Biscayne. Aquí y allá, sobre las islas verdes, se alzaban nuevas construcciones de estuco desnudo, como decorados escénicos

dejados en una acera en pleno día—. Yo, sinceramente, hice todo lo posible para que dejara aquella vida.

—Claro... Tenía, por supuesto, una importante cartera de valores... La culpa la tiene esa vida loca de Nueva York. Aquí nos tomamos las cosas con más calma; sabemos dejar que la fruta madure en el árbol.

—Naranjas —replicó Margo— y limones.

Y se echó a reír, pero el juez no la secundó.

Guardaron silencio durante un rato. Llegaron al final del tramo elevado, dejaron atrás los tinglados portuarios de madera amarilla y entraron en el denso tráfico de la zona costera de Miami. Podían verse por todas partes altos edificios en construcción que se alzaban, como pasteles escarchados, en medio de andamios y montones de escombros y desechos.

Atravesaban el ruidoso puente provisional sobre el río Miami, inmerso en el fragor de las hormigoneras y la atmósfera polvorienta de las obras, cuando Margo, volviendo hacia el juez una cara imperturbable y unos ojos muy abiertos, dijo:

—Bien, supongo que tendré que empeñar los diamantes.

El juez se echó a reír y contestó:

—Puedo asegurarle que el banco le prestará toda clase de servicios... No abrume su pequeña y bonita cabeza pensando en esas cosas. Si no me engaño, tiene en su poder un buen número de opciones.

—Supongo que no podrá usted prestarme dos mil dólares con ellas como garantía, ¿eh, juez?

Avanzaban por una amplia y nueva carretera de cemento, a través de una densa vegetación tropical.

—Mi querida jovencita —dijo el juez Cassidy, con voz cansina y afable—. No, no estaría bien que lo hiciera... Y por su propio bien. Piense en las falsas interpretaciones... En el cotilleo. Somos un poco anticuados aquí; somos tolerantes, pero en cuanto salta el escándalo... Hasta pasearse en el coche con

una acompañante tan encantadora supone aquí un disparate, un delicioso disparate... Pero debe darse cuenta, mi querida jovencita... Un hombre de mi posición no puede permitirse... No me mal interprete, mi querida señorita. En mi vida he dejado en la estacada a un amigo... Pero desgraciadamente mi posición no sería interpretada correctamente. Sólo un marido o un...

—¿Es una proposición, juez? —le interrumpió Margo, bruscamente.

Le ardían los ojos, se le hacía difícil contener las lágrimas.

—Sólo es un pequeño consejo a una cliente —contestó el juez con un suspiro—. Desgraciadamente, soy un hombre con familia.

—¿Cuánto tiempo calcula que durará el boom?

—No creo que sea necesario recordarle que no está en situación de adelantarle ese tipo de información a cada paso.

—No, no lo es —admitió Margo, con voz ronca.

En aquel momento entraban en el aparcamiento situado en la parte trasera del gran hotel nuevo del color de caramelo.

Cuando bajaban del coche, Margo dijo:

—Bien, supongo que algunas de esas personas pueden permitirse el perder su dinero, pero nosotros no, ¿no es cierto, juez?

—Mi querida señorita, en el brillante vocabulario de la juventud no existe la palabra perder —dijo el juez mientras la hacía pasar al comedor con sus maneras paternales—. Mire, ahí están los muchachos.

Sentados a una mesa redonda, en el centro del repleto comedor, había dos jóvenes de cara obesa y boca grande, con camisas a rayas rosas y corbatas de un verde amarillento desvaído, y trajes blancos. Se levantaron masticando y estrecharon enérgicamente la mano de Margo cuando fueron presentados. Eran mellizos. Uno de ellos, al sentarse, guiñó un ojo y agitó un rollizo dedo índice.

—La solíamos ver en el Palms, jovencita; pícara, más que pícara...

—Bien, muchachos, ¿cómo van las cosas?

—No podían ir mejor —dijo uno de los mellizos de la boca llena.

—Bueno, veréis, muchachos: esta señorita quería invertir algún dinero en algo de rápida rentabilidad...

Los mellizos gruñeron y siguieron engullendo.

Después del almuerzo, fueron todos en el coche del juez a la Piscina Venecia, donde William Jennings Bryan, sentado en un sillón situado sobre una plataforma flotante provista de un toldo a rayas, se dirigía a la multitud. Desde donde se encontraban no podían oír lo que decía, pero sí las risas y los aplausos de la gente en cada pausa.

—¿Sabe, juez? —dijo uno de los mellizos mientras se abrían paso entre las últimas filas de gente que rodeaba la piscina—. Si el viejo no se hubiera dedicado a la política habría podido ser un gran subastador.

Margo empezaba a sentirse cansada y abatida. Siguió a los mellizos hasta el interior de la oficina inmobiliaria, llena de hombres sudorosos en mangas de camisa. El juez le acercó una silla. Margo, una vez sentada, empezó a dar golpecitos en el suelo de baldosas con el pie calzado con zapato blanco de cabritilla, y se puso sobre el regazo un manojo de reproducciones de planos. Comprobó que las parcelas eran sumamente caras todas ellas. Se sentía totalmente aturdida, y echó de menos al señor A, que sin duda habría sabido qué comprar y lo hubiera comprado por ella. Afuera, los bancos sobre la hierba estaban ya ocupados por completo. Llegaban gritos de todas partes; había empezado la subasta. Los mellizos, sobre el estrado, agitaban los brazos y golpeaban la mesa con el martillo. El juez se paseaba de un lado a otro a espaldas de Margo, hablando del boom a cualquiera que se dignara escucharlo.

Margo, en cuanto el juez hizo una pausa para tomar aliento, se volvió hacia él y le dijo:

—Juez Cassidy, ¿podría llamar a un taxi?

—Mi querida señorita, la llevaré a casa yo mismo. Será un placer.

—De acuerdo —dijo Margo.

—Es usted muy sensata —le susurró el juez Cassidy al oído.

Mientras se abrían paso entre el gentío que se agrupaba en torno a la piscina, uno de los mellizos dejó el estrado de los subastadores y corrió hacia ellos.

—Señorita Dowling —dijo—. ¿Podemos Al y yo pasar a visitarla?

—Claro —contestó Margo, sonriendo—. Mi dirección está en la guía telefónica. Busquen Dowling.

—Pasaremos a verla —aseguró el mellizo, y volvió corriendo al estrado donde su hermano seguía golpeando con el martillo.

Margo había temido no llegar a impresionar a los mellizos, y ahora sentía que se le suavizaban en la cara las arrugas de la fatiga.

—Bien, ¿qué opina del gran desarrollo de Coral Cables? —le preguntó el juez mientras la ayudaba a subir al coche.

—Que alguien debe de estar haciendo dinero —replicó Margo, secamente.

Cuando llegaron al bungalow, Margo se quitó el sombrero y ordenó a Raymond, que por las tardes hacía de mayordomo, que preparase unos martinis; luego buscó un cigarro para el juez y pidió que la disculpase unos instantes. Arriba encontró a Agnes en su habitación, con un negligé azul, haciéndose la manicura en el tocador. Sin decir ni una palabra, Margo se dejó caer en la cama y se echó a llorar.

Agnes, voluminosa y fláccida y afable, se acercó a la cama.

—Pero, Margie, tú nunca lloras...

—Ya sé que nunca lloro —gimoteó Margo—, pero es todo tan horrible... El juez Cassidy está abajo. Vete a hablar con él.

—Pobre chiquilla... Claro que iré, pero es a ti a quien quiere ver... Has tenido que pasar por tantas cosas.

—No voy a volver a ser una corista. No volveré a verlo nunca más —dijo Margo, entre sollozos.

—Claro que no... A mí tampoco me gustaría. Bueno, ahora voy a bajar... Creo que he descansado por primera vez en muchos meses —dijo Agnes.

En cuanto se quedó sola, Margo dejó de lloriquear. «Soy tan poca cosa como Agnes», se dijo a sí misma mientras se levantaba de la cama. Abrió el grifo del agua para tomar un baño. Cuando bajó, vestida con un traje de noche, era ya tarde. El juez tenía un aire bastante taciturno. Fumaba su cigarro casi consumido y sorbía el cóctel mientras Agnes disertaba acerca de la fe.

Cuando vio a Margo en las escaleras recobró el ánimo.

—Cuando estoy en su casa me siento como aquel sabio griego en la morada de las sirenas... Me olvido de las cuestiones domésticas, de los compromisos, de todo —dijo el juez.

Margo había puesto música de baile en el gramófono, y el juez se acercó a ella, que ensayaba unos pasos de baile.

Bailaron. Agnes volvió a subir al cuarto. Margo advirtió que el juez estaba a punto de intentar una aproximación amorosa. Se estaba preguntando qué hacer cuando, de pronto, entró en la salita Cliff Wegman. El juez dirigió al recién llegado una mirada recelosa y asustada. Margo se percató de que pensaba que le habían tendido una celada.

—Hombre, señor Wegman, no sabía que estuviera usted en Miami —dijo Margo levantando la aguja del disco y apagando el gramófono—Juez Cassidy, le presento al señor Wegman.

—Encantado de conocerle, juez. El señor Anderson solía hablarme de usted. Yo era su secretario particular. —Cliff parecía nervioso y tenía el semblante demacrado—. Acabo de llegar a la ciudad. Espero no causarles ninguna molestia —prosiguió, sonriendo a Margo—. Ahora me estoy ocupando de la herencia de Charley Anderson.

—Pobrecillo —dijo el juez Cassidy, levantándose—. Tuve el honor de ser un buen amigo del teniente Anderson... —Y moviendo la cabeza, cruzó la suave

alfombra color de ciruela en dirección a Margo—. Bueno, mi querida señorita, tendré que excusarme, pero mis obligaciones me reclaman. Ha sido un rato delicioso.

Margo lo acompañó hasta el coche. El atardecer rosado se iba sumiendo poco a poco en la oscuridad. Un sinsonte cantaba sobre un pimentero que había al lado de la casita.

—¿Cuándo puedo llevar las joyas? —preguntó Margo, inclinándose hacia el juez, que se hallaba sentado ya al volante.

—Será mejor que venga a mi oficina mañana al mediodía. Iremos juntos al banco. Los gastos de tasación, naturalmente, son por cuenta de quien toma el préstamo.

—De acuerdo. Y espero que para entonces haya pensado en alguna inversión rápida y sustanciosa para ese dinero. ¿De qué sirve estar en medio del boom si no se saca partido de él?

El juez se irguió para besarla. Sus labios húmedos rozaron la oreja de Margo, que había apartado la cabeza.

—Compórtese como es debido, juez —dijo ella.

Cliff se movía de un lado a otro de la sala como una fiera enjaulada. Cuando volvió Margo, dejó de dar zancadas y se acercó a ella con los puños apretados, como si fuera a golpearla. Mascaba chicle, y su mandíbula delgada, al moverse de un lado para otro, daba a su semblante un aire ovino.

—Bien, veo que el jefe se ocupó del bienestar de la pequeña huerfanita.

—Oye, si es eso lo que vienes a decirme, puedes coger el tren y volverte a casa enseguida.

—Escucha, Margo: vengo a tratar de negocios.

—¿De negocios? —Margo se dejó caer en un sillón rosa de mullidas almohadillas—. Siéntate, Cliff... Pero no debías haber entrado en tromba como si fueras un funcionario judicial. ¿Se trata de la herencia de Charley?

—Al diablo la herencia... Lo que quiero es que te cases conmigo. Sé que de momento no te llevarías gran cosa, pero tengo una gran carrera por delante.

Margo dejó escapar un gritito y recostó la cabeza en el respaldo del sillón. Se echó a reír y siguió riendo de forma incontenible.

—Oh, no... De verdad, Cliff—balbució—, no quiero casarme con nadie por el momento... Oh, Cliff, eres un encanto. Me dan ganas de besarte.

Cliff fue hacia ella y trató de abrazarla, pero Margo se levantó y lo apartó.

—Además —añadió—, no voy a permitir que se interpongan en mi carrera asuntos de ese tipo.

Cliff frunció el ceño.

—No voy a casarme con una actriz... Tendrás que olvidarte del mundo del espectáculo.

Margo volvió a reír.

—¿Ni siquiera te casarías con una actriz de cine?

—Maldita sea, sólo se te ocurre bromear, mientras que yo estoy loco por ti...

Se sentó en el sofá cama y hundió la cabeza entre las manos.

Margo se acercó a él y se sentó a su lado.

—Olvídalo, Cliff.

Cliff se levantó de un salto.

—Voy a decirte una cosa. No llegarás a ninguna parte contoneándote por ahí con ese viejo buitre de Cassidy. Está casado, y es un tipo tan retorcido que para pasar por una puerta tiene que hacerlo de costado. Al jefe lo estafó como a un chino en el asunto del aeropuerto. Maldita sea... Probablemente eso no sea nada nuevo para ti. Probablemente estabas al tanto de todo y sacaste una buena tajada en el negocio... Y luego, claro, crees que es para partirse de risa el que un tipo como yo venga a este lugar remoto para ofrecerte su apellido. De acuerdo, se acabó. Buenas... noches.

Salió precipitadamente de la salita, dando tal portazo en el vestíbulo que uno de los paneles de vidrio de la puerta se rompió y cayó al suelo en medio de un estrépito de cristales.

Agnes llegó corriendo desde el comedor.

—Oh, qué horrible... —exclamó—. Estuve escuchando. Pensé que el pobre señor Anderson tal vez te había dejado algún legado.

—Ese chico está como una cabra —dijo Margo.

Un minuto después sonó el teléfono. Era Cliff que, con lágrimas en los ojos, se disculpaba y preguntaba si podía volver para hablar del asunto con más calma.

—Ni lo sueñes —contestó Margo, y colgó—. Bien, Agnes —dijo al volver del teléfono—, este asunto se acabó... Pero tenemos que pensar seriamente en mi situación. Cliff tiene razón en lo del viejo estúpido de Cassidy. Aunque, en cualquier caso, Cassidy nunca ha entrado en mis cálculos.

—Un hombre tan respetable... —dijo Agnes, emitiendo un cloqueo con la lengua.

Raymond anunció que la cena estaba servida. Margo y Agnes cenaron solas, sentadas cada una a un extremo de la larga mesa de caoba cubierta con tapetes y servida con vajilla de plata. La sopa estaba fría y salada en exceso.

—Le he dicho cientos de veces a esa condenada muchacha que no tiene más que sacar la sopa de la lata y calentarla —dijo Margo, enojada—. Oh, Agnes, encárgate de la casa... No consigo que esta gente haga nada como es debido.

—Oh, me encantará —exclamó Agnes—. Claro que yo nunca he llevado una casa con estas ínfulas.

—Tampoco la llevaremos nosotras —dijo Margo—. Tenemos que reducir gastos.

—Creo que lo mejor será que escriba a la señorita Franklyn a ver si puede ofrecerme otro empleo.

—No tengas tanta prisa —aconsejó Margo—. Podemos quedarnos aquí un par de meses. Había pensado que Miami le podría sentar a Tony estupendamente. ¿Qué te parece si le mando el pasaje para que venga? ¿Crees que me la jugará otra vez y volverá a las drogas?

—Pero si está curado... El mismo me dijo que se había reformado por completo —protestó Agnes, y empezó a lloriquear sobre su plato—. Oh, Margo, qué generosa eres... Eres igual que tu pobre madre, siempre pensando en los demás.

A su llegada, Tony estaba pálido como el papel, pero con los baños de sol en la playa y las zambullidas en las olas pronto recuperó el color y la salud. Se comportaba como los propios ángeles, parecía muy agradecido y ayudaba a Agnes en el trabajo de la casa cuando despidieron a las criadas. Agnes había dicho que no podía con ellas y que prefería ocuparse ella misma de las tareas domésticas. Siempre que la visitaban amistades masculinas, Margo presentaba a Tony como un pariente cubano, pero tanto Agnes como Tony procuraban mantenerse apartados cuando esto sucedía. Tony se volvió loco de contento cuando Margo sugirió la idea de que aprendiese a conducir. Se acostumbró al volante enseguida, de forma que pronto pudieron prescindir de Raymond. Un día, cuando se preparaba para llevar a Margo a una reunión con ciertos adinerados corredores de fincas en Coconut Grove, ella le pidió, lloriqueando, que se probase el viejo uniforme de Raymond para ver cómo le quedaba. Margo, al ver lo bien que le sentaba, sugirió que lo llevara siempre que condujera el coche para ella: Tony, al oír aquello, cogió una gran rabieta y empezó a hablar de honor y de virilidad, pero ella lo tranquilizó explicándole que se trataba sólo de una broma, y Tony, entonces, dijo que si era sólo una broma no tenía inconveniente en disfrazarse. Sin embargo, Margo pudo comprobar que de alguna forma a Tony le gustaba el uniforme, pues en ocasiones los sorprendió mirándose en el espejo de cuerpo entero del vestíbulo.

Los negocios inmobiliarios en Miami atravesaban una mala racha, pero Margo se las arregló para conseguir, sobre el papel, un beneficio de cien mil dólares con sus opciones. El problema residía en que no era posible obtener ningún dinero en metálico de tales beneficios.

Los mellizos que había conocido en Coral Gables le brindaron todo tipo de asesoramiento, pero Margo se conducía con ellos con cautela, de forma que lo único que conseguía era consejos. Solían ir al bungalow todas las noches y domingos, y se dedicaban a comer todo lo que Agnes guardaba en el frigorífico y a beber todo el licor de la casa, mientras hablaban y hablaban de grandes negocios y prometían grandes participaciones a sus anfitrionas. Agnes decía que en la playa nunca sacudía la arena de las zapatillas sin tener la sensación de que habría de salir de ellas alguno de los mellizos. Por otra parte, nunca acudían con la sorpresa de una invitación, ni traían siquiera una botella de buen whisky escocés de cuando en cuando. Agnes, con todo, se mostraba amable con ellos, pues

Al la colmaba de deferencias mientras Ed trataba de conquistar a Margo. Un domingo, después de haber pasado la tarde tendidos en la playa y bebiendo cócteles sin descanso, Margo había vuelto para quitarse el traje de baño y estaba cambiándose cuando Ed irrumpió en la habitación y, abalanzándose sobre ella, empezó a despojarle violentamente de la bata. Margo le dio un golpe, pero Ed estaba borracho como una cuba y volvió a la carga con mayor violencia. Ella empezó a llamar a Tony a gritos, a fin de que interviniera como un marido honorable y ofendido. Tony, blanco como el papel y tembloroso de pies a cabeza, logró a pesar de todo hacerse con una silla, y estaba a punto ya de estrellarla contra la cabeza de Ed cuando entraron, alarmados, Agnes y Al. Al se situó de inmediato al lado de su hermano, y propinó un puñetazo a Tony y dijo a gritos que no era más que un maricón y que Margo y Agnes no eran sino una pareja de malditas putas. Margo se asustó de verdad, y no habrían logrado que los mellizos se fueran de la casa si Agnes no hubiera corrido hasta el teléfono con la amenaza de llamar a la policía. Los mellizos dijeron que de nada les serviría, porque allí la policía estaba únicamente para sacar de la ciudad a mujeres de su ralea. Finalmente, sin embargo, se vistieron y se marcharon. Y fue la última vez que Margo tuvo noticias de ellos.

Cuando se quedaron solos, Tony tuvo un ataque de llanto y dijo que él no era maricón y que su vida era un infierno y que se mataría si Margo no le daba el dinero necesario para volver a La Habana. Para hacer que se calmase, tuvieron que prometerle que saldrían de Miami tan pronto como pudieran.

—Verás, Tony, tú siempre has deseado ir a California —le decía Agnes, mientras le acariciaba como a un niño.

—De todos modos, los mosquitos se estaban poniendo insoportables —añadió Margo, y bajó a la salita para preparar unos cócteles. Al volver dijo—:Ya está bien de esta maldita ciudad. Es hora de que nos vayamos. Por mi parte, se acabó.

Un día de sol ardiente apilaron sus cosas en el Buick y tomaron la autopista U.S.1. Al volante iba Tony, pero no de uniforme, sino vistiendo un traje blanco de hilo con cintura de avispa. El coche iba tan cargado con el equipaje y los trastos de la casa que Agnes apenas tenía sitio en el asiento posterior. La guitarra de Tony iba colgando del techo; el baúl de la ropa de Margo, atado con correas en la cola.

—¡Santo cielo! —exclamó Agnes al salir del lavabo de la gasolinera de West Palm Beach donde habían parado para repostar—. Parecemos unos titiriteros.

Entre los tres tenían unos cien dólares, que Margo le había entregado a Agnes para que los guardara en su bolso negro. Tony, el primer día, no habló de otra cosa que del éxito que iba a cosechar en el mundo del cine.

—Si Valentino es capaz de hacerlo, también para mí será fácil —decía, alargando el cuello para ver de soslayo su nítido y moreno perfil reflejado en el estrecho retrovisor del parabrisas.

Por las noches se detenían en campamentos para turistas, y se hospedaban los tres en la misma cabaña, para ahorrar, y comían latas de conservas. Agnes estaba encantada. Decía que era como en los viejos tiempos, cuando iban de gira con el Keith Circuit y Margo era una niña actriz. Y Margo decía que dejara de emplear aquella maldita expresión de «niña actriz», pues le hacía sentirse como una vieja arpía. Hacia el mediodía, Tony solía quejarse de un dolor insoportable en las muñecas, y entonces Margo se ponía al volante y seguían su camino.

Las carreteras que bordeaban el golfo en Alabama, Misisipí y Luisiana eran horribles. Resultó un alivio entrar en Texas, aunque el tiempo era lluvioso. Tenían la impresión, sin embargo, de que jamás acababan de cruzar aquel

inmenso estado. Agnes dijo que en su vida había imaginado que hubiera tanta alfalfa en todo el mundo. En El Paso tuvieron que comprar dos neumáticos nuevos y hacer que ajustaran los frenos del Buick. Agnes, después de contar el fajo de billetes de su bolso, empezó a mostrarse preocupada. Los dos últimos días de viaje, mientras atravesaban el desierto en dirección a Yuma, no comieron sino una lata de judías estofadas y un puñado de salchichas. El calor era abrasador, pero Agnes no les permitía ni siquiera beber Coca—Cola en los almacenes polvorientos de las pequeñas poblaciones dispersas, pues decía que debían ahorrar hasta el último centavo si no querían llegar a Los Ángeles con los bolsillos vacíos. Avanzaban entre el polvo de la autopista a medio construir que conducía a Yuma, cuando les adelantó un tren expreso reluciente, con grandes y nuevos coches pulman, coche restaurante, coche club... Hombres y jóvenes damas, vestidos con ropa liviana, se movían en el interior de la plataforma panorámica. El tren pasó a su lado lentamente, y los mozos negros que miraban hacia el exterior acodados sobre las ventanillas de los pulman les sonrieron y saludaron con la mano. Margo recordó sus viajes a Florida en compartimento propio y suspiró.

—No te preocupes, Margo —canturreó Agnes desde el asiento trasero—. Ya casi hemos llegado.

—Sí, pero ¿adónde? ¿Adónde? Eso es lo que me gustaría a mí saber —se quejó Margo, con lágrimas en los ojos.

El coche atravesó un bache que estuvo a punto de quebrarle las ballestas.

—No te preocupes —dijo Tony—. En cuanto encarrile mi carrera ganaré miles de dólares a la semana y viajaremos en vagón privado.

En Yuma tuvieron que hospedarse en un hotel, ya que los campamentos estaban todos llenos, y el capital se vio reducido en gran medida. Estaban extenuados. Margo se despertó de madrugada con fiebre alta a causa del calor y el polvo y la fatiga de los últimos días. Por la mañana, la fiebre había remitido, pero tenía los ojos hinchados y enrojecidos y su aspecto era lamentable. Su pelo estaba sucio, áspero y seco como un manojo de estopa.

Cuando reanudaron el viaje aquella mañana seguían muy cansados, de forma que no disfrutaron del paisaje al cruzar las altas y fragantes montañas y entrar en el valle de San Bernardino, repleto de bien cuidados frutales y de naranjales que conservaban con algunas flores, y acequias de olor fresco. En San Bernardino, Margo dijo que tenía que ir a la peluquería a lavarse la cabeza aunque fuera lo último que hiciera en este mundo. Resultó que Agnes guardaba celosamente otros veinticinco dólares, cuya existencia nunca mencionó hasta entonces y que había ahorrado poco a poco del presupuesto doméstico en Miami. Fueron ambas a un salón de belleza y dieron a Tony un par de dólares para que llevara a lavar el coche.

Aquella noche cenaron en un restaurante por cincuenta centavos y luego fueron al cine. Durmieron en una cabaña agradable y espaciosa, en un campamento camino de Pasadena del que les habían hablado en el salón de belleza, y a la mañana siguiente partieron muy temprano, antes incluso de que la fría niebla blanca se hubiera disipado.

La carretera era buena y atravesaba largas extensiones de naranjales. Cuando llegaron a Pasadena había salido el sol, y Agnes y Margo dijeron que era el lugar más hermoso que habían visto en toda su vida. Siempre que pasaban ante una mansión de particular belleza, Tony apuntaba hacia ella con el dedo y decía que sería allí donde vivirían tan pronto como él empezara su carrera cinematográfica.

Vieron en el camino los letreros que indicaban la dirección a Hollywood, pero cruzaron la ciudad sin percatarse de ello, y se detuvieron ante una oficina de alquiler de viviendas en Santa Mónica. Todos los bungalows amueblados que tenía disponibles eran demasiado caros para ellos, y el empleado insistía en cobrar un mes por adelantado, de modo que siguieron adelante. Finalmente, dieron con un polvoriento callejón de bungalows, en las afueras de Venice, donde el empleado, al parecer impresionado por el Buick azul y el baúl de Margo, accedió a alquilarles uno pagando tan sólo una semana por adelantado. Margo lo juzgó horrible, pero Agnes se sentía con un ánimo magnífico. Dijo que Venice le recordaba el parque de atracciones Hollands y los viejos tiempos.

—Por eso mismo me pone enferma —dijo Margo.

Tony, nada más entrar, se desplomó en el diván, y Margo tuvo que pedir ayuda a los vecinos para meter el equipaje y el baúl. Habrían de vivir en aquel lugar durante largos meses, mucho más tiempo del que a Margo, incluso entonces, le habría gustado aceptar de buena gana.

Margo se inscribió en la agencia artística con el nombre de Margo de Garrido. Solían contratarla sin problemas como extra para escenas de sociedad, pues poseía elegantes ropas y sabía moverse con el estilo aprendido en la boutique del viejo Piquot. Tony se pasaba los días sentado en la agencia o deambulando ante la puerta de los estudios donde se rodaban filmes de ambientación española o sudamericana. Llevaba entonces un sombrero cordobés de ala ancha, que había comprado en una tienda de vestuario teatral y de época, y unos pantalones de cintura ajustada, y en ocasiones botas de cowboy con espuelas, pero al parecer si algo abundaba en aquel medio eran los tipos latinos. Se volvió taciturno y malhumorado, y empezó a pasearse con el coche lleno de jovencitos de sonrisa estúpida que recogía en la calle hasta que Margo se mostró enérgica y dijo que el coche era suyo y de nadie más, y que no volviera a traer a casa a aquellos maricas. Tony se sintió dolido ante su actitud y abandonó la casa, pero Agnes, que hacía las tareas domésticas y administraba el dinero que Margo ganaba, se negó a darle ni un centavo hasta que se disculpase. Al fin, después de dos días de ausencia, volvió hambriento y avergonzado.

A partir de aquel día, Margo le obligó a ponerse el viejo uniforme de chófer cuando la llevaba en coche a los estudios. Sabía que, así vestido, una vez que la dejara no podría hacer otra cosa que volver a casa a cambiarse, momento que aprovecharía Agnes para quitarle las llaves del coche. Margo volvía a casa cansada después de una larga jornada en los estudios, y se enteraba de que Tony se había pasado el día haraganeando y rasgueando *It Ain't Gonna Rain No Moore* a la guitarra y durmiendo en todas las camas y bostezando y sembrando ceniza de tabaco por todos los rincones. Tony solía repetir que Margo había arruinado su carrera. Pero lo que más odiaba Margo era su forma de bostezar.

Un domingo, cuando hacía ya tres años que vivía en los arrabales de Los Ángeles, mudándose de un bungalow a otro, trabajando Margo de forma continuada en los estudios —sin lograr, sin embargo, que ningún director se fijara en ella—, arreglándoselas para apartar pequeñas sumas a fin de pagar los intereses de préstamo al banco de Miami, pero sin lograr reunir nunca la cantidad necesaria para recuperar las joyas empeñadas, volvían de Altadena, adonde habían ido a pasar la tarde, y se detuvieron en un taller para arreglar un pinchazo. Ante el garaje, en el patio, había algunos coches de segunda mano en venta. Margo, para pasar el rato mientras esperaban, se entretuvo echando una ojeada a los diferentes modelos allí expuestos.

—Oiga, ¿no le interesará un Rolls—Royce, señora? —le dijo el mecánico, medio en broma, mientras sacaba el gato de debajo del coche.

Marga subió a la gran limusina negra, en cuya portezuela podía verse un escudo de armas rojo, y empezó a probar los asientos. Eran sumamente cómodos. Se asomó y preguntó:

—¿Cuánto cuesta?

—Mil dólares... Es un regalo.

—Sería barato si costara la mitad —dijo Margo.

Agnes se apeó del Buick y se acercó al Rolls—Royce.

—¿Estás loca, Margie?

—Es posible —contestó Margo, y preguntó al mecánico en cuánto le quedaría si dejaba el Buick como parte del pago.

El mecánico llamó al jefe, un joven de cara de sapo con unas iniciales bordadas en la camisa de seda. Discutieron el precio y la forma de pago por espacio de una hora. Tony probó el coche y dijo que marchaba como un sueño. Se sentía entusiasmado con la idea de conducir un Rolls—Royce, por viejo que éste fuera. Finalmente, el jefe aceptó el Buick y quinientos dólares en pagos semanales de diez dólares. Margo y él firmaron el contrato en aquel mismo momento, y Margo dio los nombres del juez Cassidy y de Ted Whittlesea como referencia. Cambiaron las matrículas y aquella noche entraron en Santa

Mónica, donde vivían entonces, en el Rolls—Royce. Cuando enfilaron Santa Mónica Boulevard, en Beverly Hills, Margo preguntó despreocupadamente:

—Tony, esa mano con manopla de malla que sostiene la espada ¿no es muy parecida al escudo de armas de los condes de Garrido?

—La gente de por aquí es tan ignorante que no sabría apreciar la diferencia —dijo Tony.

—Bueno, pues dejaremos el escudo —decidió Margo.

—Perfecto —asintió Tony—. Tiene un aspecto formidable.

Al día siguiente, cundo Tony, enfundado en su elegante uniforme gris, detuvo el Rolls ante los estudios para que se apeara Margo, los otros extras se quedaron boquiabiertos, pero Margo mantuvo su expresión imperturbable.

—Es el viejo carro de la familia —explicó cuando una compañera le preguntó de dónde lo había sacado—. Acabamos de desempeñarlo.

—¿Es tu madre? —volvió a preguntar la chica, apuntando con el pulgar a Agnes, que se alejaba ya en el asiento posterior del enorme y reluciente automóvil, vestida con su mejor traje negro y con la nariz levantada.

—Oh, no —dijo Margo con frialdad—. Es mi dama de compañía.

A Margo le salían continuamente pretendientes, pero en su mayoría no eran sino extras o cámaras y encargados del atrezo o carpinteros, y Agnes y ella no veían utilidad alguna en salir con ellos. Después de la vida de Miami, colmada de amigos y apasionados pretendientes y reuniones de negocios, la vida allí se hacía tediosa y solitaria. La mayor parte de los días se pasaban la velada jugando las dos solas a la banca rusa, o al bridge de tres jugadores cuando Tony estaba en casa y su malhumor habitual se lo permitía. De cuando en cuando iban al cine, o a la playa los días de buen tiempo. Y en ocasiones, cuando tenía lugar algún entreno en el Grauman´s Chínese Theater, se internaban entre el gentío de Hollywood Boulevard en su flamante coche. El Rolls tenía un aspecto tan soberbio y Margo —que conservaba aún algún vestido no demasiado pasado de moda— estaba tan hermosa que todo el mundo los miraba como si fueran astros de la pantalla.

Una polvorienta tarde de sábado, a mediados del invierno. Margo se sentía particularmente exasperada a causa de la ropa, pues la moda había cambiado, su vestuario había quedado anticuado y no tenía dinero para reponerlo. Se levantó de un salto de la silla, arrojó al suelo la baraja con la que estaba haciendo solitarios y dijo a Agnes a gritos que si no hacía enseguida algo que la sacase de la monotonía iba a volverse loca. Agnes preguntó que por qué no iban a Palms Springs a visitar el nuevo hotel de temporada. Podrían cenar allí, si no resultaba excesivamente caro, y pasar luego la noche en algún campamento cercano al lago de Saltón Sea. Era una buena oportunidad para sacudirse de los huesos el frío y la niebla de Los Ángeles.

Cuando llegaron a Palms Springs, Agnes consideró que todo tenía un aspecto sumamente caro y quiso pasar de largo, pero Margo se sintió en su propio elemento de inmediato. Tony, que vestía el uniforme, hubo de esperar en el coche cuando Margo y Agnes se apearon ante la puerta del hotel. Y cuando oyó que Margo le decía que fuera a cenar al restaurante ambulante, su cara se congestionó de tal manera que por un momento pareció que iba a estallar, pero la presencia del portero lo contuvo.

Acababan de salir del servicio de señoras, donde se refrescaron la cara y se arreglaron un poco, y se paseaban bajo las grandes palmeras datileras tratando de identificar entre la gente a alguna estrella de la pantalla, cuando Margo oyó una voz que le resultó familiar. Un hombre de tez oscura y cara delgada, que vestía un traje de sarga blanca y charlaba con un judío calvo con aspecto de hombre importante, la estaba mirando fijamente. El hombre dejó al judío y se acercó a ella. Caminaba con paso rígido, como un oficial que se dispusiera a pasar revista a la tropa.

—Señorita Dowling —murmuró—, cuán afortunado para ambos este encuentro...

Margo, sonriente, miró aquella cara cetrina y crispada, con oscuras bolsas bajo los ojos.

—Usted es el fotógrafo —dijo.

Él la miró con dureza.

—Sam Margolies —confirmó—. Bien, la he estado buscando por toda América y Europa... Quiero que pase por mi oficina mañana a las diez de la mañana para una prueba cinematográfica... Irwin le dará los detalles.—Hizo un gesto indolente con la mano en dirección al hombre gordo—. Le presento al señor Harris... La señorita Dowling... Discúlpeme, nunca hago recaer sobre mis espaldas la responsabilidad de presentar a la gente... Pero deseaba que Irwin la viera... Ésta es una de las mujeres más bellas de América, Irwin. —Acercó una mano a escasos centímetros de la cara de Margo y movió los dedos con aire absorto, como si estuviera modelando con arcilla—. Normalmente sería imposible fotografiarla... Pero si llevo este rostro a la pantalla...

Margo sintió que un escalofrío le recorría la espalda dorsal. Oyó cómo Agnes, a su espalda, suspiraba y se quedaba boquiabierta, y dejó que una sonrisa lenta e irónica se insinuara en las comisuras de sus labios.

—Mire, Irwin —gritó Margolies, agarrando por el hombro al hombre gordo—; es el espíritu de la comedia... Pero, señorita Dowling, ¿por qué no vino a verme más? —Hablaba con un fuerte acento extranjero—. ¿Qué falta cometí para que me descuidara usted de tal forma?

Margo había adoptado una expresión de aburrimiento.

—Esta es la señora Mandeville, mi... dama de compañía... Estamos viajando un poco por California...

—¿Y qué hay aquí para ver sino los estudios?

—Tal vez usted pueda enseñarle a la señora Mandeville un estudio cinematográfico. Tiene tantas ganas de ver uno... Y yo no conozco a nadie en esta parte del mundo... A nadie.

—Naturalmente que sí. Haré que alguien la acompañe mañana a ver todo lo que pueda interesarle. Pero no hay nada que ver; sólo insípida rutina y vulgaridad... Irwin, ésta es la cara que he estado buscando para el papel de la rubia... ¿Recuerdas? No hablaste de agencias, de extras... ¡tonterías! No quiero actores... Pero, señorita Dowling, ¿dónde ha estado usted? Tenía la vaga esperanza de encontrarla en Baden—Baden el verano pasado... Usted es el

tipo de persona que visita anualmente Baden—Baden. Es un lugar ridículo, pero uno tiene que ir a alguna parte... ¿Dónde ha estado?

—En Florida... En La Habana... Por ahí —respondió Margo, mientras pensaba que Margolies la última vez que lo había visto, no empleaba al hablar la «a» abierta.

—¿Y ha dejado usted la escena?

Margo se encogió ligeramente de hombros.

—La familia estaba tan horrorizada con ese asunto...

—Oh, a mí tampoco me ha gustado nunca que Margo saliera a escena —terció Agnes, que había estado esperando la ocasión para intervenir de alguna forma.

—Le gustaría trabajar en el cine —aseguró el gordo, con voz melosa.

—Mi querida Margo —dijo Margolies—, no es un papel muy largo, pero es perfecto para usted, perfecto... Yo haré que aflore en usted el latente misterio... ¿No se lo había dicho, Irwin? Lo que hay que hacer es salir de los estudios y echar una ojeada al mundo..., abrir el libro de la vida... En este ridículo caravasar encontramos la cara, el espíritu de la comedia, la sonrisa de la Mona Lisa..., que es un famoso cuadro que hay en París y que, según dicen, vale cinco millones de dólares... No me pregunte cómo supe que la encontraría aquí... Pero lo sabía. Naturalmente, no podemos decir nada definitivo hasta ver el resultado de la prueba... Yo nunca me comprometo...

—Pero, señor Margolies..., no sé si podré hacerlo —protestó Margo, con el corazón en vilo—. Tenemos cierta prisa... Negocios importantes que atender en Miami... Cuestiones familiares, ¿me comprende usted?

—Eso no tiene importancia. Le buscaré un agente... Enviaremos a alguien... Los detalles nimios no tienen importancia para mí. Asuntos inmobiliarios, supongo...

Margo asintió vagamente.

—Hace un par de años, la casa donde vivíamos, una casa adorable, se la tragó el mar —explicó Agnes, sin aliento.

—Aquí tendrán una mejor..., las playas de Malibú, Beverly Hills... Odio las casas... Oh, pero qué desconsiderado soy, la estoy reteniendo demasiado... Olvidará Miami. Aquí lo tenemos todo... ¿Recuerda, Margo querida, cuando aquel día les dije que el cine tenía un gran futuro...? Sí, a usted y a aquel..., ya sabe..., aquel gran magnate del automóvil..., no recuerdo su nombre... Les dije que oirían hablar de mí en el mundo del cine... Rara vez hago vaticinios, pero nunca me equivoco. Están basados en mi fe en un sexto sentido...

—Oh, sí —le interrumpió Agnes—. Es una gran verdad; cuando uno cree firmemente que va a triunfar, no puede fracasar. Yo ya se lo digo a Margie...

—Muy bien dicho, señora mía... Bueno, señorita Dowling, querida: a las diez en los estudios de la Continental Attractions. Tendré a alguien esperándola en la puerta: así dejarán que su chófer la conduzca directamente hasta mi oficina. Es imposible localizarme por teléfono. Ni siquiera Irwin puede hacerlo cuando estoy trabajando en una película. Será una experiencia para usted verme trabajar.

—Bien, si no surge ningún inconveniente y mi chófer encuentra el camino...

—Vendrá, ya lo verá —dijo Margolies, y se llevó a Irwin Harris hasta el comedor agarrado por la manga de franela blanca.

La gente, elegantemente vestida, los miró al pasar. Luego miraron a Margo y a Agnes.

—Vamos a buscar a Tony para contárselo. Estará en ese coche restaurante. No te preocupes, la gente pensará que somos unas excéntricas —le susurró Margo a Agnes al oído—. Jamás imaginé que el célebre Margolies fuera él.

—Oh, ¿no es maravilloso? —dijo Agnes.

Estaban tan emocionadas que no pudieron comer. Volvieron a Santa Mónica aquella misma noche, y Margo se fue directamente a la cama para estar bien descansada a la mañana siguiente.

Cuando llegaron a los estudios, a las diez menos cuarto, se encontraron con que Margolies no había dejado recado alguno ni enviado a nadie. Nadie en la puerta había oído hablar de su cita con Margolies. Esperaron durante media hora. Agnes contenía a duras penas las lágrimas, y Margo se reía.

—Apuesto a que el tipo estaba totalmente drogado ayer y no se acuerda de nada —dijo Margo en tono jocoso, pero en su interior sentía náuseas.

Acababa de arrancar el coche Tony, pues Margo no quería que los vieran esperando ante la puerta de aquel modo, cuando pasó por su lado un Pierce Arrow blanco, de carrocería limusina fabricada por encargo, con Margolies en el asiento posterior, solo y vestido con un traje de franela blanca y una boina de artista también blanca. Margo pudo ver que a su paso miraba hacia el Rolls—Royce, y vio asimismo su sobresalto cuando la reconoció a ella en su interior. Margolies golpeó la ventanilla de separación del vehículo con su bastón de puño de porcelana. Luego se apeó, fue hasta el Rolls y cogió de la mano a Margo.

—Yo nunca me disculpo... A menudo me resulta necesario hacer esperar a la gente. Venga conmigo. ¿Qué le parece si su amiga la llama a las cinco? Tengo mucho que decirle y que mostrarle...

Llegaron al edificio, de fachada larga y sencilla, y subieron en el ascensor. La codujo a través de varias oficinas donde unos jóvenes trabajaban sobre sus tableros de dibujo en mangas de camisa y unos estenógrafos tecleaban y unos actores aguardaban sentados en bancos.

—Frieda, prepare inmediatamente una prueba para la señorita Dowling, por favor —ordenó a una secretaria al pasar ante la gran mesa que había en el vestíbulo del fondo.

Hizo entrar a Margo en su oficina particular, en la que podían verse unas pinturas chinas y una única silla grande y tallada, de estilo gótico, bañada por el fulgor de un pequeño foco situado frente al enorme escritorio, también tallado y de estilo gótico.

—Siéntese ahí, por favor... Margo, querida, ¿cómo explicarle el placer que me produce el encontrar una cara no mancillada por la cámara? Puedo percibir

que no hay en ella tensión... No se preocupe. Oh, la frescura celta combinada con la despreocupación de la nobleza española... Puedo ver que nunca ha estado delante de una cámara... Discúlpeme —dijo, y se hundió en la silla, detrás del escritorio, y se puso a telefonear.

De cuando en cuando entraba una taquígrafa y tomaba notas mientras él le dictaba con voz grave. Pasó el tiempo; Margo permanecía allí sentada, sospechando que Margolies la había olvidado. La oficina, cargada y sofocante, le empezaba a producir una sensación de soñolencia. Margo pugnaba ya por mantener los ojos abiertos cuando Margolies saltó de su escritorio y dijo:

—Vamos, querida. Bajemos ya.

Margo tuvo que posar desde diversos ángulos ante las cámaras, en un recinto del sótano que olía a yeso, y luego Margolies la acompañó al atestado restaurante del estudio. Margo pudo sentir sobre ella las miradas de la gente, ávida de ver a la nueva chica invitada a almorzar por Margolies. Mientras comían, Margolies le preguntó acerca de su vida en la gran plantación de azúcar de Cuba y de su adolescencia como principiante en Nueva York. Luego hablaron de Carlsbad y de Baden—Baden y de Marienbad, y de cómo el sur de California iba superando su pasada y ridícula vulgaridad.

—Tenemos todo lo que pueda encontrarse en cualquier otra parte —dijo.

Después del almuerzo fueron a la sala de proyecciones a ver el resultado de las pruebas. Asintió también, fumando un cigarro, el señor Harris. Todos quedaron en silencio mientras miraban la cara grande de Margo en blanco y negro, sonriendo, girando, riendo afectadamente, abriendo y cerrando la boca echando hacia atrás la cabeza, poniendo los ojos en blanco... La proyección hizo que Margo se sintiera mal; aunque siempre le habían gustado mucho las fotografías fijas de sí misma, le ponía enferma verse en aquellos planos de la prueba. No podía acostumbrarse a verse de un tamaño tan desmesurado. De cuando en cuando el señor Harris gruñía, y podía verse el fulgor rojo de su cigarro en la oscuridad. Cuando finalizó la proyección y la sala quedó a oscuras, Margo se sintió aliviada. Al instante se encendieron las luces, los asistentes desfilaron hacia la puerta de la sala; al salir pasaron ante la pequeña cabina oscura de proyección, desde la cual el rubicundo operador, en mangas de

camisa, que había abierto la puerta, lanzó al pasar una mirada a Margo. Margo no pudo precisar si se había tratado o no de una mirada aprobadora.

Afuera, en el rellano de la escalera, Margolies le tendió la mano con frialdad y dijo:

—Adiós, querida Margo... Me espera un centenar de personas. —Margo pensó que aquello era el final pero Margolies añadió—: Irwin y usted se pondrán de acuerdo sobre los términos del con trato... Yo no entiendo de esos detalles... Pasará usted, estoy seguro, una tarde muy agradable.

Y volvió a la sala de proyección haciendo girar el bastón al caminar. El señor Harris le explicó que Margolies le haría saber cuándo iba a necesitarla, y que entretanto ellos podían elaborar juntos el contrato. ¿Tenía ya representante? En caso de que no lo tuviera, él podía recomendarle a su amigo el señor Hardbein, que se ocuparía adecuadamente de sus intereses.

Una vez en su oficina, el señor Harris ocupó su asiento en el escritorio, frente a él se sentaron Margo y el señor Hardbein, un hombre de cara hundida y de ademanes rudos y burlones. Al rato Margo se encontró leyendo un contrato por tres años y trescientos dólares a la semana.

—Oh, cielos —dijo Margo—. Me temo que después de ese tiempo acabaré harta de todo esto... ¿Les importaría si llamo y hago venir a mi dama de compañía, la señora Mandeville...? Soy tan ignorante en estos temas...

Llamó a Agnes, y hasta su llegada se entretuvieron charlando del tiempo y de otras nimiedades.

Agnes estuvo magnífica. Habló de sus compromisos, de ciertos importantes negocios que debían tratar, de una herencia que debían atender, y que a la vista de aquel salario no merecía la pena que la señorita Dowling renunciara a su programado crucero alrededor del mundo. ¿No te parece, querida? El aparecer en aquella película, en cualquier caso, no era sino para complacer a Margolies, su viejo amigo, y por otra parte, naturalmente, la señorita Dowling siempre había estado dispuesta a sacrificarse por su trabajo, y ella misma había hecho sacrificios al respecto; si fuera necesario pondría todo lo imaginable de su parte para que Margo tuviera la oportunidad de obtener la

clase de éxito en que tenía fe, y ella estaba segura de que lo iba a conseguir, porque cuando se tiene fe y el corazón limpio Dios hace que las cosas salgan del modo apetecido. Agnes siguió hablando de cuán horrible era la falta de fe, y a las cinco de la tarde, cuando la oficina cerraba ya sus puertas, ella y Margo salieron hacia el coche con un contrato por tres meses y quinientos dólares a la semana en el bolso de Agnes.

—Espero que las tiendas estén todavía abiertas —dijo Margo—. Tengo que comprarme ropa.

En el asiento delantero, al lado de Tony, había un hombre de cara dura y gris, con traje de montar y pelo amarillo claro. Margo y Agnes, al subir al coche, miraron airadamente la nuca lisa del desconocido.

—Llévanos aTasker & Harding's, en Hollywood Boulevard..., a la París Gown Shop —dijo Agnes, y le susurró a Margo al oído—: Oh, estupendo... Será maravilloso que te compres ropa...

Tony paró en la esquina de Hollywood y Sunset; el desconocido se apeó, hizo una rígida inclinación y se alejó por la amplia acera.

—Tony, ¿cuántas veces tengo que decirte que no pasees a tus amigos en mi coche? —empezó Margo.

Ambas reprendieron con dureza a Tony, quien, al llegar a casa, montó en cólera y dijo que se iría de casa al día siguiente.

—No habéis hecho más que explotarme e interferir en mi carrera. Ese tipo era Max Hirch, un conde austríaco y un famoso jugador de polo.

Al día siguiente, Tony, como había prometido, recogió sus cosas y abandonó la casa.

Los quinientos dólares a la semana no resultaron tanto dinero como Agnes y Margo habían imaginado. En primer lugar, el señor Hardbein, su representante, se quedaba con un diez por ciento; luego Agnes insistió en apartar cincuenta dólares para el pago del préstamo de Miami, de forma que Margo pudiera recuperar sus joyas; finalmente, la mudanza a una nueva casa en la zona elegante de Santa Mónica supuso una suma considerable. Había

que pagar también los salarios del cocinero y de la doncella, y debían buscar un chófer ahora que Tony se había ido. Otros apartados eran la ropa y la contratación de un agente de publicidad y las suscripciones benéficas y los donativos que surgían en el medio social de los estudios y a los que no se podían negar. Agnes era maravillosa. Se ocupaba de todo. Siempre que se presentaba un problema de índole económica, Margo se apretaba las sienes con los dedos, cerraba los ojos unos instantes y exclamaba:

—Es horrible, pero no tengo cabeza para los negocios.

Fue Agnes quien eligió la nueva residencia, una casita de estilo puertorriqueño, con preciosos balcones y profusión de muebles españoles antiguos. Por las noches, Margo se sentaba en un butacón, frente a la chimenea de la gran sala, y jugaba a la banca rusa con Agnes. Recibían de cuando en cuando invitaciones de actores y de gente que Margo conocía en los estudios, pero ella se negaba a salir y decía que antes debía conocer bien el terreno que pisaba en la ciudad.

—Si no tenemos cuidado, antes de que podamos darnos cuenta andaremos por ahí con una pandilla de gandules que nos harán más mal que bien.

—Qué razón tienes —suspiró Agnes—. Como aquellos horribles mellizos de Miami.

No habían vuelto a ver a Tony desde el día de su marcha, cuando un domingo por la noche en que esperaban a Sam Margolies, que venía por primera vez a visitarlas, apareció Tony hacia las seis, completamente borracho, y dijo que él y Max Hirsch tenían intención de abrir una escuela de polo, y que necesitaba mil dólares inmediatamente.

—Pero, Tony —exclamó Agnes—, ¿de dónde los va a sacar Margo? Sabes tan bien como yo que tenemos grandes gastos...

Tony armó un gran alboroto, gritó y lloró y dijo que ellas le habían arruinado su carrera escénica y que ahora iban a arruinarle la cinematográfica.

—He sido demasiado tolerante —aulló, golpeándose el pecho—. He dejado que las mujeres arruinen mi vida.

Margo siguió mirando al reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Eran casi las siete. Al fin decidió entregarle veinticinco dólares y le dijo que volviera al cabo de unos días.

—Se está drogando de nuevo —dijo cuando Tony se hubo ido—. Cualquier día se va a volver loco.

—¡Pobre muchacho! —exclamó con un suspiro Agnes—. No es malo, sólo es débil.

—Lo que más temo es que ese teutón consiga tenerlo bien agarrado y nos haga daño de verdad... El tipo tenía cara de presidiario... Creo que lo mejor que puedo hacer es buscar un abogado y conseguir el divorcio.

—Pero piensa en la publicidad —gimió Agnes.

—De cualquier forma —dijo Margo—, Tony tiene que desaparecer de mi vida. Ya no estoy dispuesta a aguantar más a ese cubano del demonio.

Sam Margolies llegó con una hora de retraso.

—¡Qué ambiente más apacible! —exclamó—. ¿Cómo pueden conseguirlo en este Hollywood delirante?

—Bueno, Margie es una muchachita tranquila y trabajadora —dijo Agnes, recogiendo el cesto de las labores y dirigiéndose discretamente hacia la puerta.

Margolies se sentó en el sillón, sin quitarse la boina blanca, y estiró sus arqueadas piernas hacia la chimenea.

—Detesto el medio artificial en que me muevo.

“Le comprendo —dijo Agnes desde la puerta.

Margo le ofreció un cóctel, pero él dijo que no bebía. Cuando la doncella sirvió la cena, en la que había estado trabajando Agnes todo el día, él no comió sino pan tostado y lechuga.

—Nunca como ni bebo en las horas de las comidas. Venía sólo a mirar y a charlar.

—Así está usted tan delgado —bromeó Margo.

—¿Se acuerda de cómo estaba yo en aquel tiempo? Fue mi época de Nueva York. Prefiero no hablar de ello. No guardo memoria de las cosas. Vivo sólo en el presente. Ahora pienso en la película en la que usted va a trabajar. Yo nunca voy a fiestas, pero esta noche tiene que venir conmigo a la de Irwin Harris. Irá gente a la que debe usted conocer. Déjeme que vea sus vestidos. Elegiré el que debe llevar. A partir de ahora deberá dejar que la acompañe siempre que vaya a comprarse un vestido. —Mientras la seguía por las crujientes escaleras hacia su dormitorio, añadió—: Tenemos que encontrarle otro lugar de residencia. Esta es una zona suburbana, y no servirá.

A Margo le resultó extraño verse sentada al lado de Sam Margolies en su automóvil, que avanzaba por las avenidas bordeadas de palmeras de Beverly Hills. Le había hecho ponerse el viejo vestido de noche amarillo que había comprado en la boutique de Piquot años atrás, y que Agnes había hecho arreglar y alargar recientemente en el taller de costura de una pequeña modista francesa que había descubierto en Los Ángeles, Margo tenía las manos frías, y temía que Margolies pudiera oír el fuerte latir de su corazón dentro del pecho. Trató de idear algo gracioso que decir, pero ¿de qué iba a servir? Margolies nunca reía. Se preguntaba en qué estaría él pensando. Podía ver su cara, la frente estrecha bajo el flequillo negro, los labios apretados en una mueca infantil, el afilado perfil de pájaro que se recortaba, negro como azabache, contra las luces de la calle mientras permanecía sentado rígidamente a su lado con las manos sobre las rodillas. Llevaba aún sus pantalones de franela blanca y la blanca chalina con un alfiler de brillantes en forma de palo de golf. El coche enfiló una avenida de acceso en dirección a una hilera de altas puertas cristaleras que brillaban entre los árboles, y él se volvió hacia Margo y dijo:

—Teme que va a aburrirse... Pero se sorprenderá. Descubrirá que aquí tenemos algo que puede competir airosamente con la sociedad extranjera y neoyorquina a la que está acostumbrada. —Al volverse hacia ella, la luz centelleó en el blanco de sus ojos y en las hondas ojeras y en los labios gruesos y húmedos. Y siguió susurrando, mientras le apretaba la mano al ayudarla a

bajar del coche—: En la fiesta va a ser la mujer más elegante, pero tan sólo como una estrella que brilla más que las demás.

En el umbral, al pasar ante el mayordomo, Margo se echó a reír sin motivo.

—Qué forma tiene usted de expresarse... —dijo—. Habla usted como... como un genio.

—Así es como suelen llamarme —replicó Margolies en voz alta, echando hacia atrás los hombros e irguiéndose hasta cuadrarse para cederle el paso al vestíbulo a través de la gran puerta de cristal.

Lo insufrible para Margo fue entrar en el tocador para quitarse el abrigo y arreglarse el vestido. Las mujeres, que componían su maquillaje y daban el último toque a su peinado, se volvieron todas ellas al instante y le lanzaron una mirada que comenzó por los zapatos, siguió por las medias, examinó cada corchete del vestido, rodeó su cuello en busca de las posibles arrugas y culminó en su pelo para dilucidar si estaba o no teñido. Margo supo en el acto que tenía que haber poseído un manto de armiño. Había una vieja dama, que fumaba un cigarrillo junto a la puerta del lavabo y que tenía sin duda rayos X en la mirada; Margo sintió como si le estuviera leyendo la etiqueta del precio de las bragas. La doncella negra, mientras recogía su abrigo y se lo ponía sobre el brazo, le dirigió una amable sonrisa que dejó al descubierto todos sus dientes, y Margo se sintió mejor. Al salir sintió cómo las miradas chocaban contra su espalda y quedaban colgadas de ella como una lata en la cola de un perro. «Aguanta el tipo, o van a comerte», se dijo mientras la puerta del tocador se cerraba a sus espaldas. Deseó que hubiese estado allí Agnes para que le repitiese de nuevo lo encantadora que era toda la gente.

Margolies la esperaba en un vestíbulo saturado de centelleantes arañas. Había una orquesta y los invitados bailaban. La llevó hasta la chimenea del fondo de la gran sala. Irwin Harris y el señor Hardbein, parecidos como dos gotas de agua en sus ceñidos trajes de etiqueta, se acercaron a saludar. Margolies tendió la mano a ambos sin mirarlos y se sentó junto a la chimenea, dando la espalda a la gente, en una gran silla tallada parecida a la que tenía en su oficina. El señor Harris sacó a bailar a Margo, y a partir de entonces la fiesta

transcurrió para ella como cualquier otra reunión de gente de postín. Al menos hasta que bailó con Rodney Cathcart.

Lo reconoció al instante por las fotografías que había visto de él pero resultó una sorpresa descubrir que su rostro poseía color y que había cálida sangre y músculos bajo su airoso y bien cortado esmoquin. Era un joven alto y bronceado, con pelo amarillo dorado, que mascullaba las palabras a la inglesa. Margo se había sentido trémula y destemplada hasta que bailó con él. Tras el primer baile, Cathcart quiso bailar de nuevo con ella. Luego, en el descanso entre dos piezas, la acompañó a un extremo de la sala, donde estaban instaladas las bebidas y el bufet, y trató de hacerla beber. Volvieron varias veces, y mientras él apuraba dos whiskis solos y engullía un gran plato de ensalada de pollo, Margo sorbía siempre el mismo scotch con soda de un vaso grande y azul. El estaba ya un poco ebrio, pero su estado no parecía empeorar. Como viera que su pareja no hablaba en absoluto, ella también guardó silencio. Le resultaba delicioso bailar con él.

De cuando en cuando, siempre que se acercaban bailando al fondo del recinto, Margo alcanzaba a ver toda la escena del salón de baile en el enorme espejo que había sobre la chimenea. En cierto modo, desde un ángulo propicio del espejo, creyó ver la cara de Margolies asomando tras el alto respaldo tallado de la silla situada frente a los leños ardientes. Parecía mirarla fija, atentamente. El fuego, que iluminaba su cara mediante un juego de reflejos, confería a su semblante una expresión cálida y viva que Margo no había apreciado nunca en él. Pero sólo fue un instante, pues al punto se interpusieron entre sus ojos y aquel ángulo del espejo cabezas rubias y calvas y rizadas y hombros negros o desnudos, y perdió de vista el extremo del salón donde se sentaba Margolies.

Debía de ser alrededor de medianoche cuando lo encontró de pie junto a la mesa del whisky.

—Hola, Sam —dijo Rodney Cathcart—. ¿Cómo van las cosas?

—Tenemos que irnos... La pobre criatura está cansada de tanto ruido... Rodney, debes dejar que la señorita Dowling se retire.

—De acuerdo, compañero —asintió Rodney Cathcart, y les dio la espalda para servirse otro whisky.

Cuando Margo volvió del tocador con el abrigo, encontró al señor Hardbein esperándola en el vestíbulo. Mientras le estrechaba la mano, hizo una pequeña reverencia ante ella.

—Bien, no tengo por qué ocultarle, señorita Dowling, que ha causado sensación. Las chicas preguntan continuamente con qué se tiñe usted el pelo —dijo, y una carcajada retumbó en el interior de su ancho chaleco—. ¿Vendrá a verme a mi oficina? Podríamos tomar un bocado y charlar un poco de nuestros asuntos.

Margo se estremeció levemente.

—Muy amable de su parte, señor Hardbein, pero nunca visito las oficinas... No entiendo de negocios... Sin embargo, puede llamarnos por teléfono, ¿le parece bien?

Al salir al porche colonial vio a Rodney Cathcart sentado en el coche largo y blanco junto a Margolies. Sonrió y se sentó entre ambos con toda naturalidad, como si en ningún momento hubiera dudado de encontrar a Cathcart esperándola. El coche arrancó y se alejó de la casa. Los tres guardaron silencio. Margo ignoraba adonde se dirigían: las avenidas de palmeras y las hileras de farolas de las calles parecían en todas partes idénticas. Se detuvieron ante un gran restaurante.

—Pensé que estaría bien que comiéramos algo... No probó bocado en toda la noche —le dijo Margolies mientras la ayudaba a bajar del coche apretándole con fuerza la mano.

—Magnífica idea —dijo Rodney Cathcart, que había saltado afuera el primero—. Esos bailes le ponen a uno bestialmente hambriento...

El maître les dedicó una exagerada reverencia y les condujo a través del comedor —poblado de ojos a su paso— hasta una mesa reservada al lado de la pista de baile. Margolies tomó galletitas de trigo con leche, Cathcart comió un bistec y Margo picoteó con el tenedor unos trocitos de empanada de langosta.

—Los truhanes necesitamos un trago después de esto —dijo con un gruñido Rodney Cathcart, apartando el plato reluciente después de haber engullido hasta la última patata frita.

Margolies alzó dos dedos.

—Aquí está prohibido... ¡Qué estúpidos somos en este país! ¡Qué estúpidos son! —dijo, e hizo girar las pupilas hacia Margo.

Ella captó el centelleo de sus ojos justo a tiempo para hacer que quedase tan sólo en un nervioso parpadeo, y le devolvió aquel lento amago de sonrisa que tanto le había entusiasmado en Palms Springs.

Margolies se levantó.

—Vamos, Margo, querida... Tengo que enseñarle algo —dijo.

Y Margo, mientras en compañía de Cathcart le seguía por la alfombra roja, pudo notar las oleadas de ansiosa expectación de la gente del restaurante ante su paso, idénticas a las que había sentido en Miami tras la muerte de Charley Anderson.

Margolies los llevó en su coche hasta una gran casa de apartamentos de color crema; subieron en el ascensor, abrió una puerta con llave y les invitó a entrar.

—Este —dijo— es mi pisito de soltero.

Era una estancia grande y oscura, con un mirador al fondo adornado con colgaduras bordadas. En las paredes había todo tipo de pinturas, iluminadas por luces individuales situadas encima de ellas. Había alfombras orientales apiladas en el suelo una encima de otra, y pieles de cebra y de león sobre los sofás adosados a los muros.

—Oh, qué sitio más maravilloso... —dijo Margo.

Margolies se volvió hacia ella sonriendo.

—Un tanto señorial, ¿no es cierto? Del tipo que estará usted acostumbrada a ver en el castillo de un noble castellano.

—Exactamente —asintió Margo.

Rodney Cathcart se tendió cuan largo era en uno de los divanes.

—Oye Sam, viejo ilustre —dijo—, ¿te queda un poco de esa estupenda cerveza canadiense? ¿Qué tal si la tomamos con un poco de Guinness?

Margolies entró en la despensa y la puerta de batiente se cerró a sus espaldas. Margo se paseó por la estancia mirando los cuadros de vivos colores y los estantes con sinuosas figurillas chinas. Se sentía inmersa en una especie de atmósfera hechizada.

—Oiga, Margo —la llamó Rodney Cathcart desde el diván—. Acérquese... Usted me gusta... Tiene que llamarme Si... Mis amigos me llaman Si. Suena más americano.

—Por mí no hay ningún inconveniente —contestó Margo, acercándose lentamente hacia el diván.

Rodney Cathcart le tendió la mano.

—Venga esa mano, compañera — dijo. Y cuando Margo le extendió la suya, él la agarró con fuerza y trató de atraerla hacia sí sobre el diván—. ¿No te gustaría besarme, Margo?

La presión de su garra era terrible. Margo pudo comprobar que se trataba de un hombre sumamente fuerte.

Volvió Margolies con una bandeja con vasos y botellas, la dejó sobre un pequeño velador de ébano que había junto al diván y dijo:

—Aquí es donde trabajo... El genio nunca aflora sin la ambientación apropiada... Siéntese aquí, Margo... —Señaló el diván donde estaba echado Cathcart—. Yo mismo cacé ese león... Disculpadme un momento.

Subió el tramo de escaleras que daba acceso al mirador; al cabo de unos instantes se encendió una luz arriba; luego se cerró una puerta y se esfumó la luz, y la estancia quedó en penumbra, iluminada tan sólo por las tenues luces de los cuadros.

Rodney Cathcart se incorporó hasta quedar sentado sobre el borde del diván.

—Por el amor de Dios, hermana, beba algo...

Margo empezó a reírse solapadamente.

—Está bien, Si, puede ponerme un dedo de ginebra —dijo, y se sentó al lado de él en el diván.

Cathcart era atractivo. Margo se sorprendió permitiéndole que la besara, pero al instante sintió que su mano le trepaba por la pierna, de modo que se levantó y fue hasta el otro extremo de la estancia y se puso a mirar de nuevo los cuadros.

—Oh, no seas tonta —suspiró él, y volvió a dejarse caer de espaldas en el diván.

Ningún sonido llegaba de arriba. Margo se preguntaba hecha un manojo de nervios qué diablos estaría haciendo Margolies allá arriba. Volvió junto al diván a servirse otra pizca de ginebra y, súbitamente, Rodney Cathcart saltó como un resorte, la rodeó con sus brazos por la espalda y la mordió en una oreja.

—Oh, deja ya de jugar al hombre de las cavernas —dijo Margo, mientras permanecía rígida y quieta. No deseaba forcejear con él por temor a que se le arrugara el vestido.

—Soy así —le susurró Cathcart al oído—. Te encuentro realmente excitante.

Margolies estaba allí delante, en pie, con unos papeles en la mano. Margo se preguntó cuánto tiempo llevaría observándolos. Rodney Cathcart volvió a echarse hacia atrás en el diván y cerró los ojos.

—Siéntese, querida Margo —dijo Margolies, con voz apacible—. Ahora voy a contarle una historia. Veamos si despierta algo en usted.

Margo sintió que se ruborizaba. A su espalda, Cathcart respiraba honda y pausadamente, como si se hubiera dormido.

—Está cansada de la vida turbulenta y frívola de las capitales europeas —estaba diciendo Margolies—. Es usted hija de un viejo oficial del ejército. Su madre ha muerto. Usted frecuenta todos los medios sociales: va a bailes y a cenas, acude a todo acontecimiento social. Hay varios pretendientes que piden

su mano. Su padre es un general francés, tal vez español. Su patria lo reclama. Van a enviarle a África a repeler una bárbara agresión de los moros. Él quiere dejarla en un convento, pero usted insiste en acompañarlo. ¿Me sigue?

—Oh, sí —dijo Margo, con vehemencia—. Por acompañarlo sería capaz de meterse de polizón en el mismo barco.

—En el mismo barco viaja un joven estudiante norteamericano que se ha escapado de su país para enrolarse en la Legión Extranjera. La razón la sabremos más tarde. El joven será interrogado por su amigo Si. En el barco se encuentran... Todo es maravilloso entre los dos. Su padre está muy enfermo. Para entonces están ustedes sitiados en una fortificación de adobe y los salvajes nativos aúllan sedientos de sangre. El joven Si logra romper el asedio y huye en busca de la medicina que su padre necesita para salvar la vida... A su vuelta es arrestado como desertor. Usted corre a Tánger a fin de buscar al cónsul estadounidense para que intervenga. La vida de su padre se ha salvado. Usted llega justo a tiempo para impedir que el pelotón de ejecución consume el fusilamiento. Sé que es ciudadano norteamericano, es condecorado. El general lo besa en ambas mejillas y pone en sus fuertes brazos a su adorable hija... No quiero que me comente el argumento ahora... Procure que vaya asentándose en su mente. Se trata, naturalmente, de un boceto rudimentario. La historia es una idiotez, pero brinda al director ciertas posibilidades. Yo puedo verla a usted arriesgándolo todo, hasta la reputación y la propia vida, por salvar al hombre que ama. Ahora la llevaré a casa... Mire, Si está dormido. Es sólo un animal, una bestia rubia y bruta.

Cuando Margolies le ayudó a ponerse el abrigo, dejó las manos sobre los hombros de Margo unos instantes.

“Hay otra cosa que quisiera que fuera calando en el fondo de su corazón... No me responda ahora. Háblelo con su encantadora dama de compañía. Cuando pase algún tiempo, después de que hayamos concluido esta película, quiero que se case conmigo. Soy un hombre libre. Años atrás, en otro universo, tuve una esposa (como suelen tenerla los hombres), pero coincidimos ambos en no comprendernos y tiramos por caminos diferentes. Próximamente voy a estar muy ocupado. No puede usted hacerse idea de lo intenso y complejo que es

este trabajo. Cuando voy a dirigir una película, no puedo pensar en otra cosa, pero cuando mi labor creadora haya tocado a su fin (acaso dentro de tres meses), quiero que se case conmigo... No me dé ahora la respuesta.

Sentados uno al lado del otro en su automóvil, camino de la casa de Margo en Santa Mónica, guardaron silencio mientras avanzaba lentamente a través de la blanca niebla matinal, fría y húmeda y espesa. Cuando el coche se detuvo ante la puerta, Margo se inclinó hacia él y le dio una palmadita en la mejilla.

“Sam —le dijo—, me has obsequiado con la más encantadora de las veladas.

Agnes era un manojo de nervios: ¿dónde había estado hasta tan tarde? Se paseaba de un lado a otro en bata y había encendido todas las luces de la casa.

—Desde que te marchaste he estado alimentando un vago presentimiento, Margie, así que llamé a madame Esther para preguntarle su opinión. Madame tenía para mí un mensaje de Frank. Ya sabes que la última vez nos dijo que Frank trataba de romper la barrera de ciertas influencias adversas.

—Oh, Agnes, ¿y qué dijo esta vez?

—Dijo que tienes el éxito en la mano y que te mantengas firme. Oh, Margie, tienes que casarte con él... Eso es lo que Frank ha estado tratando de decirnos.

—Oh, santo cielo —exclamó Margo, desplomándose en la cama cuando llegó a su cuarto en el piso de arriba—. Estoy exhausta. Agnes, encanto, ¿puedes colgarme la ropa?

Margo estaba demasiado emocionada para poder dormir. Había demasiada claridad en el cuarto. Veía el tenue rojo a través de los párpados. Debía conseguir dormir, pues de otro modo a la mañana siguiente tendría un aspecto lamentable. Llamó a Agnes para que le trajera una aspirina.

Agnes la ayudó a incorporarse en la cama con una mano, mientras le ofrecía un vaso de agua con la otra para que tragara la aspirina, era como cuando de niña Agnes le daba las medicinas en la cama. Luego, de pronto, estaba soñando que terminaba el número aquel en que participaba el público y la caverna rosada de rostros estallaba en aplausos y ella corría hacia los bastidores, donde la esperaba Frank Mandeville con su capa negra y los brazos

abiertos, y ella se echaba en sus brazos y la capa se cerraba en torno a ella y ella caía con la capa y se asfixiaba y Frank estaba encima de ella y le desgarraba el vestido a zarpazos y más allá de su hombro vio a Tony riendo; Tony todo de blanco, con boina blanca y un alfiler de brillantes en forma de palo de golf en la chalina, brincando y aplaudiendo. Probablemente habían sido sus gritos los que habían hecho que acudiera al cuarto Agnes. No, Agnes le estaba diciendo algo. Margo se sentó en la cama temblando.

Agnes estaba visiblemente alterada.

—Oh, es horrible. Tony está abajo. Insiste en verte, Margie. Lo ha leído en los periódicos. ¿Sabes?, ha salido en todos los periódicos que vas a protagonizar con Rodney Cathcart la próxima película de Margolies. Tony está como loco. Dice que es tu marido y que debe ocuparse de tus asuntos. Dice que tiene el derecho legal de hacerlo...

—Esa pequeña rata... —dijo Margo—. Dile que suba... ¿Qué hora es?

Saltó de la cama y corrió hasta el tocador para maquillarse. Cuando oyó que subían por la escalera, se echó encima la mañanita rosa de encaje y volvió apresuradamente a la cama. Al entrar Tony en el cuarto, Margo parecía estar muy soñolienta.

—¿Cuál es el problema, Tony? —inquirió.

—Que me estoy muriendo de hambre mientras tú ganas tres mil a la semana. Ayer, sin ir más lejos, Max y yo nos quedamos sin cenar por falta de dinero. Nos van a echar del apartamento. Lo que tú ganas, según la ley, es mío... He sido demasiado blando... Me he dejado engañar...

Margo bostezó.

—No estamos en Cuba, querido —dijo. Se incorporó y se sentó en la cama—. Mira, Tony, separémonos como amigos. El contrato no lo hemos firmado todavía. ¿Qué te parece si llegamos a un acuerdo y, cuando se firme, te doy algo de dinero para que tú y tu amigo montéis una escuela de polo en La Habana? Lo que te pasa a ti es que tienes nostalgia de la tierra.

—Oh, eso sería maravilloso —intervino Agnes—. Cuba es precisamente el lugar ideal..., con todos esos turistas que llegan por millares...

Tony se irguió y se puso rígido.

—Margo, somos cristianos. Creyentes. Sabemos que la Iglesia prohíbe el divorcio... Eso Agnes no puede comprenderlo.

—Yo soy bastante mejor cristiana de lo que puedas serlo tú. Lo sabes muy bien, tú que... —empezó Agnes con voz chillona.

—Mira, Agnes, no vamos a discutir de religión antes del desayuno —dijo Margo. Encogió las piernas bajo las mantas y subió las rodillas hasta la barbilla—. Tony, Agnes y yo creemos que Mary Baker Eddy enseñó la verdad, ¿entiendes? Siéntate aquí, Tony... Estás engordando, Tony, y a los chicos no vas a gustarles si pierdes tu tipo femenino... Mira, hemos pasado juntos bastantes situaciones apuradas... —Tony se sentó en la cama y encendió un cigarrillo. Margo le apartó de la frente el erizado pelo negro—. No vas a echar por tierra mi buena estrella ahora que acabo de conseguir la oportunidad de mi vida.

—He sido un miserable. No soy bueno —dijo Tony—. ¿Qué te parecen mil al mes? Sólo es la tercera parte de lo que vas a ganar. Tú lo vas a derrochar. Las mujeres no necesitan dinero.

—Pero ¿qué diablos estás diciendo? Sabes muy bien que en este negocio cuesta dinero hacer dinero.

—De acuerdo... ¿Qué te parecen quinientos? Yo no entiendo de números, ya lo sabes. Sabes que no soy más que un niño.

—Bueno, tampoco yo entiendo. Bajad los dos a hablar del asunto mientras me baño y me visto. Va a venir la modista y luego tengo que peinarme. Tengo cientos de citas esta tarde... Eres un buen chico, Tony.

Le dio unas palmaditas en la mejilla y se despidió de él, que siguió a Agnes dócil como un cordero.

Había tomado ya el baño cuando entró Agnes y dijo, malhumorada:

—Margie, debíamos haber conseguido el divorcio hace mucho tiempo. Ese alemán que lo tiene ahora engatusado es una mala persona. Sabes muy bien lo que opina el señor Hays de los escándalos.

—Ya sé que he sido una maldita estúpida.

—Tengo que preguntar a Frank acerca de esto. Tengo cita con madame Esther esta tarde. Frank nos podrá decir el nombre de un abogado de confianza.

—No podemos acudir a Vardaman. Es el abogado del señor Hardbein y también el de Sam. Lo cierto es que la mujer que pone algo por escrito es una verdadera imbécil.

Sonó el teléfono. Era el señor Hardbein y llamaba para hablar del contrato. Margo envió a su oficina a Agnes para que discutiera los pormenores. Y aquella tarde, mientras de pie frente al espejo dejaba que la modista hiciera su trabajo en torno a ella con la boca llena de alfileres, no cesó de preguntarse lo que debía hacer respecto al enojoso asunto de Tony. Cuando llegó Sam, alrededor de las cinco, a ver los nuevos vestidos, Margo tenía aún la cabeza en el secador.

—Qué atractiva estás con ese aparato en la cabeza —dijo Sam—, y con ese delicado negligé y ese triángulo de encaje de Bruselas entre las rodillas... Lo recordaré. Tengo memoria total. Jamás olvido nada de lo que he visto. Es el secreto de la imaginación visual.

Cuando Agnes volvió a buscarla en el Rolls, Margo se encontró con el problema de cómo zafarse de Sam, que a toda costa quería llevarlas en su coche adonde fueran.

—No debes tener secretos conmigo, Margo querida —dijo con suavidad—. Descubrirás que yo lo comprendo todo..., todo... Te conozco mejor de lo que tú puedas conocerte. Por eso sé que puedo dirigirte. He estudiado cada matiz de tu cara y de tu bella alma de muchacha, tan llena de deseo... Nada de lo que hagas puede sorprenderme o escandalizarme.

—Eso está muy bien —dijo Margo.

Sam se marchó dolido.

—Oh, Margie, no deberías tratar así al señor Margolies —dijo Agnes, quejumbrosa.

—Puedo pasarme sin él mucho mejor que él sin mí —le aseguró Margo—. El tiene necesidad de una nueva estrella. Dicen que empieza a andar de capa caída...

—El señor Hardbein dice que es sólo porque ha despedido a su agente publicitario —dijo Agnes.

Cuando salieron de casa era ya tarde. Madame Esther vivía en la parte baja de la ciudad, en una zona maltrecha de Los Ángeles. Ordenaron al chófer que las dejara a dos manzanas de la casa, y caminaron por una callejuela bordeada de polvorientas casitas de vecindad muy parecidas a aquellas en las que habían vivido cuando llegaron a California años atrás.

Margo le dio con el codo a Agnes.

—¿Te recuerda algo esto?

Agnes se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

—Sólo debemos recordar las cosas bellas y agradables, Margie.

La casa de madame Esther era grande y vieja, de madera, con amplios porches y tejado desvencijado y agrietado de tablillas. Las mugrientas ventanas tenían las persianas echadas.

Agnes llamó a una pequeña puerta trasera de cristal esmerilado. Abrió al instante una mujer delgada, de pelo corto y gris, con aspecto de solterona.

—Llegan tarde —susurró—. Madame está en trance. A ellos no les gusta esperar. Será difícil romper la cadena.

—¿Ha recibido alguna comunicación de Frank? —susurró Agnes.

—Está muy enojado. Me temo que no va a responder de nuevo... Deme la mano.

La mujer tomó la mano de Agnes y Agnes tomó la mano de Margo y caminaron una tras otra por un oscuro pasillo iluminado tan sólo por una bombilla roja; entraron por una puerta en una habitación a oscuras llena de gente que respiraba ruidosamente y se movía con sigilo.

—Creí que iba a ser una visita privada —dijo Margo en un susurro.

—Ssss... —le siseó Agnes al oído.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Margo pudo ver la cara grande e hinchada de madame Esther presidiendo una gran mesa redonda y balanceándose en medio de una masa confusa y borrosa de otras caras. Los asistentes abrieron paso a Agnes y a Margo, y ésta se encontró al punto sentada al lado de alguien que asía su mano con un apretón caliente y húmedo. Sobre la mesa, ante madame Esther, había una serie de pequeños tacos de papel blanco. Todo era silencio en torno a Margo, salvo la agitada respiración de Agnes.

Parecieron transcurrir horas antes de que algo sucediera. Al cabo Margo vio que los ojos de madame Esther estaban abiertos, pero sólo alcanzaba a distinguir el blanco en ellos.

De sus labios salía una voz profunda de barítono hablando en una lengua que Margo no entendía. Alguien del corro respondió en la misma lengua; era obvio que formulaba algunas preguntas.

—Es Sidi Hassan, el hindú —le susurró Agnes—. Ha estado dando una espléndida información para la bolsa.

—¡Silencio! —gritó madame Esther con una estridente voz femenina que casi aterrorizó a Margo—. Frank está esperando. No, lo han llamado y ha tenido que alejarse. Pero dejó un mensaje: todo va a salir bien. Dejó un mensaje diciendo que mañana impartirá la información que le han solicitado, y que su niña no debe dar, bajo ningún concepto, ningún paso sin consultar a la querida Agnes.

Agnes rompió a llorar histéricamente, y una mano dio una palmadita en el hombro de Margo. La mujer de pelo gris las condujo hacia la puerta trasera. Luego dio a oler a Agnes ciertas sales. Antes de abrir la puerta de cristal, dijo:

—Son cincuenta dólares, por favor... Veinticinco cada una... Y otra cosa: Madame dice que la hermosa señorita no debe venir más; podría resultar peligroso para ella, pues estamos rodeados de influencias perniciosas. Pero la señora Mandeville debe seguir viniendo a recoger los mensajes. Nada puede dañarla a ella, dice madame, porque tiene corazón de niño.

Salieron a la oscura callejuela y vieron que había anochecido y que se habían encendido las luces de las calles. Margo se subió el cuello de su abrigo de piel para que nadie pudiera reconocerla.

—¿Lo ves, Margie? —dijo Agnes mientras se acomodaban en el mullido asiento posterior del viejo Rolls—. Con el querido Frank cuidando de nosotras, todo va a salimos bien. Él quiere decirnos que debes seguir adelante y casarte con el señor Margolies de inmediato.

—Bien, supongo que no tiene por qué ser peor que firmar un contrato por tres años —suspiró Margo.

Pidió al chófer que se diese la mayor prisa posible, pues aquella noche Sam la iba a llevar a un estreno en Grauman´s.

Al doblar el recodo y enfilar la calzada hacia la puerta de la casa vieron a Tony y a Max Hirsch sentados en el banco de mármol del jardín.

—Yo les hablaré —dijo Agnes.

Margo corrió al piso de arriba y empezó a vestirse. Estaba sentada ante el espejo, en ropa interior, cuando de pronto Tony entró precipitadamente en el cuarto. Cuando lo vio en el espejo a la luz de la lámpara del tocador, Margo advirtió que tenía un ojo morado.

—Qué, aprendiendo las artes nobles, ¿eh, Tony? —preguntó sin volverse.

Tony habló casi sin aliento:

—Max me puso un ojo negro porque yo no quería venir. Margo, me matará si no me das mil dólares. No nos marcharemos de la casa hasta que nos des un cheque y algo de dinero en metálico, porque Max da una fiesta esta noche y el tipo del licor de contrabando ha dicho que no servirá nada hasta ver el dinero contante y sonante. Max dice que estás tramitando el divorcio. ¿Cómo puedes ser capaz? La Iglesia no permite el divorcio. Es un pecado que yo no voy a llevar sobre mi conciencia. No podrás conseguir el divorcio.

Margo se levantó y se volvió hacia él.

—Alcánzame mi negligé; está allí, encima de la cama... No tiene sentido que me muera de frío... Oye, Tony, ¿crees que estoy engordando? Gané un kilo la semana pasada... Mira, Tony, ese cabeza cuadrada va a ser tu perdición. Será mejor que termines con él y vayas a hacerte otra cura a alguna parte. Detestaría que los sabuesos federales acabaran por detenerte por consumo de narcóticos. Hicieron una gran redada en San Pedro precisamente ayer.

Tony se echó a llorar.

—Tienes que darme ese dinero. Me romperá todos los huesos.

Margo miró su reloj de pulsera, que estaba sobre el tocador junto a la polvera grande, y vio que eran las ocho. Sam llegaría de un momento a otro.

—De acuerdo —dijo—. Pero la próxima vez la casa va a estar custodiada por funcionarios de policía... Recuérdalo —insistió—. Una tontería más y vais a la cárcel. Si piensas que Sam Margolies no es capaz de evitar que este asunto salga en los periódicos, estás muy equivocado. Ahora baja y dile a Agnes que te extienda el cheque y te dé el dinero que haya en casa.

Margo siguió vistiéndose, y al cabo de unos segundos subió Agnes llorando.

—¿Qué vamos a hacer? Les he entregado el cheque y doscientos dólares... Oh, es horrible... ¿Por qué no nos previno Frank? Sé que está protegiéndonos, pero podía habernos dicho qué hacer con ese tipo odioso.

Margo entró en el vestidor y se puso un vestido de noche completamente nuevo.

—Lo que vamos a hacer en primer lugar es anular ese cheque mañana por la mañana. Ahora llama a una agencia de protección de residencias y haz que envíen dos detectives que hagan guardia ahí fuera día y noche. Se acabó, estoy harta.

Margo, hecha una furia, se paseaba de un lado a otro del cuarto con su nuevo vestido blanco de lentejuelas y adornos de plumas de avestruz. Reparó en su propia imagen reflejada en el gran espejo de tres cuerpos que había entre las dos camas. Fue hasta él y se miró de frente. Luego vio las tres imágenes de sí misma con el vestido blanco de lentejuelas. Sus ojos eran de un azul rutilante y sus mejillas estaban encendidas. Agnes se acercó por detrás con la diadema de diamantes falsos que iba a llevar Margo en el pelo.

—Oh, Margie —exclamó—. Nunca has estado más deslumbrante...

La doncella subió para anunciar que el señor Margolies esperaba abajo. Margo besó a Agnes y dijo:

—No te asustarás por lo de los detectives, ¿verdad, querida?

Margo se puso sobre los hombros la estola de armiño que le habían enviado a prueba aquella tarde y salió de la casa en dirección al coche. Rodney Cathcart, arrellanado en el asiento trasero y con traje de etiqueta, le sonrió exhibiendo una perfecta y brillante dentadura desde su cara larga y tostada.

Sam estaba ya en la acera para ayudarla a subir al coche.

—Margo, querida, nos dejas sin aliento. Sabía que ése era el vestido adecuado —dijo. Sus ojos brillaban más que de costumbre—. Esta noche es una noche muy importante; lo proclaman las estrellas. Te hablaré de ello más tarde. Mandé que nos hicieran los horóscopos.

En el atestado y bullicioso umbral del teatro, Margo y Rodney Cathcart hubieron de detenerse ante el micrófono para decir unas palabras acerca de su nueva película y de su asociación con Margolies. Luego se abrieron paso entre los ojos y las cegadoras luces y pasaron al vestíbulo. Cuando el maestro de ceremonias trató de hacer que también Margolies dijera unas palabras, éste le dio la espalda, furioso, y entró en el teatro sin mirar ni a izquierda ni a

derecha, como quien entra en un lugar vacío. Después del espectáculo, fueron a un restaurante y permanecieron sentados un rato en una mesa, Rodney Cathcart pidió un picadillo de riñones.

—No deberías comer demasiado, Si —dijo Margolies—. El plato fuerte nos espera en mi apartamento.

Cuando entraron en casa de Margolies, en efecto, después de abandonar el restaurante tan pronto como comenzó a quedar vacío, les esperaba una gran mesa servida, con salmón frío y ensalada de langosta, y un mayordomo filipino que empezó a descorchar el champán para los tres comensales. Ahora Margo, libre de tensiones, se dejó llevar y bebió y comió tanto como le fue posible. Rodney Cathcart dio cuenta de casi todo el salmón, afirmando entre dientes que era soberbio, e incluso Sam, asegurando que aquello acabaría con él, apuró un plato de ensalada de langosta.

Margo, un tanto achispada, advirtió en cierto momento que tanto el filipino como Margolies se habían esfumado y que se hallaba sentada junto a Si en el diván cubierto por la piel de león.

—Así que vas a casarte con Sam... —dijo Si, apurando de un trago una copa de champán. Margo asintió—. Buena chica. —Se quitó la chaqueta y el chaleco y los colgó con cuidado en una silla—. Odio las ropas. Tienes que venir a mi rancho. Es algo emocionante; algo fuera de serie.

—Sin embargo, las sabes llevar maravillosamente —observó Margo.

—Correcto —dijo Si.

La levantó entre sus brazos y la sentó sobre sus rodillas.

—Pero, Si..., no deberíamos... Al menos no en la piel de león de Sam.

Acercó su boca y la besó en los labios.

—¿Me encuentras excitante? Deberías verme desnudo.

—Oh, no, no... —murmuró Margo, pero no podía resistirse, pues Si era demasiado fuerte; sus manos estaban ya en toda ella bajo su vestido—. Bah, maldita sea, me importa un comino —dijo ella.

Si se incorporó y le alcanzó otra copa de champán, y para él llenó un bol de cristal que había contenido hielo triturado.

—Lo del león es una solemne tontería. Sam lo mató, es cierto, pero el muy truhán disparó contra él en un zoo. Vendían unos leones viejos en uno de esos malditos parques y la gente organizó una cacería. No podían fallar. Fue un maldito crimen.

Apuró el bol de champán y de pronto se arrojó sobre ella. Margo cayó sobre el diván entre sus brazos, que la atenazaban como garras.

Se sentía mareada, ofuscada. Se paseó de un lado a otro tratando de recobrar el aliento.

—Buenas noches, mujer fatal —dijo Si, y, poniéndose cuidadosamente el chaleco y la chaqueta, fue hasta la puerta y desapareció. Ella se sentía mareada, ofuscada.

Sam había vuelto y le estaba mostrando una larga serie de cálculos en una hoja de papel. Sus ojos saltones y brillantes la miraban mientras ella trataba de leer. Sus manos temblaban.

—Es esta noche —decía—. Es esta noche cuando nuestras líneas de la vida se cruzan... Somos marido y mujer, lo queramos o no. Yo no creo en el libre albedrío. ¿Y tú, querida Margo?

Margo se sentía mareada, ofuscada. No podía responder.

—Vamos, querida niña, estás cansada... —la voz de Margolies zumbaba acariciadoramente en sus oídos.

Dejó que la llevara hasta su dormitorio, que la desnudara con suavidad y que la metiera en la gran cama de alta cabecera, entre las sábanas de seda negra.

Hacía rato que había amanecido cuando Sam la llevó en coche hasta su casa. En cuanto aparecieron en la calzada de acceso, el detective que había al lado de la casa se tocó el sombrero en señal de saludo. La cara grande, de luchador, de aquel hombre le hizo sentirse aliviada. Agnes estaba levantada, y se

paseaba en su bata acolchada y floreada por la sala, con un periódico en las manos.

—¿Dónde has estado? —exclamó con voz aguda—. Oh, Margie, vas a echar a perder tu belleza si sigues así; además, sólo estás empezando tu carrera... Mira esto... Pero no te impresiones demasiado... Recuerda que todo ha sido por nuestro bien.

Le tendió el Times, señalando un titular con la afilada uña rosa de su índice.

—¿No te dije que Frank velaba por nosotras?

Desaparece un conocido jugador de polo

Detenidos unos marineros

Dos hombres de uniforme, George Cook y Fred Costello, de la dotación del acorazado Kenesaw, fueron detenidos para ser interrogados al ser hallados ebrios o drogados en el sótano de una casa de apartamentos del 2234 de Higueras Drive, en San Pedro, donde, según el vecindario, se había celebrado una fiesta alcohólica durante toda la noche. Cerca de ellos fue encontrado el cuerpo sin vida de un joven, cuyo cráneo había sido fracturado con un objeto romo. El joven ha sido identificado como Antonio Garrido, de nacionalidad cubana, que trabajó en tiempos como extra en varios estudios cinematográficos importantes. Garrido respiraba aún cuando la policía, alertada por las quejas telefónicas de los vecinos, irrumpió en el citado sótano. El cuarto miembro de la fiesta, un ciudadano alemán llamado Max Hirsch, a quien algunos suponen un noble austríaco y que compartía con el apuesto joven cubano un apartamento en un elegante vecindario de bungalows, en Mimosa, desapareció antes de que la policía llegara al escenario de la tragedia. A primeras horas de esta mañana no había sido localizado aún por la policía.

Margo sintió que la sala le daba vueltas describiendo grandes círculos alrededor de su cabeza.

—Oh, Dios mío —dijo.

Al subir por las escaleras tuvo que agarrarse a la barandilla para no desplomarse. De despojó de la ropa, se metió en la bañera de agua caliente y permaneció en ella largo rato con los ojos cerrados.

—Oh, Margie —gimió Agnes desde la habitación contigua—. Tu vestido nuevo está hecho una piltrafa.

Margo y Sam Margolies volaron a Tucson para contraer matrimonio. A la ceremonia no acudieron sino Agnes y Rodney Cathcart. Una vez casados, Margolies le tendió al juez de paz un billete nuevo de cien dólares. El vuelo de vuelta resultó bastante agitado, pues mientras cruzaban el desierto, el ruidoso trimotor Ford les obsequió con una serie de impresionantes zarandeos. Bajo la boina blanca, la cara de Margolies cambiaba a cada instante de color, pero él aseguraba que estaba teniendo un viaje delicioso. Rodney Cathcart y Agnes, más sinceros, vomitaron con naturalidad en sus bolsas de mareo. Margo sentía que su maravillosa sonrisa se iba convirtiendo en una mueca grotesca por momentos, pero se las arregló para lograr que el desayuno nupcial siguiera asentado en su estómago. Cuando finalmente el avión aterrizó en el aeropuerto, hicieron esperar media hora a los operadores cinematográficos, pues querían cerciorarse de que serían capaces de descender por la escalerilla y enfrentarse airosos y sonrientes a la lluvia de serpentinas y confeti del público presente y el zumbido de las cámaras de cine. Rodney Cathcart hubo de beberse casi media botella de whisky antes de lograr que sus piernas no se doblasen bajo su peso. Margo exhibió su sonrisa por encima de una masa de orquídeas amarillas que la habían estado esperando en el frigorífico del aeropuerto, y Agnes estaba encantada, pues Sam le había comprado orquídeas también a ella —éstas azules— y había insistido para que bajara la escalerilla con ellos y se enfrentara también a las cámaras.

Después de la deslumbrante luz del desierto y de los bandazos del avión en los baches aéreos, era un alivio volver a la quietud de los camerinos de los estudios. A las tres de la tarde ya estaban maquillados. Margolies se había puesto de nuevo manos a la obra, y en un pequeño hueco de la planta baja se dispuso a tomar unos primeros planos de Margo y Cathcart, estrechamente abrazados sobre un fondo en el que se veía un extremo de una fortificación de adobe. Si estaba desnudo de cintura para arriba, con dos cartucheras que le

cruzaban el pecho y un quepis de lona de legionario, y Margo llevaba un vestido de noche blanco y zapatos de raso de tacón alto. El abrazo estrecho resultaba problemático a causa de las cartucheras. Margolies, blandiendo ante ellos el bastón de puño de porcelana, no cesaba de dejar el estrado que ocupaba tras la cámara y avanzar hacia el espacio iluminado por las lámparas de klieg donde Margo y Si se abrazaban y separaban, hasta que, después de una docena de abrazos, lograron una postura cómoda y aceptable.

—Mi querido Si —decía—, debes hacer que ellos lo sientan. Cada fibra de tus músculos debe hacer que ellos sientan que hay pasión... Estás rígido como un muñeco de madera. Todos ellos la aman a ella; una pequeña criatura, paradigma de frágil y hermosa y palpitante femineidad dispuesta a darlo todo por el hombre que ama... Margo, querida, desfallece, te dejas caer en sus brazos. Si sus fuertes brazos no estuvieran ahí para recibirte, te desplomarías en el suelo. Si, querido amigo, no eres un atlético profesor enseñando a nadar a una damita. Eres un amante desesperado que se enfrenta a la muerte... Todo el mundo siente que es tú, tú estás amándola por ellos, por los millones de hombres que desean amor y aventura y belleza; pero olvídalos, relájate, mi querido amigo, olvida que estoy aquí y que la cámara está aquí; estáis solos los dos, juntos, arrebatando a la vida un momento crucial; estáis solos, en compañía tan sólo de vuestros corazones palpitantes; estás solo en compañía de la mujer más bella del mundo, de la más nueva novia de América... Así, muy bien... Eso es... ¡Cámara!

Noticiario LXIII

pero minutos después esta falsa tierra desapareció tan rápida y misteriosamente como había surgido y hallé ante mí una larga extensión de silencioso mar en la que no se divisaba signo alguno de vida

Las chotacabras cantan

Y la noche se acerca

Y yo corro... a mi cielo azul

LINDBERGH EN PELIGRO AL SER ATRAPADO

POR UNA OLA ANTE LA PROA DE UN CRUCERO

Allá en las montañas de Tennessee

Lejos de los pecados del mundo

El hijo del viejo Dan Kelly empuña la escopeta

Y piensa en la hija de Zeb Turney

ACLAMADO POR LAS MULTITUDES

EN LAS CALLES

Saca fotografías desde la altura vertiginosa de un penol

Dan era un muchacho de sangre ardiente

Su padre lo crió fuerte y honesto

HECHIZADA POR SU HAZAÑA LA CIUDAD LANZA VÍTORES

DESDE LO HONDO DE SU CORAZÓN

EL AVIADOR HACE PERIPECIAS EN EL AIRE

Con el corazón arrebatado de amor por la chica Cargó la escopeta de dos cañones

LAS PERSONALIDADES DE LA VIDA PÚBLICA PRORRUMPEN EN

UNA ENSORDECEDORA OVACIÓN AL PRESENCIAR EL VUELO

DEL APARATO

GRAN DESCONCIERTO EN UN HOTEL

El piloto es casi arrebatado del automóvil

al avanzar entre la apiñada multitud

Por las montañas vaga

Esta hija de un hombre de Tennessee

Con fuego en los ojos y la escopeta a un costado

En busca del clan de Zeh Turney

LA PROCESIÓN DE DEVOTOS AVANZA

BAJO UN AUTÉNTICO DILUVIO

OLEADAS DE PAPEL INUNDAN BROADWAY

Se oyen disparos en la montaña

Se oyen disparos en el viento

LINDY AL FRENTE DE UNA GRAN COMPAÑÍA AÉREA

La historia rústica del hijo de Dan Kelly

Se ha expandido por el mundo y cuenta

Cómo Dan acabó con la vida de todos los del clan

Y volvió con la hija del viejo Zeb Turney

un hombre bajo, medio calvo, con expresión de tensa emoción en el semblante, salió corriendo de entre la multitud, en donde había estado escondido, y trepó con rapidez al aparato, como temiendo que fueran a impedírselo. Vestía ropas ordinarias, con un chaleco de cuero en lugar de chaqueta. No llevaba sombrero. Se acomodó como pudo en el avión, al lado de Chamberlin, sin mirar ni el gentío ni a su mujer, que permanecía ante el aparato, un poco apartada hacia un lado, mirando la escena con ojos de asombro. El motor rugió y el avión inició la marcha a través de la pista, luego se detuvo, volvió sobre sus pasos y finalmente despegó limpiamente.

El arquitecto

Un día bochornoso de finales de la primavera, en 1887, un joven alto de dieciocho años, de hermosos ojos y un modo airoso y arrogante de llevar erguida la cabeza, llegó a Chicago con siete dólares en el bolsillo, único dinero que le quedaba después de comprar el billete desde Madison con el producto obtenido al empeñar Las vidas, de Plutarco, y La decadencia y caída del Imperio Romano, de Gibbon, y un viejo abrigo con cuello de piel.

Antes de dejar su hogar para labrarse un porvenir en el estudio de un arquitecto (no había en Wisconsin cursos de Arquitectura para plagar su cabeza con rancios dibujos de Bellas Artes), había presenciado el derrumbamiento de la cúpula del State Capitol, debido a la mala calidad de las dovelas a cierto fraude de los constructores al escatimar los materiales a fin de asegurar a los políticos sus comisiones, y acaso a algún mínimo pero fatal error en los planos de los arquitectos;

el joven jamás habría de olvidar el estruendo del desmoronamiento de la estructura, el yeso que saltaba en mil pedazos, la nube de polvo elevándose en el cielo, los aplastados cuerpos de los muertos y moribundos al ser retirados del lugar de la tragedia, con las caras rígidas y lívidas por el polvillo de yeso.

Caminando por el centro de Chicago, cruzando y volviendo a cruzar los puentes sobre el río Chicago, en medio del tintineo y del estruendo del tráfico, el traqueteo de furgones y camiones, el golpear de los cascos de los grandes caballos de tiro y el ulular de los remolcadores que arrastraban barcazas y el pitido ensordecedor de los vapores del lago a la espera de su turno,

pensaba en el gran continente de su patria, que se extendía mil millas al norte y al sur y al este, tres mil millas al oeste, donde por doquier, en las cuencas mineras, en las orillas de

los puertos recién dragados, a lo largo de los cursos de los ríos en las intersecciones de las líneas férreas, iban brotando chozas cocheras para locomotoras escombreras elevadoras de grano almacenes depósitos casas de vecindad, grandes casas para los ricos rodeadas de césped sombreado por los árboles edificios con cúpula para las cámaras legislativas situadas sobre colinas hoteles iglesias palacios de la ópera auditorios. Caminaba con paso vehemente y largo hacia el futuro sin límites, abierto en todas direcciones, que se presentaba ante aquellos jóvenes que se pusieran manos a la obra y aguzaran el ingenio para dar inventos al mundo.

Aquel mismo día encontró un empleo en el estudio de un arquitecto.

Frank Lloyd Wright era nieto de un sombrero y predicador galés que se había asentado en un rico valle de Wisconsin (Spring Valley) y fundado una gran

familia de granjeros, predicadores y maestros. El padre de Wright fue también predicador, era un hombre inquieto e inadaptado, natural de Nueva Inglaterra, que estudió medicina, predicó en una iglesia baptista en Weymouth, Massachusetts, y luego como pastor de la Iglesia Unitaria en el Medio Oeste, enseñó música, estudió sánscrito y finalmente abandonó a su familia.

El joven Wright nació en la granja de su abuelo, fue a la escuela en Weymouth y Madison y trabajó durante los veranos en la granja de su tío en Wisconsin.

Sus estudios de arquitectura consistieron en la lectura de Viollet le Duc, el apóstol del siglo XIII y de la pura matemática estructural de la albañilería gótica, y en los siete años que trabajó en Chicago con Louis Sullivan, en la oficina de Adler y Sullivan. (Fue Louis Sullivan quien, después de Richardson, inventó todo lo que fue inventado en la arquitectura norteamericana del siglo XIX.)

Cuando Frank Lloyd Wright dejó a Sullivan, había lanzado ya un estilo peculiar y propio: la arquitectura de la pradera. En Oak Park construyó amplias residencias para millonarios en zonas suburbanas, edificios que rompieron por vez primera con los hábitos impuestos en la mente del constructor americano por siglos de rutina clásica, con los gastados capiteles y plintos y frontones que nos llegaron a través de los siglos desde la Acrópolis, con los moldes repetidos hasta la saciedad de la albañilería romana, con los semiborrados cuadernos de dibujo de Palladio.

Frank Lloyd Wright inauguraba una nueva senda que habría de conducir a las rápidas construcciones de vidrio y acero que se prefiguran hoy.

Volvió los ojos con ilusión hacia los nuevos materiales, el acero en tensión, el vidrio, el cemento, los millones de metales y aleaciones nuevos.

El hijo y el nieto de predicadores se convirtió en predicador a través de cianotipos de proyectos,

diseñando construcciones para el futuro americano y no para el pasado europeo.

Ideador de esquemas,

maquinador de las líneas maestras del léxico del mañana predica a los jóvenes que llegan a la mayoría de edad en tiempos de estrecheces, que se sienten enjaulados entre los tabiques de cartón yeso de la rutina financiera, con sus planes y sus vidas empobrecidas por impuestos feudales exigidos por

el dinero parásito que imposibilita todo proceso y frena el progreso por mor del corte de cupones:

El ciudadano debidamente urbanizado se ha convertido en un corredor que trafica primordialmente con las debilidades humanas o con las ideas e invenciones de otros, en un manipulador de palancas, en un pulsador de botones con poder vicario, siendo el suyo tan sólo el del manejo de la máquina... Y siempre, sobre sus cuatro costados, incluso en su corazón mientras duerme, en cierta forma para instigar esta lucha ansiosa e incesante del consumidor en pro o en contra de un incremento más o menos clemente o inclemente del dinero, está el taxímetro de la renta.

A los jóvenes que dedican sus días y sus noches a diseñar planos de abigarradas masas de celdillas en renta levantadas sobre duros pavimentos, predica

los horizontes de su adolescencia,

un futuro no fundado en el alza de unos puntos en un centenar de acciones seleccionadas, o en el incremento de la capacidad de carga en los transportes, o en una multiplicación del crédito bancario, o en un aumento de los tipos de interés en el dinero pagadero a la vista,

sino en una limpia y nueva construcción, levantada desde el suelo, basada en la utilidad y en las necesidades,

dirigida hacia la América del futuro y no hacia el pasado teñido de dolor de Europa y Asia. A la poblada y ancha franja de esta nueva nación, que se extiende entre el Atlántico y el Pacífico a través del enorme continente, la llamó Usonia. Y predica un proyecto de Usonia:

> Es fácil comprender cómo, en la infancia mecánica de nuestro desarrollo la complejidad de la tosca y utilitaria construcción, como el tosco sistema de andamiajes utilizado en ciertos edificios nobles, ejerció violencia sobre el paisaje... El propósito primitivo de los días fundacionales ha sido ya cumplido. El andamiaje puede ya desmantelarse y dar paso a la aparición de la verdadera obra, a la cultura de una civilización.

Como suele suceder con numerosos predicadores, profetas e impulsores, la vida de Frank Lloyd Wright ha sido tempestuosa. Tuvo y educó hijos, disputó con esposas, transgredió barreras, tuvo problemas con la ley, procesos de divorcio, bancarrotas, y la prensa amarilla le ha ido pisando constantemente los talones, haciendo que sus desdichas griten desde los titulares de los diarios de la tarde: aventuras con mujeres, el horror de pesadilla del incendio de su casa de Wisconsin.

Por una curiosa ironía,

El edificio que puede considerarse más suyo de cuantos diseñó, el Imperial Hotel de Tokio, fue una de las pocas estructuras que salieron indemnes en el terremoto de 1923 (el día en que recibió el cable informándole de que el edificio había resistido, librando de la muerte a tantos centenares de personas —escribió— fue uno de los más felices de su vida).

Y hay otra curiosa ironía

en el hecho de que la mayoría de los norteamericanos que trabaron conocimiento de su obra lo hicieran a través de lecturas en alemán.

Su vida ha estado llena de ambiciosos proyectos no llevados a la práctica. (Cuán a menudo el predicador oye cómo el eco de su voz retorna hueco del local vacío; el proyectista contempla cómo el polvo se amontona sobre los planos cuidadosamente concebidos; el arquitecto ve cómo los cianotipos enrollados se alabean y amarillean y quiebran en los archivos...)

Dos veces ha reconstruido, tras incendios y desastres que habrían anonadado para siempre a la mayoría de los mortales, la casa donde trabaja, en el valle de su abuelo en Wisconsin.

Trabaja en Wisconsin;

es un hombre delgado y erguido; sus hijos son arquitectos; llegan para trabajar con él discípulos de todo el mundo;

proyecta la nueva ciudad (a la que denomina Broadacre City).

Lo cerca y lo lejos serán superados (para imaginar la nueva ciudad ha de abolirse todo inculcado hábito del pasado, levantar una nación a partir del suelo y con las nuevas herramientas). Para el arquitecto sólo existen las aplicaciones:

la increíble multiplicación de funciones, la fuerza y tensión de los metales,

la dínamo, la bobina eléctrica, la radiofonía, la célula fotoeléctrica, el motor de combustión interna,

el cristal,

el cemento;

y las necesidades. (Decidnos, doctores en filosofía, cuáles son las necesidades del hombre. Cuando menos, un hombre necesita no estar en prisión no tener miedo no estar hambriento no tener frío no vivir sin amor no ser un peón de un poder que nunca ha visto

y que en nada se preocupa del disfrute de las aplicaciones ni de las necesidades de hombre o mujer o niño.)

Construir una construcción es construir las vidas de los obreros que la construyen y de los hombres que la habitan.

Las construcciones determinan la civilización del mismo modo que las celdillas del panal las funciones de las abejas.

Acaso pese a sí mismo, el arrogante dibujante de proyectos, el diletante del cemento, el artista bohemio a quienes las damas ricas, en su deseo de pagar la distinción social, encargan la construcción de sus moradas, ha sido forzada por la lógica de las aplicaciones y las necesidades, por la eterna lucha en contra de

la resaca arrolladora del dinero en manos muertas, a concebir proyectos cuya consecución exigiría una nueva vida;

sólo en la libertad podremos construir la ciudad usoniana. Sus proyectos empiezan a tomar vida. Sus cianotipos —como las palabras de Walt Whitman un día— hacen vibrar a los jóvenes.

Frank Lloyd Wright,

patriarca de la nueva arquitectura,

honrada por doquier salvo en su propia patria.

Noticiario LXIV

CAPTURA DE UN EXTRAÑO PEZ

EN EL MAR DE LOS SARGAZOS

por la noche, mientras el resto de la fábrica permanecía en calma, oscuras figuras con el semblante afeado por las caretas antigás trabajaban en el edificio largo y bajo que había detrás del laboratorio de investigación

EL CLAN DEL RON SE EXTIENDE POR TODO EL PAÍS

Alrededor del depósito de agua

esperando al tren

Los hombres de negocios no sienten alarma

ante las próximas elecciones

GRAVES PRESAGIOS INQUIETAN A MOSCÚ

LOS LÍDERES SINDICALES APARTADOS DE SUS TRIBUNAS

la imaginación se estremece ante las noticias que llegan de Moscú. Esos asesinos se han puesto al margen de la sociedad. Han demostrado ser los perros rabiosos de este mundo

LOS EMPRESARIOS DE WALL STREET AHUYENTAN

LA INCERTIDUMBRE ANTE LA NAVIDAD AL ABONAR

A SUS EMPLEADOS LAS PAGAS EXTRAORDINARIAS

Dejé a mi chica en la montaña

La dejé en medio de la lluvia

SE RINDE HOMENAJE A NUESTRA SUPREMACÍA AÉREA

EL TERRENO ERA TAN ABRUPTO QUE PONÍA

LOS PELOS DE PUNTA

Me metí en una pendencia

Y maté al sheriff del condado

En la quietud de la noche ¿ha oído pasos amortiguados que se acercan hacia usted?

TROTSKI INICIA LA OFENSIVA CONTRA STALIN

Se encuentra en la calle el cadáver

de un hombre estrangulado

Gimiendo en voz baja...

mi hombre amado tiene que partir

SE BUSCA A LA MUJER DEL HACHA

QUE ATACÓ A LA DAMA DE SOCIEDAD

ESTRECHA LA MANO DE LOS HÉROES

LA JOVEN DE LA MISTERIOSA ZAMBULLIDA AGONIZA

Es el tipo de hombre que necesita a una mujer como yo

Completamente extraviado en la niebla que cubría México

SE ASEGURA QUE RUSIA SE SUBLEVA

Pues mientras bailo tengo los ojos llenos de lágrimas

Porque la chica que está en mis brazos no eres tú

SEISCIENTOS HOMBRES AJUSTICIADOS

A LA VEZ EN CANTÓN

SE PREVÉ UN AÑO DE PROSPERIDAD

esta comprobación la realizará para usted nuestro servicio de asesores de inversiones; analizamos cada uno de los valores que usted posee y le facilitamos un informe imparcial y una tasación. Y periódicamente, a lo largo del año le mantenemos informado sobre los acontecimientos importantes. Si se presentaran de improviso indicios de peligro, le avisaríamos al instante

El Ojo de la Cámara (49)

caminando de Plymouth a North Plymouth a través del aire frío de la bahía de Massachusetts sintiendo a cada paso la punzada fría de una piedrecita que se cuela por la suela de un zapato

mirando más allá de las grises casas de madera bajo el terso cielo de abril las blancas barcas ancladas en las aguas claras y poco profundas los amarillos bancos de arena y la bahía pizarrosa rizándose azul hacia el este

aquí es donde los inmigrantes desembarcaron los cabezas redondas los saqueadores de castillos los asesinos de reyes los aborrecedores de la opresión aquí es donde estuvieron apiñados después de desembarcar del atestado barco que apestaba a sentina sobre la playa de nadie entre el océano de nadie y el enorme bosque de nadie que se extendía sobre las colinas donde las sendas de los cuervos ascienden hasta los altos valles verdes con ríos en sus cuencas donde los pieles rojas cultivan altos maizales en plantíos ya para siempre hacia el increíble oeste

durante trescientos años los inmigrantes avanzaron penosamente hacia el oeste y ahora hoy

caminando de Plymouth a North Plymouth súbitamente al doblar un recodo del camino más allá de un pequeño estanque de los sauces de ramas amarillas ves nebuloso entre el ver

de el racimo de industrias del cinturón gigantescos tinglados y construcciones edificios de empresas todos del mismo tamaño todos del mismo color mugriento una enorme chimenea cuadrada largos tejados alineados y bruscos cuadrados y espacios oblongos cortando el mar Plymouth Cordage aquí es donde trabajó otro inmigrante otro aborrecedor de la opresión que deseaba un mundo sin barreras cuando lo despidieron de la fábrica de cordajes vendió pescado de puerta en puerta los inmigrantes de las oscuras casas de madera lo conocían le compraban pescado escuchaban lo que les decía mientras seguían su carro de puerta en puerta preguntadles ¿cómo era aquel hombre? ¿Por qué temen hablar de Bart* por qué tienen miedo de haberlo conocido por qué sus ojos se entornan ensombrecidos por el espanto? el barbero el hombre de la pequeña tienda de comestibles la patrona de la casa donde se hospedaba con voces asustadas preguntan ¿Por qué no nos quieren creer? Lo conocíamos Lo veíamos todos los días ¿Por qué no nos quieren creer que aquel día le compramos anguilas?

sólo el chico no está asustado

el lápiz garabatea en mi cuaderno de notas los trozos de recuerdos las quebradas medias frases el esfuerzo por enlazar palabra con palabra ensamblar frase con frase reconstruir a partir de memorias deformadas inquebrantablemente (Viejo Poncio Pilato) la verdad

el chico camina tímida y gravemente a mi lado en dirección a la estación habla de cómo le ayudaba Bart en sus deberes del colegio quiere progresar ¿Por qué habría de dolerte el haber conocido a Bart? quiere ir a la Universidad de Boston nos estrechamos la mano no dejes que te atemoricen

lo habitual el coche de fumadores lo acostumbrado la confusión de caras el rumor de la charla cordial hogareña rumbo a Boston a través de la creciente

oscuridad cómo hacer que sientan cómo llegaron nuestros abuelos los aborrecedores de la opresión a esta costa cómo decirles no dejéis que os atemoricen cómo hacerles sentir quiénes son tus opresores América

¿cómo reconstruir las palabras hundidas gastadas hediondas en boca de abogados fiscales de distrito presidentes de colegios universitarios jueces sin las viejas palabras que los inmigrantes los aborrecedores de la opresión trajeron a Plymouth ¿cómo podrás saber quiénes son los que te han traicionado América

o que ese vendedor ambulante de pescado que tienes en la cárcel de Charlestown es uno de tus fundadores Massachusetts?**

[*, ** Alusiones a Sacco y Vanzetti]

Noticiario LXV

LA TORMENTA PARALIZA EL METRO LAS INUNDACIONES

Y LOS RAYOS DEJAN LA CIUDAD A OSCURAS

Amor oh amor oh amor insensible

Como un ladrón llegas en la noche

LOS ESPECTADORES GRITAN ALELUYA AL ILUMINARSE

LA PALOMA DE LA PAZ; SE DICE QUE HA REPARTIDO

CIEN MIL DÓLARES

LA QUIEBRA TRASTORNA LA BOLSA

La brusca caída de la actividad de Chicago

afecta gravemente al bolsín comercial

Tráeme una almohada para mi pobre cabeza

Un martillo para romperme los sesos

Pues el whisky ha arruinado mi cuerpo

Y las luces rojas me han vuelto loco

SE HA DEPOSITADO LA CONFIANZA

EN LOS BOTES DE GOMA

Pero amaré a mi niña hasta que el mar se seque

Este nuevo gran reflector puede quemarle

desde una distancia de tres kilómetros

Hasta que las rocas sean fundidas por el sol

oh ¿no es terrible?

Smythe, según la solicitud, fue empleado en la fábrica de Okmulgee de la compañía, el 12 de julio de 1924, como operario para la comprobación de la viscosidad del aceite lubricante. Uno de sus cometidos era echar benzos en la cuba caliente donde herviría y se reduciría a fin de poder examinar más tarde los residuos. Día tras día respiraba los vapores no desagradables de la cuba.

Una mañana, aproximadamente un año después, Smythe se cortó mientras se afeitaba y comprobó que la sangre le seguía manando copiosamente de la pequeña herida durante horas. Cuando se lavó los dientes también éstos empezaron a sangrar, y al cabo de unos días, viendo que la hemorragia no cesaba, consultó a un médico. El diagnóstico fue el siguiente: los vapores de benzol le habían destruido las paredes de los vasos sanguíneos.

Después de dieciocho meses en cama, durante los cuales pudo dormir únicamente bajo los efectos de narcóticos, le fueron extirpados el bazo y las amígdalas. Entretanto, se tuvo

que recurrir a periódicas transfusiones de sangre en un esfuerzo por mantener casi normal el nivel de sangre en su organismo.

En total se le transfundieron más de dieciocho litros de sangre por los brazos, hasta que, destruidas las venas de los brazos, hubo que abrirle otras en otros lugares del cuerpo. Y siempre, durante todo el tiempo, hasta ocho horas antes de su muerte, se mantuvo consciente y con grandes dolores.

MARY FRENCH

El primer trabajo que tuvo Mary French en Nueva York lo consiguió a través de un amigo de Ada. Consistía en estar sentada todo el día en una galería de arte de la calle Octava, donde había a la sazón una exposición de esculturas; respondiendo a las preguntas de damas con vestidos de batik de mucho vuelo que acudían por las tardes para ser vistas apreciando arte. Al cabo de dos semanas, cuando volvió la chica a quien reemplazaba, Mary, que seguía porfiando en su deseo de entrar en contacto con algo real, encontró un empleo en el departamento de ropa de señoras y señoritas de Bloomingdale´s. Cuando llegó la temporada de verano, la despidieron, pero se fue a casa y escribió un artículo sobre las trabajadoras de los grandes almacenes para el Freeman, y gracias a él consiguió un empleo como investigadora de salarios, costes de vida y diferencias entre los precios de mayoristas y minoristas en la industria de la confección para la International

Ladie's Garment Workers. Le gustaban las largas horas de indagación de estadísticas, de charla con los organizadores, con los ingeniosos radicales, con los obreros y obreras que acudían a la oficina sórdida y abarrotada que compartía con otros dos o tres investigadores. Sentía, por fin, que estaba haciendo algo real.

Ada había ido a Michigan a visitar a su familia, y Mary se quedó sola en el apartamento de Madison Avenue. Mary se sentía aliviada con su marcha; aún sentía aprecio por ella, pero sus intereses eran tan dispares y sostenían tales discusiones tontas acerca de la importancia de la relación entre arte y justicia social, que acababan agotadas y de mal humor, de forma que a veces el enfado persistía y no se hablaban en varios días, y en tales ocasiones cada una de ellas odiaba a las amistades de la otra. Mary, con todo, no podía evitar querer a Ada. Eran viejas amigas, y Ada siempre contribuía generosamente a financiar los comités de defensa de los huelguistas, los fondos para el asesoramiento legal y cualquier otra cosa que Mary le pidiera. Ada era una chica muy generosa, pero sus puntos de vista seguían siendo,

irrecuperablemente, los de la clase dominante; carecía de conciencia social. A Mary le sacaba también de quicio el apartamento, con sus chucherías almibaradas y sus Whistlers auténticos y sus alfombras demasiado tupidas y los colchones de muelles demasiado blandos de las camas y las pequeñas borlas de raso que había por todas partes, pero el hecho de no pagar alquiler le resultaba una gran ayuda.

El apartamento de Ada vino como anillo al dedo la noche iicl gran mitin celebrado en el Madison Square Garden para dar la bienvenida a los prisioneros de la lucha de clases que habían sido liberados en Atlanta. Mary French, a quien se había pedido que se sentara en la tribuna, oyó a unos miembros del comité lamentarse de que no tenían dónde alojar a Ben Compton. Necesitaban un lugar tranquilo y escondido donde él pudiera descansar y burlar a los sabuesos que le habían seguido los pasos desde que llegó a Nueva York. Mary se acercó a ellos y les ofreció en un susurro su apartamento. Así, después del mitin, esperó en un taxi amarillo en la esquina de Madison con la calle Veintinueve hasta que apareció un hombre alto y pálido, con una gorra a cuadros hundida hasta los ojos, subió al taxi y se sentó trémulo a su lado.

Cuando el coche inició la marcha, el hombre se puso unas gafas de montura de acero.

—Mire hacia atrás y dígame si nos sigue un sedán gris —dijo.

—No veo que nos siga nadie —le aseguró Mary.

—Usted no lo reconocería aunque lo viera —gruñó él.

Para más seguridad, abandonaron el taxi frente a la estación Grand Central, subieron sin hablar por Park Avenue, tomaron luego una calle transversal en dirección oeste y volvieron a bajar por Madison Avenue. Mary tuvo que darle un tirón de la manga para que se detuviera ante la puerta. Una vez arriba, el hombre hizo que Mary echara el cerrojo del apartamento y se dejó caer en una silla sin quitarse la gorra ni el abrigo.

El hombre guardaba silencio. Sus hombros temblaban. Mary no quería mirarlo con demasiado interés. No sabía qué hacer.

Empezó a ir de un lado a otro de la sala, fingiendo hacer esto y aquello, encendió la chimenea de gas que imitaba leños ardiendo, fumó un cigarrillo y por último fue a la cocina a preparar café. Cuando volvió, él se había quitado la gorra y el abrigo y se calentaba las manos de grandes nudillos en la chimenea.

—Tienes que disculparme, camarada —dijo con voz seca y ronca—. Estoy rendido.

—Oh, no se preocupe por mí —contestó Mary—. He pensando que a lo mejor quiere un poco de café.

—Café, no... Leche caliente —dijo apresuradamente. Le castañeteaban los dientes como si estuviera helado de frío. Margo volvió con una taza de leche caliente—. ¿Puedo tomarla con azúcar? —preguntó él, y casi sonrió.

—Por supuesto —respondió ella—. Su discurso ha sido magnífico, tan contenido y al mismo tiempo apasionado... Ha sido el mejor de todo el mitin.

—¿No piensa que parecía un manojo de nervios? Tuve miedo de derrumbarme y no poder terminar... ¿Está segura de que nadie conoce esta dirección ni el número de teléfono? ¿Está segura de que no nos han seguido?

—Estoy segura de que nadie va a encontrarle aquí en Madison Avenue... Es el último lugar donde mirarían.

—Sé que me siguen la pista —murmuró estremeciéndose, y se dejó caer de nuevo en la silla.

Guardaron silencio durante largo rato. Mary podía oír la estufa de gas de la chimenea y los pequeños sorbos con que él bebía la leche caliente.

—Ha debido de ser terrible —dijo al fin.

Él se levantó y movió la cabeza como si no quisiera hablar de ello. Era un joven larguirucho, pero se paseaba de un lado A otro ante la chimenea, con el andar extrañamente pesado y cansino de un viejo. Tenía la cara blanca como la leche, y tinas bolsas de piel parda bajo los ojos.

—Ya ve usted —dijo—, es como la gente que ha estado enferma y tiene que volver a aprender a andar... No se preocupe.

Bebió varias tazas de leche caliente y se fue a la cama. Margo entró en el otro dormitorio, cerró la puerta y se echó sobre la cama con una pila de libros y folletos. Tenía que consultar ciertos detalles legales.

Acababa de conciliar el sueño y se acurrucaba bajo las mantas cuando la despertaron unos golpecitos en la puerta. Alcanzó rápidamente la bata, saltó de la cama y abrió la puerta. Ben Compton, en ropa interior de cuerpo entero, estaba de pie, temblando, delante de la puerta. Se había quitado las gafas, que le habían dejado una marca roja sobre la parte alta de la nariz. Tenía el pelo revuelto y sus nudosos pies estaban descalzos.

—Camarada..., —tartamudeó—. ¿Te importaría si..., te importaría si yo... te importaría si me echo en la cama a tu lado? No puedo dormir. No soporto estar solo.

—Oh, pobre muchacho... Métete en la cama. Estás tiritando —dijo Mary.

Se tendió en la cama junto a él, en bata y zapatillas.

—¿Quieres que apague la luz? —preguntó Mary. El asintió con la cabeza—. ¿Quieres una aspirina?

El negó con la cabeza. Mary lo arropó con las mantas hasta la barbilla, como si fuera un niño, y él se quedó boca arriba, con los ojos negros muy abiertos, mirando hacia el techo. Tenía los dientes apretados. Ella le puso la mano sobre la frente, como cuando se intenta ver si un niño tiene fiebre. El se estremeció y se apartó.

—No me toques —dijo.

Mary apagó la luz y trató de calmarse y de dormir a su lado. Al cabo de un rato, él le cogió una mano y se la apretó fuertemente. Y ambos se quedaron allí acostados, inmóviles uno al lado del otro en la oscuridad, mirando fijamente el techo. Luego ella notó que la presión de la mano de él se aflojaba: se estaba durmiendo. Ella permaneció quieta, con los ojos abiertos. Temía que el más ligero movimiento pudiera despertarle. Y cada vez que se quedaba dormida, soñaba que los detectives irrumpían en el dormitorio, y entonces se despertaba y se incorporaba sobresaltada.

A la mañana siguiente, cuando salió para ir a la oficina, él seguía dormido. Le dejó una llave y una nota diciéndole que tenía café y comida en el frigorífico. Y cuando después de la jornada volvió a casa, su corazón le latía con fuerza mientras subía en el ascensor.

Su primer pensamiento cuando abrió la puerta del apartamento fue que Ben se había marchado. El dormitorio estaba vacío. Entonces advirtió que la puerta del cuarto de baño estaba cerrada y que en el interior se oía como un zumbido.

Tocó la puerta y dijo:

—¿Eres tú, camarada Compton?

—Enseguida salgo.

Su voz sonaba más enérgica, más parecida a la rica voz grave con que se había dirigido al público en el mitin. Salió sonriendo. Las piernas, largas y pálidas, erizadas de vello negro, asomaban extrañamente bajo el albornoz azul de Mary.

—Hola. He estado tomando un baño caliente. Es el tercero. El médico decía que eran muy buenos..., que relajan... —Sacó de debajo del brazo una edición de piel rosa de *El retrato de Dorian Grey*; de Oscar Wilde, y la agitó ante los ojos de Mary—. Leyendo estas tonterías... me siento mejor... Oye, camarada, ¿de quién es este apartamento?

—De una amiga mía que es violinista... No volverá hasta el otoño.

—Me gustaría que estuviese aquí y que tocase para nosotros. Me encantaría escuchar buena música... A lo mejor también tú eres aficionada a la música.

Mary negó con la cabeza.

—¿Podrás cenar? He traído algo —dijo.

—Lo intentaré... Pero nada demasiado sustancioso. Tengo mucha dispepsia... ¿Así que te pareció que hablé bien?

—Creo que hablaste maravillosamente...

—Después de la cena echaré una ojeada a los periódicos que has traído... Si al menos la prensa no desvirtuase siempre lo que decimos...

Mary calentó puré de guisantes y preparó tostadas y beicon y huevos, y Ben apuró todo lo que ella le ofreció. Mientras comían tuvieron una amable charla acerca del movimiento. Ella le contó sus experiencias en la gran huelga del acero, y pudo darse cuenta de que él empezaba a interesarse por ella. Acababan apenas de cenar cuando él empezó a ponerse pálido; corrió al cuarto de baño y vomitó.

—Oh, Ben, pobre chiquillo... —dijo ella, cuando lo vio volver demacrado y tembloroso—. Es horrible.

—Es curioso —murmuró Ben, con voz débil—. Cuando salí de la cárcel de Bergen County, allí en Jersey, me sentía bien... Pero esta vez me han hecho polvo...

—¿Te trataron muy mal?

Ben apretó los dientes y los músculos de su mandíbula se contrajeron, pero negó con la cabeza. De pronto, le cogió con fuerza la mano y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Mary French, estás siendo muy buena conmigo —dijo. Mary, sin poder contenerse, le echó los brazos al cuello y lo abrazó—. No sabes lo que significa encontrar una... una dulce camarada como tú —siguió él, apartándola con suavidad—. Déjame ver lo que han dicho los periódicos de mi discurso.

Un sábado por la noche, cuando Ben llevaba escondido en el apartamento aproximadamente una semana, ambos decidieron que se amaban. Mary no se había sentido tan feliz en toda su vida. Anduvieron jugueteando por el apartamento durante todo el domingo, y al anochecer salieron a pasear por el parque y a escuchar el concierto nocturno de la banda. Se arrojaron esponjas en el baño, se hicieron burla mientras se desvestían y durmieron estrechamente abrazados.

A pesar de que no salían nunca durante el día, al cabo de unos días las mejillas de Ben empezaron a tomar cierto color saludable, y su andar se hizo más airoso y enérgico.

—Has hecho que vuelva a sentirme un hombre, Mary —solía repetirle docenas de veces al día—. Empiezo a sentirme con fuerzas para volver a hacer algo. Después de todo, el movimiento obrero revolucionario no ha hecho sino empezar en este país. Las cosas van a cambiar, ya lo verás. Las victorias de Lenin y Trotski en Rusia han sido el comienzo.

Y en su manera de pronunciar aquellas tres palabras —Lenin, Trotski, Rusia— había algo que a Mary le resultaba conmovedor.

Transcurridas dos semanas, Ben empezó a acudir a reuniones con líderes extremistas. Mary nunca sabía si lo iba a encontrar en casa cuando volvía del trabajo. A veces no lo veía regresar, ojeroso y fatigado, hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Podían verse siempre sus bolsillos abultados con literatura y panfletos del movimiento, y la elegante sala de Ada fue llenándose paulatinamente de diarios pobremente impresos y folletos de propaganda y hojas multicopistas. Sobre la repisa de la chimenea, entre las figuras de porcelana de Dresde que representaban músicos con sus instrumentos, se amontonaban los tres volúmenes de El Capital, con numerosos subrayados a lápiz. Por la noche solía leerle a Mary fragmentos de un folleto propagandístico que estaba redactando, inspirado en el ¿Qué hacer? de Lenin, y le preguntaba con el ceño fruncido si estaba claro, si los obreros entenderían lo que quería decir.

Un domingo de agosto hizo que Mary lo acompañara a Coney Island, donde tenía una cita con su familia. No quería que los sabuesos le siguieran la pista hasta su casa y pudieran en lo sucesivo molestar a sus padres o a su hermana, que trabajaba como secretaria de un importante hombre de negocios, y calculaba que sería mejor encontrarse con ellos en un lugar muy concurrido. Cuando llegaron a la cita, pasó un buen rato antes de que los Compton repararan en Mary. Sentados ante una mesa grande y redonda en Stauch, bebieron cerveza suave de malta. A Mary le resultó difícil mantenerse erguida y quieta en la silla, cuando los Compton, todos al unísono, fijaron la vista en

ella. Los padres de Ben eran muy corteses y de maneras suaves, pero ella comprendió que habrían preferido que no hubiera venido. La hermana de Ben le dirigió una dura y mezquina mirada y luego la ignoró por completo. El hermano mayor, un robusto judío de aspecto acomodado llamado Sam, de quien Ben había dicho que poseía un pequeño negocio —probablemente un taller donde se explotaría a conciencia a los obreros—, era educado y untuoso. Sólo el hermano menor, Izzy, tenía aspecto proletario, y tal vez, o muy posiblemente, pertenecía a alguna banda de delincuentes. Trataba a Mary con jocosa familiaridad y ella intuyó claramente que la consideraba la querida de su hermano. Era obvio que todos ellos admiraban a Ben; era el hijo inteligente, el intelectual, pero se sentían apenados por su radicalismo, que consideraban como una desdichada enfermedad que hubiera contraído. Sin embargo, la ovación en el Madison Square Garden, su nombre en los periódicos y los discursos en los que se referían a él como a un héroe de la clase obrera les habían impresionado.

Después de despedirse de los Compton, mientras entraban en la estación de metro, Ben le dijo con amargura al oído:

—Bueno, ahí tienes a la familia judía... ¿Qué te ha parecido? Es como una camisa de fuerza... Sería igual si yo hubiera matado a un hombre o dirigiera una cadena de casas de putas... Incluso dentro del movimiento te resulta imposible liberarte de ellos...

—Pero, Ben, tiene su aspecto positivo... Harían cualquier cosa en el mundo por ti... Mi madre y yo..., nosotras sí que nos odiamos.

Ben necesitaba ropa y también Mary, que nunca podía ahorrar ni un centavo al terminar la semana, de modo que por primera vez en su vida escribió a su madre pidiéndole quinientos dólares. Su madre le envió el cheque y una carta muy amable en la que le decía que la habían hecho miembro del Comité Republicano del Estado y que admiraba la independencia de Mary, pues ella siempre había pensado que las mujeres tenían el mismo derecho que los hombres a ganarse la vida libremente, y que acaso en política pudieran ejercer una influencia más decisiva de lo que había podido pensar en un tiempo, y que Mary, ciertamente, estaba mostrando mucho carácter al labrarse una carrera

por sí misma, pero que confiaba en que viniera pronto y cayera en la cuenta de que podría forjarse una carrera tan interesante como la otra volviendo a Colorado Springs y ocupando la posición social a la que el estatus de su madre le hacía acreedora. Ben, al ver el cheque, se entusiasmó tanto que no preguntó para qué había pedido el dinero.

—Quinientos dólares... Exactamente lo que necesito —dijo— No quise decírtelo, pero quieren que dirija una huelga en Bayonne... Obreros del rayón, ¿sabes?... Las viejas fábricas de munición convertidas en fábricas de seda artificial... Es una ciudad muy dura, los obreros son tan pobres que no tienen ni para pagar las cuotas del sindicato... Pero han formado un estupendo sindicato radical. Es necesario que nos introduzcamos en las nuevas industrias..., ahí es donde las viejas y vendidas organizaciones de la A.F.L. están fallando... Estos quinientos dólares bastarán para la factura de la imprenta.

—Oh, Ben, todavía no has descansado lo suficiente. Tengo tanto miedo de que vuelvan a detenerte...

Ben la besó.

—No tienes por qué preocuparte.

—Pero, Ben..., quería comprarte algo de ropa.

—Este traje está perfectamente. ¿Qué tiene de malo? ¿No me lo dio el propio Tío Sam? En cuanto pongamos las cosas en marcha allí, te encargaremos de la propaganda... Eso ampliará tus conocimientos sobre la industria de la confección. Oh, Mary, has sido maravillosa al haber conseguido este dinero...

Aquel otoño, cuando Ada volvió, Mary dejó el apartamento y alquiló dos pequeños cuartos en el Village, en la calle Cuatro Oeste, a fin de que Ben tuviera un lugar donde alojarse cuando viniera a Nueva York. Durante el invierno trabajó intensa y duramente, pues conservaba su antiguo empleo y al mismo tiempo se ocupaba de la propaganda de las huelgas que dirigía Ben en varias ciudades de Jersey.

—Eso no es nada comparado con lo que tendremos que trabajar cuando organicemos soviets en América —solía responder Ben cuando Mary le

preguntaba si no realizarían mejor su cometido no tratando de realizar tantos trabajos a un tiempo.

Mary nunca sabía cuándo aparecería Ben. A veces pasaba las noches con ella durante una semana seguida, y otras estaba fuera un mes y Mary sólo tenía noticias de él a través de las informaciones de prensa que daban cuenta de mítines, piquetes de huelga disueltos y requerimientos judiciales. En cierta ocasión decidieron casarse y tener un hijo, pero los camaradas llamaban constantemente a Ben para que organizase las poblaciones de los alrededores de Passaic, de forma que él acabó arguyendo que sus planes personales lo distraerían de su trabajo y que eran todavía jóvenes y que tendrían tiempo de sobra para esas cosas después de la revolución. Ahora era tiempo de luchar. Mary, naturalmente, podía tener el hijo si quería, pero la maternidad le impediría trabajar por la causa durante unos meses, y en opinión de Ben no era el momento apropiado para hacerlo. Aquélla fue la primera vez que discutieron seriamente. Mary le acusó de no tener corazón. El dijo que tenían que sacrificar su vida privada y sentimientos personales por la clase obrera, y se marchó de casa hecho una furia. Al final Mary tuvo que abortar, para lo cual tuvo que escribir de nuevo a su madre pidiéndole dinero.

Se entregó al trabajo de apoyo al comité de huelga con más vehemencia que nunca. En ocasiones se pasaba semanas en las que no dormía sino cuatro o cinco horas por la noche, y dio en fumar con exceso, de forma que había siempre un cigarrillo sobre una esquina de su máquina de escribir. La fina ceniza caía sobre las páginas que salían de la multicopista. Siempre que podían prescindir de ella en la oficina, salía a recaudar dinero de las damas ricas, a convencer a conocidos liberales para que se unieran a los piquetes y fueran arrestados, a lograr artículos periodísticos engatusando a los periodistas, y viajaba por el país en busca de personas receptivas que pagasen las fianzas de los detenidos. Los huelguistas, los hombres y mujeres y niños agrupados en los piquetes, haciendo cola en los hogares de beneficencia, entrevistados en las sórdidas salas de sus casas, despojadas de muebles por no haber podido pagar los últimos plazos, los autobuses llenos de esquiroles, los policías y delegados haciendo guardia con sus escopetas de cañones recortados ante las altas empalizadas de los silenciosos y enormes volúmenes oblongos de los edificios

fabriles de ventanales negros... desfilaban ante sus ojos como en la neblina de un sueño, como si todo tuviera lugar sobre la escena de un teatro, mientras multicopiaba y escribía a máquina sin descanso y redactaba cartas y solicitudes, volcada en el penoso trabajo de oficina que ocupaba sus días y sus noches.

Ella y Ben no volvieron ya a tener vida en común. Se emocionaba con él en los mítines, lo mismo que el resto de los obreros, cuando lo veía salir a la tribuna en medio de un tumulto de pateos y aplausos y dirigirse al auditorio con mejillas encendidas y ojos brillantes, hablando claramente, directamente a cada uno de ellos, exhortándoles, advirtiéndoles, explicándoles la situación económica. Las obreras los adoraban. Mary French, muy a su pesar, no podía evitar sentir un agudo malestar en la boca del estómago al ver cómo lo miraban, al presenciar cómo una corpulenta mujer, fresca y turgente, lo detenía a veces en el vestíbulo de la oficina y, poniéndole una mano sobre el brazo, acaparaba su atención. Mary, en su mesa de trabajo, con la boca seca y un sabor amargo en la lengua por el exceso de tabaco, se miraba entonces los dedos amarillos, se apartaba de la frente el pelo desordenado y sin rizar y se sentía ajada y mal vestida y exenta de atractivo. Si, pese a todo, Ben le dirigía una sonrisa antes de empezar a gritarle delante de toda la oficina por no tener listos los panfletos, Mary se sentía feliz durante todo el día. Pero la mayor parte de las veces él parecía haber olvidado que un día fueron amantes.

Una noche, muy tarde, después de que los altos burócratas de la A. F. L., que vestían caros abrigos y bufandas de seda y fumaban soberbios cigarros de veinticinco centavos y escupían en el suelo de la oficina, llegaran de Washington y arrebataran la huelga de manos de Ben a fin de hacer volver las aguas a su cauce, Ben apareció en el cuarto de la calle Cuatro cuando Mary se disponía a acostarse. Tenía los ojos envejecidos por la falta de sueño y las mejillas grises y hundidas.

—Oh, Ben —dijo ella al verlo, y rompió a llorar.

Ben estaba frío y resentido y desesperado. Permaneció horas sentado en el borde de la cama, explicando con acerada y monótona voz la traición a la huelga, las luchas intestinas entre los extremistas de izquierda y los socialistas

y líderes sindicales de viejo cuño, y cómo ahora que todo había acabado le esperaba a él un juicio por desacato a los tribunales.

—Me disgusta tanto gastar el dinero de los obreros en mi defensa... Preferiría ir a la cárcel... Pero se trata del precedente... Tenemos que luchar por cada caso particular, y es la ocasión de utilizar a los abogados liberales, a los inmundos farsantes... Además, los procesos cuestan mucho y los sindicatos están sin blanca... No quiero que se gasten el dinero en mí... Pero dicen que si ganamos mi caso las causas contra los otros camaradas serán sobreseídas...

—Lo que tienes que hacer —aconsejó Mary, retirándole suavemente el pelo de la frente— es relajarte un poco y descansar.

—A mí vas a decírmelo —replicó él, mientras empezaba a deshacer el nudo de los zapatos.

Pasó todavía un largo rato hasta que Mary consiguió que se acostara. Ben, semidesnudo en la oscuridad, permanecía sentado y trémulo, hablando de los errores que habían cometido en aquella huelga. Cuando al fin se desnudó y se levantó para dejar la ropa sobre una silla, Mary, a la ancha franja de luz grisácea que se filtraba de la calle a través de la ventana, contempló el cuerpo de Ben, que parecía un auténtico esqueleto. Se echó a llorar de nuevo ante la visión de aquel pecho hundido y de los hondos huecos junto a las clavículas.

—¿Qué es lo que pasa, chica? —preguntó Ben, toscamente—. ¿Lloras porque no tienes un Valentino con quien acostarte?

—No digas tonterías, Ben. Estaba pensando sencillamente en que deberías engordar un poco... Pobre Ben, trabajas tanto...

—Un día de estos empezarás a salir con algún joven y apuesto vendedor de bonos, como aquellos con los que salías allá en Colorado Springs... Ya sé lo que puedo esperar... Me importa un maldito bledo... Seguiré luchando solo...

—Oh, Ben, no digas eso... Sabes que con toda mi alma...

Mary lo atrajo hacia ella y él, de improviso, la besó.

A la mañana siguiente, mientras se vestían, discutieron violentamente acerca del valor del trabajo de la investigación de Mary. Ella dijo que, al fin y al cabo, él no podía hablar demasiado, porque el éxito de la huelga no había sido en modo alguno apoteósico. Ben salió del cuarto furioso, sin desayunar siquiera. Mary, en el colmo de la crispación y la amargura, fue a la oficina, renunció al empleo y unos días después se marchó a Boston a trabajar en el caso de Sacco y Vanzetti con un nuevo comité que se había formado recientemente.

Nunca había estado antes en Boston. La ciudad, en aquellos días soleados de invierno, tenía un aire de antiguo grabado al acero representando ladrillos rojos que le encantó. Alquiló un pequeño cuarto en el límite de los suburbios pobres, detrás de Beacon Hill, y decidió que cuando el caso terminara felizmente escribiría una novela sobre Boston. Compró unos cuantos cuadernos escolares en una pequeña y vieja papelería y empezó de inmediato a tomar notas para la novela. El olor de los cuadernos nuevos, con sus tenues rayas azules, le infundió ánimos y le hizo sentirse rejuvenecida. Ahora observaría la vida. Nunca volvería a enamorarse de hombre alguno. Su madre le había enviado un cheque por Navidad. Se compró alguna ropa y un sombrero que le favorecía. Y empezó a rizarse el pelo de nuevo.

Su trabajo consistía en mantenerse en contacto con los periodistas y hacer que llegaran a la prensa informaciones favorables. Era una ardua tarea. Aunque la mayoría de los periodistas que tenían alguna relación con el caso estaban convencidos de que ambos procesados habían sido injustamente condenados, solían decir que al fin y al cabo se trataba tan sólo de dos anarquistas italianos, así que ¡qué diablos importaba! Mary visitó a Sacco en la cárcel de Dedharn y a Vanzetti en la de Charlestown, y después de hablar con ellos, un sábado por la noche trató de explicar lo que sentía al periodista de la United Press que la había invitado a cenar en un restaurante italiano de Hanover Street.

Era el único de los periodistas con quien realmente había hecho amistad. Se trataba de un borracho consumado, pero había visto mucho en la vida y tenía unos modales desapegados y suaves que agradaban a Mary. A él, por una u otra razón, le gustaba también Mary, aunque bromeaba despiadadamente acerca de lo que él llamaba su fanatismo juvenil. Cuando la invitaba a cenar y

la hacía beber sin tregua vino tinto, ella se decía a sí misma que en realidad no estaba perdiendo el tiempo, pues era importante mantener contacto con la prensa. El periodista se llamaba Jerry Burnham.

—Pero, Jerry, ¿cómo puedes soportarlo? Si el estado de Massachusetts es capaz de matar a esos dos inocentes en contra de las protestas del mundo entero, significará que ya nunca más podrá existir justicia en Estados Unidos.

—Para empezar: ¿cuándo ha existido justicia alguna en Estados unidos? —repuso él, con una triste sonrisa, mientras se inclinaba para llenar el vaso de Mary—, ¿Has oído hablar de Tom Mooney?

El rizado blanco de su pelo daba un aire extrañamente juvenil a su cara rubicunda e hinchada.

—Pero es que hay algo tan apacible, tan honesto en ellos... Recibes una impresión de grandeza que emana de su persona... En serio, son grandes hombres.

—Todo lo que dices hace que resulte aún más sorprendente el hecho de que no hayan sido ejecutados hace años.

—Pero los trabajadores, la gente de la calle, no lo permitirán...

—Es la gente común la que más disfruta con la tortura y la ejecución de los grandes hombres... Si me permites mirar hacia un pasado remoto, me gustaría saber quién pidió la ejecución de nuestro amigo Jesucristo.

Fue Jerry Burnham quien la enseñó a beber. Jerry vivía en una permanente nebulosa alcohólica, y llevaba su alcoholismo con cuidado y circunspección, como un acróbata que camina por la cuerda floja con una bandeja llena de platos sobre la cabeza. Se hallaba tan habituado a trabajar su jornada periodística de veinticuatro horas, que atendía a los telegramas y los asuntos de su oficina con la misma naturalidad con que pagaba la cuenta en un bar para a la vuelta de la esquina entrar en otro. Solía decir que tenía los riñones destrozados y que se hallaba embarcado en el carro del vino, pero a menudo Mary percibía en su aliento olor a whisky cuando entraba en su oficina. Mary encontraba a Jerry tan exasperante que, cuando aceptaba salir con él, se

juraba a sí misma que aquella vez habría de ser la última. Cada minuto era precioso; no perdería más tiempo. Pero cuando volvía a invitarla, cedía y sonreía al instante y aceptaba y volvía a perder otra velada bebiendo vino y escuchando sus divagaciones.

—Todo acabará en ceguera y muerte repentina —le dijo Jerry una noche cuando Mary bajaba del taxi en la esquina de su calle—. Pero ¿a quién le importa? ¿A quién diablos le importa...? ¿A quién, en este globo terráqueo infecto, le importa un pequeño, ínfimo, microscópico, infinitesimal maldito bledo?

Mary, a medida que la gastada primavera bostoniana se caldeaba y se adentraba en el estío y fracasaba apelación tras apelación y la comisión del gobernador informaba desfavorablemente y no quedaba ya esperanza alguna salvo el perdón del propio gobernador, trabajaba más y más esforzadamente con el comité pro Sacco—Vanzetti. Escribía artículos, hablaba con políticos y autoridades religiosas y discutía con redactores jefes y pronunciaba discursos en los locales de los sindicatos. Escribía lastimeras y humillantes cartas a su madre pidiéndole dinero con toda suerte de pretextos. Cada centavo que podía conseguir iba a las arcas del comité; siempre había papel y sellos y telegramas y llamadas telefónicas que pagar. Pasaba largas veladas tratando de persuadir pacientemente a comunistas, socialistas, anarquistas y liberales para que trabajaran juntos en el caso. Mientras caminaba apresuradamente por las calles empedradas se repetía incesantemente en un susurro: «Hay que salvarlos, hay que salvarlos...». Cuando por fin se acostaba, sus sueños estaban llenos de tareas imposibles de cumplir: trataba de pegar una tetera rota y, cuando lograba arreglar uno de los lados, el otro se le hacía añicos; trataba de arreglar un roto de la falda y, cuando lograba terminar de coserlo, uno de los extremos volvía a rasgarse; trataba de componer una hoja mecanografiada y rota, un telegrama de la mayor importancia, pero no podía ver, todo era un enorme borrón ante sus ojos; se trataba de la prueba que forzaría a la reapertura del proceso, pero sus ojos no respondían y cuando lograba recomponer una palabra del amasijo de letras hinchadas y palpitantes había olvidado la anterior; subía por una inestable ladera flanqueada de negras y esquilmadas casas, inclinadas en ángulos absurdos, donde vivían obreros del

acero, y a cada paso resbalaba y retrocedía; era una cuesta muy empinada, y ella gritaba, pedía ayuda desesperadamente, seguía resbalando... Entonces, voces que infundían confianza, como la de Ben Compton cuando se sentía bien, le aseguraban que la Opinión Pública no iba a permitirlo, que después de todo los estadounidenses tenían sentido de la Justicia y del Juego Limpio, que la Clase Obrera se iba a levantar..., y veía multitudinarios mítines, eslóganes, banderolas, esplendorosos carteles con letras en perspectiva que formaban el lema: PROLETARIOS DEL MUNDO, UNÍOS, y ella marchaba en medio de las multitudes en manifestaciones de protesta. No morirán.

Y entonces se despertaba sobresaltada, se bañaba y se vestía apresuradamente, salía a la carrera hacia la oficina del comité, permitiéndose tan sólo un alto en el camino para tomar un zumo de naranja y un café. Llegaba siempre la primera, y si por cualquier motivo aminoraba un tanto el ritmo de trabajo, veía al instante las caras de los condenados: el pálido semblante de facciones acusadas y ojos brillantes del zapatero; los filosóficos bigotes y los ojos meditabundos y sin miedo del vendedor de pescados. Y, detrás de ellos, veía la silla eléctrica; la veía tan nítidamente como si la tuviera ante su escritorio en la atestada y sofocante oficina.

Julio transcurrió con nitidez. Llegó agosto. Empezaron a pasar por la oficina todo tipo de personas, cuyo número crecía día a día: viejos amigos, wobblies que venían en autostop desde la costa del Pacífico, políticos interesados en el voto italiano, abogados con sugerencias para la defensa, escritores, periodistas desempleados, chiflados y farsantes de todo tipo atraídos por los rumores de la existencia de un desorbitado fondo destinado a la defensa. Una tarde, cuando volvía de hablar en un sindicato en Pawtucket, Mary encontró a George H. Barrow sentado en su escritorio. George había escrito una gran cantidad de telegramas personales dirigidos a senadores, congresistas, autoridades religiosas y líderes obreros pidiéndoles que se unieran a la protesta en nombre de la justicia y la civilización y la clase obrera; eran largos telegramas y cablegramas que serían catalogados en la tarifa más cara. Mary, mientras los examinaba, calculó cuánto costarían. No sabía cómo iba a arreglárselas el comité para pagarlos, pero se los entregó al chico que esperaba afuera para que los expidiera. Apenas podía creer que aquellas

palabras, sólo unas semanas antes, la habían hecho vibrar. Le impresionó constatar cuán sin sentido le parecían ahora, vacías como las de los cartoncitos que ofrecían las máquinas de la buenaventura de un centavo. Hacía ya seis meses que leía y escribía las mismas palabras todos los días.

Mary no tenía tiempo para sentirse turbada por su encuentro con George Barrow. Salieron juntos a tomar un plato de sopa en un restaurante, y hablaron tan sólo del caso, como si nunca se hubieran conocido antes. Los piquetes ante la Cámara legislativa del Estado habían empezado a formarse de nuevo; Mary, a la salida del restaurante, se volvió hacia él y dijo:

—Bien, George, ¿qué tal si vas allí y dejas que te detengan? Aún estamos a tiempo de que la noticia salga en los periódicos de la tarde. Tu nombre será un gran respaldo para la causa, saldrá en primera plana.

George enrojeció. Se quedó quieto ante la puerta del restaurante, alto y nervioso y con los ojos saltones, elegante en su traje gris claro, en medio del gentío del mediodía.

—Pero, mi querida a—a—amiga... Si creyera que ello podría servir para algo, por mínimo que fuera, yo... Bueno, me dejaría arrestar o atropellar por un camión... Pero pienso que lo único que haría sería privarme de toda la influencia útil que yo pueda tener...

Mary French, con la cara lívida de ira, lo miró directamente a los ojos.

—No esperaba que corrieras el riesgo —dijo, cortante, pronunciando bien cada palabra y escupiéndoselas a la cara.

Luego le dio la espalda y volvió precipitadamente a la oficina.

Cuando la detuvieron a ella se sintió en cierta manera aliviada. Había planeado mantenerse fuera del alcance de los policías, pues su labor —le habían dicho— era demasiado valiosa para que el comité pudiera permitirse el lujo de prescindir de ella, pero había tenido que subir la colina con unas pancartas para un nuevo grupo de manifestantes que habían acudido sin ellas. En la oficina no hubo nadie libre a quien enviar. Cruzaba la Beacon Street

cuando aparecieron súbitamente dos policías corpulentos y corteses. Se colocaron uno a cada lado.

—Lo siento, señorita —dijo uno de ellos—. Acompáñenos, por favor, y manténgase tranquila.

Camino de la comisaría, sentada en la oscuridad del coche celular, Mary experimentó una sedante sensación de desamparo y de hallarse relevada de toda responsabilidad. Era la primera vez en muchas semanas que sentía cierto sosiego. En la comisaría de la Joy Street le tomaron los datos para la ficha, pero no la encerraron en una celda. Sentada en un banco frente a la ventana, al lado de dos obreros de la confección judíos

y una señora elegante, vio pasar a numerosos miembros de los piquetes camino de las celdas. Los policías se conducían con corrección; todo el mundo estaba alegre. Parecía como que el asunto se tratase de una especie de pasatiempo, era difícil creer que algo tan real estuviese en juego.

En una tanda de personas que acababan de bajar del coche celular a la empinada calle junto a la comisaría, Mary vio a un hombre alto a quien reconoció, por la fotografía del *Daily*; como Donald Stevens. Un policía de cara rubicunda lo sujetaba por ambos brazos. El hombre llevaba la camisa desgarrada y abierta por el cuello y la corbata maltrecha, como si alguien hubiera tirado de ella con violencia. Lo primero que pensó Mary fue que Stevens se conducía con dignidad y elegancia admirables. Reparó en su pelo gris acerado, en la tez morena propia de la vida al aire libre y en los luminosos ojos sobre los altos pómulos. Cuando terminaron de tomarle los datos en el escritorio policial y le obligaron a retirarse, Mary siguió con la mirada sus anchos hombros hasta la penumbra de las celdas. La mujer sentada a su lado susurró con tono impresionado y reverente que Stevens había sido detenido por incitar a la revuelta en lugar de pasearse y merodear por el edificio como el resto de la gente. Le exigían una fianza de cinco mil dólares. Había tratado de organizar un mitin en Boston Common.

Mary llevaba en la comisaría una media hora cuando el menudo señor Feinstein, de la oficina del comité, llegó con un hombre alto y elegantemente vestido con un traje de hilo que pagó su fianza. Al mismo tiempo se pagó la

fianza de Donald Stevens y fue puesto en libertad. Salieron de la comisaría los cuatro juntos y bajaron por la calle de la colina. En la esquina, el hombre del traje de hilo dijo:

—Ustedes dos eran demasiado valiosos para dejarlos allí encerrados todo el día... Tal vez los veamos luego en el Bellevue... Suite D, segundo piso.

Saludó con la mano y se alejó. Mary estaba tan ansiosa de hablar con Donald Stevens que ni siquiera preguntó el nombre de aquel hombre. Los acontecimientos se sucedían ante sus ojos con tanta rapidez que no lograba centrar su atención en ellos.

Mary hubo de tirar de la manga a Donald Stevens, pues su paso era tan largo que les obligaba a seguirle casi a la carrera.

—Soy Mary French —dijo—. ¿Qué podemos hacer? Tenemos que hacer algo...

El se volvió hacia ella con una amplia sonrisa, como si la viera por primera vez.

—He oído hablar de usted —dijo—. Es una chica muy valiente... Ha estado librando una lucha verdadera, pese al comité liberal para el que trabaja.

—El comité ha estado haciendo cuanto estaba en su mano —repuso ella.

—Tenemos que conseguir que la clase obrera de Boston se eche a la calle en masa —dijo Stevens, con voz viva y profunda.

—Hemos hecho que salgan los obreros de la confección, y pare de contar.

El se golpeó la palma de la mano con el puño.

—¿Y qué sucede con los italianos? ¿Qué sucede con los barrios del North End? ¿Dónde está su comité? No tiene más que mirar lo que hemos hecho en Nueva York. ¿Por qué no pueden hacer lo mismo aquí?

Se inclinó hacia ella con ademán acariciador y fraternal. Mary sintió al instante que se alejaban de ella el agobio y la fatiga de los últimos momentos, y sin pensar lo que hacía puso una mano sobre su brazo.

—Iremos a hablar con su comité —siguió Stevens—. Luego hablaremos con el comité de los italianos; luego sacudiremos por los hombros a los sindicatos.

—Pero, Don, sólo disponemos de treinta horas —dijo el señor Feinstein con voz seca y cansada—. Yo, personalmente, confío más en la presión política que pueda ejercerse sobre el gobernador. Ya sabe usted que tiene aspiraciones presidenciales. Pienso que el gobernador va a conmutar las sentencias.

En la oficina encontró a Jerry Burnham, que la estaba esperando.

—Bien, Juana de Arco —dijo—. Iba a ir ahora mismo a la comisaría a pagar tu fianza. Pero ya veo que te han soltado.

Jerry y Donald Stevens —resultaba obvio— se conocían de antes.

—Bien, Jerry —empezó Donald Stevens en tono agresivo—, ¿la situación no es capaz de sacudirte un poco de encima la pose de cínico?

—No veo por qué habría de hacerlo. Que los de la clase dirigente son unos canallas no es nada nuevo para mí.

Donald Stevens retrocedió hasta apoyarse contra la pared, como si se estuviera reprimiendo para no propinar a Jerry un puñetazo en la mandíbula.

—No puedo comprender que un hombre a quien le quede aún algo de virilidad no se convierta en rojo... Aunque lea un periodista pequeñoburgués.

—Mi querido Don, deberías saber ya que empeñamos nuestra virilidad a cambio de una chapa de latón en la Primera Guerra Mundial... Eso si nos quedaba alguna... Pero supongo que habrá distintas opiniones al respecto.

Donald Stevens había entrado ya en la oficina del fondo. Mary se encontró mirando la cara de Jerry, que enrojecía por momentos, y no supo qué decir.

—Bien, Mary, si en algún momento tienes necesidad de tomar un refrigerio... Creo que lo necesitas de verdad... Estaré en el sitio de siempre.

—No tendré tiempo —replicó Mary, fríamente.

Podía oír la voz profunda de Donald Stevens en la oficina del fondo, y se dirigió hacia ella apresuradamente.

Los abogados habían fracasado. Hablando, discutiendo, disputando acerca de la conveniencia de organizar una manifestación de último momento, Mary podía sentir cómo se iban las horas, las horas que les quedaban de vida a aquellos hombres. Sentía deslizarse los minutos con tanta intensidad como si literalmente le sangraran de sus propias muñecas. Se sentía débil y enferma. No podía pensar en nada. Fue un alivio verse en la calle, apresurándose para mantenerse al paso largo de Donald Stevens. Visitaron los distintos comités. Era casi mediodía; nada había podido hacerse.

En la Hanover Street, un italiano de tez pálida les llamó desde el interior de un Ford sedán destartalado. Stevens abrió la puerta del coche y dijo:

—Camarada French, éste es el camarada Strozzi. Va a llevarnos a recorrer la ciudad.

—¿Es usted ciudadano americano? —preguntó Mary, con vehemencia.

Strozzi sacudió la cabeza y sonrió desde sus labios finos.

—A lo mejor me pagan el viaje de vuelta a Italia —dijo.

Mary no habría de recordar nunca lo que hicieron el resto de la jornada. Recorrieron en coche los barrios más pobres de Boston. Muchos de los hombres que iban a buscar estaban fuera. Mary pasó mucho tiempo telefoneando a números equivocados desde las cabinas. No parecía capaz de hacer nada debidamente. Luego, con nublados y fijos ojos, miraba a través de los ásperos y dolientes párpados a los hombres y mujeres que invadían en tropel la oficina. Stevens había perdido los modales irritados y mordaces que había empleado en un principio. Discutía con funcionarios de los sindicatos, socialistas, pastores y abogados con frialdad sarcástica y distante.

—En cualquier caso, son hombres valientes. Ya no se trata de si logramos salvarlos o no; es el poder de la clase obrera lo que tenemos que salvar —decía.

Se oía la misma opinión en todas partes. Una manifestación significaría violencia, echaría por tierra la posibilidad de que el gobernador conmutara la sentencia en el último momento. Mary había perdido toda iniciativa. Se había

convertido de improviso en la secretaria de Donald Stevens. Se sintió mucho menos infeliz cuando empezó a hacer pequeños recados por encargo de Stevens.

Avanzada la noche, recorrió todos los restaurantes italianos de la Hanover Street en busca de un anarquista al que Stevens deseaba ver. Todos los locales estaban vacíos. Un manto de silencio se cernía sobre todas las cosas. La vigilia por los condenados en capilla. Las gentes se apartaban unas de otras, como si temieran alguna suerte de contagio. En un pequeño bar clandestino situado en un piso, al fondo de un apartado, Mary encontró a Jerry Burnham, completamente solo, sentado ante una jarra de whisky y una botella de cerveza de jengibre. Tenía la cara blanca como el papel y se balanceaba ligeramente sobre la silla. Miró a Mary sin verla. Un camarero se inclinaba sobre él y lo sacudía. Jerry estaba borracho como una cuba.

Se sintió aliviada al volver a la oficina, donde Stevens trataba de organizar la huelga general. Dirigió a Mary una mirada inquisitiva.

—Fracasé otra vez —explicó Mary, amargamente.

Stevens colgó el teléfono, se levantó, avanzó a grandes zancadas hasta las perchas de la mugrienta pared amarilla y cogió el sombrero y el abrigo.

—Mary French —dijo—, está usted agotada. Voy a llevarla a casa.

Tuvieron que orillar unas manzanas para evitar los cordones policiales que guardaban la Cámara legislativa.

—¿No ha jugado nunca al juego de la soga? —le estaba diciendo Don—. Uno tira con toda su fuerza, pero los otros tipos que tiran del otro extremo son más fuertes, y uno siente cómo lo arrastran hacia delante... No me deje hablar como un derrotista... Usted y yo no somos una pareja de malditos liberales. —Soltó una seca risotada y añadió—: ¿No odia usted a los abogados?

Estaban ante la fachada de ladrillo rojo de la casa donde Mary tenía la habitación.

—Buenas noches, Don —dijo.

—Buenas noches, Mary. Intente dormir.

El lunes fue como otro domingo. Mary se despertó tarde. Levantarse de la cama le resultó una agonía. Tuvo que esforzarse mucho para vestirse, bajar hasta la oficina y enfrentarse con aquellas miradas de derrota. La gente, mientras caminaba por la calle, parecía apartar la mirada de ella. La vigilia por los condenados en capilla. Las calles estaban tranquilas. Hasta el tráfico parecía amortiguado. Era como si la ciudad entera sintiera el terror de morir aquella noche. El día transcurrió en un monótono mascullar de palabras, entre columnas periodísticas y llamadas telefónicas. La vigilia por los condenados en capilla. Al anochecer, cuando salió con Don hacia Charlestown para unirse a la manifestación de protesta, sintió unos instantes de iracunda exaltación. No había esperado tanta gente. Ráfagas de canciones, compases esporádicos de La Internacional estallaban y se perdían sobre las cabezas, apiñadas entre las ventanas cerradas de las sórdidas casas. La vigilia por los condenados en capilla. A ambos lados de Mary caminaban un hombre pequeño con anteojos, que dijo ser profesor de música, y una chica judía, miembro del sindicato Ladies' Fullfashioned Hosiery Workers. Enlazaron sus brazos, Don marchaba en primera fila, un poco más adelante. Estaban cruzando el puente. Caminaron sobre los adoquines de una calle mal iluminada, bajo una estructura elevada. Los trenes rugían sobre sus cabezas.

—Sólo faltan unas manzanas para la cárcel de Charlestown —gritó alguien.

Ahora la policía empleaba las porras. Se oía el estrépito de los cascos de los caballos contra los adoquines y el golpe sordo y repetido de las porras. Y, más allá, el estruendo metálico de los coches celulares. Mary estaba terriblemente asustada. Un gran camión avanzaba hacia ella. Saltó hacia un lado y se protegió tras uno de los soportes de la estructura. La sujetaron dos policías. Ella se aferró al pilar mugriento. Uno de los policías la golpeaba en las manos con la porra. No estaba demasiado maltrecha, iba en un coche celular, había perdido el sombrero y el peinado se le había deshecho. Se encontró pensando

que debía cortarse el pelo si quería seguir participando en aquel tipo de sucesos.

—¿Alguien sabe dónde está Don Stevens? —preguntó en voz alta.

De la negrura del fondo, un poco temblorosa, llegó la voz de Don:

—¿Es usted, Mary?

—¿Cómo está, Don?

—Bien, por supuesto. Un poco maltratado en la cabeza y las orejas.

—Está sangrando mucho —se oyó decir a un hombre.

—¡Camaradas, cantemos! —gritó la voz de Don.

Y Mary se olvidó de todo al unir su voz a la de Don, a la de todos, a las voces de la multitud que, dentro del coche celular, era conducida a través del puente y alejada de la otra multitud mientras cantaba:

En pie, los forzados del hambre...

Noticiario LXVI

HOLMES DENIEGA EL APLAZAMIENTO

Está naciendo un mundo mejor

Diminutas avispas importadas de Corea libran una batalla a muerte con el escarabajo asiático

UN MUCHACHO ES ARRASTRADO UNA MILLA POR LAS

AGUAS DE LA CLOACA; SE LOGRA SACARLO CON VIDA

REUNIONES DE LOS TRIBUNALES DE CHICAGO

Pues la justicia grita atronadoramente su condena

Washington vigila a los radicales

En pie, los parias de la tierra

PARÍS, BRUSELAS, MOSCÚ, GINEBRA HACEN

OÍR TAMBIÉN SUS VOCES DE PROTESTA

Es la lucha final

Que cada cual ocupe su puesto

Un geólogo, perdido durante seis días en una cueva

La Internacional

SACCO Y VANZETTI DEBEN MORIR

Será el género humano

He pensado mucho en ti en el pabellón de los condenados a muerte. Los cánticos, las tiernas y deliciosas voces de los niños que corretean en el campo de juegos, donde está toda la vida y el júbilo de la libertad, a sólo un paso de los muros que encierran la agonía soterrada de tres almas sepultadas, me han recordado con frecuencia a ti y a tu hermana, y desearía verte a cada instante, pero prefiero que no vengas al pabellón de la muerte y así puedas ahorrarte el horrible cuadro de tres seres humanos que viven en la agonía, a la espera de la silla eléctrica.

El Ojo de la Cámara (50)

nos han desalojado de las calles con sus porras son más fuertes son ricos alquilan y despiden a los políticos a los directores de periódicos a los viejos jueces a los hombrecillos con reputación a los presidentes de los colegios a los parásitos perros guardianes (escuchad hombres de negocios presidentes de colegios jueces América no olvidará a quienes la traicionan) alquilan a los hombres armados de fusiles los uniformes los coches de policía los coches celulares

de acuerdo habéis ganado daréis muerte esta noche a nuestros amigos esos valientes

nada se puede hacer ya estamos derrotados nosotros la multitud derrotada apiñada en estas viejas y mugrientas aulas de Salem Street arrastramos los

pies arriba y abajo por las crujientes y polvorientas escaleras nos acurrucamos con la cabeza baja sobre los bancos y escuchamos las viejas palabras de los aborrecedores de la opresión hechas nuevas hoy en el sudor y la agonía

nuestro trabajo ha terminado las frases garabateadas las noches tecleando comunicados el olor de los talleres de impresión el áspero olor de los panfletos recién impresos las carreras a la Western Union enhebrando palabras para formar telegramas la búsqueda de palabras mordaces para hacer que comprendas América quiénes son tus opresores

América nuestra nación ha sido derrotada por extraños que han vuelto del revés nuestra lengua que han tomado las palabras limpias que usaron nuestros padres y las han envilecido y enfangado

sus hombres a sueldo se sientan en los estrados de los jueces se arrellanan con los pies sobre la mesa bajo la cúpula de la Cámara legislativa desconocen nuestras creencias tienen los dólares las armas las fuerzas armadas las centrales eléctricas han construido la silla eléctrica han alquilado al verdugo para que baje la palanca de la muerte

de acuerdo somos dos naciones

América nuestra nación ha sido derrotada por extraños que han comprado las leyes que han cercado las praderas que han talado los bosques para hacer pasta de papel que han convertido nuestras placenteras ciudades en barrios miserables que han extraído la riqueza con el sudor de nuestro pueblo y que cuando lo desean alquilan los servicios del verdugo para que baje la palanca

pero ¿saben que las viejas palabras de los inmigrantes están siendo renovadas esta noche en sangre y agonía saben que el viejo discurso americano de los aborrecedores de la opresión aflora de nuevo esta noche en boca de una mujer anciana de Pittsburg de un robusto calderero de San Francisco que saltó de mercancías en mercancías para venir directamente desde la costa del Pacífico de un asistente social de Back Bay de un impresor italiano de un vagabundo de Arkansas la lengua de la nación derrotada no ha sido olvidada esta noche los hombres del pabellón de la muerte hicieron nuevas las viejas palabras antes de morir

Si no hubiera sido por esto, posiblemente me habría pasado la vida hablando en las esquinas a hombres despectivos. Habría muerto en el anonimato, inadvertido, fracasado. Esto ha constituido nuestra carrera, nuestro triunfo. Nunca imaginamos que llegaríamos a realizar, en toda una vida, el trabajo en favor de la tolerancia, de la justicia y del entendimiento entre los hombres que por azar nos ha tocado ahora realizar.

ahora su trabajo ha terminado los inmigrantes aborrecedores de la opresión yacen inmóviles con su traje negro en la pequeña funeraria del North End la ciudad está tranquila los hombres que conquistaron la nación no se dejan ver por las calles

han ganado ¿por qué tienen miedo a dejarse ver por las calles? en las calles sólo pueden verse las caras abatidas de los vencidos las calles pertenecen a la nación derrotada las calles que van a dar al cementerio donde los cuerpos de los inmigrantes habrán de ser incinerados nos alineamos en los bordillos nos apiñamos en las mojadas aceras hombro con hombro silenciosos pálidos mirando con ojos despavoridos los ataúdes

y nos mantenemos en pie derrotada América

Noticiario LXVII

cuando hay desorden siempre hay caos, dijo el señor Ford. El trabajo puede obrar maravillas y superar circunstancias caóticas. Cuando las masas rusas aprendan a desear más cosas de las que tienen, cuando empiecen a querer cuellos blancos, jabón, ropa mejor, mejor calzado, mejor vivienda, mejores condiciones de vida

Levanto el dedo y digo pío pío

chap chap

ahora ahora

ven ven ya

SE APRUEBA LA FUSIÓN DE LAS ACERÍAS REPUBLIC

Y TRUMBULL

Allá en el Amazonas de ensueño

En sus orillas nos conocimos

Pero aquel amor se ha ido para siempre.

EL ELEVADO PRECIO DEL TRIGO EXPERIMENTA

UNA NUEVA SUBIDA

Los sueños persisten

lo primero que hicieron los voluntarios que acudieron para extinguir el fuego fue abrir las ventanas y dejar que saliera el humo. Así se creó una corriente y el fuego y el viento, que llegaba del océano con una velocidad de treinta millas, hicieron el resto

AL INTENSIFICARSE LAS TRANSACCIONES COMERCIALES

ALCANZAN UN NIVEL MÁXIMO DE CONTRATACIÓN

LAS ACCIONES DE SEGUROS

afuera, la escena constituía un auténtico alboroto: mujeres elegantemente vestidas se paseaban de un lado a otro retorciéndose las manos, impotentes para salvar sus pertenencias, mientras de las ventanas de los pisos superiores caía una lluvia indiscriminada de baúles, maletas y ropa. Joyas y curiosidades valoradas en miles de dólares eran recogidas del césped por los mirones, que las escondían bajo los abrigos y desaparecían

LOS EMPRÉSTITOS DE LOS CORREDORES DE BOLSA

ALCANZAN NUEVAS COTAS

Cambia todos sus cielos tristes

Conviértelos en cielos jubilosos

Y sigue barriendo las telarañas de la luna

LOS MERCADOS, OPTIMISTAS

aprender las nuevas aplicaciones del cemento. Cómo crear negocios del hormigón rentables. Cómo juzgar los materiales. Cómo idear empleos. Cómo armar el hormigón. Cómo construir encofrados, carreteras, aceras, pisos, cimientos, alcantarillados, sótanos

Y aunque irlandeses y holandeses

Digan que no es gran cosa, no es posible

Que cincuenta millones de franceses

Estén equivocados

LA PANDILLA DE LA BANDERA ESTRELLADA ATRACA

A LOS COMENSALES

UN ASESINATO REVELA LAS FANTASÍAS

DEL ESTADO CUÁQUERO

El asesino del atizador, elogiado

Pobre pequeña Rosa de Hollywood

tan solitaria

Nadie en Hollywood sabe

cuán triste se ha criado

TRANSACCIÓN BANCARIA DE QUINIENTOS MILLONES

Por supuesto que amo esa plata querida

que brilla en tu pelo

y esa frente surcada

de amorosas arrugas

y beso esos dedos queridos

tan ajados de bregar por mí

COMPRAS DE ÁCIDO CARBÓNICO

PARA LA FABRICACIÓN DE HIELO SECO

la amplia publicidad de las especulaciones bursátiles al alza, la gran difusión de los servicios de teletipo, instalados incluso en las sucursales de los corredores de bolsa, la instalación de los sistemas translux de rodillos transparentes y de imagen amplificada para las listas de las cotizaciones han dado como resultado natural el interés creciente de la nación por el mercado de valores

Pobre muchacho rico

William Randolph Hearst fue el hijo único, el único polluelo en el nido de ricas plumas de George Hearst y su esposa Phebe.

En 1850, George Hearst había dejado a la familia y la granja en Franklin County, Misuri, y había salido con una yunta de

bueyes hacia California. (En la cuarenta y nueve, los súbitos y enormes fulgores de oro habían inundado todo el Oeste, los jóvenes se sentían incapaces de mantener la mente en el arado, de dar la bazofia a los cerdos, de trillar el trigo mientras las hogueras del oro jalonaban por doquier las vertientes de la costa del Pacífico. El cólera invadía los surcos de las carretas de bueyes; los hombres morían alrededor de las fogatas de los campamentos, en las cabañas levantadas precipitadamente e infestadas de chinches eran hostigados por indios hostiles, se volaban la cabeza entre ellos en el curso de las numerosas pendencias.)

George Hearst fue uno de los pocos que lo lograron; demostró una particular habilidad para la explotación de los arenales auríferos;

como buscador de oro poseía un ojo certero para detectar los filones de cuarzo que contuvieran oro;

tras siete años en el condado de El Dorado se hizo millonario; se estaba fundando la Anaconda, y él era propietario de un sexto de la mina Ophir y tenía participación en el filón de Comstock Lode.

En el sesenta y uno volvió al hogar en Misuri con los bolsillos llenos de pepitas de oro, se casó con Phebe Apperson y se embarcó con ella rumbo al canal de Panamá y a San Francisco, la ciudad de las colinas, nueva capital de los mineros millonarios, donde compró para ella una mansión al lado del Golden Gate, sobre la inmensa costa del Pacífico que se alza en medio de la niebla.

Poseía grandes ranchos y extensiones de terreno, crió ganado, corrió en carreras de caballos, hizo prospecciones en México, empleó a cinco mil hombres en sus minas y haciendas, jugó al póquer a cien dólares la puesta, jamás salió a la calle sin una bolsa de calderilla para tendérsela a los viejos amigos sin blanca

y murió en Washington siendo senador,

un diamante en bruto, un viejo robusto y amado de barba blanca, con la nariz larga y ganchuda y los ojos de gavilán de los pioneros de las sendas y las prominentes y tupidas cejas bajo el sombrero negro y hundido de los hombres de los viejos tiempos.

El hijo de la señora Hearst nació en el sesenta y tres. Nada era demasiado bueno para el hijo único.

Los Hearst adoraban al chico.

Era un muchacho grande y desgarbado, obstinado y de mirada seria, que vivía entre sirvientes y lacayos, factótums, supervisores, parásitos y viejos retirados. Sus abuelos lo mimaban. Hacía siempre lo que le venía en gana. El hijo de la señora Hearst había de tener todo lo mejor.

Que no le faltaran pepitas de oro, monedas de oro de veinte dólares, grandes monedas de plata de un dólar.

El muchacho tenía pocos compañeros de juegos; era demasiado rico para llevarse bien con los otros chicos, entre los cuales, en aquellos días del viejo San Francisco, reinaba la democracia juvenil de los puños; era demasiado límpido y orgulloso; no gozaba de excesivas simpatías.

Su madre podía conseguirle en todo momento compañeros de juegos mediante helados, dulces importados, caros

juguetes, ponis y fuegos artificiales siempre listos para estallar. Pero el muchacho despreciaba a quienes podía comprar y anhelaba la compañía de los otros.

Era muy hábil gastando bromas pesadas y tomando el pelo a los adultos. Cuando con ocasión de la inauguración del Palace Hotel se ofreció una recepción al general Grant, él y un amigo se divirtieron de lo lindo arrojando puñados de perdigones sobre el tejado de cristal del patio, con la consiguiente consternación de los envarados peces gordos de abajo.

Dondequiera que fueran, y siempre regiamente, los Hearst hacían su santa voluntad;

a lo largo de la costa de California, en ranchos y ciudades mineras,

en Nevada y México,

en el palacio de Porfirio Díaz;

el viejo había vivido en el mundo, se había rozado con pobres y ricos, había frecuentado los garitos mineros, se había abierto camino por sendas inexploradas con su acémila. El hijo de la señora Hearst había de anhelar durante toda su vida ese tipo de mundo

velado para él por una niebla de millones; el chico tenía cerebro, apetitos, una voluntad imperiosa, pero nunca pudo liberarse de la dorada tutela paternal. Para él la aventura consistió en visitar los barrios bajos. Fue enviado al internado de Saint Paul, en Concord, New Hampshire, donde sus travesuras mantuvieron en vilo el colegio. Fue expulsado.

Estudió con profesores particulares y entró en Harvard, donde causó sensación como director del Lampoon, un brillante animador. No bebía en exceso, era silencioso y de hablar pausado y suave. Hacía que fueran los demás los que se emborrachasen, y pagaba las cuentas. Compró los fuegos artificiales para la celebración de la elección de Cleveland, y alquiló las bandas de música.

Era asimismo quien compraba los pasteles de crema que arrojaban a los actores desde el palco de Oíd Howard,

y los petardos con que hacían estallar los faroles de los carruajes,

y el champán para las coristas.

Fue expulsado temporalmente, primero, y luego definitivamente de Harvard por haber enviado —según cuentan— a algunos de los profesores orinales con sus respectivos retratos artísticamente grabados en el fondo de los mismos.

Se trasladó a Nueva York. Le volvían loco los periódicos; había ya merodeado por las redacciones de los diarios de Boston. En Nueva York se entusiasmó por el periodismo de nuevo cuño de Pulitzer. No deseaba escribir; deseaba ser periodista. (Los periodistas formaban parte de aquel mundo delineado con nitidez que él deseaba conocer, el mundo de la vida real que el veía deformado por el velo de los millones, la vida sin jerarquías y llana de la democracia americana.)

El chico de la señora Hearst sería periodista y demócrata. (Los periodistas veían oían comían bebían bromeaban tocaban tomaban el pelo se rozaban con hombres reales. Y se iban de putas; eso era vivir.)

Llegó a California de vuelta al hogar. Un joven silencióso, suave, sonriente, de mirada seria, vestido a la última moda de Londres.

Cuando su padre le preguntó qué era lo que quería hacer en la vida,

le respondió que dirigir el *Examiner*, un pequeño y moribundo periódico de San Francisco que su padre había aceptado como pago de una deuda. No parecía pedir mucho. El viejo no alcanzaba a entender por qué Willie deseaba aquel viejo periodicucho en lugar de una mina o un rancho, pero el chico de la señora Hearst se salía siempre con la suya.

El joven Hearst apareció un día por el *Examiner* y puso la redacción patas arriba. Tenía especial talento para descubrir y utilizar a jóvenes brillantes; tenía especial talento para utilizar su propio anhelo lascivo de las envidias y apetitos de los hombres y mujeres de a pie y desheredados y vulgares (el visitador de los barrios bajos ve sólo las rameras, los tugurios y tabernas, los espectáculos de striptease, y vuelve al centro de la ciudad diciendo que conoce los barrios de la clase obrera); el mínimo común denominador,

el estiércol propicio para abonar una gran carrera, la podredumbre de la democracia. A partir de ello levantó todo un lujuriante imperio de papel impreso. (Acaso derramando sus millones, desgarrando emblemas y tradiciones, haciendo muecas burlonas a los privilegios togados, al monopolio, a los burócratas envarados, pretendía pensar en sí mismo como en un nuevo y joven Cayo Julio;

una vida de César como la suya no era sino una humorada de millonario, William Randolph había leído quizás acerca de viejas repúblicas arruinadas;

Alcibíades fue también un gran aficionado a las bromas pesadas.)

El *Examiner* de San Francisco aumentó su tirada, avivó los anhelos lascivos de los desheredados, se convirtió en El monarca de los diarios.

A la muerte del viejo, la señora Hearst liquidó su parte en la Anaconda por siete millones y medio de dólares. W R. tomó el dinero y se fue a conquistar el reino de Nueva York. Compró el *Morning Journal*

y se puso a competir con los Pulitzer

a ver quién sacaba más dinero

de las banales emociones de las gentes.

En política pertenecía al partido demócrata; apoyó a Bryan en el noventa y seis; en el Oeste combatió a la Southern Pacific y a las empresas de servicios públicos y a los abogados del ferrocarril que estaban arrebatando el estado de California de las manos de los primeros colonizadores; el día de las elecciones, en 1896, los tres periódicos de Nueva York vendieron más de un millón y

medio de ejemplares, hazaña que obligó al *World* a reducir el precio del ejemplar a un centavo.

Cuando no hay noticias, se fabrican.

«Usted ponga las fotografías, yo pondré la guerra», se cuenta que telegrafió a Remington, su corresponsal en La Habana. El conflicto de Cuba supuso una mina de oro para la venta de periódicos al estabilizar Mark Hanna la política doméstica entronizando a McKinley en la Casa Blanca.

Hearst consiguió que uno de sus brillantes jóvenes planeara la fuga de Evangelina Cisneros, bella revolucionaria cubana a quien Weyler había encarcelado, y preparó para ella una gran recepción en Madison Square,

«Acordaos del Maine.»

Cuando McKinley se vio obligado a declarar la guerra a España, William Randolph tenía listo un plan para comprar un vapor inglés y hundirlo en el Canal de Suez, pero la flota española no tomó aquella ruta.

Fletó el Sylvia y el Buccaneer, viajó personalmente a Cuba con una máquina de imprimir portátil y una flota de remolcadores y,

blandiendo un revólver de seis balas, surcó el oleaje en su chalupa, entró en la playa, capturó a veintiséis marineros españoles medio muertos y desarmados, los obligó a arrodillarse y les hizo besar la bandera norteamericana frente a las cámaras fotográficas.

La batalla de la bahía de Manila hizo que el *Morning Journal* vendiese un millón seiscientos mil ejemplares.

Tras la estrepitosa derrota española, nadie quedaba ya para vapulear salvo los mormones. Lo que hacía vibrar de excitación al viajero de autobús común era la poligamia, la vida sexual de los ricos, los dibujos a plumilla de mujeres en paños menores y los monstruos prehistóricos a cuatro colores. Descubrió a las periodistas de historias sensibleras: Annie Laurie, Dorothy Dix, Beatrice Fairfax. Inundó sus diarios de vistosos cómics: los Katzenjammer Kids, Buster Brown, Krazy Kat. Disfruten ustedes cuando la gente disfruta.

Sus editoriales lanzaban tan virulentos ataques a los malhechores de grandes fortunas, a los trusts, al G. O. P.,* a Mark Hanna y a McKinley que, cuando McKinley fue asesinado, la mayoría de los republicanos lo culparon en cierta medida de su muerte.

[* Grand Old Party, el partido Republicano. (N. del T.)]

La réplica de Hearst consistió en rebautizar al *Morning Journal* con el nombre de *American*

y salir a escena

con levita negra y enorme chistera de fieltro y aires presidenciales:

el candidato millonario del hombre de la calle.

Bryan le nombró presidente de la Asociación Nacional de Clubs Democráticos, y le aconsejó que fundara un periódico en Chicago.

Tras la segunda derrota de Bryan, Hearst se alineó con Charles F. Murphy en Nueva York y fue elegido congresista.

Tenía su cuartel general en Holland House; la noche de su elección ofreció un espectáculo gratis de fuegos artificiales en el Madison Square Garden; un mortero hizo explosión y mató e hirió a un centenar de personas, y constituyó un acontecimiento de actualidad originado por los hombres de Hearst que no apareció en primera plana en los periódicos de Hearst.

En la Cámara de Representantes era impopular; era como en los viejos tiempos del colegio. El blando apretón de manos, los ojos graves demasiado pegados a la nariz larga, la leve y fláccida y despectiva sonrisa estaban fuera de lugar entre las gentes campechanas de Washington. W. R. se encontraba terriblemente incómodo sin la cohorte de asalariados en torno de él.

Se sentía más feliz agasajando en Holland House a los asiduos de los estrenos y a las estrellas del teatro. En aquellos tiempos, cuando Broadway acababa en la calle Cuarenta y dos.

Millicent Willson, que bailaba en la comedia *The Girl from París* haciendo un número junto a su hermano, ganó un concurso de popularidad del *Morning Telegraph*

y la mano de

William Randolph Hearst.

En 1904 gastó enormes cantidades de dinero exhibiendo su nombre en luces eléctricas en la Convención de Chicago a fin de conseguir la nominación demócrata a la presidencia, pero el juez Parker y Wall Street se la arrebataron de las manos.

En 1905 presentó su candidatura a la alcaldía de Nueva York apoyándose en un programa que postulaba el control total del Ayuntamiento sobre los asuntos del municipio.

En 1906 casi logró hacerse con el nombramiento de gobernador del estado de Nueva York, pero perdió por escasos votos ante Hughes, el caballero de las solemnes patillas. Existían clubs que patrocinaban a Hearst para la presidencia en todo

el país, mientras él se abría camino en política invirtiendo enormes sumas al compás de Waltz Me Around Again, Willie.

Logró que James Gordon Bennett, su competidor del *New York Herald*, fuera procesado y multado con veinticinco mil dólares por publicar anuncios indecentes en su diario, proeza que contribuyó muy poco a su popularidad en ciertos medios.

En 1908 publicó importantes revelaciones acerca de la Standard Oil, probando mediante las cartas de Archbold que los trusts sobornaban a manos llenas a los políticos. Fue proclamado candidato del Independence Party, partido integrado casi en su totalidad —según sus enemigos— por sus empleados.

(Sus colegas millonarios de toda índole opinaban que era un traidor a su clase, pero cuando fue tachado de tal él respondió: «Sabéis que creo en la propiedad privada, y ya conocéis mi opinión, en cuanto a las fortunas personales, pero ¿no es mucho mejor que quien represente en este país a los insatisfechos sea yo, en lugar de que lo haga otro que podría no sustentar las mismas relaciones de propiedad que yo sustento?»)

En 1914, y pese a ser el empresario periodístico más poderoso del país, y propietario de cientos de kilómetros cuadrados de terrenos rancheros y mineros en California y México, sus asuntos estaban sumidos en tal confusión que tuvo dificultades para obtener un préstamo de un millón de dólares, al tiempo que

estaba acabado políticamente.

Todos los millones invertidos,

toda su pericia para inculcar sus propios pensamientos en el cerebro del viajero de autobús común

no lograron tender el puente sobre el pequeño Rubicón que separaba la política aficionada de la profesional (tal vez era capaz de olvidar fácilmente una desilusión comprando a un escritor de primera fila o una zapatilla bordada atribuida a Carlomagno o la dorada cama en la que se suponía había conciliado el sueño la querida de algún rey).

A veces se remontaba por encima de la batalla lo bastante como para ver con claridad. Lanzó todo el poder de sus periódicos, toda su brillantez como editor a la empresa de mantener a su país cuerdo y neutral durante la Primera Guerra Mundial.

Se opuso a los préstamos a los Aliados, secundó a Bryan en su solitaria batalla para que los intereses supremos de Estados Unidos prevalecieran como un todo sobre los intereses de la banca Morgan y de los hombres de negocios anglófilos del Este.

A causa de sus esfuerzos fue tildado de germanófilo, y cuando se declaró la guerra fueron infiltrados detectives entre sus mayordomos,

los agentes del servicio secreto registraron minuciosamente sus documentos privados, los sabuesos se deslizaban sigilosamente en torno al comedor de Riverside Drive investigando rumores sobre extrañas luces de colores divisadas en sus ventanas.

Se opuso a la paz de Versalles y a la Sociedad de Naciones victoriosas,

y acabó dando pruebas de ser tan patriota como cualquiera abogando por el servicio militar obligatorio y haciendo que sus periódicos llevaran una franja roja, blanca y azul en los bordes y una bandera estadounidense a

ambos lados de la fecha, y tratando continuamente de agitar las pasiones contra el otro lado del Río Grande y agitando el fantasma de Yankee Doodle y de su marina de guerra, la mayor del mundo.

La gente de Nueva York lo apoyó al elegir alcalde a su candidato, el honrado John Hylan,

pero Al Smith, que a la sazón seguía siendo un héroe de la calle, le golpeó en los nudillos cuando trató de subirse de nuevo al tren demócrata.

A pesar de las enormes sumas que gastó en documentos falsificados no logró que se declarara la guerra a México.

A pesar de derramar cientos de miles de dólares sobre los estudios cinematográficos no logró que su actriz preferida se convirtiera en la novia de América.

Y día a día, el emperador de la prensa fue retirándose más y más a su feudo de San Simeón, en la costa del Pacífico, donde se construyó un zoológico, siguió interesándose activamente por el cine, coleccionó cobertizos llenos de tapices, sillas de montar mexicanas, curiosidades de todo tipo, porcelana, brocados, bordados, viejas cómodas, mesas y sillas..., el pillaje de la fenecida Europa.

Levantó un palacio andaluz y una sala de banquetes morisca, donde pasa los últimos años de su vida en medio de la relajante adulación de los astros de la pantalla, publicistas, guionistas cinematográficos, agentes publicitarios, columnistas, editores millonarios;

monarca de ese nuevo El Dorado

donde los recalentados sueños diurnos de todos los guetos

son manipulados y convertidos en una bruma opiácea más temiblemente cegadora para los desheredados, más millonariamente lucrativa

que toda la sonora infinidad de monedas de oro de veinte dólares

que el viejo Hearst acuñó en el condado de El Dorado en los viejos tiempos (el imperio de la palabra impresa sigue siendo poderoso merced a la inercia de lo grande, pero este poder sobre los sueños

de los adolescentes del mundo crece y emponzoña como un cáncer); y de la bruma de la Costa Oeste brota de cuando en cuando la voz quejumbrosa de un viejo

que aboga por los impuestos sobre los artículos de consumo,

que sisea insultos a los defensores de las libertades civiles para los obreros (que encarcelen a los rojos),

que canta las excelencias de Baden—Baden bajo la férula de sangre y cachiporra del Bello Adolfo (cara invención del propio Hearst, el mínimo común denominador llegado al poder

desde la podredumbre de la democracia), que protesta por el impuesto sobre la renta de California y grita con voz chillona previniendo sobre los peligros del pensamiento en las universidades.

Deportación; cárcel.

Hasta que muera

las espléndidas rotativas seguirán lanzando incesantes torrentes de papel impreso en su nombre, los silbantes proyectores cinematográficos seguirán escupiendo imágenes en su nombre en todas partes; en el nombre

de un esquilmado César que se hizo viejo gastando, de un hombre no lo bastante hombre para cruzar el Rubicón.

RICHARD ELLSWORTH SAVAGE

Dick Savage bajaba por Lexington hacia la oficina, situada en el edificio Graybar. La mañana de diciembre era cortante como el acero; los brillantes centelleos que saltaban como astillas de los escaparates, de las gafas de la gente que se cruzaba en su camino, de los bordes cromados de los faros de los automóviles, le golpeaban en los ojos. No estaba muy seguro de si tenía o no resaca. En el escaparate de una joyería se vio la cara en el cristal, recortada contra el terciopelo negro del fondo. Vio las ojeras hinchadas y fláccidas, como las del príncipe de Gales en las fotografías. Se sentía mal, demolido por dentro, como una pera podrida. Entró en un drugstore y pidió un Bromoseltzer. En la barra de la cafetería se detuvo para mirarse en el espejo que había tras el anaquel de cristal con las botellas de cerveza de jengibre. Al menos, su abrigo nuevo, de paño fino azul marino, tenía muy buen aspecto.

Los ojos negros del camarero se fijaron en los suyos.

—Una noche movida, ¿eh? —Dick asintió y sonrió. El camarero se pasó una mano delgada de nudillos rojos por el pelo charolado—. Anoche no salí hasta la una y media, y tardo una hora en llegar a casa en el metro. Tuve una suerte tremenda al...

—Voy a llegar tarde a la oficina —le atajó Dick.

Pagó y salió. En la brillante calle matinal eructó un poco. Caminó deprisa, respirando profundamente. En el ascensor, al lado de unos cuantos cuarentones robustos y elegantes, ejecutivos como él llegaban tarde a la oficina, sintió ya claramente el fuerte dolor de cabeza.

Apenas había estirado las piernas bajo el escritorio cuando sonó el interfono. Era la voz de la señorita Williams.

—Buenos días, señor Savage. Le hemos estado esperando... El señor Moorehouse dice que haga el favor de pasar un momento por su despacho; quiere hablar con usted antes de que todos ustedes se reúnan.

Dick se levantó y se quedó unos instantes con los labios fruncidos, haciendo ligeras flexiones sobre los dedos de los pies y contemplando desde la ventana los edificios cenicientos que se extendían en una sucesión de moldes de hierro colado hacia el este, hacia las chimeneas de las centrales eléctricas y el puente y el retazo de río que devolvía destellos acerados al cielo azul claro. Las remachadoras golpeaban con estrépito en el edificio en construcción que se alzaba, viga a viga, en la esquina de la calle Cuarenta y dos. Dick las sentía dentro de la cabeza, como si fuera el torno de un dentista. Se estremeció, eructó y se dirigió apresuradamente por el pasillo hacia el gran despacho en chaflán. Entró.

J. W. estaba mirando al techo fijamente; su cara grande y con papada tenía la misma ausencia de expresión que la de una vaca. Volvió, sin una sonrisa, los claros ojos hacia Dick.

—¿Se da cuenta de que en este país hay setenta y cinco millones de personas que no quieren o no pueden ir al médico cuando se sienten enfermas? —Dick torció ligeramente la cabeza en ademán de vivo interés. «Ha estado hablando con Ed Griscolm», se dijo—. Esa es la gente a la que los productos Bingham tienen que servir. Bingham sólo ha rozado el umbral de ese gran mercado potencial.

—Y lo que se tiene que hacer es convencer a todos de que consumiendo sus productos son más listos que esos fanáticos que van a Battle Creek* —dijo Dick.

[* Institución de medicina y dietética naturales de la ciudad del mismo nombre, en Michigan (Battle Creek Health Center). (N. del T.)]

J. W. frunció el ceño pensativamente.

Había entrado Ed Griscolm. Era un hombre alto y cetrino, con un centelleo de entusiasmo en la mirada, intermitente como un anuncio luminoso. Movía los brazos del mismo modo que el encargado de dirigir los vítores deportivos en la universidad.

—Hola —dijo Dick sin calor.

—Una mañana estupenda, Dick... Algo de resaca, ¿no? Qué le vamos a hacer, viejo, lo siento.

—Estaba diciendo, Ed —continuó J. W. con su uniforme y lenta voz—, que los temas que debemos tratar en la reunión serán: primero, que no han alcanzado en absoluto el techo de su mercado potencial de setenta y cinco millones de personas; y segundo, que una campaña llevada adecuadamente puede erradicar el prejuicio que mucha gente siente en contra de los específicos exclusivos, logrando que sea sustituido por un sentimiento de orgullo en su utilización.

—Ahorrar es de inteligentes..., o algo así —exclamó Ed.

—Automedicación —dijo Dick—. Hay que decirles que el camarero medio sabe hoy más de medicina que el médico de cabecera de hace veinticinco años.

—La gente piensa que hay algo de pueblerino en los preparados médicos patentados —volvió a gritar Ed Griscolm—. Tenemos que conseguir implantar esos preparados en Park Avenue.

—Específicos —le corrigió J. W. en tono de reprobación.

Dick consiguió ahuyentar de su semblante una sonrisa.

—Debemos separar para su análisis —dijo— los componentes de la idea.

—Exacto —asintió J. W.

Cogió un cortapapeles de marfil tallado y lo mantuvo frente a sus ojos mirándolo desde diferentes ángulos. El despacho estaba tan silencioso que podían oír el fragor del tráfico y el silbido del viento que se filtraba entre el

bastidor y el marco de la ventana, ambos de acero. Dick y Ed Griscolm contenían la respiración.

J. W. empezó a hablar:

—El consumidor americano se ha vuelto muy sofisticado... Cuando yo era un chico, en Pittsburgh, lo que acaparaba toda la atención era la publicidad visual, la llamada a la vista. Hoy día, con el incremento de la sofisticación, debemos pensar en los otros tipos de llamada, y en la erradicación del prejuicio...

Bingo... es un nombre anticuado; es un nombre totalmente equivocado. A cualquiera le daría vergüenza almorzar en el Metropolitan Club con una botella de Bingo en la mesa... Ese tiene que ser el tema de discusión... Ayer el señor Bingham parecía inclinado a seguir adelante. Se resistía un poco ante el precio de la campaña...

—¡No importa! —dijo a gritos Ed Griscolm—. Le apretaremos bien las clavijas al viejo buitre.

—En mi opinión habría que manejarlo con delicadeza, como apuntaba usted anoche, J.W—sugirió Dick con voz apagada y blanda—. Me han contado que Halsey, de Halsey O'Connor's, se tuvo que acostar con una crisis nerviosa al tratar de conseguir que el viejo Bingham se decidiera.

Ed Griscolm lanzó una risita solapada.

J. W. se puso en pie con una débil sonrisa. Cuando J. W. sonreía, también Dick sonreía.

—Creo que podemos hacerle comprender y apreciar las ventajas que conlleva el nombre..., la dignidad..., las relaciones establecidas... de nuestra firma.

Sin dejar de hablar, J. W. los precedió por el vestíbulo hasta la gran sala con una larga y ovalada mesa de caoba en el centro, donde esperaba la oficina en pleno. Entró primero J.W, haciendo oscilar un tanto su voluminosa barriga al andar; Dick y Ed Griscolm lo seguían a un paso de distancia, con sendos legajos de proyectos mecanografiados y encuadernados en azul claro bajo el brazo. Inmediatamente después de acomodarse en sus asientos, tras una serie de toses y carraspeos y de que J. W. empezase a explicar cómo había setenta y

cinco millones de personas que... Ed Griscolm salió precipitadamente y volvió al punto con un gráfico perfectamente diseñado, con letras rojas y azules y amarillas, en el que se describían las líneas maestras de la campaña propuesta. Un murmullo de admiración recorrió la mesa.

Dick captó la mirada triunfal que le dirigió Ed Griscolm. Miró a J. W. por el rabillo del ojo. J. W. contemplaba el gráfico con semblante inexpresivo. Dick se dirigió a Ed Griscolm y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Un trabajo espléndido, Ed, viejo —le susurró.

Los labios tensos de Griscolm se distendieron en una sonrisa.

—Bien, caballeros, ahora lo que quiero es una discusión animada —dijo J. W. con un malévolo centelleo de sus ojos azules claros, que se emparejó por un instante con el centelleo de los pequeños brillantes de sus gemelos.

Mientras los demás hablaban, Dick miraba fijamente las manos de J. W., extendidas sobre el legado de hojas mecanografiadas que tenía ante él sobre la mesa. De las mangas de la chaqueta gris cruzada, de corte impecable, sobresalían unos anticuados puños almidonados, y de ellos pendían unas manos rollizas, de aire extrañamente provinciano, con manchas hepáticas amarillentas. Durante toda la reunión, Dick estuvo contemplando aquellas manos, mientras escribía en el bloc de notas frases que tachaba a continuación. Se sentía incapaz de pensar en nada. Su mente estaba aturdida. Siguió tachando frases que no tenían sentido alguno: para comer, en el Ritz..., los productos Bingham curan los arrebatos...

Eran más de la una cuando se levantó la reunión. Todos felicitaban a Ed Griscolm por su gráfico. Dick oyó su propia voz diciendo que era maravilloso, pero que necesitaba un enfoque ligeramente distinto.

—Perfecto —dijo J. W.— ¿Qué tal si encontramos ese enfoque ligeramente distinto durante el fin de semana? Quiero que cada uno de ustedes se quede con esa idea al salir de aquí. Almorzaré con el señor Bingham el lunes. Para entonces debo presentarle un proyecto perfectamente acabado.

Dick Savage volvió a su despacho y firmó una pila de cartas que su secretaria le había dejado sobre la mesa. Luego, de pronto, recordó que Reggie Talbot le iba a presentar a su novia mientras almorzaban juntos en el 63 y corrió hacia el ascensor, donde se ajustó la bufanda azul mientras bajaba. En el bar, entre la aglomeración de primeras horas de la tarde del sábado, los vio sentados al fondo, con las cabezas juntas en medio de las rizadas ondas de humo de tabaco.

—Hola, Dick —dijo Reggie, levantándose de un salto con una suave sonrisa, cogiéndole de la mano y acercándolo hasta la mesa—. No le esperé en la oficina porque tenía que encontrarme con esta persona... Jo, éste es el señor Savage. El único tipo en Nueva York a quien le importa todo un comino... ¿Qué va a beber?

La chica, a decir verdad, era una maravilla. Cuando Dick se dejó caer sobre el sofá de cuero rojo al lado de ella frente a la cabeza rubia ceniza y los grandes ojos inquisitivos y castaños claros de Reggie, se sintió cansado y con humor de resaca.

—Dígame, señor Savage, ¿qué ha sucedido con la cuenta publicitaria del señor Bingham? Estoy en ascuas. Reggie no sabe hablar de otra cosa. Ya sé que es una indiscreción preguntarlo —dijo la chica, mirándolo de frente con expresión sincera.

Sus ojos eran negros y de largas pestañas. Reggie y ella hacían, ciertamente, una bonita pareja.

—Conque contando los chismes de la oficina, ¿eh? —inquirió Dick, cogiendo una barrita de pan y dándole un buen mordisco.

—Pero, Dick, ya sabe... Jo y yo hablamos de todo. Nunca sale de nosotros... Y, sinceramente, toda la gente joven de la oficina piensa que es una pena que J. W. no vaya a utilizar su primer gráfico... Griscolm va a hacer que perdamos la cuenta de Bingham si no tiene cuidado... No ha dado en el clavo, sencillamente... Creo que el viejo J. W. está empezando a chochear un poco.

—Ya sabes que últimamente he tenido varias veces la impresión de que J. W. no anda muy bien de salud... Es una lástima. Es la personalidad más brillante

en el campo de la publicidad. —Dick advirtió que su voz había adquirido un tono untuoso, sintió vergüenza ante aquellos jóvenes y se calló al instante—. ¡Eh, Tony! —llamó, malhumorado, al camarero—. ¿Qué tal si nos traes unos cócteles? Yo quiero un bacardí con un poco de absenta, ya sabes, mi combinado exclusivo... Dios mío, me siento terriblemente viejo.

—¿Ha estado dedicándose a la vida libertina? —preguntó Reggie.

Dick compuso una sonrisa forzada.

—Ese tipo de necesidades —dijo— me causan muchos quebraderos de cabeza.

Los tres se ruborizaron y Dick se rió entre dientes.

—Santo cielo, no creo que queden en toda la ciudad otras tres personas capaces de ruborizarse.

Pidieron más cócteles. Mientras bebían, Dick advirtió que los ojos serios y oscuros de la chica lo miraban fijamente. Ella alzó el vaso en dirección a él.

—Reggie dice que se ha portado usted maravillosamente con él en la oficina... Dice que si no llega a ser por usted lo habrían despedido.

—¿Quién puede evitar ser cariñoso con Reggie? Míralo.

Reggie se puso rojo como una remolacha.

—El chico tiene porte —dijo ella—. Pero ¿tiene talento?

Con la sopa de cebolla y el tercer cóctel, Dick empezó a sentirse mejor. Les dijo cuánto los envidiaba: eran muy jóvenes e iban a casarse. Prometió ser el padrino de bodas. Cuando le preguntaron por qué no se había casado, él, azorado, tomó unos cuantos tragos y dijo que su vida era un desastre. Ganaba quince mil dólares al año, pero nunca tenía ni un centavo. Conocía a una docena de bellezas, pero nunca tenía una mujer al lado cuando la necesitaba. Mientras hablaba, pensaba constantemente en la redacción de un comunicado reivindicando la libertad de automedicación. No podía dejar de pensar en la maldita cuenta de Bingham.

Cuando salieron del 63 empezaba a anochecer. Al dejar a la pareja de jóvenes en un taxi, lo azuzó un sentimiento de envidia. La cálida irradiación del alcohol y la comida en el estómago le hacía sentirse tierno, reconfortado y amoroso. Se quedó unos instantes en la esquina de Madison Avenue, contemplando el animado tropel prenavideño en aceras y escaparates; caras de todos tipos, encendidas y con aspecto saludable —por una vez al menos— en la afilada noche fría, bajo las luces sesgadas. Tomó un taxi en dirección a la calle Doce.

La doncella negra que le abrió la puerta y le invitó a pasar llevaba un bonito delantal de encaje.

—Hola, Cynthia.

—¿Cómo está usted, señor Savage?

Dick podía sentir el impaciente palpitar de la sangre en las sienes mientras esperaba paseándose de un lado a otro por el desigual piso entarimado. Eveline apareció sonriendo por la puerta de la habitación del fondo. Se había empolvado la cara en exceso a causa de la precipitación, y ello hacía resaltar las líneas entre la nariz y las comisuras de la boca y daba a su nariz un aspecto harinoso.

Su voz seguía teniendo una cadencia encantadora.

—Dick, pensaba que me habías abandonado definitivamente.

—He estado trabajando como una mula... Hasta tal punto que mi cerebro se niega a funcionar. He pensado que el verte me haría bien.

Eveline le tendió una caja de porcelana china con cigarrillos y ambos se sentaron en un ajado y anticuado sofá de crin.

—¿Cómo está Jeremy? —preguntó Dick, en tono alegre.

La voz de Eveline se hizo tajante.

—Se ha ido con su padre al Oeste a pasar las Navidades.

—Debes de echarlo de menos... Siento no poder verlo. Quiero al crío de verdad.

—Paul y yo hemos decidido finalmente divorciarnos... de forma amistosa.

—Eveline, lo siento.

—¿Por qué?

—No sé... Parecerá una tontería... pero siempre me ha gustado Paul.

—Todo resultaba ya demasiado agobiante. Y así será mejor para Paul.

Algo había de amargo y frío en ella mientras permanecía sentada a su lado con su vestido de tarde, tal vez vaporoso en exceso. Dick sintió que era como si la conociera por primera vez. Le cogió una mano, larga y surcada de venas azules, la puso sobre la mesita que tenían ante ellos y comenzó a acariciarla.

—Te prefiero a ti, en cualquier caso —dijo, y sus palabras le sonaron falsas, como si fueran dirigidas a un cliente. Se levantó de improviso y añadió—: Oye, Eveline, ¿qué te parece si llamo a Settignano y consigo algo de ginebra? Necesito tomar un trago... No puedo quitarme de la cabeza los asuntos de la oficina.

—Si vas al frigorífico encontrarás unos magníficos cócteles ya preparados. Los acabo de hacer. Luego vendrá gente.

—¿Hacia qué hora?

—A eso de las siete... ¿Por qué?

Lo siguió con una mirada burlona mientras él iba hacia la cocina a través de las puertas de cristal.

En la despensa, la doncella negra estaba poniéndose el sombrero.

—Cynthia, la señora Johnson afirma que hay unos cócteles recién preparados.

—Es verdad, señor Dick. Le daré unos vasos.

—¿Es hoy su tarde libre?

—Sí, señor. Voy a la iglesia.

—¿Un sábado por la tarde?

—Sí, señor. Tenemos servicio religioso todos los sábados por la tarde... Hay muchos compañeros que no tienen ya los domingos libres.

—Las cosas se han puesto de tal forma que yo ni siquiera tengo un día libre.

—Qué lástima más grande, señor Dick.

Dick volvió a la sala llevando la bandeja con manos temblorosas. La coctelera se tambaleaba y los dos vasos chocaban entre sí.

—Oh, Dick, voy a tener que regenerarte. Te tiemblan las manos como a un viejo venerable.

—Bueno, soy un viejo venerable. Me preocupa sobremanera el hecho de que ese bastardo rey de los específicos vaya a firmar o no el contrato el lunes.

—No hables de ello... Suena terrible. Yo también he estado trabajando... Estoy intentando montar una obra de teatro.

—Eveline, eso es estupendo. ¿De quién es la obra?

—De Charles Edward Holden... Es un magnífico trabajo el que ha hecho, y yo estoy como loca de contenta. Creo que sé cómo montarla... Supongo que no estarás dispuesto a poner un par de miles de dólares en ella, ¿no, Dick?

—Eveline, estoy sin un centavo... Me tienen embargado el sueldo; tengo que seguir manteniendo a mamá de acuerdo con el tren de vida a que está acostumbrada, y luego está el asunto del rancho de mi hermano Henry en Arizona... Hay un embrollo terrible con la hipoteca... Oye, yo creía que Charles Edward Holden sólo era un columnista.

—Ésta es una faceta de él que nunca ha mostrado... Yo creo que es el poeta de Nueva York de hoy... Ya lo verás.

Dick se sirvió otro cóctel.

—Vamos a hablar de nosotros, aunque sólo sea durante un minuto... Me siento tan agotado... Oh, Eveline, ya sabes lo que quiero decir. Hemos sido tan buenos amigos... —Ella le permitió que la cogiera de la mano, pero no

correspondió a la presión que la mano de él ejerció sobre la suya—. Sabes que siempre hemos dicho que la atracción que sentíamos el uno por el otro era sencillamente física... ¿Y qué? ¿No es la cosa más maravillosa del mundo? —Se acercó a ella, le dio un leve beso en la mejilla y trató de hacer que volviera hacia él la cara—. ¿No te gusta este mísero pecador ni siquiera un poquito?

—Dick, no puedo —dijo Eveline.

Se levantó. Sus labios estaban trémulos y crispados; parecía como si fuera a echarse a llorar.

—Hay alguien que me gusta mucho... Mucho, muchísimo. He decidido que mi vida ha de tener cierto sentido.

—¿Quién es? ¿Ese condenado periodista?

—No importa quién sea.

Dick se ocultó la cara entre las manos. Cuando al fin las retiró, se estaba riendo.

—Bien, qué te parece mi suerte... Nuestro hombre ya en escena y yo lleno de sentimientos amorosos de bar de sábado por la tarde...

—Dick, estoy segura de que no te faltarán parejas.

—Mírame hoy... Me siento solo y mal. Mi vida está en ruinas.

—¡Qué frase más literaria!

—También a mí me pareció bastante buena, pero, en serio, me siento hecho un verdadero lío... Anoche me sucedió algo muy extraño. Te lo contaré algún día, cuando estés más cariñosa conmigo.

—Dick, ¿por qué no vas a casa de Eleanor? Da una fiesta para todos esos boyardos.

—¿Va a casarse realmente con ese horrible pequeño príncipe? —Eveline asintió con la misma mirada amarga y fría—. Supongo que un título es el último grito en el mercado decorativo... ¿Por qué no pone Eleanor algún dinero en la obra?

—No quiero pedírselo. Está podrida de dinero, ha tenido un otoño de gran éxito. Imagino que todos nos volvemos avaros a medida que envejecemos... ¿Qué piensa el pobre Moorehouse del príncipe?

—Me gustaría saber qué es lo que piensa de cualquier cosa. Llevo trabajando para él muchos años y todavía no sé si es un genio o un engreído... Me pregunto si irá a la fiesta de Eleanor... Me gustaría charlar con él un momento esta noche... Lo de Eleanor es una gran idea... Eveline, siempre me haces algún favor de uno u otro modo...

—Será mejor que no vayas sin avisar antes por teléfono... Es muy capaz de no dejarte pasar si no has sido invitado, y máxime teniendo la casa llena de nobles emigrados rusos.

Dick fue hasta el teléfono y llamó. Tuvo que esperar largo rato antes de que Eleanor se pusiera al aparato. Al principio, con voz chillona y estridente, le dijo que sería mejor que fuera a cenar otro día de la semana próxima.

La voz de Dick adquirió un tono zalamero.

—Por favor, Eleanor, deja que vea al famoso príncipe... Además, tengo que preguntarte algo muy importante... Tú has sido siempre mi ángel guardián, Eleanor. Si no puedo acudir a ti cuando tengo problemas, ¿a quién voy a acudir?

Finalmente, ella accedió y dijo que podía ir, pero que no se quedase mucho tiempo.

—Puedes hablar con J. Ward... Tiene aspecto de estar algo triste.

Sus palabras acabaron en una risa estridente que hizo vibrar el auricular e hirió el oído de Dick.

Cuando volvió al sofá, Eveline estaba recostada hacia atrás sobre los almohadones y reía en silencio.

—Dick, eres un maestro de la adulación.

Dick le hizo una mueca, la besó en la frente y salió del apartamento.

La casa de Eleanor resplandecía a fuerza de arañas y cristal tallado. Ella lo recibió en la puerta del salón, y su cara, menuda y estrecha bajo el cabello cuidadosamente rizado y sobre un gran broche de brillantes falsos que unía el cuello de encaje, tenía la apariencia suave y quebradiza de una pieza de porcelana. A su espalda, se oía el sordo murmullo y las voces agudas de hombres y mujeres rusos y llegaba un olor a té y a carbón.

—Bien, Richard, aquí estás —dijo con un rápido susurro siseante—. No te olvides de besar la mano de la gran duquesa... ¡Ha tenido una vida tan horrible! A uno no le importaría hacer cualquier cosa, por mínima que fuera, con tal de complacerla, ¿no te parece? Y otra cosa, Richard, estoy preocupado por Ward... Tiene el aspecto de estar tan enormemente cansado... Espero que no esté empezando a derrumbarse. Es el tipo de hombre que desaparece cuando menos lo esperas... Ya sabes, esos rubios grandes de cuello corto...

Frente a la chimenea de mármol, sobre la mesa de taracea, había un gran samovar de plata, y al lado de él una corpulenta mujer de cierta edad, con un chal de oropel, el pelo recogido en un moño y una cara manchada y fatigada, en la que se desconchaba el polvo del maquillaje. Era muy afable, le centelleaban pícaramente los ojos, untaba grandes cantidades de caviar, que sacaba de un rebosante bol de cristal tallado, sobre una rebanada de pan negro y reía con la boca llena. Alrededor de ella se agrupaban rusos de todas las edades y grados de decadencia, algunos con holgadas blusas y otros con baratos trajes de calle, unas cuantas jóvenes de aspecto ajado y dos muchachos de pelo acicalado y semblante de cantores de coro. Todos ellos bebían té o vodka en pequeños vasos; todos ellos devoraban pródigamente caviar. Dick fue presentado al príncipe, un joven de rostro oliváceo con cejas negras y bigote pequeño y puntiagudo, que vestía una túnica negra y botas blandas de cuero negro y tenía una cintura prodigiosamente delgada. Estaban todos alegres como castañuelas, gorjeando y hablando a grandes voces en ruso, francés e inglés. «Seguro que Eleanor está echando la casa por la ventana», pensó Dick, mientras hincaba el diente a la masa de caviar de gruesos granos grises.

J. W., pálido y con aire fatigado, estaba de pie en un rincón de la sala, de espaldas a un icono frente al que ardían tres velas. Dick recordaba claramente haber visto el mismo icono

en la ventana de Eleanor hacía varias semanas, colocado ante un brocado purpúreo. J. W. conversaba con un religioso de sotana con adornos granates, el cual, según comprobó Dick al acercarse a ellos, hablaba con marcado acento irlandés.

—Le presento al archimandrita O'Donnell —dijo J. W.—. ¿Lo he dicho bien? —El archimandrita sonrió y asintió con la cabeza—. Me hablaba de los monasterios griegos.

—¿Se refiere a esos monasterios donde lo suben a uno en un cesto? —preguntó Dick.

El archimandrita movió repetidas veces de arriba abajo la cara sonriente de labios blandos.

—Voy a tener el honor y el placer de iniciar a la querida Eleanor en los misterios de la verdadera Iglesia. Estaba contándole al señor Moorehouse la historia de mi conversión. —Dick notó que los ojos inquietos e insolentes del religioso lo estudiaban atentamente—. Tal vez quiera venir un día a oír nuestro coro, señor Savage. La incredulidad se disuelve en la música como un terrón de azúcar en una taza de té caliente.

—Sí, a mí me gustan los coros rusos —dijo J. W.

—¿No encuentran ustedes que nuestra querida Eleanor parece más joven y más feliz? —El archimandrita dirigió una mirada vivaz a la gente del salón. J. W. asintió dubitativo—. Oh, es una criatura encantadora, llena de gracia, y es inteligente, además... ¿Qué les parece si ustedes dos vienen a nuestro servicio religioso y almuerzan luego conmigo... Tengo ciertas ideas acerca de un librito sobre mis experiencias en el Monte Athos... Podríamos organizar una pequeña fiesta para la ocasión.

A Dick lo llenó de sorpresa advertir que el archimandrita lo pellizcaba en el trasero y se apartaba apresuradamente hacia un lado, no sin antes dirigirle con el ojo izquierdo un lento y vigoroso guiño.

El gran salón estaba lleno del bullicio de los brindis, del tintineo de los vasos y del ocasional estrépito de alguna copa que caía y se rompía. Un grupo de jóvenes rusos cantaba con voz grave y atronadora, y hacía que las arañas de cristal vibraran sobre sus cabezas. El caviar se había agotado, pero dos doncellas uniformadas entraron con una mesa llena de entremeses en cuyo centro podía verse un gran salmón hervido.

J. W. le dio un golpecito con el codo a Dick.

—Creo que deberíamos ir a un sitio donde podamos charlar.

—Le estaba esperando, J. W. Tengo la impresión de que he encontrado el enfoque correcto. Creo que ahora he dado en el clavo.

Acababan de lograr abrirse paso entre la gente hasta la puerta cuando una joven rusa vestida de negro, con bellos ojos negros y cejas arqueadas, vino apresuradamente tras ellos.

—Oh, no deben irse. ¡A Leocadia Pavlovna le agradan ustedes tanto! Le encanta esto; es tan informal... *la bohéme*... Es lo que nos gusta de Leonora Ivanovna: es una bohéme, y nosotros somos también bohéme. La adoramos.

—Es que tenemos una cita de negocios —dijo J. W, solemne.

La joven rusa hizo chasquear los dedos y replicó:

—¡Oh, los negocios! Son tan odiosos... América sería tan maravillosa sin los dichosos negocios...

Una vez en la calle, J. W. suspiró.

—Pobre Eleanor —dijo—. Me temo que está metiéndose en un buen lío... Esos rusos la van a desplumar. ¿Cree usted que va a casarse realmente con ese tipo, el príncipe Mingraziali?

He hecho averiguaciones acerca de él... Es todo lo que dice ser, pero... ¡santo cielo!

—Con todas sus coronas y lo demás... —dijo Dick—. La fecha ya está fijada.

—Bueno, después de todo, Eleanor sabe cuidar de sí misma. Ya sabe que ha estado teniendo mucho éxito.

El coche de J. W. se encontraba ante la puerta. El chófer se apeó con una manta de viaje sobre el brazo, y estaba a punto de cerrar la portezuela después de que hubo entrado J. W., cuando Dick preguntó:

—Oiga, ¿dispone usted de unos minutos para hablar de la cuenta de Bingham?

—Por supuesto; lo había olvidado... —contestó J. W., con voz cansina—. Venga a cenar conmigo a Great Neck... Con excepción de los chicos, estoy solo.

Sonriendo, Dick subió al coche y el chófer cerró tras él la puerta de la gran limusina negra.

Resultaba un tanto lúgubre cenar en casa de los Moorehouse, en el comedor con sus paneles italianos pintados; el mayordomo, asistido por su ayudante y moviéndose en silencio a la luz mortecina, y sólo Dick y J. W. y la señorita Simpson, la sumamente refinada institutriz de los niños, sentados a la larga mesa iluminada con candelabros. Después de la cena, entraron en el pequeño estudio blanco de J.W para fumar y hablar de la cuenta de Bingham, y Dick dio gracias a su buena estrella cuando vio aparecer al viejo mayordomo con una botella de whisky escocés y unos vasos.

—¿Dónde la ha encontrado, Thompson? —preguntó J. W.

—Ha estado en la bodega desde antes de la guerra, señor...

Son aquellas cajas que compró la señora Moorehouse en Escocia.Y como sabía que al señor Savage le agrada tomar una copa de vez en cuando...

Dick rió.

—Ventajas de tener mala reputación —comentó.

J. W. habló lenta y cansinamente, con voz grave:

—Es el mejor que existe, de eso estoy seguro... Usted ya sabe que a mí nunca me agradó demasiado la bebida, así que la dejé por completo. Fue incluso antes de la prohibición.

J. W. había encendido un cigarro. Entonces, de improviso, lo arrojó a la chimenea.

—Creo que no fumaré esta noche. El médico dice que tres cigarros al día no tienen por qué sentarme mal... Pero no me he sentido muy bien esta semana... Debería dejar de jugar a la bolsa... Espero que usted se mantenga al margen de ella, Dick.

—Mis acreedores no me dejan ni el dinero suficiente para comprarme un número en una rifa.

J. W. avanzó unos pasos por el pequeño estudio de paredes tapizadas por colecciones intactas de obras de autores célebres, encuadernadas en tafilete, y se detuvo ante la chimenea florentina con las manos atrás, dando la espalda al fuego.

—Siento frío constantemente. Creo que tengo problemas de circulación... Tal vez sea el haber ido a ver a Gertrude... Los médicos han acabado por admitir que su caso no tiene remedio. Ha sido un gran trauma para mí.

Dick se puso en pie y dejó el vaso.

—Lo siento, J. W. Sin embargo, se han producido curaciones sorprendentes en las afecciones cerebrales...

J. W. permanecía de pie, con los labios apretados en una línea fina y un ligero temblor en la papada.

—No en el caso de la esquizofrenia... Por mi parte, he podido arreglármelas bastante bien, salvo en ese caso de Gertrude... Soy un hombre solitario... ¡Y pensar que hubo un tiempo en que pensé dedicarme a escribir canciones! —sonrió.

Dick sonrió también y le tendió la mano.

—Estreche la mano —dijo— de este poeta menor en ruinas.

—Bueno, de todos modos —prosiguió J. W.— mis hijos tendrán unas oportunidades que yo no tuve... ¿Le importará, antes de que empecemos a hablar de negocios, subir a su habitación a darles las buenas noches? Me gustaría que los viese.

—Claro que no, adoro a los niños —dijo Dick—. De hecho, yo nunca logré llegar a ser completamente adulto.

En el rellano superior de la escalera, la señorita Simpson los recibió con un dedo sobre los labios.

—La pequeña Gertrude está dormida —les previno.

Avanzaron con sigilo por el pasillo blanco. Los niños estaban cada uno en su cama, en cuartitos separados semejantes a pequeñas habitaciones de hospital. El viento frío entraba por las ventanas abiertas; sobre cada almohada podía verse una cabecita con mechones de pelo color pajizo.

—Staple es el mayor... Tiene doce años —susurró J. W.— Luego viene Gertrude, y luego Johnny.

Staple les dio las buenas noches cortésmente. Gertrude, cuando encendieron la luz, no se despertó. Johnny se incorporó, con sus brillantes ojos azules bien abiertos, llorando a causa de una pesadilla. «No, no...», gimoteaba con voz débil y asustada.

J. W. se sentó en el borde de su cama y lo acarició un poco hasta que el niño volvió a conciliar el sueño.

—Buenas noches, señorita Simpson —dijo, y volvieron a bajar las escaleras con sigilo.

Una vez abajo, J. W. volvió hacia Dick una mirada penetrante y preguntó:

—¿Qué le parecen?

—Da gusto mirarlos... Lo envidio, J. W. —aseguró Dick.

—Me alegro de haberlo hecho venir. Habría estado muy solo sin usted... Debería recibir más visitas —dijo J. W.

Volvieron a sentarse en las sillas junto al fuego y empezaron a estudiar el diagrama que habrían de presentar a Bingham Products. Cuando el reloj dio las diez, J. W. bostezó.

Dick se levantó.

—¿Desea usted mi opinión sincera? —preguntó.

—Adelante, muchacho. Ya sabe que puede decirme lo que quiera.

—Bien, he aquí lo que pienso entonces —dijo, y bebió de un trago el resto del whisky, ya aguado y caliente—. Pienso que los árboles no nos dejan ver el bosque... Estamos embrollados en una maraña de detalles nimios. Usted dice que el viejo es un testarudo..., que es uno de esos personajes que suben de vendedor de periódicos a presidente. Pues bien, no creo que lo que tenemos entre manos dé la talla acorde con la campaña que usted nos delineó hace un mes...

—A decir verdad, tampoco yo estoy muy satisfecho con ello.

—¿Tiene usted una máquina de escribir en casa?

—Supongo que Thompson o Morton encontrarán alguna en algún lado.

—Bien, creo que podré desarrollar un poco las líneas generales de su idea original. En mi opinión, su bosquejo es una de las más grandes ideas que se han presentado jamás en el mundo de los negocios.

—Se trata, naturalmente, del trabajo conjunto de toda la oficina.

—Déjeme intentar descomponer la idea en sus líneas maestras y recomponerla luego a lo largo de este fin de semana. En cualquier caso, no perdemos nada con ello... Tenemos que hacer que ese viejo caballero quede entusiasmado con el proyecto, o de lo contrario Halsey nos lo quitará de las manos.

—Lo están acosando día y noche como una manada de lobos —dijo J. W., levantándose mientras bostezaba—. Bueno, lo dejo en sus manos. —Cuando llegó a la puerta se volvió—. Está claro que esos aristócratas rusos son socialmente la cima, y eso para Eleanor supone mucho... Pero me gustaría que no se casase... Sabrá, Dick, que Eleanor y yo hemos tenido una maravillosa relación... El consejo y la comprensión de esa mujercita han supuesto mucho para mí. Me gustaría que no lo hiciera... Bueno, voy a acostarme.

Dick subió al dormitorio, una gran estancia adornada con escenas de caza inglesas. Thompson le trajo una máquina de escribir, nueva y silenciosa, y la botella de whisky. Dick se pasó la noche entera trabajando, en pijama y bata, y fumando y bebiendo continuamente. Se hallaba aún enfrascado en el trabajo cuando las ventanas comenzaron a azularse con la luz del día y pudo ver, a través de los pesados cortinajes, la urdimbre negra de los árboles cargados de aguanieve y agrupados en torno al césped empapado. Sentía la boca acre a causa de los cigarrillos. Entró en el baño, decorado con frescos de delfines, y dejó que el agua caliente llenara la bañera mientras silbaba. Se sentía agotado y aturdido, pero había dado término a un nuevo diagrama para la campaña.

Al día siguiente, al mediodía, cuando J. W. volvió de la iglesia con los niños, Dick estaba ya afeitado y vestido y se paseaba de un lado a otro, al aire libre, por la terraza de baldosas. Tenía los ojos hundidos y sentía punzadas en la cabeza, pero J. W. se mostró encantado con su trabajo.

—Ciertamente, autoabastecimiento, independencia e individualismo eran las consignas del enfoque que sugerí en un principio a los muchachos. Pero esto está destinado a ser algo más que una campaña publicitaria: ha de ser una campaña del americanismo... Después del almuerzo voy a enviar el coche a recoger a la señorita Williams; quiero dictarle algunas cosas. Aún hay que sacar más partido del proyecto, Dick.

—Naturalmente —dijo Dick, enrojeciendo—. Todo lo que he hecho ha sido remodelar la concepción original suya, J. W.

Los niños almorzaron con ellos, y Dick pasó un rato muy agradable en su compañía, haciendo que le hablaran y contándoles anécdotas de cuando era niño y criaba conejitos en Jersey. J. W. estaba radiante. Luego bajaron a la sala

de billar en el sótano, donde Dick jugó al ping—pong con la señorita Simpson y Staple y la pequeña Gertrude, mientras el benjamín Johnny recogía las pelotas. J. W. se retiró a su estudio a descabezar un sueñecito.

Por la tarde dejaron listo el informe para que lo mecanografiara la señorita Williams. Se hallaban todavía trabajando confortable y alegremente, los tres frente a la chimenea, cuando entró Thompson y preguntó en tono reverente si al señor Moorehouse le importaría atender una llamada telefónica del señor Griscolm.

—De acuerdo, Thompson, páseme la llamada a este teléfono —dijo J. W.

Dick se quedó inmóvil y sin aliento en su silla. Podía oír la voz gangosa y excitada al otro lado de la línea.

—No se preocupe, Ed —decía J. W., lenta y calmosamente—. Usted descanse, muchacho, y venga fresco como una rosa el lunes por la mañana a la oficina, y así podrá apuntar posibles fallos al proyecto final que la señorita Williams y yo hemos estado poniendo a punto la noche pasada. Se me ocurrieron unas cuantas cosas a última hora... Ya sabe, el sueño es buen consejero... ¿Qué tal si juega un partido de pelota esta tarde? Sudar es estupendo, ya sabe. Si no estuviera el suelo tan mojado, yo mismo haría dieciocho hoyos de golf esta tarde. Muy bien, lo veré mañana por la mañana, Ed. —J. W. colgó el auricular—. ¿Sabe una cosa, Dick? —comentó—. Creo que a Ed le convendría tomarse un par de semanas de vacaciones en Nassau o algún sitio parecido. Lo encuentro un poco desquiciado últimamente... Me parece que voy a sugerírselo. Ya sabe que ha resultado un hombre muy valioso en la oficina.

—Es uno de los hombres más brillantes en el campo de la publicidad —dijo Dick, en tono tajante.

Y siguieron trabajando.

A la mañana siguiente, Dick volvió a la ciudad con J. W. en el coche de éste, pero se apeó en la calle Cincuenta y siete y fue caminando hasta el apartamento de su madre, en la calle Cincuenta y seis, para cambiarse de camisa. Cuando llegó a la oficina, la operadora de la centralita le dirigió una

amplia sonrisa. La oficina entera hervía de murmullos acerca de la cuenta de Bingham. En el vestíbulo se encontró con la inevitable señorita Williams, en cuya cara adusta y arrugada de solterona remilgada se dibujó una almibarada sonrisa.

—Señor Savage, el señor Moorehouse me ha encargado preguntarle si le importaría reunirse con él en el Plaza a las doce y media, donde almorzarán ustedes con el señor Bingham.

Dick empleó la mañana en trabajo de rutina, y alrededor de las once le llamó Eveline Johnson diciendo que quería verlo. El respondió que podrían verse hacia finales de semana.

—Pero es que estoy aquí, en el edificio —dijo ella, con voz dolida.

—Ah, entonces puedes subir, pero estoy bastante ocupado... Ya sabes lo que son los lunes...

A la luz dura y brillante que penetraba desde el cielo encapotado a través de la ventana, Dick observó la expresión de agotamiento de Eveline. Vestía un abrigo gris con cuello de piel de aspecto un tanto ajado y un picudo sombrero de paja gris, muy ajustado a la cabeza y con aire de ser del año anterior; las líneas que unían los extremos de la nariz, y las comisuras de los labios parecían más hondas y marcadas que nunca.

Dick se levantó y le tomó ambas manos.

—Eveline, pareces cansada.

—Creo que estoy incubando la gripe —dijo. Hablaba con rapidez—. He venido únicamente para ver una cara amiga. Tengo una cita con J. W. a las once y cuarto... ¿Crees que contribuirá con algo? Si consigo reunir diez mil, los Shubert pondrán el resto. Pero tiene que ser de inmediato, porque alguien tiene algo así como una opción sobre la obra, y el plazo expira mañana... ¡Oh, estoy tan asqueada de no hacer nada! Holden tiene unas ideas maravillosas para la producción, y va a dejar que me encargue de los decorados y del vestuario... Y si la monta alguno de los productores de Broadway, la va a echar a perder... Dick, sé que es una gran obra.

Dick frunció el ceño.

—Ahora no es el momento más oportuno... Estamos todos muy preocupados esta mañana.

—Bien, no te molestaré más —dijo ella. Estaban de pie al lado de la ventana—. ¿Cómo puedes soportar esas remachadoras martillando todo el tiempo?

—Por Dios, Eveline, esas remachadoras son una verdadera música para nuestros oídos. Nos hacen cantar como canarios en una tormenta. Representan negocios... Si J. W. hace caso a mis consejos, es en ese edificio donde vamos a tener nuestra nueva oficina.

—Bien, adiós —dijo ella, poniendo su mano, enfundada en un guante raído y gris, sobre la mano de Dick—. Sé que intercederás en mi favor... Tú eres aquí el niño mimado.

Salió dejando tras de sí una tenue fragancia de agua de colonia y pieles. Dick se paseó ante su escritorio frunciendo el ceño. Decidió salir a respirar un poco de aire fresco y tal vez a tomar una copa antes del almuerzo.

—Si alguien me llama —dijo a su secretaria—, dígale que vuelva a llamar después de las tres. Tengo que salir a hacer un encargo y luego a almorzar con el señor Moorehouse.

En el ascensor se topó con J. W., que vestía un abrigo nuevo con gran cuello de piel y un sombrero de fieltro gris, también nuevo.

—Dick, si llega tarde al Plaza —dijo— le retorceré el pescuezo... Hoy le tengo adjudicado el papel de Cupido.

—¿Para flechar a Bingham en el corazón? —preguntó Dick, mientras le zumbaban los oídos por efecto del descenso.

J. W. asintió sonriendo.

—A propósito, y a título confidencial: ¿qué opina del proyecto de la señora Johnson de montar una obra de teatro? Es una mujer encantadora, no lo

dudo... En un tiempo fue una gran amiga de Eleanor. Dick, muchacho, ¿por qué no se casa usted?

—¿Con quién? ¿Con Eveline? Ya está casada...

—Estaba pensando en voz alta, no me haga caso.

Salieron del ascensor y cruzaron juntos la estación Grand Central en medio del torbellino humano del mediodía. Había salido el sol y sus rayos, oblicuos y llenos de partículas de polvo, surcaban el gran recinto bajo el enorme techo azul.

—¿Pero qué es lo que piensa usted de esa empresa teatral? Ya sabe que la bolsa me tiene atadas las manos..., aunque supongo que podría pedir un préstamo en el banco.

—El teatro es siempre arriesgado —dijo Dick—. Eveline es una gran chica y todo lo demás, y está llena de talento, pero no sé cómo funciona su cabeza en cuestiones de negocios. Invertir en una obra dramática es un negocio arriesgado.

—Me gusta ayudar a los viejos amigos... Pero se me ocurre que si los Shubert vieran dinero en el asunto no dudarían en invertir en él ellos mismos... La señora Johnson, naturalmente, tiene un gran temperamento artístico.

—Por supuesto —admitió Dick.

A las doce y media se hallaba ya en el vestíbulo del Pía— ?a, esperando a J. W. mientras masticaba clavo de olor para hacer desaparecer de su aliento los tres whiskis que había tomado en el Tony s, camino del hotel. A las doce y cuarenta y cinco vio venir desde el guardarropa la gran figura de pera de J. W., con sus ojos azules claros y el pelo liso y grisáceo, en compañía de un hombre alto y enjuto, con pelo blanco y desordenado en salientes rizos sobre las orejas. Dick, en el preciso instante en que ambos hombres entraron en el vestíbulo, comenzó a oír la voz áspera y obstinada del señor Bingham:

— ...nunca he sido uno de esos capaces de callar mientras la injusticia imperaba en el mercado. Ha sido una larga batalla, en la cual debo admitir, desde la autoridad que me confieren esos setenta años que los profetas de la

antigüedad auguraron al hombre sobre la Tierra, que he sido largamente coronado con el éxito tanto material como espiritual. Tal vez fuera a causa de mi temprana formación para el púlpito, pero siempre he sentido, y tal sentimiento, señor Moorehouse, no es raro entre los hombres de negocios más prominentes de este país, que el éxito material no lo es todo... Existe la realización del espíritu de servicio. Por ello puedo decirle francamente que me he sentido herido y ofendido por esta oscura conspiración. Quien me roba la cartera, me roba algo despreciable, pero quien me roba... esto..., mi memoria ya no es la de antes, mi buen nombre... Ah, sí, ¿cómo está usted, señor Savage?

Dick se vio sorprendido por el fuerte tirón que infligió a su brazo el apretón de manos del señor Bingham. Se halló frente a un viejo enjuto y desgarbado, con blancas melenas y gran cráneo prognato, del cual colgaba la piel bronceada por el sol en dos grandes pliegues, como si fueran las papadas de un perro de caza. J. W., a su lado, parecía un hombre pequeño y manso.

—Me complace mucho conocerle, señor —dijo E. R. Bingham—. A menudo he dicho a mis hijas que si yo hubiera pertenecido a la generación de ustedes me habría sentido útil y feliz trabajando en el campo de la publicidad. Pero, ah, en mis tiempos el camino era más duro para un joven que entraba en la vida sin otra cosa que la excelente tradición de fervor moral y religión natural que yo mamé, si me permiten la expresión, de los senos de mi madre. En aquellos tiempos teníamos que arrimar el hombro a la rueda, y era la rueda de un viejo y embarrado carro tirado por muías, y no la rueda de un lujoso automóvil.

E. R. Bingham entró con paso enérgico en el comedor. Los rodeó al instante una cohorte de camareros de cara pálida, que acercó sillas, dispuso la mesa y les presentó el menú.

—Muchacho, no es necesario que me traiga la lista de precios —dijo E. R. Bingham al maître—. Yo vivo según la ley de la Naturaleza. No como sino ciertos frutos secos y verduras, y sólo bebo leche cruda... Tráigame espinacas hervidas, un plato de zanahorias ralladas y un vaso de leche sin pasteurizar... El resultado de todo ello, caballeros, es que cuando hace unos días fui a un afamado médico a requerimiento de una de las grandes compañías de seguros

de vida de esta ciudad, al reconocerme se quedó pasmado. Apenas podía creerme cuando le dije que tenía setenta y un años. «Señor Bingham», me dijo,

«tiene usted la constitución física de un magnífico atleta de cuarenta y cinco años». Toque aquí, joven —dijo E. R. Bingham, y dobló con fuerza el brazo bajo la nariz de Dick.

Dick golpeó con dos dedos los músculos del viejo.

—Un mazo de picapedrero —dijo, asintiendo con la cabeza.

E. R. Bingham estaba hablando de nuevo:

—Como puede ver, señor Moorehouse, practico lo que predico..., y espero que otros hagan lo mismo... Añadiría que en la lista completa de remedios y específicos controlados por Bingham Products y la Rugged Health Corporation no existe ni uno solo que contenga un mineral o droga o cualquier otro ingrediente perjudicial. He sacrificado una y otra vez cientos de miles de dólares para erradicar de mi lista las mezclas o brebajes que el doctor Gorman y el resto de los hombres y mujeres de nuestro espléndido departamento de investigación pudieran juzgar dañinos o creadores de hábito. Nuestras medicinas y nuestros sistemas dietéticos y de cura son remedios de la Naturaleza todos ellos: hierbas y plantas medicinales específicas recogidas en las tierras vírgenes de los cuatro puntos del globo, siguiendo la tradición de los sabios y los descubrimientos de la ciencia médica juiciosa.

—¿Tomará el café ahora o más tarde, señor Bingham?

—El café, señor, es un veneno mortífero, como el alcohol y el té y el tabaco. Si las mujeres de pelo corto y los hombres de pelo largo y los excéntricos de ojos extraviados de las facultades de medicina, que están tratando de restringir al pueblo americano su libertad de buscar su salud y bienestar, se limitaran a tratar de eliminar esos peligrosos venenos que socavan la virilidad de nuestros jóvenes y la fertilidad de nuestras adorables mujeres americanas, yo no tendría nada que reprocharles. De hecho, haría cuanto estuviera en mi mano para ayudarlos y alentarlos. Algún día pondré toda mi fortuna a disposición de una campaña de ese tipo. Sé que el pueblo llano de este país

siente como yo, pues yo soy uno de ellos, nacido y criado en una granja, en la granja del pueblo llano temeroso de Dios. El pueblo americano necesita que se le proteja de los excéntricos.

—Esa será precisamente, señor Bingham —dijo J. W.—, la piedra angular de la campaña que hemos proyectado. —Trajeron los pequeños boles para el enjuague de las manos—. Bueno, señor Bingham —prosiguió J. W., poniéndose en pie—, ha sido un verdadero placer. Desgraciadamente he de dejarles, pues tengo que acudir a un importante consejo de administración, pero el señor Savage está al tanto de todo y podrá responder, estoy seguro, a cualquier pregunta que tenga a bien formularle. Tengo entendido que nos reuniremos con los representantes de su departamento de ventas a las cinco.

Tan pronto como estuvieron solos, E. R. Bingham se inclinó hacia Dick por encima de la mesa y dijo:

—Joven, esta tarde necesito de veras un poco de distracción. Tal vez pueda acompañarme a alguna diversión en calidad de invitado... Mucho trabajo y poco asueto, como dice el adagio. Mi cuartel general ha sido siempre Chicago, y cuando estoy en Nueva York suelo estar demasiado ocupado para ir a conocer la ciudad... Quizá pueda usted sugerir algún espectáculo o farsa musical. Pertenezco al pueblo llano; luego, vayamos adonde va el pueblo llano.

Dick movió la cabeza en ademán de inteligencia.

—Veamos... Lunes por la tarde... Tendré que llamar a la oficina... Seguramente habrá teatro de variedades. No se me ocurre otra cosa que un espectáculo de variedades.

—Eso, algo de ese tipo: música y mujeres jóvenes... Tengo en gran estima el cuerpo humano. Mis hijas, gracias a Dios, son magníficos especímenes físicos... La visión de bellos cuerpos femeninos es relajante y reconfortante. Adelante, pues; es usted mi invitado. Ello me ayudará a decidirme acerca del asunto que nos ocupa... Déjeme decirle, entre nosotros, que el señor Moorehouse es un hombre extraordinario. Pienso que él es capaz de prestar a la cuestión la dignidad necesaria... Pero no debemos olvidar que nos estamos dirigiendo a la gente llana.

—Pero la gente llana ya no es tan llana como antes, señor Bingham. Ahora les gustan las cosas un tanto refinadas —objetó Dick, siguiendo el paso rápido del señor Bingham hacia el guardarropa.

—Yo nunca uso sombrero ni abrigo; sólo esa bufanda, joven dama —tronó el viejo en el guardarropa.

—¿Tiene usted hijos, señor Savage? —preguntó el señor Bingham cuando estuvieron acomodados en el taxi.

—No, no estoy casado por el momento —contestó Dick, con voz ligeramente trémula, y encendió un cigarrillo.

—¿Disculpará a un hombre lo suficientemente viejo como para poder ser su padre si le hace cierta observación? —E. R. Bingham agarró el cigarrillo de Dick entre los dedos largos y nudosos y lo arrojó por la ventanilla del taxi—. Amigo mío, se está envenenando con narcóticos y está arruinando su virilidad. Cuando yo tenía alrededor de cuarenta años, me encontraba librando una dura batalla económica. Toda mi gran organización se hallaba entonces en pañales. Yo era una ruina física. Era un esclavo del alcohol y del tabaco. Para entonces me había separado de mi primera mujer, pero si hubiera tenido una mujer a mi lado no habría podido... portarme con ella como debe portarse un hombre. Bien, un día me dije a mí mismo: «Doc Bingham (mis amigos me llamaban Doc Bingham), como cristiano viejo que eres irás a parar a la Ciudad de la Destrucción, y cuando te hayas ido no tendrás a nadie, ni una pareja ni unos hijos, que derramen una lágrima por ti». Entonces empecé a interesarme por la cultura del cuerpo... Mi espíritu, me atrevo a decir, había adquirido cierto nivel de desarrollo, porque me hallaba familiarizado con los clásicos en mi juventud y poseía una memoria que muchos han calificado de prodigiosa... El resultado ha sido el éxito en toda empresa que haya acometido desde entonces... Algún día le presentaré a mi familia y verá la dulzura y la belleza que puede existir en un hogar americano sano.

E. R. Bingham seguía hablando todavía cuando ambos se dirigían por el pasillo hacia sus localidades junto a la pasarela sobre la que tenía lugar el espectáculo de variedades; antes de que pudiera darse cuenta, Dick se vio alzando la vista hacia una sucesión de piernas danzantes y desnudas de mujer,

en las que se podían advertir ocasionales marcas de vacunas. La banda emitía un ruido atronador y las chicas se contoneaban, cantaban y se desnudaban en medio de un olor a polvo y a sobaco y a cosmético y a maquillaje, a la luz de un reflector móvil que iluminaba constantemente la cabeza blanca de E. R. Bingham. El viejo se entusiasmó particularmente cuando una de las chicas se agachó hacia él y exclamó: «Vaya, miren al abuelo», y le cantó a la cara y agitó su pluma ante él. E. R. Bingham dio un codazo a Dick y susurró:

—Consiga su número de teléfono. —Y cuando la chica pasó de largo, exclamó—: Me siento de nuevo como un jovenzuelo...

En el intermedio, Dick se las arregló para llamar a la señorita Williams y decirle que aconsejara a la gente que se abstuviera de fumar durante la reunión.

—Dígale a J. W. que el viejo buitre piensa que los cigarrillos son clavos que vamos añadiendo a nuestro ataúd —añadió.

—Oh, señor Savage —dijo la señorita Williams, en tono reprobador.

A las cinco, Dick trató de lograr que el viejo accediera a irse, pero él insistió en quedarse hasta el final del espectáculo.

—Me esperarán, no se preocupe —dijo.

En el taxi, camino de la oficina, E. R. Bingham se rió entre dientes.

—Caray, siempre me divierte de lo lindo un buen espectáculo de piernas... La divina forma humana... Quizá sea conveniente, amigo mío, que quede entre nosotros el episodio de esta tarde. —Dio una tremenda palmada a Dick en la rodilla, y añadió—: Es estupendo hacer novillos.

En la reunión, los representantes de Bingham Products firmaron el contrato. El señor Bingham estuvo de acuerdo en todos los puntos, y apenas prestó atención al desarrollo de las negociaciones. Mediada la reunión, dijo que estaba cansado y que iba a acostarse, salió de la sala bostezando y dejó como interlocutores, para ultimar los detalles del proyecto, al señor Goldmark y a un representante de la J. Winthrop Hudson Company, la cual tenía a su cargo la confección de los anuncios para Bingham Products. Dick no pudo menos que

admirar el modo sosegado y dominante con que J. W. trató con todos ellos. Después de la reunión, se emborrachó y trató de seducir a una chica que conocía en un taxi, pero no consiguió su propósito y se fue a casa, a su apartamento vacío, en un estado lamentable.

A la mañana siguiente durmió hasta muy tarde. Lo despertó el teléfono. Era la señorita Williams y llamaba desde la oficina. El señor Moorehouse le pedía que hiciera el equipaje y lo enviara a la estación, a fin de poder acompañarlo a Washington en el expreso del congreso.

—Y, señor Savage, permítame que se lo diga —añadió la señorita Williams—: En la oficina opinamos todos que el responsable de que hayamos logrado la cuenta de Bingham no es nadie sino usted. El señor Moorehouse dijo que parecía como si los hubiera usted hipnotizado.

—Es muy amable de su parte, señorita Williams —contestó Dick con su más delicado tono de voz.

Dick y J. W. tomaron un compartimento con salita en el expreso. También viajaba con ellos la señorita Williams, y estuvieron trabajando durante todo el trayecto. Dick se pasó la tarde anhelando tomar un trago, pero no se atrevió a ceder a su deseo, pues aunque llevaba una botella de whisky en su maleta, estaba seguro de que la señorita Williams lo vería y, con su tono habitual vagamente acre y pesaroso, haría algún comentario al respecto. Dick sabía, además, que J. W. pensaba que bebía demasiado. Se sentía tan nervioso que fumaba cigarrillo tras cigarrillo, hasta que tuvo la lengua tan seca y pastosa que empezó a mascar chicle.

Dick mantuvo ocupado a J. W. con nuevos enfoques en relación con el proyecto, hasta que J. W. se echó a descabezar un sueñecito diciendo que se encontraba algo indispuesto. Dick llevó entonces a la señorita Williams a tomar una taza de té en el coche restaurante, y le contó anécdotas graciosas que le hicieron reír a carcajadas. Cuando llegaron a los humosos túneles de Baltimore, su estado de nervios era como para que lo encerraran en una celda para locos. Habría acabado por decir a todo el mundo que él era Napoleón Bonaparte mucho antes de llegar a Washington, si no hubiera tenido la oportunidad de tomar un buen trago de whisky mientras la señorita Williams

se hallaba en el lavabo y J.W enfrascado en un manojo de cartas de E. R. Bingham. Se trataba de la correspondencia entre Bingham Products y el coronel Judson, su agente de presión en Washington, y giraba en torno a la amenaza de una eventual legislación alimentaria.

Una vez en el hotel Shoreham, Dick logró encerrarse en su habitación de la gran suite en chaflán donde siempre se alojaba J. W., y se sirvió un largo trago de whisky con hielo y soda, para tomárselo reposadamente a solas mientras redactaba un telegrama humorístico para la chica con quien estaba citado aquella noche para cenar en el Colony Club. Había apurado apenas el whisky cuando sonó el teléfono. Era la secretaria de E. R. Bingham, que llamaba desde el hotel Willard para preguntar si Dick sería tan amable de cenar con el señor y la señora y las señoritas Bingham.

—Vaya usted, no faltaría más —respondió J. W. cuando Dick le preguntó si lo necesitaba para algo—. Para cuando quiera usted darse cuenta, estaré redondeando la transacción casándolo con una de las encantadoras señoritas Bingham.

Las hijas de Bingham eran tres robustas jóvenes llamadas Hygeia, Althea y Myra, y la señora Bingham una mujer rubia y obesa, ajada y de cara plana, que llevaba unos anteojos redondos con montura de acero. La única de la familia que no usaba gafas y no tenía dientes de conejo era Myra, la más joven, que al parecer había salido más al padre y que hablaba como un relámpago. E. R. Bingham, que se paseaba a grandes zancadas con unas anticuadas zapatillas y la camisa abierta por el cuello, dejando al descubierto un retazo de su camiseta de franela roja, la presentó como el miembro artístico de la familia. Myra se reía continuamente sin ton ni son al explicar que pronto iría a Nueva York a estudiar pintura, y le dijo a Dick que también él tenía aspecto de poseer un temperamento artístico.

La cena resultó un tanto confusa, pues el señor Bingham rechazaba los platos una y otra vez. Montó en cólera porque el repollo estaba demasiado hecho y las zanahorias crudas no estaban maduras, y bramó y maldijo a los camareros y finalmente mandó llamar al gerente. Habían tomado apenas puré de patatas, cebollas cocidas con avellanas y pan integral untado con manteca de

cacahuete, todo ello regado con Coca—Cola, cuando aparecieron dos jóvenes reporteros de la NBC con un micrófono para que E. R. Bingham diera su habitual charla sobre salud de las ocho de la noche. E. R. Bingham volvió a ser súbitamente todo él sonrisas y afabilidad, y la señora Bingham, que se había retirado a su dormitorio llorando y con las manos en los oídos para no oír los juramentos del viejo, reapareció con los ojos enrojecidos y un frasco de sales en la mano, justo a tiempo para verse expulsada de nuevo del recinto, pues E. R. Bingham bramó que las mujeres distraían su atención ante el micrófono. Hizo, sin embargo, que Dick permaneciera a su lado para que escuchara su emisión sobre la salud, la dieta y el ejercicio, y asistiera al anuncio de la caminata anual a campo traviesa desde Washington a Louisville, patrocinada por Kuggeá Health, boletín informativo de Bingham Products, que él iba a encabezar personalmente durante los tres primeros días, con objeto —según explicó— de marcar el paso a los jovencitos.

Después de la emisión, la señora Bingham y las chicas aparecieron empolvadas y con los labios pintados, y engalanadas con pendientes de diamantes y collares de perlas y abrigos de chinchilla. Invitaron a Dick y a los jóvenes de la radio a ir con ellos a Keith s, pero Dick explicó que tenía que volver al trabajo. Antes de su marcha, la señora Bingham hizo prometer a Dick que iría a visitarlas a su casa en Eureka.

—Véngase allí a pasar un mes, joven —bramó E. R., interrumpiendo a su mujer—. Lo convertiremos en un hombre. La primera semana, zumo de naranja, baños a presión, masajes, descanso. Luego lo pondremos en forma a base de trigo y mucha leche y nata, un poco de boxeo o de carreras sobre pista, grandes marchas bajo la luz del sol, sin demasiada ropa que lo entorpezca, y volverá usted a su casa hecho todo un hombre. La obra más excelsa de la naturaleza, el modelo perfecto de animal..., ya conoce los versos del bardo Inmortal.

Y habrá olvidado usted todo lo relacionado con la vida malsana de Nueva York, que está envenenando su organismo... Venga usted, joven... Bueno, buenas noches. En cuanto haya hecho mis ejercicios de respiración, habrá llegado la hora de acostarme. Siempre que estoy en Washington, me levanto a las seis todas las mañanas y rompo el hielo que cubre el Basin... ¿Qué le parece

un pequeño chapuzón mañana? El noticiario de la Pathé va a estar allí... Le sería muy útil en su profesión... Dick se excusó apresuradamente.

—En otra ocasión, señor Bingham.

En el Shoreham encontró a J. W. acabando de cenar en compañía del senador Planet y el coronel Judson, un hombre blanco y rosado, con cara de sapo, de maneras amables y acariciadoras.

El senador se levantó y estrechó calurosamente la mano de Dick.

—Vaya, muchacho, esperábamos verlo aparecer vestido con una piel de tigre... ¿Le mostró el viejo su ejercicio de dilatación pectoral?

J.W fruncía el ceño.

—No esta vez, senador —respondió Dick, en tono pausado. —Pero, senador —dijo J.W con impaciencia, prosiguiendo su discurso interrumpido—, ése es el meollo del asunto. Una vez que el gobierno siente el precedente de intervenir en los negocios, la libertad y la iniciativa privada se habrán acabado en este país.

—Significará el advenimiento de la tiranía bolchevique de la Rusia roja —añadió con furibundo énfasis el coronel Judson.

El senador Planet rió.

—¿No son ésas unas palabras bastante duras, Joel?

—Lo que ese proyecto de ley pretende es arrebatar al pueblo americano su derecho a la automedicación. Una sarta de burócratas holgazanes y de meatintas serán los encargados de decirnos qué laxante podemos tomar y cuál no. Como sucede en todas estas cuestiones, el asunto estará en manos de excéntricos y de entrometidos. El pueblo americano tiene todo el derecho de elegir los productos que desea comprar. Es un insulto a la inteligencia de nuestros ciudadanos.

El senador Planet levantó la taza de café para apurar las últimas gotas. Dick observó que bebían brandy en grandes copas panzudas.

—Bien, lo que dice puede ser verdad —dijo el senador pausadamente—, pero el proyecto de ley tiene bastante apoyo popular, ustedes, caballeros, no deben olvidar que yo no soy enteramente libre a este respecto. Debo consultar los deseos de mis electores...

—Desde mi punto de vista —le interrumpió el coronel Judson—, todos estos proyectos de ley sobre fármacos y alimentos no son sino legislaciones clasistas en favor de los profesionales de la medicina. Los médicos quieren, lógicamente, que les consultemos antes de comprar un simple cepillo de dientes o un paquete de regaliz en polvo.

J. W. volvió a tomar el hilo de su anterior razonamiento.

—El auge de los específicos científicamente preparados pero de composición exclusiva y patentada ha tendido siempre a hacer del profano un ser libre y autosuficiente, capaz de tratarse dolencias menores sin consultar a un médico.

El senador apuró su brandy sin responder a su interlocutor.

—Bowie —dijo el coronel Judson, alcanzando la botella y sirviéndose otra copa—, sabe tan bien como yo que el pueblo llano de su estado no desea ver recortada su libertad de elección por ningún fisgón o entrometido de Washington... Y nosotros disponemos del dinero y de la organización capaces de brindarle un gran apoyo en su campaña electoral. El señor Moorehouse está a punto de lanzar una de las más grandes campañas educativas que jamás haya visto el país, a fin de hacer saber la verdad acerca de los específicos patentados, tanto en las áreas urbanas como en los medios rurales. Levantará una oleada de opinión tan gigantesca que el Congreso se verá obligado a tenerla en cuenta. Le he visto hacerlo otras veces.

—Excelente brandy —dijo el senador—. El buen armagnac ha sido desde hace años mi preferido. —Se aclaró la garganta, cogió un cigarro de una caja que había en el centro de la mesa y lo encendió sin prisa—. Últimamente he sido muy criticado; por gente irresponsable, naturalmente. Critican lo que ellos llaman mi asociación reaccionaria con los grandes negocios. Ya conocen ustedes la efectividad de tales argumentos demagógicos.

—Es particularmente en ocasiones como ésta cuando una organización dirigida con inteligencia puede resultar de suma utilidad a los políticos —observó el coronel Judson, con gravedad.

Los ojos negros del senador Planet centellearon fugazmente al pasarse la mano por un mechón puntiagudo de pelo negro que, al caer sobre su frente, había dejado al descubierto una calva en la parte superior de su cabeza.

—Adivino que la cuestión se reduce a cuánta ayuda será la que se aporte —dijo levantándose—. El paralelogramo de fuerzas.

Los demás se levantaron también. El senador sacudió la ceniza de su cigarro.

—La fuerza de la opinión pública, senador —dijo J. W. malévolamente—. Eso es lo que tenemos para ofrecer.

—Bien, señor Moorehouse, deberá usted disculparme. Tengo algunos discursos que preparar... Ha sido un rato delicioso... Dick, tiene que venir a cenar un día antes de dejar Washington. Le hemos echado de menos en nuestras pequeñas cenas... Buenas noches, Joel, le veré mañana.

El ayuda de cámara de J. W. ayudaba al senador Planet a ponerse el abrigo forrado de piel.

—El señor Bingham —dijo J.W— es un hombre con mucho espíritu público, senador. Está dispuesto a gastar una considerable suma de dinero.

—Tendrá que hacerlo —replicó el senador.

Cuando la puerta se cerró tras el senador Planet, los tres hombres se sentaron de nuevo y permanecieron en silencio. Dick se sirvió una copa de armagnac.

—Bien, el señor Bingham no tiene por qué preocuparse —dijo el coronel Judson—, pero le costará dinero, Bowie y sus amigos tratan sencillamente de hacer que la oferta suba. Ya sabe, J.W, que leo en ellos como en un libro abierto... No en vano vivo en esta ciudad desde hace quince años.

—Es humillante y absurdo que negocios legítimos tengan que rebajarse a utilizar tales métodos —manifestó J. W.

—Cierto, me ha quitado usted la palabra de la boca... Si quiere mi opinión, lo que en este país necesitamos es un hombre fuerte que mande a paseo a todos esos políticos... No crea que no los conozco bien, pero esta pequeña cena ha resultado muy útil. Usted es un elemento nuevo en la situación... Ya sabe, una valiosa aura de dignidad... Bien, buenas noches.

J. W., blanco como el papel, se había levantado ya y le tendía la mano.

—Bueno, tengo que irme ahora mismo —continuó el coronel Judson—. Puede asegurar a su cliente que ese proyecto de ley no pasará. Le deseo buenos sueños, señor Moorehouse. Buenas noches, capitán Savage...

El coronel Judson, con ambas manos a un tiempo, dio sendas palmadas afectuosas a J. W. y a Dick en el hombro, y salió por la puerta masticando su cigarro y dejando tras él una amplia sonrisa y una tupida vaharada de humo azul.

Dick se volvió hacia J. W., que se había dejado caer sobre una silla tapizada en rojo.

—¿Seguro que se siente bien, J. W.?

—Es sólo una pequeña indigestión —dijo J. W. débilmente, con una mueca de dolor en el semblante, agarrándose a los brazos de la silla con ambas manos.

—Bien, será mejor que nos acostemos —propuso Dick—. Pero ¿qué le parece si avisamos a un médico para que lo vea mañana por la mañana?

—Ya veremos... Buenas noches —dijo J. W., hablando con dificultad y con los ojos cerrados.

Acababa de conciliar el sueño cuando lo despertaron unos golpecitos en la puerta. Se incorporó sobresaltado. Fue hasta la puerta descalzo. Era Morton, el viejo ayuda de cámara de J.W

—Perdóneme, señor, por despertarle —dijo con su acento cockney—, pero estoy muy preocupado por el señor Moorehouse... El doctor Gleason está ahora con él, señor... Me temo que se trata de un ataque al corazón, señor. Tiene unos horribles dolores, señor...

Dick se echó encima su bata de seda granate, se puso las zapatillas y corrió a la sala de la suite, donde encontró al médico, un hombre de cabellos y bigote grises y modales amenazadores.

—Este es el señor Savage, señor —dijo el ayuda de cámara.

El médico dirigió a Dick una mirada feroz mientras hablaba:

—El señor Moorehouse debe guardar reposo absoluto durante unos días. Es una levísima angina de pecho... Nada grave esta vez, pero lo indicado es que descanse a conciencia unos cuantos meses. Debería hacerse, además, un minucioso reconocimiento médico... Háblele de ello por la mañana. Usted, según creo, es el socio del señor Moorehouse, ¿no es eso, señor Savage?

Dick enrojeció.

—Sólo soy uno de sus colaboradores.

—Pues ahórrele todo el trabajo que le sea posible.

Dick asintió con la cabeza. Volvió a su habitación y se pasó el resto de la noche en vela.

A la mañana siguiente, cuando entró en su cuarto a verlo, lo encontró incorporado sobre las almohadas, con la cara blanca y arrugada y cercos violáceos bajo los ojos.

—Dick, me he llevado un gran susto.

Su voz era trémula y débil; Dick, al oírlo, casi sintió deseos de echarse a llorar.

—Bien, ¿qué vamos a hacer ahora nosotros?

—Dick, me temo que voy a tener que echarles a ustedes sobre las espaldas a E. R. Bingham y otros asuntos más... Y he estado pensando que tal vez debiera cambiar toda la estructura de capital de la firma. ¿Qué opinaría si la denomináramos Moorehouse, Griscolm y Savage?

—Creo que sería un error cambiar el nombre. Después de todo, J. Ward Moorehouse es una institución nacional.

La voz de J. W. se hizo ligeramente más trémula. Se veía obligado a aclararse la garganta continuamente.

—Creo que tiene razón, Dick —dijo—. Me gustaría aguantar lo suficiente como para dar a mis chicos un empujoncito en la vida.

—¿Qué se quiere apostar a que se pondrá un sombrero de copa para ir a mi entierro? En primer lugar, es posible que se trate de una indigestión aguda, como pensó en un principio. No podemos fiarnos de la opinión de un solo médico. ¿Qué le parece una pequeña excursión a la clínica Mayo? Todo lo que usted necesita es una buena revisión..., esmerilado de válvulas, ajuste del carburador, ese tipo de cosas... A propósito, J. W., ¿no querrá usted que el señor Bingham descubra que un hombre que sólo gana quince mil dólares al año maneja sus sacrosantos específicos, no es cierto?

J. W., rió débilmente.

—Bien, ya veremos... Pienso que lo mejor será que se vaya usted a Nueva York esta misma mañana y tome a su cargo la oficina. La señorita Williams y yo nos quedamos aquí defendiendo el fuerte... Es agria como un pepinillo en vinagre, pero un tesoro, créame.

—¿No sería mejor que me quedara hasta que lo vea detenidamente un especialista?

—El doctor Gleason me ha atiborrado de alguna droga que me hace sentirme muy bien. He telegrafiado a mi hermana Hazel, que trabaja como maestra allá en Wilmington y es la única de la familia a la que veo a menudo desde que murieron mis padres... Llegará esta tarde. Son sus vacaciones de Navidad.

—¿Le consiguió Morton las cotizaciones de la mañana?

—Han subido como la espuma... Nunca he visto nada igual... Pero sepa, Dick, que voy a vender todas las acciones y me voy a dormir en los laureles una temporada... Es extraño comprobar cómo una experiencia de este tipo lo desanima a uno hasta tal punto.

—A usted y al lucero del alba —dijo Dick.

—Tal vez sea la edad —murmuró J. W., y cerró los ojos unos instantes.

Su rostro, mientras Dick lo miraba, parecía ir sumiéndose en una urdimbre de arrugas grises y violáceas.

—Bien, tómeselo con calma, J. W. —aconsejó Dick, y salió sigilosamente del cuarto.

Tomó el tren de las once y llegó a la oficina justo a tiempo para poner las cosas en orden. Dijo a todo el mundo que J. W. había pillado una ligera gripe y que debía guardar cama unos cuantos días. Había tanto trabajo amontonado que dio un dólar para la cena a la señorita Hilles, su secretaria, y le pidió que volviera a las ocho. El mandó que le enviaran unos emparedados y un café de una tienda de platos preparados cercana. Era ya más de medianoche cuando terminó con los asuntos pendientes y salió de su despacho. En los pasillos desiertos del edificio en penumbra se cruzó con dos viejas descoloridas que llegaban con baldes y fregonas a limpiar la oficina. El ascensorista de noche era un viejo de cara pastosa. Había nevado, y la nieve fangosa del suelo daba a la avenida Lexington el aire renegrido y despojado de una calle pueblerina. Cuando dobló la esquina y empezó a caminar hacia el norte, un viento crudo le azotó la cara y las orejas. Pensó en el apartamento de la calle Cincuenta y seis, rebosante del mobiliario de su madre, en las sillas doradas del salón, en todos los sombríos objetos que había conocido cuando niño: el Ciervo acorralado y los grabados del Forum Romanorum de su cuarto, las camas de arce... Podía verlo todo nítidamente, como si estuviera allí mismo al dar la vuelta a la esquina y encarar el viento. Resultaba poco agradable cuando su madre estaba en casa, pero espantoso cuando estaba fuera, en St. Augustine.

—Maldita sea, ya es hora de que gane el dinero necesario para reorganizar mi vida —se dijo.

Se subió al primer taxi que vio pasar y fue al 63, donde el ambiente era cálido y acogedor. Mientras lo ayudaba a quitarse el abrigo y la bufanda, la rubia platino del guardarropa reanudó la elaborada broma, que habían compartido en el curso del invierno, acerca de cómo Dick la llevaría a Miami, donde ganaría para ella una fortuna en las carreras de Hialeah. Luego se quedó unos instantes en el umbral, atisbando el local de techo bajo, lleno de cabezas

atildadas, mesas, vasos y humo de tabaco que se alzaba en espiral frente a las luces rosas. Vio el flequillo negro de Pat Doolittle; allí estaba, sentada en un reservado con Reggie y Jo.

El camarero italiano se acercó rápidamente frotándose las manos.

—Buenas noches, señor Savage; lo hemos echado de menos.

—He estado en Washington.

—¿Hace frío allí?

—Oh, regular —contestó Dick, y se deslizó en el diván de cuero rojo, frente a Pat.

—Vaya, mirad a quién tenemos aquí —dijo Pat—. Te suponía muy ocupado envenenando a los hombres públicos que se sientan bajo la cúpula del Capitolio.

—No estaría nada mal si envenenásemos a algunos de esos legisladores del Oeste —replicó Dick.

Reggie le tendió la mano.

—Bien, choque esos cinco, Alee Borgia... Calculo que debe de estar bajo los efectos del bourbon si es que se ha estado mezclando con todos esos padres del servicio militar obligatorio.

—Claro que bebo bourbon... Chicos, estoy cansado... Voy a comer algo. No he cenado; acabo de salir de la oficina.

Reggie parecía estar bastante ebrio, y también Pat. Jo estaba sobria y era obvio que se sentía molesta. «Tengo que arreglar un poco esto», pensó Dick, y rodeó con el brazo el talle de Pat.

—¿Qué, recibiste mi telegrama? —le preguntó.

—Me reí como una loca al leerlo —dijo Pat—. Diablos, Dick, me alegro mucho de tenerte otra vez entre las gentes bebedoras.

—Oiga, Dick —intervino Reggie—, ¿hay algo de verdad en ese rumor de que el viejo politicastro se ha venido abajo?

—El señor Moorehouse tuvo un pequeño acceso de indigestión aguda... Estaba mejor cuando me vine —contestó Dick, y en sus palabras creyó advertir un tono demasiado solemne.

—El no beber acaba matándolos —dijo Reggie.

Las chicas rieron. Dick apuró tres bourbons uno tras otro, pero no vio que su ánimo mejorase. Se sentía hambriento y agotado. Había vuelto la cabeza para llamar al camarero y preguntarle qué diablos sucedía con su Jilet mignon, cuando oyó que Reggie decía con voz cansina:

—Después de todo, J. Ward Moorehouse no es un hombre..., es un nombre... Y nadie puede apenarse cuando un nombre se pone enfermo.

Dick sintió que un arrebato de ira se le subía a la cabeza.

—Es uno de los sesenta hombres más importantes de este país —dijo—. Y de todas formas, tú, Reggie, cobras de su dinero...

—¡Santo cielo! —gritó Reggie—. Qué digno se nos ha puesto...

Pat se volvió hacia Dick, riendo.

—Al parecer, la gente adquiere una gran santidad allá en Washington —dijo.

—No, sabes que a mí me gusta bromear como el que más... Pero cuando un hombre como J. W., que le guste a uno o no lo que hace, es quizás uno de los hombres vivos que más ha hecho para formar la mentalidad pública en este país, se pone enfermo, pienso que las ocurrencias de estudiante adolescente resultan de pésimo gusto.

Reggie estaba borracho. Simulaba hablar en el dialecto del Sur.

—Vaya, hermano, no sabía que fueras la niña de los ojos de Moorehouse. Pensaba que eras sólo un esclavo con jornal bajo, como todos nosotros, los demás negritos.

Dick quería callarse, pero no pudo contenerse:

—Os guste o no, el moldear la mentalidad pública es una de las cosas más importantes que tienen lugar en este país. Si no fuese por ello, los negocios americanos estarían metidos en un buen aprieto... Los procedimientos en los negocios americanos pueden gustarnos o no, pero constituyen un hecho histórico tan cierto como la existencia del Himalaya, y nadie va a cambiarlo por muchas bromas que hagamos al respecto. Sólo mediante la publicidad pueden los negocios protegerse de todos esos demagogos y chiflados de ojos extraviados, siempre dispuestos a echar una llave inglesa en la máquina industrial para entorpecer su funcionamiento.

—¡Muy bien! —gritó Pat.

—Y tú serás la primera en chillar cuando a tu padre le dejen de pagar la renta de los bonos hipotecarios —añadió Dick, irritado.

—Senador —entonó Reggie, vivificado por un nuevo old—fashioned—, permítame felicitarle... con toda mi alma. Senador, permítame felicitarle por sus valiosos servicios para esta gran comunidad de riqueza que se extiende desde el gran océano Atlántico hasta el glorioso y grande océano Pacífico.

—Cállate, Reggie —dijo Jo—. Déjale comer su filete en paz.

—Bueno, Dick, te has puesto un poco trágico —observó Pat—. Pero, en serio, creo que tienes razón.

—Hay que ser realistas —dijo Dick.

—A mí me parece —aventuró Pat Doolittle, echando hacia atrás la cabeza y echándose a reír— que éste ha conseguido por fin un aumento de sueldo.

Dick no pudo evitar sonreír y asentir con la cabeza. Se sentía mejor después de haber cenado. Pidió otra ronda de bebidas y sugirió ir a Harlem a bailar en el Smalls Paradise. Dijo que estaba demasiado cansado para poder dormir y que necesitaba distraerse. Pat Doolittle explicó que adoraba Harlem, pero que no había traído ni un centavo.

—Corre de mi cuenta —dijo Dick—. Llevo encima un buen fajo.

Salieron del local cada uno con una petaca de whisky, que las chicas ocultaban en el bolso y Dick y Reggie en el bolsillo trasero. Reggie y Pat cantaron The Fireship en el taxi. Dick bebió generosamente durante el trayecto, a fin de ponerse a tono con los otros. Bajar por las escaleras del Smalls era como sumergirse en las aguas cálidas y espesas de un estanque. El aire era denso, saturado de un olor almizcleño a polvos y perfume y lápiz de labios y ropa de mulata, y vibraba como carne bajo la rítmica y suave cadencia de la banda. Dick y Pat salieron inmediatamente a la pista, y se pusieron a bailar muy juntos. Mientras se deslizaban con suavidad de nata Dick encontró bajo los suyos los labios de Pat, y la besó. Y ella lo besó también. Cuando cesó la música, la cabeza siguió dándoles vueltas. Volvieron a la mesa con dignidad alcohólica. Cuando la banda tocó de nuevo, Dick sacó a bailar a Jo. Y a ella también la besó.

Ella lo apartó un poco.

—Dick, no deberías...

—A Reggie no le importa. Todo queda en familia...

Reggie y Pat, sumergidos en un vaivén nebuloso de parejas, bailaban a su lado. Dick soltó la mano dejo y la puso sobre el hombro de Reggie.

—Reggie, ¿no te importará que por una vez bese a tu futura esposa en tu nombre...?

—Haz todo lo que puedas, senador —dijo Reggie.

Su voz sonaba espesa. Pat se las veía y se las deseaba para mantenerlo en pie. Jo dirigió a Dick una mirada irritada, y mantuvo su cara apartada de él hasta que acabó el baile. En cuanto volvieron a la mesa dijo a Reggie que eran más de las dos y que tenía que volver a casa, pues al menos ella tenía que trabajar por la mañana.

Una vez solos Dick y Pat, él inició caricias amorosas, pero ella se volvió y le dijo:

—Oh, Dick, llévame a algún sitio de baja estofa... Nadie me lleva nunca a ningún sitio bajo de verdad...

—Yo diría que éste es un sitio bastante bajo para una chica de la liga de estudiantes...

—Pero esto es aún más respetable que Broadway. Además, no pertenezco a ninguna liga de estudiantes... Soy una mujer nueva.

Dick se echó a reír. Rieron ambos y tomaron otra copa para celebrarlo y volvieron a sentirse muy unidos y Dick, de pronto, le preguntó por qué no se quedaban juntos para siempre.

—Creo que eres mezquino. Éste no es sitio para proponerle a una chica matrimonio. Imagínate..., recordar siempre que nos prometimos en Harlem... Además, quiero conocer la vida...

—De acuerdo, joven dama, te llevaré a un sitio... Pero luego no me digas nada si te parece un tugurio demasiado infame.

—No soy ninguna ursulina —replicó Pat, furiosa—. Sé que no los trae la cigüeña.

Dick pagó. Apuraron la pinta de whisky de una de las petacas. Afuera nevaba. Las calles y las calzadas y los porches aparecían blancos, quietos, inocuos, relucientes a la luz de las farolas con la nieve recién caída. Dick preguntó al portero negro de ojos albinos por un tugurio del que había oído hablar, y el portero dio al taxista la dirección.

Dick empezaba a sentirse bien.

—Oye, Pat, ¿no es maravilloso? —exclamaba una y otra vez.

—Esos chiquillos no lo aguantarían. Hace falta gente mayor— cita como nosotros... Oye, Reggie se está volviendo muy impertinente, ¿te has dado cuenta?

Pat le apretaba la mano con fuerza. Tenía las mejillas encendidas y una expresión tensa en el semblante.

—Qué emocionante... —murmuró.

El taxi se detuvo ante la puerta sin pintar de un sótano, alumbrada por una bombilla sobre la que se veía un halo de copos de nieve.

Tuvieron dificultades para entrar. No había ningún blanco en el local. Era un lugar sofocante, con mesas y sillas de cocina alrededor de una caldera de calefacción. De las tuberías que había sobre sus cabezas colgaban banderitas multicolores de papel. Una mujer grande y cobriza, con vestido rosa, les condujo hasta una mesa. Sus ojos eran grandes y se movían con vivacidad dentro de las órbitas oscuras, y había una crispación nerviosa en sus labios. Al parecer, Pat le había gustado.

—Ven, ponte cómoda, cariño —dijo—. ¿Dónde te has metido hasta hoy?

Habían terminado el whisky en el taxi y empezaron a beber ginebra. Al rato la cabeza de Dick era un puro torbellino. No podía alejar de ella el resentimiento que albergaba contra aquel pequeño mequetrefe de Reggie. Había sido como su niñera en la oficina durante todo un año, y ahora se las daba de sabihondo con él. El pequeño imbécil.

Por toda música se oían las notas de un piano, sobre el que tecleaba con suavidad un negro de talle fino. Dick y Pat bailaron y bailaron sin parar... El la llevaba haciéndola girar de un lado a otro, hasta que tanto los negros azabache como los mulatos les vitorearon y aplaudieron. Dick resbaló y Pat se le fue de las manos; girando sobre sí misma cayó sobre una mesa donde estaban sentadas unas chicas. Se abrieron las bocas, se retiraron las cabezas oscuras, se crisparon los labios gomosos y rosados. Dientes de oro y dientes níveos lanzaron una estentórea carcajada.

Pat bailaba ahora con una mulata clara y bonita, con un vestido amarillo. Dick bailaba con un chico cobrizo de manos suaves, con traje muy entallado y del mismo color que su piel, que le estaba susurrando al oído que se llamaba Gloria Swanson. Dick, de pronto, se apartó de él bruscamente, se acercó a Pat y la arrancó de los brazos de la chica. Luego invitó a beber a todo el mundo, y los semblantes hoscos se volvieron otra vez sonrisas. Le costó mucho trabajo ponerle el abrigo a Pat.

La ayuda de la mujer gorda venció su resistencia.

—Claro, cariño —dijo—, ya es suficiente alcohol por hoy, ¿verdad? Tienes que cuidar tu preciosa figura.

Dick la abrazó y le deslizó un billete de diez dólares.

En el taxi, Pat se puso histérica; mordió y golpeó a Dick, que la mantenía agarrada con fuerza para evitar que abriera la portezuela del taxi y se arrojara sobre la nieve.

—Lo estropeas todo... No piensas más que en ti mismo —gritaba—, Nunca serás capaz de llevar las cosas hasta el fin.

—Pero, Pat, de verdad —gemía Dick—. Pensé que había llegado el momento de largarnos.

Cuando el taxi se detuvo frente a la gran casa cuadrada de apartamentos donde Pat vivía, en Park Avenue, ella lloraba en silencio sobre el hombro de Dick. La ayudó a entrar en el ascensor, subieron juntos y, en el corredor de su piso, antes de que ella metiera la llave en la cerradura, se besaron largamente. Permanecieron allí tambaleándose, aferrándose el uno al otro, acariciándose íntimamente por encima de la ropa, hasta que Dick oyó el zumbido siseante del ascensor que subía, y le abrió la puerta del apartamento y la empujó hacia dentro.

Cuando salió a la calle encontró al taxista esperándolo. Había olvidado pagarle. No podía soportar la idea de volver a casa. No se sentía borracho; se sentía inmensamente fresco e intrépido e inocentemente excitado. Patricia Doolittle... La odiaba más que a nadie en el mundo. «La muy puta...», decía en voz alta. Se preguntaba qué tal resultaría si volvía al tugurio a ver lo que pasaba, y, casi sin transición, estaba allí y la gorda lo besaba y hacía bambolear sus pechos mientras lo abrazaba y lo llamaba «hijo mío» con cariño. Servía ginebra a todo el mundo y bailaba mejilla con mejilla con Gloria Swanson, que le susurraba en el oído: «Lo hago ahora... o debo antes mostrarme vacilante...».

Había amanecido. Dick gritaba que la fiesta no debía terminar, que todos tenían que ir a desayunar con él. Ya todo el mundo se había marchado, y Dick subió a un taxi en compañía de Gloria y de un fornido macho negro a quien

Gloria llamaba su amiga Florence. Le costó terriblemente hacer que la llave entrara en la cerradura. Dio un traspié y cayó hacia la pálida luz azul que se filtraba a través de las cortinas de encaje de las ventanas del apartamento de su madre. Algo muy suave lo golpeó sin ruido en la parte posterior de la cabeza.

Se despertó desnudo en su propia cama. Era ya pleno día. El teléfono sonaba. Lo dejó sonar. Se sentó. Se sentía algo mareado, pero no demasiado mal. Se llevó la mano a la oreja y la retiró ensangrentada. Probablemente había sido una media llena de arena el arma con la que le habían golpeado. Se levantó. Se sintió tambaleante, pero podía andar. Le empezó a doler horriblemente la cabeza. Buscó con la mirada el lugar de la mesa donde solía dejar el reloj de pulsera. El reloj no estaba allí. Sus ropas estaban cuidadosamente colgadas sobre una silla. Encontró la cartera donde debía estar, pero el fajo de billetes había desaparecido. Se sentó en el borde de la cama. Oh, maldito imbécil... Nunca, nunca, nunca volvería a correr un riesgo semejante. Ahora sabían su nombre, su dirección, su número de teléfono. Chantaje... Oh, Cristo. ¿Qué iba a pasar cuando su madre, al volver de Florida, se enterase de que su hijo, que ahora ganaba veinticinco mil dólares anuales y era el socio menor de J. Ward Moorehouse, era objeto de chantaje por dos negros putos, prostitutas machos que se vendían a otros machos? ¡Cristo! Y Pat Doolittle y las chicas de Bingham. Aquello arruinaría su vida. Le pasó por la cabeza fugazmente ir a la cocina y abrir la espita de gas.

Se sobrepuso y tomó un baño. Luego se vistió cuidadosamente, se puso el sombrero y el abrigo y salió a la calle. Eran sólo las nueve. Vio la hora en el escaparate de una joyería de la avenida Lexington. En la misma joyería había un espejo. Se miró en él y reconoció que no tenía demasiado mal aspecto. Lo tendría peor luego, pero en cualquier caso necesitaba un afeitado y debía hacer algo para limpiar la sangre coagulada de la oreja.

No tenía ni un centavo, pero tenía el talonario. Fue hasta el local de baños turcos que había cerca de la estación Grand Central. Los empleados bromearon acerca de la pelea que debía haber tenido. Empezó a perder el miedo y a fanfarronear sobre la suerte que había corrido el otro tipo. Le aceptaron el cheque sin problemas e incluso le sobró dinero para tomarse una

copa antes del desayuno. Cuando llegó a la oficina, la cabeza le seguía doliendo enormemente, pero se sentía mejor. Mantuvo las manos en los bolsillos para que la señorita Hilles no pudiera apreciar cómo temblaban. Gracias a Dios, no tenía que firmar ninguna carta hasta la tarde.

Entró en su despacho Ed Griscolm y se sentó sobre su escritorio y habló acerca del estado de J. W. y de la cuenta de Bingham, y Dick fue extremadamente amable con él. Ed Griscolm empezó a alardear de una oferta que le habían hecho para trabajar en la firma Halsey, y Dick dijo que, claro, él no era quién para darle consejos, pero que, hablando de sí mismo, el único lugar de todo el país donde deseaba estar era precisamente allí, y máxime en aquel momento en que las perspectivas eran mejores que nunca. J. W. y él habían tenido una charla al respecto cuando fueron en tren a Washington.

—Creo que tienes razón —admitió Ed—. Tal vez fuera un poco de envidia por mi parte.

Dick se levantó.

—En serio, Ed, viejo, no debes pensar ni por un momento que J. W. no aprecia tu trabajo. Incluso dejó entrever algo acerca de un aumento de sueldo.

—Bien, fuiste muy amable al hablar un poco en mi favor, viejo —dijo Ed, y se estrecharon la mano con calor.

Salía ya del despacho cuando se volvió y dijo:

—Oye, Dick, me gustaría que le dijeras unas palabras a ese jovencito, Reggie Talbot... Sé que es amigo tuyo, y no he querido hacerlo yo, pero, Dios bendito, ha vuelto a llamar diciendo que tenía la gripe... Ya es la tercera vez este mes...

Dick frunció el ceño.

—No sé qué es lo que voy a hacer con él, Ed. Es un buen chico, pero si no se pone a trabajar en serio... me temo que tendremos que prescindir de él. No debemos dejar que los amigos con quienes tomamos unas copas interfieran en la buena marcha de la oficina... Todos estos jovencitos beben demasiado, a decir verdad...

Una vez que Ed se hubo ido, Dick encontró sobre su escritorio un gran sobre azul con la anotación: PERSONAL. Al abrirlo salió de él una vaharada de perfume. Myra Bingham lo invitaba a la inauguración de su estudio en Central Park South.

Leía aún la esquela cuando le llegó a través del interfono la voz de la señorita Hilles.

—El señor Henry B. Furness, de la Furness Corporation, dice que se debe hablar con el señor Moorehouse inmediatamente.

—Páseme la llamada, señorita Hilles. Yo hablaré con él... Y, a propósito, tome nota en mi agenda de compromisos sociales: quince de enero, a las cinco de la tarde, recepción de la señorita Myra Bingham, 36 Central Park South.

Noticiario LXVIII

ESTUPEFACCIÓN EN WALL STREET

Esta no es la Treinta y ocho es la vieja

Noventa y siete.

Debes llevarla al centro a tiempo

EL MERCADO CONFÍA EN SUPERAR LA DEPRESIÓN

Disminuyen los contratos

LA POLICÍA AMETRALLA A LOS MINEROS

HUELGUISTAS EN COLORADO

CINCO MUERTOS Y CUARENTA HERIDOS

los simpatizantes aparecieron en el momento en que miles de oficinistas salían de los edificios a la hora del almuerzo. Cuando alzaron sus pancartas e iniciaron una marcha indefinida de un extremo a otro del lugar, fueron abucheados e insultados no sólo por los oficinistas sino también por los obreros de un edificio en construcción

SE PREVÉN NUEVOS MÉTODOS DE VENTA

Las tripulaciones de rescate tratan de levantar el barco siniestrado mientras esperan la llegada de pontones

Miró en torno y dijo al fogonero negro cubierto de grasa

echa una palada más de carbón

y cuando crucemos aquella montaña blanca de robleas

podrás ver rodar tu Noventa y siete

encuentro su columna muy interesante y necesito su consejo. Tengo ahorrados cuatro mil dólares que deseo invertir para obtener una renta mejor. ¿Cree usted que debo comprar acciones?

EL ASESINO DEL POLICÍA ARROJA EL CIGARRILLO CON MANO

TEMBLOROSA MIENTRAS SE DIRIGE HACIA EL PATÍBULO

CIERTAS AGENCIAS TEATRALES EN EL CIRCUITO

DE LA TRATA DE BLANCAS

Letrado desposeído de su título por hacer el amor

A la derecha, los chaqueteros

Y los socialistas farsantes;

Dicen que luchan por los obreros..., pero

Los traicionan

Predican el socialismo

Pero practican el fascismo

Para que el capitalismo

sea el amo

EL CONGRESO DE MOSCÚ EXPULSA A LOS DISIDENTES

Es una pésima carretera la de Lynchburg a Danville Hay en ella una pendiente de tres millas

Y fue en tal pendiente donde perdió la media conseguida

Y ya sabéis el salto que dio

UNOS MALHECHORES COMETEN UN ASESINATO

ahí está el más peligroso ejemplo de cómo en el momento decisivo la ideología burguesa anula la solidaridad de clases y convierte al amigo de la clase obrera de ayer en el más miserable de los propagandistas actuales del imperialismo

LOS PIQUETES ROJOS MULTADOS POR SU PROTESTA EN LA CIUDAD

Dejamos nuestra casa por la mañana Damos a nuestros hijos un beso de despedida

LAS AUTORIDADES AÚN CONFÍAN EN RESCATAR

A LAS VÍCTIMAS

Iban bajando la pendiente a noventa millas por hora Cuando el silbato se convirtió en aullido;

Lo encontraron entre los restos de chatarra

Abrasado por el vapor

Con las manos en la palanca del acelerador

LOS EXTREMISTAS PELEAN CON SILLAS

EN EL MITIN DE LA UNIDAD

LOS POLICÍAS PROTEGEN A LOS ROJOS

LA CÁMARA DE COMERCIO ESTADOUNIDENSE

INSTA A LA CONFIANZA

LOS VALORES INMOBILIARIOS NO HAN

RESULTADO AFECTADOS

Mientras los patronos nos esclavizan Nuestros hijos gritan y lloran Pero cuando sacamos nuestro dinero Para pagar la cuenta del tendero

EL PRESIDENTE AUGURA UNA PRONTA PROSPERIDAD

Ni un centavo nos queda para ropa

Ni un centavo nos queda para ahorrar

CARGAN CON UN APISONADORA

CONTRA LOS MILITANTES

LOS MINEROS LUCHAN

CONTRA LOS ESQUIROLES

Pero no podemos comprar nada a nuestros hijos

Nuestros jornales son muy bajos

Escuchadme vosotros los obreros

Tanto hombres como mujeres

Alcémonos con la victoria por nuestros hijos

Estoy seguro de que en ello no habrá pecado

alguno

TOCA EL CARILLÓN DE LA TORRE SONORA

el presidente declaró que era imposible contemplar el creciente bienestar de la mayoría sin sonreír ante aquellos que hace muy poco tiempo expresaban su temor de que el país cayera en manos de unos pocos magnates

UNA MULTITUD SATISFECHA

AFLUYE A LA CEREMONIA

en una diminuta isla que como una verde joya se asienta en el lago que refleja la torre sonora, el presidente participó en la inauguración de un refugio para pájaros, con su cadencioso carillón, haciendo así realidad el sueño de un muchachito inmigrante

El Ojo de la Cámara (51)

en la cima del valle en la oscuridad de las colinas sobre el piso quebrado de una cabaña maltratada un hombre medio se sienta medio apoyado en una anciana en dos chicas arrugadas que podían ser jóvenes unos trozos de carbón llamean en el hogar arrojan una fluctuante luz sobre su cara blanca y fláccida como masa ennegrecen la cavidad abierta de su boca la tensa garganta el vientre hinchado enormemente por la herida que se infligió trabajando en la escombrera de la mina la chica descalza le trae agua en una lata la mujer le enjuga el sudor que se desliza por su cara con la sucia manga de mahón de su vestido el hogar centellea en sus ojos dilatados por la fiebre en los ojos asustados de la mujer en el semblante pálido de los forasteros

sin ayuda en el valle cercado por las oscuras colinas de silencio inmenso el hombre morirá (mi padre murió sabemos lo que es ver morir a un hombre) las mujeres lo tenderán sobre la desvencijada yacija los mineros lo enterrarán

en la cárcel hay una ardiente luz la calefacción de vapor silba hablamos a través de los barrotes de hierro pintados de verde con un hombre alto con bigotes pálido y viejo con unos mineros sonrientes en mangas de camisa con un chico las caras blancas del trabajo en la mina tienen ya el aspecto sabueso de las de los presidiarios

forasteros ¿qué podemos decirles a los muertos? forasteros ¿qué podemos decirles a los presos? el representante del partido político habla deprisa uníos a nosotros ningún otro sindicato os mandará tabaco dulces solidaridad nuestros abogados redactarán expedientes los oradores gritarán vuestros nombres en los mítines en los piquetes se exhibirán vuestros nombres en pancartas los hombres encarcelados se encogen de hombros sonríen débilmente nuestros ojos miran sus ojos a través de los barrotes ¿qué puedo decir yo? (en otro continente he visto caras que miraban hacia afuera a través de las ventanas enrejadas de unos sótanos tras las botas andrajosas de los centinelas he visto antes del alba cómo unos prisioneros se rezagaban con los

pies malheridos y cómo eran conducidos como un rebaño por las calles cojeando entre las bayonetas he oído la descarga cerrada

he visto a los muertos tendidos sobre esos valles profundos y lejanos) ¿qué podemos decir a los presos?

en la oficina de la ley permanecemos pegados a la pared la ley es un hombre grande con ojos iracundos y cara grande de calabaza se sienta y nos mira fijamente a nosotros los forasteros entrometidos los policías armados asoman la cabeza por la puerta ellos montan guardia en la mina ellos cercan los comedores de beneficencia para impedir la entrada a los mineros ellos han cortado el camino que sube al valle los hombres alquilados están listos para disparar (nos han hecho forasteros en el país que nos vio nacer son el ejército de ocupación que se ha infiltrado sigilosamente en el país han tomado las cimas de las colinas a hurtadillas cobran peaje se mantienen en las bocas de las minas

vigilan las elecciones permanecen expectantes cuando los alguaciles sacan a la acera los muebles de las familias desahuciadas de los pisos de las ciudades están siempre allí donde los banqueros ejecutan una hipoteca sobre una granja acechan emboscados y listos para disparar contra los huelguistas que marchan en manifestación detrás de la bandera por el camino zigzagueante que sube a la mina y a los que respetan las balas los encarcelan)

la ley mira fijamente desde su escritorio con ojos iracundos su cara se enrojece adquiere grandes manchones como el cuello de un pavo se pavonea con el poder de las metralletas de las escopetas de cañones recortados de los gases lacrimógenos y los gases que causan vómitos con el poder capaz de alimentar a los hombres o de dejarlos morirse de hambre se sienta confortablemente ante su escritorio tiene las espaldas cubiertas se siente fuerte sabe que detrás de él está el fiscal el juez que es también un propietario el jefe político el superintendente de la mina el consejo de administración el presidente de la compañía de utilidad pública el que maneja los hilos del holding

alza la mano hacia el teléfono

los policías se arremolinan en la puerta

no tenemos para oponernos sino palabras

Poder Superpoder

En 1880, el agente de Thomas Edison en Inglaterra, que estaba instalando el primer teléfono en Londres, hizo insertar en el periódico una oferta de trabajo para un secretario taquígrafo. El ávido joven cockney de anchas y pobladas patillas que respondió al anuncio había perdido recientemente su empleo de botones en una oficina. En su tiempo libre había estudiado taquigrafía y teneduría de libros. Transcribía para los periódicos los discursos del Parlamento y por las noches tomaba dictados del director del *Vanity Fair* inglés. Provenía de una familia de pequeños y morigerados tenderos, y a la sazón su obstinada cabeza tropezaba con la rígida estructura de cartas que condenaba a los jóvenes de su clase a una vida de chaquetas de alpaca, de papel y pluma, de subordinación. Conseguir un empleo en una firma norteamericana suponía poner el pie en el primer peldaño de una escalera que habría de conducir hacia el azul del cielo.

Se esmeró cuanto pudo para hacerse indispensable, hasta el punto de que, cuando tuvo lugar la puesta en servicio de la línea telefónica, le permitieron manejar la centralita durante la primera media hora. Edison reparó en sus informes semanales sobre la situación eléctrica en Inglaterra

y lo mandó llamar para convertirlo en su secretario particular.

Samuel Insull desembarcó en América en un crudo día de marzo del año ochenta y uno. Fue conducido inmediatamente a Menlo Park, donde le mostraron el pequeño grupo de laboratorios, y vio las líneas de bombillas que

lucían a intervalos a lo largo y ancho de los terrenos nevados, iluminados por la primera central eléctrica de la historia. Edison lo puso a trabajar de inmediato. Insull trabajaba hasta medianoche, y a la mañana siguiente estaba en su puesto a las seis. A Edison le parecía absurdo todo lo relacionado con horarios de trabajo o vacaciones, e Insull trabajó sin interrupción toda su vida, desde el primer momento hasta que tuvo setenta años: no había lugar para discusiones absurdas acerca de horarios o períodos de vacaciones. La energía eléctrica convirtió la escalera en un ascensor.

El joven Insull se hizo indispensable para Edison, y cada día fue haciéndose más cargo de las transacciones de los negocios de su jefe. Era incansable, inflexible, digno de fiar como las mareas —como solía decir Edison— y determinado a ascender en la vida.

En el noventa y dos convenció a Edison para que lo enviara a Chicago y lo nombrara presidente de la Chicago Edison Company. Y entonces tuvo las manos libres. Mi ingeniería —dijo una vez en un discurso, cuando era ya lo bastante zar de Chicago como para permitirse el lujo de hablar llanamente—, ha consistido en gran medida en levantar cuanto estaba a mi alcance a partir del dólar.

Era un hombre rígido y arrogante, de tez rubicunda y bigote muy corto. Vivía en Lake Shore Drive y llegaba todas las mañanas a la oficina a las siete y diez en punto. Le llevó quince años de trabajo fusionar las cinco compañías eléctricas y crear la Commonwealth Edison Company. Descubrí muy pronto que lo esencial en este campo y como en cualquier otra empresa de utilidad pública, era operar como monopolio.

En cuanto afirmó su poder en el campo eléctrico se apoderó del gas, diseminado bajo la superficie de los territorios circundantes del norte de Illinois. Cuando los políticos se interponían en su camino, los compraba; cuando los dirigentes sindicales se interponían en su camino, los compraba. Su poder creció increíblemente. Despreciaba a los banqueros, alquilaba a los abogados. Hizo que nombraran asesor jurídico del Ayuntamiento a su propio abogado, y a través de él controlaba toda la ciudad. Cuando, para su sorpresa, descubrió que existían hombres (entre los que se encontraban los jóvenes

abogados Richberg e Ickes) que no se podían comprar, decidió que lo mejor que podía hacer era montar formidables espectáculos para el pueblo:

El Gran Bill Thompson, el Constructor: dele un buen puñetazo en la nariz al rey Jorge; la caza del pez que trepa a los árboles; la Opera de Chicago.

Era todo demasiado fácil; la gente tenía dinero y había mucha gente; con la fundación de la compañía Middlewest Utilities, en mil novecientos doce Insull empezó a utilizar el dinero de la gente para expandir su imperio. Sus compañías comenzaron a convocar juntas generales de accionistas, a hacer una propaganda exagerada de sus servicios. El pequeño accionista podía sentarse en las juntas y escuchar a los poderosos durante todo el día. Era divertido dejarse embaucar. Las organizaciones laborales para patronales hipnotizaban a los empleados de sus compañías: todo el mundo debía comprar acciones de las mismas, los empleados debían salir a la calle a vender acciones... Botones, instaladores eléctricos, cobradores de tranvía, todos debían contribuir a la mayor gloria de sus empresas. Hasta Owen D. Young temía a Insull. Mi experiencia me dicta que lo que más ayuda a la eficiencia en el trabajo es una larga cola de obreros esperando en la puerta.

La guerra cerró la boca a los progresistas (no más tonterías acerca de combatir los trusts, de controlar los monopolios, de hablar del bien común) y alzó a Samuel Insull hasta la cumbre.

Fue nombrado presidente del Consejo de Defensa del estado de Illinois. Ahora —dijo entusiasmado—, puedo hacer todo lo que quiera. Con ello llegaron los perpetuos focos, el sabor de la púrpura imperial. Si a alguien le disgustaba lo que hacía Samuel Insull era un traidor. Y Chicago supo perfectamente cerrar la boca.

Las compañías de Insull se expandían y fusionaban y dejaban fuera de combate a sus competidores, hasta que Samuel y Martin, su hermano y fiel secuaz, llegaron a controlar, a través de la enorme palanca en sus manos que suponían los holdings, consejerías y paquetes minoritarios de acciones

la luz y la energía, las minas de carbón y las empresas de locomoción

de Illinois, Michigan, ambas Dakotas, Nebraska, Arkansas, Oklahoma, Misuri, Maine, Kansas, Wisconsin, Virginia, Ohio, Carolina del Norte, Indiana, New York, Nueva Jersey, Texas y de Canadá y de Luisiana y de Georgia y de Florida y de Alabama.

(Se ha calculado que un dólar de la Middlewest Utilities controlaba mil setecientos cincuenta dólares de los invertidos por los particulares en las compañías subsidiarias, que eran las que realmente producían la electricidad. Mediante la delicada palanca de un trust cuyo voto controlaba las acciones de los dos holdings de la cúspide, Insull controlaba una doceava parte de toda la producción energética de los Estados Unidos.)

Samuel Insull empezó a pensar que era dueño de todo aquello, del mismo modo que un hombre es dueño del fajo de billetes que lleva en el bolsillo.

Siempre había despreciado a los banqueros. Era el dueño de un puñado de ellos en Chicago. Pero los banqueros de Nueva York se hallaban al acecho para caer sobre él. Lo consideraban un chapucero, y susurraban entre sí que la estructura financiera de su imperio era insana. Todos los dedos anhelaban manejar la palanca que tan delicadamente ponía en movimiento un poder tal sobre las vidas;

superpoder, se complacía en llamarlo Insull.

Cyrus S. Eaton, de Cleveland, un ex pastor baptista, sería el David que habría de derribar al Goliat. Fuera o no cierto, hizo creer a Insull que tenía detrás de sí a los banqueros de Wall Street.

Empezó a comprar acciones de las tres compañías de utilidad pública de Chicago. Insull, víctima del pánico ante la posibilidad de perder el control de las empresas, inició él mismo una contraofensiva de compras. Finalmente, el ex pastor se desprendió de todas sus acciones, y en la operación de venta despojó al viejo y obtuvo un beneficio de veinte millones de dólares.

La bolsa se hundió.

El valor papel se deslizaba por la pendiente. Las compañías de Insull formaban entre sí tal maraña que no existía contabilidad alguna que las desenredara.

El gas escapó del inmenso globo pinchado. Insull dejó a un lado su orgullo imperial y fue a hincarse de rodillas ante los banqueros.

Ahora los banqueros lo tenían a su merced. A cambio de salvar su dignidad, convirtieron al zar tambaleante en mero administrador de sus propias empresas. Pero el viejo no podía hacerse a la idea de que el dinero no era suyo. Cuando se descubrió que estaba utilizando los fondos de los accionistas para saldar las deudas de las cuentas bursátiles de su hermano, se vio que el asunto resultaba excesivo hasta para un juez federal. Insull fue obligado a dimitir.

Era consejero de ochenta y cinco compañías, presidente de setenta y cinco y director de once; tardó tres horas en firmar sus dimisiones.

Como recompensa por los servicios prestados al monopolio, sus compañías le asignaron entre todas una pensión de dieciocho mil dólares al año. Pero la voz popular clamaba para que lo procesaran criminalmente. Cuando las octavillas cesaron les llegó el turno a los periódicos y a los políticos, que empezaron a pedir su cabeza. A la sazón se respiraba una violenta repulsa contra los manipuladores del dinero. Samuel Insull captó el aire de los tiempos y huyó a Canadá en compañía de su mujer.

Se iniciaron los trámites para pedir la extradición. Huyó a París. Cuando las autoridades comenzaron a cerrar el cerco en torno a él, se escabulló a Italia, tomó un avión para Tirana, otro para Salónica y un tren para Atenas. Allí el viejo zorro encontró su madriguera. En Atenas el dinero hablaba tan dulcemente como en Chicago en los viejos tiempos.

El embajador de Estados Unidos trató de obtener su extradición. Insull alquiló un coro de abogados y de políticos helenos que se apresuraron a maniatar al embajador norteamericano en una maraña de argucias legales tan complicada como la contabilidad de sus holdings, mientras él tomaba café en el vestíbulo del Grande Bretagne. Los sucesores de Demóstenes estaban encantados. La

ancestral comezón de muchas manos helénicas quedó temporalmente aliviada. Samuel Insull se instaló confortablemente en Atenas, se emocionó ante la vista del Partenón, contempló a las cabras que pastaban en las laderas del Pentélico, visitó el Areópago, admiró piezas de mármol atribuidas a Fidias, habló con los banqueros locales de planes para la reorganización de las compañías de utilidad pública en Grecia y se dijo que participaba en la promoción del lignito de Macedonia. Era el héroe de los atenienses. Madame Kouryoumdjouglou, la vivaz esposa de un comerciante de dátiles de Bagdad, se consagró a su bienestar. Cuando fracasó la primera tentativa de extradición, el viejo caballero, mientras se zafaba de los abrazos de sus cuatro abogados, declaró en la sala del tribunal: Grecia es un país pequeño pero grande.

El idilio se interrumpió cuando el gobierno del presidente Roosevelt empezó a apretar las clavijas al Ministerio de Asuntos Exteriores griego. En Chicago, los abogados gubernamentales acumulaban ingentes cantidades de pruebas y formulaban acusaciones cada vez más drásticas.

Finalmente, después de muchos aplazamientos (Insull, además de abogados, había alquilado médicos que juraban y perjuraban que el abandonar el benigno clima de las llanuras de Ática acabaría con su vida),

se le ordenó abandonar Grecia calificándolo de persona no grata, con gran indignación de la sociedad balcánica y de madame Kouryoumdjouglou.

Fletó el Maiotis, pequeño y sucio carguero griego, y sembró el pánico entre las agencias informativas al partir con rumbo desconocido.

Se rumoreaba que el nuevo Odiseo había zarpado tanto podía ser hacia Adén como rumbo a las islas de los mares del Sur, y que había sido invitado a Persia. Al cabo de unos días el viajero apareció bastante mareado en el Bósforo, camino —según se dijo— de Rumania, donde madame Kouryoumdjouglou le había aconsejado ponerse bajo la protección de su amiga la Lupescu.

Los turcos, a petición del embajador norteamericano, accedieron encantados a sacarlo del carguero griego e instalarlo en una no tan confortable celda. De nuevo el dinero, misteriosamente, voló desde Inglaterra y el bálsamo sanador

comenzó a fluir: se contrataron abogados, los intérpretes protestaron, los médicos presentaron diagnósticos;

pero quien mandaba era Angora

y Samuel Insull fue enviado por barco a Esmirna para ser entregado al ayudante del fiscal del distrito federal, que había hecho el viaje a Turquía expresamente para arrestarle.

Los turcos no dejaron siquiera que madame Kouryoumdjouglou, que regresaba de hacer los preparativos en Bucarest, desembarcara para hablar con él. En el forcejeo con los funcionarios, la pobre señora fue arrojada por la borda del vapor

y rescatada con dificultad de las aguas del Bósforo.

Una vez arrinconado contra las cuerdas, el viejo se dejó conducir a casa dócilmente a bordo del Exilona, y en el curso de la travesía empezó a escribir sus memorias, se hizo querer por sus compañeros de viaje, fue desembarcado en Sandy Hock y conducido apresuradamente a Chicago para ser procesado.

En Chicago, el gobierno, resentido, le hizo pasar dos noches en la cárcel. Personas a las que Insull jamás había conocido —según dijeron los periodistas— se apresuraron a pagar la fianza fijada en doscientos cincuenta mil dólares. Fue trasladado a un hospital al que tiempo atrás el propio Insull había dotado de fondos. Solidaridad. Los más prominentes hombres de negocios de Chicago fueron fotografiados con él mientras lo visitaban. Hasta Henry Ford lo visitó en una ocasión.

El juicio fue hermoso. La acusación se empantanó en un sinfín de tecnicismos financieros. El juez no era hostil al acusado. La familia Insull fue la estrella del espectáculo.

Eran como todo el mundo, sonreían a los reporteros, posaban para los fotógrafos, iban al Palacio de Justicia en autobús. Los inversores podían haberse arruinado, pero —según se preocuparon en divulgar— también ellos, los Insull: el capitán se había ido a pique con la nave.

El viejo Samuel Insull divagó con aire amable en el banquillo, contó la historia de su vida: de botones a magnate de la energía; su desvelo por hacer el bien, su amor por el hogar y los chicos. No negaba haber cometido errores, ¿quién no los cometía?, pero habían sido errores de buena fe. Samuel Insull lloró. Su hermano Martin lloró. Los abogados lloraron. Los más prominentes hombres de negocios de Chicago contaron desde el estrado de los testigos cuánto había hecho Insull por el mundo empresarial de la ciudad. No había ojos sin lágrimas entre las personas del jurado.

Al fin, acorralado por los acusadores públicos, Samuel Insull rompió a llorar y reconoció que sí, que había cometido un error de unos diez millones de dólares en su contabilidad, pero que se trataba de un error sin mala fe.

Veredicto: no culpable.

Sonriendo y con el semblante arrasado por las lágrimas, los felices Insull se dirigieron a su limusina entre los vítores de la multitud. Miles de inversores arruinados —al menos eso fue lo que contaron los periódicos—, que habían perdido los ahorros de una vida, lloraban sobre las ediciones locales al pensar cómo había sufrido el señor Insull. Los banqueros estaban contentos; los banqueros se habían hecho cargo de todas sus antiguas propiedades.

En olor de santidad, el monarca depuesto del superpoder, el botones que subió a la cumbre, goza de sus últimos años gastando la pensión de veintiún mil dólares al año que los consejeros de sus viejas compañías, cumpliendo con un deber de conciencia, acordaron concederle. Después de cincuenta años de trabajo —dijo—, he perdido mi empleo.

MARY FRENCH

Mary tuvo que quedarse hasta muy tarde en la oficina y cuando llegó a la sala el mitin estaba a punto de concluir. No había sitio libre, y se quedó en el fondo de la sala, al lado de la puerta. Había tanta gente delante de ella que no podía ver a Don; podía únicamente oír su áspera y sonora voz y sentir la atención tensa del público en el silencio de las pausas. Cuando el estallido de los aplausos respondió a sus últimas palabras y el local se llenó de pronto de un tumulto de voces y de un rumor de pies, Mary corrió a la cabeza del gentío hacia la puerta trasera que había al otro extremo del callejón. Don, en aquel momento, salía por la puerta de chapa negra y hablaba por encima del hombro a dos delegados mineros. Se detuvo un instante y, con su largo brazo, mantuvo abierta la puerta para que pasaran. En su cara podía verse la sonrisa encendida, el brillo en los ojos que solía tener después de hablar desde el estrado, el aire —como Mary se decía a menudo— de un hombre que acaba de volver de una cita con su mejor amiga. Pasó un buen rato antes de que Don la viera entre la gente que se agrupaba en torno a él en el callejón. Sin mirarla siquiera, la cogió por el brazo y la hizo andar deprisa en compañía de los dos hombres hasta la esquina de la calle. Los grupos de obreros de la confección y de la piel estacionados frente al local en la calzada los siguieron con la mirada. Mary vibró con la expresión de cálida posesión en los ojos de los obreros al seguir con la mirada a Don Stevens a lo largo de la calle.

Fue sólo cuando estuvieron sentados en un pequeño restaurante bajo el elevado cuando Don se volvió hacia ella, le apretó la mano y le dijo:

—¿Cansada?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y tú, Don?

El rió y dijo con voz cansina:

—No, cansado no. Estoy hambriento.

—Camarada French, ¿no era usted la encargada de que el camarada Stevens comiera con regularidad? —dijo Rudy Goldfarb con un destello de dientes blancos en su cara oscura de italiano.

—Jamás quiere comer nada cuando va a hablar en un mitin —dijo Mary.

—Me desquito luego —replicó Don—. Oye, Mary, espero que tengas algo de dinero. No llevo un centavo encima.

Mary asintió sonriendo.

—Mamá ha vuelto a cooperar —susurró.

—Dinero —dijo Steve Mestrovich—. Tenemos que conseguir dinero o estamos perdidos.

—El camión salió hoy —explicó Mary—. Por eso llegué tan tarde al mitin.

Mestrovich se pasó una mano mugrienta por la cara amarillenta; su nariz, muy respingona, estaba moteada por negros poros.

—A ver si los cosacos no le echan el guante.

—Eddy Spellman es un chico inteligente. Consigue pasar como una sombra. No sé cómo lo hace.

—Usted no sabe lo que significan esas ropas para las mujeres y los niños y... Escuche, señorita French, no rechace nada por andrajoso que esté. No hay nada más andrajoso que lo que llevan encima nuestras mujeres y nuestros hijos.

—Eddy lleva cinco cajas de leche condensada. Cuando vuelva tendremos más.

—Oye, Mary —dijo de pronto Don, levantando la vista del plato de sopa—, ¿qué tal si llamamos a Sylvia? Se me olvidó preguntarle cuánto se ha recaudado en el mitin.

El joven Goldfarb se levantó.

—Llamaré yo. Tiene cara de cansada, camarada French... ¿Alguien tiene cinco centavos?

—Aquí tienes cinco centavos —ofreció Mestrovich. Echó hacia atrás la cabeza y lanzó una carcajada—. Un minero con una moneda de cinco centavos... Qué extraño. Como sigamos así, a un minero con cinco centavos tendremos que embalarlo y mandarlo al museo Meester Carnegie... Especie muy rara. —Se puso en pie riendo a carcajadas y se colocó la gorra de minero de larga y negra visera—. Buenas noches, camaradas, me voy andando a Brooklyn. El comité de socorro es a las nueve..., ¿de acuerdo, señorita French?

Mientras cruzaba el restaurante a grandes zancadas, las recias pisadas de sus botas negras hicieron tintinear los azucareros que había sobre las mesas.

—Oh, Dios mío —dijo Mary, mientras las lágrimas afloraban a sus ojos—. Era la última moneda que le quedaba...

Goldfarb volvió y explicó que la recaudación no había sido demasiado buena. Sesenta y nueve dólares y unas cuantas promesas.

—Se acercan las Navidades... Ya sabéis. En Navidades todo el mundo está desplumado.

—El discurso de Henderson ha sido asqueroso —gruñó Don—. Cada día parece más un socialista.

Mary, sintiendo el cansancio en cada hueso de su cuerpo, esperó a que Don terminase de comer. Estaba demasiado rendida para escuchar lo que hablaban, pero de cuando en cuando le llegaban con aspereza a los oídos palabras como comité central, expulsión, disidente, escisión... Al cabo sintió que Don le daba unos golpecitos en el hombro, y se encontró caminando a su lado, tratando de mantener su paso, por las calles.

—Es curioso, Don —estaba diciendo—. Siempre me duermo cuando te pones a hablar sobre la disciplina del partido. Supongo que será porque no quiero oír hablar de ella.

—No tiene sentido ponerse sentimental acerca de eso —replicó Don, con crueldad.

—¿Pero es sentimental interesarse más por salvar los sindicatos mineros? —dijo Mary, sintiéndose de pronto despejada por completo.

—En eso todos estamos de acuerdo, por supuesto... Pero debemos seguir la línea del partido. Todos esos chicos..., Goldfarb, Ben Compton..., piensan que esto es una asociación para organizar debates. Si no se andan con cuidado pronto se vendrán abajo. No tienes más que esperar.

Subieron trabajosamente los cinco tramos de escaleras y entraron en el pequeño y sórdido apartamento en el que Mary planeaba siempre poner unas cortinas y nunca tenía tiempo. Don, vencido de pronto por la fatiga, se dejó caer en el diván y se quedó dormido sin desvestirse. Mary trató de que se levantara, pero tuvo que desistir. Le deshizo el nudo de los zapatos, se los quitó y le echó una manta encima. Luego se metió en la cama y trató de conciliar el sueño.

Completamente despierta, miraba al vacío fijamente mientras contaba pantalones viejos, ropa interior de lana desgarrada, viejas camisas del ejército con las mangas cortadas, calcetines agujereados y desparejados. Veía niños raquíticos que dejaban ver sus abultados vientres a través de los harapos, enjutas mujeres con el pelo despeinado y manos deformadas por el trabajo, chicos con la cabeza ensangrentada, golpeados por las porras de la policía del Hierro y del Carbón, la fotografía del cuerpo de un minero acribillado por balas de ametralladora. Se levantó, fue al baño y bebió unos cuantos tragos de la botella de ginebra que guardaba en el botiquín. La ginebra le quemó la garganta. Volvió tosiendo a la cama y se sumió en un sopor caliente y sin sueños.

Hacia el amanecer, Don la despertó al meterse en la cama. La besó.

—Cariño, he puesto el despertador a las siete... No me dejes seguir durmiendo. Tengo una reunión importante del comité... Si me duermo, despiértame.

Se quedó dormido enseguida, como un niño. Mary permaneció tendida junto a su cuerpo huesudo y desgarbado, escuchando su respiración pausada, sintiéndose a salvo y feliz de estar con él en la cama.

Eddy Spellman logró pasar con el camión de nuevo, y distribuyó la carga de socorro entre distintos locales de la U.M.W* del distrito de Pittsburgh. Se había librado por milagro de una emboscada que la policía le había tendido en las cercanías de Greensburg. Lo habrían atrapado si un contrabandista que conocía no lo hubiera avisado. En el viaje de vuelta, el mismo contrabandista lo había ayudado a salir del atolladero cuando resbaló contra una enorme acumulación de nieve al bajar por la colina camino de Johnstown. Eddy bromeaba al recordarlo mientras ayudaba a Mary a empaquetar el nuevo cargamento.

*[United Mine Workers of America (Mineros Unidos de América). (N. delT.)]

—Quería darme algo de alcohol... Es un buen tipo, ¿sabe, señorita Mary? Un tipo duro... Ese negocio endurece a la gente, pero es un tipo increíble cuando se le conoce... Diablos, no, Ed (también se llama Eddy), le dije cuando trataba de deslizarme una pinta en el bolsillo, no voy a tomar ni un trago hasta que hagamos la revolución, y entonces estaré tan en las nubes que no lo necesitaré...

Mary rió.

—Eso es lo que deberíamos hacer todos, Eddy... Pero a veces, me encuentro tan cansada y descorazonada por las noches...

—Es cierto —asintió, ya serio, Eddy—. Uno se queda por los suelos cuando piensa que ellos lo tienen todo, las armas y el dinero, y nosotros nada.

—Lo que vas a tener tú, camarada Spellman, antes de que vuelvas a la carretera, es un par de guantes que abriguen bien y un buen abrigo.

Su cara pecosa enrojeció hasta la raíz de sus cabellos pelirrojos.

—De verdad, señorita Mary, no tengo frío. Si le digo la verdad, el motor de ese montón de chatarra se calienta tanto que me mantiene de maravilla hasta en los días más fríos... Después de este viaje tendremos que cambiar el

embrague, y eso costará más de lo que nos va a sobrar del fondo para la leche... Las cosas, se lo digo en serio, están empeorando allá en las minas de carbón este invierno.

—Pero los mineros tienen un espíritu tan maravilloso... —dijo Mary.

—El problema es que uno no puede mantener el espíritu por mucho tiempo con el estómago vacío.

Aquella noche, Don pasó por la oficina a recoger a Mary para ir a cenar. Estaba de buen humor y su cara huesuda y enjuta tenía más color que de costumbre.

—Bien, pequeña, ¿qué te parece si nos vamos a Pittsburgh? Es posible que después del pleno vaya por allí a hacer algún trabajo de organización... El oeste de Pensilvania y Ohio. Mestrovich dice que necesitan a alguien que anime un poco las cosas.

Eddy Spellman levantó la vista del fardo de ropas que estaba embalando.

—Hágame caso, camarada Stevens, lo necesitan de veras.

Mary sintió un escalofrío. Don debió de advertir la palidez que iba cubriendo su semblante.

—No vamos a correr ningún riesgo —dijo apresuradamente—. Los mineros de allá protegen bien a los compañeros, ¿verdad, Eddy?

—Claro que sí... Allí donde los sindicatos locales son fuertes, uno se encuentra más protegido incluso que en Nueva York.

—Qué le vamos a hacer —murmuró Mary, con la garganta tensa y seca—. Si tienes que ir, tienes que ir.

—Venga, váyanse a cenar —dijo Eddy—. Yo terminaré esto... Tengo que dormir aquí de todas formas. Me ahorro lo de una pensión miserable... Alimente bien a la señorita Mary, cama— rada Stevens. No queremos que se ponga enferma... Si todos los militantes del partido trabajaran como ella, tendríamos... Maldita sea, tendríamos la más bonita de las revoluciones de aquí a la primavera...

Salieron riendo, caminaron por la calle Bleecker y se acomodaron alegremente en un restaurante italiano, donde pidieron la cena de setenta y cinco centavos y una botella de vino.

—Eddy es un gran admirador tuyo —dijo Don, sonriéndole desde el otro lado de la mesa.

Dos semanas después, una noche helada invernal, Mary volvió a casa y encontró a Don recogiendo sus cosas y haciendo el equipaje. No pudo evitar un grito; se le hacía más difícil por momentos controlar su estado de nervios.

—Oh, Don, todavía no es a Pittsburgh, ¿verdad?

Don negó con la cabeza y siguió con su equipaje.

Cuando hubo cerrado la maleta de mimbre, se acercó a ella y le rodeó el hombro con el brazo.

—Tengo que cruzar el charco con..., ya sabes con quién... Asuntos importantes del partido.

—Oh, Don, me encantaría ir a mí también. Nunca he estado en Rusia ni en ninguna parte.

—Estaré fuera sólo un mes. Zarpamos a medianoche... Y, Mary, cariño, si alguien pregunta por mí, estoy en Pittsburgh, ¿entiendes?

Mary empezó a llorar.

—Tendré que decir que no sé dónde estás... Sé que no soy capaz de decir ni una mentira.

—Mary, querida, sólo serán unos días... No seas tonta.

Mary sonrió a través de las lágrimas.

—Pero lo soy... No soy más que una horrible y pequeña tonta.

El la besó y le dio unos golpecitos en la espalda. Luego cogió la maleta y salió precipitadamente del cuarto con la gran gorra a cuadros hundida hasta los ojos.

Mary, una vez sola, se paseó de un lado a otro del cuarto, con los labios trémulos y contraídos, tratando de reprimir un llanto histérico. Para ocuparse en algo, empezó a pensar en cómo arreglar el apartamento, a fin de que no tuviera un aspecto tan lúgubre cuando Don regresara. Sacó el diván de su sitio y lo empujó hasta la ventana, con la idea de que debajo de ella haría más agradable la disposición de los muebles. Luego acercó la mesa, la colocó frente al diván y agrupó las sillas en torno a ella. Decidió pintar de blanco todo el enmaderado del apartamento y comprar una tela de color rojo vivo para las cortinas.

A la mañana siguiente, mientras tomaba café en una taza rajada y sin platillo, sintiéndose amargamente sola en el apartamento vacío, sonó el teléfono. Al principio no reconoció la voz. Se sentía confundida y tartamudeó una y otra vez.

—Pero ¿quién es, por favor?

—Mary —estaba diciendo la voz con tono exasperado—, tienes que saber quién soy. Soy Ben Compton... Beeennn... Ben. Tengo que hablar contigo de un asunto. ¿Dónde te puedo ver? En tu casa no.

Mary intentó que su voz no sonara fría y seca.

—Tengo que subir al centro. Voy a comer con una mujer que quizá suelte algún dinero para los mineros. Es una lamentable pérdida de tiempo, pero no puedo hacer otra cosa. No me dará ni un centavo a menos que escuche su triste historia. ¿Qué te parece a la dos y media, enfrente de la Biblioteca Pública?

—Mejor dentro... Estamos casi a cero grados; acabo de levantarme de la cama, he tenido la gripe...

Mary apenas reconoció a Ben; estaba tan envejecido... Los mechones que sobresalían desordenadamente por debajo de la gorra tenían cierta tonalidad gris. Se inclinó hacia ella y la miró con aire quejumbroso a través de los gruesos cristales de sus gafas. No le estrechó la mano.

—Bien, será mejor que te diga... Lo ibas a saber pronto, si no lo sabes ya... He sido expulsado del partido. Disidencia, individualismo..., toda una sarta de tonterías. Bueno, no importa, sigo siendo un revolucionario... Seguiré trabajando fuera del partido.

—Oh, Ben, lo siento mucho —fue todo lo que a Mary se le ocurrió decir—. Ya sabes que yo no me entero sino de lo que leo en el *Daily*. Todo me parece demasiado horrible.

—Vamos afuera, el vigilante nos está mirando.

En la calle, Ben empezó a tiritar. Sus muñecas sobresalían enrojecidas de las mangas demasiado cortas de su raído abrigo verde.

—¿Adónde vamos? —repetía Mary.

Por fin entraron en un restaurante de máquinas automáticas situado en un sótano, y se sentaron a hablar en voz baja ante unas tazas de café.

—No quise ir a tu apartamento porque no quería encontrarme con Stevens... Stevens y yo nunca hemos sido amigos, ya lo sabes... Ahora está con los del Komintern. Cuando se haya librado de toda la gente con cerebro, formará el comité central.

—Pero, Ben, la gente puede tener diferencias de opinión, y aun así...

—Un partido de corderos... Será estupendo... Pero tenía que verte, Mary. Me sentí tan solo de pronto... Tan aislado de todo, ¿entiendes? Si no hubiéramos sido tan estúpidos habríamos tenido aquel hijo..., nos amaríamos todavía..., Mary, fuiste tan encantadora conmigo cuando salí de la cárcel aquella vez... Oye, ¿dónde está tu amiga Ada, la músico que tenía aquel apartamento tan elegante?

—Oh, sigue tan tonta como siempre... Andará por ahí con algún violinista chiflado.

—Siempre me ha gustado la música... Debería haberte conservado, Mary...

—Ha llovido mucho desde entonces —dijo Mary, fríamente.

—¿Eres feliz con Stevens? No tengo ningún derecho a preguntarlo, ya lo sé...

—Pero, Ben, ¿de qué sirve remover agua pasada?

—¿Sabes? A veces un hombre joven piensa que lo sacrificaría todo, y luego, cuando se ve despojado de esa parte de su vida, se da cuenta de que ya no es lo que era, ¿entiendes? Por primera vez en mi vida me encuentro sin contactos. A lo mejor, tú puedes introducirme de alguna forma en los comités de socorro. La disciplina no es tan estricta en esas organizaciones.

—No creo que a la organización le agrade la idea de dar entrada a influencias disgregadoras —dijo Mary.

—Ah, también tú piensas que soy un elemento pernicioso... Al final será la clase obrera la que juzgue.

—Dejemos de hablar de ello, Ben.

—Me gustaría que se lo explicases a Stevens y que le pidieses que sondeara donde proceda... No es mucho pedir, ¿verdad?

—Pero Don no está ahora en la ciudad —dijo Mary antes de que pudiera darse cuenta.

Ben, entonces, la miró a los ojos fija y penetrantemente.

—¿No habrá embarcado por casualidad para Moscú con ciertos camaradas?

—Se ha ido a Pittsburgh con un cometido secreto del partido; pero, por favor, cállate y no sigas hablando de ello. Ya veo, me has llamado únicamente para tirarme de la lengua. —Se levantó, con la cara encendida y añadió—: Bien, adiós, señor Compton... ¿Supongo que no serás también un soplón, además de un sectario?

La cara de Ben Compton se derrumbó de pronto, del mismo modo que la de un niño que va a ponerse a gritar. Se quedó allí sentado, mirándola fijamente, mientras de un modo maquinal revolvía con la cucharilla el vacío de la taza. Mary, a medio camino en las escaleras, se dio la vuelta y siguiendo un impulso volvió y se quedó unos instantes mirándole. Ben tenía la cabeza baja.

—Ben —dijo con voz más amistosa—, no debía haberte dicho eso... Además, sin pruebas... No creo lo que he dicho.

Ben Compton no levantó la vista. Mary volvió a subir las escaleras y salió al viento cortante de la calle y se apresuró por la calle Cuarenta y dos en medio del gentío de la tarde y tomó el metro en dirección a Union Square.

El último día del año, Mary French se encontró con un telegrama de Ada Cohn en la oficina:

POR FAVOR POR FAVOR COMUNÍCATE CONMIGO TU

MADRE EN HOTEL PLAZA ZARPA PRONTO DESCONOCE TU

DIRECCIÓN QUIERE VERTE ¿QUÉ DEBO DECIRLE?

El día de Año Nuevo no había gran cosa que hacer en la oficina, Mary era la única que había ido, así que a media mañana llamó al hotel Plaza y preguntó por la señora French. No había nadie alojado allí con ese nombre. Entonces llamó a Ada. Ada habló y habló y le contó que la señora French, su madre, se había vuelto a casar con un tal Blake, un juez de distrito federal ya jubilado, un hombre muy distinguido, muy atractivo con su perilla y bigote blancos; tenía que ver a Mary, pues la señora Blake había sido tan amable como para invitarla a cenar en el Plaza y le había pedido que le contara todo lo que sabía de Mary, y ella había tenido que admitir que, a pesar de ser su mejor amiga, no la veía nunca; había estado en una fiesta de Fin de Año y tenía un dolor de cabeza horrible y no podía practicar, así que había invitado aquella tarde a una gente encantadora, y sería estupendo que Mary acudiera, pues estaba segura de que le iban a gustar.

Mary experimentó la tentación de colgar —Ada decía tantas tonterías—, pero le dijo que la llamaría en cuanto hablara con su madre. Entonces decidió irse a casa y ponerse su mejor vestido y acercarse al Plaza para ver a su madre y conocer al juez. Trató de encontrar alguna peluquería donde le rizaran el pelo, porque sabía que lo primero que su madre le diría era que estaba hecha un espanto, pero era Año Nuevo y todo estaba cerrado.

El juez Blake y su esposa se disponían a almorzar en un gran salón privado situado en una esquina del edificio del Plaza desde el cual se dominaban las pequeñas colinas cubiertas de nieve del parque, erizado de ramas desnudas y surcado en todas direcciones por el flujo veloz y reluciente del tráfico. La madre de Mary parecía no haber envejecido en absoluto. Vestía de verde oscuro y estaba verdaderamente radiante con su pequeña gorguera en el cuello, sus aires tan desenvueltos en la mesa, y sus anillos, que centelleaban a la grisácea luz invernal que penetraba por los amplios ventanales. El juez tenía una voz suave y acariciadora. Habló rebuscadamente de la hija pródiga y del ternero cebado, hasta que su esposa le interrumpió para decir que se iban a Europa en viaje de placer. Explicó que ambos habían hecho operaciones afortunadas en la bolsa en el mismo día, y que se merecían un poco de descanso y de distracción. Y siguió lamentándose de lo preocupada que se había sentido al ver que le devolvían todas las cartas que enviaban a Mary a su antigua dirección, y que había escrito a Ada una y otra vez, y que Ada le decía siempre que Mary estaba en Pittsburgh o en Fall River, o en cualquier otro horrible lugar haciendo trabajos de asistencia social, y que en su opinión ya era hora de que dejara de dedicarse por entero a los pobres y desdichados y se ocupara un poco de sus familiares y amigos.

—Según he oído, eres una jovencita terrible, Mary, querida —dijo el juez blandamente, sirviéndole unas cucharadas de sopa de apio a la crema—. Espero que no te hayas traído ninguna bomba contigo.

El juez y su esposa debieron de pensar que se trataba de un espléndido chiste, pues rieron sin parar y a carcajadas.

—Hablando en serio —siguió el juez—, sé que la desigualdad social es una cosa horrible, una mancha sobre el buen nombre de la democracia americana. Pero a medida que nos hacemos viejos, querida, aprendemos a vivir y a dejar vivir, a tomar un poco lo malo al mismo tiempo que lo bueno.

—Mary, querida, ¿por qué no te vas al extranjero con Ada Cohn y descansas durante un tiempo? —dijo la madre de Mary—. Yo te costearé el viaje. Sé que te hará bien... Ya sabes que nunca aprobé tu amistad con Ada Cohn. Allá en Colorado somos un poco anticuados en esas cosas. Pero aquí parece que la

aceptan en todas partes. De hecho, al parecer, conoce a todos los personajes importantes del mundo musical. Claro que si es buena música o no es algo que no estoy en situación de juzgar.

—Hilda, querida —dijo el juez—. Ada Cohn tiene un corazón de oro. En mi opinión, es una chica muy dulce. Su padre fue un abogado muy distinguido. Recuerda que decidimos dejar un poco a un lado nuestros prejuicios, ¿no es cierto, querida?

—El juez está reformándome —explicó la madre de Mary, riendo con coquetería.

Mary estaba tan nerviosa que se sentía a punto de gritar. La comida cocinada con excesiva mantequilla, las delicadas atenciones del camarero y la afabilidad paternal del juez casi le hicieron sentir náuseas.

—Mira, mamá —dijo—, si en realidad te sobra un poco de dinero, podrías darme algo destinado a nuestro fondo para la leche. Después de todo, los niños de los mineros no tienen la culpa de nada.

—Querida mía, he hecho ya considerables donativos a la Cruz Roja... También nosotros hemos tenido en Colorado una huelga de mineros, y peor que la de Pensilvania... Siempre he pensado, Mary querida, que si estás interesada en las condiciones de vida de los trabajadores, tu lugar está en tu tierra, en Colorado Springs. Si lo que querías era estudiar ese tipo de cosas, nunca hubo necesidad alguna de que vinieras al Este.

—Hasta la IWW ha vuelto a erguir su fea cabeza —apuntó el juez.

—Pero sucede que yo no apruebo las tácticas de la IWW —replicó Mary, secamente.

—Confío en que no —dijo su madre.

—Pero, mamá, ¿no crees que podrías darme doscientos dólares?

—¿Para que los gastes en esos horribles agitadores? Puede que no sean los de la «Yo no quiero trabajar»*, pero serán por el estilo.

[* I Won´t Work, Yo no Quiero Trabajar, acrónimo despectivo de Industrial Workers of the World]

—Te prometo que se gastará hasta el último centavo en leche para los bebés.

—Pero eso supondría poner a los mineros en manos de esos miserables agitadores rusos. Porque, como es natural, si dan leche a los niños se hacen populares, y entonces están en situación de descarriar más que nunca a esos pobres y míseros extranjeros.

El juez se inclinó sobre la mesa y puso una mano de azules venas, con blanco puño almidonado, sobre la mano de su esposa.

—No es que nos falte comprensión respecto a la situación de las mujeres y los hijos de los mineros, ni que no entendamos las horribles condiciones de la industria minera en su conjunto... Conocemos de sobra todo eso, ¿no es cierto, Hilda? Pero...

Mary, de pronto, se dio cuenta de que había doblado su servilleta y se había puesto en pie temblando.

—No veo la razón para seguir prolongando esta entrevista. Seguro que está siendo tan dolorosa para ti, mamá, como para mí...

—Tal vez yo pueda servir de árbitro —dijo el juez, sonriendo y poniéndose también en pie con la servilleta en la mano.

Mary sintió una tensión insoportable, como si tuviera un anillo de metal alrededor de la cabeza.

—Tengo que irme, mamá... No me siento muy bien hoy. Que tengáis buen viaje... No quiero discutir.

Y antes de que pudieran detenerla, Mary salió al corredor y tomó el ascensor.

Se sentía tan disgustada que tenía necesidad de hablar con alguien; fue a una cabina y llamó a Ada. La voz de Ada le llegó llena de sollozos; le explicó que había sucedido algo horrible y que había suspendido la fiesta y que Mary tenía

que ir a verla inmediatamente. Antes incluso de que le abriera la puerta de su apartamento en Madison Avenue, Mary percibió el perfume Forét Vierge que Ada había empezado a usar cuando llegó a Nueva York. Ada, con una bata verde y rosa de seda floreada, de la que pendían toda clase de pequeñas borlas, abrió la puerta y se echó al cuello de Mary. Tenía los ojos enrojecidos e hipaba al hablar.

—Pero ¿qué es lo que te pasa, Ada? —preguntó Mary, con calma.

—Querida, acabo de tener la más espantosa de las peleas con Hjalmar. Hemos roto para siempre... Y he tenido que cancelar la fiesta, porque la daba en su honor.

—¿Quién es Hjalmar?

—Es alguien muy maravilloso... y muy odioso... Pero hablemos de ti, querida Mary... Espero que te hayas arreglado con tu madre y con el juez.

—Los he dejado plantados... ¿Para qué discutir? Ellos están a un lado de las barricadas y yo en el otro.

Ada se paseaba a grandes zancadas por la habitación.

—Oh, odio hablar de esas cosas... Me hacen sentirme muy mal... Al menos tomarás una copa. Yo necesito beber... He estado todo el día demasiado nerviosa como para practicar.

Mary se quedó toda la tarde con Ada, bebiendo combinados de ginebra con zumo de lima y comiendo los emparedados y pastelitos que tenía en la cocina preparados para la fiesta, y hablando de los viejos tiempos y del malogrado romance de Ada. Ada le hizo leer todas las cartas de Hjalmar y Mary dijo que era un imbécil y aconsejó que se fuera con viento fresco. Luego Ada se puso a llorar y Mary le dijo que debería avergonzarse, pues no tenía ni idea de lo que era la auténtica miseria. Ada, entonces, se mostró muy sumisa y fue hasta su escritorio y extendió un cheque de cien dólares con mano temblorosa para el fondo minero de la leche. Luego, después de la cena que había hecho que le enviaran del Longchamps cercano, Ada afirmó que era la tarde más feliz que había pasado en muchos años. Le hizo prometer a Mary que iría al concierto

que iba a dar la próxima semana en la pequeña sala del Aeolian y, cuando Mary salía, le obligó a aceptar un par de dólares para el taxi. Las dos se tambaleaban un poco en el pasillo mientras esperaban el ascensor.

—Resulta que acabamos de convertirnos en un par de viejas borrachinas —dijo Ada, alegremente.

Mary había tenido una buena idea cuando decidió tomar un taxi, pues apenas se podía tener en pie.

Aquel invierno la situación de los mineros de Pittsburgh empeoró considerablemente. Empezaron los desahucios. Familias enteras con niños pequeños vivían en tiendas y en destartaladas y frías barracas de papel alquitranado. Mary, sumida en una sensación de pesadilla, escribía cartas, multicopiaba llamadas de socorro, pronunciaba discursos en mítines de obreros de la confección y de la piel, y recaudaba fondos entre los liberales adinerados. El dinero nunca era suficiente. Ella no recibía sueldo alguno, y tuvo que pedir dinero prestado a Ada para pagar el alquiler. Estaba delgada y demacrada, y tosía continuamente. Demasiados cigarrillos, solía decir. Eddy Spellman y Rudy Goldferb estaban muy preocupados por ella. Mary se dio cuenta de que estaban convencidos de que no comía lo suficiente, pues encontraba siempre en un extremo de su mesa una bolsa de papel con bocadillos o café de un vaso de cartón que alguno de ellos le había traído. Un día Eddy le trajo un gran paquete de requesón que su madre había hecho en casa, cerca de Scranton. Mary no pudo comerlo; se sentía culpable cada vez que lo veía cubriéndose de moho verde en la nevera, que no tenía hielo porque no cocinaba desde que Don se había ido.

Una noche Rudy llegó sumamente sonriente. Eddy, encorvado, empaquetaba la ropa usada en fardos, como de costumbre, para su próximo viaje, Rudy le dio una suave patada en el trasero.

—Eh, tú, trotskista —dijo Eddy, saltando hacia él y tirándole de la corbata.

—Cuando digas eso, sonríe —ordenó Rudy, lanzándole unos golpes.

Se reían a carcajadas. Mary se sintió como la vieja maestra solterona que contempla el alboroto de los chicos frente a su mesa.

—El asalto ha terminado —dijo.

—Me han querido pegar, pero no han podido —explicó Rudy, jadeando y arreglándose la corbata y el pelo despeinado—. Pero lo que yo iba a decir, camarada French, es que a lo mejor le gustaría saber que cierto camarada llega mañana en el Aquitania... En clase turista.

—Rudy, ¿estás seguro?

—Vi el cable.

Mary llegó al muelle demasiado temprano, y tuvo que esperar dos horas. Trató de leer los periódicos de la tarde, pero sus ojos no lograban seguir la letra impresa. En la sala de recepción hacía mucho calor, y afuera mucho frío. Anduvo nerviosa y sin saber qué hacer de un lado para otro hasta que, por los trechos abiertos del edificio portuario, vio la enorme pared de chapa negra deslizándose con sus hileras de ojos de buey. Tenía las manos y los pies helados. Le dolía todo el cuerpo de impaciencia por sentir los brazos de Don alrededor de ella, por la aspereza de su voz grave en sus oídos. Una vaga inquietud le revoloteaba incesantemente en la nuca, porque no había recibido ninguna carta suya durante su ausencia.

De pronto lo vio bajar solo por la pasarela, con la vieja maleta de mimbre en la mano. Llevaba una gabardina alemana nueva con cinturón, pero la misma gorra a cuadros. Se encontró con él cara a cara. Don le dio un ligero abrazo, pero no la besó. Había algo extraño en su voz.

—Hola, Mary... No esperaba encontrarte aquí... No quiero hacerme notar, ya sabes. —Su voz tenía un tono bajo y furtivo. Se cambiaba nerviosamente la maleta de una mano a otra—. Te veré dentro de unos días. Voy a estar muy ocupado.

Mary se volvió sin decir nada y corrió por el muelle. Salió sin aliento a la calle principal y llegó a la estación del elevado de la Novena Avenida. Cuando abrió la puerta del apartamento, las cortinas rojas nuevas fueron como un latigazo en plena cara.

No fue capaz de volver a la oficina. No podía soportar la idea de mirar a la cara a los chicos y a la gente que conocía, la gente que los había conocido a los dos juntos. Llamó por teléfono y dijo que tenía una fuerte gripe y que se quedaría en cama un par de días. Se pasó todo el día en la tristeza desnuda de las angostas habitaciones. Al anochecer se echó sobre el diván y logró dormir un rato. Se despertó sobresaltada, pues creyó haber oído pasos afuera, en el pasillo. No era Don; los pasos siguieron subiendo hasta el descansillo superior. Después, ya no pudo dormir más.

A la mañana siguiente, cuando acababa de echarse en la cama para tratar de dormir un rato, sonó el teléfono. Era Sylvia Goldstein para decirle que sentía mucho que estuviera con gripe y para preguntarle si había algo que ella pudiera hacer. Oh, no, estaba bien, sólo se iba a quedar un día en la cama. La voz de Mary tenía un tono mortecino.

—Bien, supongo que estabas al corriente de lo del cama— rada Stevens y la camarada Lichfiekl. Tú y Stevens habéis estado siempre tan unidos... Se casaron en Moscú... Ella es una camarada inglesa... Ayer por la noche habló en el gran mitin del Bronx Casino... Tiene unas largas melenas de pelo rojo... Deslumbrante, pero algunas camaradas piensan que es teñido. La mayoría de los camaradas no sabían que tú y Stevens habíais roto... ¿No es triste que sucedan cosas como éstas en el movimiento?

—Oh, son cosas del pasado... Adiós, Sylvia —dijo Mary en tono áspero, y colgó.

Llamó a un contrabandista que conocía y le pidió una botella de ginebra.

Al día siguiente, por la tarde, oyó un golpecito en la puerta. Abrió y a través de la puerta entornada vio a Ada, envuelta en zorro plateado y exhalando grandes efluvios de Forét Vierge.

—Oh, Mary, querida, ya sabía yo que pasaba algo. ¿Sabes?, a veces soy algo médium... Cuando no viniste a mi concierto, al principio estaba furiosa, pero luego me dije que seguro que estabas enferma. Así que fui a tu oficina. Había un chico guapísimo, y conseguí que me diera tu dirección. Me dijo que estabas

con gripe, y aquí estoy. Querida, ¿por qué no estás en la cama? Tienes un aspecto deplorable.

—Estoy bien —dijo entre dientes Mary, aturdida, echándose hacia atrás el pelo erizado—. He estado... haciendo planes... acerca de cómo podríamos mejorar el asunto del socorro...

—Bien, tú te vienes ahora mismo a mi apartamento y me dejas que te mime un poco... No creo que lo tuyo sea gripe; creo que se trata de exceso de trabajo... Si no te cuidas acabarás con una depresión nerviosa.

—Es posible...

Mary no podía articular las palabras. No parecía tener ya voluntad, obedecía a Ada dócilmente. Una vez acomodada en el dormitorio libre de Ada, limpio y con fragancia de lavanda, enviaron por unos barbitúricos que le hicieron conciliar el sueño enseguida. Se quedó allí varios días, comiendo los alimentos que la doncella de Ada le llevaba, bebiendo las bebidas que Ada le preparaba, escuchando durante toda la mañana las prácticas de violín que llegaban del otro cuarto. Pero por las noches no podía dormir, y tenía que tomar grandes dosis de barbitúricos. Parecía carecer de toda voluntad. Tardaba media hora en decidirse a levantarse para ir al cuarto de baño.

Después de una semana, empezó a sentir que debería volver a casa. Empezó a impacientarse por las observaciones maliciosas de Ada acerca de los amores fracasados y los corazones rotos y la belleza de la abnegación, hasta el punto de que Mary sentía ganas de abofetearla cada vez que empezaba con la misma cantinela.

—Estupendo —solía decir entonces Ada—. Ya ha vuelto a salir tu carácter endiablado.

Ada llevaba tiempo sacando a colación el tema de una persona que había estado loca por Mary durante años y que se moría de ganas de verla otra vez. Al cabo, Mary accedió a ir a una fiesta que daba Eveline Johnson en su casa y a la cual Ada sabía que iba a asistir esa persona.

—Eveline organiza unas fiestas maravillosas. No entiendo cómo lo hace, porque nunca tiene ni un centavo, pero en ellas encuentras a la gente más interesante de Nueva York. Siempre están allí. También radicales, ¿sabes? Eveline no puede vivir sin su pequeño grupo de rojos.

Mary se iba a poner un vestido de Ada que no le sentaba demasiado bien. Por la mañana salió a rizarse el pelo a Saks, que era la peluquería donde Ada siempre se rizaba el suyo. Antes de salir para la fiesta, tomaron unos cócteles en el apartamento. En el último minuto, cuando después de muchos forcejeos logró sonsacar a Ada el nombre de la persona con quien habría de encontrarse, Mary se negó a ir, pues la persona resultó ser George Barrow. Ada hizo que Mary tomara otro cóctel, y al rato Mary se vio ganada por un sentimiento de euforia temeraria y dijo que de acuerdo, que fueran a la fiesta de una vez.

En la puerta les recibió una sonriente doncella negra, con cofia y delantal de encaje, y las condujo a un dormitorio lleno de abrigos y de pieles que hacía las veces de guardarropa.

Mientras Ada se arreglaba el maquillaje en el tocador, Mary le susurró en el oído:

—¿Te imaginas lo que nuestro comité de socorro podría hacer con el dinero que esta mujer se gasta en frívolas fiestas de sociedad?

—Pero es un encanto —susurró Ada, entusiasmada—. De verdad, te va a gustar.

La puerta se abrió a sus espaldas y dejó entrar una ruidosa ráfaga de voces, risas, tintineo de vasos, vaharadas de perfume y brindis y humo de tabaco y olor a ginebra.

—Oh, Ada —dijo una voz sonora y cadenciosa.

—Eveline, querida, qué guapa estás... Esta es Mary French, te dije que la invitaría... Es mi amiga más antigua...

Mary se encontró estrechando la mano de una mujer alta y esbelta, con un vestido gris perla. Su cara era muy blanca, sus labios muy rojos, y sus ojos grandes y rasgados estaban profusamente maquillados con rímel.

—Qué amable por haber venido... —dijo Eveline Johnson, y de pronto se sentó entre los abrigos y las pieles que había sobre la cama.

—Parece una fiesta estupenda —exclamó Ada.

—Odio las fiestas; no sé por qué las organizo —dijo Eveline Johnson—. Bien, creo que tendré que volver a la jaula de las fieras... Oh, Ada, estoy tan cansada...

Mary se sorprendió estudiando las marcadas y exasperadas líneas que bajo el maquillaje se advertían en torno a la boca de la señora Johnson, y la crispada tensión de los músculos del cuello. La vida estúpida que llevan se les nota en el semblante, se dijo Mary a sí misma.

—¿Qué tal la obra de teatro? —estaba preguntando Ada—. Me hizo tanta ilusión cuando me enteré...

—Oh, es una historia ya antigua —dijo Eveline Johnson, secamente—. Ahora estoy trabajando para dar un nuevo giro al ballet..., para convertirlo en algo americano... Ya te lo contaré en otra ocasión.

—Oye, Eveline, ¿va a venir esa estrella cinematográfica? —preguntó Ada, entre risitas.

—Oh, sí, siempre vienen —dijo Eveline Johnson, y suspiró— Es una belleza... Tienes que verla.

—Naturalmente, Eveline, no hay nadie en el mundo que no esté deseando venir a tus fiestas...

—No veo por qué... A mí me parecen tan aburridas...

Eveline Johnson las hizo pasar a través de unas puertas correderas a una sala de alto techo, en penumbra por la iluminación indirecta y llena de humo de tabaco, donde fueron engullidas por una confusa masa de gentes elegantes que hablaban, hacían muecas e inclinaban la cabeza sobre las copas de cóctel.

Al parecer no había sitio para estar de pie, y Mary se sentó en el extremo de un diván, al lado de una mesa de mármol. La gente que estaba sentada en el diván charlaba animadamente y no le prestó atención. Ada y la anfitriona habían desaparecido tras un muro de trajes masculinos y vestidos de mujer.

Mary tuvo tiempo de fumar un cigarrillo antes de que Ada volviera acompañada de Georges Barrow, cuya cara delgada estaba congestionada y cuya nuez sobresalía más que nunca sobre el cuello de la camisa. Llevaba un cóctel en cada mano.

—Bien, bien, bien, pequeña Mary French, después de tantos años... —dijo con una especie de jovialidad forzosa—. Si supieras los esfuerzos que me ha costado pasar estas bebidas entre la multitud.

—Hola, George —le saludó Mary, con apatía.

Cogió el cóctel que le tendía George y lo apuró de un trago. Después de los otros que había tomado en el apartamento de Ada, Mary sintió que la cabeza le daba vueltas. Georges y Ada se acomodaron como pudieron, cada uno a un costado, en el diván.

—Me gustaría que me contaras todo lo relacionado con la huelga minera —dijo George, frunciendo el ceño—. Qué lástima que los sindicatos hayan elegido un momento en que la huelga jugaba en favor de los patronos...

Mary se enfureció.

—Es exactamente la clase de comentario que hubiera esperado de un hombre de tu tipo. Si tuviéramos que esperar un momento propicio, no habría ninguna huelga... No existen los momentos propicios para los obreros.

—Me gustaría saber qué tipo de hombre es un hombre de mi tipo —replicó George Barrow con una humildad que a Mary le pareció fingida—. Esto es lo que me pregunto a menudo.

—Oh, no quiero discutir... Estoy cansada, asqueada de discutir... Tráeme otro cóctel, George.

George se levantó sumisamente y se abrió paso entre los invitados.

—Oye, Mary, no te pelees con el pobre George... Es tan gentil... ¿Sabes? Margo Dowling ha venido ya... Y su marido y Rodney Cathcart... Siempre están juntos los tres. Están de paso para la Riviera —le explicó al oído de forma audible, como en un susurro escénico.

—Estoy cansada de ver a las grandes estrellas en la pantalla. No tengo ganas de verlas en la vida real.

Ada se había escabullido hacia el torbellino de la sala. Volvió George con dos cócteles y un plato de salmón frío con pepino. Mary no quería comer nada.

—¿No crees que deberías comer algo, con lo que estás bebiendo? —Mary negó con la cabeza— Bueno, me lo comeré yo... Oye, Mary —prosiguió—, a menudo me pregunto últimamente si no habría sido más feliz quedándome en el sur de Chicago como agente del ferrocarril toda mi vida; me habría casado con alguna obrera guapa y tendría una pandilla de chiquillos. También sería hoy más rico y más feliz si me hubiera dedicado a los negocios.

—Bueno, no parece que te vayan demasiado mal las cosas —dijo Mary.

—Sabes que me duele ser tachado de sindicalista farsante por vosotros los rojos... Puedo creer en el compromiso, en la negociación, pero he ganado algunas victorias importantes... Lo que vosotros, los comunistas, no entendéis es que a veces existen dos modos de encarar un problema.

—No soy militante del partido —dijo Mary.

—Lo sé, pero trabajas con ellos... ¿Cómo podéis pensar que sabéis lo que es bueno para los mineros, mejor que los auténticos y experimentados líderes?

—Si los mineros tuvieran ocasión de votar en sus sindicatos, te enterarías de lo mucho que confían en toda vuestra pandilla de vendidos.

George Barrow movió la cabeza.

—Mary, Mary..., la misma chica de cabeza dura y corazón cálido...

—Estupideces, ya no me quedan sentimientos. Sé cómo funcionan las cosas... No hace falta tener buen corazón para ver hacia dónde apuntan los cañones de los fusiles.

—Mary, soy un hombre muy infeliz.

—Tráeme otro cóctel, George.

Mary tuvo tiempo de fumar dos cigarrillos antes de que volviera George, congestionado y sonriente.

—He tenido el placer de cambiar unas palabras con la señorita Dowling; estuvo de lo más encantadora... Pero ¿sabes lo que me ha dicho Red Haines? Me pregunto si será verdad... Al parecer está acabada; al parecer no vale para el cine sonoro... Dicen que su voz, por los altavoces, suena como el graznido de un viejo cuervo. —Se rió tontamente, un tanto ebrio—. Mírala, se marcha ahora.

Se había hecho el silencio en la sala. A través de los turbios rizos del humo del tabaco, Mary vio a una mujer pequeña, con párpados azules y facciones correctas, como las de una muñeca de porcelana, bajo una cascada de pelo rubio, que se volvía para sonreír a alguien antes de desaparecer por las puertas correderas. Llevaba un vestido amarillo y gran cantidad de grandes zafiros. Salieron tras ella un actor alto y de cara bronceada y un hombrecito zambo y cetrino. Eveline Johnson, sin dejar de hablar con su charla desenfrenada y febril, salió detrás de ellos.

Mary contempló toda la escena a través de una susurrante neblina, como si presenciara una representación teatral desde un balcón humoso.

Se acercó Ada, y se quedó delante de ella poniendo los ojos en blanco y abriendo mucho la boca.

—¿No es una fiesta maravillosa? La he conocido. Tiene unos modales exquisitos... No sé por qué, pero la suponía menos refinada. Dicen que viene del arroyo.

—En absoluto —dijo George—. Viene de una familia de españoles de noble cuna que vivían en Cuba.

—Ada, quiero ir a casa —rogó Mary.

—Espera un poco... Aún no he podido hablar con Eveline... Pobrecilla, parece tan cansada y nerviosa hoy...

Un joven de extrema palidez pasó a su lado rozándolas. Reía mientras miraba por encima del hombro a una mujer de cierta edad, vestida de lamé plateado, que lo seguía alargando el descarnado cuello ajado bajo los polvos, con su trémula nariz ganchuda y sus ojos saltones sobre las mal disimuladas ojeras.

—Ada, quiero ir a casa.

—¿Por qué no cenamos juntos tú y yo y George?

Mary veía caras borrosas que se agrandaban al acercarse, que cambiaban de forma al pasar y alejarse, que se desvanecían en la penumbra como peces abriendo y cerrando la boca en un acuario.

—Sí, ¿qué te parece la idea? Señorita Cohn, ¿ha visto por aquí a Charles Edward Holden? Suele ser un personaje imprescindible en las fiestas de Eveline. —Mary odiaba la expresión perruna de ojos saltones de George cuando hablaba—. He ahí un tipo inteligente con quien puede usted hablar. Yo podría pasarme la noche charlando con él...

Ada entornó los ojos y se inclinó hacia George Barrow para decirle en un susurro estridente en el oído:

—Se ha prometido con otra persona. Eveline está destrozada. Se mantiene a fuerza de temple.

—George, si tenemos que quedarnos... —dijo Mary—, consígueme otro cóctel.

Una mujer de cara ancha, de mejillas muy encendidas y con un vestido de lentejuelas, se inclinó hacia Mary en el diván y le dijo en un teatral susurro:

—¿No es horrible? A mí me parece terriblemente ingrato por parte de Holdy, después de todo lo que Eveline ha hecho por él... socialmente... Desde que lo tomó a su cuidado es aceptado en todas partes. Conozco a la otra chica..., una pequeña zorra donde las haya... Y ni siquiera es rica.

—Ssss... —siseó Ada—. Ahí viene Eveline... Bien, Eveline, querida, los capitanes y los reyes se están marchando. Dentro de poco no quedaremos más que nosotros, la gente insignificante.

—Pues ella no me parece demasiado brillante —replicó Eveline, dejándose caer en una silla a su lado.

—Deja que te consiga una copa, Eveline, querida —suplicó Ada.

Eveline negó con la cabeza.

—Lo que usted necesita, Eveline, querida —dijo la mujer de cara ancha, inclinándose de nuevo en el diván—, es un buen viaje al extranjero. Nueva York está imposible después de enero... Ni se me ha pasado por la cabeza quedarme... Si lo hiciera, acabaría con una depresión nerviosa.

—Tal vez me iría a Marruecos algún tiempo..., si lograra reunir el dinero necesario —dijo Eveline.

—Vaya a Túnez, querida. Túnez es divino.

Después de beber la copa que George le había traído, Mary siguió sentada viendo caras y oyendo voces a través de una neutra y odiosa neblina. Tuvo que dominarse para no tambalearse en el extremo del diván.

—Tengo que irme, de verdad —dijo, mientras cruzaba la sala apoyada en el brazo de George.

Podía caminar, pero le resultaba imposible hablar articulando. En el dormitorio, Ada le ayudó a ponerse el abrigo.

Eveline Johnson, con sus rasgados ojos de avellana y su voz burlona y melodiosa, estaba diciendo:

—Oh, Ada, qué amable has sido al venir... Me temo que ha resultado demasiado aburrido... Oh, señorita French, tenía tantas ganas de hablar con usted sobre los mineros... Ya nunca tengo ocasión de hablar de las cosas que realmente me interesan. ¿Sabes, Ada?, creo que no voy a volver a organizar fiestas, es demasiado aburrido... —Se llevó una larga mano a la sien y se frotó

lentamente la frente con los dedos—. Oh, Ada, espero que se marche pronto esa gente... ¡Me duele tanto la cabeza!

—¿No deberías tomar algo?

—Sí, tengo un maravilloso analgésico. Llámame la próxima vez que toques Bach, Ada... Me gustaría ir. ¿Sabes?, es tan estúpido pasarse la vida llenando salones con gente mal avenida, gente que en realidad se odia.

Eveline Johnson los siguió por el pasillo hasta la puerta principal, como si no quisiera que se marcharan. De pie con su fino vestido, se quedó allí recibiendo el viento frío que entraba por la puerta abierta mientras George buscaba un taxi en la esquina.

—Eveline, entra, vas a pillar una pulmonía —dijo Ada.

—Bien, adiós... Habéis sido muy amables al venir...

Mary miró los hombros estrechos de Eveline Johnson, que tiritaba mientras desandaba el corredor hacia su puerta.

Mary vaciló, repentinamente ebria en el aire frío, y Ada la rodeó con el brazo para sostenerla.

—Oh, Mary —le dijo al oído—. Desearía que la gente no fuera tan infeliz.

—¡Es el despilfarro! —gritó Mary furiosa, capaz de pronto de articular de nuevo las palabras. Ada y George la ayudaban a subir al taxi—. La comida que derrochan y el dinero que derrochan, mientras nuestra gente se muere de hambre en barracas de papel alquitranado.

—Contradicciones del capitalismo —dijo George Barrow, con maliciosa mirada de soslayo—. ¿Qué tal si comemos algo?

—Llevadme antes a casa. No, no a la de Ada —casi gritó Mary—. Esta vida parásita me pone enferma. Mañana vuelvo a la oficina... Tengo que llamar esta noche a ver si llegó sin problemas el cargamento de leche condensada... —Le cogió la mano a Ada, sintiéndose de pronto como en los viejos tiempos, y se la apretó—. Ada, has sido maravillosa conmigo. De verdad, me has salvado la vida.

—Ada es la cura perfecta para la gente histérica como nosotros —dijo George Barrow.

El taxi se había parado junto a los cubos de basura que había frente a la casa de Mary.

—No, puedo andar sola —dijo, de nuevo con voz seca y furiosa—. Es sólo que cuando estoy agotada una copa me pone rara. Buenas noches. Recogeré mis cosas de tu casa mañana.

Los vio alejarse en el taxi, con las cabezas juntas mientras charlaban y reían. Ya se han olvidado de mí, pensaba Mary al subir las escaleras. Subió perfectamente, pero le resultó difícil meter la llave en la cerradura. Cuando por fin abrió la puerta, se fue directamente al diván de la salita y se durmió profundamente.

A la mañana siguiente se sintió más descansada de lo que recordaba haber estado en mucho tiempo. Se levantó temprano y en Childs, camino de la oficina, tomó un desayuno completo, con beicon y huevos. En la oficina encontró a Rudy Goldfarb sentado ante la mesa.

Se levantó y la miró unos instantes sin hablar. Tenía los ojos enrojecidos e inyectados en sangre, y el pelo, habitualmente bien peinado, le caía sobre la frente.

—¿Qué pasa, Rudy?

—Camarada French, acabaron con Eddy.

—¿Quieres decir que lo han detenido?

—Detenido, no; le dispararon.

—Lo han matado...

Mary sintió una oleada de náusea que le subía a la boca. La habitación empezó a darle vueltas. Apretó los puños y el vértigo pasó. Rudy le contó cómo unos mineros habían encontrado el camión destrozado en una zanja. Al principio pensaron que había sido un accidente, pero cuando levantaron el cuerpo de Eddy Spellman vieron que tenía un agujero de bala en la sien.

—Tenemos que organizar un mitin de protesta... ¿Lo saben en el partido?

—Sí, están intentando conseguir el Madison Square Garden. Camarada French. Eddy era un tipo magnífico...

Mary temblaba de pies a cabeza. Sonó el teléfono. Respondió Rudy.

—Camarada French, quieren que vaya ahora mismo. Quieren que sea la secretaria del comité de protesta en el mitin.

Mary se dejó caer en la silla de su mesa y se quedó inmóvil unos instantes. Luego empezó a tomar nota de los nombres de las organizaciones a quienes se debía informar. De pronto alzó la vista y miró a Rudy a los ojos.

—¿Sabes lo que tenemos que hacer? Tenemos que trasladar el comité de socorro a Pittsburgh. He sabido siempre que deberíamos haber estado en Pittsburgh.

—Es arriesgado.

—Deberíamos haber estado en Pittsburgh desde el principio —dijo Mary, serena y firmemente.

El teléfono sonó de nuevo.

—Es para usted, camarada French.

Tan pronto como colgó el auricular, la voz de Ada empezó a hablar sin parar. Al principio, Mary no pudo entender lo que trataba de explicarle.

—Pero, Mary, querida, ¿no has leído los periódicos?

—No, ya te he dicho que no. ¿Es referente a Eddy Spellman?

—No, querida... Es horrible. ¿Recuerdas la fiesta de ayer? Te acordarás de Eveline Johnson... ¡Oh, es tan horrible! He mandado que me suban todos los periódicos. Claro, todos dicen que es suicidio...

—Ada, no entiendo.

—Pero, Mary, intento decirte... Estoy tan apenada que no puedo hablar... Era una mujer tan encantadora, con tanto talento, tan artista... Bien, cuando la

doncella llegó allí esta mañana la encontró muerta en su cama... Y pensar que estuvimos con ella hace sólo doce horas... Sólo pensarlo me horroriza. Algunos de los periódicos dicen que fue una sobredosis de somníferos. No es posible que quisiera hacerlo. Si lo hubiéramos sabido, podríamos haber hecho algo... Recuerdas que dijo que tenía jaqueca. ¿Crees que podrás venir a verme? No me siento capaz de estar sola, me siento tan mal...

—Ada, no puedo... Ha sucedido algo muy serio en Pensilvania. Tengo un trabajo enorme, he de organizar un movimiento de protesta. Adiós, Ada.

Mary, con el ceño fruncido, colgó.

—Oye, Rudy, si Ada Cohn vuelve a llamar, dile que no estoy en la oficina... Tengo mucho que hacer como para malgastar el tiempo cuidando a mujeres histéricas, y en un día como éste...

Se puso el sombrero, recogió los papeles y salió apresuradamente para ir a la reunión del comité.

Vagabundo

El joven espera en el borde de la calzada. Con una mano agarra la gastada maleta de imitación de cuero, con la otra casi forma un puño con el pulgar en alto que describe un ligero arco cada vez que un coche pasa deslizándose a su lado, cada vez que un camión ruge con estrépito metálico. El aire que levantan los automóviles al pasar le encrespaba el pelo, le lanza contra la cara partículas de arenisca.

La cabeza le da vueltas, el hambre le ha contraído el estómago, se ha despellejado un talón por un agujero del calcetín, le duelen los pies en los zapatos rojos; bajo el raído traje, cuidadosamente cepillado con la mano, los calzoncillos desgarrados le producen una desagradable sensación, la sensación

de haber dormido vestido. En las fosas nasales lleva aún pegada la ranciedad de cuerpos desalentados que se apiñan en un campamento del camino, el hedor fénico de la cárcel; en las mejillas tensas, el rubor avergonzado ante las taladradoras miradas de policías y de guardias, de polizontes del ferrocarril (ellos ingieren tres comidas al día, se visten con buenos trajes, tienen mujeres con quienes dormir, hijos con quienes jugar después de la cena, trabajan para los grandes que compran todo lo que desean, sacan el pecho con la seguridad que da el poder que los secunda). ¡Lárgate, maldita sea! ¿Sabes lo que te conviene? No volver a aparecer por aquí. Te pones duro, ¿eh? Crees que vas a aguantar, ¿eh?

El puñetazo en la mandíbula, el golpe en la cabeza con la porra, la garra en la muñeca y el brazo retorcido en la espalda, la robusta rodilla que sube bruscamente contra la entrepierna;

la caminata hasta las afueras de la ciudad, con los pies doloridos, para aguardar de pie al borde de la carretera el paso de la silbante y veloz hilera de coches; al borde de la carretera, donde el tufo del éter y del plomo y de la gasolina se funde con el silencioso olor a hierba de la tierra.

Unos ojos oscurecidos por el deseo buscan los ojos de los conductores: quiere ir cien millas más allá.

Arriba, en el azul, un avión zumba. Los ojos siguen al Douglas plateado que centellea por un momento al sol y que perfora suavemente el espacio hasta perderse en el azul.

(Los pasajeros del vuelo transcontinental están sentados confortablemente. Hombres, con cuentas bancarias, con empleos de altos salarios, a quienes saludan los porteros, a quienes las telefonistas les dan los buenos días. La noche pasada, después de una cena opípara, de unas copas con los amigos, salieron de Newark. Rugido de motores que ascienden oblicuamente hacia la niebla de tinta. Las luces quedan atrás. Una hora contemplando más allá del ala plateada la gran luna solitaria que corre hacia el Oeste a través de la espuma coagulada. Una línea de balizas parpadea en Ohio.

En Cleveland el avión pierde altura ladeándose en una suave espiral; la hilera de luces en torno al lago oscila en círculo. Los motores vuelven a rugir en el ascenso; los pasajeros, hundidos en los mullidos asientos, dormitan en la quieta noche de luna.

Chicago. Un vistazo al lago. Otra espiral y desciende del aire frío al caliente, espeso por el polvo y las vaharadas de las praderas calcinadas.

Más allá del Misisipí, el alba trepa a través de la tiniebla sobre las grandes llanuras. Charcos de niebla se vuelven blancos en Iowa, en las colinas, granjas, cercas, silos, y el acero centellea en el río. Los ojos parpadeantes de las balizas enrojecen al amanecer. Los cauces de los ríos surcan de arenas las erosionadas colinas.

Omaha. Grandes cúmulos, que pasan del cobre a la crema batida y al blanco de plata, van derramando muros de lluvia sobre las calientes llanuras. Páramos rojos y amarillos, diminutas formas corridas de ganado.

Cheyenne. El aire frío de las alturas huele a hierbas de glyceria.

Hacia el oeste, las tupidas nubes estallan y dispersan en jirones sobre las colinas pajizas. Cumbres puntiagudas en las montañas color de añil. El avión embiste un gigantesco banco desmenuzado de nubes y se desliza sobre el aire turbulento a través de laderas verdes y carmesíes hacia el soleado deslumbramiento de Salt Lake.

El pasajero transcontinental piensa en contratos, en beneficios, en viajes de vacaciones, en el poderoso continente que se extiende entre el Atlántico y Pacífico, en el poder, en telegramas que hablan con dólares, en ciudades superpobladas, en colinas desiertas, en los senderos de los indios que llevan a los caminos de carretas, en las asfaltadas carreteras de peaje, en las carreteras elevadas de hormigón, en trenes, en aviones; registra la gran aceleración de los miles de millones de dólares y en el aire turbulento, sobre las desiertas tierras que se extienden hacia Las Vegas,

se marea y vomita en la bolsa de papel el bistec y los champiñones que comió en Nueva York. No importa, hay monedas en el bolsillo, billetes en la cartera,

órdenes de pago, cheques certificados, y en Los Ángeles hay muchos restaurantes.)

El joven espera al borde de la carretera; el avión ha desaparecido; el pulgar se mueve describiendo un pequeño arco cuando un coche pasa silbando a gran velocidad. Los ojos buscan los ojos del conductor. Cien millas más allá. La cabeza le da vueltas, el estómago se contrae, los deseos se arrastran por la piel como hormigas;

fue a la escuela; los libros hablaban de oportunidades, los anuncios prometían velocidad; posea casa propia, brille más que el vecino. El cantante de la radio susurraba acerca de chicas, fantasmas de rubias platino engatusaban desde la pantalla, se apuntaban ganancias de millones en los tableros de las oficinas, los salarios eran para quienes quisieran trabajar, en la mesa limpia del ejecutivo hay tres teléfonos;

espera mientras la cabeza le da vueltas, mientras las necesidades le hacen un nudo en el estómago, mientras las manos ociosas se entumecen; espera al lado del tráfico veloz.

Cien millas más allá.

ACERCA DEL AUTOR

JOHN DOS PASSOS

(John Roderigo Dos Passos, Chicago, 1896—Baltimore, 1970) Narrador estadounidense, miembro destacado de la llamada «Generación perdida», heterogéneo grupo de autores en que suele incluirse a poetas como Ezra Pound y novelistas como Ernest Hemingway y F. Scott Fitzgerald. John Dos Passos se hizo célebre sobre todo por *Manhattan Transfer* (1925), obra que, con su visión panorámica y objetiva de la ciudad, encabezó una importante corriente urbana de la novela contemporánea.

Nieto de un zapatero portugués e hijo ilegítimo de un abogado, fue educado en el hogar materno. En 1917 se graduó en la Universidad de Harvard, donde conoció a intelectuales vinculados al grupo "estetas de Harvard". Durante la Primera Guerra Mundial fue conductor de ambulancias en el frente francés, experiencia que le proporcionó material para su novela Iniciación de un hombre: 1917 (1920). Siguió a ésta *Tres soldados* (1921), con la cual alcanzó el reconocimiento de la crítica por su amargo antibelicismo.

Ambas obras se inscriben en la temática característica de la Generación perdida: aunque se defiende al individuo en rebelión, se acaba condenándolo al fracaso. Pero en 1925 publicó su monumental *Manhattan Transfer*, que por su peculiar estructura abrió una nueva manera de escribir y de entender la

ciudad: como un organismo poderoso y en cierto sentido autónomo de los seres que la habitan.

Esta narración está conformada por fragmentos que no parecen tener relación entre sí, y que pertenecen tanto a la propia trama como a documentos de la época (por ejemplo, titulares de prensa o canciones populares). La novela relaciona múltiples caracteres a primera vista independientes, pero que agrupados en un contexto configuran una polifacética dimensión. *Manhattan Transfer* enmarca una visión del Nueva York de principios del siglo XX abandonando el tradicional análisis caracteriológico o psicológico de los personajes por una indagación más sociológica y colectiva.

Los seres que habitan la metrópoli son casi intrascendentes, convencionales, y apenas poseen talante novelístico en el sentido corriente, pero son sustituidos paulatinamente por otro personaje más abarcador: la propia ciudad de Nueva York, cuya vida transcurre a través de coristas, obreros, amas de casa, políticos, estafadores o triunfadores. Todo ello mediante escenas muy breves, en bloques compactos y rápidos que se graban en el lector por su alta plasticidad y el hondo realismo o incluso naturalismo, según ciertos críticos implícito en ellas.

La técnica es casi cinematográfica, como si en vez de la conciencia subjetiva del narrador fuera el ojo objetivo de la cámara el que registrara los acontecimientos, procedimiento que con acierto se denominó "cámara—ojo". Algunos episodios del relato pueden parecer aislados, pero luego se desarrollan inesperadamente, rasgo que prefigura las estructuras aleatorias y combinatorias de la narrativa norteamericana posmoderna. Una perdurable metáfora, en definitiva, sobre el protagonismo deshumanizado de los crecientes monstruos urbanos.

Un proyecto ulterior, la trilogía USA, tendría semejantes objetivos, aunque no alcanzó la intensidad insuperable de *Manhattan Transfer*. La trilogía se propuso abarcar no la ciudad, sino todo el país, en las novelas que la componen: *Paralelo 42* (1930), *1919* (1932) y *El gran dinero* (1936), ciclo que

abarca el auge del pragmatismo norteamericano desde la última década del siglo XIX hasta la Gran Depresión de 1929.

En este ambicioso proyecto, Dos Passos expresó buena parte de la filosofía de la historia que habían compartido los intelectuales de su país durante el período de 1920 a 1940. Ya en 1926 había publicado artículos políticos con una visión más bien de izquierda; sin embargo, a partir de 1930 se fue decepcionando hasta devenir un conservador nacionalista, nostálgico de una especie de pasado mítico de Estados Unidos, que intentó recuperar en sus novelas y ensayos posteriores. Pero tales obras no alcanzaron (con excepción de sus memorias, *Años inolvidables*) la calidad e importancia de sus ciclos urbanos.